Silvia Sáez

QUERIDA SRTA. SANTA CLAUSURA



Roca editorial

SILVIA SÁEZ

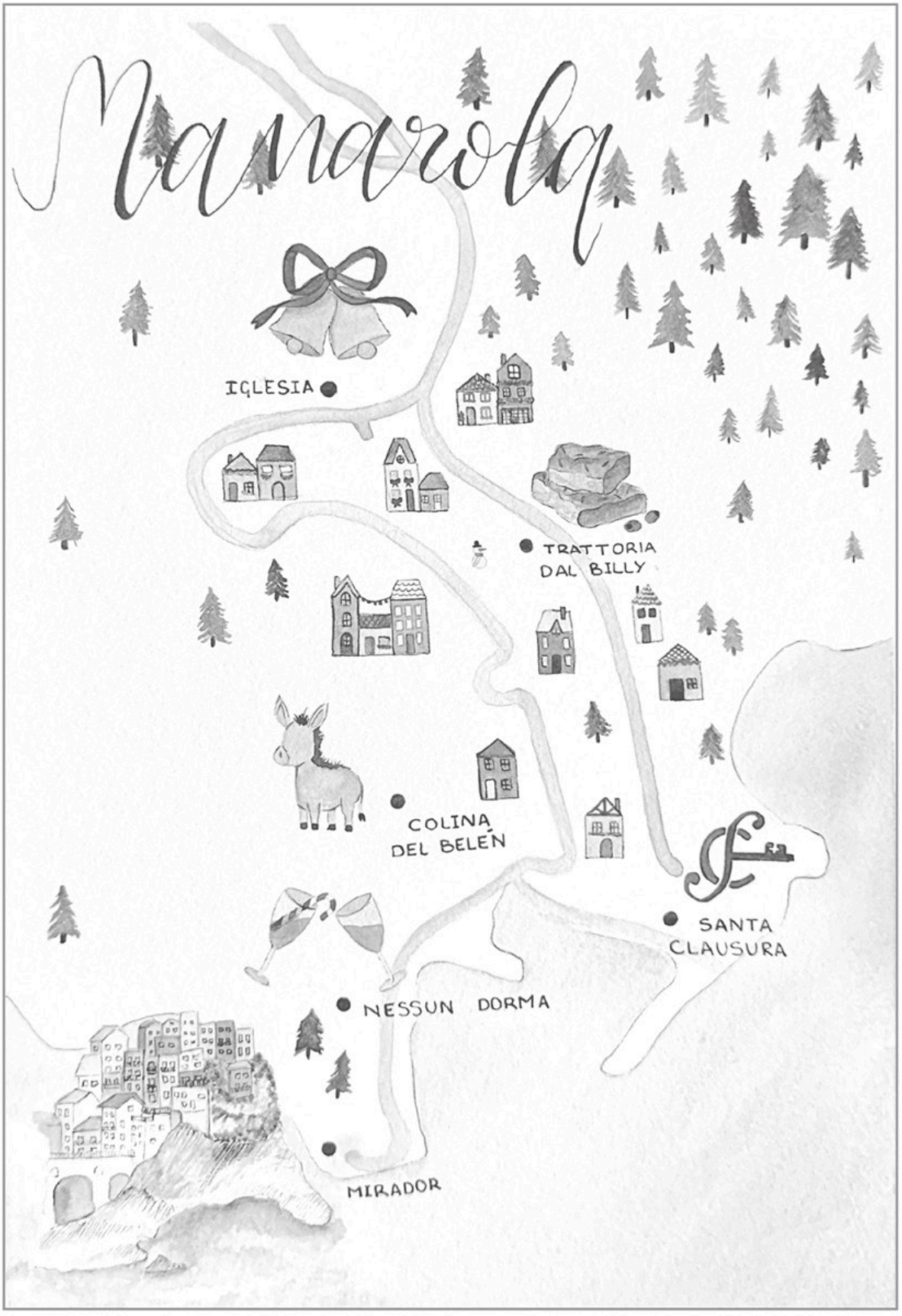
QUERIDA SRTA. SANTA CLAUSURA

Rocaeditorial

Para quienes creen firmemente que nunca
ay demasiadas luces, villancicos
ni historias de amor bajo el muérdago

Para quienes entienden que decorar
en noviembre no es exagerar, sino planificar
estratégicamente la felicidad

Y para Elena, porque algunas amistades
brillan más que todas las luces de Navidad juntas


Navarola
IGLESIA
TRATTORIA
DAL BILLY
COLINA
DEL BELÉN
SANTA
CLAUSURA
NESSUN DORMA
MIRADOR

Nota de la autora

Después de escribir *La teoría de la conexión* —una historia intensa, dramática y emocionalmente agotadora que me exprimió el corazón y el cerebro como una naranja en pleno enero—, necesitaba un respiro. Algo más ligero. Más… mullidito. Más del tipo «muérdago y chocolate caliente» y menos del estilo «lágrimas silenciosas cayendo al atardecer mientras suena una playlist melancólica». Y, como buena fan de la Navidad (sí, de las que en julio ya está viendo *Love Actually* por enésima vez), lo tuve claro: mi siguiente novela tenía que ser una comedia romántica navideña. De esas que te hacen sonreír con solo abrir el libro, con besos robados bajo el muérdago, cartas que cruzan océanos emocionales, reencuentros, malentendidos que te hacen reír y un final que te deja con el corazón blandito como un panetone recién horneado.

Y, como toda historia con tales características, pedía a gritos un ambiente mágico. Así llegué hasta Manarola, uno de los pueblos más bonitos de Cinque Terre: casas de colores que se abrazan a la roca, escaleras infinitas, vino dulce y un belén luminoso que enciende toda una colina cada Navidad. He intentado retratarlo lo más realista posible, aunque me he permitido alguna que otra licencia para que la trama, la magia y el caos emocional cupieran en sus calles. Digamos que es una Manarola ligeramente tuneada por la ficción…,

pero solo lo justo. El encanto es auténtico, lo prometo.

En el fondo, esta novela es mi carta de amor al amor. Una con espumillón, luces de colores y tiritas invisibles para corazones que han pasado demasiados inviernos fríos. Y, si al terminar (sean las fechas que sean) te entran ganas de sacar el árbol, colgar luces y poner a Mariah Carey a todo volumen…, tranquila. Yo también lo tengo todo preparado desde hace semanas.

Gracias por leerme. Y gracias por creer en ese amor que se cuela entre páginas y tazas de chocolate caliente.

Con mucho cariño,

SILVIA

Escucha la banda sonora aquí:



0

El Espíritu de la Navidad

Hay algo en diciembre que lo cambia todo. Y no, no es que de repente la gente se vuelva más simpática (aunque admitámoslo: los panetones tienen un poder diplomático que ya quisiera la ONU). Es… otra cosa. Algo más tangible y bastante más molesto.

Lo veo en las calles: escaparates decorados con más entusiasmo que sentido común, luces que parpadean con una pasión casi febril, vecinos que cuelgan guirnaldas como si hubiera un premio en metálico para el balcón más hortera. Lo siento en la piel: ese primer escalofrío que no provoca el frío, sino algo más raro, como si el aire viniera envuelto en papel de regalo con un lazo torcido. Y lo huelo, incluso. Porque diciembre huele distinto. Huele a canela, a galletas de jengibre, a propósitos que juraste cumplir el año pasado (y no cumpliste ninguno) y a abrazos que siguen esperando turno desde hace siglos.

Diciembre tiene un modo muy particular de colarse en la vida de la gente. No pregunta. No pide permiso. No toca a la puerta. Y, desde luego, no avisa. Simplemente aparece. Se desliza por las rendijas de las ventanas, por debajo de las puertas que se quejan al abrirse y, sobre todo, por esas grietas microscópicas (pero

peligrosamente vulnerables) de los corazones que juran, y perjuran, que están bien blindados. Y entonces pasa lo inevitable: la memoria se pone creativa y empieza a hacer de las suyas. A veces con olor a chocolate caliente, a veces con una canción sospechosamente inoportuna (sí, Mariah, te estoy mirando a ti) o incluso con una carta enviada a un seudónimo brillante y demasiado acertado.

No importa cuán racional se crea uno ni cuántas veces haya repetido, con la firmeza de quien está convencido de ser inmune, que la Navidad ya no le afecta. Porque es mentira. Y una de las gordas, además. Diciembre no entiende de discursos. Diciembre llega igual para todo el mundo. Diciembre, queridos míos, tiene memoria. Y, sí, también una agenda emocional propia.

Y yo… Bueno, yo soy el cómplice invisible. El susurro disfrazado de casualidad que hace que tropieces con la persona exacta justo cuando habías decidido dejar de creer en el azar. Soy el que aparece cuando alguien se atreve a mirar hacia atrás sin tanto miedo y se permite, por un instante, la debilidad deliciosa de la esperanza. Soy el que se cuela en canciones viejas que nadie puso, en cenas que no terminan porque ninguno quiere ser el primero en irse y en cartas que no se envían, pero que se escriben igual. Soy el dueño de los reencuentros torpes con las manos en los bolsillos, de los deseos que se formulan cerrando bien los ojos y, sobre todo, de los finales que, por alguna travesura mía, tal vez no son tan finales después de todo.

Porque —y creedme, no lo digo a la ligera— soy el fan número uno de las segundas oportunidades. Pero no hablo de esas que se piden llorando a las tres de la mañana por mensaje de voz, tartamudeando entre sollozos y una playlist titulada «Canciones tristes». Yo hablo de las verdaderas. De las que no se mendigan, se construyen. De las que llegan cuando ya habías hecho las paces con

la idea de vivir sin esa persona, y de repente, ¡zas!, aparece un «hola» que despierta a tu corazón del retiro espiritual al que lo habías mandado.

Y no, no tengo forma física. Aunque si la tuviera no podría pasar desapercibido ni aunque lo intentara. Me materializaría con un abrigo de pelo rojo, una bufanda tejida a mano por alguna abuela amorosa, pantalones de lentejuelas que reflejarían la luz de forma peligrosa para la retina humana, una sonrisa lo suficientemente traviesa para dar de qué hablar en redes sociales y, si la genética navideña me lo permitiera, los abdominales de Taylor Lautner en *Luna nueva*. Sí, exacto: pura pornografía festiva.

Pero, por el momento, no hace falta. No me necesitas en carne y hueso para saber que estoy. Porque yo estoy en todas partes. En todos los «casi», los «quizá» y los «¿qué pasaría si…?». En el primer adorno mal colgado, ese que se tambalea tanto como tus emociones cada vez que ves a cierta persona. Y en el «por qué no», que probablemente sea la frase más valiente, más peligrosa y, definitivamente, más navideña del planeta.

En diciembre, yo me cuelo por todas partes. Y no, no soy ni el destino, ni la lógica, ni la prudencia. Soy lo que pasa cuando esos tres hacen las maletas, se van de vacaciones y dejan al corazón a cargo de la casa. O, dicho de forma más sencilla…

Soy el Espíritu de la Navidad.

(Hola, encantado. Sí, me dedico a esparcir brillantina en el aire y a hacer sonar campanitas cada vez que alguien se besa bajo el muérdago. De nada).

Y, ahora, voy a haceros una confesión:

A veces todo lo que se necesita para volver a empezar es un muérdago colgado de cualquier manera y dos personas que, sin saberlo, todavía siguen escribiendo la misma historia. Aunque hayan

pasado cinco años. Aunque se hayan prometido que no. Aunque el universo entero grite que llegan tarde.

Porque no siempre es demasiado tarde.

No cuando estoy yo flotando en el aire. No cuando el corazón se acelera con solo una mirada.

Y, por supuesto, no en diciembre.

1

Gia

Martes, 1 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Me llamo Vittoria y llevo diez (¡diez!) Navidades con un hombre que promete dejar de ver a su ex «después de las fiestas». Y han pasado las fiestas, los años, las rebajas de enero e incluso una pandemia mundial. Y sorpresa: sigo siendo la ex a la que promete dejar de ver.

Necesito tres cosas: una última cena (dramática, por supuesto), un vestido que haga que Babbo Natale me contrate de ayudante y permiso legal para no volver a contestarle ni aunque me llame vestido de elfo, montado en un trineo y tocando la zambomba.

¿Aceptas casos como este o solo clausuras finales civilizados?

Con cariño (y una ligera úlcera navideña),

Vittoria R.

Cuando empecé esta empresa pensé que escribiría cartas.

Como esas que le dejan a Julieta en Verona bajo el balcón y que un grupo de voluntarios románticos contesta con esmero y papel de

buena calidad. Cartas poéticas. Estilizadas. Un poco tristes, sí, pero con clase. Algo digno de Jane Austen si Jane Austen hubiera vivido en pleno siglo XXI.

Lo que no me imaginé es que acabaría recibiéndolas. A diario. En mi bandeja de entrada, en la cuenta de Instagram e incluso por debajo de la puerta.

La idea original era sencilla: Santa Clausura, S.r.L.

Un nombre bonito, con ecos de Navidad, pero también de final. Un rincón real para ayudar a cerrar historias de amor con un moño mal hecho y una copa de vino en el sofá de mi casa. Sin dramas. Sin finales gritando por la calle. Con servilletas de tela, si podía ser.

Pero internet no está para moños despeinados. La gente me escribe pidiéndome permiso para mandar a freír turrones a su pareja. Literalmente. Hay quien necesita mi bendición para dejar de responder mensajes. Para dejar de fingir interés. O, en el caso de Vittoria R., para entender que, si él lleva años prometiendo irse de su vida y sigue ahí, quizá la que tiene que dar el paso y marcharse es ella.

Desde la pequeña ventana de mi oficina en Manarola se ve un trozo del mar más azul de Italia. Justo enfrente hay un edificio color melocotón donde vive una señora octogenaria que cuelga su ropa interior como si fuese una declaración política. Cada vez que veo su sujetador fucsia, sus bragas rojas y su camisón de flores ondeando al viento, me siento un poco menos sola. Un poco más libre. Un poco más majareta también, porque llevo cuatro horas escribiendo cartas a casi-exnovios ajenos con una copa de vino en la mano y cero ganas de juzgarme. Este es mi diciembre, después de todo. Y, en estas fechas, el caos sentimental no solo se permite. Se institucionaliza.

Leo el e-mail de Vittoria R. de nuevo, marco su archivo como

aceptado, le doy cita para llamarla por teléfono y luego me dejo caer sobre la silla, agotada. Trabajo todo el año ayudando a la gente a cerrar sus historias de amor con algo de dignidad (y sí, algo de dramatismo controlado), pero en Navidad esto se convierte en una especie de urgencia nacional. Es como si diciembre activara una alarma interior colectiva: «Año nuevo, vida nueva. Cierra lo que tengas pendiente. Deja ir a quien no supo quedarse. Hazlo bonito. Hazlo simbólico. ¡Hazlo con luces led si puedes!».

Y ahí es donde entro yo: Gianna Bellini. Fundadora, directora creativa, redactora emocional de crisis sentimentales ajenas y DJ ocasional en cenas de cierre organizadas por Santa Clausura (mi momento favorito es pinchar «I Will Survive» justo después del postre). Soy narradora profesional de adioses navideños, mediadora diplomática entre el «no te merezco» y el «es mejor así», y en diciembre, multitarea emocional con gorro de Babbo Natale, esmalte rojo corrido y más tiritas invisibles en el corazón de las que puedo contar.

Sé que todo esto suena a excentricidad navideña. Un hobby raro que termina convertido en marca personal, o el resultado inevitable de ver demasiadas comedias románticas sin la supervisión de un profesional de la salud mental. Pero la verdad es que tiene raíces más serias. Piensa en un título universitario colgado en la pared. Importante pero torcido. Y, cómo no, en mi propia ruptura, que fue cero original. Yo en pijama, él diciendo que había conocido a otra. Un clásico tan repetido que debería tener su propia categoría en Netflix.

En cuanto al título universitario, sí, soy terapeuta de pareja. De formación. De vocación, también. Lo que pasa es que descubrí demasiado pronto que lo mío no era estar en un despacho con una planta triste, ni las sesiones de cuarenta y cinco minutos con un reloj

en la mesa, ni la pregunta oficial del gremio: «¿Y cómo te hace sentir eso?».

Aunque lo intenté, claro. Durante casi tres años trabajé en una consulta con luz cenital, incienso de frutos del bosque y una impresora que siempre hacía ruido justo cuando alguien se ponía a llorar, como si se solidarizara con los pacientes. Era como una especie de karaoke emocional donde todo el mundo cantaba canciones tristes, y yo quería hacer algo más que aplaudir al final. Quería actuar. Cerrar. Crear rituales. Ayudar a transformar todo ese caos emocional en algo tangible, liberador, casi ceremonial.

Me frustraba ver cómo muchas parejas venían a terapia con la relación ya muerta, esperando que yo sacara la varita mágica. Y sí, a veces lo hacía. Pero, otras muchas, lo que necesitaban no era que les salvara la relación, sino que los ayudara a despedirse de ella como se merecían.

Y, en cuanto a la ruptura, fue una de esas sin drama, pero con la sensación incómoda de que te están desinstalando del corazón de alguien como si fueras una app que ya no les sirve. Y pensé: esto no puede terminar así. Así que monté una cena. Una cena de clausura. En un restaurante elegante, con vino bueno, velas y un discurso que preparé como si fueran a entregarme un óscar. Y, cuando terminó, sentí que por primera vez había cerrado una historia con la ceremonia que merecía. No con un portazo. No con un mensaje sin respuesta. Sino con un final digno y de verdad.

Fue en ese momento cuando empecé a preguntarme: ¿y si existiera un espacio entre el final abrupto y la terapia que llega tarde? ¿Un lugar intermedio, con empatía, pero también con acción? ¿Un puente con luz bonita, donde la gente pudiera decir «hasta aquí» sin sentirse un monstruo? Y entonces lo vi claro. No quería ser solo terapeuta de parejas. Quería ser celebrante oficial de los finales

bien hechos.

Tras años trabajando, ahorrando con una disciplina casi obsesiva y viviendo todavía bajo el techo de mis padres, reuní el colchón suficiente para intentar algo que sonaba bastante mejor en teoría que en voz alta. Así que empaqueté mis diplomas, mis libretas, mis ganas de cambiar la narrativa del fracaso amoroso, y creé Santa Clausura, SRL, un espacio híbrido: mitad consulta, mitad performance sentimental. Un lugar donde las rupturas no se esconden, se escenifican. Con arte, con humor y con cariño.

Al principio, empecé con mis amigas. Luego con las amigas de mis amigas. Después, con una cuenta de Instagram que se volvió viral con frases tipo «Cerrar también es un acto de amor. Aunque a veces solo hacia ti misma». O «¿De verdad lo echas de menos o solo te sientes sola y está lloviendo?». Así, poco a poco, fue naciendo esta empresa de locos. Un servicio para personas valientes que necesitan decir basta, pero no saben cómo. Un refugio con una playlist currada, una carta personalizada y ritual incluido. Un cierre con brillo navideño, aunque sea agosto o abril. Porque da igual si es Nochebuena o un martes cualquiera: siempre es un buen momento para dejar ir a quien ya no te quiere.

Mi seudónimo profesional: Srta. Santa Clausura.

Mi especialidad: organizar cenas de despedida para relaciones que no han sabido morirse a tiempo.

Y sí, soy plenamente consciente de lo que parece. Pero créeme: cuando la gente se sienta frente a ti con la voz temblando y los ojos ya cansados de llorar en silencio, lo que más necesitan no es un consejo. Es permiso. Permiso para cerrar. Para sanar. Para largarse sin culpa.

Han pasado poco más de dos años desde aquella cena de cierre improvisada (la mía), y me enorgullece decir que desde entonces la

empresa no ha dejado de crecer. Funciona los trescientos sesenta y cinco días del año: sin descanso, sin excepciones y sin importar si es Navidad, San Valentín o un lunes triste de septiembre.

Aunque el nombre suena a comedia romántica navideña con final feliz, la verdad es que eso es solo el mejor marketing de mi vida, espumillón incluido y nombre con doble sentido aprobado por mi mejor amiga. Porque Santa Clausura no nació en diciembre, sino en marzo. Un 3 de marzo gris, húmedo y con olor a rendición. Exactamente seis días después de la mencionada ruptura, en plena crisis existencial apoteósica y con Ariana Grande de fondo cantando «Santa Tell Me» en bucle. Y no por elección propia, sino porque no pago Spotify Premium. El algoritmo, como mi ex, tampoco entendió el momento.

Desde ese día, he organizado despedidas en restaurantes con manteles de lino y en playas con arena entre los dedos. En jardines privados con catering de restaurantes con estrellas Michelin y hasta en una pista de patinaje sobre hielo donde una chica patinó, literalmente, hacia su libertad. He escrito discursos de cierre que harían llorar a Shakespeare y otros que terminaron en carcajadas, brindis y abrazos incómodos pero liberadores. Porque no hay una sola forma de soltar, pero sí maneras de hacerlo bien. Y yo me encargo de eso. De que duela solo lo justo.

Así que sí, en resumen: Santa Clausura no es exactamente convencional. No vendo regalos. No monto cenas románticas. No busco el amor. Lo entierro. Con cariño. Con respeto. Con música de fondo seleccionada con mimo según el nivel del trauma. Y me estoy llenando los bolsillos de lo lindo porque —y esto no lo vi venir ni con toda mi formación— el duelo sentimental bien presentado está sorprendentemente bien pagado. Lo que demuestra que incluso los corazones rotos tienen presupuesto y que, si algo nos sobra a las

personas, son historias que necesitan un final.

Cuando me canso de estar sentada frente al ordenador de mesa, me arrastro hasta el sofá de la oficina. Es mi lugar seguro: rojo, mullido y perfectamente ubicado para fingir que sigo siendo productiva mientras desconecto del mundo. Sonrío al ver que un sándwich vegetal me espera sobre la mesita junto al portátil, con el pan un poquito tostado y esa cantidad generosa de aguacate que me recuerda que Allegra Romano me quiere más de lo que dice.

Lele es mi socia, mi mejor amiga, mi brújula y mi única conexión con el sentido común muchas veces. Y es tan tan estupenda que me ha dejado una nota encima del sándwich antes de irse hace unos cinco minutos, cuando ha acabado su jornada laboral. Y también la mía.

Las horas extras van a acabar contigo. No leas más correos si no has comido. Otra ruptura más en ayunas y te vas a desmayar sobre el teclado.

Sus notas pasivo-agresivas con caligrafía elegante son mi forma favorita de recibir cariño, así que obedezco. Bueno, a medias. Le doy un mordisco rápido al sándwich mientras abro el portátil y, con él, el siguiente correo. El aguacate se me escurre un poco por el lateral del pan, pero no me importa. Total, es solo una carta más. Una cortita y me voy, me digo. Una de las fáciles, de esas que traen una ruptura de manual: «Gracias por todo, pero se me ha muerto la ilusión», o algo tipo «Me dijo que no era su momento y luego subió una foto con otra». Los clásicos nunca fallan. Y me encantan.

Pero, en cuanto veo el nombre del remitente, algo en mí se detiene. Y no me refiero a una pausa elegante, al estilo «instante cinematográfico de introspección». No. Me refiero a un cortocircuito, como si de repente me hubiera olvidado de las funciones humanas básicas. Literalmente, se me congela la mandíbula a medio masticar,

como si no supiera cómo se traga ni cómo se sigue viviendo.

Mi estómago se encoge, mi espalda se convierte en una barra de acero y mi corazón, ese traidor incansable, hace un amago de latir antes de quedarse suspendido en una especie de limbo cardíaco y luego lanzarse en caída libre, como si quisiera fugarse de mi pecho.

Y ni siquiera he abierto el correo.

Es el nombre que parpadea en mi bandeja de entrada como esas luces navideñas que no puedes dejar de mirar, aunque te revienten las córneas.

Él.

Mi primer amor.

Mi único amor de verdad, si nos ponemos técnicas.

El ex al que nunca le escribí la carta. El que se quedó sin final, sin clausura, sin despedida digna. El hombre que me rompió en tantos pedazos que todavía hoy me sorprende no sonar como una maraca cuando camino.

Yo juraba que ya no quedaba nada por despedazar, que todo lo que dolía de esa historia estaba amortizado como un electrodoméstico viejo. Pero basta ver su nombre para que algo en mi interior cruja. Un sonido suave, casi imperceptible, en un rincón olvidado de mí. Como si me hubieran abierto la herida con un susurro.

Y, de pronto, todas las rupturas que he leído hoy se vuelven… pequeñas. Adorables, incluso. Casi manejables. Porque esta, la que tengo ahora delante, no es una historia ajena. Es la mía.

Y no tengo ni puñetera idea de qué hacer con ella.

2

Gian

Martes, 1 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Me llamo Giancarlo Di Laurentis. No te asustes: solo uso el nombre completo cuando mi madre está a punto de desheredarme. Para el resto del mundo soy Gian. Si esto prospera, puedes llamarme así.

Tengo veintiocho años y estoy en ese momento vital en el que uno empieza a tener la sospecha bastante fundada de que la cagó a lo grande. No es nostalgia. Es más bien… inventario de daños.

Hace cinco años me fui a Londres con un contrato generoso, convencido de que perseguía un futuro brillante. Pero no leí la letra pequeña. Nunca la leemos. La mía decía algo así como: «Puede perder cosas que no sabrá cómo recuperar». Y sí. Las perdí.

No hubo portazos ni dramas memorables. Solo silencios. Conversaciones aplazadas. Preguntas sin responder. Supuse que el tiempo se encargaría del resto. Error de principiante. El tiempo no arregla nada: solo deja que los problemas aprendan a vivir contigo.

Ahora he vuelto a casa. A Manarola. Y eso ha tenido un efecto secundario: algunas cosas que creía superadas han decidido no estarlo tanto. Por eso te

escribo. Me gustaría solicitar una cena de clausura. No busco reabrir heridas ni alterar la vida de nadie, solo hacer algo que no hice entonces: darle un cierre digno a una historia que se quedó a medio escribir.

No tengo ni idea de si esta carta llegará al lugar correcto; pero, si finalmente consideras que este caso es viable, estaré esperando tu respuesta.

Gracias por leerme,

Gian

Hace horas que envié ese maldito correo.

Horas.

Y ya me estoy arrepintiendo. No porque no quiera ver qué pasa. No porque me haya echado atrás. Es solo que ahora estoy atrapado en ese purgatorio moderno que es refrescar compulsivamente la bandeja de entrada.

Vuelvo a actualizarla.

Nada.

Cinco minutos después, otra vez.

Nada.

La tele está encendida, aunque no sé qué están dando. Podría ser un partido de fútbol o un reportaje sobre tiburones. Me da exactamente lo mismo. Solo necesito el ruido. Algo que impida que la casa que acabo de comprarme suene tan vacía.

Volver es una trampa. Nadie te lo advierte, claro. Te hablan de empezar de nuevo. De reencontrarte. De cerrar etapas. Pero no te dicen que también reaparecen cosas que dabas por amortizadas. Calles que te ponen tenso sin motivo. Canciones que preferirías no reconocer. Sitios en los que notas el pulso más rápido de lo normal.

Nadie te dice que regresar no siempre significa volver al presente, sino abrirle la puerta al pasado sin estar del todo

preparado. Nadie menciona que hay rincones que guardan memorias como trampas, ni que ciertas personas siguen habitando los mismos lugares dentro de ti. El corazón se te agita. El estómago también. Como si algo en lo más profundo supiera que hay cuentas que aún no han sido saldadas. Y entonces entiendes algo bastante simple: lo que no cerraste sigue ahí. No desaparece porque tú te vayas. Solo se queda esperando. No hay moraleja épica ni lección bonita. Solo la incomodidad de saber que podrías haber hecho las cosas mucho mejor.

Y sí. Lo sé. Estar así ahora mismo, tan inquieto, tan nervioso, es culpa mía.

Aunque no exclusivamente.

La culpa también la tiene Ángelo.

Ángelo Esposito.

Nombre de personaje de telenovela venezolana, alma de filósofo italiano venido a menos, y una manía insoportable de decirme la verdad cuando no quiero escucharla.

Lo conocí en primero de carrera cuando aún no sabía en qué demonios me estaba metiendo. Yo estudiaba Derecho con la misma pasión con la que él esquivaba cualquier tipo de responsabilidad. Nos unía el café recién hecho de la facultad, los apuntes garabateados a última hora y esa complicidad muda que te hace no preguntar demasiado cuando el otro desaparece durante días sin dar explicaciones. Jamás nos exigimos más de la cuenta. Nunca hicimos promesas. Supongo que por eso seguimos siendo tan amigos.

Anoche, después de años sin vernos —la última vez fue aquella visita fugaz que me hizo en Londres—, volvimos a brindar como si no hubiera pasado el tiempo. Y con Ángelo no hay medias tintas. Ni con el vino ni con la vida. Así que, después de demasiadas copas, me lo soltó. Sin rodeos. Sin anestesia. Como si no fuera una herida

que él sabía de sobra que aún estaba abierta.

—¿Sigues pensando en ella?

Lo negué al instante. Un «no» automático. Demasiado rápido. Y Ángelo no discutió. Ni falta que hizo. Me sostuvo la mirada unos segundos y sonrió como si ya tuviera la respuesta.

—Cinco años, tío. ¿De verdad vas a seguir fingiendo?

Cinco años.

Cinco Navidades evitando enviar un mensaje que podría haber escrito en diez segundos.

Cinco cumpleaños en los que abrí el chat, lo cerré y me convencí de que era mejor así.

Lo fácil habría sido admitirlo allí mismo. Decir que sí. Que sigo pensando en ella. Que a veces demasiado. Pero reconocer que continúas enganchado a alguien después de media década no te deja en muy buen lugar. Sobre todo cuando fuiste tú el que decidió marcharse.

De hecho, ni siquiera sé si sigue en Manarola. No sé si tiene hijos —aunque siempre decía que, antes de los veintiocho, ni hablar— o si llenó su casa de perros, que es lo más probable. Tampoco sé si hay alguien preparándole el café como a ella le gusta: con seis cucharadas de azúcar. O si hay otro tipo sentado a su lado viendo esas películas navideñas imposibles, las de la nieve perfecta y finales felices garantizados. Las que ella defendía con una seriedad casi científica mientras yo fingía que me parecían ridículas.

Nunca le confesé que me las sabía de memoria. Ni que lo mejor de esas películas no era el final. Era mirarla a ella creyendo en él.

Supongo que algunas cosas debería haberlas dicho en voz alta cuando todavía estaba a tiempo.

—Mira… —dijo Ángelo, dejando la copa sobre la mesa—. Te voy a contar una cosa.

Y fue entonces cuando me habló de ella.

—Hace un año recibí una carta. Una escrita a mano, en papel orgánico. Pensé que era una broma. Era de una tal Señorita Santa Clausura. Ya ves, un nombre bastante absurdo. Y me decía que Sienna… —me miró—. Te acuerdas de Sienna, ¿no?

Asentí. Fue una de sus primeras novias.

—Pues decía que Sienna quería organizar una cena para despedirse de mí. No para volver. No para liarnos otra vez. Sino para acabar bien, sin esa forma cobarde de cortar que ahora se lleva. Una cena. Una sola noche. Para decirnos todo lo que no nos dijimos nunca.

Lo miré como si acabara de confesarme que había estado en una secta espiritual que solo comía ensaladas de kale y bailaba alrededor de una fogata para despedirse de sus exparejas.

—¿Y fuiste?

—Claro que fui. Tenía mil razones para no hacerlo. Pero también para hacerlo. Y tenía curiosidad. —Se encogió de hombros—. Cenamos. Hablamos de lo que salió mal. De lo que sí funcionó. De lo que no supimos hacer mejor. Me dijo que durante años sintió que tenía un capítulo abierto. Como un libro sin final que no la dejaba avanzar. Que necesitaba cerrarlo con dignidad, no a base de reproches o mensajes a las tres de la mañana.

—¿Y?

Ángelo tardó un segundo en responder.

—Y salí más ligero.

Nada de fuegos artificiales. Nada de reconciliaciones. Solo eso.

—No arregla el pasado —añadió—. Pero te deja en paz con él.

Me quedé callado. Por primera vez en mucho tiempo, la idea de sentarme frente a alguien y no huir no me pareció una locura.

—¿Y esa mujer? —pregunté—. La que organiza todo esto. ¿Qué

es exactamente?

Ángelo sonrió. Tardó unos segundos en responder, como si intentara encontrar las palabras justas.

—No lo sé. No da discursos ni hace terapia. Aparece cuando la gente ya no quiere solo pasar página, sino entender qué decía esa página antes de hacerlo. Prepara el terreno y se aparta. Se asegura de que hables. De que escuches. Y de que no te levantes de la mesa antes de tiempo.

Bebió el último trago de vino antes de añadir:

—A veces lo único que necesitas es eso, tío. Una mesa. Y el valor de quedarte.

Me reí. O lo intenté. De esas risas cortas que no convencen a nadie. Pero la idea ya se había instalado en mí. Y ahora aquí estoy. Ordenador sobre las piernas, bandeja de entrada abierta y un correo enviado a una mujer que no conozco y a la que le he pedido ayuda para clausurar algo que, si soy sincero, no sé si quiero cerrar del todo.

Porque la parte razonable de mí quiere pasar página. La otra quiere saber si ella sigue tomando el café con demasiado azúcar. Si alguna vez piensa en nosotros. Si lo nuestro fue tan difícil de soltar para ella como lo está siendo para mí.

Con un suspiro exasperado, bajo la pantalla del portátil y lo dejo caer sobre el sofá. Apago la tele, y, de pronto, el silencio lo ocupa todo. Me quedo de pie en medio del salón, mirando alrededor como si la casa pudiera responderme. Es prácticamente perfecta. Luminosa. Limpia. Moderna. Grande. Reformada. Silenciosa. Y… vacía.

Vacía como ese hueco traicionero en el pecho que no se llena con metros cuadrados, ni con sofás italianos, ni con electrodomésticos que no hacen ruido. Porque hay cosas que no se

compran por mucho que uno tenga la tentación de intentarlo.

Me paso una mano por el pelo y me obligo a moverme. Después de darme una ducha rápida y enfundarme un chándal, salgo a buscar algo para cenar. Porque sí, la nevera también está vacía.

Manarola me recibe con sus calles empinadas y empedradas, que huelen a sal marina y a algo más. A algo indefinido. Como a pan recién hecho mezclado con nostalgia. Como a infancia en pueblo costero. Como a ese tipo de Navidad que no he vuelto a vivir desde hace tantos años.

Porque hoy es 1 de diciembre. Oficialmente, hay quien dice que la Navidad no empieza hasta dentro de unas semanas. Extraoficialmente, el paseo ya está lleno de luces, lazos rojos, purpurina que acaba pegada en los abrigos y parejas besándose debajo de los muérdagos sin saber que tienen que arrancar una baya de la ramita al terminar. Pero les da igual. Y a mí también.

Camino sin prisa hacia la Trattoria dal Billy, en lo alto del acantilado. La de siempre. La que seguía recomendando incluso cuando vivía a miles de kilómetros de aquí. Subo los escalones despacio, pero no porque me canse, sino porque conozco cada tramo, y el aire se vuelve más frío cuanto más avanzo, más limpio. Huele a albahaca. A vino. A la cena de los domingos.

Cuando por fin llego arriba, me detengo. Esa luz imposible que solo existe en lugares donde el mar y las montañas se rozan lo cubre todo con una paleta dorada y violeta. Desde la terraza se ve el Mediterráneo y, cuando hace buen tiempo, es uno de los mejores lugares del pueblo para disfrutar de las vistas.

Lleno los pulmones de aire como si fuera a lanzarme al agua y no a cruzar una simple puerta. Giro lentamente el pomo mientras me preparo el gesto que voy a mostrar: media sonrisa, mirada tranquila y el tono desenfadado de quien no ha estado ausente

demasiado tiempo. Porque sé que en cuanto entre tendré que repartir apretones de manos, aceptar palmadas en la espalda y responder, una y otra vez, a las mismas preguntas: cuánto tiempo ha pasado, qué ha sido de mí, por qué ahora.

Pero entonces ocurre.

Un roce.

Apenas un soplo delante de mí.

Una voz que se despide con educación.

Un perfume.

Ese perfume.

Y así, como si el universo se hubiera tomado una copa de más, el muérdago que cuelga del dintel de la puerta se suelta. Sin previo aviso. Simplemente cae justo en ese instante. Se desprende con un silencio tan absoluto que parece que hasta el aire contiene la respiración, y flota, despacio, hasta posarse justo sobre nuestras cabezas.

Levanto la vista, sabiendo perfectamente a quién voy a encontrarme.

Y entonces la veo.

Gianna Bellini.

Mi Gia.

El tiempo no avisa cuando decide colapsar sobre sí mismo. No hace ruido. Solo ocurre. Y de pronto todo está aquí: el pasado, los errores, las risas, las despedidas a medias… Todo comprimido en la figura de una mujer que está delante de mí como si los cinco años que han pasado fueran solo una coma mal colocada en una frase que nunca supimos terminar.

Lleva un abrigo largo, abierto, que baila con el viento como si él también recordara cómo se movía entre mis brazos. Y debajo, una de esas minifaldas que siempre odiaba usar cuando hacía frío, pero

insistía en ponerse igual porque le quedaban de muerte. Las botas cowboy rojas, inconfundibles, hacen ese tac-tac familiar al chocar contra el suelo de piedra, un eco de pasos que mi memoria aún sabe recitar a la perfección. Y sonrío como un idiota, porque por supuesto que calza esa clase de botas.

Y entonces lo hace: se ríe. Porque el muérdago acaba de caernos encima como si estuviéramos dentro de una de esas películas navideñas que tanto adora. Y su risa, esa que es inconfundible porque empieza en la garganta y termina en los ojos, me sacude como un rayo de esos que no ves venir. Me quedo quieto, congelado, con una expresión que probablemente oscila entre el susto y la absoluta incredulidad.

Y ella… Ella es todo lo que he intentado olvidar y empujar al fondo de un cajón mental. Sus ojos siguen siendo de ese verde imposible, como de otro planeta, con destellos dorados cuando le da la luz de perfil. Su piel sigue siendo clara, suave, esa que se sonrojaba cuando bebía una copa de vino o se enfadaba conmigo sin querer, intentando parecer seria sin conseguirlo del todo. Y sigue teniendo ese gesto que me dedicaba cuando hacía algo estúpido: medio incrédulo, medio resignado, con las comisuras de los labios torcidas en una ironía perfecta. La suya. La que nadie más tiene.

Y está igual. No por la ropa, ni por el maquillaje —aunque esos labios rojos siempre han sido mi maldita perdición—, sino porque sigue siendo ella. Esa mezcla perfecta de torbellino y refugio que siempre me desarmó. Esa presencia que lo llena todo sin hacer ruido. La mujer que quise hasta cuando no sabía cómo quererla bien.

Sigue siendo ella y, al mismo tiempo, no. Porque está… más… Más mujer. Más preciosa si cabe. Más Gia. Y, maldita sea, más presente que nunca. Como si nunca se hubiera ido. Como si nunca

hubiese dejado de ser mía.

El mundo se encoge. Se pliega sobre sí mismo. Y, de pronto, solo quedamos ella, yo y ese pedazo de muérdago caído como una señal que no he pedido, pero que ya no puedo ignorar ni aunque quiera. ¿Qué fuerza ridícula mueve el viento para que decida, justo en este instante, derribar el adorno más simbólico de todo diciembre sobre nuestras cabezas? ¿Y por qué demonios me parece más guapa cada vez que la miro?

Ella tarda más en darse cuenta, pero también se detiene. La risa se le congela en los labios cuando sus ojos me reconocen. Y ahí estamos: dos desconocidos que se saben de memoria, pero que han intentado durante años ignorar esa verdad. Al mirarnos, se produce un choque silencioso entre lo que fuimos, lo que quisimos ser y lo que, a pesar de todo, y aunque no estemos dispuestos a admitirlo, seguiremos siendo, en algún rincón oculto del otro, para siempre.

—Gian…

Mi nombre le tiembla en la boca. Como si necesitara oírlo en voz alta para asegurarse de que soy real y no un recuerdo mal guardado. Y, cuando lo escucho salir de sus labios después de tantos años, el corazón no me late: me embiste. Un golpe seco, brutal, desacompasado. Como si quisiera irse hacia ella, sin pedir permiso.

—Gia.

Ella asiente y traga saliva. Se toca la nuca, nerviosa, y se recoloca un mechón de pelo negro azabache que no hacía falta mover. Un gesto pequeño, familiar, pero que me deja embobado. Todavía más de lo que estoy.

—Pues vaya sorpresa… —dice por fin, con esa media sonrisa suya que nunca fue solo una sonrisa, sino una barrera. Un salvavidas para no sentir de más—. Estás aquí. En Manarola. Qué cosas, ¿no?

Asiento, y la garganta se me cierra como si las palabras también

se hubieran quedado congeladas en el pasado.

—¿Y tú…? —empiezo, torpe, queriendo preguntarlo todo sin saber por dónde empezar, pero ella me interrumpe.

—Yo sigo aquí, claro. Bueno, cerca. Me mudé hace unos meses a un piso en Corniglia, aunque vengo todos los días por trabajo. O por ocio. O por el mar… Ya lo sabes. —Se detiene un segundo. Un segundo demasiado largo—. Aunque no. Claro que no lo sabes. ¿Qué vas a saber? Hace mil años que no hablamos. Literalmente mil. —Fuerza una risa—. Bueno, cinco. Pero ya sabes, redondeando…

Su risa cae como una piedra en medio del silencio. Yo intento devolverle una sonrisa, pero lo único que consigo es algo torcido, tenso. Más parecido a un espasmo que a un gesto amable.

—¿Y tú? —pregunta entonces, estirando las palabras como si necesitara ganar tiempo—. ¿Cuándo has llegado?

Hace ademán de sonar casual, pero la naturalidad le falla. Y, al mirarse la mano, se da cuenta de que aún sostiene el muérdago. Lo deja sobre la primera mesa que encuentra, como si quemara. Como si el simple tacto le recordara que esto no es normal. Que esto, nosotros, somos una grieta abierta.

—¿Te mudas o estás de paso? ¿Vacaciones? ¿Trabajo remoto? Es que ahora todo el mundo hace eso, ¿no? Se van a la Toscana con el portátil y una copa de vino, y *voilà*, nueva vida.

—He vuelto.

El gesto se le afloja un instante. Apenas un parpadeo, pero lo noto.

—Ah… —murmura, tragando con cierta dificultad—. Bueno, pues… bienvenido.

Se rasca la frente, incómoda. Luego se recompone con una rapidez casi teatral.

—¿Has ido ya al mar? ¿Has visto los atardeceres desde Punta

Bonfiglio? Siguen siendo una pasada. Y la focaccia de Rosa… Bueno, ahora su panadería está cerrada por reformas. Rosa se rompió una muñeca o algo así. Pobre. Pero la hija, ¿te acuerdas?, la que estudió en Génova con ese chef tan famoso, me dijo que reabrirá antes de Navidad…

No se calla, y yo no la detengo. Porque sé lo que está haciendo. Esta es su forma de no mirar directamente a la herida. De cubrirla con palabras, como si bastaran para tapar lo que duele. Y yo la dejo. Porque también me duele a mí.

—Y adopté perros —suelta, de pronto, como si fuera una confesión, o un intento desesperado de equilibrar la balanza.

—¿Perros? —repito, aunque realmente quiero gritar: «¡Lo sabía!».

—Sí. Dos —dice, y se le ilumina un poco la voz, como si hablar de ellos le diera permiso para aflojar la defensa—. Se llaman Turrón y Suchard. Lo sé, lo sé. Ridículos y navideños. Pero eran cachorros en diciembre, y venían de una protectora que organizaba adopciones temáticas. Su madre murió al dar a luz. Y la dueña, una ancianita de esas que te abrazan aunque no te conozcan, no podía hacerse cargo. Iba a entrar en una residencia. —Se encoge de hombros—. Y, bueno…, los vi. Ya está. Me enamoré. Fue eso. Amor a primera vista. Sin condiciones ni preguntas. Son caniches *toy*. Pequeños. Peludos. Pelirrojos. Un poco neuróticos. Básicamente, una versión mía con mejor carácter. Bueno, y más obedientes. A veces.

Fuerza una risa, aunque esta vez ni siquiera lo intenta del todo. Es más un reflejo que una emoción real.

—No los he sacado aún, de hecho. Pobres. Seguro que están ahora mismo subidos al sofá, mirándose con cara de «¿dónde diablos está?» y juzgándome por tener algo parecido a una vida social. Aunque… —su voz se traba un poco, y nos señala a ambos

rápidamente con el dedo— esto no es vida social. Quiero decir, no era… —Me mira por primera vez en mucho rato con los ojos abiertos de par en par—. No me esperaba esto. A ti. Aquí. De pie como si nada. Y yo, hablando sin parar, como si eso fuera a arreglar lo que sea que esto es. Pero no sé. No sé por qué hablo tanto. —Se toca la frente con los dedos de nuevo, como si intentara apagar su propia cabeza. Y yo tengo que contener las ganas de sonreír. Porque, maldita sea, cómo la he echado de menos—. Siempre me pasa. Cuando me pongo nerviosa, no puedo callarme. Es automático. Y tú… Tú estás ahí, callado, como siempre. Escuchando. Con esa cara tuya. Esa cara tan de… De Gian. —Baja la mirada por un instante. Solo un segundo, pero, cuando la levanta de nuevo, ya ha tomado una decisión. Se nota en el gesto. Ya está huyendo—. Bueno, pues… me tengo que ir. En serio. Los perros. Ya sabes. Turrón. Suchard. Me esperan —dice, y su voz es una mezcla de ternura, pena y distancia perfectamente medida—. Adiós, Gian. Ha estado… bien verte.

Y se va. Sin volverse. Como si no doliera. O como si doliera demasiado.

Me quedo quieto. Con las bolitas del muérdago todavía esparcidas a mis pies, como si el destino hubiera estornudado sobre nosotros y luego se hubiese largado. Y tengo el estómago… raro. No sé si es hambre o una especie de náusea emocional. Algo entre vacío y vértigo.

Pido la cena para llevar. Pago. Digo «gracias», aunque no estoy seguro de a quién, y luego salgo. Camino en modo piloto automático, sin pensar demasiado en nada. O tal vez pensando en todo a la vez. Cuando llego a casa, enciendo la lámpara del escritorio, cojo el ordenador, me dejo caer en la silla, y, mientras saco la cena, el aroma de la *capesanta grigliate* con pesto se mezcla con el silencio de la habitación.

Y entonces lo veo.

Una notificación parpadea en la esquina de la pantalla del portátil.

Un nuevo correo electrónico.

De SantaClausura@gmail.com

Asunto: Clausura (o lo que sea esto)

Mi corazón se detiene. Es apenas un segundo, pero suficiente para que el clic resuene con una desesperación vergonzosa. Y me pongo a leer.

> Querido Gian:
>
> (Sí, voy a empezar así. Aunque admito que lo primero que he pensado al leerte ha sido más bien: «¡Giancarlo Di Laurentis, por el amor bendito, ¿en serio?!», con ceño fruncido y suspiro dramático incluidos).
>
> He leído tu carta. Una vez por impulso. Otra por incredulidad. Y una tercera… con ese nudo incómodo que se instala en la garganta y se disfraza de alergia o de sed, aunque todos sepamos que es otra cosa. Así que sí, digamos que te he leído con atención. Con una que no regalo fácilmente.
>
> Tal vez ha sido por tu «inventario de daños», que me ha parecido una expresión peligrosamente honesta. La mayoría de la gente prefiere llamarlo destino, mala suerte o «lo que tenía que pasar», pero tú no. Tú has decidido revisar la letra pequeña cinco años después. Y eso, aunque llegues tarde, tiene cierto mérito.
>
> Tal vez simplemente ha sido porque estamos en vísperas de Navidad (y yo tengo debilidad por estas fiestas, incluso por la parte que duele). O tal vez ha sido esa honestidad que solo aparece cuando alguien empieza a mirar hacia atrás sin cinismo. Y eso es raro. Y valioso. Muy valioso. Créeme, esa versión sin filtro de la gente casi nunca se deja ver.
>
> Dices que no hubo portazos. Solo silencios. Permíteme una pequeña corrección profesional: los silencios también son una forma de portazo. Pero

no hacen ruido. Y por eso tardan más en reconocerse.

Dices también que te fuiste persiguiendo un futuro brillante. Suena exactamente al tipo de decisión que uno toma convencido de que el amor sabrá esperar en una repisa, como un libro bien colocado. El problema es que las personas no somos objetos decorativos, Gian. No nos quedamos inmóviles mientras alguien comprueba si la ciudad nueva combina mejor con sus ambiciones.

Me pides una cena de clausura. Lo entiendo. Me parece justo. Incluso valiente y noble. Pero también un poco ingenuo. Porque cerrar algo no depende solo de que tú tengas las manos libres. Hace falta que el otro también quiera aflojar las suyas. Y eso, querido Gian, no siempre pasa.

Déjame también advertirte algo: clausurar no es lo mismo que corregir el final. Y a veces, cuando uno vuelve para cerrar, descubre que lo que realmente quería era comprobar si aún quedaba algo abierto. Y eso, en este mundo de memoria fugaz y afecto desechable, tiene su peso. Deberías darle una vuelta.

Aun así, hay algo en tu carta que me hace pensar que no escribes por nostalgia. Escribes por responsabilidad. Y eso es mucho más raro que el arrepentimiento. Así que aquí va mi respuesta oficial: tu solicitud es viable. No prometo nada, pero, si decides seguir adelante, escríbeme de nuevo. Las clausuras, como las segundas oportunidades, requieren cierta precisión en los detalles.

Un abrazo navideño para ti (con «Winter Wonderland» de Tony Bennett sonando de fondo, porque soy predecible),

Srta. Santa Clausura

3

El Espíritu de la Navidad

Hay cosas que una abuela sabe.

Y hay cosas que sé yo.

Cuando llevas tantas Navidades a cuestas como ella o como yo, empiezas a ver lo invisible. Y a reconocer los hilos.

Sí, esos.

Los hilos rojos del destino.

Los que se tensan, se lían, hacen nudos imposibles, pero que jamás, jamás, se rompen.

Y esa tarde lo vi. Clarísimo como el agua. Y la *nonna* Agnese también.

Era el 8 de diciembre de 2006. Un día frío, de esos con olor a leña y castañas asadas. Y ahí estaban ellos: Giancarlo, el nieto de la todopoderosa Agnese, y Gianna, la niña nueva de Manarola, tomados de la mano sin darse cuenta. Como si fuera lo más natural del mundo. Como si ese gesto no acabara de convertirse en el prólogo accidental de una saga épica de tensión romántica no resuelta.

Gianna había llegado al pueblo hacía apenas unas semanas. Sus padres —esa especie de pareja joven con cara de «acabamos de

casarnos y todavía no hemos dormido una noche entera desde entonces»— se habían mudado a la casa de al lado de la de Agnese. Y, claro, en el vecindario la bautizaron en tiempo récord como «la niña calladita», porque así son los adultos: le ponen etiquetas rápidas a lo que no entienden.

Spoiler: calladita, lo que se dice calladita…, no era. Observadora, sí. Silenciosa de las que miran, analizan y deciden si vale la pena gastar saliva, también. Una de esas niñas con ojos enormes que parecen espiar el alma de la gente. Y encima llevaba un abrigo rojo que la convertía en un híbrido entre Caperucita y un adorno del árbol de Navidad. Básicamente, una bola brillante con piernas. Una bola brillante que, y esto lo digo con conocimiento de causa, estaba destinada a colgar del corazón de alguien.

Aquella tarde, mientras la *nonna* Agnese le ataba los cordones de las zapatillas a Gian en los escalones de la entrada de su casa, yo ya presentía que algo iba a pasar. La expresión del niño era la típica de alguien que preferiría estar haciendo cualquier otra cosa que prepararse para una excursión con su abuela. Pero, justo entonces, apareció la madre de Gia.

—Disculpe, señora Agnese, ¿usted va al belén esta tarde? —le preguntó, con esa mezcla de culpa y esperanza que solo tienen los padres que se saben que Babbo Natale no llega a todo.

—Por supuesto. Es el acontecimiento del año aquí en el pueblo —respondió ella con una sonrisa que venía directa del alma.

—Es que Gia nunca ha visto uno así de grande. Y yo trabajo hasta las once…

Y Agnese, sin dudar ni medio segundo (porque hay gestos que se hacen con el corazón y no con el calendario), soltó:

—No te preocupes, la llevo yo.

Y así fue.

Esa tarde salimos los cuatro.

Agnese, con su bufanda torcida como una declaración de principios, un bolso donde había castañas calientes y un paraguas. Gian, con la cara medio roja de vergüenza y esa solemnidad de niño que de pronto se cree que le han asignado algo importante. Gia, con su abrigo escandalosamente navideño y los ojos más despiertos que he visto en años, caminando como quien exige respuestas al mundo con cada paso. Y yo, porque, sinceramente, no podía perderme el comienzo de una historia así.

—Vamos despacio —dijo Agnese—. Hay que llegar a tiempo, pero no antes.

—¿A tiempo para qué, *nonna*? —preguntó Gian, con esa combinación de escepticismo infantil y curiosidad sagrada.

—Para el momento en que el cielo baja a la tierra —respondió ella.

Y, claro, ellos no entendieron nada. Tenían seis y nueve años; a esa edad lo más trascendental es decidir si quieres pizza con jamón o con salami.

Pero yo sí lo entendí.

Porque llevo años presenciándolo, y sé exactamente a qué se refería.

Subimos juntos por esas callecitas estrechas del pueblo más bonito del mundo (y que me perdonen los demás, pero Manarola es Manarola, fin de la discusión). La gente ya iba buscándose huecos entre muros, bancales y rocas: algunos con mantas en las piernas, otros abrazados a termos como si fueran amuletos. Y todos, aunque no lo supieran, esperando lo mismo.

Que algo se encendiera.

Dentro, o fuera.

Un milagro pequeñito, cotidiano, de esos que parpadean y se

esfuman si pestañeas.

En lo alto, la Collina delle Tre Croci todavía estaba a oscuras. Esperando. Como todos nosotros. Como si el mundo entero hubiese decidido contener la respiración. Y fue entonces cuando Gian y Gia se sentaron juntos. Sin que nadie lo sugiriera. Sin empujones, sin miradas adultas, sin ese «anda, siéntate con la niña», que Agnese ya tenía listo en la recamara.

Lo hicieron porque sí, como si fuera lo más natural del mundo. Como si ya supieran. Como si ese gesto no fuera la primera vez, sino la repetición de algo que ya habían hecho antes. En otro diciembre. En otra vida.

Y mirad que yo ya he visto muchas Navidades. Demasiadas. He recorrido siglos, continentes, idiomas y belenes de todos los tamaños. Pero hay gestos que me siguen conmoviendo igual. Una castaña ofrecida sin palabras. Una mano que no busca, pero encuentra. Dos almas que se reconocen como quien se topa con una canción que no sabía que se sabía de memoria… No sé. A veces pienso que las almas hacen pactos a nuestras espaldas. Y que la Navidad, y su espíritu guapetón aquí presente, solo les da el escenario perfecto.

Fue entonces cuando empezó. Primero el ángel. Luego la estrella. Después los pastores. El belén se iluminó en un milagro eléctrico: más de trescientas figuras y diecisiete mil bombillas parpadeando con esa calidez que solo da el cóctel exacto de paciencia, amor y un electricista con nervios de acero.

Gia lo miraba sin pestañear. Gian también, aunque de vez en cuando desviaba la mirada hacia la niña. Parecían dos estatuas vivas, dos figuritas más del belén colocadas en primera fila, con la cara encendida. Pero no por las bombillas. Era por algo que venía de dentro.

Y yo lo supe. Porque, aunque no tenga cuerpo, ni edad, ni una bufanda torcida como la de Agnese, hay cosas que yo siento antes que nadie. Y esa noche lo sentí.

—¡Ese burrito se mueve! —exclamó Gia, señalando algo entre las figuras.

—¿Dónde? —Gian entornó los ojos.

—¡Ahí! ¿No lo ves? Hay que mirar con el corazón, no con los ojos, bobo.

Y Gian…

Ay, Gian.

Él, que era más de fútbol que de metáforas y que solía burlarse de todo lo que sonara a cursilería, se quedó callado. No se burló. No protestó. Solo miró.

Y entonces lo vi también.

No al burrito, no. Eso solo existía en la imaginación de una niña con talento innato para soñar en voz alta.

Lo que vi, queridos míos, fue a él.

A él, mirándola como si, por primera vez, estuviera probando unas gafas nuevas y de repente todo tuviese sentido. Como si algo se hubiera movido, sí, pero no en el belén, sino en su interior. Y entendí que esa niña había tocado un rincón en él que ni el fútbol, ni los cromos brillantes, ni las consolas podían encender. Un rincón reservado para algo más sutil. Más permanente.

Horas después, de vuelta a casa, iban más cerca. No cogidos de la mano, no todavía, pero casi. Y, cuando se despidieron en el portal de Gia, con esa naturalidad mágica que solo tienen los niños (y los que todavía creen en los milagros), Gian le preguntó:

—¿El año que viene vendrás otra vez con nosotros?

Y ella, sin pestañear, sin necesidad de consultárselo a nadie, respondió:

—Sí. Y todos los años después de ese.

Y yo… Bueno, yo cerré la puerta muy despacito, con todo el sigilo dramático del mundo. Me hice el distraído. El que no veía nada. El «yo aquí solo soy viento, luces, y tintineo de una campana a lo lejos». Nada más. Nada sospechoso. Pero por dentro estaba sonriendo como si alguien me hubiera encendido una vela XXL en todo el pecho.

Porque, cuando una historia arranca —una de las de verdad, de esas con raíces profundas, tormentas incluidas, primaveras y diciembres—, las abuelas más sabias lo sienten. Y yo, que he estado siempre presente, también. No por ciencia. No por experiencia. Sino porque algo se enciende en el aire. Algo eléctrico. Algo sereno. Algo que dice: «Sí, aquí empieza. Preparaos».

Y esa noche, entre las luces del pesebre más bonito del mundo, con el mar oliendo a invierno y las estrellas asomadas como cotillas en primera fila, pasó.

La Navidad les encendió algo.

Algo suave. Algo inmenso. Algo que, aunque pasaran años, silencios y algún que otro error de los buenos, ya no se iba a apagar.

Porque algunas luces no hacen ruido. No parpadean. No brillan para todos. Pero cuando se encienden iluminan justo donde hace falta. Y ya no se apagan. Ni con el tiempo, ni con la distancia, ni con los inviernos difíciles que a veces vienen después. Porque algunas luces son para siempre. Y hay encuentros que, aunque parezcan pequeños, le cambian la dirección entera a una vida.

Así que sí, queridos míos: esa noche, entre estrellas y figuras de luz, algo se encendió. Y no era el belén.

Era el principio.

El principio de ellos y de su historia.

De eso que algunos llaman destino y otros, los que

verdaderamente sabemos, llamamos… Navidad.

4

Gia

Miércoles, 2 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Este año me he propuesto no volver a liarme con mi ex en Nochebuena. Y lo digo en serio. Voy a resistir. El problema es que él ya ha empezado la ofensiva navideña: memes de renos borrachos, fotos en nuestro sofá y esa sonrisa que huele a desastre y pandoro barato.

Por eso recurro a ti. Necesito que cierres este ciclo con candado, cemento y, si hace falta, un notario. Porque, si lo cierro yo sola, sé cómo terminará: con mi dignidad extraviada, mi jersey olvidado a propósito en su casa y yo, a las tres de la mañana, comiendo una *focaccia della Befana* en su cocina como si la historia fuera nueva.

Con gratitud,

Mariola Albertolli Russo

—¿Ya has cerrado la cena con los Bertinelli? —pregunta Lele al segundo tono de la videollamada, sin ni siquiera saludar.

Mi socia y asistente la mayor parte del tiempo —y mejor amiga el resto— suele tener la paciencia de un monje budista con café en

vena. Pero hoy su voz suena diferente. O quizá soy yo, que tengo el volumen emocional subido al máximo y escucho todo como si fuera un eco personal.

—Casi —respondo mientras revuelvo un yogur de coco al que he renunciado hace treinta minutos, pero sigo torturando con la cuchara.

—¿Casi?

—Bueno… He hablado con Ludovica. Dice que no quiere que sea en el invernadero porque su todavía marido siempre se queja del frío.

—Ese tío se queja del frío, del vino, de la iluminación y hasta de la maldita silla en la que se sienta. Es un pedante. ¡Casi estoy yo más ansiosa de que Ludovica lo mande a tomar por culo que la propia Ludovica!

Sonrío.

—Lo sé.

—Y, sin embargo, no se queja de seguir casado con ella y, por ende, con su cuenta bancaria con más de seis cifras. Fascinante. No sé por qué será.

El teclado de Lele empieza a sonar como un tambor de guerra. La imagino redactando mi epitafio: «Aquí yace Gianna Bellini, fundadora de Santa Clausura, S.r.L., pero incapaz de clausurar una cena».

—Gia, la cena con los Bertinelli es LA CENA. La joya de la corona. Si sale mal, se nos cae toda la cadena de clausuras prenavideñas. Y tú sabes lo que eso significa: adiós a los divorcios terapéuticos con tiramisú, adiós a las rupturas simbólicas con canto lírico, y adiós a nuestro mes más fuerte del año.

—Lo sé —repito.

—Ludovica está forradísima —prosigue—. Y encima tiene más

contactos que tu madre en Facebook. Si sale encantada, tendremos mil cenas en trámite.

—Estoy en ello, Lele.

—Ya. Como con el yogur ese que llevas removiendo media hora, que ahora parece vómito de gato, pero pasado por la Thermomix.

Aprieto la cuchara, pero no le confieso que en realidad no estoy pensando en Ludovica ni en su insufrible marido. Estoy pensando en él. En Gian. En lo que ocurrió anoche. En la carta. En el muérdago desparramado como si alguien lo hubiera usado para invocar espíritus navideños con tendencias indecentes. En su voz pronunciando «Gia» como si cinco años no fueran nada. Como si el tiempo fuese un hilo suelto y él tuviera la manía peligrosa de querer anudarlo otra vez.

Lele suspira, y su teclado vuelve a sonar como una metralleta administrativa. Porque tiene razón. Los Bertinelli son esa clase de dinastía que dona medio presupuesto cultural del norte de Italia sin despeinarse. Organizar su cena de clausura navideña es, emocionalmente hablando, como montarle un vals privado al rey de Inglaterra en pantuflas de terciopelo y con la presión arterial disparada.

Ludovica, la hija mayor de la familia, tuvo la mala suerte de casarse con un cazafortunas con un trastorno de quejas crónicas importante. El hombre es como una aplicación de servicio al cliente que nunca se apaga: gime, suspira, protesta, y todo con esa energía de «el mundo me debe algo» que lo hace más insoportable si cabe. Así que sí, cuando la señorita Bertinelli me escribió para contarme su historia, ni siquiera me fijé en su apellido. Dejé todo por ayudarla, porque soy igual de noble o de inconsciente, según el día. Y luego me enteré de quién era y de lo que estaba dispuesta a pagarme. Ahí, de repente, mi altruismo desarrolló un sentido de la prioridad

muy agudo. Ludovica se convirtió en mi cliente número uno. O al menos lo era hasta que ayer apareció cierto ex con un *timing* tan impecable como inoportuno.

—Ya lo tengo medio arreglado —respondo, intentando sonar segura de mí misma—. Le propuse el salón azul de Villa Il Faro, con chimenea y mantas de cachemira para su marido. También he contactado con ese violinista ciego que hizo llorar a la señora Tiffany con su versión de «Last Christmas» el año pasado.

—Perfecto. ¿Y los menús?

—Le daré tres opciones: cocina tradicional, vegetariano gourmet y la propuesta estacional del chef Alberto. Sin tofu. Lo tengo apuntado con fluorescente.

Lele hace clic, probablemente subrayando «sin tofu» con el entusiasmo de quien desactiva una bomba.

—Vale. Esto sí suena a ti. Porque te juro que esta mañana, en la oficina, no has sido tú. Estabas como… ida.

Me quedo mirando a Turrón, que está en la alfombra intentando atrapar una pelusa invisible. Y, por razones que probablemente Freud sabría explicar, el movimiento de sus patas me recuerda a lo que Gian estaba haciendo con sus ojos anoche. Recorrerme de arriba abajo como si fuera un fantasma. Devorarme sin disimulo alguno. Resultado: mi cerebro se fue de vacaciones sin mí.

—Eh…, ¿qué?

—¿Ves? ¡Estás rara, Gia! Dispersa. Me haces repetir las cosas. No terminas las frases. Has puesto veinte cubiertos en vez de dos en la cena de los Noceto y me ha tocado llamar al restaurante para corregirlo. —Me clava la mirada—. ¿Qué está pasando?

—Es que… —Me rasco la sien, como si de verdad pudiera ordenarme así las ideas—. Ayer recibí un correo. Bueno, la Señorita Santa Clausura lo recibió.

—¿De quién?

Dudo.

—De Gian.

—¿De Gian?

—Sí, Lele. De Gian… Gian.

El otro lado de la línea se queda mudo, y sé que su cerebro ya está haciendo conexiones a velocidad ultrasónica. Lele parpadea dos veces, rápido, intentando procesar lo que acabo de decir. Su pelo rizado es un caos brillante, un remolino de bucles que parece haber sido peinado por la electricidad y el arte. Lo lleva recogido en ese moño cambiante que nunca repite forma, como si cada mañana lo reinventara porque sí. Hoy lleva uno que parece una rosa deshecha, melancólica y hermosa en su decadencia. Y sus ojos, grandes y grises como un cielo cargado de nieve, se agrandan aún más, como si quisieran tragarse el mundo antes de emitir un juicio. Y entonces alza una ceja. La izquierda. La ceja del escándalo. Esa ceja que ha silenciado habitaciones, ha destruido egos y ha hecho que más de un hombre adulto se disculpe por existir.

—¿Giancarlo Di Laurentis? —repite, arrastrando cada sílaba como si fueran piedras—. ¿Gian Gian? ¿GiGi?

—Sí, Lele. GiGi.

Se echa hacia atrás en la silla con una lentitud exagerada, como una actriz en plena tragedia griega. La bufanda de lana negra le envuelve medio rostro, y deja que la mandíbula se le descuelgue con toda la teatralidad que solo ella domina.

—¡Ay, mi madre! ¿Por qué no me lo has contado antes? —exclama, con los ojos bien abiertos—. Dame un segundo. Estoy procesándolo.

Aprovecho su pausa dramática para bajar la mirada y acariciar a Turrón, que me roza la pierna con ese nivel de intensidad canina que

solo los perros con apego obsesivo manejan.

En la pantalla, Lele agita las manos en el aire.

—Vale, ya está —declara, recomponiéndose—. ¿Qué te ha escrito?

Me levanto de la silla y empiezo a pasearme por el salón con el móvil en la mano. Ella me sigue con la mirada desde la pantalla, con esa mezcla de curiosidad, alerta y puro cotilleo de mejor amiga.

—Digamos que me ha contado un minirresumen de su versión. La de Londres. La de por qué se fue. Por qué no dijo nada. Y lo escribió con esa mezcla de honestidad y culpa que da rabia, porque te dan ganas de abrazarlo y de propinarle una buena patada en las pelotas en la misma secuencia de movimientos.

Lele resopla. En su cara se dibuja una expresión que mezcla compasión, alerta y esa chispa que le sale cuando huele drama del bueno. Su favorito. Y el mío, salvo cuando soy yo la protagonista del desastre.

—¿Y le has contestado? Dime que sí.

—Claro que sí. Bueno, la Señorita Santa Clausura lo ha hecho. Distancia quirúrgica, palabras calibradas, verdades a medias… —Me muerdo el labio—. Pero solo lo hice porque, unas horas después de leer el correo, me lo encontré en el Dal Billy. Y el muérdago de la puerta decidió suicidarse encima de nosotros. Literalmente, Lele.

La cara de mi amiga se transforma como si acabara de ver el tráiler de una telenovela que le va a robar la vida.

—¡Gia! —chilla, y se lleva las manos a la boca antes de añadir—: Te voy a pedir que retrocedas. Muy lentamente. Y que me cuentes todo, absolutamente todo, desde el principio.

—Fue tan absurdo que parecía un sketch navideño escrito por alguien con fiebre, nostalgia y dos copas de bourbon encima. Salía del Dal Billy de recoger el pedido, ya sabes, lo de siempre. Había un

muérdago colgando de la puerta, como en todos los sitios en esta época, y justo cuando estaba cruzando el umbral… ¡pum! Me lo encontré de frente. Y el muérdago se cayó. Encima de nosotros. Como una señal divina.

—¿Me estás vacilando?

—Ojalá, pero no. Nos miramos. Fue…, no sé, fue intenso. Como si el tiempo hiciera un cortocircuito y durante un segundo no existiera nadie más en el mundo. Y yo…, bueno, reaccioné como mejor sé.

—¿Como una persona adulta, serena y plenamente funcional? —Alza una ceja.

—No. Como una metralleta sin control. Le solté todo: que tengo perros, lo de la protectora, lo de Rosa la panadera, le hablé de mi mudanza… y no sé qué más. Y luego… hui. Así. Sin más. Salí corriendo como si me hubieran dado cuerda y se me acabara la batería a mitad de calle.

Lele se recuesta un poco hacia atrás, cruzando los brazos. Su cara es un poema. Una mezcla entre «estoy preocupada» y «esto me lo voy a guardar para echártelo en cara durante los próximos veinte años».

—Guau —dice al fin.

—Sí, guau.

El silencio que se instala después no es como los otros. Este pesa. Y entonces Lele habla, bajito. Casi como si temiera romper algo.

—Gia… ¿Tú qué quieres hacer con esto?

Me detengo un segundo. Pero solo por fuera. Por dentro sigo corriendo como loca. Y no respondo. Porque no lo sé. Porque me da miedo saberlo.

Sigo caminando por el salón, con el móvil enfocándome la cara,

como si en algún rincón de este piso, entre los cojines del sofá, detrás de la planta moribunda o dentro del cajón de los vinilos, pudiera aparecer la respuesta, en una nota olvidada o en una servilleta con algo escrito en tinta corrida. Y, mientras ando en círculos como una lunática en bata acolchada, la verdad me sale sin pedir permiso.

—Estaba tan guapo, Lele. Tan insoportablemente guapo. Con esa cara de Gian que no ha cambiado nada, pero que ahora tiene arrugas nuevas en los sitios justos. Y barba de dos días. Y esa voz. Y esa forma de mirarme como si… Como si nunca se hubiese ido del todo. Como si el tiempo no hubiera pasado. O peor: como si hubiera pasado solo el justo para hacerle bien.

Lele me mira con sus ojos grises, grandes y felinos atentamente. Luego sonríe. Una de esas sonrisas pequeñas, suaves. De las que no juzgan.

—Eso complica un poco las cosas, ¿no?

Me dejo caer en la butaca del rincón, la que nunca uso porque es incómoda, y abrazo un cojín rojo chillón en un intento de contener el caos que tengo dentro del pecho.

—Pero me hizo tanto daño… —Mi voz se afloja, y sé que ella lo nota. Lele siempre lo nota—. Ya lo sabes. Estuviste ahí. Tardé más de un año en dormir sin pensar en qué habría dicho si nos hubiéramos despedido de verdad. En dejar de escribirle cartas que nunca mandé. En desearle el bien sin que me doliera. Y ahora aparece. Justo ahora. Y con ese correo que yo, Gia, no la Señorita Santa Clausura, no debería haber leído.

Lele asiente despacio y sus rizos rebotan un poco. No dice nada, solo espera. Porque a veces el silencio correcto es más sabio que cualquier consejo.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé… —Suelto un resoplido—. Una parte de mí quiere esa cena. La de clausura. Me la merezco. Quiero sentarme delante de él, mirarlo a los ojos y decirle: esto es lo que sentí, esto es lo que me dolió, y esto es lo que queda. Cerrar. Como en los libros. Como en las buenas historias. ¡Como en mi trabajo!

Me pongo en pie. Camino hasta la ventana. El mar brilla allá abajo, tranquilo y traicionero como una mentira bonita. Y entonces dejo escapar el aire que no sabía que estaba reteniendo. Porque hay otra parte de mí que no firma contratos, que no sabe cerrar nada cuando es importante para ella.

—Pero, por otro lado…

Me detengo. Porque, si lo digo en alto, será real. Y, si es real, voy a sentirme todavía más estúpida de lo que ya me siento.

—Por otro lado, ¿qué? Suéltalo de una vez, Gia. Sabes que no voy a juzgarte.

—Que es… Gian, Lele. El único al que he querido de verdad. El que ha estado, sin quererlo, en cada relación que he intentado después. Al que he buscado sin darme cuenta en otras voces, en otros cuerpos, en otras risas… Y por eso ninguna ha funcionado. Y por eso ninguna me ha dolido. Porque… no eran él. —Trago saliva. Me arden los ojos. Pero sigo—: Y una parte de mí no quiere cerrarlo. No todavía, al menos. Porque me da miedo no volver a sentir por alguien lo que sentí por él. Lo que siempre voy a sentir por él. ¡Porque es Gian! —chillo, pues necesitaba dejarlo salir—. ¡Y estaba tan guapo, Lele! Tan guapo que me rompió el equilibrio. Tan injustamente guapo que, por un momento, me olvidé de cómo desechó toda una vida conmigo como si yo nunca hubiera significado nada para él. Y lo peor es que ni siquiera me tocó. Solo me miró. Y fue suficiente.

Lele entrecierra los ojos.

—¿Te ha vuelto a escribir?

—No.

—¿Seguro?

—¡Claro que estoy segura! ¿Qué te crees, que no lo reviso cada dos minutos? ¡Llevo todo el día pegada al ordenador! ¡Me duelen hasta los ojos!

Ella ladea la cabeza, impasible, y deja asomar una media sonrisa.

—Sabes que mi deber como mejor amiga sería odiarlo por cómo hizo las cosas, ¿verdad? —Frunce un poco el ceño, aunque en sus ojos hay más ternura que rabia—. Pero es que… Sí, Gia, es Gian. Y tú sabes mejor que nadie que yo siempre he sido la presidenta oficial del club de fans de GiGi. —Hace una pausa, como si la siguiente frase le supiera a verdad incómoda—. Y tú no lo odias tampoco. Aunque lo hayas intentado.

—Ojalá pudiera. Sería todo más fácil.

Dejo caer los hombros, rendida. Lele me conoce como nadie. Sabe que, si me dejara llevar, si solo siguiera el impulso, ya le habría mandado diez correos más exigiéndole que me lo contara todo con pelos y señales. Ya le habría reenviado su propio mensaje. Subrayado párrafos. Añadido comentarios al margen. Tal vez incluso le habría redactado un informe emocional y adjuntado memes. Y, por supuesto, habría creado una encuesta anónima con opciones tipo:

> Si la historia hubiese sido al revés, y tú fueras ella, ¿qué elegirías?
>
> a) Me dolió, pero te entiendo.
>
> b) ¿Qué quieres de mí ahora?
>
> c) Ven y dímelo a la cara, pedazo de cabronazo sexy.

Pero no. No ha contestado.

—Prométeme que, en cuanto te responda, me lo dirás —dice.

—Te lo prometo.

—Bien. Pues luego hablamos, que tengo que terminar de cerrar unas cosas con los Di Stefano —sentencia, y cuelga antes de que pueda replicarle, como siempre. Como si supiera exactamente cuándo dejarme sola, y cuándo no.

Me quedo mirando la pantalla en negro más de lo necesario. Mi corazón late como un paquete sin remitente: lleno, sellado y sin nadie que firme la entrega. Abro el portátil. Lo cierro. Dejo el móvil boca abajo como si así pudiera dejar boca abajo también mis pensamientos. Acabo en el altillo, ese rincón que siempre evito: el cementerio de las versiones de mí que no supieron irse a tiempo.

Me siento en el suelo y abro una de las cajas. Está llena de fotos. No las de Instagram con filtros y atardeceres estratégicos. Las de verdad. Las que nos sacamos en pijama, sin filtros, sin maquillaje y con legañas. Gian sosteniendo mi taza favorita en bata, despeinado y riéndose a carcajadas por algo que no recuerdo. Yo con los ojos hinchados y una sonrisa agradecida porque apareció con helado y una comedia romántica horrible. Una en la que salgo dormida y él escribió detrás: «La única vez que te callaste más de tres minutos».

Y luego está esa foto.

La que nos hicimos el día antes de que se fuera. Él sonriendo con los ojos tristes. Yo haciéndolo con todos los dientes, convencida de que el mundo no estaba a punto de desmoronarse. Porque no sabía que esa sería la última. No sabía que su sonrisa era un disfraz mal puesto sobre una despedida que no se atrevía a decir en voz alta. Y lo peor es que no me dijo que se iba. Dijo frases sueltas. Retazos de verdad envueltos en ambigüedades. «Han surgido unas

entrevistas…». «No es seguro todavía…». Y yo, Gianna Bellini, licenciada en sospechar y experta en leer entre líneas, decidí quedarme con la letra pequeña que más me convenía. Porque, al parecer, cuando una ama también se vuelve idiota.

Tres días después se fue. Y ni siquiera tuvo la decencia de poner cara de cachorro arrepentido mientras me lo contaba. Simplemente me dejó un mensaje de texto. «Lo han confirmado. Vuelo esta noche. No quería hacerlo así…». Y ya. Fin del comunicado oficial. Ni un «te quiero», que habría sido lo mínimo. Ni un «perdón», que tampoco habría estado mal teniendo en cuenta que estaba a punto de desaparecer como si fuese un mago mediocre en un concurso de talentos. Fue un adiós con la estructura exacta de un recordatorio de calendario: breve, impersonal y con la misma calidez emocional que «revisar la factura de la luz».

Y yo, después de tantos años con él, me congelé. No grité. No corrí al aeropuerto como en esas películas en las que el protagonista se cuela en el control de seguridad y nadie llama a la policía. No hubo escena dramática bajo la lluvia con beso final y música épica de fondo. Solo hubo… silencio.

Porque no rompió conmigo. No hubo ese momento oficial de «se acabó» que te permite abrir una botella de vino y llorar a lo Bridget Jones. Simplemente soltó mi mano en mitad del baile y salió del salón. Y yo, profesional del autoengaño, seguí girando sola.

Después vinieron los intentos tibios: una videollamada incómoda, dos audios que no eran ni confesión ni despedida. Un «estoy saturado» suyo. Un «no puedo con esto» mío. Y más silencio. Lento. Persistente. Trepando por todo lo que habíamos construido hasta cubrirlo entero.

Porque no fue Londres. No fue su ambición. No fue su futuro. Fue su forma de borrarme del guion. De arrancar mi papel de la

última escena y hacer como si nunca hubiera estado ahí.

Así que no, no cerré la historia. La enterré. La cubrí de sarcasmo, de clausuras ajenas, de correos donde ayudaba a otros a terminar lo que yo no supe acabar. Y ahora, rodeada de cajas abiertas como heridas mal cerradas, estoy intentando decidir si esto que regresa es un fantasma o una segunda oportunidad.

Porque, aunque el simple hecho de pensarlo ya me parece una traición a mi sentido común, sé que hay una parte de mí, pequeña, testaruda y con una preocupante tolerancia a la estupidez, que aún quiere bailar con él esa canción que nunca llegamos a poner.

Y no sé qué haré mañana. No sé si aceptaré esa cena. No sé si me temblarán las manos o si fingiré que no. Pero hay algo que sí sé.

Ya no estoy dispuesta a bailar sola.

5

Gian

Miércoles, 2 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

No sé qué me ha sorprendido más: que respondieras a mi correo o que lo hicieras sin esconderte detrás de ninguna ironía.

La vi anoche. Por casualidad. O eso quiero creer. Manarola no es tan grande como para fingir que el destino no se divierte a veces. Y yo ya no tengo veinte años como para hacerme el indiferente.

No esperaba que me afectara. De verdad que no. Pero hay cosas que no cambian. Su manera de sostenerme la mirada, por ejemplo. Esos ojos verdes que nunca consiguieron ser fríos. Como si supieran exactamente qué versión de mí estoy intentando proyectar… y cuál estoy ocultando. Y anoche volvió a mirarme así.

Durante un segundo tuve la sensación absurda de que el tiempo no había pasado. De que todo seguía exactamente donde lo dejamos. Y digamos que confirmé algo que creía olvidado: sigo sin ser inmune a ella. Y no estoy seguro de si eso me tranquiliza o me asusta.

Se llama Gianna, por cierto. Gia para casi todos. Y sí, lo sé, es casi poético. Giancarlo y Gianna. Gian y Gia. Todo el mundo nos solía llamar GiGi incluso

antes de estar juntos. Un poco cursi. Un poco inevitable. Como esas historias que todos dan por hechas antes que tú.

Crecimos pared con pared. Su casa estaba junto a la de mi *nonna*. Desde aquel diciembre en que apareció en mi vida, Gia lo fue... todo. El mar. Las cerezas robadas del huerto del señor Vittorio. La risa que se te quedaba pegada al pecho. El panetone de chocolate. La Navidad...

Yo llevaba rodilleras. Ella solía tener una tirita en la barbilla porque se caía más de lo que corría. Jugábamos a las sirenas de *H2O*. Ella era Cleo, siempre. Yo, el día con suerte, era Lewis. Otros, Rikki o Emma. Pero siempre el que acataba las reglas del juego para no estropearle la fantasía. Supongo que ahí empezó todo: yo aprendiendo cómo hacer que su mundo siguiera girando.

En la adolescencia las cosas se volvieron más raras. A mí me cambió la voz. A ella, la forma de caminar. De reír. De mirar. Se hizo un flequillo horrible durante un año entero. Y aun así me parecía la mujer más impresionante que había visto nunca. Fingía que no notaba nada, pero, cada vez que se acercaba demasiado, se me olvidaba respirar.

Me enamoré de ella sin darme cuenta. No fue un flechazo. Fue una acumulación de detalles. La forma en que se comía los bordes de la pizza aunque jurara que no le gustaban. Cómo odiaba los lunes con una convicción admirable. Cómo recitaba diálogos de *Love Actually* cada Navidad y lloraba en las mismas escenas. Cómo me miraba cuando creía que yo no la estaba mirando.

Creo que todo el mundo lo supo antes que nosotros. Éramos el típico «cuando os caséis, os acordaréis de esto» de los adultos, y los «buah, lo vuestro da asco de lo perfecto que es» de los amigos.

Cuando cumplí veintiuno, todos esperaban que pasara.

Y, un día, simplemente pasó.

El beso llegó como llegan las cosas inevitables. En casa de mi *nonna*. Árbol de Navidad a medio decorar. Una estrella torcida. Un comentario mío

demasiado orgulloso. Una bola de algodón lanzada con mala puntería. Un lazo dorado en represalia. Y de pronto estábamos tan cerca que el mundo decidió callarse. No hubo discurso. No hubo aviso. Solo… pasó.

Fue torpe. Fue largo. Fue el tipo de beso que te reorganiza por dentro. Y, cuando terminó, nos reímos. No por nervios. Por alivio. Porque por fin. Porque llevábamos toda una vida caminando hacia ese momento.

Estuvimos juntos casi tres años. Los mejores. No por perfectos, sino por reales. Discutíamos. Nos enfadábamos. Yo viajaba demasiado. Ella trabajaba con una pasión que me dejaba sin argumentos. Pero cada vez que volvíamos al sofá, a nuestras películas, a los perros imaginarios que planeábamos tener, todo encajaba. Porque nos queríamos una barbaridad. Porque, por cursi que pueda sonar, si de algo estoy seguro es de que aquello era amor verdadero.

Y entonces me ofrecieron el trabajo en Londres. Y dije que sí. No porque fuera valiente. Sino por lo contrario. Porque no supe hacerlo mejor. Porque lo que sentía era enorme. Demasiado de verdad. Demasiado definitivo. No lo hablé con ella como debía. No le di la opción de elegir venir conmigo. Ni siquiera me quedé el tiempo suficiente para saber si lo habría dicho. Solo… me fui. Como hacen los que tienen miedo. Como hacen los hombres que todavía no saben ser hombres.

Y ahora estoy aquí, intentando entender si aún queda algo de todo aquello. Si GiGi sigue siendo una historia con dos protagonistas o solo el capítulo más importante, el cual yo abandoné antes de terminarlo. Porque verla me ha removido todo lo que creía enterrado. Y ya no tengo muy claro si te escribo para cerrar, para empezar o para intentar no dejar que el azar lo decida todo.

Así que, con la esperanza torpe de quien aún sueña con milagros navideños, te pregunto: ¿me vas a ayudar?

Abrazo virtual,

Gian

Me encuentro en la cocina de mi madre, intentando mantener una conversación profesional mientras esquivo el humo de una salsa que lleva media hora amenazando con convertirse en arma biológica.

—Sí, Dan, entiendo lo del informe. Pero lo que digo es que, si presentas esa cláusula tal como está redactada, el juez se va a reír en tu cara.

Me apoyo contra la encimera, con el móvil pegado a la oreja escuchando cómo Dan me insulta entre dientes, y un trapo de cuadros en la mano porque, por algún motivo, mi madre ha decidido que ahora yo soy el que revuelve el ragú.

—No te ofendas, hombre. Solo te digo que redactarlo así es como regalarle la custodia al otro sin ponerle ni un solo inconveniente —añado mientras mi madre me lanza una mirada de reproche. Estoy hablando en inglés, ella no está entendiendo nada y, como mujer con un doctorado en el arte de cotillear, lo odia—. Hazlo como te digo y ganarás el caso.

Al otro lado del teléfono, Dan suspira. Es un abogado de familia con una voz grave de locutor de radio frustrado. Y tiene una tendencia a sobreexplicar las cosas que me hace querer ponerme tapones en los oídos.

—De acuerdo, Gian, haré los ajustes. Pero no me hables como si fuera uno de tus becarios de bajo nivel.

—¿Qué quieres que te diga? —respondo mientras intento bajar el fuego sin provocar un incendio—. Tú me hablas como si yo todavía llevara esas gafas absurdas que fingía necesitar para parecer más listo que tú cuando llegué a Londres.

—Las cuales, admitámoslo, te quedaban bastante bien —apostilla con una risa seca, y me lo imagino en el despacho de Mayfair, con las piernas sobre la mesa y el botón del pantalón de traje desabrochado—. Por cierto, ¿te quedarás mucho tiempo en

Italia? Sé que te has cogido una especie de excedencia para ir a casa. Pero… ¿pretendes volver?

Me llevo los dedos al puente de la nariz y aprieto como si ahí estuviera el botón para responder preguntas incómodas en versión automática. Pero no está.

—No lo sé aún. Depende.

—¿De qué?

—De muchas cosas, Dan —murmuro mientras observo cómo mi madre coloca el pan en una cestita con tanto esmero que cualquiera juraría que espera al mismísimo papa León XIV a cenar en nuestra cocina. Me lanza otra mirada, esa mirada que combina desaprobación, interrogatorio silencioso y un «cuelga el teléfono o lo tiro» perfectamente coreografiado—. Oye, tío, te dejo. Mi madre me está poniendo la mirada de madre italiana patentada, esa que hace que reconsideres toda tu existencia. Llámame si cambias de idea y decides no autoboicotear tu defensa, ¿vale? Un abrazo.

Cuelgo con un suspiro y entierro el móvil en el bolsillo de mis vaqueros como si me ardiera.

—¿Quién era?

—Dan.

—¿Ese tan educado que se ofreció a cocinarme cuando fui de visita?

—El mismo.

—¿Y está soltero?

Cierro los ojos. Respiro. Intento recordar las técnicas de autocontrol que recomendaba mi psicólogo.

—Mamá, por favor.

—¿Qué? Preguntar no es un delito.

—Sí lo es. O al menos lo debería ser. Exactamente desde que yo tenía diez años y decidiste averiguar si mi profesor de Historia

llevaba anillo.

—Era una observación lógica. Tenía manos bonitas.

—Tenía sesenta y dos años, mamá. Y tú treinta y cinco.

Ella sonríe. Esa sonrisa suya que mezcla ternura y una superioridad tranquila, como si pensara: «Sí, hijo, pero yo siempre he tenido buen ojo».

Y es cierto. Siempre ha tenido buen ojo. Para todo. Supongo que por eso nunca me preocupó parecerme a ella.

Compartimos el mismo cabello oscuro y rebelde, aunque el suyo ahora esté cruzado por mechones plateados que se niega a teñirse. Dice que no son canas, sino «destellos de sabiduría». También la misma piel clara, pese a que la de ella está salpicada por esas pecas rebeldes que el sol de la Toscana dejó incrustadas en su juventud. Y los ojos. Unos ojos imposibles de clasificar: ni grises ni azules. Algo intermedio. Como el mar cuando está decidiendo si hundir barcos o dejar que la gente se bañe tranquila.

Hoy lleva su eterno delantal de cocina, el de flores bordadas que huele a orégano, a memoria y a tardes enteras de guisos interminables. En los pies, la herejía estética que ha convertido en su marca personal: unas zapatillas rosas con orejitas de conejo que deberían estar prohibidas por la Convención de Ginebra, pero que a ella le parecen la cima de la comodidad. Ella es así: práctica, inquebrantable y con un radar emocional más preciso que cualquier detector de metales. El tipo de radar que detecta un corazón roto antes de que tú mismo te des cuenta de que lo llevas hecho trizas.

—¿Y bien? —pregunta mientras se sirve una cucharada de salsa y sopla para enfriarla lo justo—. ¿Ya la has visto?

No dice su nombre. No hace falta. Es como Voldemort, versión romántica y con pelo perfecto: la que no debe ser nombrada. Ni siquiera necesita levantar la vista para que yo entienda de quién

habla. Lo hace igualmente, claro, con esa calma letal que las madres perfeccionan con los años.

No digo nada. Silencio absoluto.

—¿GiGi?

Boom.

El mote explota en la cocina como si acabara de detonar un campo minado emocional. El aire se espesa. O soy yo. O es el pasado, que ha decidido colarse por la ventana junto con el olor a tomate, albahaca y recuerdos que preferiría enterrar en un sótano sin luz.

—Sí. La he visto.

—Está preciosa, ¿a que sí?

Trago saliva. Y no por la salsa, que está humeando como si quisiera darme también su opinión.

—Sí.

—¿Y…? —insiste, con esa voz suave pero firme, el filo dulce de quien te acaricia y te empuja al abismo al mismo tiempo—. No me gusta cuando te lo callas todo para ti, tesoro.

—Fue… raro. Inesperado. Caótico. Como siempre. No sé.

Ella asiente de nuevo. No dice nada. Como si ya supiera que ese «como siempre» fuera el resumen perfecto de lo que hubo entre Gia y yo: amor, confusión y un guion inacabado.

—¿Y cómo está? La vi hace unas semanas, pero siempre anda muy ocupada. Desde que murió la *nonna*, ya casi no viene por casa. Y lo entiendo. Ellas dos… tenían una conexión especial. Pero yo… la añoro.

Mi madre lo dice bajito, como si fuera una confesión. Y es normal que la añore. Cualquiera que haya tenido a Gia orbitando por su cocina, robándole cucharadas de salsa y besos en la mejilla, la echaría de menos.

—Está… bien. Creo.

Pero no le digo la verdad. No le digo que me temblaron las rodillas en cuanto la vi, como si hubiera corrido una maratón sin entrenar y el premio estuviera esperándome al otro lado de la meta con esa boca suya. No le digo que el corazón se me quedó atascado en la tráquea, golpeando como un animal salvaje que por fin reconoce el bosque. No le digo que verla fue como abrir una caja que llevaba años cerrada y descubrir que, en lugar de polvo y telarañas, había brasas. Brasas vivas. Rojas. Respirando despacio. Y supe que bastaba un soplido para que todo volviera a arder.

—¿Y te reconoció?

—Joder, claro, mamá. No he cambiado tanto. —La palabra se me queda pegada al paladar, amarga. Porque no es del todo cierto. He cambiado. Me he hecho más alto, más ancho, más duro. Pero hay una parte de mí que sigue siendo el chico que la miraba como si el mundo empezara y terminara en sus ojos—. Aunque, sinceramente, pensaba que fingiría no conocerme —añado—. Ya sabes cómo se ponía cuando se enfadaba. Desaparecía delante de ti sin moverse del sitio. Pero no. Me llamó por mi nombre.

Mi madre apaga el fuego con una calma que debería patentarse como método de interrogatorio. Luego se gira hacia mí y sonríe. Esa sonrisa que huele a sentencia.

—Eso ya es más de lo que mereces, ¿no?

No hay reproche en su voz. Lo cual, paradójicamente, duele el doble. Porque es solo una verdad desnuda, sin adornos. Simplemente se queda ahí, frente a mí, con las manos firmes en las caderas y la postura exacta de un juez que está a punto de leer sentencia. Y no, no hay derecho a apelación.

—Y… ¿entonces? —pregunta—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Me encojo de hombros, pero noto la tensión en la mandíbula.

—Pues no lo sé. ¿Nada?

Ella no responde enseguida. Me mira. Pero no es esa mirada de madre que exige explicaciones. Es peor. Es la que te desnuda sin tocarte.

—Quizá podrías empezar por algo sencillo como… pedirle perdón. Sin ironías. Sin discursos largos. Solo… perdón.

Suspira mientras se limpia las manos en el paño de cocina.

—Y tal vez podrías dejar de fingir que todo aquello no te afectó. Decirle que no has rehecho tu vida con la facilidad que fingías en las fotos. Que a veces uno tarda más en pasar página de lo que admite. A veces no hace falta contarlo todo, Gian. Basta con no esconderlo.

No me mira cuando lo dice. Abre un cajón. Ordena cubiertos. Pero cada palabra cae donde tiene que caer.

—A las mujeres como ella no se les impresiona con grandes gestos. Se les demuestra que has entendido lo que hiciste. Y que has cambiado lo que hacía falta.

Trago saliva. El aire parece más denso. Mi garganta, papel de lija.

—Mamá…

—¿Qué? —dice, sin perder ni una pizca de paciencia, como si estuviéramos hablando de la lista de la compra y no de mi vida personal—. Es una confesión perfectamente legítima. Te recuerdo que soy la misma que te vio llorar a lágrima viva cuando, con diez años, creías que habías perdido a tu tortuga y solo estaba debajo del cojín. A mí no me mientes.

—Ya, pero no es tan sencillo.

Y ahí está. El eufemismo del siglo. La frase que debería venir con asterisco, nota al pie y un «lo que quiero decir en realidad es imposible, aterrador y totalmente inoportuno».

—Claro que no —suspira, bajando la voz como si hablara de una

hija que también fue suya—. Nada es sencillo cuando se trata de Gia. Y mucho menos del amor. Pero ya va siendo hora, tesoro. Hora de que se lo digas. De que ella sepa lo que fue para ti. Y lo que sigue siendo, pese al tiempo.

Asiento. No digo nada más, porque ponerlo en palabras sería como abrir una grieta en la pared: al principio parece pequeña, casi invisible, pero luego la casa entera se viene abajo y nadie sabe cómo recoger los escombros. Así que hago lo único que sé hacer: recojo los platos y los llevo a la mesa.

Mi madre reparte las raciones y cenamos. Por suerte, cambiamos de tema. Me pregunta por Londres. Por mi jefe. Por si ya tengo pensado qué hacer con mi vida después de este *break* que estoy tomando. Yo le respondo a medias. Ella escucha, también a medias. Pero no insiste. Solo mastica lento, como si dar espacio a mis palabras no dichas fuera más importante que entender las que sí pronuncio.

Pasamos dos horas así, flotando en esa calma que da el hogar, y luego mi madre se va al sofá, se arropa en su batín de lana, y es absorbida completamente por otro capítulo de esa serie turca que la tiene enganchada. Yo me quedo en la cocina fregando, con la cabeza en otra parte, hasta que el móvil vibra. El resplandor azul de la pantalla corta la penumbra y me ilumina el rostro. Lo cojo y miro la notificación. Es un nuevo correo. Y el corazón me da un golpe seco, como un martillazo contra el esternón, cuando lo abro para leerlo.

> Querido Gian:
>
> He leído tu carta despacio. Muy despacio. (Tan despacio que se me ha enfriado el café). No con la prisa de quien busca una solución rápida, sino con el respeto de quien reconoce en tus palabras una historia que perfectamente podría haber sido la suya.

Sabía que volverías a escribirme. Estas historias, las que se quedaron a medio vivir, siempre acaban buscando un agujero por donde colarse. Un rincón seguro donde intentar poner orden en el desorden que el tiempo dejó.

Y, respondiendo a tu pregunta, sí. Voy a ayudarte.

Si me lo permites, me gustaría diseñar una carta de clausura a medida. No para cerrar desde la herida, sino para abrir desde la verdad. Porque lo que tú y Gianna vivisteis no encaja en la categoría de «fue bonito mientras duró». Lo vuestro merece algo mejor. Una despedida con palabras escogidas. Con cuidado. O, quién sabe..., un reencuentro que no termine en desastre. Eso ya dependerá de vosotros.

Ahora bien, para poder escribir esa carta necesito algo de ti.

Primero: una dirección postal. Sí, postal. Porque la carta, cuando esté lista, se enviará en papel. No por e-mail, ni por WhatsApp. Se envía como se envían las cosas importantes. Pero, antes de que ella la reciba, la leerás tú. Necesito tu visto bueno. Quiero que lo que yo escriba represente lo que tú sientes, no una versión edulcorada que yo invente de tu historia. Quiero un reflejo sincero.

Segundo: necesito más información sobre Gianna. Lo básico. No hace falta que me envíes su biografía entera ni su número de documento de identidad, pero sí algunos detalles que me ayuden a escribir para ella. ¿Qué cosas ama? ¿Qué odia con la fuerza de mil soles? ¿Qué frase suya te sabes de memoria? ¿Qué película repetisteis hasta el cansancio? ¿Qué canción le hacía llorar o bailar como una loca?

Tercero (y esto es de vital importancia): dime qué esperas de esta carta. ¿Quieres cerrar? ¿Quieres disculparte? ¿Quieres que sepa que aún piensas en ella? Esto no es solo un ritual. Es una conversación. Aunque unilateral. Aunque escrita. Y las palabras tienen peso. Así que dime cuál quieres que sea el tono. ¿Honesto pero suave? ¿Irónico con ternura? ¿Brutalmente vulnerable? Tú decides. Yo escribo.

Y ahora, por si te lo estás preguntando: sí, puede que ella aún conserve heridas. Puede que esta carta no cure ni unas pocas. Pero, si haces esto bien, tal vez logres algo más importante: cerrar sin dejar de querer. O abrir (de nuevo) la mejor historia de amor que ha llegado a mis manos.

Estoy aquí. Lista para escribir. Así que quedo a la espera de tus datos y de tu decisión.

Abrazo virtual con música de fondo (ahora mismo está sonando «It's the Most Wonderful Time of the Year»),

Srta. Santa Clausura

6

El Espíritu de la Navidad

Como cada 8 de diciembre desde hacía tres años, me tocaba hacer mi entrada triunfal: la colina, el frío que se te mete en los huesos y, por supuesto, mis acompañantes favoritos.

Gian iba delante, con esa energía de «soy un adulto responsable, no necesito ayuda para nada, gracias». Cada año más alto, más serio, más rápido. Estaba en esa edad en la que confundes madurar con dejar de creer en los milagros. Adorable, ¿no? (Mentira: da un poco de rabia).

Gia, en cambio, seguía siendo mi niña cómplice. Todo lo convertía en un juego. Ella saltaba, reía y se inventaba coreografías como si el mundo real fuera demasiado lento para su propio ritmo. Y yo la miraba y pensaba: alguien debería patentar esa manera suya de recordar que este instante, este lugar, este nosotros, seguía siendo un milagro.

Y luego estaba la *nonna* Agnese. Ella no caminaba: flotaba. Iba un paso por detrás, con esa sonrisa que parece saber más de lo que debería. Miraba el paisaje como si pudiera leer lo invisible. Y, queridos míos, dejadme deciros que sí, podía. Porque ella, como yo, lo veía: lo que se formaba entre esos dos, lo que temblaba, lo que

se negaba y se enredaba. Ese secreto a voces que todos fingían no notar. Y ella lo guardaba y lo protegía como solo una *nonna* sabe hacer: con risas suaves, silencios llenos de guiños y un abrigo que ya no le cerraba bien, pero seguía oliendo a Navidad, a galletas recién horneadas y a travesuras bien disimuladas.

—*Nonna*, ¿hoy también se enciende el burrito invisible? —preguntó Gia, con esa sonrisita torcida que ya entonces dejaba claro que en el futuro iba a coleccionar problemas románticos como otros coleccionan imanes en la nevera.

Agnese, sin pestañear, respondió con la calma de los sabios:

—Si tú lo ves, seguro que sí.

Y entonces fui yo quien parpadeó. Porque eso soy. Eso hago. Me enciendo en quien mira así. En quien pregunta sin miedo. En quien responde sin dudar.

—Es mentira —gruñó Gian desde más adelante, sin siquiera molestarse en girar la cabeza. Muy adulto él. Muy «no me interesa», aunque todos sabíamos que sí.

—Tú también lo ves todos los años —le replicó Gia.

—No es verdad.

—¡Sí lo es!

Y ahí estaban otra vez. El no contra el sí. La batalla anual que nunca se decidía porque ninguno de los dos quería ganar. Discutiendo como solo discutían quienes ya lo sabían todo el uno del otro, aunque todavía no tuvieran nombre para eso. Y, claro, sonriendo por dentro. Fingiendo por fuera. Tan obvio que daban ganas de repartirles un cartel luminoso que dijera: «Spoiler: vais a acabar liados».

El belén, este año, estaba más grande. Mario Andreoli ya no podía subir como antes, pero su obra seguía creciendo igual. Porque cuando el amor es auténtico siempre encuentra la forma de seguir

construyendo, incluso desde la distancia. Había más luces, más cables, más figuras hechas con paciencia, con ternura y con esa pizca de locura imprescindible que evita que el mundo se oxide de tristeza. Porque, en Manarola, diciembre no llegaba con anuncios. Se encendía. Desde los pies hasta el cielo. Como si el pueblo entero se pusiera su mejor vestido de lentejuelas para gritarle al universo que sí, todavía existe la belleza. Que todavía hay milagros cotidianos que merecen ser vistos.

Gian se colocó detrás de Gia. No al lado (porque eso ya sería demasiado evidente para un chico que se cree impermeable a los sentimientos), pero sí lo bastante cerca como para que cualquiera con ojos (hola, presente) notara que estaba en modo guardaespaldas silencioso. Ella, como si nada, sacó un trozo de pan dulce del bolsillo. Pan dulce clandestino, envuelto en una servilleta arrugada, con azúcar glas escapando como nieve rebelde. Un gesto mínimo, sí, pero cargado de todo lo que importa.

—¿Quieres? —le ofreció.

Él aceptó. Se lo zampó sin mirarla, sin dar las gracias, sin teatrillos innecesarios. Y, cuando terminó, se limpió la boca con la manga. Que, para que quede claro, en el idioma secreto de Gian equivalía a un soneto completo: «Sí, gracias, me gustas, estoy aquí, no pienso moverme».

—¿Sabes lo que me ha preguntado mi madre hoy? —soltó Gia, con los ojos puestos en el belén, como si hablara de cualquier cosa.

—¿Qué?

—Que si me gustaba alguien de mi clase.

La reacción de Gian fue instantánea, tan torpe y transparente que me dieron ganas de regalarle otro letrero de neón con la palabra SOSPECHOSO.

—¿Y te gusta?

Ella se giró y lo miró. Una de esas miradas largas que hacen que hasta los espíritus tengamos que contener la respiración. Mirada de niña que ya empieza a saber demasiado, de niña que no pregunta «¿me ves?», sino «¿te atreves a mirarme?».

—No. Son todos unos tontos.

—Ah —dijo él, y se quedó callado. Pero fue un silencio lleno, con los dedos quietos, el cuello rígido y el corazón golpeando como un tambor navideño.

—¿Y a ti te gusta alguien?

—Yo… no sé. No pienso en esas cosas.

—Sí piensas. La señora Angelina dice que los chicos solo pensáis en eso.

(Ay, señora Angelina. Agradezco su franqueza, pero quizá es un poco pronto para traumatizar al pobre muchacho).

—Bueno, un poco…

—¿Quién te gusta entonces?

Y ahí estaba. Pregunta de nivel apocalíptico. Gian, en lugar de mirarla, se aferró al belén como si en esas luces parpadeantes estuviera escondida la respuesta a la vida, al universo y a todo lo demás. Hasta que, después de una eternidad disfrazada de segundos, señaló la colina y murmuró:

—Mira, el burrito invisible.

Gia resopló, pero sonrió. Y no dijo nada más. Porque ella, que todavía sabía mirar con esa claridad que a los adultos se nos olvida, lo entendió. Y, por el momento, le bastó.

Y yo, que no tengo cuerpo (aunque a veces me vendrían bien unas cejas para levantarlas cuando estos dos se miran así), pero sí memoria; que no tengo forma, pero me incrusto en cada gesto, en cada fe callada, en cada amor que empieza bajito, como quien finge que no… Yo no miraba el belén. Los miraba a ellos. Porque era como

si supieran que algo en su interior acababa de moverse. Sin fanfarria. Sin aviso. Pero con esa inevitabilidad que dice: «Esto es para siempre, cariño».

Y la *nonna* Agnese también los miraba, por supuesto. Sentada en su banco torcido, con el cuerpo sereno y el corazón en guardia. Ella no necesitaba hablar. Ella ya sabía. Sabía porque había amado así. Sabía porque conocía el ritmo lento y terco de las cosas que duran. (Y lo siento, pero nadie hace cara de «yo ya he pasado por eso» con tanto estilo como Agnese).

Esa fue la primera vez que no se dijeron lo que sentían. En su lugar, lo dejaron colgado en el aire: suspendido entre la risa muda del burrito invisible, las migas de pan dulce todavía en los bolsillos y esa colina obstinada que guardaba historias como cofres antiguos guardan cartas de amor.

Y yo lo sentí. Porque a veces el amor no llega con trompetas ni declaraciones dramáticas de película. A veces empieza disfrazado de una broma tonta, de un trozo de pan dulce compartido sin mirar, de un silencio que no incomoda y de una Navidad que lo enciende todo.

Incluso lo que todavía no se atreve a llamarse amor.

Incluso lo que apenas comienza a latir.

Incluso lo que, por ahora, no tiene nombre, pero sí una luz preciosa.

7

Gia

Jueves, 3 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Sé que estará ocupadísima rompiendo corazones con elegancia navideña, pero necesito un hueco. Mi caso es urgente y, digamos, un poco… insólito. Porque estoy saliendo con alguien que cree ser Rudolf. Y no, no es una metáfora. Literalmente: Rudolf.

Desde noviembre duerme con una manta de copos de nieve, ha redecorado el salón como si fuese el Polo Norte y solo me besa bajo el muérdago por «protocolos mágicos». Y yo la adoro, lo juro. Pero la semana pasada canceló nuestra cena romántica para asistir a una «reunión privada de renos conscientes». Todavía no sé si es una secta o un grupo de WhatsApp con demasiados emoticonos, pero temo que se le haya ido la pinza para siempre.

Necesito su ayuda para clausurar esta relación insostenible. Una cena bonita, civilizada y, a ser posible, sin embestida final con diadema de cuernos. Quizá menú vegetariano, por si sigue en modo pasto.

Agradecido,

Amado L. A.

Hoy es la dichosa cena de Ludovica. Y, cuando digo «dichosa», quiero decir que llevo tres días sin dormir como una persona normal porque todo, absolutamente todo, tiene que salir perfecto. No bien. No aceptable. Perfecto.

Ludovica quiere dejar a su marido. Esta noche. Quiere soltarle el bombazo en medio de una cena supuestamente informal, con velas, crostinis de trufa y una iluminación tan favorecedora que hasta una confesión matrimonial suena más sexy. Y yo… Yo soy la encargada de que el entorno sea tan elegante y calculado que el hombre no tenga ni fuerzas para reaccionar mal.

Según ella, su marido solo la quiere por el dinero. Y no lo dice con tristeza, sino con hartazgo. Como quien se quiere quitar una faja al final del día y por fin poder respirar. Que si es un plasta. Que si lleva años amargándola. Que si nunca ha sabido ni cómo se toma el café (lo cual, en Italia, es prácticamente un delito penal). Y oye, a mí no me corresponde juzgar. Pero reconozco que, cuando te hacen una transferencia de cuatro cifras solo por preparar una atmósfera de ruptura de lujo, una se implica. Y mucho. Te obsesionas con el ángulo de cada vela, con la temperatura exacta del vino y con que el crostini tenga la proporción perfecta entre pan y trufa para que no se les indigeste el divorcio. Y, sobre todo, te estresas. Bastante. Hasta el punto de haber soñado dos noches seguidas que el florista se fugaba con las hortensias.

He pasado la mañana sumergida en un mar de flores blancas, una mantelería de diseño que cuesta más que mi alquiler y listas de reproducción con títulos imposibles como Soft Italian Jazz & Emotional Strength. Todo cuidadosamente mezclado con villancicos, porque Ludovica, en su infinita visión estética, insiste en que una ruptura elegante en diciembre requiere que «Jingle Bells» suene de fondo en versión instrumental.

El catering ya ha llegado, los cubiertos están perfectamente alineados como si fueran soldados de porcelana, y yo me he sacrificado heroicamente probando los vinos para asegurarme de que son exactamente lo que había pedido. Lo tengo todo bajo control.

Con ayuda de Lele, que tiene el superpoder de ordenar cualquier cosa mientras discute por teléfono con su novio y reorganiza mentalmente el armario de su casa, dejamos todo listo antes de la hora de comer. La mesa, montada. Las flores, distribuidas estratégicamente para parecer «casuales». Las luces, reguladas al punto exacto entre romántico y fíjate-qué-bien-me-veo-mandándote-a-freír-turrones. Y hasta el incienso que huele a Navidad está encendido.

Así que, por una vez, me permito volver a casa, quitarme el sujetador, dejarlo caer en el respaldo de la silla como un trofeo y tirarme al sofá para pasar un rato con Turrón y Suchard, que son los únicos seres vivos que no esperan nada de mí excepto caricias, chuches, y que les hable como si fueran mis bebés (y sí, uso diminutivos ridículos y voces aún más ridículas. No me avergüenza admitirlo). Incluso me da tiempo a echarme una siesta con ellos.

Cuando me despierto, todavía dispongo de un par de horas antes de tener que enfundarme en un vestido caro, subirme a unos tacones diseñados por alguien que, evidentemente, odia a las mujeres, y fingir una vez más que tengo toda mi vida y la de los demás bajo control. Así que decido obligarme a salir. A respirar. A caminar como si eso pudiera reordenarme por dentro.

Me pongo el abrigo con la sensación de estar blindándome para la batalla. Les coloco los arneses a Turrón y Suchard, que me miran con esos ojos ilusionados, y bajo a la calle en busca de aire. Aire de verdad.

Corniglia está tranquila. Es temporada baja. Los turistas se han evaporado como espuma después de una ola, han regresado a sus ciudades con las tarjetas de memoria llenas de limoneros, focaccias y atardeceres que no supieron mirar del todo. Los pocos que quedan se arrastran por las callejuelas con la lentitud reverente de quien cree que está dentro de un museo viviente. Y tal vez lo estén.

Amo este lugar. No tanto como Manarola, pero casi. Allí no encontré un piso. Aquí encontré silencio. Corniglia es un pueblo colgado de un acantilado que se esconde entre viñedos perfectamente peinados y parece flotar en una quietud distinta, como si no necesitara nada más que estar ahí, observando el mundo pasar sin moverse un centímetro.

Camino por la via Fieschi, la arteria estrecha que cruza el pueblo como una vena antigua. Las casas, altas y coloridas, se apoyan unas contra otras, y huele a pan recién hecho. Ese olor me agarra de la mano y me arrastra, sin pedir permiso, hasta la Panetteria A Cantina de Mananan. La focaccia con tomate me mira desde el escaparate con una ternura que no debería tener una pieza de pan.

Turrón tira de la correa, encaprichado con un gato que dormita sobre un felpudo. Suchard, en cambio, se asusta de su propio reflejo en un escaparate y se refugia detrás de mí con un bufido dramático, como si acabara de ver un fantasma. Estoy a punto de girar hacia la Terrazza di Santa Maria, porque ese es mi rincón. Mi refugio frente al mar. Ese lugar donde el mundo se encoge y se calla, y donde puedo sentarme con mis perros y dejar que las olas piensen por mí.

Pero entonces lo veo. Al principio, es una figura a lo lejos. Avanzando por la misma calle que acabo de recorrer, como si la hubiésemos ensayado sin querer.

Gian.

Está demasiado cerca para ignorarlo. Es demasiado tarde para

fingir que no lo he visto. Y, por el golpe seco que me da el corazón, demasiado pronto para estar preparada.

Lleva una bolsa de papel kraft en una mano y el pelo revuelto por el viento marino. Ese tipo de viento que llega sin pedir permiso, que te despeina y te hace parecer más sexy. Porque sí, está más sexy. Como si estos años le hubieran sentado… fenomenal. Como si, mientras yo lidiaba con los fantasmas del abandono, las cenas de Navidad con preguntas incómodas y los discursos motivacionales de mi tía Carmela sobre «no conformarse con menos de lo que una merece», él hubiese estado en Londres bebiendo té con proteína y apuntado a un curso intensivo titulado Plan de Evolución Rompecorazones. Nivel avanzado.

Porque está más fuerte. No solo de brazos —que ya son tema aparte, porque ¿siempre ha tenido esos brazos?, ¿así como si pudiera levantar una caja de botellas con una mano y a mí con la otra, sonriendo como si no fuera ningún esfuerzo?—, sino de postura, de presencia. Se mueve como alguien que sabe exactamente quién es y lo que provoca.

Ahora tiene la mandíbula más marcada, más afilada. Como si hubiera pasado los últimos años masticando determinación y desayunando autoconfianza. Sigue teniendo los ojos más bonitos del universo. Ni grises ni azules: una mezcla perfecta. Como si el cielo y el mar hubiesen decidido compartir custodia por igual. Y se ha cortado el pelo. Siempre lo llevaba largo, rebelde, un poco a lo *boy band* de 2010. Pero ahora no. Ahora luce un corte peligrosamente favorecedor. De esos que enseñan más nuca, más cuello, más de todo lo que deberías ignorar si tu plan es conservar algo de dignidad. Corto por los lados, revuelto por arriba, como si hubiera pasado una mano distraída para peinarse, y aun así pareciera recién salido de una sesión de fotos para una revista italiana con olor a

expreso, cuero caro y promesas que sabes que romperías sin dudar. Y ese mechón rebelde que le cae hacia la frente… Por Dios. Ese mechón podría tener club de fans. Ese mechón merece su propio código postal.

Señoras y señores: Gian Di Laurentis. Actualización 2.0. Y más letal que nunca.

En cuanto me ve, sonríe. No con confianza ni con descaro. Sonríe con timidez. Como si no supiera si tiene derecho a hacerlo. Y yo, otra vez, siento que me tiembla hasta la médula. Como si me hubieran enchufado a la corriente.

—¿Qué haces aquí?

La voz me sale más aguda de lo que pretendía. Más cargada. Es una mezcla entre sorpresa, nervios y ese tono indignado que se te escapa solo. Porque que él esté aquí no es casualidad. Lo sé. Lo sé con esa certeza incómoda que se siente en la boca del estómago.

Los correos en forma de carta con él están siendo… intensos. De esos que te remueven capas que creías enterradas. Que te hacen leer diez veces y respirar hondo veinte. Que cierras con un clic y te siguen latiendo por dentro. Y puede que él no sepa quién soy yo. Puede que, para Gian, la Srta. Santa Clausura solo sea una dirección de correo con palabras bien elegidas y respuestas que llegan cuando nadie más responde. Pero yo sí sé quién es él, y sé todas esas cosas que no debería estar leyendo. Y por eso estoy casi segura de que está buscándome. O, mejor dicho, buscando una dirección. La mía.

Sin embargo, Gian levanta la bolsa y la agita un poco, como si eso explicara algo.

—He venido a por vino. Y aceite. A por el de oliva taggiasca de esta tienda, exactamente. No lo venden en Manarola, o al menos no como aquí. Me lo recomendó una señora con bigote en el mercado.

—¿Una señora con bigote?

—Sí. Una un poco rara.

Durante un segundo, el silencio entre nosotros se estira, suspendido como una cuerda floja. Luego, suelto una risa, corta y limpia, que me golpea más fuerte de lo que debería.

—¿Y has subido los 377 escalones solo por eso?

—Y por las vistas. —Me mira unos segundos, en silencio, y luego añade—: Me apetecía caminar. Pensar. Ya sabes.

Pensar. Claro. Como si pensar sirviera de algo. Yo también pensé que una caminata me calmaría. Que me despejaría. Pero mírame ahora, con el corazón acelerado y las manos incómodas metidas en los bolsillos del abrigo.

Suchard se me sube a una pierna como si notara la tensión. Como si sospechara que algo no encaja. Turrón da vueltas sobre sí mismo y acaba olisqueando una de las zapatillas de Gian. Él baja la vista y sonríe.

—¿Estos son…?

—Sí. Turrón y Suchard. Los de la protectora. Los de la señora mayor que se iba a la residencia. Suchard ronca como un abuelo y a Turrón le da por lamer muebles cuando está nervioso. Yo también lo haría si fuera un perro. O, bueno, no. ¿Tú sabes que los perros pueden tener ansiedad por separación? Pues yo también. Pero humana. Ansiedad humana, quiero decir.

Me detengo. Asiento. En silencio. Porque mi cerebro por fin ha encontrado el botón de «cállate ya, por el amor de Dios».

Gian vuelve a sonreír, y esta vez lo hace como si no me hubiera roto el corazón y luego se lo hubiese llevado en una maleta transatlántica. Como si aún supiera exactamente cómo hacerlo. Luego se agacha sin prisa y sus dedos rozan el lomo de Turrón con una delicadeza que no recordaba en él.

—Corniglia es bonita para vivir —comenta, aún sin mirarme del

todo.

—Sí, lo es. Aunque no tanto como Manarola. Manarola tiene algo. No sé si es la luz o el color de las fachadas o que huele a limonero mojado después de llover. O igual soy yo, que soy una nostálgica empedernida. Por eso trabajo allí. Bueno, por eso y porque el alquiler era más barato que en Riomaggiore, y porque Rosa me guarda las focaccias del mediodía. No sé. Manarola tiene magia.

—¿Sigues ayudando a parejas a arreglar sus relaciones muertas?

Intento, por todos los medios, que no se note la expresión de mi cara.

—Eh…, sí, más o menos.

—Qué críptica.

—No es intencionado, te lo juro. Solo que a veces siento que estoy intentando reanimar peces muertos. Como si me hubieran contratado para hacer terapia de pareja con una trucha y un boquerón. Y a veces no son ni pareja. Son… compañeros de piso con historial romántico. ¿Te he contado que una vez vino una pareja que discutía por cómo colocar los yogures en la nevera?

Él me mira. Levanta una ceja.

—Es verdad. Lo juro por el alma de mi cactus.

Y ahí va otra vez mi boca. Porque si hay algo peor que enfrentarse al hombre que te rompió el corazón es hacerlo sin un filtro verbal funcional. Pero él se ríe. Esa risa. Ese sonido que no oía desde hacía años y que, sin embargo, vuelve a instalarse en mi pecho como si nunca se hubiera ido. Yo también me río. Apenas. Solo un poco. Pero suficiente como para que algo dentro de mí se retuerza. Como si me estuviera traicionando por disfrutar del momento.

El silencio que sigue no es incómodo. Es algo más difícil de

definir. Como un vacío lleno de cosas no dichas. Como ese instante justo antes de abrir una puerta que no sabes si deberías cruzar.

—No me lo esperaba. Volverte a ver, digo. O sea, aquí. En Corniglia. Con una bolsa de papel, con ese corte de pelo, con esa cara de que no ha pasado nada cuando han pasado… cinco años. Casi seis. Pero quién los cuenta, ¿eh? Yo no. Para nada. Qué va.

Gian se endereza, de nuevo con una sonrisa. Sus manos dudan un segundo antes de guardar la bolsa bajo el brazo, y luego me mira. Por fin. Y ahí está. Esa mirada directa. Limpia. Casi dolorosa. Ese color de ojos imposiblemente perfecto.

—Yo sí lo esperaba.

Lo dice así. Sin dramatismo, sin pausas, sin tambor previo.

—Ah, ¿sí?

Mi voz suena más contenida de lo que me gustaría. Como si la estuviera domando con una cuerda floja de dignidad. Porque, si por mí fuera, habría gritado: «¡¿Entonces por qué, Gian?! ¿Por qué Londres, por qué silencio, por qué fantasmas?». Pero no. Solo le doy eso. Dos palabras. Una ceja levantada. Y un abismo entero en el pecho.

—Sí. A ver, no aquí, aquí. No en Corniglia, hoy, a las cinco de la tarde, cruzándome contigo. Pero… sí. Esperaba verte.

Me cruzo de brazos.

—¿Y por qué?

—Porque estoy aquí. Porque he vuelto. Y sabía que en algún momento ibas a aparecer.

Sus palabras se quedan flotando un segundo. No hay retórica. No hay disculpas. No hay explicaciones. Solo esa certeza tranquila que me desconcierta más que cualquier excusa. Y entonces lo miro por primera vez desde que empezó esta conversación. Como se mira algo que no sabes si quieres volver a tocar o volver a olvidar.

—¿Qué haces además de coleccionar aceites y meterte en pueblos donde no vives, Gian?

—Me he cogido una excedencia —responde, con una media sonrisa que no termina de cuajar—. Estoy en una especie de descanso profesional. Un… limbo productivo.

—Ah.

—Aaah —repite él, con un deje de ironía suave.

—Quiero decir… «ah», como un «vaya, qué interesante, Gian, cuéntame más sobre tu limbo existencial mientras yo intento no mirar tus brazos ni pensar en cómo suena tu voz de nuevo». Pero no te preocupes, lo disimulo fatal. En fin, que me parece muy moderno eso de descansar profesionalmente. ¿Es como una pausa consciente o más bien te despidieron con mucha educación y tú decidiste romantizarlo? Porque yo también me tomo descansos, ¿sabes? Sobre todo los domingos. Y los lunes por la mañana. Y a veces los martes si llueve.

Él parpadea, con una ceja que se le alza, y sí, esa sonrisa. Yo me escucho desde fuera y tengo ganas de meter la cabeza dentro de una centrifugadora.

—Pero oye, limbo productivo, me encanta. Suena como algo que podrías poner en tu bio de Instagram.

Y entonces me callo. Porque, si no lo hago, no hay garantía de que empiece a hablarle de mis chacras bloqueados o de cómo lloré viendo *Ratatouille* por tercera vez este año.

Comienzo a caminar por inercia, y él me sigue. A los pocos segundos, llegamos a la Terrazza di Santa Maria. El mar está ahí, inmenso y oscuro, con ese azul que parece tragarse el sol poco a poco. Lo miro y no puedo evitar pensar en promesas. En las que hicimos. En las que rompimos.

—¿Sigues odiando los lunes?

Casi tropiezo.

—¿Qué?

—Eso. Que si los sigues odiando. Antes decías que eran un invento del capitalismo para sabotear a los creativos. Que ningún genio había tenido nunca una idea brillante un lunes antes de las tres de la tarde.

—No recuerdo haber dicho eso.

—Yo sí. Lo gritaste. En una cafetería. Delante de un señor que desayunaba tranquilo y que dejó el cruasán a medias por el susto.

—Ah… Bueno, sí, es verdad. Pero los lunes han mejorado, ¿sabes? Ahora tengo rituales. Pongo incienso, hago una lista de intenciones, saco a pasear a estos dos y pongo una playlist navideña con nombres como «lunes de jengibre». Aunque a veces termino llorando igual porque no encuentro las llaves o porque el pan se ha quedado duro.

Él me mira, y me regala la mejor sonrisa que he visto en años.

—Definitivamente sigues odiando los lunes.

Sí, y definitivamente sigo sin saber cómo protegerme de su memoria.

Me detengo y lo miro, sintiendo que algo en el pecho se me mueve, como una campanada vieja que todavía suena. Él sonríe, pero no es burla. Es memoria. Es cercanía. Es haber estado allí. Y entonces, otra vez, ese silencio. El viento me levanta un poco el pelo, juguetón, descarado. Y él, cómo no, se pasa la mano por la nuca. Ese maldito gesto que hacía antes, cuando no sabía muy bien qué decir, pero tampoco quería irse. Como si su cuerpo supiera que lo importante era quedarse, incluso cuando su boca no tenía ni idea de por dónde empezar.

—He de irme —digo al fin, bajando la mirada solo un momento antes de sostener la suya de nuevo—. Tengo una cena de trabajo. Y

me gustaría arreglarme. Aunque en realidad no es que vaya a una gala, es solo con una pareja de esas que no se soportan, pero quieren hacerlo bien por los niños, ya sabes. Y, además, creo que tengo la falda arrugada y el pelo con olor a galletas de perro, así que, sí, me vendría bien un rato de recuperación estética antes de enfrentarme al amor ajeno.

Gian asiente despacio. Ni una queja, ni una pizca de decepción visible. Solo ese gesto suyo, neutro, como si entendiera demasiado bien que no es el momento. Pero luego, con ese tono que siempre suena casual hasta que deja de serlo, añade:

—¿Puedo acompañarte a casa? Ya sabes que nunca me ha gustado que volvieras sola cuando empezaba a anochecer.

Lo miro de reojo, levantando una ceja como si supiera algo que él no. Y sonrío. Una de esas sonrisas torcidas que se te escapan cuando estás peleando contigo misma para no parecer ilusionada.

—Pero ¿qué dices? —respondo, echándome el pelo hacia atrás como si eso me diera autoridad—. Si ahora tengo dos pedazos de *rottweilers* entrenados por el mismísimo Chuck Norris para protegerme. Son pura fiereza. Auténticas máquinas de intimidación.

Turrón bosteza como un abuelo que acaba de terminar la sopa. Suchard ve una hoja caer y da un salto torpe hacia atrás, como si hubiera presenciado una aparición en forma de rama.

—Impresionantes fieras.

—Temibles —añado, divertida—. Bueno, vale, la verdad es que no. Pero hacen bulto. Y compañía. Y se tiran pedos en el coche, lo cual es una forma muy efectiva de disuasión.

Relleno el aire con frases y más frases, porque si me callo un segundo, si dejo que el silencio entre, temo que se me escapen otras cosas. Cosas como «claro que puedes acompañarme. De hecho, acompáñame, por favor». O «te he echado tanto de menos

que me duele hasta el estómago, y ni el helado de pistacho ha conseguido arreglarlo».

Gian da un paso más cerca. No tanto como para tocarme, pero lo bastante como para que lo sienta. Y lo siento. Vaya si lo siento.

—Insisto.

Me tenso, aunque es solo un segundo. Porque soy consciente de que, sea como sea, va a encontrar mi dirección. Es Gian. Es el hombre que una vez rastreó un hotel perdido en la Toscana solo porque escuchó de fondo el sonido de unas campanas en una videollamada. Si quiere saber dónde vivo, lo sabrá. Con o sin mi permiso. Y, la verdad, muy en el fondo, no sé si quiero ponerle trabas.

—Vale. Pero solo porque hay un tramo de escaleras que resbala un montonazo. Y porque tengo la absurda sensación de que hoy el universo me quiere poner a prueba.

Él no dice nada más. Solo sonríe. Damos la vuelta y empezamos a subir hacia la plaza. Las sombras se alargan entre las callejuelas y el sol ya se ha escondido del todo detrás de las colinas. Las primeras luces del pueblo titilan. Gian no habla. Yo tampoco. Pero nuestros pasos han cambiado. Ya no suenan casuales ni livianos. Son más lentos, más pesados. Como si cada uno cargara con una versión distinta del pasado. Como si estuviéramos caminando hacia algo que aún no sabemos si queremos abrir o enterrar para siempre.

Llegamos a mi edificio unos diez minutos después. Me detengo delante de la puerta, con los dedos ya buscando las llaves en el bolso.

—Vivo en el primero —digo, sin mirarlo, como si eso fuera todo —. Pero no hace falta que me acompañes hasta ahí, de verdad. El timbre no funciona, la puerta se atasca y el felpudo es una trampa mortal si no lo pisas en ángulo recto. Además, el señor Tardelli del

segundo maúlla. Literalmente. Y tengo la estantería a medio reordenar por géneros, y hay libros esparcidos por el suelo como si hubiera habido una revuelta literaria. Así que eso. Gracias por acompañarme. Ya… Ya estoy bien. Gracias.

No responde, pero lo oigo detrás de mí, respirando igual que antes de irse: en silencio, pero presente. Cuando consigo encontrar las llaves, me giro para despedirme. O para cerrarle el paso. O quizá solo porque no puedo evitarlo.

—Gia.

Me detengo. Porque está ahí. Quieto. La bolsa de papel bajo el brazo. Esos ojos tan preciosos fijos en mí. Y tiene esa expresión de alguien que aún guarda mil cosas por decir y no sabe cómo empezar sin romper algo.

—Gracias —dice al fin—. Por no fingir que no me conoces.

Eso dice. Solo eso. Y me atraviesa como si hubiera dicho mucho más. Porque no tiene ni idea. Ni de todo lo que he tragado mientras hablaba de focaccias y mascotas, ni de cómo me temblaron las manos cuando lo vi por primera vez en la trattoria, ni de la cantidad de veces que he tenido que recordar que respirar no se olvida de un día para otro.

Así que asiento. Solo eso. Porque si hablo me rompo.

Giro la llave, entro en el rellano y cierro. Y, una vez en casa, camino por el piso como quien intenta no quebrarse en cada baldosa. Turrón y Suchard se dejan caer en sus camas mientras cuelgo el abrigo. Y entonces, antes de arreglarme e ir a despedir una relación que ni siquiera es la mía, lo hago. Hago algo que no hacía desde hace cuatro años, dos meses y… Mejor no contar los días.

Le escribo una carta.

No como la Srta. Santa Clausura, aunque sí uso ese papel. El

bueno. El caro. El de algodón italiano con bordes dorados y sobre de terciopelo burdeos que reservo para los cierres más teatrales de la empresa.

Pero esta no es para ningún cliente.

Es para él.

Y, de alguna manera, también para mí.

Escribo sobre lo que fue. Sobre lo que nunca se explicó. Sobre la forma tan elegante que tiene el corazón de seguir doliendo incluso cuando juraste que ya no. Sobre su marcha sin despedida y sobre cómo aprendí a fingir que aquello no había dejado grietas.

Escribo sobre los años que pasaron. Sobre las canciones que paré de escuchar. Sobre las veces que me prometí que ya no importaba. Y también sobre lo que ha pasado hoy. Sobre lo absurdo que es que una persona vuelva a aparecer después de tanto tiempo y consiga desordenarte el alma en menos de cinco minutos.

Cuando termino, doblo el papel despacio. No lo meto en el sobre. Porque hay cartas que no se escriben para ser enviadas.

Se escriben para sobrevivirlas.

8

Gian

Jueves, 3 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Gracias. Por leerme sin prisa. Por no tratar mi historia como un trámite ni como una anécdota de sobremesa. No sé quién eres exactamente, pero lo que has escrito me ha tocado. En sitios donde no llego ni yo.

Vamos por partes, que me pediste muchas cosas y no quiero dejarme nada:

La dirección: vive en Corniglia, en via del Poggio, número 14, puerta 2.

Sobre Gianna: te prometo que voy a contártelo todo. Pero, si tengo que empezar por algo, sería por su risa. Juro que no recuerdo un solo día a su lado en el que no la haya oído reír. Ni uno. Incluso cuando estaba cabreada. Incluso cuando yo me comportaba como un idiota (que fue más veces de las que me enorgullece admitir). Ella es así. Tiene esa capacidad de desarmarte con una mirada y, al segundo siguiente, salvarte con una carcajada.

Le gusta el vino blanco muy frío. Las listas de reproducción con nombres absurdos. Las bufandas enormes que casi la devoran. Les pone nombre a los gatos callejeros, como si el mundo fuera más habitable cuando todo tiene identidad. Se sabe de memoria los diálogos de *Notting Hill*, y, aun así, dice que detesta a Julia Roberts. Nunca he entendido esa contradicción, pero

Gianna está hecha de contradicciones preciosas. Y de botas cowboy. Siempre botas cowboy. No son un accesorio, son una declaración de principios. Es imposible imaginársela sin ellas, como si caminar sin tacón y punta afilada no fuera una opción en su universo.

También adora la Navidad. Pero no de esa manera tibia y decorativa. La vive como si le latiera debajo de la piel. Dice que es el único momento del año en que el mundo se permite ser cursi sin pedir perdón. Y para ella eso es valiente. Le gustan los árboles arrastrados por las calles, la canela en el aire, la forma en que incluso los más cínicos se rinden al espíritu de la fiesta, aunque sea solo para no desentonar. He descubierto que incluso les puso nombres navideños a sus perros. Para Gia, diciembre no es una estación: es una forma de amar más alto. De perdonar antes. De arriesgar. De recuperar lo perdido.

Y estamos en diciembre. Y todo huele a ella.

Su frase favorita era «Lo que no cambias, lo eliges». Me la repetía cuando dudaba. Cuando me escondía detrás de ambiciones que parecían más grandes que nosotros. Ahora me la repito a mí mismo más de lo que me gustaría, en voz baja.

¿La canción que la hacía llorar? «Scars to Your Beautiful», de Alessia Cara. Solo en el coche. Si sonaba en otro sitio, se quedaba callada y miraba por la ventana. Como si la letra la conociera demasiado bien. Nunca le pregunté qué veía cuando miraba así. Supongo que algunos hombres tardamos en entender que hay silencios que piden coraje.

Y ahora lo más jodido: ¿qué quiero de esta carta?

Quiero que sepa que no la he olvidado. Que fui cobarde. Ambicioso. Que quise conquistar el mundo y terminé perdiendo lo único que de verdad me importaba. Pero también quiero que sepa que nada de lo que vino después me llenó como ella. Nada.

No quiero cerrar. Y, si antes quedaba en mí una sombra de duda, después de encontrarme con sus ojos supe que no había nada que clausurar. Si todavía

piensa en mí, quiero que sepa que yo no borré nuestra historia por mucho que intenté reemplazarla con ruido. Porque ella ha sido lo mejor que me ha ocurrido. Lo ha sido desde siempre.

Fui cobarde, pero también fui un hombre que no supo sostener algo que le quedaba grande de lo mucho que le importaba. Si logro encontrar las palabras exactas para explicarle todo sin que suene a disculpa barata o a justificación, esa será la carta que le entregaría. Por ahora, esta que escribo contigo es mi único puente.

Y ahora la locura.

Como sabrás, el día 8 se enciende el belén de Manarola y el pueblo entero parece respirar distinto. Ese día nos conocimos. Y desde entonces, cada 8 de diciembre, subíamos juntos. Sin falta. Con su pan dulce escondido en el bolsillo. Con mi chaqueta de adolescente creyéndome invencible. Nunca fallamos. Hasta que yo me fui. Cinco años en los que no sé si subió sola. O con mi *nonna*, antes de que faltara. O si decidió no mirar más hacia arriba.

Pero este año estoy aquí, y quiero invitarla a volver. A caminar entre los puestos de madera y el olor a castañas asadas del mercadillo. A esperar juntos ese segundo exacto antes de que todo se ilumine. Y después (si tú lo consideras oportuno) tener nuestra cena de clausura. O de inicio. O de lo que sea. En la Trattoria dal Billy, que era nuestro lugar favorito.

No quiero irrumpir en su vida. No sin saber que cruzar esa puerta no es una invasión, sino un regreso. Pero, si me das tu visto bueno, quiero llevarla. Como entonces. Como siempre. Como si por una noche el tiempo entendiera quién manda.

Gracias por recordarme que todavía soy capaz de escribir algo que importa.

Abrazo virtual,

Gian

Han pasado unas cuantas horas desde que he vuelto de Corniglia,

pero la imagen de Gia en la plaza sigue conmigo. Porque estaba… espectacular. Porque el frío le había encendido las mejillas con ese rosa que me obligó a tensar la mandíbula para no cruzar la plaza y comprobar si seguían ardiendo al tacto.

Antes de que se diera cuenta de que yo estaba allí, me quedé mirándola. Hacía mucho tiempo que no tenía el privilegio de observarla sin que ella lo supiera. Y puede sonar ridículo, pero, cuando Gia cree que nadie la está mirando…, le cambia en la cara. Baja la guardia. Deja caer ese escudo invisible que siempre lleva puesto y, por un instante, simplemente… existe. Sin filtros. Sin defensas.

Fue entonces cuando me golpeó la nostalgia. De frente. Sin aviso. Sin ninguna posibilidad de cubrirme. Ese brillo en sus ojos. Ese que solo aparece una vez al año. El único día en el que ni siquiera ella intenta esconderse. Ese que llevo cinco años diciéndome que no lo echo de menos. Cinco años repitiéndome que todo aquello ya pasó.

Mentira.

Pienso en el 8 de diciembre. El día de la Inmaculada Concepción. El mejor día del año en Manarola, según Gia. Y con Gia las cosas siempre funcionaban igual: si algo era importante para ella, acababa siéndolo para mí. Así funcionaba.

La inauguración del belén no es una tradición más. Es un milagro eléctrico extendido sobre la Collina delle Tre Croci. Miles de luces encendiéndose como si alguien hubiera decidido recordarnos que todavía existen las cosas que merecen la pena.

Cuando cae la noche y todo se ilumina, el pueblo entero se convierte en una postal que respira. Las figuras del belén, desde lejos, parecen recortadas en luz, y por un segundo, un segundo exacto, el silencio lo cubre todo. No es ausencia de sonido. Es

presencia de algo más. Algo que detiene el mundo, solo un instante, justo antes de que suenen las campanas y estallen los fuegos. Y luego también está el mercadillo. Su territorio. Miel, galletas de jengibre, figuras talladas, vino caliente…, y nosotros compartiendo un cucurucho de frittelle como si fuera un pacto secreto. Ella quejándose de que están demasiado dulces mientras se come la última. Yo fingiendo indignación solo para verla reír con azúcar en los labios.

No sé si sigue yendo. No sé si lo comparte con alguien. No sé si todavía recuerda que ese cucurucho era nuestro pequeño ritual.

A mí la Navidad siempre me ha gustado. A escondidas. Aunque fingiera que no. Pero, desde que empecé a vivirla con ella, entendí eso que dicen de que tiene magia. Y no, no es solo una frase bonita para poner en las postales. Es verdad. Existe. En las personas. La magia tiene olor a canela. Sabe a limoncello caliente. Y sonríe como Gia.

Por eso le he propuesto a la Señorita Santa Clausura el ocho. Ese día. El suyo. El nuestro. Quizá sea egoísta. Probablemente lo sea. Pero quiero verla así. Con los ojos brillantes. Con el corazón un poco más expuesto. No para jugar sucio. No soy ese hombre. Sino porque, cuando ella se emociona de verdad, se le abre una grieta diminuta en la armadura. Y yo quiero estar ahí. No para romper nada. Para quedarme. Tal vez, entre las luces, el pan dulce y el murmullo del belén encendido, diga algo que no tenía pensado decir. Algo que yo llevo años esperando escuchar. Que me perdona. Que todavía hay un lugar para mí en su pecho. Que no he llegado demasiado tarde.

Lo cierto es que sé muy poco de su vida estos últimos años. Demasiado poco para lo mucho que todavía me importa. No lleva anillo. En eso sí me he fijado. Sería hipócrita fingir que no. Pero un

dedo vacío no significa nada. Puede haber alguien. Puede que otro hombre conozca el punto exacto en el que se le quiebra la voz cuando está a punto de reír. Y esa posibilidad me pone enfermo. Celoso. Territorial. Nada elegante. Porque no tenía que haberme ido así. Ni tan lejos. Ni tan deprisa. Ni con ese silencio que pretendía ser noble y acabó siendo cobarde.

Lo cierto es que en Londres todo fue estímulo al principio. Trabajo nuevo. Horarios que me hacían sentir importante. Pubes con moqueta que huelen a historia rancia y cerveza tibia. El maldito té a las cinco como si eso arreglara algo. Pero a la semana empezaron a dolerme los días. Los domingos sobre todo. Los martes también. Cualquier día en que veía algo bonito y no podía girarme para decirle: «Mira esto». Cualquier noche en que nadie me decía que estaba comiendo fatal o que cómo era posible que todavía confundiera el nombre de su tía abuela.

La ausencia no hace ruido al principio. Luego empieza a morder.

Y, aun así, no la llamé. No volví. No porque no la quisiera. Precisamente porque la quería. Pensé que estaba haciendo lo correcto. Lo adulto. Lo responsable. Ese gesto supuestamente heroico de dejar libre a quien amas cuando crees que no puedes darle lo que merece. Qué fácil suena cuando lo dices así. La verdad es menos bonita. Y la mía era que no quería que me esperara. No quería que se quedara atada a mis horarios imposibles y a un mapa con kilómetros de por medio. No quería repetir una historia que ya había visto romperse demasiado pronto.

Lo que nunca le he dicho a nadie es que yo ya viví el amor a distancia. Desde el otro lado. Mis padres lo intentaron. Dos ciudades. Cartas que llegaban tarde. Llamadas que se cortaban justo cuando alguien iba a decir algo importante. Y cuando se rompió… se rompió del todo. Por eso las despedidas largas me dan alergia. Los trenes

que prometen volver pero no fijan fecha me dejan un dolor en el pecho que no se va nunca. Un dolor que aprendí demasiado joven. Así que hice lo que mejor sabía hacer: cortar antes de que doliera más. Solo que dolió igual.

Y pensar en todo esto, a las tres de la mañana, no ayuda. Por eso estoy en el único sitio del pueblo que sigue despierto cuando el resto finge dormir: el Nessun Dorma. Luces bajas. Aire salado. Turistas borrachos riéndose más alto de lo que la lógica permite. No puedo quedarme en casa. Es insoportable estar a solas con lo que siento. Porque cuando me quedo quieto, cuando no hay ruido alrededor…, la echo de menos de una forma que me deja sin aire.

Me he refugiado en una esquina con una birra tibia y demasiadas cosas sin resolver. Estoy en ese punto en el que ya no bebo por gusto, sino por repetición mecánica. La cabeza gira en círculos como un ventilador roto: mucho ruido, cero avance. La música suena. La gente ríe. Yo estoy en demolición interna.

Y entonces, sin previo aviso, el universo decide que ya he tenido suficiente introspección. Un vaso entero me cae por encima. Frío. Pegajoso. Cítrico. Con ginebra. Y con una intención clarísima de humillar.

—¡¿Pero qué cojones…?!

Me levanto de golpe. La camisa se me pega al torso como una segunda piel cuestionable. El líquido baja por el cuello y se cuela por la espalda. En el suelo se forma un charco que huele a venganza con lima. Busco al culpable. Y entonces la veo.

Allegra.

Lele, para todo aquel que quiera conservar la dentadura.

Está plantada frente a mí como si acabara de ganar un juicio. Cejas arqueadas. Mirada quirúrgica. Vestido negro que no deja lugar a interpretaciones ni a supervivientes. Y no sonríe. Pero está

disfrutando. Mucho. La conozco.

—Ah. Perfecto. Aún conservas la cara —dice, observándome con calma—. Pensé que se te habría caído de la vergüenza.

Parpadeo.

—¿Tú me has tirado esto? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué?

—¿Yo? —Ladea la cabeza, ofendidísima—. Estoy estupenda. Hidratada. Con la terapia al día. Esto no es locura, Gian. Esto es planificación.

—Estás completamente desequilibrada.

—Y tú completamente empapado. Qué ironía. Siempre te ha gustado hacerte el interesante bajo la lluvia, pero mira…, resulta que con ginebra pierdes bastante. Qué pena que no haya sido champán. Te habría ido mejor con esa pose de mártir decadente que llevas esta noche.

Respiro hondo. Mala idea. El olor a alcohol me sube directo al cerebro.

—¿Se puede saber qué coño es esto? ¿Una venganza cutre? ¿Un ataque de histeria?

—¿Histeria? —dice, y suelta una carcajada corta, sin rastro de alegría—. No, Gian. Esto es amor. Amor por mi mejor amiga. Amor por todo lo que pasaste por alto cuando te fuiste. Amor en estado líquido. Sabes lo que es eso, ¿verdad? Amor que se fermenta cuando no se usa…

—¿Estás borracha?

—¡Cinco años, Gian! Cinco. He esperado cinco años este momento. Considera que ha sido una versión líquida y elegante de una bofetada.

—«Elegante» no es justamente la palabra que yo usaría.

—Claro que no. Tú nunca has sido especialmente bueno

eligiendo palabras cuando más importan.

—No me vengas con lecciones, Lele. No tienes ni idea.

Su risa es breve. Sin alegría. Con filo.

—¿Que no qué? Sé cómo la mirabas cuando pensabas que nadie se daba cuenta, gilipollas. Sé cómo te fuiste. Sé cómo ella defendía tu silencio como si fuera un gesto romántico y no una huida. Sé que se inventaba explicaciones mejores que las que tú fuiste capaz de dar.

Da un paso hacia mí. Ya es alta de por sí, pero ahora mismo parece medir dos metros.

—Sé que los domingos se le hacían eternos. Y que, cada vez que sonaba el móvil, fingía que no esperaba que fueras tú.

Me quedo quieto. Porque duele escuchar todas esas verdades.

—No sabes ni la mitad…

—Ah, no. La mitad no. Sé casi todo. Soy su mejor amiga, ¿recuerdas? Eso significa que escuché cada excusa, cada «seguro que está ocupado», cada «volverá, ya lo verás». Y te juro que hubo días en los que quise cruzar el charco, encontrarte y enseñarte anatomía básica usando tus propias costillas —dice, y parece alterarse con cada palabra que suelta—. Sé que se inventaba mil razones para seguir defendiéndote mucho después de que tú dejaras de defendernos a nosotras.

Alrededor, el bar ha bajado el volumen o mi cerebro lo ha hecho por supervivencia.

—¿Nosotras? —pregunto cuando menciona el plural.

—Sí, nosotras, pedazo de besugo con complejo de héroe trágico. —Se inclina apenas hacia mí—. No dejaste solo a Gia. Me dejaste a mí también. Éramos un pack. Gia y Lele. Tú y nosotras. Las cenas en la azotea. Tus intentos de cocina que atentaban contra la salud pública. Yo mintiendo descaradamente para que ella no te rompiera

el ego. Me rompiste el corazón a mí también, idiota.

—Entonces ¿por eso lo primero que haces al verme es… mojarme?

—Exacto —sonríe. Solo un poco. Ya está bajando las barreras—. Y también ver si te queda algo de dignidad debajo de ese pelo de hípster arrepentido que llevas.

Me río.

Porque, joder…, es Lele.

Y, aunque venga armada con ginebra y resentimiento, la he echado de menos. Más de lo que pensaba admitir jamás en voz alta.

—No sabía que sabías que estaba aquí.

—Por favor —rueda los ojos—. Manarola es una caja de cerillas. A las diez ya sabía que habías vuelto, a las once tenía tu dirección y a las doce vi a Gia subir corriendo por via Belvedere como si la persiguiera un fantasma con tu nombre.

Deja escapar un largo suspiro dramático y, por primera vez desde que ha aparecido, parece humana. Menos espectáculo. Más entraña.

—No voy a preguntarte por qué lo hiciste —continúa—. Ya me lo imagino. Ego, miedo, promesas rotas, bla, bla, bla, lo de siempre. Pero hay una cosa que necesitas saber: Gia no es lo de siempre. Nunca lo fue. Tú te enamoraste de una tormenta y luego huiste cuando empezó a llover.

—No hui…

Mentira parcial. Y se me nota.

Lele arquea una ceja con esa expresión que debería estar registrada como arma blanca.

—Claro. Te fuiste a otro país sin avisar del todo, dejaste de escribir poco a poco y desapareciste emocionalmente. Turismo espiritual, lo llaman.

Se cruza de brazos, mirándome con obviedad. Y ahí está. La Lele de verdad. La que sabía nuestras canciones antes de que las pusiéramos. La que anticipaba nuestras peleas. La que decía lo que nadie quería oír con un lazo rosa encima. La que me habría tirado otra copa… si no fuera porque, en el fondo, todavía le importo. Y esa es la parte que duele más: saber que le sigo importando a alguien a quien decepcioné tanto.

—¿Y ahora qué? —pregunto, más bajo—. ¿Me odias?

Ella suspira. Pero no es teatral. Es humano. Baja la mirada un segundo. Uno solo. Y el aire cambia.

—No te odio —dice sin dramatismo—. Pero sí te he echado de menos. Y eso me cabrea más de lo que te imaginas.

Levanta la vista. Sus ojos tienen ese brillo de cuando está a punto de llorar, pero se lo prohíbe a sí misma por orgullo o por rutina. Da un paso hacia mí. No sé si va a abofetearme, abrazarme o patearme la espinilla. Y, sinceramente, merezco cualquiera de las tres.

—Y ahora… —murmura— ¿me abrazas? Porque, aunque seas un imbécil funcional con pasaporte, yo también te he querido, Gian. A mi manera. Y eso no se desinstala tan fácil.

Me quedo quieto. Uno. Dos segundos. Los suficientes como para que me tiemble algo por dentro. No es solo amor. Es culpa. Es nostalgia. Es la conciencia de todo lo que rompí intentando no romper nada. Así que la abrazo. Con cuidado. Como si fuera cristal que ya ha conocido el suelo. Pero Lele no es frágil. Me devuelve el abrazo con firmeza, con esos brazos que parecen delgados pero sostienen imperios. Huele a perfume caro y a sarcasmo. A hogar compartido.

No es un abrazo largo ni melodramático. No hay música de fondo. Solo el sonido de la lluvia golpeando las ventanas del bar y

dos personas que, por unos segundos, deciden no reprocharse nada.

Nos separamos casi al mismo tiempo.

—No te emociones. —Me da dos palmadas en el pecho—. Esto ha sido por motivos estrictamente navideños. Espíritu, redención, esas cosas.

—Claro —sonrío—. Muy litúrgico todo.

Me paso la mano por el pelo empapado. Ella hace una mueca.

—Estás guapetón, por cierto. Una pena lo de la gestión emocional.

Me río.

—Estoy trabajando en ello.

—Más te vale. Porque, si vuelves a hacerle daño, la próxima vez no será ginebra. Será algo inflamable.

La miro y, por primera vez en toda la noche, siento algo que no es culpa. Es posibilidad.

—¿Una copa? —pregunto, señalando la barra—. Yo invito.

—Hecho.

Nos sentamos. Pido lo de siempre. Ella pide vino. Tinto, sin florituras.

—Sin nombres pretenciosos. Y que no sepa a frutas del bosque. Si quisiera fruta, me pediría un yogur —le suelta al camarero, que parpadea sin saber si reírse o pedirle perdón por existir.

No brindamos. Solo chocamos miradas y bebemos a la vez. Como si nunca hubiéramos dejado de ensayar eso.

—¿Sabes que se ha hecho un tatuaje? —lanza, con la suavidad de quien deja caer una granada.

—¿Gia?

—No, la Virgen María. Claro que Gia, imbécil. Una estrella en el tobillo. Dice que le recuerda que siempre hay un norte. Incluso en la oscuridad.

Me quedo en silencio. Pese a que nunca le han gustado los tatuajes, eso es tan ella que siento algo incomodo en el pecho.

—Muy Gia —murmuro.

—Profunda, dramática y convencida de que el universo le manda señales personalizadas. Como si Nietzsche hubiera decidido reencarnarse en una mujer guapísima y emocionalmente intensa. Qué envidia, la verdad.

Intento sonreír. No me sale del todo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Espectacular. Divina. Salgo con un empresario medio gilipollas que pronuncia «bitcoins» como si alcanzara un orgasmo cerebral cada vez que lo dice. Mi vecina cree que le he robado el gato. No lo he robado: el gato me eligió. Ahora vivo escondiéndolo como si fuera contrabando felino. Estoy radiante. Estoy en mi mejor momento.

—Lele…

—Estoy bien, Gian. El tipo me lleva a sitios caros, folla estupendamente y el gato no me abandona por mudarse a otro país. Gestión emocional básica.

Me atraviesa con la mirada.

—Pero tú no estás bien. Tienes cara de haber visto tu vida pasar en cámara lenta y con banda sonora triste. Tres temporadas seguidas.

Me froto la cara.

—¿Me creerías si te dijera que la echo de menos? ¿Que Londres no es solo frío? Es… vacío. ¿Que ninguna estrella me devuelve el norte si ella no está?

Lele me observa como si pudiera abrazarme y demandarme en el mismo movimiento. Luego resopla.

—Eso, en una peli, quedaría precioso. Lo admito. Plano cerrado,

música de piano, tú llorando en la lluvia y ella bajando de un taxi sin paraguas. Lo compro. —Se inclina un poco hacia mí—. Pero aquí estamos en la vida real, Gian. Y, en la vida real, la lluvia no perdona y los taxis cuestan una pasta. Si vuelves, hazlo fuerte. Con hechos. Con huevos. Con algo que no huela a «me siento solo» ni a frases dignas de Pinterest.

—¿Cómo?

—Como alguien que se ha roto la cabeza pensando cómo arreglar lo que rompió. Porque ella… —baja la voz— todavía cree en los milagros, Gian. Sobre todo en Navidad. Lo que pasa es que ya no los espera de ti.

Y ahí está. El bofetón con guante de terciopelo.

—Joder, Lele. Duele.

—Pues claro que duele, pedazo de besugo. —Me da un manotazo suave en el brazo—. ¿Tú qué pensabas? ¿Que el amor es una excursión organizada? ¿Acaso crees que Mia Thermopolis Renaldi, princesa de Genovia, y Nicholas Deveraux no lo pasaron como el culo antes del final feliz?

—¿Acabas de compararme con Chris Pine?

—No. Chris Pine es un santo y no desaparece cinco Navidades seguidas. Y, aunque francamente sí que os dais un aire, tú tienes más cara de cachorro triste. Eso es un punto a tu favor.

Nos reímos. Solo un poco. Lo justo para respirar. La herida sigue abierta, sí, pero por un momento parece que escuece menos. Incluso pedimos otra ronda.

—Sorpréndeme —le dice ella al camarero—. Tráeme ese licor que huele a casa de abuela italiana y decisiones cuestionables.

Cuando llega el licor, lo huele con solemnidad.

—Esto sabe a sobremesa y traumas familiares. Perfecto para hablar de Gia.

Suelto una carcajada antes de negar con la cabeza, pensando en que no tiene remedio. Y, entonces, sí, hablamos de ella. De sus veranos con olor a protector solar y helado derretido. De las veces que se reía tan fuerte que asustaba a las gaviotas. De aquella locura en la que convenció a todo Manarola de que debían encender las luces de Navidad en julio, y salió en bata cantando villancicos con una piña en la mano y un gorro de Papá Noel a treinta grados a la sombra.

Luego hablamos de nosotros. De GiGi. Del antes. De lo bonito. Y por un momento me olvido de todo lo que salió mal, y me acuerdo de cómo era. De cómo nos mirábamos. De cómo, por un rato, éramos todo lo que necesitábamos.

Cuando salimos del bar, el cielo empieza a clarear. Esa luz azul que no es noche ni día. Lele se ajusta el abrigo y se gira para irse. Sus tacones repican sobre el suelo mojado con un ritmo firme, casi teatral. Pero a mitad de paso se detiene.

—Llévales algo a los perros —dice sin mirarme—. Les habla de ti cuando cree que nadie la oye.

Eso sí me atraviesa.

—Y, si la ves de nuevo…, piensa bien lo que vas a decir. Porque si la cagas otra vez, Giancarlo Di Laurentis…

—¿Me tirarás otra copa encima?

Entonces se gira. Me mira. Y en esos ojos que conocen todas mis versiones está la más brutal de las respuestas.

—No, Gian. Ya no tendrá remedio.

Y se va. Con sus pasos firmes y la certeza absoluta de que, incluso cuando parece que te quiere matar, Lele siempre está cuidando. Se va como quien ya ha hecho su parte. Como quien sabe que ahora la historia ya no le pertenece.

Cuando llego a casa son casi las cinco de la madrugada.

Manarola duerme. Todo está en silencio, envuelto en ese murmullo constante del mar que lo cubre todo, incluso los pensamientos que no quieres tener. Me quito la camisa, tiro las llaves sobre la mesa y me dejo caer en el sofá como si llevara semanas sin tener permiso para sentarme. Miro el móvil por inercia. Y ahí está.

Un nuevo mensaje de la Srta. Santa Clausura.

El corazón me golpea el pecho. Abro el correo con dedos menos firmes de lo que me gustaría admitir. Y empiezo a leer.

Querido Gian:

Tenía pensado enviarte primero la carta para Gia, dejar que la revisaras y después hacerla volar con un lacito rojo puesto. Pero te leí. Y se me estropeó el protocolo.

Así que voy a hacer algo ligeramente irresponsable: escribir yo directamente. Sin filtro. Sin borrador aprobado. Sin casco de seguridad emocional. Y hacerlo como se hacen las cosas importantes: sin intermediarios y con el corazón en la mano. Porque hay cartas que no se tramitan. Se sienten. Y esta, de alguna forma, también era para ti. No como encargo, sino como respuesta. Como guiño. Como sorpresa. Después de todo, algunas historias merecen una dosis de desobediencia navideña.

He leído tus palabras varias veces. No por obsesiva (que también), sino porque contigo no basta una sola lectura. Lo que escribes no se pasa de página: se queda haciendo eco.

Podría empezar por cualquier rincón de tu carta, pero voy a ir a lo esencial: gracias. Gracias por no disfrazar lo que duele. Por no convertir el pasado en una versión editada apta para cenas familiares. Por mirar atrás sin gafas de sol cuando lo fácil sería bajar la persiana y culpar al calendario. Diciembre tiene esa manía de llenarlo todo de luces por fuera mientras por dentro hay habitaciones a oscuras. Y tú, en lugar de fingir que todo brilla, encendiste la linterna. Eso no es poca cosa. Eso es valentía envuelta en papel sin purpurina.

Y ahora voy con lo que probablemente te tiene en vilo desde que escribiste: el 8 de diciembre.

Cinco días. Una cena. Manarola iluminada, olor a castañas, fuegos artificiales reflejándose en el mar y una trattoria con vistas lo suficientemente bonitas como para que hasta el rencor se sienta fuera de lugar. ¿Precipitado? Puede. ¿Necesario? También. Pero a veces lo que parece impulsivo lleva años esperando turno. (Y además, entre tú y yo, no se me ocurre un lugar más adecuado para una posible tregua navideña que una trattoria con vistas al mar, bajo un cielo lleno de luces artificiales y miradas reales).

Voy a proponerle esa fecha. Pero no como quien promete finales felices con garantía incluida. No se trata de borrar el pasado en una noche ni de reconstruir el futuro con una servilleta y un brindis. Es solo un gesto. Una mano extendida. Un «estoy aquí» dicho sin orgullo y sin ultimátum. Y eso, Gian, ya es enorme.

Me has pedido una carta con un tono honesto para ella, pero déjame que lo utilice también contigo. Dices que te hacía reír incluso cuando estabas enfadado. Que ponía nombre a los gatos callejeros. Que convertía la Navidad en una excusa para querer más fuerte. Y todo eso suena a ella, sí, pero también suena a ti. Porque uno no se enamora de cualidades que le son ajenas. Se enamora de espejos. Y tú, aunque te hagas el escéptico elegante, llevas dentro exactamente esa misma capacidad de querer sin medias tintas. Solo que la escondes mejor.

Dicho esto, mañana mismo enviaré la carta. Sí. Sin más vueltas. Porque ya no hace falta esperar a que suene la música perfecta ni que el árbol tenga todas las luces encendidas. Tu carta está viva. Y las cartas vivas no se guardan. Se sueltan. Ella sabrá qué hacer con cada palabra. O no, pero eso ya no te pertenece. Lo importante es que tú has hablado y lo has hecho sin esconderte detrás del silencio. Que es cómodo, sí. Pero no sana. Solo aplaza.

Por cierto, este encargo va por mi cuenta. Sí, gratis. Es mi regalo de Navidad para vosotros. Mi pequeño acto de cursilería navideña controlada. Considera que me has tocado una fibra que ni el turrón ni el espumillón logran alcanzar.

Y eso, créeme, no lo consigue cualquiera. Así que la carta volará. Y mi regalo también.

Con cariño (y «Underneath the Tree», de Kelly Clarkson, sonando de fondo, por si no quedaba claro que tengo alma de playlist navideña),

Srta. Santa Clausura

9

El Espíritu de la Navidad

La Navidad no siempre entra con renos desbocados, olor a canela y esa banda sonora de cascabeles que todos parecen disfrutar. A veces se cuela bajito, como quien no quiere la cosa, por una rendija del alma. Sutil. Insidiosa. Como una brisa tibia. Como un susurro que solo los corazones atentos pueden oír. (Y como yo, que soy básicamente un okupa emocional con purpurina).

Ese diciembre Agnese la notó. Y yo también.

Mientras la ciudad se vestía de luces y los escaparates competían por quién ponía más renos luminosos por metro cuadrado, tanto ella como yo sentimos que algo estaba cambiando. No fuera (ahí todo era el mismo caos de siempre), sino dentro. En el aire cargado de la escalera, cuando Gian bajó despacio, con las manos en los bolsillos y esa gravedad melosa que les cae encima a los chicos justo antes de dejar de ser solo niños. Y lo mismo en Gia, que llevaba un lazo rojo en el pelo. No un lazo de madre pesada de «para la foto y cállate», no. Uno propio. Elegido. Estratégico. Uno que gritaba: «Mírame».

Tenían trece y diez años. Y ya les dolía algo. No sabían ponerle nombre, claro, porque a esa edad aún comes galletas con las manos llenas de tierra y te ríes de chistes que involucran eructos. Pero los

ojos ya empiezan a mirar distinto. Y ¡ay! Duele como un diente flojo. Como el último helado del verano. Como cuando alguien te mira demasiado rato y tu cerebro no sabe si reír o salir corriendo sin mirar atrás. Porque a esa edad los ojos ya observan de forma diferente. Hay algo, algo dulce y al mismo tiempo punzante, que empieza a rascar un poquito. Como un zapato que ya no entra igual.

Agnese, que era sabia, hizo lo que hacen los sabios: no interrumpió. Sí, los llevó al belén, como cada año. Pero esta vez los dejó caminar delante. Juntos. Con esa seriedad absurda de los juegos que ya no son juegos. Ella no lo oyó todo, pero oyó lo importante. Y lo guardó.

Y yo, que básicamente vivo entre inviernos y recuerdos de amores torpes, lo supe también: la Navidad había llegado. Llegó como dos pasos que, por primera vez, sonaban al mismo compás.

—¿Vas a invitar a alguien de mi clase a tu cumpleaños? —preguntó ella, con esa vocecilla casual que en realidad es de todo menos casual.

—No sé —dijo él, encogiéndose de hombros, como si los hombros fueran la solución universal a todas las conversaciones incómodas.

—Podrías invitar a Giulia. Es la que siempre se ríe de todo lo que dices.

—Giulia es una pesada.

Y ¡zas! Fin del diálogo. Ni Shakespeare podría haberlo hecho más breve.

Lo que vino después fue un «ah» casi imperceptible de ella y un silencio que, queridos míos, creedme cuando os digo que pesaba más que un panetone olvidado en la alacena. Pero ahí, en ese silencio que parecía inofensivo, algo se movió. Un cosquilleo. Un latido. O el viento, vale, siempre podemos culpar al viento…, aunque

yo sé que no. Fue el lazo rojo. O, mejor dicho, lo que ese lazo rojo escondía: un temblor nuevo, ese estremecimiento incómodo que llega cuando una emoción se instala en el pecho como huésped eterno y ni siquiera llama antes de entrar.

Llegamos al mismo banco de siempre, pero ese año no había nada igual. Ni la vista, ni el banco, ni ellos. Había más turistas, más flashes, más ruido…, y ellos estaban callados. Juntos pero separados. No en centímetros, en almas. Algo suave, como la primera línea que se abre en el hielo antes del deshielo. Una fractura chiquita, de esas que no duelen del todo, pero sí se sienten. La primera grieta previa al cambio.

Yo los había visto compartir castañas sin hablar y reír hasta llorar por un burrito invisible que solo existía en su imaginación (y en mi eterno archivo mental de momentos adorables). Pero ahora… Ahora pasaban la bolsa como si manipularan plutonio. Con cuidado de no rozarse. Y se miraban, sí, pero con esa mezcla rara de miedo y deseo de no salir corriendo. Ese miedo que, en realidad, no da miedo en absoluto. Ese que se parece sospechosamente a empezar a querer.

Gia fue la que rompió el aire. Así, sin aviso. Como se rompen los hechizos. Como se rompen, también, ciertas etapas que, francamente, duelen más que despegar una pegatina mal puesta y cargártela en el proceso.

—Ya no crees en el burrito, ¿verdad?

—Nunca creí.

—Sí creías.

—Tal vez. Pero ya no.

Y entonces el mundo hizo lo que yo adoro: detenerse. Todo se quedó quieto. Ni el aire se atrevía a moverse. Se instaló un silencio de esos que no se olvidan, que se pegan a la piel como purpurina en

un jersey navideño. Gia buscó en el bolsillo del abrigo y sacó algo minúsculo. Papel cuadriculado. Doblado con paciencia, con cuidado. Con cariño, aunque a esa edad no sepas llamarlo así. Un burrito. Su burrito. El burrito. El símbolo secreto de ambos.

—Mira. Lo he hecho yo. —Se lo tendió como se tienden los secretos—. Es él. El burrito. Para ti.

Gian lo tomó sin decir nada. No sonrió, pero tampoco lo rechazó. Solo lo observó mucho rato. Con esa seriedad precoz de los niños que proviene del alma. De esa zona donde las cosas se sienten, aunque aún no se sepan decir.

—¿Vas a seguir creyendo en estas cosas para siempre? —preguntó él.

—¿Y tú vas a dejar de hacerlo? —contraatacó ella.

—Tal vez sí.

—Pues entonces ya no vamos a ver lo mismo cuando miremos el belén.

Y yo, que tengo siglos de experiencia en fracturas emocionales, lo sentí de inmediato: un crac suave, finísimo. Ese tipo de grieta que no se oye con los oídos, pero sí con el pecho. Y pensé: «Vale, aquí empieza la primera Navidad con distancia entre ellos. Adiós, burrito invisible; adiós, banco; adiós, lazo rojo». Pero Gian me sorprendió. Y ojo, que sorprender a un espíritu que lo ha visto todo no es nada fácil.

Él no le devolvió el burrito. Lo dobló con un cuidado que, sinceramente, no usaba ni para los deberes, y se lo guardó en el bolsillo de su propio abrigo.

—Yo sí quiero verlo —murmuró, apenas audible.

—¿Ver qué? —preguntó ella, bajito, como si tuviera miedo de que la respuesta no fuera la que deseaba.

—El burrito. Pero contigo.

Y entonces, aunque el viento decidió soplar como un ventilador histérico, Gia no tuvo frío. O tal vez sí, aunque había otra cosa más fuerte: ese calorcito descarado que sube a las mejillas cuando el cuerpo aún es niño, pero el corazón ya juega a ser adulto. Con sueños. Con elecciones. Con ganas de querer.

Luego, como cada año, se encendieron las luces. Un suspiro iluminado en mitad del invierno. Pero creedme: ninguna brillaba tanto como la que acababa de encenderse en ese banco.

Ellos no hablaron más. Y no hacía falta. Se acercaron. Solo lo justo para que los hombros se rozaran. Y ese roce, insignificante a ojos del mundo, bastó para que el aire alrededor se electrificara un poquito.

Y yo no miraba el belén, que conste (ya lo he visto millones de veces, literalmente. Mis pupilas espirituales ya están inmunizadas). Yo miraba cómo ellos lo miraban. Y cómo, por primera vez, veían lo mismo, pero con otros ojos. Una ternura nueva. Silenciosa. Como si compartieran un idioma secreto que aún no sabían hablar.

Ahí estaba flotando entre ellos: algo sin nombre, pero con forma. Como el vapor que sale de los termos en invierno. Como la escarcha sobre las piedras al amanecer. Como esos sentimientos que todavía no saben pronunciarse, pero que ya hacen cosquillas justo debajo de la piel. Y yo pensé: «Ajá. Aquí está. El momento sagrado. El *plot twist* de la adolescencia». Cuando ya no es un juego, cuando de repente duele imaginar que podrías perder lo que tienes, aunque ni siquiera hayas admitido que lo tienes.

Esa Navidad los vi crecer. De golpe. En silencio. Con un burrito de papel convertido en talismán y un hilo invisible que iba de un meñique al otro, de un bolsillo al corazón, sin necesidad de rozar dedos. Y, aunque faltaran años (y giros, cruces, malentendidos, terceros indeseados y silencios incómodos como salas de espera), yo

lo supe. Yo lo entendí. Esa noche no nació solo el Niño del belén (al que, con todo respeto, ya se le da mucho protagonismo). Nació algo más: un nosotros en miniatura. Un primer latido torpe, tímido, pero legítimo. Uno de esos que no se oyen a menos que seas muy viejo, muy niño o un Espíritu con doctorado en observar miradas con ternura.

Porque a veces el amor no entra como un trueno, queridos míos. Ni como un villancico desafinado a pleno pulmón. A veces entra así: como una figurita doblada en un bolsillo ajeno. Como un roce de hombros bajo luces de diciembre. Como una promesa no dicha pero entendida.

Y no, no fue una bombilla lo que se encendió esa vez.

Fue algo peor. O mejor.

Fue una espera.

Y no hay nada más poderoso que dos personas que se esperan sin saber que lo están haciendo.

10

Gia

Viernes, 4 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Este año no quiero regalos, ni paz, ni amor. Este año quiero UNA CENA DE CLAUSURA. Sí, con mayúsculas, con postre y con salida de emergencia.

La quiero para mi (ex)novio, al que acabo de pillar redecorando la Navidad con su compañera de trabajo. Y las únicas bolas visibles que había son las que tiene él colgando.

Así que te pido por favor una mesa para uno. Para él. En la trattoria más solitaria del universo. Y, si puede ser, sin cobertura. Ni wifi. Ni humanidad. Yo no quiero estar presente porque, sinceramente, me echaría a llorar. O lanzaría cosas. Pero sí quiero grabar un discurso. Que lo escuche. Que le saque los colores. Que le deje claro que él y «la becaria» juntos no tienen ni la mitad de luces que el árbol de mi casa. Y quiero que, cuando lo oiga, haya alguien tocando el violín en directo. Algo dramático. O mejor: una versión instrumental de «All I Want for Christmas Is You», pero con trompetas.

Gracias por el servicio. Gracias por existir. Y, si alguna vez se te ocurre abrir un departamento de venganzas festivas con encanto, cuenta conmigo.

Con furia navideña,

¿Cuenta como clausura exitosa si nadie lanza cubiertos, pero hay lágrimas discretas y un brindis con Dom Pérignon sin mencionar al recién exmarido ni una sola vez? Porque si es así, entonces, misión cumplida.

La cena de Ludovica fue un triunfo. Mejor dicho, un espectáculo perfectamente orquestado. Ni una nota fuera de tono. Una mezcla exacta de reconciliación con la propia dignidad y de desfile de alta costura emocional. Hubo velas, hubo violines, hubo discurso y, por supuesto, hubo fotos en blanco y negro para Instagram con pie de foto críptico tipo «Algunas etapas se cierran con una copa. Otras, con coraje. Gracias, Srta. Santa Clausura, por hacerlo perfecto».

Ella estaba encantada. Brillaba. Flotaba en seda. Se despedía de una etapa con más glamour que tristeza, y eso, para Ludovica Bertinelli, es lo más parecido a la felicidad. Y el marido también se fue encantado, claro. Aunque juraría que esa lágrima emocionada tenía más que ver con el Barolo de reserva que con el cierre sentimental. Y con esa pasta gansa que le cayó al firmar el divorcio. Que, seamos sinceros, emociona más que cualquier discurso con violín de fondo.

Fue tan excesivo y perfecto que por un momento creí que todo estaba en su sitio. Que yo también. Que, al menos por una noche, volvía a ser solo la Srta. Santa Clausura. La experta. La que escenifica despedidas sin romperse. La que observa las rupturas ajenas como si fueran coreografías bien ensayadas donde nadie olvida su texto.

Lo curioso de dedicarse profesionalmente a los finales es que, de pronto, la vida te lanza uno en primera persona. Sin ensayo. Sin guion. Sin plan de fuga. Y, encima, con el público ya sentado,

esperando a ver qué pasa. Así que ahora me toca organizar el mío propio. Si es que esto es un final, que todavía no lo tengo claro. Quizá es un intermedio largo. Un fundido a negro con pausa dramática. O la típica escena de película en la que todo parece acabado, pero…, ¡sorpresa!, la cámara gira y ahí está él, con un ramo de rosas y la sonrisa más bonita del mundo.

Gian quiere que nuestra cena sea el día ocho. Sabe que es uno de mis días favoritos del año, y eso me emociona y me cabrea a partes iguales. Porque me conoce demasiado. Porque sabe que ese día estoy más receptiva. Más abierta. Más feliz. Aunque en los últimos cinco años no haya vuelto a sentir lo mismo que cuando lo celebraba con él.

El ocho siempre fue nuestro día. Significaba luces en las ventanas, pan dulce robado de la cesta de la *nonna* y el olor a vino caliente escapando de la trattoria de la esquina. Risas con los dientes manchados de chocolate y promesas que entonces parecían eternas. Era el único día en que, incluso de niños, nos dábamos tregua. Aquel en el que mi corazón testarudo, dramático y orgulloso, bajaba la guardia sin pelear demasiado. Y Gian, por supuesto, lo sabe.

Y aquí estoy yo, con el calendario clavado en el alma y sin saber si ir, si arreglarme, si maquillarme como quien se pinta una coraza, o si meterme debajo del edredón con la dignidad en modo avión. O si, sin más, pedirle a Lele que me secuestre, me esconda en un armario y tire la llave al mar. Preferiblemente con dramatismo y efectos especiales.

—¡Gia!

Hablando de la reina de Roma, Lele cuelga su llamada y entra en el restaurante como quien intenta parecer casual, pero viene envuelta en una tormenta emocional nivel cuatro, con tacones de

aguja con los que se tortura siempre por voluntad propia.

—No.

—¿Cómo que no?

—Sea lo que sea, no. No estoy emocionalmente disponible. Estoy ocupada siendo funcional. Así que no me distraigas.

—Llevas diez minutos mirando la carta. Literalmente has leído *trofie al pesto* tres veces.

—Y tú tienes unas ojeras que piden vacaciones. ¿A qué hora te acostaste anoche?

Chasquea la lengua, se quita las gafas de sol y me clava su típica mirada de «no empieces».

—Tarde. Fui a celebrar el éxito de la cena de Ludovica. Con unas copas.

—¿Tú sola?

Alzo una ceja, muy a lo *CSI: Manarola*. Lele me responde con una mirada fija. Cinco segundos. Seis. Siete. Ocho. Pestañeo yo primero.

—Estamos en horario laboral, así que vamos a hablar de trabajo. Y luego, si me sigues cayendo bien, te cuento lo otro —suelta, y después señala su móvil—. Estaba hablando con la señora De Luca. Dice que ya está de camino a Riomaggiore.

Suelto un suspiro. Largo, dramático, digno de un piano en fa menor. Ni siquiera levanto la vista del menú del restaurante Cappun Magru, donde intento convencerme de que he venido a comer y no a pensar en el caos que me espera esta noche. Una cena con ruptura anunciada y tensión garantizada. Como un especial de Navidad con exsuegros, pero sin el filtro bonito de Instagram.

—Pero ¿por qué? Si no son ni las dos.

—Estamos hablando de Arianne De Luca, Gia. La de la carta que empezaba con «Querida Srta. Santa Clausura: Mi marido y yo

llevamos quince años durmiendo espalda con espalda, y ya ni me acuerdo de cómo suena su voz cuando no está gritando goles. Llevo dos años sin un orgasmo. ¡Quiero que todo sea perfecto! Porque, o me voy follada de esa cena, o me divorcio para siempre».

Alzo las cejas. Sigo sin mirar el menú.

—Eh… Ya. —Me tapo la cara con las manos, como si pudiera desaparecer detrás de mis dedos—. ¿Por qué atraigo este tipo de energía sexual desesperada? Yo solo quería clausuras simbólicas con vino blanco y playlists navideñas ñoñas, Lele.

Ella se encoge de hombros, encantada de la vida, y me lanza una sonrisa socarrona.

—Porque nadie más en este planeta sería capaz de combinar servilletas de lino con lubricante con sabor a cereza escondido en la hielera… y hacer que funcione.

Sonrío ampliamente. Tiene razón.

—Gia, su todavía marido llega en tren a las seis. Arianne va a llegar mucho antes. Y ha pedido ver el espacio, los platos, el centro de mesa y el color exacto del mantel. Esta cena va a ser de las complicadas.

—Pero lo tenemos todo preparado, ¿no?

—Sí, creo que sí. Confirmado el menú degustación de seis tiempos en Dau Cila, mesa privada con vistas al mar, músicos discretos en acordeón y piano, y la mesa decorada con ramas de eucalipto y flor de algodón como ella pidió. —Lee rápidamente en su iPad—. Todo blanco y gris. Como su matrimonio.

—Poético —sonrío—. ¿Y el postre?

—Tiramisú deconstruido. Porque, y la cito textualmente, «mi vida también se ha deconstruido y quiero que el postre acompañe».

—Me cae bien —me río.

—A mí también. Pero creo que esta noche va a llorar. O a lanzar

algo. Posiblemente las dos cosas.

Nos reímos. De esa forma breve y nerviosa que solo conocen los que trabajan con emociones ajenas y saben que a veces lo único que los salva es un buen chiste a tiempo. Y entonces, sin transición, Lele se sienta a mi lado, me quita la carta de las manos y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo estás?

Me pilla tan desprevenida que casi me atraganto con el silencio.

—¿Has dormido? ¿Has soñado con Gian otra vez? Quiero saber ese tipo de cosas.

Dejo escapar un suspiro antes de contestarle.

—He soñado que le enviaba una carta llena de brillantina vengativa donde le decía que me había hecho tanto tanto daño que no pensaba perdonarle en la vida. Jamás. Ni aunque bajara el Niño Jesús a pedírmelo de rodillas. Y luego me he despertado con los ojos pegajosos —añado, como si eso fuera lo más normal del mundo—. Porque, al parecer, lloro hasta en sueños. Así que sí. Técnicamente he dormido. Mal. Pero he dormido.

Lele se acerca y me aprieta el brazo con suavidad. Como cuando no sabe si abrazarte o darte un chute de adrenalina.

—Gia, tienes derecho a estar hecha polvo. Y a echar uno, si me preguntas a mí. Llorar es muy sano, pero follar es mucho más divertido.

—No tengo tiempo —resoplo—. Ni para estar hecha polvo ni para echar uno. Tengo cenas. Clausuras. Señoras desesperadas con vestidos preciosos que necesitan una cena definitiva antes de que acabe el año. No puedo colapsar entre semana. Y mucho menos en diciembre.

Lele me mira con esa ceja levantada que huele a bomba.

—Vale. Mierda. ¿Sabes por qué tengo estas ojeras?

—¿Porque saliste a celebrar el éxito de la cena de Ludovica con sexo salvaje?

—Ojalá…, pero no.

—¿Entonces?

—Leo, el camarero del Nessun Dorma, me llamó anoche. Y… me dijo que Gian estaba allí. Solo. En la barra.

Me cruzo de brazos. Su impulsividad me da más miedo que una inspección de sanidad en plena cena.

—Déjame adivinar: fuiste, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿A hablar con él?

—Más o menos. En realidad, fui a cumplir una promesa que me hice a mí misma hace cinco años. Pedí una copa y se la lancé por encima.

Abro tanto los ojos que me duele la cara.

—Era necesario —se excusa, señalándome con el dedo índice.

—¿Era necesario?

—Absolutamente.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué? No pongas esa cara. Se lo merecía.

—Ay, Lele. ¿De verdad crees que eso ayuda en algo?

—A ver… —resopla—, fue un gesto simbólico. Un vaso de plástico, ecológico, incluso. No le hice daño. Fue más teatral que violento.

Silencio. No hay ni una mueca en su rostro, y eso me pone nerviosa. Muy nerviosa.

—Y, bueno…, no te enfades, pero después lo abracé.

Arqueo la ceja como si la hubiera escuchado mal.

—¿Lo abrazaste?

—Sí. —Baja la mirada por primera vez—. Le lancé la copa

primero. Luego lo abracé. En ese orden.

—Estás de coña.

—Ojalá. Fue un abrazo raro. Uno de esos que no planeas. Simplemente… pasa.—Hace una pausa. Traga saliva—. Fue ese tipo de abrazo que dice: «No sé por qué estoy haciendo esto, probablemente no debería, pero lo necesito». Porque también era mi amigo. Porque lo he echado de menos. Y aun así… sigo odiándolo por cómo se fue. Por cómo lo hizo. Por el daño que te causó.

Suelto un resoplido, aunque me pica algo en el pecho. Envidia, tal vez. Porque a veces me encantaría poder ser como Lele. Hacer lo que me pide el cuerpo sin pensar si está bien o mal, sin analizar demasiado si dolerá más después. Simplemente hacerlo. Como ella, que se lanza a abrazar a mi ex con la convicción con la que otras personas eligen qué cereales comprar para desayunar. Sin drama. Sin filtros. Como si sus emociones no pasaran por el comité de ética interno que yo arrastro desde que tengo uso de razón.

—Estás completamente desquiciada.

—Eso es exactamente lo que dijo él —me sonríe, y yo hago un esfuerzo sobrehumano por no devolverle la sonrisa, pero fallo. La curva se me escapa antes de que pueda frenarla—. Y luego hablamos de ti.

—¡Lele!

—No me grites. Le dije cosas útiles. Como que, si quiere una oportunidad, que se la curre. Que no basta con aparecer y poner cara de cachorro arrepentido, por muy mono que sea.

Me dejo caer en la silla como si acabara de atropellarme un trineo tirado por renos hormonados.

—¿Y tú quién eres ahora? ¿El oráculo navideño? ¿La terapeuta oficial de los fantasmas de las relaciones pasadas?

—No, pero soy tu mejor amiga. Lo cual, según el manual

universal de la amistad femenina, es mucho peor.

Se hace el silencio. No uno de esos dramáticos y existenciales. Es un silencio con Mariah Carey de fondo sonando con la fuerza de mil villancicos. Lele agarra el menú de nuevo con la misma energía con la que yo agarraría una excusa para huir de esta conversación, señala lo primero que ve sin mirar y declara:

—Venga, no te enfades. Tú habrías hecho lo mismo.

Y lo peor es que sí. Probablemente sí.

—Vamos a comer algo con queso fundido, azúcar, o ambas cosas, y luego nos vamos directas al Dau Cila a asegurarnos de que todo esté perfecto antes de que Arianne tenga un brote de ansiedad por el ángulo de los servilleteros. Porque, como vuelva a preguntarme si el tono del mantel es «hielo alpino» o «nieve virgen», me tatúo un copo de nieve en la frente y me rindo ante el espíritu navideño. Con clavos, incienso y lágrimas.

El sol empieza a esconderse tras las montañas, con su luz estirándose en destellos dorados que acarician las fachadas en tonos pastel de Riomaggiore. El pueblo entero parece una postal navideña cuidadosamente retocada, de esas que uno encuentra al fondo de un cajón y no puede tirar porque le recuerda a algo bonito que no sabe nombrar.

El Dau Cila está al borde de la roca, desafiante frente al mar que ruge debajo. La terraza flota sobre el pequeño puerto, y en el aire hay un aroma a albahaca que te hace sentir como en casa. La mesa para la señora De Luca está preciosa. Impecable. De catálogo. De boda real. Velas altas y delgadas, cristalería impecable (sin una sola marca de dedos) y cubiertos que brillan como si acabaran de salir de la fábrica. Todo está perfecto. Milimétrico. Inmaculado. Ni una arruga ni un error.

Lele le echa un vistazo rápido y asiente con ese tipo de mirada que ha hecho temblar a diseñadores de eventos en tres continentes y un archipiélago. El maître se acerca, sonrisa profesional incluida, y nos promete discreción y eficiencia. Todo va exactamente como debería.

Hasta que lo veo.

O, más bien, hasta que él me ve a mí.

Gian se queda congelado en mitad de la puerta, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en su mando a distancia. Una ceja alzada, la boca entreabierta, esa mirada que mezcla confusión, reconocimiento y un destello de algo que prefiero no analizar demasiado. Porque, si lo hago, puede que me explote el corazón. O el ego. O la dignidad, que a estas alturas ya está hecha confeti.

Entro en modo pánico, también conocido como hablar igual que si estuvieras en un concurso de velocidad verbal y el premio fuera la cuenta bancaria de Elon Musk.

—¿No crees que esta mesa está… demasiado simétrica? O sea, mira las velas. Están alineadas con los cubiertos de una forma que me hace sentir observada por una deidad del orden. Nadie en la vida real pone los cubiertos así. Es perturbador. Es como si estuviéramos organizando una cena para androides de diseño escandinavo. Deberíamos mover la sal un centímetro a la izquierda. Por salud emocional. Por humanidad. Por romper el ciclo opresivo del equilibrio perfecto…

Lele no se inmuta. Ni parpadea. Solo alza una ceja sin despegar los ojos de su iPad, como si estuviera viendo una comedia y yo fuera el personaje secundario que no va a sobrevivir al primer acto.

—Gia.

—¿Hum…?

—Respira.

Su tono es neutro. Casi clínico. Como si supiera que estoy a dos frases más de empezar a hiperventilar en una servilleta.

—Estoy respirando. Claramente estoy respirando. Solo que también estoy hablando. A la vez. ¿Ves qué habilidad? Esto debería ir en mi currículum: «Capaz de verbalizar diarreas emocionales en contextos de extrema presión mientras organiza cenas con potencial de destrucción psicológica masiva». Un talento, honestamente. Infravalorado. Deberían reconocérmelo. A lo mejor lo podemos incluir en el *Libro Guinness de los récords*…

Gian sigue ahí. En el umbral. Mirándome con esa intensidad que solía preceder a un comentario que me desarmaba. Lleva un abrigo gris, unas zapatillas blancas impolutas y esa media sonrisa torcida. La que usaba cuando sabía que me iba a salvar el día. Y yo, esta noche, aquí, soy la organizadora fantasma. La sombra profesional detrás de la Señorita Santa Clausura. La mano invisible que lo orquesta todo con discreción, eficiencia y cero implicación emocional. Y, sobre todo, la que no puede, bajo ningún concepto, ser reconocida como Gianna Bellini, la examiga de la infancia, la exenamorada silenciosa y la actual organizadora de su final (o lo que sea) sentimental.

Ah, la ironía. Siempre tan sutil como un reno embistiéndote.

—¿Gia?

Me doy la vuelta tan rápido que oigo crujir algo en mi cuello. Algo que antes estaba bien y ahora ya no.

—¡No! —respondo, demasiado alto. Demasiado rápido. Demasiado todo. Lele me lanza una mirada fulminante por encima del iPad, e intento recomponerme. O fingirlo. Lo segundo parece más realista—. O sea…, sí. Sí. Yo. Gia. ¡Sorpresa! Qué sorpresa tan… sorprendente, ¿no? Aquí estoy. Voy a cenar. Con Lele. Cosas de la vida. ¿Y tú? ¿Has venido a cenar… solo? ¿Acompañado? ¿Con una

novia nueva, tal vez?

Lo digo sonriendo. O algo parecido a una sonrisa. Con los labios estirados como si estuviera posando para una foto que no quiero conservar. Y Gian parpadea. Luego ladea la cabeza, como si intentara descifrar si me he vuelto loca, si estoy sufriendo un microinfarto, o si simplemente he alcanzado un nuevo nivel de nerviosismo humano. Un nivel Gia, por así decirlo.

—Solo he venido a ver si hay sitio para cenar. He quedado con los chicos. —Se encoge de hombros con naturalidad, como si su mera presencia no acabara de lanzarme un meteorito emocional directo a la cara—. Ha sido idea de Nico. Ya sabes cómo se pone con las luces navideñas.

Lanzo una mirada de socorro tan desesperada a Lele que, si las velas fueran empáticas, habrían implosionado. Pero no. Ella ni se inmuta. Solo me devuelve la mirada con una serenidad tan calculada que me dan ganas de lanzar un servilletero. Y los camareros, pobres almas inocentes, interpretan mi expresión de emergencia existencial en curso como una señal para acercarse.

—Buenas noches, señorita. ¿Desea que acompañemos al caballero a la mesa de la sala privada?

Mi corazón se detiene. No metafóricamente. Literalmente. Deja de latir un segundo y luego vuelve a arrancar como un coche viejo. Por suerte, Lele parpadea y, por primera vez en toda la conversación, interviene:

—No hace falta, pero gracias. Este no es el caballero al que esperamos.

Gian gira la cabeza hacia el camarero con una lentitud casi teatral.

—¿Tienes una cita esta noche?

Me río. O lo intento, porque lo que sale de mi boca es más bien

un cacareo nervioso mezclado con tos de gato y una pizca de «socorro, estoy atrapada y no se me da muy bien improvisar».

—¿Cita? ¡No, no! ¿Yo? ¿Una cita? Jamás. Ya te lo he dicho, he venido con Lele. ¿Verdad, Lele? —La señalo como si fuera una coartada de emergencia, pero su expresión sigue siendo la de una diosa vengativa contemplando mi miseria con un toque de Chardonnay—. Es… una cosa tranquila. De trabajo. Muy profesional. Y ultraconfidencial. Casi gubernamental, diría yo. Ya sabes, papeleo, informes, gente importante con nombres impronunciables… Suecos. O húngaros. O… puede que de Transilvania. El punto es que no tiene absolutamente nada que ver con ninguna cita… romántica. —Me río otra vez. Solo yo. El silencio que sigue es tan contundente que me golpea en la cara como un calcetín mojado—. Lele… —La miro de nuevo, buscando en su rostro una migaja de humanidad, de compasión, de algo. Pero no. La muy cabrona está disfrutando—. Lele ahora trabaja conmigo. Pero seguro que no lo sabías. No podías saberlo. Has estado fuera mucho tiempo. Así que sí. Es una cena de empresa. Totalmente inofensiva. Y aburridísima. Horriblemente aburrida. Con personas importantes, sí, pero… letalmente aburrida.

Me quedo ahí, congelada en mi mejor imitación de un ser humano funcional, sonriendo como si no acabara de improvisar la peor defensa desde los juicios por brujería del siglo xv. Gian frunce el ceño con esa media sonrisa suya, la peligrosa. Y, antes de que pueda abrir la boca y dinamitarme aún más, el camarero interviene con la precisión de quien ha visto suficientes telenovelas como para saber exactamente cuándo salvar a la protagonista de su propio colapso.

—Disculpe, señor. Me temo que esta noche estamos completos. Teníamos una reserva privada cerrada desde hace semanas y no podemos añadir más mesas —le sonríe con amabilidad—. Si le

apetece algo especial, le recomendaría el Ristorante Dau Lila, en la piazza Vignaioli. A cinco minutos andando. El chef hace una pasta al tartufo que vale cada paso.

Yo podría besar a ese hombre ahora mismo. En la boca. Con lengua. Y darle una propina de cien euros solo por salvarme.

Gian asiente, pero no se rinde, porque me mira. Luego al camarero. Luego vuelve a mí. Y otra vez al camarero. Está haciendo cálculos. Emocionales, logísticos, sentimentales. La duda le titila en los ojos como luces navideñas mal conectadas.

—¿Seguro que no hay sitio ni para una copa?

El camarero ni se inmuta. Campeón olímpico en la categoría de «mentira piadosa con elegancia».

—Ojalá pudiera decirle que sí, señor. Pero ni una silla libre. La cena privada requiere absoluta exclusividad y confidencialidad.

Me aclaro la garganta y sonrío, tiesa como un palo.

—Sí. Superconfidencial. Casi como una operación encubierta de la CIA, pero con canapés y servilletas dobladas en abanico.

Gian resopla.

—Vale. Está bien. No quiero entrometerme en ninguna conspiración internacional con… suecohúngaros.

—¡Exacto! —exclamo, demasiado rápido, demasiado entusiasta —. ¡Perfecto! Llama a los chicos, disfrutad muchísimo. Y no olvides probar la pasta con trufa. O la burrata. La burrata es… casi ilegal de lo buena que está.

Él se ríe. Luego saluda a Lele con una inclinación mínima.

—Lele.

—Gian —contesta ella, sin poder evitar esa sonrisa divertida.

—Adiós, chicas. Suerte con la cena.

Y ya está. Con una última mirada que se alarga solo un segundo más de lo que la ley del autocontrol emocional permitiría, se gira y

se marcha escaleras abajo. Yo me quedo en la entrada del restaurante, con las mejillas encendidas, el corazón rebotando como una rave en un ascensor y los suecohúngaros bailando una conga en mi cabeza.

—Ha estado cerca.

—Demasiado cerca —responde Lele, sin despegar la vista de su iPad—. Tienes treinta segundos para recomponerte. Los comensales reales están entrando por la puerta.

Asiento, me aliso el vestido como si el satén pudiera, de paso, alisarme también a mí por dentro, y respiro hondo, llenando los pulmones de responsabilidad y contención. La Señorita Santa Clausura está de vuelta, y su clausura más complicada acaba de empezar. Y no me refiero a la cena de esta noche, sino a la otra clausura. La emocional. La que no aparece en el sistema de reservas ni se organiza con Lele tomando notas en su iPad color champán.

Ser consciente de eso me acojona.

Y también me hace querer quedarme sentada solo un minuto más.

11

Gian

Viernes, 4 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Tenía que escribirte. No porque necesite una respuesta (estos últimos años me han enseñado a manejarme bien con el silencio), sino porque tu carta me dejó ese cosquilleo peligroso que aparece cuando alguien acierta.

Tocaste un sitio que llevaba años cerrado. Y no, no hablo solo del corazón. Hablo de ese punto exacto entre el pecho y la garganta donde los hombres guardamos lo que no decimos para no parecer vulnerables. Tú no solo encontraste la llave, entraste sin hacer ruido y encendiste la luz. Ordenaste un desastre que yo llevaba tiempo fingiendo que no existía.

Gracias por la desobediencia. Tiene algo tremendamente atractivo. Leer entre líneas es un arte; devolvérmelas con nombre propio, un golpe directo. Tenías razón: hay historias que no se clausuran, se desafían. La mía con Gia no necesita un cierre elegante. Necesita valor.

Lo del 8 de diciembre me dejó pensando. No es una promesa eterna ni un final feliz con lazo rojo. Es una tregua. Una luz encendida en la ventana por si alguien decide volver. Eso ya es más de lo que yo pediría. También dijiste algo más. Que eso que admiro en ella vive en mí. No suelo comprar halagos tan fácilmente..., pero quiero creerlo. Porque, si algo de su risa sigue pegado

a mis costillas, entonces no todo está perdido.

Gracias por no esperar al momento perfecto. Por recordarme que hay confesiones que se dicen ahora o no se dicen nunca, que a veces los milagros no caen del cielo, se escriben, y que a veces el único idioma que importa es la verdad dicha a tiempo.

Abrazo virtual,

Gian

Nos sentamos en una mesa de madera sin mantel, de esas que te dejan marcas en los codos si los apoyas mucho rato. La Osteria La Torpedine está encajada entre escaleras empinadas y callejones que huelen a sal, orégano y pan recién hecho. El aire, además, ya va cargado de ajo, albahaca y parmesano. Y juro que solo por ese olor ya ha valido la pena volver a Italia.

Las paredes de piedra viva están decoradas con lucecitas navideñas y, en una esquina, una pizarra anuncia con letra torcida: *Polpo su crema di patate viola e Pumpkin cappuccino.* Parece una amenaza hípster, pero Enzo jura que está buenísimo. Y, como él vive en Riomaggiore desde hace dos años y es de los que siempre cenan fuera de casa, decido creerle.

—Te juro que no lo vi venir —dice Luca, como si abriera una botella de limoncello helado y el vapor del pasado le diera en la cara. Se inclina sobre la mesa, con los codos clavados al mantel de papel, como si aún no hubiese digerido del todo lo que va a contar—. Estábamos en Vernazza. En la plaza. Vista de postal, turistas comiéndose la puesta de sol con el móvil… Y, de repente, la tía se arrodilla.

—¿Ella? —pregunta Marco, con la focaccia a medio camino entre el plato y la mandíbula, petrificado como si la historia hubiera

saltado de la mesa a su esófago.

—Ella —confirma Luca—. Se arrodilla, me saca un anillo del bolsillo de la chaqueta y me dice: «No me apetece esperar a que te decidas. ¿Te casas conmigo o qué?».

Estallamos a carcajadas.

—La tía los tiene bien puestos —digo.

—¡Pero si tú ni siquiera sabías si querías tener perro! —salta Enzo, con la copa en alto, como si brindara—. ¿Cómo vas a saber si quieres casarte?

—Exacto. —Luca asiente con cara de haber perdido una apuesta consigo mismo—. Pero ahí estaba ella. Arrodillada. Tranquila. Mirándome como si supiera algo que yo no. Como si me estuviera diciendo: «Eh, cariño, se te está saliendo el alma por la fuga del fregadero. Espabila».

—¿Y tú qué dijiste? —pregunto.

—Que sí. Obvio. No iba a dejarla mal ahí, en medio de la plaza, frente a una señora alemana que lo estaba grabando todo en vertical.

Marco chasquea los dedos, teatral.

—Y así, niños, es como Luca pasó de ser un soltero irresponsable con una suscripción a Tinder Plus a un *marito promesso*.

Las risas siguen, pero Enzo lo mira con un poco más de atención. Esa mirada que atraviesa el sarcasmo como un cuchillo afilado.

—¿Pero estás contento? —pregunta. Sin sorna. Sin risas.

Luca se queda callado un segundo. Mira su copa. Luego a nosotros.

—No sé si estoy preparado. Pero sí estoy feliz. Que no es lo mismo. Pero… es algo.

Y ahí nos quedamos, en un silencio suave. Casi cómodo. Un

silencio que mastica a la vez que nosotros el pan, las ideas y esas confesiones que solo aparecen cuando el vino se acaba y la guardia se rinde.

Marco levanta la mano como si estuviera pidiendo socorro desde una balsa en mitad del Mediterráneo.

—*Scusi! Il vino!* —dice, con un italiano forzado—. Tres botellas. O cuatro. Que aquí hay uno que se ha prometido sin tener ni sartenes en casa.

—Y otro que va por su tercera ruptura en menos de un año —añade Enzo, alzando su copa invisible—. ¡Por el amor moderno! Tan veloz, tan volátil, tan… *ghosteable*.

—Brindemos. —Alzo mi vaso de agua porque el vino aún no ha hecho acto de presencia—. Por la soltería voluntaria, involuntaria y… sorprendente.

—Y por los que huyen a Londres y no vuelven ni para pasar las fiestas con su madre —añade Marco, señalándome con la focaccia como si fuera una bayoneta cubierta de aceite de oliva.

—¿Ya estamos con reproches? —me defiendo, entre risas.

—¡Cinco años! ¡Seis meses! ¡Mil ochocientos y pico días! —insiste Marco, que es el drama personificado—. Nos dejaste tirados por una ciudad donde llueve en horizontal, tío.

—Y donde las pintas cuestan nueve libras —agrega Luca, santiguándose.

—Me fui por trabajo —replico, con ese tono que uno usa cuando repite una versión oficial por enésima vez.

—¿Y qué tal? —pregunta Enzo—. ¿Has conocido alguna londinense sexy que te haya devuelto la fe en la humanidad?

—¿Rubia, ejecutiva, adicta al té y con trauma infantil ya resuelto? —añade Marco—. Porque esa es mi fantasía sexual, tío.

—Bueno…

—¡Lo sabía! —exclama Luca, alzando el puño como si acabara de ganar una apuesta—. ¿Y?

—Y… no era londinense. Era de España.

—¿Española?

—¿En Londres? —Alza una ceja Luca.

—Dios, entonces seguro que estaba buenísima —bufa Enzo.

—Lo estaba. Y además hacía la mejor tortilla de patata que he probado en mi vida. Eso cuenta doble, ¿no?

—Depende. —Luca entrecierra los ojos con severidad—. ¿La hacía con cebolla?

—Por supuesto.

—Entonces sí. Sigue.

—Vivía con dos gatos. Uno con sobrepeso. El otro… tenía alma de hámster. Escuchaba reguetón en versión clásica para concentrarse. —Me encojo de hombros, resignado—. Y tenía un superpoder: encontrar gangas en internet con una velocidad que desafiaba todas las leyes del comercio digital. Te juro que una vez consiguió un bolso de Louis Vuitton por doce euros. Doce.

—Tío, así no es como uno habla de la mujer de su vida —resopla Luca.

Me encojo de hombros.

—Porque no lo era.

—¿Qué pasó? —se interesa Enzo.

—Pasó que a ella le van las mujeres. Y que a mí…, bueno, a mí no me interesaba ella. Ni ninguna otra.

—¿Por qué? —pregunta Marco.

—Por Gia, obviamente —suelta Luca.

No respondo. No porque no tenga respuesta, sino porque la tengo. Y está mejor guardada. Así que sonrío. Una de esas medias sonrisas de «cambiemos de tema antes de que empiece a doler».

Justo entonces el camarero aparece. Una mano sostiene la bandeja de embutidos. La otra, el vino.

—*Cin cin* —dice Enzo, levantando su copa.

—*Alla salute* —responde Marco.

Las copas chocan. Las risas regresan. Y yo sonrío también, porque estar con ellos se siente como volver a meterme en un abrigo viejo. Uno que aún huele a verano, a sudor compartido y a tardes que nunca terminaban.

No los he visto en años, pero todo parece igual. O casi. Porque mi cabeza no está aquí. O no del todo. Está arriba. En el otro restaurante. En otra mesa. En otros ojos. En los de Gia, que ahora mismo debe de estar cenando con alguien —¿la alcaldesa?, ¿el cura?, ¿el rey de España?— en una velada institucional que huele a langostinos, luces blancas y sonrisas ensayadas.

Aquí, en cambio, las sillas crujen, el pan está templado y el vino empieza a correr con la misma soltura que nuestras tonterías. Y nos reímos mucho. Porque así funcionamos. Pero debajo de las risas hay algo. Una cosa sutil. Una pausa minúscula entre comentario y comentario. Esa clase de hueco en la conversación que no necesita ser rellenado porque todos sabemos lo que hay dentro. Porque, aunque hayan pasado años desde la última vez que me senté a cenar con ellos, me conocen demasiado bien. Y saben que si no he dicho su nombre no es porque la haya olvidado. Es por respeto. O por miedo. O porque me da vergüenza admitir que todavía se me encoge el estómago cada vez que pienso en ella.

Me sirvo más vino, dejo que el cristal choque con el de ellos y los miro, uno por uno, con esa mezcla de cariño tonto y certeza incómoda que aparece cuando te das cuenta de que los que te conocen de verdad no necesitan que digas nada para saberlo todo.

Dos horas después, pagamos la cuenta. Al salir, el aire fresco me

golpea la cara con esa suavidad de las cosas que no esperas. Me llena los pulmones de ese tipo de oxígeno que te recuerda que sigues aquí. Que, por ahora, estás vivo. Y más o menos en casa.

—Vamos a tomar algo —propone Enzo—. Conozco un pub nuevo que es la hostia. Y las camareras… Bueno, también son la hostia.

—Yo quiero ir al que pone música italiana de los noventa —dice Marco—. Mina, Laura Pausini…

—O veníos a casa de mi madre —suelta Luca—. Como en los viejos tiempos.

—Otro día. Estoy cansado —miento.

Ellos lo saben, pero, como buenos amigos, hacen lo único correcto: no decir nada.

Me despido con un gesto y echo a andar sin pensarlo demasiado. Mis pies me llevan lentos, sin preguntar, hasta la puerta del Dau Cila. Y no sé qué estoy haciendo. Solo sé que no quiero ir a casa. Todavía no. No sin volver a verla.

El restaurante está más tranquilo. Tras los cristales se adivinan movimientos lentos, sombras que recogen copas o estiran sobremesas. El bullicio ha bajado. Probablemente estén en los postres, o en esa fase del protocolo en la que alguien importante, con chaqueta de lino y sonrisa fija, empieza a hablar de dinero con la copa medio llena en la mano.

Me apoyo en la pared, junto a la entrada. Manos en los bolsillos. Cabeza alta. Corazón…, bueno, el corazón es otra historia. Saco el móvil. Pantalla en negro. Ningún mensaje. Ninguna excusa. Pero no me muevo. No puedo. Hay algo en el aire. En la noche. En mí. Esa sensación que te aprieta por dentro como si el universo, por una vez, estuviera alineando algo a tu favor. Como si, si espero lo suficiente, quizá aparezca una tregua. Una señal. O ese abrazo que ninguno de los dos se atreve a pedir. Y entonces la escucho. Pasos

bajando por los escalones de piedra. Suaves, decididos. Como ella.

Me giro sin pensar. O, mejor dicho, me gira el cuerpo antes de que el pensamiento pueda alcanzarlo. Y la veo. Con su abrigo cruzado, las mejillas sonrojadas por el frío, o por el vino, o por el peso de haberme visto aquí.

Gia baja como si viniera directamente desde el pasado. Como si el tiempo no le hubiera tocado ni un solo rasgo. Preciosa. Increíblemente preciosa. Y se detiene frente a mí. No demasiado cerca, pero lo justo para que el aire entre nosotros se cargue de algo. De todo. Me mira como quien resuelve una ecuación complicada. En sus ojos hay sorpresa, cautela y algo más.

—¿Qué haces aquí otra vez? ¿Me estabas esperando?

—Sí.

Sin excusas. Sin rodeos. Sin esconderme detrás de las típicas frases de manual para no parecer el que siente más.

—Vale. Pero… no lo entiendo. O sea, sí lo entiendo. Más o menos. Bueno, no, no lo entiendo. —Se pasa una mano por la frente —. Quiero decir, tú estabas con tus amigos, ¿no? Te he visto desde una de las ventanas. Bueno, no a ti exactamente. He visto a Luca, que es básicamente un semáforo con extremidades, así que he pensado: «Ahí estará Gian, seguro». Lógica pura y dura. Y luego he supuesto que te habías ido. Porque los he visto bajar a los tres por la calle de la farmacia y tú no estabas. Así que me he dicho: «Vale, ya está. Gian se ha ido. Ha hecho su aparición estelar y adiós muy buenas».

—Veo que has estado atenta —sonrío, sin poder evitarlo—. ¿Me estabas espiando, Gia?

—¡No! —dice tan rápido que parece que le hayan activado un resorte—. O sea…, sí. Vale. Un poco. Pero no espiando conscientemente. No con fines… estratégicos. Era más bien…

observación casual. Curiosidad científica. Llamémoslo… vigilancia emocional preventiva.

La miro y me cuesta no reírme, porque solo Gia puede hacer que el verbo «espiar» suene como parte de un protocolo afectivo aprobado por la ONU.

—Pero da igual —sigue ella, atropellada, como si quisiera correr por encima de sus propias palabras—. El caso es que tú no te has ido. Estás aquí. Plantado delante de un restaurante del que, por cierto, te han echado educadamente hace como dos horas. Así que la pregunta es ¿por qué?

Yo la escucho en silencio. Sin interrumpirla. Sin apartar la vista. Como si cada palabra suya fuera una constante vital que necesito medir para asegurarme de que sigue siendo ella. Que aún late. Que aún latimos.

—Porque quería verte.

Y entonces, por primera vez en todo el día, Gia se queda sin palabras. La veo parpadear. Dos veces. Como si su cerebro estuviera revisando, sin éxito, su catálogo mental de respuestas apropiadas para una situación como esta: exnovio reaparecido, confesión bajo las estrellas y tensión sexual reactivada.

Hay silencio. Un tipo de silencio que solo aparece cuando todo lo que quieres decir se te atraganta en el pecho. Así que doy un paso más. Literal y emocionalmente.

—Y, si me dejas, me gustaría acompañarte a casa.

Se le escapa una risa. No una de verdad. No de esas que hacen eco en el pecho. Es una risa nerviosa, frágil, de las que suenan más a escudo que a humor. Una que sale como reflejo. Como si su cuerpo quisiera poner una almohadilla entre lo que acaba de oír y lo que eso implica.

—Ya…, lo que pasa es que… He venido con Lele. Ya sabes.

Bueno, no solo con Lele. Era una cena de trabajo, como te dije. Con más gente. Muy formal. Muy de… servilletas de tela y postura recta. Ella me recogió porque íbamos las dos y su coche tiene calefacción. El mío lleva semanas arrancando cuando le da la gana, y hoy no le ha dado. Así que… lógico, ¿no? —Se detiene un segundo, toma aire y sigue. Porque claro que sigue—. Nada raro. No es como si hubiéramos planeado venir como el Dúo Dinámico. Además, tú sabes cómo es Lele. Si hay algo organizándose, ella está en el centro. Siempre. Es su deporte favorito. Pero no es…, o sea, no es eso. No sé por qué te estoy explicando todo esto. Si tú la conoces tanto como yo. O casi. Solo que… —suspira, frunciendo el ceño—. Da igual. Es solo Lele.

—Justo por eso sé que no le importará en absoluto que te acompañe.

—Bueno…, eso habría que verlo. Lele se enfada si le tocan los chicles. Imagínate si me voy con mi exnovio a medianoche, por Riomaggiore, bajo la luna, con toda esta estética de escena final de película italiana, dejándola plantada. Le da un microinfarto. Literal. Acaba en urgencias con diagnóstico de traición aguda.

Me echo a reír. No puedo evitarlo. Ella también. Solo un poco. Pero lo suficiente para que el aire entre nosotros cambie. Se ablande. Se vuelva otra cosa.

—Solo quiero caminar contigo un rato —digo, más despacio, con una voz que se me escapa baja, como si no quisiera asustarla—. Llevarte a casa en mi coche, que tiene una calefacción increíble. Hablar contigo. Eso es todo.

Gia baja la mirada. Solo un segundo. Como si le estuviera preguntando al suelo lo que su cabeza aún no puede decidir. Cuando vuelve a alzarla, me mira como si estuviera abriendo una puerta que ha mantenido cerrada durante mucho tiempo.

—¿Y qué pasa si no sé si quiero que lo hagas?

El corazón me da un golpe. No de los buenos. Porque conozco ese tono. Lo he oído antes. En otra conversación. En otro diciembre. En otras palabras que también dolían. Y porque me cuesta la vida no abrazarla ahora mismo.

—Entonces me callo —le digo—. Y te acompaño en silencio. Hasta que lo tengas claro. O hasta que se te pase el miedo.

Ella parpadea, pero esta vez no parece nerviosa. Parece cansada. De fingir que está bien. De sostener cosas que pesan más de lo que debería cargar sola. De hacerse la fuerte, incluso cuando ya no hace falta.

—¿Y si no se me pasa?

—Entonces me sigues hablando así. Por los codos. Hasta que se te olvide que tenías miedo.

Una pausa, y entonces ella se ríe. No una risita nerviosa, como la de antes, sino de verdad. Una que se le escapa como si no pudiera evitarlo, como si le saliera sin permiso desde un sitio profundo y agotado de fingir. Y, joder, me desarma. Porque sigue siendo ella. Detrás de todas esas palabras atropelladas. Detrás de la lógica de emergencia que despliega cuando no sabe cómo sostener lo que siente. Detrás del sarcasmo. Detrás de todo eso… sigue estando mi Gia. Y yo, en ese instante, con el corazón encogido y los pies anclados al suelo, lo sé. Lo sé con una certeza feroz, cálida y dolorosa: no he dejado de quererla. Ni un solo puto día de mi vida.

Me mira y el mundo, de pronto, se detiene. Las luces navideñas, esas que parpadean como si nadie las hubiera programado bien, se sincronizan por un segundo. Solo uno. Como si entendieran. Como si quisieran darnos una tregua. Un suspiro.

—Eres idiota —dice.

—Lo sé.

—Y un poco imbécil también.

—Lo sé.

—Bueno, un poco no. Muy imbécil. Y sigues oliendo a canela. De forma suave. Aunque no tenga ningún sentido. No has tocado una galleta, ni has pasado por una pastelería, ni llevas colonia nueva ni nada. Pero hueles a eso. A canela. A diciembre. A… Navidad.

—Vaya, eso es nuevo.

—No. Siempre has olido así. Aunque sea julio. O junio. O cuando sea. Lo cual, sinceramente, debería estar registrado como trastorno olfativo estacional.

Suspira y, por un instante, cierra los ojos. Y luego baja los escalones. Uno a uno. No con prisa. Tampoco con miedo. Con esa determinación caótica suya que parece frágil, pero que arrasa si se lo propone.

—Vale —dice al fin, rebuscando el móvil en el bolsillo del abrigo —. Voy a avisar a Lele. No quiero que piense que me han abducido o que me he tirado al mar por culpa de un recuerdo emocionalmente disponible. Que, con lo dramática que soy, no es tan improbable. Y, además, como te he dicho hace un minuto, me ha traído ella en coche. Así que, si desaparezco sin previo aviso, igual salgo en las noticias: «Desaparece joven terapeuta de parejas en plena noche ligur. Se sospecha que huyó del pasado, o que fue absorbida por un túnel emocional no resuelto». No sería el final más digno para mi currículum.

—No, pero tendría buena trama.

—Y portada en *Vanity Fair*, como mínimo.

Se le escapa otra sonrisa mientras intenta manejar el móvil y el abrigo que le resbala por el hombro al mismo tiempo. Yo no digo nada. Solo la miro. La miro como si fuera la primera vez que me atrevo a hacerlo de verdad.

—Ya está. —Guarda el teléfono—. Le he dicho que me voy a dar un paseo contigo. Que no es grave. Que no estoy poseída. Que sigo teniendo libre albedrío y todo eso. Creo que lo ha entendido. O no. Me ha contestado con un sticker de un ciervo llorando. ¿O era un reno? No sé. Iba con bufanda.

Sonrío y ella se contagia. Y en esa sonrisa hay algo que me da miedo. Porque es antiguo. Y nuevo. Y peligrosamente reconocible.

—¿Dónde tiene el coche Lele? ¿La acompañamos? No quiero que se vaya sola.

—Está… por ahí —dice, haciendo un gesto tan amplio que podría abarcar desde el puerto hasta la luna—. Bajando hacia el puerto, creo. Pero no me preguntes dónde exactamente, porque estaba oscuro, había cuestas, y yo iba demasiado concentrada quejándome del tacón izquierdo, que me está matando desde las cinco y diecisiete de la tarde, más o menos.

—Eso es muy preciso.

—Soy terapeuta. Precisión emocional y todo eso. Y no, no hace falta que la acompañemos. A Lele, digo. Su novio vive aquí, a dos calles, o a una, no sé. El caso: que vendrá a recogerla. Dormirá en su casa. Todo controlado.

—Vale.

—Y oye, no le tengas en cuenta lo de la copa del otro día. Lo de tirártela por encima, quiero decir. Fue un accidente. Bueno, un semiaccidente, con un leve componente pasivo-agresivo, pero sin mala intención.

—¿Leve? —Alzo una ceja.

—Sí. En el fondo, Lele es un encanto. De esas personas que hacen bizcochos de avena y los llaman «placer saludable», ¿sabes? A mí eso me da entre envidia y sospecha. Pero ella vive en paz. Que ya es bastante en estos tiempos. Y además… te quiere. A su

manera. Como a un primo que ha hecho cosas discutibles, pero al que no puede evitar querer igual.

—Lo sé —le digo, y mi sonrisa se vuelve más seria. Más honesta.

Empezamos a caminar. No nos tocamos, pero caminamos tan cerca que casi sí. Y ese «casi» quema.

Las callejuelas están en silencio, salvo por el murmullo constante del mar abajo, y alguna luz que parpadea en una ventana alta como un testigo distraído.

—¿Cómo estás? —pregunto. Por romper el hielo. Pero también porque me interesa.

—¿Ahora mismo o en general? —responde, arqueando una ceja, mientras se abraza un poco más fuerte al abrigo como si eso pudiera protegerla del frío y de mí.

—Ambas.

—Vale… —Hace una pausa, luego suelta el aire con un suspiro cargado de sinceridad—. Ahora mismo estoy a medio camino entre nerviosa, helada y ligeramente desorientada. No por ti. Bueno, un poco sí. Pero también por todo esto. Esta cena, este pueblo, este sitio con nombre de poema melancólico. Que, si lo piensas, es una trampa emocional: te bajas del coche y ya estás dentro de una postal. Y las postales son traicioneras. Parecen inofensivas, pero, ¡zas!, nostalgia instantánea. —Se calla un segundo. Lo justo para cambiar el ritmo de los pasos. Para dejar que su voz se acomode en el aire—. Y encima estoy segura de que se me ha corrido el rímel. Aunque sea *waterproof*. Porque por mucho que lo pongan en el envase, nada es realmente a prueba de agua. Ni los ojos, ni los recuerdos.

No digo nada. Solo la escucho. Porque ella necesita hablar. Y a mí escucharla me ha salvado más veces de las que puedo admitir.

—¿Y tú? —pregunta, con una mezcla de curiosidad y

desconfianza—. ¿Cómo estás tú? Y no me digas que bien. Te conozco. O creo que todavía lo hago. Y eso no es una respuesta válida ni en formularios.

—Estoy… —me lo pienso un segundo— helado. Un poco más tranquilo ahora. Un poco menos postal, gracias a ti.

—¿Eso es bueno o malo?

—Muy bueno.

Asiente, y vuelve a haber silencio mientras seguimos caminando unos metros hasta que llegamos al coche. Me adelanto y le abro la puerta del copiloto.

—¿En serio me estás abriendo la puerta como si esto fuera una película francesa de los sesenta? ¿Dónde está la cámara oculta?

—No lo hago por cortesía. Lo hago porque el tirador de ese lado a veces se atasca.

—Mentiroso —responde al instante, ya sentándose—. Este coche está nuevecito. Si tuviera un solo fallo, aunque fuera que el limpiaparabrisas chirría una vez al mes, ya lo habrías devuelto con una nota sarcástica. Te conozco.

Sonrío mientras cierro con cuidado y rodeo el auto. Una vez dentro arranco, y el motor se enciende con una eficacia casi insultante. El aire caliente empieza a salir enseguida.

—Guau. Esto calienta más rápido que el horno de Lele. Pero tampoco es difícil, porque el horno de Lele necesita tres horas para decidir si quiere ser horno —dice ella, aflojándose el abrigo como si acabara de entrar en un spa—. Se lo compró de segunda mano a un señor que también vendía películas pirata, mandos de aire acondicionado sin pilas y un gato disecado. Pero, claro, eso no se lo puedes decir, porque Lele desarrolla vínculos afectivos intensos con los electrodomésticos. Su tostadora se llama Hugo. Y le da las gracias cuando no se le atasca el pan.

Veo de reojo cómo se sacude un poco el pelo y luego se recoloca como si estuviera en su propio sofá, y no en el coche de alguien a quien no ha visto en media década.

—¿Sabes qué me pasa? Me duelen los pies, me tiembla el estómago y tengo la sospecha razonable de que estoy haciendo el ridículo. Lo cual, si lo piensas, está muy en mi línea. Y, además —añade, levantando un dedo—, creo que tengo una ampolla en el dedo meñique del pie izquierdo. Pero no pienso mirarla. Porque, si la miras, existe. Y, si no la miras, es solo una posibilidad difusa, una hipótesis filosófica. ¿Ves? Supervivencia básica.

—Todo un oráculo contemporáneo —digo, sin dejar de mirarla de reojo.

—Gracias. Me lo apunto para el currículum: «Gianna Bellini. Comunicadora. Apóstol de la negación razonada. Detectora profesional de ampollas invisibles». ¿Quieres más? También tengo un máster en decir tonterías cuando estoy nerviosa. Estoy por montar un pódcast. *Habla y huye.* —Alza las cejas—. Oye, pues el título me gusta. Tiene gancho.

Yo no digo nada. Solo la escucho. Porque todavía es… tan ella. Más Gia que nunca. Con sus palabras como escudos. Con su risa como red. Y con esa mirada que a ratos se me clava sin que se dé cuenta. Y yo, mientras conduzco, pienso que esta noche, tal vez, no estemos tan lejos de reencontrarnos. Porque la quiero así. Llena de palabras. Llena de vida. Y porque he echado tanto de menos su voz que ahora cada frase suya me suena a algo entre bendición y latido.

Pulso un botón en el volante para poner música. Al instante, empieza a sonar bajita, discreta, de fondo. Pero Gia se gira hacia la pantalla del coche. Y parpadea.

—¿Cómo…?

Sigo su mirada. En el centro de la pantalla, iluminada en letras

blancas y sin ningún tipo de misericordia, aparece el título de mi lista más escuchada en Spotify: ✨🎄 *Gia* 🎄✨.

Mierda.

El silencio que sigue es tan largo que tengo la tentación de fingir un repentino apagón eléctrico del coche. Pero ella, muy despacio, como si necesitara asegurarse de que no está sufriendo una alucinación causada por exceso de vino, vuelve a mirar la pantalla.

—¿Tienes… una playlist navideña con mi nombre?

Me rasco la nuca, porque cuando uno se entierra vivo lo mínimo es moverse incómodo.

—Eh…, sí. Era… mi manera de sentir la Navidad desde Londres.

Sus cejas se arquean, altísimas, como si acabara de descubrir una anomalía emocional de proporciones cósmicas digna de la NASA.

—¿Tu manera de sentir la Navidad era poner mi nombre a una playlist de Spotify entre dos emojis brillantes?

—¿Me vas a decir en serio que no sabes que no hay nada más Navidad que tú?

La mirada que me lanza es inexplicable. Un tipo de mirada que tiene el poder de iniciar una guerra mundial o de derretir el Polo Norte en cuestión de segundos.

—¿Quién hace eso hoy en día? ¿Quién pone el nombre de su ex en una playlist navideña? Bueno, claro. Tú. Tú haces eso. Porque siempre has sido así de… intenso. Y romántico. Y ridículo. En el buen sentido, ¿vale? En el sentido de que cuando lo hacías por mí era adorable, y cuando lo hacías por otra gente era… raro, la verdad. Pero esto no me lo esperaba. No ahora.

Su voz se quiebra un poco, no lo suficiente como para parecer frágil, pero sí para golpearme como un mazazo en el estómago.

—Estamos en este coche y yo… Yo no sé qué se supone que tengo que decir, Gian. No lo sé. Nada de esto estaba en mi lista de

cosas que podrían pasar hoy. ¿Sabes qué sí estaba? Organizar la cena de mis clientes. Comprar panetone. Leche. Chuches para Turrón y Suchard. Solo eso.

Y entonces se inclina hacia delante y sube un poco el volumen. No demasiado. Solo lo suficiente para tapar cualquier palabra nerviosa que pudiera escaparse. La canción que suena es «My Kind of Present», de Meghan Trainor. Su respiración se calma. La mía no. Ni de lejos.

Cuando llegamos a Corniglia, Gia no se baja del coche enseguida. Se queda ahí, atrapada entre la música, la noche y algo más que no dice, algo tan grande que ocupa más espacio que todo su equipaje junto. Luego me mira.

—Gian… —Su voz es bajita, temblorosa, como un deseo antes de soplar las velas—. Gracias por traerme. Y… por la playlist. ¿Te importaría pasármela? Sigo teniendo el mismo número. Y… no te tengo bloqueado. Que lo sepas. Por si acaso. Por si te lo preguntabas. No es que crea que estuvieras pensando en escribirme, claro. Pero… por si sí. O si no. Da igual. Solo… pásamela, ¿vale? Por favor. Me ha gustado mucho.

—Sí, claro, te la mando —respondo, sonriendo como un idiota, porque cuando se pone así me dan ganas de envolverla en papel de regalo—. Al fin y al cabo, siempre ha sido tuya.

Ella sonríe también. Y de repente diciembre se enciende como si alguien hubiera enchufado todas las luces del mundo. Abre la puerta. Sale. Pero, justo antes de cerrarla, se gira.

—La próxima vez… avísame. Así me preparo una respuesta mejor que pánico existencial y verborrea. Aunque… —Se muerde el labio, pensativa—. Tal vez soy así. ¿Y si soy así para siempre? ¿Te imaginas? Sería algo horrible. Pero quizá… Quizá también tenga su encanto. Lo pensaré. Buenas noches, Gian.

Le sonrío. Probablemente embobado.

—Buenas noches, Gia.

Cierra la puerta antes de que pueda decir nada más. Camina hacia su portal con las manos hundidas en los bolsillos, como si intentara contener el desorden que le late en el pecho.

En el coche, empieza a sonar la siguiente canción.

«Santa Tell Me».

Por supuesto.

Me echo a reír, sacudo la cabeza y me dejo caer contra el respaldo. Y, por primera vez en cinco años, me siento exactamente donde debería estar.

En casa.

En medio de una canción ridícula y perfecta.

En medio de una Navidad que pensé que no volvería a sentir.

En medio de ella. Tan cerca que bastaría un suspiro, un mensaje, para volver a rozar lo que perdimos.

12

El Espíritu de la Navidad

El 8 de diciembre del año 2015, la *nonna* Agnese no subió a la colina. Y, cuando una abuela que ha subido cuarenta inviernos seguidos deja de hacerlo, el universo toma nota. Y yo también.

No fue porque no quisiera. No fue porque no pudiera (aunque una de sus rodillas llevaba años negociando con el dolor). Fue porque mis queridos niños estaban en esa edad trágicamente ridícula en la que uno se avergüenza de quien más lo ha amado. Esa etapa en la que dicen «ya somos mayores», como si crecer significara renunciar a la ternura.

—*Nonna*, podemos ir solos. No hace falta que vengas…

—Te traemos castañas a la vuelta. Lo prometo.

Ella sonrió. Oh, Agnese. Sonrió como si no acabaran de arrancarle una tradición de toda una vida con la delicadeza de quien despega una tirita sin soplar antes. Pero no lloró. Las mujeres como ella no lloran delante del invierno. Simplemente guardó el temblor en la garganta como quien guarda un secreto que quema en los dedos y envolvió las castañas en papel marrón. Les repartió bufandas de todos modos y se quedó en la ventana, taza de té frío en mano, mirando cómo se alejaban.

Ahora bien, yo no soy tan compasivo como ella.

Yo soy el Espíritu de la Navidad. Yo siempre estoy donde hay faroles encendidos, olor a castañas y un porcentaje sospechosamente alto de miradas cruzadas que podrían acabar en beso bajo el muérdago. Me alimento de eso. Lo cultivo. Lo empujo suavemente cuando hace falta. Así que subí a la colina con ellos. Como cada diciembre, me deslicé entre faroles encendidos, entre murmullos de familias y pasos adolescentes. Y todo era, en mayor o menor medida, lo de siempre. Todo menos ellos.

Gia, con un gorro rojo y mechones rebeldes que ni el mismísimo invierno podía disciplinar. Y Gian, con las manos en los bolsillos, prisionero de un cuerpo que ya no es de niño, pero aún no sabe ser de hombre. Metros de pierna, hombros que empiezan a ensancharse y esa torpeza deliciosa de quien todavía no entiende el poder que está a punto de tener.

Caminaban el uno junto al otro, sin tocarse, sin buscarse, pero al mismo ritmo. Siempre al mismo ritmo. Cuando doblaron la curva de la iglesia, desaparecieron de la vista del pueblo. Pero no de la mía. Ni de la *nonna*. Porque, aunque este año ella no venía, vio mucho más de lo que parecía. Las abuelas tienen un don: escuchan lo que no se dice. Ven lo que aún no ha ocurrido. Detectan grietas luminosas entre lo que fue y lo que empieza a ser.

Y lo que vio fue el cambio. Ese microsegundo exacto en el que los niños sueltan la mano que los guiaba y empiezan a caminar solos… sin darse cuenta de que siguen llevando en los bolsillos todo lo que heredaron: palabras, advertencias, bufandas que pican y voces antiguas que vibran en los huesos aunque juren que ya no las necesitan.

Pero Agnese, que tenía el oído más fino que cualquier cazatalentos, también escuchó. Porque en los pueblos pequeños las

historias no requieren testigos: se filtran solas. Por rendijas. Bajo puertas mal cerradas. Entre las piedras del empedrado. Yo llevo siglos viendo cómo el cotilleo navideño viaja más rápido que la luz.

Primero apareció Bettina, la panadera. Harina en las manos, levadura en el delantal y esa sonrisa de quien sabe exactamente lo que acaba de presenciar.

—Agnese, los vi allá arriba, junto al muro. No hablaron mucho, ¿eh? Pero la niña lo miraba como si fuera el mismísimo san Giuseppe recién bajado del cielo.

Oh, Bettina. Siempre tan sutil como un villancico a las tres de la mañana.

Agnese fingió que su radar interno no estaba activándose.

—¿Y él?

—Él la miraba cuando ella no lo miraba.

Dinamita emocional envuelta en pan caliente.

Después apareció Elio, el del bar. Ese hombre que guarda un panetone especial para Agnese desde que ambos eran jóvenes (y no me hagáis hablar de esa tensión no resuelta, que aquí la historia es otra).

—Estaban solos, pero se entendían —dijo él—. Sin decir palabra.

Y entonces llegó la señora Angela. No entró. Irrumpió. Perfume capaz de tumbar a un reno, rizos lacados como armadura y dramatismo en cada tacón.

—Me han dicho que se dieron un beso.

Agnese giró la cucharilla en su taza con una serenidad que daba miedo.

—¿Un beso?

—En la mejilla. Pero lento. De esos que duran más de lo que deberían…

—Entonces no fue un beso —sentenció—. Fue una promesa.

Y sí.

Exacto.

Las abuelas no fallan. Tienen sensores en el alma y radares de alta precisión para microsismos emocionales. Saben antes que nadie cuándo algo cambia para siempre, incluso si ese cambio aún no tiene nombre. Y yo puedo confirmarlo: aquello no fue un simple beso. Fue la chispa. El preludio. El principio del lío delicioso, que, entre nosotros, ya sabía yo que me iba a dar meses y meses de entretenimiento.

Pero no fue el beso verdadero. Y ya, ya lo sé: decepcionante para quienes esperaban chispas, labios y algún villancico de fondo, pero calma. Yo manejo mis tiempos. No soy una plataforma de streaming. Soy eterno. Y lo eterno se cocina a fuego muy lento.

Esa noche volvieron tarde. Mejillas rosadas. Silencios suaves apoyados en los hombros. Algo distinto en los ojos. Un eco nuevo. Una calma peligrosa. Una promesa sin firmar. Entraron en casa de Agnese despacito y dejaron las castañas sobre la encimera, pero no se fueron enseguida. Se quedaron. Plantados en la cocina como si el silencio fuese, de repente, parte oficial del ritual. Como si, quedándose, pudieran congelar el instante justo antes de que algo cambiara para siempre.

—¿Estaba bonito el belén? —preguntó Agnese desde el sofá.

—Igual que siempre —respondió Gian.

Mentira piadosa. Porque, cuando el corazón cambia, nada vuelve a ser igual.

Y entonces vino la prueba definitiva:

—¿Y el burrito?

Solo los guardianes de la memoria saben dónde vive el detalle que importa, y… Gia sonrió. Y durante un segundo volvió a ser niña.

—Yo lo he visto.

—Yo también, *nonna* —añadió Gian.

Y yo lo entendí todo. Porque, cuando quieres tanto a dos criaturas como yo los quiero a ellos, los ves incluso cuando intentan esconderse de sí mismos. De hecho, os contaré un secreto que solo sé yo: cada 8 de diciembre no suben solo a ver luces. Suben a comprobar si siguen encontrándose. A medirse sin tocarse. A preguntarse si aún son los mismos o si ya empiezan a ser algo distinto. Algo nuevo.

Así que no, ese día no se besaron. Pero sí se tocaron el alma. Y creedme: eso ilumina más que cualquier bombilla colgada en la colina. Más que todos los árboles del mundo brillando juntos. Más que mis propios trucos de luz y escarcha. Porque, cuando el amor empieza de verdad, no hace ruido. No necesita pancartas. No exige testigos. Se enciende despacio. Persistente. Imparable. Como una llama que parece pequeña… hasta que te das cuenta de que ya no sabes vivir sin su calor. Y yo, que soy experto en luces, os lo aseguro: las más peligrosas no son las que ciegan. Son las que se quedan.

Y juro, con la mano en mi mullido corazón de muérdago, que aquel 8 de diciembre, cuando Gia y Gian bajaron de la colina…, la Navidad bajó con ellos.

Yo sonreí, porque el amor apenas estaba empezando. Y, queridos míos, no hay espectáculo más irresistible que dos personas a punto de descubrir que el destino lleva años coqueteando con ellas.

13

Gia

Sábado, 5 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

No vengo a pedir venganza navideña ni carbón para exnovios (aunque uno se lo merece). Vengo a clausurarme a mí misma.

Sí. Lo confieso. La he cagado. Le he sido infiel a mi pareja. Una vez. Una noche. Una Navidad pasada. Él me perdonó, pero desde entonces su abrigo ya no huele a casa, sino a culpa. Algo se quedó congelado y no sé cómo descongelarlo sin que todo se deshaga de mala forma.

Solo quiero una última cena. Él y yo. Una mesa, una copa, un adiós sin fuegos artificiales (aunque una bengala en el postre no estaría mal, por el efecto dramático y todo eso). Solo quiero mirarlo una vez más y decirle que lo quiero, pero que no tengo derecho a seguir queriéndolo así.

Gracias por existir.

Pia M. L.

Estoy en la oficina, intentando concentrarme. Tengo el portátil sobre el regazo como si fuera un escudo, y me estoy mordiendo una uña

con la intensidad de quien cree que en la cutícula izquierda se esconde la respuesta a todos los enigmas de su vida amorosa.

A mis pies, Turrón y Suchard duermen hechos un ovillo. Me los he traído conmigo porque, cuando me han visto coger las llaves para irme, se han puesto a hacer pucheros con una intensidad emocional digna de una telenovela. Y yo, que soy fuerte para todo menos para esos ojos de cachorrito, he caído. Así que ahora están ahí, roncando plácidamente, cada uno con un calcetín navideño en la boca. No sé por qué. Esta semana han desarrollado una fijación irracional por la ropa interior navideña.

Entonces, como si el universo detectara que me estoy quedando sin distracciones absurdas y empezando a sentir demasiadas cosas en la boca del estómago, la puerta se abre y Lele entra empujándola con la cadera. Lleva una bolsa en una mano y dos cafés en la otra.

—Buenos días, reina del drama. —Cierra la puerta con el pie y deja la bolsa sobre la mesa—. He traído café, bollería y, sinceramente, cero paciencia. Dame el parte completo.

—Ya te lo conté anoche —protesto, hundiéndome tras el portátil como si eso pudiera protegerme de su mirada clínicamente entrenada para calarme.

—Me contaste lo que pudiste entre jadeos, lágrimas y ataques de risa nerviosa. Además —dice, alzando un dedo—, me lo contaste justo después de que él te dejara en casa. Literalmente con el abrigo puesto, los zapatos aún en la mano y el rímel corriéndote como si tu cara estuviera celebrando una performance artística.

Asiento, culpable, y me encojo de hombros como si todavía fuera una adolescente.

—No podía esperar, Lele. Fue… intenso. Tenía que contártelo.

—Lo sé. Ni yo pude —dice ella, dejándose caer en la silla—. Me pillaste en mitad de un polvo. Y era uno de los buenos.

—¡Dijiste que estabas viendo una peli!

—¡Eso fue lo que le grité a mi novio mientras me levantaba a coger el teléfono! ¡Pausa el cine, que esto es urgente! Y se lo solté con el culo al aire y una media enredada en el tobillo.

—¿Y no se enfadó?

—Claro que no. Porque sabe que Gian es tu talón de Aquiles, y yo soy la que lleva el botiquín.

Me río, inevitablemente. Lele es muchas cosas, pero sutil no es una de ellas.

—Ahora me siento mal.

—Tranquila, luego se lo recompensé —dice con un guiño—. Lo tuyo siempre me pone un poco.

—¡Lele!

—¿Qué? Soy una mujer multifunción. El drama me excita. Es mi segundo idioma. Y tú eres mi emisora favorita —declara mientras se agacha teatralmente para saludar como es debido a Turrón y Suchard—. Hola, mis gordos. ¿Os han abandonado esta noche por un ex con cara de culebrón italiano? Sí, ¿verdad? Qué vergüenza la vuestra. Ni un ladrido en defensa del honor de vuestra madre humana. Un poco de dignidad, por favor.

Me lanza una mirada cargada de propósito y se deja caer en la silla frente a mí con tanta solemnidad que hasta los perros parpadean, como si ya supieran que esto es una cumbre. Una sesión extraordinaria del comité de crisis, presidida por Su Majestad Lele I de las Intervenciones Drásticas.

—Venga, dame la versión extendida. Quiero detalles. ¿Qué cara puso cuando accediste a que te acompañara a casa? ¿Cómo te habló? ¿A qué olía? ¿Te rozó sin querer, pero queriendo? Seguro que sí. Gian siempre ha sido muy tocón.

—Puso esa cara… La suya. La de siempre. La que tiene cuando

se esfuerza en parecer que no siente nada y, sin embargo, parece que le han dejado el corazón en modo vibración.

—Ufff, poético. Me gusta. Continúa.

—No hablamos mucho, en realidad. O sea, yo sí, por supuesto. Ya me conoces. Y él me miraba. Mucho. Atento. Como si no quisiera perderse nada. Como… Como siempre.

—¿Y tú? ¿Lo miraste mucho?

—Como si fuera el final de una peli y no supiera si iba a haber secuela. Me sé cada centímetro de su cara, pero anoche parecía… otra. O yo era otra. O quizá los dos lo éramos, solo que por fin, de nuevo, en el mismo universo.

—Madre mía. Me pongo cachonda con menos —suelta, mordiendo un cruasán.

—¡Lele!

—Perdona, pero es que me estás hablando como si estuvieras narrando una mezcla de *Love Actually* y *La La Land*. ¿Y lo de la playlist navideña? ¡Cuéntame otra vez lo de la playlist!

Bajo la mirada.

—La puso cuando arrancó el motor del coche. El título era mi nombre. Solo eso. Mi nombre, con emojis navideños. Y dijo algo como que era la que escuchaba en Londres para sentir la Navidad. Como… Como si yo fuera la Navidad para él. Como si no supiera cómo decirme nada con palabras… y lo dijera con Meghan Trainor.

—¿Y tú no te lanzaste sobre él en plan reno al ataque? Porque solo por eso se merecía que le dieras la mejor noche de su vida, Gia.

—¡Lele!

—¿Qué? ¡Es precioso! ¡De esos gestos superrománticos que solo se ven en los libros! ¡Se merecía un buen polvo de gratitud, por favor! ¡Un polvo con banda sonora navideña! ¡Y gorrito de Papá Noel, si se daba el caso!

Me río, aunque también noto cómo algo se me encoge por dentro.

—Calla —niego con la cabeza, y luego prosigo—. Después, cuando llegué a casa, me la mandó por WhatsApp. La playlist. Sin texto. Solo eso. Menos mal que borré todas nuestras conversaciones hace años, porque si no me hubiese quedado horas leyéndolo todo. Y luego… le contesté con un corazón rojo. Nada más. Eso es… todo.

Lele me mira con una sonrisa escondida.

—Ponla. Venga. Enchúfala. De fondo. Mientras trabajamos.

Por mucho que me gustaría ser capaz de resistirme, le hago caso. Porque tiene razón. Es precioso. La playlist en sí lo es. La música empieza a sonar desde el altavoz del escritorio con esa mezcla de tristeza y azúcar que tienen todas las canciones que alguna vez te rompieron sin romperte del todo.

Los primeros versos de «Snowman» llegan a mis oídos y Lele, como si supiera que estoy a punto de ponerme intensa otra vez, agita algo delante de mí.

—Por cierto, la vecina del tercero ha vuelto a dejarte una nota en la puerta. Esta vez con purpurina. Y con olor a violetas. Juraría que le ha puesto perfume directamente encima del sobre.

—¿En serio?

—Te juro que va a acabar empapelando el rellano con sus mensajes del universo. Mira esto. —Lele aclara la voz con una seriedad teatral y lee—: «Querida Señorita Santa Clausura: soñé con una galleta en forma de corazón rota por la mitad. ¿Significa algo? ¿Es una señal? ¿Tengo que escribirle a mi ex? ¡Dímelo tú!». Y tres signos de exclamación en rojo. Tres. Con boli de gel.

—Ay, por favor… —Me llevo las manos a la cara, riéndome con resignación—. ¿Quién le dijo a esa señora que yo tengo respuestas para esas cosas? Creo que va siendo hora de dejarle claro que no

soy tarotista. Ni médium. Ni pitonisa. ¡Ni siquiera sé leer el horóscopo sin acabar en la sección de cotilleos!

—Tú misma. Por ir repartiendo clausuras sentimentales como si fueran panetone.

—A ver, Lele…, me pidió consejo una vez. ¡Una! No sabía que estaba abriéndole la puerta a una mujer tan rara.

Ella se encoge de hombros, con esa sonrisa maliciosa que usa cuando le divierte mi miseria.

—Tienes aura de santa laica con un trauma romántico. Inspiras confianza. Y un poquito de lástima también, pero del tipo bonito, de ese que hace que la gente te deje galletas y te quiera contar todos sus sueños.

—Gracias…, supongo.

Tomo la nota perfumada con dos dedos y la pongo sobre la mesa, al borde del ordenador, donde pueda ignorarla. Porque no puedo con eso ahora. Ni con galletas partidas ni con mensajes del universo. Hay algo más urgente. Algo que lleva días latiéndome bajo la piel como un tambor de guerra navideño.

Respiro hondo, con sonidito dramático incluido, y la miro.

—Tenemos que organizarnos.

Lele entrecierra los ojos.

—¿Para qué? ¿Para una limpieza energética antes de que la del tercero se cuele por la chimenea y nos recite su carta astral?

—No. —Trago saliva, sintiendo el vértigo en el estómago—. Para una cena de clausura urgente.

—¿Urgente? ¿Cómo de urgente?

—Urgente nivel… mi propia cena de clausura. O de lo que sea —respondo, con una sonrisa que me duele un poco, pero que también me aligera. Como si por fin pudiera respirar después de días aguantando el aire—. Será el día ocho.

—Pero el día ocho es… en tres días.

—Sí.

—Y es el día del belén. ¿Lo ha pedido él?

—Ajá.

Lele abre los ojos como si acabara de ver a Babbo Natale bajando en ala delta por la via dell'Amore.

—¡Madre mía, va a por todas!

Pero no se ríe. Solo parpadea. Me observa en silencio, con esos ojos suyos que han visto todas mis versiones: la rota, la enfadada, la valiente. Y ahora esta. La que ha decidido dejar de esconderse.

—Así que ya te has decidido —dice al fin, con suavidad.

—Sí —afirmo, cruzando los brazos, como si pudiera abrazarme a mí misma sin que se note—. Ya me he decidido.

Me acerco a la ventana. Fuera el cielo está sorprendentemente azul. No hay ni una sola nube. Y el mar, en calma, refleja la luz como un espejo triste pero bello. Uno de esos que no distorsiona, solo devuelve lo que hay.

—No puedo seguir así. Después de lo de anoche… —respiro hondo, porque decirlo es más difícil que pensarlo— no puedo pensar en otra cosa.

Me giro hacia ella. Siento que me tiemblan un poco las manos, pero no las escondo. Lele merece la verdad entera. Y yo también.

—O lo clausuro todo de una vez por todas o hablo con él. Pero de verdad. Sin filtros. Sin bromas. Sin huir. Y luego… ya vemos qué pasa.

Lele asiente despacio y se levanta como si estuviéramos al borde de algo importante. Se acerca, me coge una mano y la aprieta.

—Entonces vamos a hacer que esa cena sea inolvidable. Y, si acabas llorando en los canelones…, prometo que serán los mejores canelones de tu vida.

—Sí. Necesito que sea perfecto, Lele.

—Lo será —me sonríe—. Entonces… ¿qué papel me toca a mí en esta superproducción?

Le devuelvo la sonrisa con esa complicidad que solo sobrevive entre amigas que han visto juntas todas las fases del apocalipsis emocional.

—Encargar mesa en la Trattoria dal Billy. Pero pide la mesa pequeña. La de la esquina. Donde nos sentábamos de pequeñas y el dueño aún nos llamaba *le due reginette dei cannoli*.

—Dios mío. Eso era antes de que supiéramos que el amor también engorda.

Nos reímos, pero el nudo en mi pecho no desaparece. Solo se acomoda. Como si supiera que ya no estoy huyendo, y eso bastara para que dejara de apretar.

—No, mira —cambio de opinión—. Pide mejor la mesa que está en el nivel superior, cerca del ventanal. Es en la que siempre nos sentábamos Gian y yo porque tenía las mejores vistas. Quiero que haya velas. Que el vino esté frío, pero no congelado. Que la música no suene demasiado fuerte. Quiero que todo esté en calma. Que el sitio nos abrace…, por si nosotros no somos capaces de hacerlo.

Lele asiente, tomando notas en su iPad con rapidez.

—Puede que sea el final. O el principio. No lo sé. Pero esta vez quiero estar presente. Quiero mirarlo a los ojos y ver si aún hay algo que puede salvarse. O si solo estoy sosteniendo un fantasma que mi corazón se empeña en seguir amando.

Me acerco al escritorio. Acaricio la nota perfumada de la vecina como si fuera un amuleto torpe, absurdo y tierno. Me río, bajito.

—Quizá no estoy tan lejos de ella, después de todo. También tengo galletas rotas por dentro.

—Pero tú no necesitas signos de exclamación en rojo. Tú,

aunque no te atrevas todavía a admitírtelo en voz alta, sabes lo que quieres.

Y, por primera vez, lo creo.

No asiento. No sonrío. No hago nada de eso. Solo miro por la ventana de nuevo. Observo cómo la Navidad se cuela por las calles empedradas, por las luces que parpadean incluso de día, como si supieran que existen cosas que necesitan iluminarse incluso cuando no hay oscuridad.

Tal vez hoy tengo las emociones tan al límite porque se cumplen tres años desde que la *nonna* Agnese ya no está. O puede que no tenga nada que ver con la *nonna*. Puede que, simplemente, esté exhausta de fingir que no me afecta lo que obviamente sí me afecta. Que no me revuelve lo que me lleva revolviendo desde…, bueno, desde siempre. Desde él.

Pienso en las despedidas que no parecen despedidas. En esa tarde en que me miró como si me dijera adiós, y yo no supe verlo. O no quise. Porque a veces una prefiere pensar que ciertas cosas son pausas. No finales. Que basta con aguantar la respiración para que lo que duele deje de doler. Pero no funciona.

Pero ahora sí lo sé. Ahora entiendo que fue algo. Que todo lo fue. Y esta cena, este último intento de hacer como que no me importa cuando me importa más de lo que quiero admitir… también es algo. No un gran final cinematográfico. Más bien un adiós que se parece peligrosamente a un hola.

No tengo la respuesta, pero esta vez quiero estar despierta. No para predecir el final, sino para merecerlo. Porque hay algo profundamente valiente y estúpidamente hermoso en las segundas oportunidades. En mirar a alguien sabiendo lo que se rompió y, aun así, elegir tenderle la mano. Aunque tiemble. Aunque duela. Sobre todo si duele bien. Y puede que esta vez duela justo así. Como

prometen las cenas de mi propia empresa.

Porque la Navidad me ha enseñado muchas cosas. Como que los finales no siempre son finales, sino comienzos con disfraz de despedida. Y que, bajo las luces que parpadean con descaro y mala leche, siempre hay un rincón para la esperanza.

14

Gian

Sábado, 5 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Puedes mandarme a la mierda si quieres, lo entenderé. Pero necesito saber una cosa. Bueno, varias. ¿Gia ha contestado? ¿Ha aceptado? ¿Vendrá a la cena? Y, si la respuesta es sí (por favor, que sea sí), ¿qué has planeado? ¿Hay protocolo? ¿Debo llevar algo además de mi desesperación?

Gia, cuando me ve, se pone tan nerviosa que habla sin respirar. Yo, en cambio, entro en modo estatua de sal. Por dentro quiero decirle mil cosas, pero por fuera parezco un árbol decorado con mudez. ¿Tú crees que sería muy cutre si lo escribo todo y se lo leo?

Por favor, guíame. Estoy tan nervioso que he ido al baño más veces que las que Mariah Carey ha sonado con «All I Want for Christmas Is You» este mes.

Abrazo virtual,

Gian

El aire de Manarola en diciembre es frío, pero no cruel. El mar susurra a lo lejos, arrullando la costa con ese ritmo que siempre me

ha parecido un latido antiguo, mientras camino despacio por el sendero que lleva hasta el cementerio.

Hoy se cumplen tres años desde que mi *nonna* se fue.

Tres años, y todo sigue siendo un poco más hueco sin ella.

A esta hora de la tarde apenas se oye algún que otro motor al arrancar, un tintineo de tazas en alguna cocina. El olor a focaccia tostada flota en el aire desde la panadería de la esquina, pero no me detengo. No hoy. Subo las escaleras de piedra, esas que ella decía que mantenían joven al que se atreviera a subirlas sin resoplar.

Llevo las manos en los bolsillos y una flor envuelta en papel de estraza, porque, aunque mi *nonna* siempre decía que las flores eran para los vivos, no puedo evitar traérsela cada año. Una sola flor, siempre la misma: una dalia blanca. Era su favorita. Decía que las flores más bonitas eran las que parecían no hacer ruido. Como si su belleza no quisiera molestar.

Desde que me fui a Londres, únicamente he vuelto a Manarola tres veces. Tres. Y fueron exactamente el mismo día: el 5 de diciembre. Llegaba el día de antes a medianoche, subía hasta aquí, le dejaba la flor y me iba. Sin pasar por la panadería, sin asomarme al puerto, sin saludar a nadie más que a mi madre. Como si venir más días, o quedarme más tiempo, pudiera haber movido algo que estuve intentando dejar quieto. Como si mantener esa rutina fuera mi manera de no romperme. Pero ahora estoy aquí. En casa. Y su ausencia, de alguna forma, pesa todavía más que antes.

Cuando llego arriba, me siento en el banco de piedra junto a la verja. No entro de inmediato. Me cuesta. Me sigue costando. Desde aquí se ve todo: las terrazas colgando de la ladera, las casas de colores apagados por el invierno, el mar más allá, inabarcable. Y el silencio. No ese silencio incómodo de las sobremesas tensas, sino uno limpio, como el de una habitación recién ventilada.

Cuando decido moverme y llego hasta su lápida, me agacho para dejarle la flor. Le quito un poco de salitre a las letras con la manga. Sé que no es necesario, pero es lo que haría si viniera ella. Siempre dejándolo todo impecable, hasta las lágrimas.

—Hola, *nonna* —murmuro, al final—. Sigues teniendo la mejor vista del pueblo.

Me quedo allí un rato, en cuclillas, como si el frío no importara. Le cuento cosas. Cosas pequeñas. Cosas de casa. Le hablo de mamá, que últimamente duerme mejor, aunque sigue despertándose en medio de la noche para comprobar que las ventanas están cerradas, como si el viento fuera a llevársela a ella también. De Luca, que se ha prometido con una tal Pina a la que todavía nadie ha conseguido sonsacarle el apellido, pero que al parecer hace una carbonara increíble. De la tía Graziella, que volvió a pelearse con su vecina del primero por culpa del jardinero. Una historia tan absurda como eterna, que probablemente sobrevivirá a ambas.

Y luego le hablo de ella.

De Gia. Aunque no uso palabras. Con ella nunca me han hecho falta. Mi *nonna* lo sabía todo incluso antes de que yo lo supiera. Lo veía en cómo me cambiaba la voz cuando sonaba su nombre, en cómo me arreglaba el pelo sin querer cuando la esperaba en su casa. Así que no digo nada. Solo pienso en ella. En su risa nerviosa. En cómo se mordía el labio para no decir lo que pensaba. En cómo lo decía igual, un segundo después.

Es en ese momento cuando la oigo. Y me cuesta darme cuenta de que es real.

—Siempre me pregunté quién le traía esa flor.

Me giro suavemente y Gia está ahí, de pie, con el pelo un poco revuelto por el viento debajo de un gorro, las mejillas coloradas, las botas cowboy rojas y una expresión entre sorpresa, ternura y algo

más que no sé si estoy listo para descifrar. Tiene una de las manos metida en el bolsillo de un abrigo beis demasiado fino para diciembre. En la otra, como si fuera lo más normal del mundo, lleva un ramo de dalias blancas.

Mi corazón da un vuelco tan fuerte que me hace tambalearme por dentro.

—Hola —acierto a decir.

Ella baja la mirada un segundo, como si necesitara reunir fuerzas, y luego sonríe. No mucho. Apenas un gesto. Pero es su gesto. El de siempre. El que hacía cuando se daba cuenta de que yo la miraba como si no hubiera otra cosa en el mundo.

—No sabía que venías —dice. Y, apenas acaba la frase, arranca —. De hecho, te odié. Durante años. Odiarte es mucho decir, ya lo sé, pero… sí, un poco sí. Porque nadie te vio en el entierro, y tampoco por aquí, y pensé: «Pues vaya nieto de mierda». Aunque luego la flor siempre estaba. Siempre la misma. Y yo pensaba: «Bah, será el señor Giuseppe, que es muy de detalles», pero también pensaba: «¿Y si no?». Y ahora resulta que sí. Que eras tú. Y que venías. Y que yo soy una bocazas… —Se muerde el labio y niega con la cabeza antes de añadir—: Lo siento. ¿Has venido todos los años?

—Solo el 5 de diciembre.

—¿Siempre la misma flor?

Asiento.

—¿Solo venías para esto?

—Solo para esto.

Se queda en silencio. Y eso, viniendo de ella, dice más que mil palabras. El viento le mueve una hebra suelta de pelo y tengo que hacer un esfuerzo ridículo por no apartársela de la cara. No me atrevo. Todavía no.

—Yo venía a la hora de comer —dice entonces, muy bajito, como

si le diera vergüenza reconocerlo—. Porque sé lo mucho que te gusta dormir después. Y pensé que, si venías algún día, sería tarde. Así que yo venía pronto. Por si un día coincidíamos.

Levanto la vista. Ella también me mira, pero esta vez no sonríe. No se mueve. Solo está. Sincera. Vulnerable. Hermosa de una forma que me parte y me recompone al mismo tiempo.

—Pues hoy te has atrasado —susurro.

Ella niega con la cabeza, sin apartar la vista.

—No.

—¿No?

—No. He llegado justo a tiempo.

Gia respira hondo, como si eso le diera permiso, y empieza a hablar.

—Cuando venía a verla —dice, sin soltarme la mirada—, la recordaba en voz alta. Ya sabes…, le contaba cosas. Tonterías sobre todo. Que si me había salido bien la salsa, que si había soñado con ella, que si en el supermercado han subido el precio del pandoro y seguro que eso la habría indignado. Y a veces me reía sola como una loca, porque me acordaba de cosas nuestras, de cómo se ponía cuando alguien decía «Santa Claus» o «Papá Noel» en vez de «Babbo Natale». ¿Te acuerdas? Se transformaba. Era medio santa, medio dictadora de las tradiciones italianas.

Le tiembla un poco la voz, pero no para.

—Y me parecía que, si lo decía en voz alta, lo mantenía vivo. El recuerdo. Como si eso fuera la forma de que no se deshiciera del todo. Porque el dolor… Vale, el dolor está. Pero lo que no quiero que se me muera del todo es lo otro. Lo bueno. Lo que nos hacía reír. Lo que nos hizo ser quienes somos. —Se gira un poco hacia la lápida, como para incluir a Agnese en la conversación. Y, después de dejar el ramo de dalias sobre ella, añade—: Y creo que ya es hora de

recordarla con todo. No solo como la *nonna* de Gian, sino también como la señora que me miraba como si fuera su nieta política aprobada por el Vaticano. La que se bebía el limoncello antes del brindis y decía que era por la circulación. La que nos pilló una vez en tu coche y fingió no haber visto nada…, aunque luego me dejó una nota con una lista de cosas que «no se hacen en un Fiat 500».

Me río, bajito. Ella también. Pero enseguida vuelve al punto.

—Así que eso. Que ahora quiero recordarla como era cuando estábamos los tres. Porque esos fueron los mejores momentos. Los de verdad. Y, si tengo que llorar, pues lloro. Pero también me río, porque ella no querría que la recordáramos tristes. O sí, pero solo un poco para que se note que la queríamos. Lo justo para darle drama, pero sin pasarse. —Hace un gesto con la mano, como si espantara una mosca invisible. O una lágrima—. El duelo no es olvidar, ¿sabes? Es aprender a recordar sin que te aplaste. Y a mí…, bueno, a mí todavía me aplasta a ratos. Pero aquí, contigo, creo que duele menos. Porque contigo se parece más a vivir que a sobrevivir. Y eso ya es algo. —Y luego, como si se diera cuenta de que ha hablado demasiado, se encoge de hombros—. Ya está. Fin del monólogo navideño cementerial. Ahora puedes decirme que estoy loca y que hablo sola con muertos y que debería hacérmelo mirar.

—¿Y perderme esto? Ni hablar.

Gia sonríe y el cielo, por algún motivo, parece menos gris.

Me quedo en silencio, con las manos en los bolsillos, como si así pudiera evitar tocarlas: las palabras, los recuerdos, a ella. Pero entonces me sale solo. Como si lo llevara dentro desde hace demasiado.

—¿Te acuerdas de la vez que la ayudamos a montar el árbol en pleno septiembre, con treinta grados y mosquitos del tamaño de uvas?

Ella sonríe sin mirarme.

—Decía que la Navidad llegaba cuando le daba la gana. Y que, si todas las tiendas podían adelantarse, ella también.

—Y tú trajiste espumillón fluorescente porque dijiste que combinaba con las luces de su cocina.

—¡Era verde ácido! Quedaba ideal con los azulejos.

—Te dejó ponerlo solo porque dijiste que habías aprobado Inglés por fin.

—Mentira piadosa. Tenía un cuatro con nueve y una profesora que quería librarse de mí.

Nos reímos. Pero es esa risa que tiembla en los bordes, como si no supiera si va a terminar en carcajada o en llanto. Ella se agacha un poco para recolocar el lazo del ramo que ha traído. Yo también me inclino, sin pensarlo, y nuestras manos se rozan. Apenas. Un dedo contra otro. Un roce tonto. Pero no retiramos la mano. Ninguno. Ella suspira, y no sé si es por la flor o por mí.

—Con ella siempre me sentí… parte de algo. Como si me hubieran adoptado sin preguntarme. Como si yo también fuera familia —dice, bajito.

—Lo fuiste. Lo eres.

Levanta la vista. Tiene los ojos brillantes.

—La *nonna* me enseñó muchas cosas —susurra—. A poner sal a ojo, a planchar con vapor, a no bajar la cabeza nunca… Pero lo que más me gustaba era cómo nos miraba. A ti sobre todo. Como si fueras lo mejor que había hecho en la vida. Y eso… Eso me hacía creer que las cosas buenas existían. Que había gente que sabía querer bien.

Siento que algo se me parte dentro. Porque yo también la echo de menos. Pero también echo de menos eso que dice. Ese lugar al que pertenecíamos. Los tres.

—Cuando la perdimos —añade—, yo pensé que te perdería a ti también. Definitivamente. Para siempre. Que no íbamos a poder soportarlo juntos. Y no sé si fue el dolor, el miedo o simplemente… la vida. Pero… ahora sé que no. Siempre nos quedará esto.

—No la he recordado así desde que me fui —admito.

—¿Así cómo?

—Con los tres. Con los momentos que no dolían.

Se muerde el labio, como si necesitara contener algo. No lo consigue del todo. Una lágrima se le escapa, pero no se la limpia. Y eso me mata. Porque Gia llorando sin esconderse es algo que he visto muy pocas veces.

Me acerco un paso. Solo uno. Y apoyo la mano encima de la suya. Nada más. No aprieto. No insisto. Solo estoy ahí. Como si ese gesto dijera: sigo aquí, aunque no sepa cómo volver a empezar. Y ella no se aparta.

—¿Te acuerdas de la vez que hicimos galletas y se nos quemaron todas? —susurra—. Ella dijo que teníamos que comérnoslas igual, porque el azúcar tostado era cosa fina. O algo así.

—Sí. Tú dijiste que íbamos a morir envenenados y ella te llamó «melodramática de categoría superior».

—Y tú te las comiste igual. Todas. Hasta las negras como carbón.

—Era Navidad. Había que hacer sacrificios.

Nos miramos. No hay música ni nieve cayendo. Solo este trozo de tierra y piedra y el frío que ya no siento tanto. Pero hay algo en el aire. Como si alguien, o algo, nos estuviera empujando con suavidad. Como si el recuerdo de mi *nonna*, en vez de separarnos, nos estuviera juntando de nuevo, centímetro a centímetro, corazón a corazón. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo prisa. No tengo miedo. Solo ganas de quedarme aquí un rato más. Con ella. Con los recuerdos.

Hay un rato de silencio después de eso. No porque no tenga nada que decir, sino porque no sé por dónde empezar. Es lo que pasa cuando alguien ha significado tanto que no cabe en una sola historia.

—Mi madre trabajaba mucho… —empiezo—. Siempre fue así. Turnos dobles, noches, fines de semana… No lo hacía porque quisiera estar lejos. Lo hacía para llegar a fin de mes. Pero yo era un niño. Y los niños no entienden de hipotecas ni de horarios. Solo saben que su madre no está. Y mi *nonna*…, ella llenaba ese espacio. Pero no como quien hace un favor. Lo hacía como si fuera lo natural. Como si fuese su lugar en el mundo.

Me sale una sonrisa.

—Me recogía del colegio con una bufanda roja hasta las orejas. Me llevaba a casa y me hacía prometer que me comería todo, incluso lo que no me gustaba. Y luego me leía cuentos mientras se le cocinaban las piernas en el brasero. Me enseñó a doblar bien las camisetas, a dejar reposar la rabia antes de contestar y a no fiarme nunca de la gente a la que no le gusta el panetone.

Gia se ríe bajito. Pero se nota que tiene un nudo en la garganta, como yo.

—Me enseñó que el amor no siempre llega cuando uno lo espera, pero que, si llega, hay que hacerle sitio. Y que, si una relación necesita esconderse, entonces eso no es amor. Es malabarismo. De hecho, eso me lo dijo cuando me pilló mirándote como un idiota en el verano en que te cambió el cuerpo. Tú tenías las piernas bronceadas, una coleta alta y un top amarillo que dejaba ver tu ombligo… Y yo perdí la cabeza.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Me escondí detrás del buzón.

—¿Y ella?

—Me miró con esa cara de «ay, *bambino*, te vas a dar una leche de las buenas». Pero no dijo nada. Solo me sirvió helado esa noche. Cuatro bolas.

Gia baja la mirada, pero sonríe. Esa sonrisa suya, torpe y frágil, que tiene más verdad que mil discursos.

—¿Crees que si nos viera ahora estaría orgullosa? —pregunta de pronto, sin levantar los ojos—. De nosotros, digo. Así. Rotos, torpes, intentando recordar sin deshacernos.

—No lo sé —respondo—. Pero creo que estaría tranquila. Porque al menos hemos vuelto a encontrarnos, y eso ya es mucho en esta vida donde la gente se pierde y no se busca.

Ella asiente. Muy lento.

—A veces pienso —añade— que la única forma de honrar a alguien que se ha ido es volver a vivir de verdad. No sobrevivir, no arrastrarse. Vivir. Con todo el miedo y todo el amor y toda la incertidumbre. Como si te estuviera viendo.

—¿Y tú crees que nos ve?

—A veces sí. Cuando huelo la salsa de tomate recién hecha. Cuando se apagan las luces de Navidad en la calle y suenan villancicos rarísimos. Cuando pasa algo bonito y no tengo a quién contárselo, y se me escapa un «*nonna*, ¿has visto esto?».

La emoción se le nota en la voz. Pero no se desborda. Se queda justo ahí, en el límite. Como tantas veces estuvimos nosotros: a un paso del todo, sin atrevernos. Yo aprieto un poco su mano. Solo un poco. Y ella no se va.

—¿Sabes qué creo? —susurro—. Que, si hemos vuelto a encontrarnos aquí hoy, no ha sido casualidad. Que tal vez alguien ahí arriba sigue haciéndose cargo de las cosas importantes. Como cuando ella nos hacía sentarnos juntos en la mesa, aunque estuviéramos peleados.

—Nos obligaba a brindar incluso si estábamos enfadados.

—Y decía: *Chi ama, mangia. Chi litiga, pure*.

—El amor entra por la boca —dice ella, medio riendo, medio llorando.

—Y también por las segundas oportunidades.

Nos miramos. El aire se vuelve más frío, pero a mí me arde el pecho. Porque verla así, con esa mezcla de fuerza y ternura, de historia compartida y posibilidad, me sacude algo muy dentro. Algo que no quiero volver a enterrar. Algo que lleva años preguntándome si todo lo que fuimos puede volver a ser.

Me muero de ganas de saber si ha recibido la carta. Esa carta. La de la Señorita Santa Clausura. Pero me callo. Por si no la ha recibido. O por si la ha leído y no ha querido contestar. Por si ahora mismo, aquí, es suficiente. Y estropearlo me parece un crimen.

—Gian…

—No tienes que decir nada.

—Ya, pero si no digo nada reviento.

—¿Y qué quieres decir?

—Que, si volvemos a encontrarnos, pero no somos capaces de volver a reconocernos, entonces no sirve de nada.

Asiento despacio. Me lo dice tan seria que por un momento tengo la sensación de que, si doy un paso en falso, se rompe todo. Como una bola de cristal mal envuelta.

—Pues vamos a reconocernos. Poco a poco. Sin prisa. Como cuando te despiertas después de una siesta muy larga y no sabes ni qué año es.

Ella suelta una risa pequeñita, rota, bonita. De esas que parecen inventadas para las despedidas que todavía no quieren serlo.

—Qué imagen tan rara.

—Es lo mío. Imágenes raras pero eficaces.

Nos quedamos así un segundo más. El cementerio en silencio. Las flores. La sensación de que algo, sin haberse dicho del todo, ha empezado a sanar. Ella es la primera en moverse. Se levanta despacio, se sacude las rodillas con las manos enguantadas y suspira.

—Tengo que irme. Le he prometido a Lele que pasaríamos por la pastelería y, si llego tarde, se comerá todas las *sfogliatelle* y dejará que yo me quede con las de crema, que son las que menos me gustan.

—Eso es… muy grave.

—Gravísimo. Pura violencia emocional.

Yo también me pongo de pie. La acompaño hasta la salida, sin decir nada. Pero, en algún punto del camino, su mano roza la mía. Y por un segundo, solo uno, no parecemos exnovios. Ni amigos. Ni nada de lo que fuimos o deberíamos ser. Por un segundo, solo parecemos nosotros. Dos personas que siempre se han reconocido.

Ya en la verja, se gira hacia mí. Con esa sonrisa de medio lado que siempre me dejaba sin aire.

—Gracias por venir hoy. La *nonna* estaría… No sé si orgullosa. Pero estaría feliz.

—Seguro que estaría corrigiéndonos. «GiGi, enderezad la espalda, que eso no es una postura digna».

—Y luego nos daría un túper.

—Probablemente de *coniglio alla ligure.*

—Y un besito en la frente, de esos que pican.

Nos reímos. Nos callamos. Nos volvemos a mirar.

—Adiós, Gian.

—Adiós, Gia.

Ella da un paso atrás. Luego otro. Y, cuando se gira para irse, el gorro se le cae un poco hacia un lado. No se lo arregla. Yo me

quedo allí, viendo cómo se aleja. Y, por primera vez en mucho tiempo, tengo la sensación de que el dolor no se ha ido, no. Pero se ha hecho sitio para que quepa algo más. Tal vez esperanza. Tal vez memoria. Tal vez… un principio.

Sea lo que sea, se parece mucho a la magia de diciembre. Y, mientras me doy la vuelta y empiezo a caminar, me permito pensarlo solo una vez, bajito, para que no se me escape: ojalá la carta le haya llegado. Y ojalá haya dicho que sí.

15

El Espíritu de la Navidad

8 de diciembre de 2018.

¿Había algo distinto en ellos este año? Oh, sí. Y, antes de que digáis algo como «bah, seguro que eran los jerséis a juego», dejadme corregiros con toda la elegancia etérea que me caracteriza: no. No era eso.

Como cada día de la Inmaculada Concepción, subieron juntos la colina. Tradición, sí. Rutina, también. Pero algo había cambiado. Y no, no me refiero a las manos entrelazadas (aunque sí, gracias, muy monos), ni al hecho de que Gian sostuviera el paraguas con expresión estoica mientras Gia libraba una guerra perdida contra un cucurucho de castañas que tenía más actitud que equilibrio. Lo distinto era el silencio. No el incómodo. No el que huele a discusión reciente o a un «tenemos que hablar» con tono serio. Era el otro. El bonito. El que flota entre dos personas que ya no sienten la necesidad de llenar cada espacio con palabras. Ese que se instala cuando entiendes que no tienes que demostrar nada, solo estar. Ese que, si se pudiera embotellar, te curaría hasta la ansiedad.

Hacía poco más de un año que habían decidido llamarse novios sin tartamudear. Y, sin embargo, aún caminaban como si acabaran

de descubrirse. Como si cada roce fuera el primero y cada beso los pillara por sorpresa (y no lo hacía, pero lo fingían muy bien).

Ese día, caminaban hacia el belén como si hubieran nacido para ese momento. Gia, con la bufanda hasta la nariz (la estrategia más navideña para ocultar sonrisas que delatan), y Gian, que la sujetaba como si ella fuera una reliquia antigua que se deshilacha si la soltabas muy rápido.

Y lo sé, queridos míos, porque, como cada año, yo también estaba ahí.

La colina se fue llenando de gente poco a poco. Parejas con mantas, abuelas con termos, niños con linternas apuntando a sitios completamente irrelevantes… Todos con esa ilusión encendida, como si dentro del pecho llevaran una bombilla de bajo consumo que se encendía en diciembre y se apagaba en cuanto se acababan los polvorones.

—¿Te has traído los clínex? —preguntó Gia con tono burlón cuando se sentaron en el banco de siempre.

—¿Por si lloras tú o por si lloro yo?

—Por si llora el burrito —dijo ella, sacándole la lengua.

Y ya está. Se rieron de esa forma que hacía que, de repente, el aire se volviese más cálido y que el mundo se volviese un poquito más soportable, incluso con los pies congelados. Y yo sonreí. Porque cómo no hacerlo.

De repente las farolas se apagaron y, entre oscuridad, silencio y manos que no se soltaban, el belén se encendió. Y sí, ellos lo habían visto mil veces. Pero esta vez eran distintos, así que también lo miraron de forma diferente. Como quien entiende, de súbito, que hay cosas que parecen iguales, pero no lo son. Que hay primeras veces disfrazadas de rutina. Y que ese pesebre, con sus bombillitas y figuras hechas con trozos del mar, les hablaba en un idioma que ya

no necesitaban traducir.

Gia apoyó la cabeza en el hombro de Gian y él se inclinó. Frente con mejilla.

—¿Lo ves? —susurró ella, y a estas alturas todos sabemos a quién se refería.

—Sí, cariño. Lo veo.

Aunque, seamos honestos, Gian no estaba mirando el belén. Estaba mirándola a ella. Porque hay belenes fuera… y hay belenes dentro. Y los segundos, creedme, son mucho más difíciles de construir.

Después, como dictaba la tradición (y los antojos de Gia), bajaron al mercadillo. Ella se empeñó en comprar una figurita nueva para el belén de su casa. Gian le repitió, como cada año, que ya no cabía ni una más en el mueble de su habitación. Y, también como cada año, terminaron llevándose tres. Y una vela con olor a galleta. Y un gorro con renos que él se negó a ponerse, hasta que ella se lo encasquetó en medio de la plaza y le sacó una foto que ahora es su fondo de pantalla. Se lo tenía merecido por guapo.

Al final del paseo, ya con el gorro torcido, las bolsas llenas, las manos pegajosas por un cucurucho de frittelle compartido y la risa atravesándoles el cuerpo, caminaron de vuelta a casa de la *nonna* Agnese. No hablaron mucho. No hizo falta. Los silencios, otra vez, hacían de manta invisible.

—¿Sabes qué me gusta de ti? —dijo Gia de pronto, mirando las luces que colgaban de los balcones.

—¿Solo una cosa?

—No, pero es la más importante. Me haces sentir como si diciembre durara todo el año. Y creo que eso es precioso.

Y él… no dijo nada. Solo le apretó la mano. Porque hay cosas que no necesitan respuesta. Solo mirada. Solo ese «yo también»

que se dice con los dedos, no con la boca.

¿Y qué os puedo decir? Soy el fan número uno de GiGi (aunque si hablas con Lele o Agnese seguramente quieran atribuirse también ese puesto). Y yo, que he visto más diciembres que estrellas en el cielo, os lo puedo asegurar: estos dos son de los de verdad. De los que se eligen sabiendo lo que se juegan. De los que se ríen hasta cuando se manchan de salsa. De los que entienden que el amor no siempre es espectacular, pero sí tiene destellos. Como las luces de Manarola.

Así que sí, como ya sabréis, esa noche no solo se encendió el belén. Se encendieron ellos, un año más. Y, entre castañas, figuritas torcidas y una bufanda testaruda…, yo, el humilde y fabuloso Espíritu de la Navidad, firmé mentalmente el acta oficial de que esto era el amor de verdad.

Y lo siento, pero nada (ni siquiera la estrella más brillante) puede competir con eso.

16

Gia

Domingo, 6 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Necesito tu ayuda. O un exorcismo romántico. Lo que tengas más a mano.

Estoy atrapado en un triángulo amoroso que empezó como una comedia sexy y ahora se parece más a una tragedia griega con jerséis de renos. Hace tres años conocí a un chico encantador, que me presentó a su «mejor amigo y ex solo técnicamente» (JA). Como intuirás, el drama fue inevitable. Pasó lo que pasa cuando uno mezcla prosecco, muérdago y tres cuerpos con iniciativa.

Desde entonces cada diciembre me convierto en el premio gordo de su tómbola emocional: uno me lleva al ballet, el otro a una cabaña con chimenea, y yo hago listas de pros y contras como si estuviera eligiendo entre dos másteres en Milán. Y no puedo seguir siendo el relleno en este sándwich afectivo poliamoroso mal gestionado. Necesito una clausura formal. Una despedida elegante. Una cena con servilletas de lino y ruptura consensuada.

¿Aceptas tríos que se han salido de control? Por favor, ¡di que sí!

Atentamente,

—Estoy entre dos opciones —digo mientras me observo en el espejo de cuerpo entero que Lele tiene encajonado entre una estantería con más perfumes que un *duty free* y un cactus que lleva momificado desde abril—: ponerme el vestido negro… o fingir una gastroenteritis fulminante y no presentarme.

—El negro —responde Lele desde el baño, donde suena algo que podría ser un secador, un taladro o un ritual satánico de belleza—. Si vomitas encima, luego se nota menos al limpiarlo.

—No era para ahora —resoplo—. Me refería a la cena del lunes. Con Gian.

Lele se asoma por la puerta del baño con un ojo perfectamente delineado y el otro a medio hacer.

—Ah, claro. La Cena. La que tiene nombre de evento bíblico. Cómo no. Ni me acordaba. Total, solo llevamos hablando del tema unas… ¿qué? ¿Cuarenta y ocho horas sin pausas ni publicidad?

Pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que casi veo mi lóbulo frontal.

—No dramatices.

—¿Dramatizar? Yo no dramatizo. —Me apunta con su delineador como si fuera una abogada defensora en pleno alegato—. Yo planifico. Mira: si en algún momento la cena se pone turbia, del tipo miradas intensas, silencios raros o propuestas de fuga romántica a países con más olivos que wifi, me mandas el emoji de la caca y te llamo diciendo que tengo diarrea explosiva y que necesito que alguien me lleve al centro de salud urgentemente.

Tengo que apretar los labios para no reírme.

—Pero, ojo —añade, alzando un dedo—: alguien con un coche viejo exactamente como el tuyo. No pienso pedirle a nadie con

tapicería de cuero que me salve la vida mientras sudo del colon. Tengo dignidad y principios. Nadie debería morir de un golpe de olor en su propio Audi.

—Vale, vale —digo, riéndome ya.

—Y, si en un momento de locura se le ocurre proponerte matrimonio, tener hijos y vivir en una casa rural en la Toscana con gallinas felices que escuchan música clásica…, recuerda esto: prefiero lamer el suelo de una pocilga llena de cerdos con paperas antes que oírte decir que fue «natural».

Resoplo entre risas. Porque es Lele. Y porque, en el fondo, me gustaría que fuera verdad. Que todo con Gian fuese natural. Sin tanta historia, sin palabras atrapadas en la garganta, sin luces navideñas que hacen que todo parezca más bonito de lo que realmente es. Solo… fácil. Como respirar. O como caerse. Que no sabes si vas a aterrizar sobre algo blandito o darte la hostia de tu vida. Pero lo haces igual.

Lele sigue hablando mientras vuelve al baño a terminarse el eyeliner y aplicarse el gloss con la seguridad de una persona que jamás ha dudado de nada. En su vida.

—Y además —continúa—, si al final os reconciliáis, lo celebramos. Si acabáis gritándoos en medio del postre, lo celebramos. Si aparece con un PowerPoint explicando por qué merecéis una segunda oportunidad, lo grabo y lo celebramos.

—¿Siempre lo celebramos?

—Siempre. Salvo que esta noche te pongas ese top verde moco horroroso. Entonces me doy de baja como mejor amiga por motivos estrictamente estéticos.

Y ahí ya no puedo evitarlo: me echo a reír de nuevo. No solo por lo exagerada que es (que lo es, y mucho), sino porque tiene razón. El top verde moco me hace parecer una mezcla entre una espinaca

triste y un anuncio de yogur desnatado.

—Vale, lo retiro. Adiós, trauma visual. Me cambio.

Saco de la bolsa los dos vestidos que he traído de más. Uno es prudente. El otro, absolutamente imprudente. Por supuesto, elijo el rojo. El rojo cereza. El del color exacto del papel brillante con el que envuelven los regalos caros. Es ceñido. Es escotado. Es corto. Es un «demasiado» en todas las categorías posibles. Y, como siempre que me lo pongo, pienso: «Nunca más». Y, como siempre que me lo pongo, también pienso: «Pero, madre mía, cómo me queda». Me sube la autoestima medio centímetro. Medido. Comprobado.

Lo combino con mis botas cowboy negras, que ya tienen el cuero cuarteado por culpa de varios inviernos, demasiadas caminatas y unas cuantas decisiones emocionales mal tomadas. Pero siguen firmes. Fieles. Con carácter. Me suelto el pelo, y la melena negra me cae sobre los hombros con la arrogancia indiscutible del buen pelo. Ese que no necesita presentación ni acondicionador sin sulfatos. Me pinto los labios de rojo, por si el vestido no estaba gritando lo suficiente, y me miro al espejo. Y ahí estoy yo. Con esos ojos verdes que me devuelven la mirada como diciendo: «Buena elección, reina». Es un momento silencioso. Respetuoso. Tipo ritual prebatalla.

—Mucho mejor —dice Lele, saliendo del baño con un eyeliner que podría cortar vidrio, unos pendientes tan grandes como los aros de Saturno y una chaqueta de pelo sintético que claramente pertenece a una diva retirada del cine en blanco y negro—. Esto grita: «Sí, he venido a beber, a bailar y a follar si se alinean los astros».

—¿Tanto grita?

—Casi lo oigo desde el pasillo. Tu vestido, tus botas, tus muslos. Todo. Es un grito de guerra con pintalabios rojo. Un «a ver quién me

para esta noche».

—Igual es mucho para Manarola…

—Nada es mucho para Manarola. Y si lo fuera, cariño, se adapta. Tú tranquila.

Nos quedamos un segundo frente al espejo, en ese tipo de silencio solemne que solo se reserva para los grandes eventos: una boda, un salto al vacío o, en nuestro caso, una noche de diciembre en la Riviera italiana. Expectativas altas, autoestima recién planchada y la esperanza (no tan vaga) de que alguien nos mire como si fuéramos el postre más caro de la carta.

—¿Dónde vamos al final? —pregunto, ajustándome el tirante del vestido como si importara.

—A donde se va cuando hueles a perfume caro, llevas las bragas bien puestas y tienes la certeza de que podrías arruinarle la vida a alguien si te lo propusieras —declara Lele, con la seguridad de quien lo ha visualizado todo en su *vision board—.* Y al Nessun Dorma, claro.

Salimos de su casa pisando fuerte: tacones tamborileando y confianza reluciente. Las escaleras de Manarola, tan pintorescas como traicioneras, nos reciben como siempre: a medio camino entre pasarela de alta costura y campo minado para tobillos inexpertos.

Esta noche me he prometido no pensar. Ni en el lunes. Ni en Gian. Ni en mensajes sin responder ni en finales que se hacen los poéticos cuando en realidad solo escuecen. Hoy no toca analizar nada. Hoy toca noche de chicas. Bailar. Reír. Beber algo frío y olvidarme de todo lo que tenga nombre y complique. Lo que necesito es una noche de esas en las que nadie pregunta «¿y tú qué tal?», sino «¿te relleno la copa?». En las que el drama se queda en casa y lo único urgente es decidir si pedimos las bruschettas antes o después del segundo spritz. Desconectar, me digo, mientras me miro

en el reflejo del cristal de un portal y me convenzo de que el pintalabios rojo funciona también como escudo emocional.

Después de unos minutos esquivando turistas, el Nessun Dorma aparece ante nosotras. El bar está literalmente colgado del acantilado, desafiando la gravedad con una terraza que parece dibujada por alguien obsesionado con la belleza. Las casitas de colores pastel bajan hacia el mar como si estuvieran bailando en cámara lenta, y las luces titilan sobre las fachadas de una forma tan armónica que hasta da rabia. Es tan bonito que dan ganas de brindar solo por estar vivas y tener ojos.

Mientras intento localizar una mesa (de puntillas y haciendo equilibrios entre dignidad y entusiasmo), Lele saca el móvil con la rapidez de una vaquera sacando el revólver en un duelo al sol.

—Cari, ¿hace cuánto que no vienes? Ahora hay que usar la app para pedir mesa.

Gracias a su intervención de experta, conseguimos una mesa ancha de madera rústica, con ranuras caprichosas que convierten cada apoyo de vaso en una prueba de física aplicada. Pedimos dos limoncino spritz —servidos, como manda la tradición, en vasos reciclados de mermelada— y una tabla de bruschettas: pesto genovés, mozzarella de búfala, salami picante y focaccia recién salida del horno. Crujiente por fuera, tierna por dentro. Un poco como yo cuando pienso en mi ex (que, por supuesto, no es ahora mismo). Y entonces empiezan a llegar las demás.

Primero aparece Valentina, con un abrigo de pelo color naranja neón que podría dirigir el tráfico en plena tormenta. Lleva la melena rubia más corta que la última vez que la vi, y está espectacular. Justo detrás aparece Aurora, jadeando como si acabara de correr la BOclassic de Bolzano. Lleva la melena pelirroja recogida en un moño repetido, las mejillas encendidas y la cara —normalmente llena de

pecas— más maquillada que una puerta giratoria en Nochevieja.

—Perdón, chicas —resopla, dejando caer el bolso sobre la silla—. El Uber me dejó en Portofino. Casi me voy de copas con un grupo de alemanes jubilados.

—¿Y no te parece un planazo? —pregunta Chiara, que aparece justo detrás con un gorro ridículo con cuernos de reno que se mueve al andar.

—Sí, pero ya tenía otro planazo planeado —responde Aurora con un guiño de estrella invitada.

—Y tú —dice Valentina, señalando a Chiara—, ¿qué haces con eso en la cabeza?

—Una apuesta es una apuesta. Lele dijo que la del culebrón se iba con el primo y yo aposté por el jardinero.

—Es que siempre se va con el primo. Siempre —sentencia Lele, como si hablara desde una enciclopedia de telenovelas.

Nos reímos. Así, sin más. De ese tipo de risa que sale fácil cuando estás con la gente adecuada y el aire huele a focaccia y libertad. Las chicas se sientan, piden sus bebidas, y, cuando ya tenemos todas un vaso entre las manos, Lele alza el suyo con solemnidad exagerada.

—Brindemos. Por el vestido rojo de la noche —dice, mirándome con una sonrisa cómplice—, por este bar que parece sacado de una postal navideña… y por no recordar mañana nada de esto. O por recordarlo todo. Depende del humor de nuestro hígado.

Las carcajadas saltan de una en una, como luces de Navidad encendiéndose en secuencia. La brisa trae ese toque salado del mar en invierno, mientras que entre nosotras todo huele a verano. A calidez compartida. A esas noches que no hace falta planear demasiado para que salgan perfectas. Entonces, sin que nadie lo anuncie, empieza el desfile no oficial de nuestra noche. Risas que

acaban en lágrimas. Fotos mal encuadradas con el mar al fondo. Una estrella fugaz que, conociendo nuestra suerte, era un dron. Y, por un rato, el mundo está bien. Sin giros de guion ni bandas sonoras tristes. Solo luces titilando, copas tintineando y nosotras sonando a felicidad ruidosa.

Cuando ya estamos rozando la euforia, las copas están peligrosamente vacías y el bar tiene toda la pinta de estar esperándonos para cerrar, Valentina se pone de pie como si fuese a dar un discurso de Año Nuevo.

—¿Nos vamos de after? Me han chivado que hay una terraza más arriba donde hay uno.

No espera respuesta. Al cabo de un par de segundos, ya está en Google Maps buscando la dirección. Después de pagar, me vuelvo a aplicar el pintalabios en medio de la calle, mirándome en el retrovisor de un coche, y echamos a andar. La noche no ha terminado, y yo tampoco quiero que termine. Porque me siento viva. Viva de verdad. De la manera que no se puede fingir, ni explicar, ni filtrar en Instagram. De la que solo ocurre a veces.

Subimos hacia el after medio riéndonos, medio tropezando con los adoquines, como si fuéramos un grupo de elfas borrachas escapando de un rodaje navideño. Valentina canta «Let It Snow» con voz de barítono. Chiara intenta convencer a un gato callejero de que se vaya a casa con ella porque, y cito, «tiene mejores vibras que mi ex y probablemente también huele mejor». Aurora jura haber visto a un famoso, pero es solo un turista alemán con gafas de sol a las doce de la noche. Y Lele, por supuesto, va por delante, abriendo camino con su móvil en alto como si llevara la antorcha olímpica de la noche perfecta.

La terraza improvisada resulta ser un patio al borde del mundo: guirnaldas entre los árboles, una barra hecha con palés reciclados y

un DJ tan joven que dudo de si ha cumplido ya la mayoría de edad. Me acerco a la barra tambaleándome un poco, con la sonrisa medio puesta y el corazón tranquilo. Hace frío en las mejillas, calor en el pecho y ese zumbido perfecto de las noches que aún no han revelado su mejor parte.

—¿Qué te pongo? —me pregunta el camarero, un tipo con barba, gorro de lana y paciencia infinita.

—Sorpréndeme.

—¿Sorpresa agradable o sorpresa que te haga repensar toda tu existencia mañana a las ocho?

—Sorpresa agradable, por favor.

—Perfecto.

Saca una botella con etiqueta escrita a mano, me sirve una copa con una sonrisa amable y se va a atender a otra clienta que parece debatirse entre flirtear o pedir agua con gas. Yo me quedo apoyada en la barra con una sonrisa. Una sonrisa que acaba evaporada a los pocos segundos, cuando veo a un hombre acercarse a mí. Porque es de esos tipos que no caminan, sino que entran. Como si la noche les debiera algo. Huele a colonia cara, de las que quieren transmitir poder, pero en realidad huelen a sala de reuniones con calefacción alta y ego con vaporizador. Camisa blanca, desabrochada dos botones más de lo legal, con el pecho asomando. Y tiene el pelo engominado hacia atrás, como si su objetivo fuera dominar la terraza o, en su defecto, mi atención.

Me clava los ojos. O lo intenta. Lleva una copa en la mano y una sonrisa de revista.

—*Ciao, bella* —dice, alargando la «a» como si fuera el actor principal en un anuncio de prosecco barato—. ¿Estás sola?

—No. Estoy con mis amigas.

—Sí, sí, claro. —Se inclina un poco más de lo necesario, como si

«amigas» fuera sinónimo de decoración navideña inofensiva—. Pero… ¿sola, sola?

Levanta una ceja, como si ese gesto tuviera la capacidad mágica de desactivar mi sentido del ridículo y mi criterio. Yo le sostengo la mirada, pero ya noto el primer síntoma de incomodidad: ese pequeño escalofrío en la nuca, ese instinto que se enciende como una lucecita roja en el tablero de mandos interno.

—Estoy bien, gracias —le respondo con esa firmeza educada que usamos las mujeres cuando aún confiamos, pobres ilusas, en que no habrá que sacar la artillería verbal.

—Me alegro de que estés bien. Solo venía a decirte que, si te apetece una conversación más interesante, yo no tengo planes esta noche. Estoy abierto a experiencias nuevas. —Me guiña un ojo.

—Bien por ti, pero a mí no me interesa. —Doy un sorbo largo a mi bebida, deseando con todas mis fuerzas que el vaso fuera más profundo o, mejor aún, que tuviera propiedades teletransportadoras para desaparecer de allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Tú tienes pinta de saber lo que quieres —dice, inclinándose un poco más, con una cercanía que empieza a ser demasiado incómoda —. Pero también de disfrutar una sorpresa de vez en cuando. Y yo soy muy bueno en eso. En… sorprender.

Me río, pero no porque me divierta, sino porque es eso o clavarle un tenedor en la mano. Y porque, para qué negarlo, estoy un poco cansada de que haya hombres que hablen como si se estuvieran vendiendo a sí mismos en Wallapop, con ofertas que nadie, absolutamente nadie, ha solicitado.

—Mira —digo, girando el cuerpo claramente hacia el otro lado—. Te agradezco que lo intentes, pero te lo repito: no estoy interesada.

—¿No estás interesada… todavía? Porque puedo invitarte a un par de copas si quieres.

—No. Ni todavía ni nunca.

Mi mirada busca a Lele con urgencia. La encuentro justo en el momento en que el gorro de reno de Chiara se le desliza de la cabeza y ella, como si nada, lo convierte en un bolso improvisado. Solo Lele sabe hacer esas cosas y, justo ahora, la necesito. Pero ella está lejos, absorta en su propia burbuja de risas y buen rollo. Cuando ya empiezo a pensar en cómo desaparecer de esta conversación con algo de gracia, él lanza su última carta.

—Vale, vale. Solo pensaba que una mujer como tú no querría pasar la noche… aburrida.

Me río por reflejo. No sé muy bien cómo salir de este callejón sin ponerme a gritar.

—¿Una mujer como yo?

Él se encoge de hombros, se acerca medio paso más y ladea la cabeza con esa sonrisita arrogante que me da ganas de estamparle mi copa en la cara.

—Ya sabes… Con ese vestidito. Ese que busca llamar la atención. No pareces muy exigente.

Un segundo de silencio. El tipo sonríe como si hubiera dicho algo ingenioso. No lo ha hecho.

—Ah, ya —respondo, despacio—. Pues, aunque te cueste creerlo, cabeza de chorlito, me he puesto este vestido únicamente para mí. No para entretener a hombres con la autoestima tan baja y la cabeza tan hueca como para confundir un trozo de tela con consentimiento.

Lo miro. No sonrío. No parpadeo. Solo lo miro, como quien sostiene una lupa sobre un bicho que aún no se ha dado cuenta de que está a punto de arder. Él se queda quieto, ligeramente ladeado hacia mí, como si mis palabras no hubieran aterrizado del todo. Como si le costara procesar que una mujer que lleva un vestido

corto pueda tener también una lengua afilada y cero disposición para complacerlo.

Doy un paso atrás. No por miedo, sino por instinto. Como los animales que marcan su territorio cuando huelen el peligro. Él, sin embargo, da medio paso hacia mí. Solo medio. Pero suficiente para cruzar el límite que no debía.

—Venga ya…

Su tono ha cambiado. No es coqueto. No es bromista. Es más bajo. Más denso. La terraza sigue rugiendo a nuestro alrededor, pero el ruido se aleja, se amortigua, se vuelve una masa lejana y borrosa. Lo único que siento ahora es la tensión en mis hombros. La alerta bajo mi piel. El hombre posa la mano, rápida y decidida, en mi cintura. La presión es mínima, casi sutil, pero no por eso menos invasiva. La sensación es inmediata: calor, incomodidad, asco y rabia. Una rabia líquida que empieza a hervirme justo debajo del esternón.

Intento apartarme con un movimiento seco, mecánico, como quien se sacude una araña del brazo, pero su mano se tensa. Apenas un segundo más. Suficiente para hacerme sentir atrapada. Suficiente para saber que esto ya no es un mal intento de flirteo. Es un abuso del espacio. Del momento. De mí.

—Vamos, no seas así —dice, aún sonriendo, como si nada estuviera mal, como si él tuviera derecho a tocarme y yo solo estuviese exagerando. Como si mi reacción fuera el problema—. ¿Qué tiene de malo un poco de atención? Mírate. Estás para comerte enterita…

—Suéltame.

No grito. No necesito hacerlo. Hay algo en mi voz que se clava más hondo que un alarido, porque la sonrisa se le congela. A medias. Sus dedos, lejos de aflojarse, se deslizan un par de

centímetros más hacia abajo. Lentos. Como si buscara probar hasta dónde puede llegar antes de que yo haga algo más que hablar. Como si la palabra «no» fuera un idioma que él no habla. O peor aún: uno que ha decidido ignorar.

—Tranquila, preciosa. —Su voz es pastosa, cálida de más, como si quisiera envolverme en algo viscoso—. Solo intento ser amable contigo. No tienes que ponerte así.

Su mano está ahora peligrosamente cerca de donde empieza la línea de mis muslos. Justo donde termina el vestido que, según él, lo justifica todo.

—No me pongo de ninguna manera —respondo y, ahora sí, mi voz sube apenas medio tono, suficiente para que una chica que pasa a nuestro lado levante la vista, curiosa, pero no se detenga—. Estoy pidiéndote que me sueltes. ¿Lo vas a hacer o tengo que decírselo a todo el bar?

Él frunce los labios y se relame, molesto por el tono y por la amenaza implícita. Como si yo fuera la que está cruzando la línea.

—No hace falta ponerse agresiva.

Pero no se mueve. Aún tiene la mano ahí. Como si le costara más perder el control que respetarme. Y entonces lo noto: ese cambio. Ya no es un juego. Ya no es coqueteo. Es poder. Es él negándose a soltar el mínimo gesto que lo hace sentir dominante.

Respiro muy hondo. Me late algo en la sien. No sé si de rabia o de las náuseas que me provocan estas situaciones. Me acerco. Esta vez soy yo quien invade su espacio personal. Me pego tanto que puedo oler su perfume rancio y ese aliento de ego podrido. Y le hablo justo al oído.

—¿Quieres saber lo que pide este vestido? —Mi voz es baja pero afilada como un trozo de cristal—. Pide respeto. Pide que te largues. Pide que no me obligues a hacer una escena que va a dejarte el

orgullo hecho trizas delante de todo el mundo.

Espero que lo entienda. Que retroceda. Que se trague el orgullo y se largue con la dignidad que aún le queda colgando de la cremallera. Pero no. Algo en su rostro cambia, como si mis palabras, en vez de disuadirlo, lo retaran. Como si cada sílaba hubiera sido una bofetada que no puede permitir que se quede sin respuesta. Su mandíbula se tensa, sus ojos se afilan y su mano, esa mano que ya debería estar bien lejos de mí, vuelve a subirse por mi cintura, esta vez con más fuerza. Más rabia. Más decisión.

—Eres otra de esas feminazis de pacotilla, ¿verdad? —escupe—. Te crees mejor que cualquier hombre solo porque llevas un escote y sabes decir que no. Zorrita arrogante…

Mi respiración se corta y el miedo me golpea primero, frío y certero, directo al estómago. Pero justo detrás le pisa los talones la rabia. Seca. Incendiaria. Peligrosa. Voy a abrir la boca. Voy a gritar. O a empujarlo. O a hacer algo que no he decidido todavía, pero que ya me arde en los huesos. Y es justo ahí, en ese segundo exacto donde el miedo se cruza con la rabia, cuando escucho una voz a mis espaldas. Firme. Grave. Irritada. Una voz que no necesita presentarse porque me atraviesa como un recuerdo y un presentimiento al mismo tiempo. Como si mi cuerpo supiera, antes que mi mente, que estoy a salvo.

El mundo se detiene, y no exagero. Todo se congela, como una fotografía a punto de romperse por el peso del instante, cuando Gian suelta con una calma helada:

—Vamos a hacer esto más fácil. O le quitas tus putas manos de encima, o acabas celebrando la Nochebuena con un par de dientes menos. Tú eliges.

17

Gian

Domingo, 6 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

¿Ha contestado? ¿Vendrá a la cena?

Perdón por parecer un niño esperando a Babbo Natale, pero tengo el estómago en huelga y el corazón haciendo parkour. Estoy, literalmente, al borde de desmontar el árbol y volverlo a decorar con ansiedad.

Abrazo virtual,

Gian

—¿Quién coño eres tú?

El tipo tiene a Gia agarrada por la cintura como si fuera suya. Como si su cuerpo fuese una excusa. Como si ella le debiera algo. No se inmuta. No la suelta. Ni siquiera parpadea. Sus dedos siguen ahí, clavados en su cadera, con una familiaridad que no tiene derecho a reclamar.

—El que no te va a pedir dos veces que sueltes a una mujer que te ha dicho que no la toques.

El hombre frunce los ojos. No me gusta cómo la mira. No me gusta cómo pretende no entender. Pero entonces la suelta. Así, de golpe. Como si le hubieran recordado de repente que esto no es un callejón a oscuras. Que no está solo. Que hay ojos observando. Y que algunos, como los míos, no están dispuestos a mirar para otro lado.

Da un paso atrás. Luego otro. Y, cuando por fin se atreve a mirar a Gia, alza las manos, teatral, como si el ofendido fuera él.

—Vale, joder. Qué puta histeria. Solo estaba bromeando.

—¿Bromeando? —repito, con una sonrisa que no llega a mis ojos —. Si quieres que esto se convierta en una broma, me sé un par que te van a dejar sin ganas de volver a tocar a nadie.

Él masculla algo. Una cobardía camuflada de insulto. No lo escucho. No hace falta. Ya está reculando, tragado por la música, la multitud y su propio patetismo. Cuando por fin desaparece, giro la cabeza hacia Gia.

—¿Estás bien?

Ella asiente, pero no dice nada. Respira raro. Como si tuviera el corazón subido a la garganta y no supiera bajarlo. Me paso una mano por la nuca, incómodo. No con ella. Conmigo.

—No he intervenido antes porque parecía que lo tenías controlado —digo, como si sirviera de algo—. Pero en cuanto te ha tocado así… no podía quedarme quieto. Lo siento.

—No, no… No tienes que… —empieza, pero la voz se le corta a la mitad.

Algo en sus ojos se rompe un poco. O se desborda. O se suelta. Y entonces Gia hace lo de siempre. Comienza a hablar. Mucho. Como si se hubiese desatado un huracán verbal.

—Es que… es agotador, ¿sabes? —dispara, gesticulando, con los ojos brillantes y la voz aguda—. Es una mierda tener que vivir así.

¡Es que no puedes ni existir tranquila sin que alguien te haga sentir como si no fueras nada! Como si ponerte un vestido fuera una invitación, como si venir sola a por una copa significara que estás pidiendo algo. ¡Como si tu cuerpo no te perteneciera desde el momento en que decides verte guapa! ¿Y qué? ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Cubrirme hasta el cuello para que no me vean como un objeto? ¿No salir? ¿No bailar? ¿No respirar? ¿No sonreír? ¿Tener siempre miedo? ¿Mirar hacia atrás cada dos pasos? ¿Llevar las llaves entre los dedos como un arma? ¡Porque a veces da igual lo que hagas! ¡Te tocan igual! ¡Te llaman histérica y zorra porque te has atrevido a decir que no! —Hace una pausa, respira hondo, pero sus ojos siguen brillando. No de lágrimas. De rabia contenida. Cruda —. Es que no lo entiendo —dice, y su voz se clava—. ¿En qué puto momento decidieron que nacer mujer equivale a estar disponible? ¡No estaba coqueteando con él! Ni siquiera le he sonreído. Estaba sola. Respirando. Y eso ya ha sido suficiente para que pensara que tenía derecho a tocarme. Y luego va y se ofende. Como si la loca fuera yo. Como si «solo bromeaba» fuera excusa suficiente para ignorar un puñetero «no». ¿Qué broma es esa, eh? Porque yo no le veo la gracia. No se la veo por ninguna parte. —Se calla, pero su pecho sigue subiendo y bajando con fuerza. Y entonces me clava los ojos como si buscara algo. Como si necesitara saber si estoy juzgándola. Si creo que exagera. Y no lo hago. Ni por asomo—. Pero ¿sabes lo que más rabia me da? —prosigue, y su voz vuelve a subir, afilada por el alcohol y la impotencia—. ¡Que solo paran cuando otro hombre interviene! Da igual cuánto grites, cuánto te apartes, cuántas veces digas «no». No sirve. No basta con que tú no quieras. Necesita venir otro tío a recordárselo. Como si nuestras palabras valieran menos. Como si nuestra incomodidad no contara hasta que alguien con voz más grave o con más músculo interviene. ¿Y sabes

qué? Me da asco. Porque no debería hacer falta. Porque yo sola ya soy suficiente para poner límites. Y, sin embargo, hasta que no te ha visto a ti, mirándolo como si lo fueras a partir por la mitad, no ha reaccionado. Y eso no es protección. Eso es un puto reflejo de lo podrido que está todo.

Y entonces habla el silencio. Dejo que se quede ahí, de pie frente a mí, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada, como si estuviera conteniéndose para llorar, pero no por debilidad. Sino por dignidad.

—Tienes todo el derecho a estar cabreada —le digo—. Y a soltarlo todo. Y a que nadie vuelva a ponerte una puta mano encima sin tu permiso, Gia.

Levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. Y ahí está. Esa electricidad silenciosa que siempre aparece cuando el mundo deja de hacer ruido. Como si algo nos reconociera. Como si, por una fracción de segundo, todo encajara. Podría decirle tantas cosas. Que me muero por abrazarla. Que me cuesta tragar saliva cuando la veo temblar de furia. Que odio que tenga razón. Pero no lo hago. No hace falta.

Ella sonríe. Apenas un segundo. Pero lo noto. Y luego se cruza de brazos, sacude la cabeza y suspira.

—Joder, qué nochecita…

Hace una pausa, respira hondo, pero no se ha vaciado del todo. Lo sé porque su voz vuelve, más baja esta vez. Más honesta.

—Con todo lo que he dicho… No significa que no te lo agradezca. Porque te lo agradezco. Mucho. De verdad. No solo por intervenir, sino por cómo lo has hecho. Sin convertirlo en una pelea de gallos. Sin hacerte el héroe delante de todos. Solo… has estado. Y a veces eso es todo lo que una necesita. Saber que alguien está ahí. Que no tienes que levantar la voz sola todo el tiempo.

Se queda en silencio, como si se arrepintiera de haberse abierto demasiado. Pero yo no pienso fingir que no me ha calado. Me ha atravesado.

—¿Te acompaño con tus amigas? —le pregunto, en voz baja. No porque crea que no pueda sola. Sino porque no quiero que tenga que hacerlo sola si no quiere.

Con un parpadeo, me mira como si se le hubiese desordenado un poco el corazón. Y, durante un momento, no contesta. Solo me observa. Como si intentara decidir si aceptar mi compañía sería una forma de rendirse o una manera de dejarse cuidar sin perderse a sí misma en el intento.

—Sí, vale. Te lo agradecería un montón. No están muy lejos. Pero… Pero solo si no lo haces por lástima. No quiero que sientas lástima por mí.

—Gia —respondo, con una sonrisa ladeada—, si supieras todo lo que siento por ti, la lástima sería lo último que te preocuparía.

Ella se ríe. No mucho. Apenas una chispa. Pero suficiente para que el mundo, por un segundo, vuelva a encajar en su sitio. Y con eso basta.

La acompaño hasta donde están sus amigas. Valentina es la primera en vernos. Después Lele, luego Chiara y, por último, Aurora, que da un leve codazo al grupo justo cuando nos acercamos. Las cuatro se giran al unísono como si fueran un jurado de talento altamente capacitado, me escanean con la precisión de un láser y finalmente sonríen. Sonrisas cómplices, peligrosas, capaces de derretir el hielo de los vasos.

—¡Pero bueno! —exclama Valentina, alzando la voz por encima del caos de la terraza—. ¿A quién tenemos aquí?

Chiara entrecierra los ojos, como si necesitara enfocar la realidad para asegurarse de que no está viendo un espejismo.

—Espera… —Aurora, con esa mirada de gata que lo ve todo antes de que ocurra, se inclina hacia delante, escrutándome como si fuera una criatura improbable caída del cielo—. ¿Gian? —dice. Y luego añade, casi relamiéndose—: ¿Gian… GiGi?

Levanto una mano con un gesto torpe, casi automático.

—Hola, chicas. Sorpresa.

—¿Sorpresa? —Chiara suelta una risa que no llega a los ojos—. Esto es una aparición fantasmal. Cinco años, Giancarlo. ¡Cinco! Y no creas ni por un segundo que nos hemos olvidado de cómo te fuiste.

A mi lado, Gia se tensa. Apenas un milímetro, pero lo noto. Como cuando baja la presión antes de una tormenta. Sé que este no es el momento para volver a hablar de esto. No es el lugar. No con media terraza bailando a dos metros. Así que cambio de tema. Rápido. Directo al punto.

—Un imbécil estaba molestando a Gia en la barra.

El ambiente cambia en un latido. Las cuatro fruncen el ceño como si fueran una mente colmena.

—¿Quién era? —pregunta Valentina, tajante.

—¿Y de qué grado de imbécil estamos hablando? ¿Nivel «te parto una copa en la cabeza» o «llamo a mis primos colombianos»? —suelta Aurora, con una sonrisa que no oculta ni una pizca de intención letal.

—¿Sigue aquí? —Lele ya está girando sobre sus talones, como una pantera oliendo a su presa.

—No pasa nada. Ya se ha ido —interviene Gia, con esa mezcla de calma y temple que me hace querer mirarla siempre—. Gian lo ha espantado.

Chiara me observa como si intentara encajarme en una versión antigua de mí.

—¿Con esa mirada de psicópata silencioso que usabas hace

años? ¿Esa que ponías cuando alguien se atrevía a respirar cerca de Gia?

—Seguro que esa misma —dice Lele, alzando su copa—. Letal pero eficaz.

Las risas estallan. Altas, afiladas, inconfundibles. Tienen ese sonido particular de las mujeres que se conocen desde siempre, que se han visto llorar con rímel corrido y aun así se piden otro trago. Y, por primera vez en toda la noche, sonrío de verdad.

Lele se acerca un poco más a mí y me apunta con el dedo. Decidida. Como si acabara de emitir una sentencia judicial.

—Bueno, pues como presidenta del comité oficial de amigas de Gia —declara, alzando el mentón con teatralidad—, dictamino que te quedas. A bailar. Con nosotras. ¡Te has ganado ese honor!

Podría decirle que mis amigos están en la otra punta de la terraza, esperándome. Pero no quiero. Porque ahora mismo, este, con Gia, con sus amigas, con ese maldito vestido rojo y la noche aún por escribir, es exactamente el lugar donde quiero estar. Así que sonrío como respuesta.

Lele me atrapa la mano con la suya y tira de mí hacia el centro de la pista de baile. La música retumba bajo nuestros pies. Un vinilo absurdo de villancico electrónico y techno noventero hace vibrar las luces colgadas en los toldos. Me hace girar, una vuelta rápida, y se ríe como una niña traviesa antes de empujarme hacia Valentina, que me agarra con una carcajada ronca y me zarandea con un entusiasmo que no deja espacio para la dignidad. De ahí, Chiara toma el relevo, girándome con movimientos más elegantes, como si jugara a hacerme quedar bien, y luego Aurora me lanza una vuelta más, una que me desorienta apenas un segundo. Y entonces otra mano me detiene. Y ya no hay risas. Ni empujones. Ni el alboroto del grupo.

Solo ella.

Solo Gia.

Su mano encaja en la mía como si no hubieran pasado cinco años. Como si el tiempo se hubiese doblado sobre sí mismo para devolverme justo a este momento. Su piel es suave, familiar, eléctrica. Es un contacto simple, pero por él corre una corriente sorda, urgente, que me atraviesa el cuerpo de pies a cabeza.

Me atrevo a mirarla, y ella me está sonriendo. No es una sonrisa amplia ni burlona, sino una apenas insinuada, como si todavía no hubiera decidido si quiere reírse o morderse el labio. Sus ojos verdes tienen esa chispa que siempre me ha desarmado, con una mezcla de ironía, curiosidad y algo más oscuro, más íntimo, que nunca he sabido nombrar.

La música nos golpea alrededor, pero entre nosotros todo es silencio denso y vibrante. Nos movemos lentamente, como si el ritmo lo marcara otra cosa, algo subterráneo, una especie de pulso compartido. Su mano en la mía, su otra mano en mi hombro, mi otra mano en su cintura. La siento respirar. Siento cómo el calor se acumula en los centímetros que aún nos separan. Y siento sobre todo eso que siempre ha estado ahí entre nosotros: esa electricidad animal, esa tracción inevitable, esa energía que no entiende de años, de distancia ni de razones.

Cinco putos años, y nada ha cambiado. O quizá sí. Quizá ahora es peor. Porque ahora ya no somos niños que pueden fingir que no entienden lo que pasa cuando están cerca. Ahora lo sabemos. Ahora sentimos con plena conciencia lo que significa este calor que sube como una marea lenta y pesada. Este temblor en el pecho. Este fuego bajo la piel. Y, aun así, ninguno de los dos suelta al otro. Nos seguimos moviendo. Una danza lenta, mínima, casi imperceptible. Pero todo dentro de mí se está quemando.

Gia da un paso más. Solo uno. Pero con eso basta para que su cuerpo roce el mío. Su cadera toca la mía y no es casual. No hay dudas en ese movimiento. Es lento, consciente, con el ritmo justo para que no parezca un empujón, pero tampoco una pregunta. Me está bailando encima. Perrea como si la música se hubiera hecho para esto, para provocarme, para hacerme temblar. Su cuerpo se arquea justo lo suficiente para que mis manos tengan que decidir si se quedan donde están o se atreven a buscar el centro.

Siento su aliento cerca, la risa apenas contenida en su garganta. Su mano sigue en la mía, pero ahora se aferra con más fuerza, como si marcara territorio. Como si me retara. Mi boca se acerca a su oído, porque no puedo evitarlo. Porque ella me está llamando sin palabras.

—¿Eres consciente de lo que estás haciendo? —le susurro, casi sin voz—. ¿O es el alcohol hablando por ti?

—¡Oh, por favor! —suelta, echando la cabeza hacia atrás con una risa entre nerviosa y desafiante—. No empieces con ese tono, Gian. Porque tú también has bebido. Lo noto en tu aliento. Y, además, tú has bailado primero. O bueno, vale, no has bailado exactamente, te han dejado bailando como si fueras una piñata humana, pero igual… Igual podrías haberte escapado, podrías haberte escabullido, como hacías antes, como en ese maldito verano, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas? Porque yo sí. Yo me acuerdo de todo. De cómo me mirabas, de cómo no decías nada y aun así lo decías todo, de cómo me tocabas como si te diera miedo romperme y al mismo tiempo como si no pudieras evitar hacerlo… ¡Y ahora vienes y me dices: «¿Tienes idea de lo que estás haciendo?!». ¡Por Dios! ¡Gian!

Su voz se quiebra justo al final, pero lo disfraza con otra risa, una que intenta ser ligera. No lo es. Sus ojos brillan demasiado. Y

ahí está otra vez: esa tensión densa, eléctrica, sexual, emocional, que lo empapa todo. El pasado respirando en el presente. El deseo mezclado con la rabia. Con las ganas de tocarse y también de echarse en cara todo lo que no se dijeron.

Así que seguimos ahí, en medio de la pista, pegados. Sintiéndonos, como si todo estuviera a punto de explotar. Gia está borracha, sí, pero no lo suficiente como para no saber lo que está haciendo. Y yo sé perfectamente lo que ella quiere provocar. Pero no voy a entrar en ese juego. No aquí. No así. Esa conversación la tendremos otro día, cuando no esté intentando ahogarla entre risas, tensión sexual y música atronadora.

Sonrío despacio. Sin dientes. Solo con la mirada. Me inclino hacia ella, apenas unos centímetros más cerca, pero los suficientes para que mi pecho roce el suyo y que nuestras caderas se alineen con una precisión casi indecente. Y le hablo al oído, con la voz baja, ronca, caliente.

—Cuidado, cariño. Sé jugar a este juego muchísimo mejor que tú.

Y ahí está. Su reacción. Ese pequeño temblor. Sus ojos se clavan en los míos como si buscara un punto de apoyo mientras el mundo se balancea. En ese instante se da cuenta de que sus amigas nos han dejado solos y ella se ríe, pero se le traba en la garganta.

—Ah, ¿sí? ¿Tú? ¿El que se fue sin decir adiós? ¿El que se tragó las palabras y me dejó colgando? ¿Ese que ahora vuelve con cara de saberlo todo y se atreve a decirme: «Cuidado»? Por favor, Gian. Por favor…, no me tientes si no vas a quemarte. No te pega.

—Ya me estoy quemando —respondo, casi sin pensar.

Y es verdad. Siento el calor de su piel a través de la ropa, su perfume mezclado con el sudor del baile y la noche, su respiración acelerada pegada a mi cuello. Su cuerpo se mueve contra el mío,

lento, provocador, perfectamente consciente de cada centímetro que roza. No hay espacio entre nosotros. Ninguno.

—Esto no es un juego, Gian —dice, pero sus caderas dicen otra cosa. Se arquea apenas, buscando más.

—Claro que lo es. Y eres tú la que lo ha empezado.

Ella bufa, pero no se aparta. Al contrario. Se queda. Me mira. Sus ojos brillan con una mezcla de furia y deseo que me deja sin aire.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no? Tan malditamente seguro…

—Solo contigo.

Su boca está tan cerca que podría rozarla con la mía sin esfuerzo. Un leve movimiento y la tendría. Un gesto, una rendición, y cruzaríamos ese umbral. Pero no. Nos quedamos ahí, congelados, en ese borde perfecto. Su nariz rozando la mía. Su aliento cálido contra mis labios. Mi mano en la curva exacta de su cintura. Su cuerpo presionado al mío, y la evidencia brutal de mi excitación contra su culo que me dan ganas de maldecir en voz alta.

Ella no se aparta. No retrocede. Pero tampoco avanza.

—No lo hagas —susurra.

—No voy a hacerlo —respondo, con la boca a milímetros de la suya.

Y ninguno de los dos se mueve. El deseo se espesa en el aire como el humo. Podríamos besarnos. De hecho, deberíamos besarnos. El mundo se detendría si lo hiciéramos.

Gia traga saliva. Su sonrojo es inmediato, traicionero, hermoso. Le sube por las mejillas como una marea de calor. Y lo odia, porque no puede ocultarlo. Porque su cuerpo siempre me ha hablado más claro que su boca, que ya es decir, y ahora me está gritando lo que no quiere decir en voz alta.

—¿Qué? ¿Ahora eres todo autocontrol? —murmura, con una risa nerviosa, usando el sarcasmo como escudo—. ¿Qué ha sido del Gian que me sacaba de los sitios a empujones solo para besarme en rincones oscuros? ¿Eh? ¿Ese que no podía esperar ni cinco malditos minutos sin tener que ponerme contra la pared como si…?

Se calla. Yo sonrío.

—¿Como si qué?

—Como si fueras un animal —dice, rápido, atropellada—. Como si tuvieras un botón rojo que se activaba cada vez que yo llevaba ese vestido amarillo con los botones que tú mismo decías que no sabías si querías arrancar o desabrochar, ¿te acuerdas? Porque yo sí. ¡Yo me acuerdo de todo! De todo, Gian. Incluso del maldito momento en que me rompiste las medias en el baño de aquel restaurante ridículo con velas en los pasillos y paredes de cristal. ¿Y tú sabes lo difícil que fue volver a salir a esa mesa como si nada, como si no acabara de tener… eso?

—¿Un orgasmo brutal de pie contra el lavabo?

Gia jadea. Se le escapa. Literalmente. Un suspiro entrecortado que la traiciona.

—Eres un cerdo.

—Ya, pues no te escuché quejarte en su momento.

Gia me empuja, débilmente, sin convicción. Y yo no me aparto. La rodeo. Una mano en su cintura, la otra deslizándose suavemente por su espalda baja hasta donde empieza el hueco de su espalda. El cuerpo de Gia responde antes que ella. Se arquea hacia mí. Quiere más. Siempre ha sido así.

—Esto no es justo —dice, hablando tan rápido que parece que compite consigo misma—. Tú vienes, apareces como si nada, y de repente estás aquí, oliendo igual, diciendo esas cosas con esa voz tuya y esa mirada de «me las sé todas» que siempre me sacaba de

quicio, pero también me hacía pensar en cosas que ahora no debería estar pensando porque tú y yo no somos tú y yo, y hay historia, y hay herida, y esto es… un desastre.

—Un desastre precioso, si me preguntas a mí.

—Ya, claro.

—Y me estás mirando como si quisieras repetir todo eso que no deberías estar pensando, cariño.

Ella se muerde el labio. Maldita sea. Esa boca siempre ha sido mi maldita perdición.

—Yo no…, o sea…, no quiero, no es que…, quiero decir, claro que lo quiero, obvio, porque mírate, ¿vale?, mírate, pero también es que… ¡no se puede! No se debería. Y tú no puedes simplemente aparecer y decir cosas como…

—¿Como…«echo de menos cuando tiemblas encima de mis dedos»? —le susurro, pegando mi boca a su oído—. ¿O como… «te he imaginado mil veces estos años mientras me masturbaba pensando que era tu boca»?

Gia respira tan fuerte que su pecho sube y baja contra el mío. Su perfume me está envenenando. Su cercanía me está matando.

—No deberías decir eso.

—Y tú no deberías mirarme así —le digo—. Como si quisieras romper la distancia y besarme, pero aún no te atrevieses.

Ella tiembla. Literalmente. Mi voz parece el epicentro de algo que la sacude desde dentro.

—¿Y si lo hago? —pregunta, y suena como un reto. Pero sus ojos… Sus ojos están suplicando que la detenga. O que la empuje de una vez.

Me acerco más. Nuestras narices se tocan. Su aliento roza mis labios. La tensión es tan espesa que, si alguien pasara entre nosotros, saldría ardiendo.

—Entonces me encargaré de recordarte por qué encajábamos tan bien —digo, sin moverme ni un milímetro más.

El silencio se estira. Y ahí, justo ahí, en ese borde, en ese respiro a punto de romperse, alguien tropieza cerca. Un vaso se cae. La música sube. Y Gia, igual que si un resorte la empujara, da un paso atrás. Se lleva una mano al pecho. Mira hacia otro lado. Yo no me muevo. No sonrío. Solo la miro. Y juro por todo lo que soy que la próxima vez no va a irse sin besarme.

Gia da otro paso más, con los ojos fijos en los míos. Se aparta rápido, demasiado rápido, como si quemara. Como si, de seguir un segundo más cerca de mí, el beso fuera inevitable. Se pasa una mano por el pelo, respira hondo, esquiva mi mirada.

—Yo… me voy. Con las chicas. Ya está bien por hoy. —Finge una sonrisa que no le llega a los ojos—. Nos vemos el lunes, Gian. Si es que realmente quieres clausurar algo.

Asiento sin pensar. Ni siquiera estoy seguro de lo que acaba de decir.

Gia gira sobre sus botas sin esperar respuesta y camina de vuelta hacia sus amigas, que se han alejado a una esquina de la terraza. Y yo… Yo me quedo ahí. Mirándola. Mirándola bien. Mirando cómo el vestido corto le abraza las caderas como si la tela hubiera sido hecha solo para ella y cómo se le pega en los muslos con cada paso. Mirando el movimiento de su cuerpo, que es hipnótico, lento y decidido, como si supiera que no le estoy quitando ojo.

La melena azabache se le ha desordenado con el baile, y hay algo salvaje en cómo le cae sobre los hombros, en cómo le roza la espalda. Se muerde el labio mientras camina. Otra vez. Lo ha estado haciendo toda la noche. Y ahora sé que lo hace porque está nerviosa. Y lo que es peor: excitada.

Veo cómo Chiara le pasa una copa. Lele le dice algo al oído.

Aurora se ríe con esa carcajada escandalosa que se escucha sobre la música. Gia mira una vez por encima del hombro. A mí. Y sonríe. No como antes. No como hace un rato. Esta vez la sonrisa es distinta. Íntima. Casi como si fuera una promesa.

Y entonces desaparece entre cuerpos y luces, y yo me quedo quieto, sintiendo el sudor en mi espalda, el latido aún en el cuello y la respiración sin ritmo envolviéndome.

«Nos vemos el lunes, Gian. Si es que realmente quieres clausurar algo».

Un latido. Dos. Tres. Lentos.

El lunes. La cena. Gia. Mi Gia. La de las huidas elegantes y los silencios estratégicos. La experta en distraerme con sarcasmo justo cuando estábamos a punto de rozar lo importante. La que convertía cada conversación incómoda en un monólogo improvisado sobre el clima, los perros o el estado de la capa de ozono. Esa Gia… acaba de aceptar sentarse conmigo. Solo nosotros y todo lo que dejamos pendiente.

Y yo he estado tan ocupado deseando su boca que ni me he dado cuenta. Tan atrapado en el recuerdo de su cuerpo pegado al mío, en su voz temblando entre el deseo y el miedo, que no he registrado lo más importante: Gia ha dejado de huir.

Cierro los ojos. Todavía puedo olerla en mi ropa. Su perfume. Su risa. Su maldita forma de moverse como si el mundo fuese su pasarela personal y yo tuviera la suerte de ser su público exclusivo. Y sonrío, como si ya supiera que el lunes no va a clausurarse nada. O sí. Pero no como ella cree.

18

El Espíritu de la Navidad

El 8 de diciembre de 2020 el aire sobre Manarola sabía distinto. No a galletas de jengibre recién horneadas, por desgracia, sino más bien a ese silencio incómodo de cuando alguien dice «te amo» y la otra persona contesta con un «gracias». Un aire espeso, callado. Como si alguien hubiese dejado un suspiro a medio exhalar flotando entre los cipreses.

La colina esperaba, y yo también. Porque sí, tengo una agenda bastante apretada en diciembre (milagros, luces, reconciliaciones, algún que otro beso bajo el muérdago), pero siempre, siempre, hago hueco para Manarola. Aquí, cada diciembre, se repite ese ritual que lleva mi nombre bordado en cada vela, cada estrella, cada corazón que se atreve a abrirse un poco, justo cuando el mundo ofrece lo contrario. Y ese año, queridos míos, me necesitaban más que nunca.

Agnese subía con su bastón, que más que bastón parecía un cetro digno de hacer temblar a cualquier rey mago. Llevaba castañas y un abrigo demasiado fino para su edad, pero qué le importaba: la mujer caminaba con esa voluntad que podría mover montañas. A su lado, Gia iba con los hombros hundidos y esos silencios punzantes

que llevan demasiado tiempo acumulados dentro. Silencios que pesan más que cualquier maleta de Ryanair con sobrepeso. Silencios invisibles que se meten debajo de las costillas, allí donde debería ir la esperanza.

Las dos avanzaban juntas por la via Beccara, como era tradición. Pero esta vez el silencio entre ellas no era complicidad. Era eco. El eco de alguien que ya no estaba. Gian se había marchado con un adiós tan limpio y frío como un interruptor apagado. Como si el amor funcionara con la lógica de una lamparita de noche: clic y listo. Pero no funciona así. Y, claro, dejó un hueco. No en el cuerpo, sino en lo más insoportable: en el alma.

Gia no lloró. No cuando él cerró la puerta. No cuando la ausencia se volvió rutina. Ni siquiera ahora, subiendo conmigo en el aire y con su *nonna*, aunque no compartieran sangre. Porque hay dolores que no salen en lágrimas. Solo se quedan, ocupan espacio, pagan alquiler en el pecho y se niegan a mudarse.

Pero tranquilos, porque yo la conozco. La he visto correr por estas callejuelas con calcetines desparejados y una corona de espumillón en pleno agosto. La he escuchado susurrarles secretos a los pájaros, convencida de que ellos iban a contestarle con consejos sabios. Y la he sentido soñar, desear, amar con esa intensidad desordenada de quien todavía no sabe ponerse armaduras. También la he visto romperse, claro. Que cuando un corazón se quiebra, creedme, el aire cambia de vibración. Pero también hay otro sonido, más sutil, casi tímido, cuando ese mismo corazón decide seguir andando. Y ella, queridos míos, siguió andando.

En la curva donde Manarola se despliega como una postal, Gia se detuvo. La niña (sí, lo sé, técnicamente ya no es una niña. Usa botas de adulta, lleva un escepticismo tamaño XL bien abrochado bajo el abrigo, pero para mí siempre será la niña del espumillón en

agosto) tragó saliva como si intentara hacer sitio dentro del pecho antes de mirar. Y miró. No con los ojos, sino con esa parte que, aunque ya no cree, todavía espera (sí, los humanos sois complicadísimos de la leche).

—¿Quieres parar a descansar? —le preguntó a Agnese, y su voz no estaba rota, pero sí un poquito…, cómo decirlo…, como tu jersey favorito al que ya le están saliendo bolitas.

—No —dijo Agnese. Y ese «no» no era un «soy terca», era un «vamos, niña, que, aunque no sepas hacia dónde, lo importante es seguir».

Así que siguieron. Y yo, por supuesto, también. Las envolví con mi aliento, pero no para congelarlas ni para empujarlas atrás. Solo para protegerlas. Porque hay gente que no necesita soluciones. Solamente compañía. Cuando llegaron arriba, el belén empezaba a despertar. Primero un ángel. Luego la estrella, que parecía guiarlas no hacia un pesebre, sino hacia algo mucho más interno y roto. Cada destello parecía susurrar lo mismo: incluso en la oscuridad, algo puede nacer.

Gia se dejó caer en el banco de siempre. El banco que conocía la geografía exacta de sus veranos, de sus carcajadas, de sus besos torpes y de los que no lo fueron tanto. Se encogió dentro del abrigo como si dijera: «Sí, fuera hace frío, pero dentro hace peores cosas». Las manos escondidas en los bolsillos, los ojos fijos, y ese gesto de los que intentan mantenerse enteros aunque todo cruja por dentro.

Agnese se sentó a su lado. No le tocó la mano, no dijo nada. Solo la miró. Como quien contempla un cristal con una grieta (que sí, está roto, pero sigue reflejando luz). Y yo también la miré. Porque, sinceramente, a veces eso es lo más grande que se puede hacer por alguien que ha amado con todo.

Gia parecía impasible, pero yo podía sentirlo igual. Cómo se le

escurría la fe entre los dedos. Estaba despeinada, las uñas sin pintar, la piel más pálida que de costumbre. Y, aun así, nunca había sido más hermosa. Porque el dolor, cuando no se esconde, brilla. Y yo, por si no lo habíais notado, tengo debilidad por lo que brilla sin darse cuenta.

—¿Lo ves? —preguntó Agnese de pronto, con la misma naturalidad con la que otra abuela preguntaría si quiere un poco más de pasta.

Gia tardó. Giró la cara apenas, como si hasta ese gesto costara energía.

—¿El qué?

—El burrito, niña. ¿Qué si no?

Y entonces el silencio cambió. Se volvió pesado, cargado, más denso que nunca. Gia bajó la mirada y lo entendió.

—Este año no está, *nonna*.

Y tenía razón.

Por primera vez en catorce años, el burrito no apareció. Ni para ella. Ni para mí. Fue ausencia. Y la ausencia es peor que cualquier cortocircuito. Porque, cuando alguien importante se va, hay figuras que simplemente dejan de encenderse. En los belenes. En los recuerdos. En el pecho.

Y llamadlo casualidad, si queréis. De esas que parecen inocentes hasta que se repiten en voz alta y dejan de serlo. Pero ese año el burrito del belén (el de verdad, el que estaba al lado de los pastores) tampoco se encendió. ¿Una bombilla desconectada? Puede ser. ¿Un fallo técnico? También. ¿Una confusión entre voluntarios con frío y poco café en el cuerpo? Posiblemente. ¿Yo haciendo de las mías por puro capricho? No diré nada al respecto, pero quizá el burrito también extrañaba a Gian…

La cosa es que nadie supo explicarlo. Ni organizadores, ni

técnicos, ni vecinos que lo habían visto parpadear religiosamente cada diciembre durante tres lustros. Pero yo sí. Porque yo lo veo todo. Lo siento todo. Y sé que a veces lo más importante en Navidad no es lo que se enciende, sino lo que empieza a moverse por dentro. Lo que se descongela. Lo que vuelve a doler lo justo porque por fin deja de estar anestesiado.

Nos quedamos allí un buen rato. Sin hablar. Mirando a turistas posar para fotos que acabarían olvidando antes de que llegara la Befana. Mirando cómo las luces parpadeaban con el aire cansado de quien lleva horas fingiendo una sonrisa. El pueblo celebraba la Navidad como si todo estuviera bien, y mientras tanto, en un banco, dos mujeres hacían algo mucho más valiente: aprender a seguir adelante sin una parte del alma.

Cuando por fin bajaron, Gia le ofreció el brazo a Agnese, pero esta vez no fue protocolo, ni educación, ni siquiera cariño. Fue necesidad. El cansancio no era físico, pero igual hacía peso en los hombros.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Gia.

—Ha sido… distinto —contestó Agnese, sin apartar la vista del camino.

—Sí. Muy distinto.

Y se rieron, aunque fue una risa bajita, frágil, más parecida a un suspiro. Un «sigo aquí». Un «no estoy bien, pero estoy». Un consuelo compartido que no necesitaba traducción.

Al llegar a casa, Gia preparó chocolate y leche caliente, y se sentó con Agnese en la cocina, rodeando la taza con las manos como si pensara: «Si aprieto lo suficiente, igual el mundo también se calienta un poco». No hablaron de Gian. No hacía falta. Su ausencia ya estaba allí, ocupando una silla vacía que no necesitaba presentaciones. Porque, cuando alguien importa de verdad, su

nombre flota. Aunque nadie lo diga.

Así que no, queridos míos. Esa Navidad no vimos al burrito. Pero yo vi otra cosa. Vi a mi niña convertirse en mujer. Vi cómo dejaba de tapar las grietas nuevas, cómo sus silencios empezaban a sonar distintos, cómo temblaba y aun así seguía. Vi la decisión de no dejar que el dolor la detuviera y entonces entendí algo: eso también era luz. Una que no se encendía en la colina ni brillaba en las figuras del belén, pero que ardía igual. Silenciosa. Persistente. Como una vela clavada en el centro del pecho que nadie ve, pero que se niega a apagarse.

Agnese la miró en silencio, con esa sabiduría resignada de quien sabe que los duelos no se interrumpen. Gia bebió de su taza sencilla, sin adornos ni expectativas, con la calma de alguien que todavía duele, pero ya no se esconde. Y yo, mientras tanto, me deslicé por la ventana. Suave. Invisible. Y dejé que el aire de diciembre me llevara más allá de Manarola. Más allá del mar pesado del invierno, de los tejados, del belén incompleto, de los corazones partidos.

Porque sí.

Esa misma noche, yo también pasé por Londres.

19

Gia

Lunes, 7 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Soy Bruna y llevo dos Navidades saliendo con Edoardo. Técnicamente. Porque en la práctica él desaparece entre el puente de diciembre y el 7 de enero como si fuera un turrón de edición limitada. Cada año me dice que necesita «espacio espiritual» para conectar con su niño interior, pero curiosamente ese niño publica fotos en la nieve con una tal @SteffanyYoga96 que claramente no es su prima.

Este año intenté cortar. Te juro que lo intenté. Pero me mandó una carta manuscrita con *glitter*. Y un villancico personalizado. En ukelele. Y CAÍ COMO UNA ILUSA.

Por ello te ruego que me ayudes a clausurar esta relación fantasma antes de que me vuelva a manipular psicológicamente para que lo perdone.

Atentamente,

Bruna M.

Me despierto con el tipo de dolor de cabeza que no solo grita «RESACA», sino que lo corea con entusiasmo, en mayúsculas, con

luces neón rojo intermitente y, probablemente, con una banda de mariachis contratada para hacer los coros. Intento moverme, pero mi cráneo protesta con un retumbar tan escandaloso que empiezo a sospechar que, en algún momento de la noche, un reno me pisó la cabeza. O peor: bebí vino caliente caducado. Otra vez.

Gimo y me tapo la cara con la almohada. Hago un pacto silencioso con el universo: si me deja morir en paz, prometo no volver a mezclar bebidas como si no me importara mi hígado. Y, en respuesta, escucho algo.

Crash. Clin. Pum.

Primero suena un estruendo. Después, otro. Algo rueda. Algo explota. Algo rebota contra la pared con un sonido que solo puedo describir como una bola de Navidad suicidándose con entusiasmo. Y, antes de que pueda asimilarlo, el suelo vibra. Literalmente.

Mi primer pensamiento, medio enterrado entre las sábanas y la resaca, es que estamos sufriendo un terremoto. El segundo: que el terremoto en cuestión tiene ocho patas y responde a los nombres de Turrón y Suchard. Porque, al parecer, no tengo perros. Tengo dos gremlins pelirrojos con complejo de atleta olímpico y cero respeto por la magia navideña.

Abro la puerta y dejo escapar un grito que sale más bien como un resoplido. Porque ahí están. Turrón, con una rama del árbol de Navidad colgando de la boca como si fuera un trofeo de guerra, y Suchard, persiguiendo una bola roja con la intensidad de quien cree que su vida depende de ello. Y el comedor parece una mezcla entre Los juegos del hambre y un catálogo de decoración de Navidad después de una tormenta. El árbol, mi pobre, noble y precioso árbol que anoche estaba erguido, esbelto y luminoso, ahora asemeja un soldado herido. Inclinado. Despeinado. Traicionado por los suyos.

—Perfecto —murmuro, con esa voz rota, nasal y dramática—.

Resaca. Apocalipsis decorativo. Y dos demonios disfrazados de caniches mini. Exactamente lo que le pedí a Babbo Natale las Navidades pasadas.

Turrón se sienta frente a mí. Me observa. Me analiza. Me juzga. Y lo peor es que parece tener argumentos. Mientras tanto, Suchard ha decidido que el espumillón es su nuevo snack favorito. Lo mastica con la concentración de un crítico culinario. Nivel: estrella Michelin. Nivel: se está tomando esto muy en serio.

Doy un paso tambaleante.

—¡Ay! —chillo, porque acabo de pisar una bola rota. El dolor es inmediato y tengo que agarrarme a la mesa para no caerme—. ¿Sabéis qué? Esto no es casualidad. Esto es sabotaje. Sabotaje navideño. Puro y duro. Sois agentes dobles del Grinch. Espías infiltrados. Antinavideños. ¡Antiperros!

Ellos me miran. Parpadean. Y, al unísono, mueven la cola, coordinados. Son unos sinvergüenzas. Unos manipuladores de primera.

—Vale, vale —resoplo, derrotada—. Pero, si alguno de vosotros se atreve a mear en el belén, os juro que os apunto a un curso de obediencia. Intensivo. Con algún ruso con mala baba.

Recojo una bola dorada que milagrosamente ha sobrevivido. Tiene escrito Feliz Navidad en purpurina y, por un segundo, me parece un símbolo de esperanza. Justo entonces, me vibra el móvil en algún lugar. Lo localizo en el suelo al lado de la puerta, y lo intento coger, pero se me resbala de las manos como si también él se negara a colaborar con mi estabilidad emocional hoy. Consigo atraparlo al vuelo en el segundo intento. Milagro navideño número dos. ¡Bien!

Pero entonces lo veo. Su nombre.

Gian.

Mi cerebro da una voltereta. La resaca aplaude sarcásticamente desde el fondo de mi cráneo.

—No. No, no, no —susurro mientras Turrón intenta escalar por mi pierna como si fuera una colina nevada y Suchard arrastra una bota de Papá Noel hacia su guarida secreta detrás del sofá—. No puedes escribirme hoy.

Hoy tengo cara de calcetín usado. Hoy huelo a Navidad caducada. Hoy llevo calcetines desparejados, literalmente. Y no de esos bonitos que salen en TikTok, con aguacates abrazando tostadas. No. Uno es rojo con renos. El otro es negro, peludo y sospechosamente parecido a uno que mi madre perdió el año pasado.

Miro la pantalla. Con horror. Con resignación. Hay un mensaje.

> He añadido esta canción a la playlist.
> Es la que bailamos anoche

Silencio. Literalmente puedo oír a mi cerebro intentando reiniciarse.

¿Playlist? ¿Canción? ¿Baile?

Oh, no.

Oh, no, no, no, no, no.

Me dejo caer al suelo sobre la alfombra. Despacio. Dramáticamente. Pongo el altavoz y empieza a sonar «Llegó la Navidad» de Ozuna, Generación Escogida y Christian Nieves. Una mezcla de reguetón, espíritu navideño y trauma emocional. Y con cada nota, con cada campanita, con cada guitarra, llega un recuerdo. Primero, flashes. Luces. Mi vestido rojo. Vino caliente. Mi risa, esa que sale cuando me creo encantadora y estoy a dos sorbos de hacer algo que luego Google no podrá explicar. Y luego…

—No —murmuro, cerrando los ojos.

Pero es inútil. Las imágenes ya están viniendo. Una detrás de otra. Le cogí de la mano. Le bailé. Le perreé. Le provoqué como si me pagaran por minuto de escándalo. Le dije que él era esa persona que no podía esperar ni cinco malditos minutos sin empotrarme contra la pared como si fuera… un animal.

¿Perdón? ¿Perdón qué? ¿Quién dice eso? ¿Yo dije eso? Más imágenes. Más yo danzando torpemente, con los ojos medio cerrados, como si estuviera en un videoclip de bajo presupuesto, pero con muchas intenciones. Apoyando la cabeza en su hombro. Tarareándole al oído. Y…

—No —digo, más alto esta vez, mientras Suchard me lame la oreja como si intentara borrarme los recuerdos a lengüetazos—. Le dije que me acordaba del momento en que me rompió las medias en el baño de aquel restaurante para comerme el… ¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué hice eso?! ¡¿Quién soy y por qué me odio tanto cuando bebo?!

Turrón ladra. Yo grito. Mi dignidad hace las maletas y salta por la ventana sin mirar atrás. Vuelvo al móvil. Otra notificación. Él, de nuevo.

Sé que llegaste bien a casa porque Lele me lo dijo.
Pero ¿estás bien? Sé que no te sienta bien el alcohol

Apoyo la frente contra el suelo. El suelo al menos está frío. Y no me juzga. Gracias, suelo.

¿Qué más? ¿Qué más le dije? ¿Le confesé que, cuando me mira con esa cara de «no tengo ni idea de lo que estás pensando, pero

quiero saberlo todo», me dan ganas de mudarme a sus calzoncillos? ¿Le declaré mi amor eterno entre copas de… no sé de qué? ¿Le expliqué mi teoría sobre cómo el roscón de Reyes es, en realidad, un símbolo fálico poscristiano y que todo tiene sentido si lo piensas lo suficiente?

Estoy a punto de apagar el móvil, tirar el rúter por la ventana y fugarme a una cabaña sin cobertura ni espejo. Pero, por supuesto, el universo tiene otros planes.

DING-DONG.

Turrón corre como si alguien hubiera dicho: «¡Jamón!». Suchard ladra como si intentara intimidar al fin del mundo. Yo me giro, en estado de pánico, y me miro el reflejo en la bola de Navidad dorada que ha sobrevivido al apocalipsis perruno. Y no estoy nada bien. Tengo el pelo recogido en un moño torcido, purpurina en una ceja (¿por qué?) y un resto sospechoso de turrón en la barbilla que no sé si es de anoche o de… la era anterior al apocalipsis.

Intento correr al baño, pero resbalo con la alfombra y con el cojín decorativo con forma de estrella fugaz. Y ahí me quedo. Boca arriba. Estrella contra estrella. Preguntándome si fingir mi muerte sería una reacción desproporcionada o simplemente una estrategia de supervivencia válida en este contexto.

DING-DONG.

DING-DONG.

Otra notificación suena en mi móvil, pero esta vez no es de Gian. Es de Lele.

¡Despierta! Estoy en tu puerta con café del bueno. E ibuprofeno. Ábreme, por favor, que hace frío y necesito confesarte mis pecados

Doy un suspiro de esos largos. De esos que salen del alma. Me acerco a la puerta y apoyo la frente contra la madera un segundo. Solo un segundo. Lo justo para plantearme si fingir que no estoy en casa es una opción ética y viable. Pero no lo es. Con los dedos temblorosos y la dignidad convertida en polvo de estrella (quemada y reciclada en forma de purpurina en mi ceja izquierda), le respondo a Gian.

> Estoy viva. Por poco. Lele está aquí con café e intenciones dudosas. Y tengo una resaca horrible

Enviar. Cerrar. No pienso abrir el historial de chat. No pienso mirar la playlist otra vez. No pienso recordar nada.

Abro la puerta. Lele está envuelta en un abrigo tan grande que sospecho que es, literalmente, una manta con mangas. Lleva gafas de sol del tamaño de mi cabeza y una bolsa de papel en cada mano. Su moño está tan torcido como el mío y su cara tiene ese brillo peculiar de quien ha visto cosas. Cosas que se cuentan con un café fuerte entre las manos y una voz baja de conspiración.

—Toma —dice, tendiéndome la bolsa—. Ibuprofeno, café con extra de café y seis cucharadas de azúcar, y un cruasán que me he arrepentido de comprar en cuanto he salido de la cafetería. Pero te lo cedo. Como sacrificio.

—¿Sacrificio por qué?

Se detiene en mitad del salón. Se quita las gafas de sol y sus ojos recorren la escena del crimen: el árbol de Navidad en posición de derrota, espumillones desparramados como si hubiera habido una pelea entre cocainómanos, bolas rodando como si hicieran cardio y una pantufla que claramente ha sido víctima de un ataque con saña

de Suchard.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí?

—Turrón y Suchard han declarado la guerra al árbol de Navidad. Yo solo soy una víctima colateral.

Los aludidos la observan con la cara más inocente del mundo. Literalmente parecen dos peluches de anuncio. Lele se deja caer en el sofá con un suspiro, lanza las botas a dos esquinas opuestas del salón como quien marca territorio y me clava una mirada seria. Urgente. Culpable.

—Vale, luego te ayudo a recoger todo esto. Pero, ahora que sé que no has sido poseída por el espíritu destructivo del Grinch, tengo que contarte algo. Algo grave. Nivel: necesito confesarme. Nivel: soy una traidora. Nivel: dame la absolución o el exilio, lo que prefieras.

Me tenso. Ella traga saliva. Yo me dejo caer a su lado como quien se rinde ante la marea.

—Adelante —susurro, masajeándome las sienes—. Soy toda oídos. O eso creo.

—Vale. A ver… —dice, mordiéndose una uña—. Anoche, después de que las chicas y yo te dejáramos en casa…, Chiara y yo decidimos…, eh…, prolongar un poco la velada.

La miro. Parpadeo.

—¿Chiara y tú?

Asiente.

—Qué peligro. No necesito saber más.

—Chiara, yo… y un taxista muy majo que nos llevó a Portofino por tres euros y medio. El verdadero espíritu navideño.

—¿Fuisteis a una segunda fiesta?

—Más bien… —se muerde el labio, como si intentara encontrar la forma de suavizar lo insuavizable— a una fiesta no autorizada. En el piso de un tío random que tocaba la guitarra mientras fumaba maría.

En chándal. Con luces de Navidad colgando del techo como si fueran cortinas.

—Ay, Dios. ¡Lele!

—¡No me grites! ¡Estoy sensible!

—Vale, perdona.

Ella suspira y se lleva el vaso de café a la frente, como si fuera agua bendita.

—Te perdono, pero solo porque necesito que tú me perdones a mí. Porque… me he enamorado, Gia.

Parpadeo. Una vez. Dos. Un poco más fuerte la tercera.

—Perdona, ¿qué?

—Así, como te lo digo. Fue como si todas las comedias románticas de Netflix me explotaran en la cara. Pero con reguetón y una guitarra de fondo.

—¿De quién te has enamorado?

—De un desconocido. Un completo, absoluto y magníficamente perfecto desconocido que tiene el pelo rizado, un hámster llamado Dientes, y que cree que el bastón de caramelo debería ser considerado Patrimonio de la Humanidad.

—¿Y tu novio?

—¡Exactamente! —chilla, llevándose la mano al pecho como si se le acabara de caer el corazón—. ¡Tengo novio! ¡Y no sé qué hacer! ¡Y el hombre sexy del hámster me dijo que me escribiría por Instagram y yo… le di mi usuario con una sonrisa! ¡¿Qué clase de bruja soy?!

—¿Le diste tu usuario?

—Le di el secundario. El de las fotos haciendo la mona. Pero aun así… ¡Lo mío con Enzo estaba bien! ¡Estaba estable!

Resoplo. Porque, honestamente, «lo suyo con Enzo» nunca ha pasado del nivel «planta decorativa en la relación».

—No estás describiendo una pareja. Estás describiendo una lavadora.

Lele se tapa la cara con ambas manos.

—¡No quiero hacerle daño a nadie! ¡Jamás he sido desleal! Pero es que… ¿y si esto es amor?

—¿Amor? —Alzo una ceja—. ¿Después de incontables copas, luces led y un hámster?

—¡No te rías de mí! ¡Es diciembre! ¡Pronto será Navidad!

—Justamente por eso, Lele. Las emociones se inflan. Es como el pavo. Todo parece más grande de lo que es. Después llega enero, te deshinchas y te das cuenta de que solo era hambre.

Me lanza una servilleta al grito mudo de «¡Insensible!», y luego deja caer la espalda en el sofá con un dramatismo que ha tenido que doler.

—Yo solo quería bailar un rato y reírme con Chiara. Y ahora tengo el corazón dividido. ¡Y ni siquiera lo besé!

—¿Y qué piensas hacer? Porque tienes dos opciones. Bueno, tres, si cuentas fugarte a un convento en los Alpes, que francamente me parece la más sensata.

—No seas cruel —murmura desde su posición tumbada, mirando el techo como si esperara ver escrito allí su destino en letras doradas y parpadeantes—. No puedo evitarlo. Su voz… era como un Ferrero Rocher derretido.

—¿Perdón? ¿Quién eres y qué has hecho con Lele?

—Su voz, Gia. Era esa clase de voz tan… sexy. Y me preguntó algo como si yo creía en los amores que empiezan con una casualidad y terminan con una hipoteca compartida. Es decir, de esos que duran toda la vida y cuyos protagonistas acaban bailando en el salón de su casa a los ochenta años porque se siguen queriendo como el primer día.

Suelto una carcajada, porque no puedo evitarlo.

—Es gay.

—¡No es gay! Me miró los labios siete veces. ¡Contadas!

—Mi vecino de arriba también me miró los labios cuando le ofrecí panetone. No significa que quiera hipotecarse conmigo, Lele. Significa que tenía hambre.

—Tú no lo entiendes —dice en un suspiro dolido y completamente melodramático—. Esto fue diferente. Fue como en esas pelis en las que todo se ralentiza, la cámara gira y empieza a sonar música de fondo. Creo que en algún momento escuché villancicos. Aunque, objetivamente, era reguetón antiguo. Muy antiguo. Del que suena cuando la historia va en serio.

—Vale. Muy bien. Pongámonos románticas. Digamos que sí. Que esto es una historia de amor. Que Netflix te llama mañana para hacer una miniserie de seis capítulos y una secuela. ¿Qué piensas hacer con Enzo?

Ella se encoge sobre sí misma. Luego me mira con ojos de «estoy a punto de complicarlo todo» y susurra:

—¿Y si organizo una cena de clausura?

Parpadeo. La risa me sale como un estornudo mal contenido: involuntaria, dolorosa y sonora.

—¿Cómo dices?

—Una cena. De clausura. Pero para mí. Con vino, velas, música suave, gratitud por lo compartido, discursos sinceros… —hace una pausa dramática— y una tarta con fondant que diga: «Gracias por todo, pero me voy con el del hámster».

Ahí ya no puedo más. Me agarro al respaldo del sofá, riéndome con la fuerza de una posesa, porque si no me agarro me caigo. Literalmente.

—Estás fatal. Te lo digo con amor, pero estás fatal.

—¡Lo sé! —admite, sin vergüenza alguna, como si acabara de decir que se ha apuntado a yoga, no que va a despedir a su novio con un evento temático—. Pero, si voy a romperle el corazón a alguien, al menos que haya pan de masa madre y copas de cristal. Y vale, lo admito, también estoy celosa.

—¿Celosa de quién?

—¡De ti! —exclama, señalándome como si estuviera acusándome de alta traición—. ¡Tú vas a tener tu propia cena! Con decoración preciosa, playlist personalizada y toda esa vibra épica de los finales que cierran ciclos y abren ventanas, de esos que te dejan emocionalmente exhausta y lista para otra temporada. Y yo… nada. Estoy atrapada en esta tragicomedia sentimental sin catering. ¡Necesito mi clausura! ¡Me lo pide el alma! Y tiene que ser esta noche, por supuesto. Aunque no la organicemos como solemos hacer. Pero no puedo permitir que pase mucho tiempo y que el otro se olvide de mí.

—¿Le vas a contestar? —Alzo una ceja—. ¿Al de los rizos y el hámster?

—Claro. Pero solo después de decidir el menú de la cena de clausura. No quiero parecer impulsiva.

—Ya. Porque, claro, nada grita «soy una adulta emocionalmente estable y funcional» como dejar a tu novio después de tener un flechazo con alguien a quien probablemente no vuelvas a ver.

—Exactamente. —Me guiña un ojo, muy seria—. ¿Me ayudas a elegir entre risotto de setas o lasaña de calabaza con queso de cabra?

—¿Y si simplemente…? No sé, ¿hablas con Enzo como una persona normal?

—Gia, por favor. Ese chico me dijo una vez que la comida casera estaba sobrevalorada. Textualmente. ¿Tú crees que va a aceptar

sentarse en la mesa de su piso a comer focaccia?

—Tienes razón. Pero tampoco lo veo haciendo un brindis simbólico sobre lo aprendido.

—¡Bueno, pero lo intentaremos! Si no sabe que es una cena de clausura, vendrá. Y, si viene, le haré el mejor discurso de despedida de la historia de los discursos de despedida. Y cuando termine, y él se haya ido con dignidad y un túper de lasaña, entonces… le contestaré a Mattia.

—¿Así se llama?

—Mattia. Con dos «t», barba de anuncio, y una sonrisa que me hizo creer en los finales felices. ¿Entiendes ahora por qué esto es tan urgente?

—No sé si lo que necesitas es un menú o un exorcismo, Lele.

—Lo que necesito es que tú, reina indiscutible de las palabras bonitas, me escribas un discurso. Uno que le arranque una lagrimita a Enzo y otra a mí. Pero que suene maduro. Y navideño. Y definitivo.

—Lele, tengo resaca.

—Y yo, pero esto es más importante. Es mi momento. Mi cierre de etapa. ¡Mi noche temática! ¿Me vas a ayudar o no?

Suspiro. Ella también. La miro. Me mira. Y luego, por supuesto, nos reímos las dos, porque obviamente solo a Lele se le ocurre transformar su drama sentimental en una cena de clausura exprés, con tarta de ruptura incluida.

—Necesitas ayuda urgente.

—Sí. La tuya. Así que tómate el ibuprofeno, espabila y ponte a escribir. ¡Que esta noche cerramos ciclo!

—Vale, pero primero… —miro a mi alrededor, donde el caos navideño aún huele a perro, derrota y ramitas de abeto— hay que revivir mi árbol de Navidad. Está colapsado. Como yo.

—Perfecto. Nos ocupamos primero del árbol, luego del lugar,

luego de las servilletas… —alza un dedo por cada punto, como si estuviéramos en un briefing de evento de alto nivel—, y luego de escribirle a Mattia para decirle que pronto habrá novedades.

—¿Novedades?

—Novedades tipo «Mañana seré una mujer nueva. Clausurada. Renovada. Y lista para flirtear con el amor de mi vida».

—Con el del hámster.

—Exactamente. Con Mattia y Dientes. No me digas que no suena a saga romántica de dos temporadas y un spin-off en formato pódcast.

Nos miramos otra vez y volvemos a reírnos. Porque si algo sabemos hacer a la perfección es poner servilletas bonitas entre el caos emocional y la tarta de fondant. Y brindar con cava del caro por lo que viene. Aunque no sepamos aún exactamente qué es.

Leo el nuevo mensaje de Gian horas después, cuando la casa por fin ha dejado de parecer una zona cero decorativa, Lele ha salido disparada a preparar su ruptura temática, y el árbol está…, bueno, en pie. Turrón y Suchard duermen con las cabezas apoyadas en mis piernas. Y roncan. Y huelen a desastre. Pero no me atrevo a moverme, porque es el primer silencio en horas y no pienso destruir semejante paz.

> ¿Necesitas que te lleve uno de esos batidos asquerosos que nos preparaba mi madre para la resaca? Porque yo estoy de camino a por uno

Sonrío automáticamente. Él siempre se acuerda de las cosas que yo enterraría gustosamente bajo siete capas de olvido y un árbol

nuevo. Como los famosos batidos de su madre, que sabían a cemento batido con azúcar moreno.

Tarde. Mi estómago ya ha sobrevivido a base de café, cruasanes y drama ajeno

Y sus batidos sabían a pis de perro

Tardo diez segundos en arrepentirme. No por lo que digo, sino porque, en cuanto empiezo a escribirle, ya no quiero parar. Gian es peligroso así: amable, insistente y con esa memoria emocional que da justo donde quiero que no dé.

Son milagrosos. Bueno… O placebo. Pero siempre los preparaba con cariño

Y con textura de yeso

Te haré uno nuevo. Prometo mejorar la receta

Ahora que eres oficialmente persona funcional otra vez: ¿cómo estás?

Cansada. Lele se ha ido hace un minuto y todavía oigo su voz gritando «¡ponle purpurina a la lasaña!»

¿Purpurina a la lasaña?

Sí, existe purpurina comestible.
Pero mejor no preguntes

Me lo imagino leyéndome, con esa forma de fruncir el ceño cuando algo no le cuadraba, y arrugando la nariz. Esa maldita nariz perfecta que me daba ganas de morderla. Literalmente. Y me pregunto por qué pienso en eso ahora. Aunque lo sé. Lo sé demasiado bien.

Estoy empezando a pensar que dejaros solas a ti y a Lele es un riesgo para la salud pública. Así que, a riesgo de sonar repetitivo: ¿estás bien?

Respiro hondo. ¿Estoy bien? Depende del momento. Depende de si leo su nombre en la pantalla o no. Depende de cuántas veces me obligo a no parecer demasiado disponible. Depende de cómo me siento cuando se preocupa así.

Sí. Solo un poco… ¿desinflada?

Como cuando quitas los adornos
el árbol antes de tiempo

Lo leo dos veces antes de enviarlo. Me parece cursi. Me parece honesto. Lo envío igual.

Entonces necesitas chocolate caliente, una manta y dejar de pensar por unas horas

Lo de dejar de pensar es complicado

¿Y lo del chocolate?

También. No tengo en casa. Tampoco tengo fuerza para salir a comprar. Y estoy secuestrada por mis perros

Qué mala suerte

Yo puedo acercarme y llevarte chocolate. Ni que no me pillara de paso…

Me muerdo el labio. Porque no me lo dice en broma. Pero tampoco del todo en serio. Es ese punto exacto que me deja sin aire. Esa forma de decir «estoy aquí» sin decir «ven». De ofrecerse sin empujar. De estar, por si acaso quiero que esté. Y lo peor es que quiero. Mucho más de lo que debería.

¿Desde cuándo repartes chocolate como si fueras un duendecillo de Babbo Natale?

Desde siempre, aunque solo a personas muy selectas. Tienen que cumplir ciertos requisitos

¿Cuáles?

Como tener un nombre que empiece por «G» y termine en «ia», dos perros con nombres de dulces navideños y una tendencia a fingir que no necesita compañía cuando sí

Vaya, qué requisitos tan específicos

No sabes la de candidatas que se me caen en la entrevista

Me quedo mirando el cursor parpadeando como si pudiera darme una pista. Una señal. Una excusa. ¿Le digo que venga? ¿Y si viene? No quiero verlo. O sí. Pero no ahora. No mientras no sepa qué voy a hacer con este… Con esto. Este deseo suave que se cuela entre las palabras. Esta calma rara que me provoca. Este impulso de buscarlo, pero también de proteger lo que queda de mí.

Él parece leerlo todo entre líneas, porque, tras unos minutos sin respuesta, llega otro mensaje.

¿Nos vemos mañana?

Así. Sin drama. Sin exigencia. Solo eso. Una pregunta tan sencilla que me desarma por completo.

Sí. Nos vemos mañana

Apoyo el móvil sobre el brazo del sofá mientras Turrón se

revuelca en sueños y me da una patadita blanda en la cadera. Suchard hace un ruido suave, parecido a un suspiro, y sigue dormido con la cabeza aún cálida sobre mi pierna. Yo no duermo, pero tampoco pienso. Simplemente estoy en ese espacio frágil entre el ahora y lo que podría ser.

Unos treinta minutos después —lo sé porque no he parado de mirar el reloj como si de verdad fuera a darme respuestas existenciales—, suena el timbre. Pego un salto tan dramático que Turrón levanta una ceja y Suchard emite un suspiro que, sinceramente, suena a juicio. Porque no espero a nadie. Y no puede ser Gian. No. Imposible. ¿O sí? Espero que no, porque sigo con la pinta de alguien que ha discutido con su reflejo y ha perdido.

Me levanto descalza, con el corazón golpeándome el esternón, y abro la puerta conteniendo la respiración…

Y no es Gian.

Es un repartidor con gorro rojo, sonrisa amable y la energía navideña de un elfo que ha dormido sus ocho horas. Me tiende una bolsita blanca de papel con letras cursivas y un aroma que huele a cacao caliente y algo recién horneado. Casi me echo a llorar. Por la tensión, por el olor… o porque no era Gian. No estoy segura.

—Eh… ¿Esto es para mí?

—¿Gia? —pregunta, comprobando el nombre en su móvil. Yo asiento, todavía confundida—. Entonces sí. Está pagado. Lleva una nota.

La nota está pegada con un trocito de *washi tape* navideño. Lo primero que veo, escrito con una letra grande y algo torcida que reconozco a la perfección, es un corazón dibujado a mano. Debajo:

Taza grande, mucho azúcar. Y sí: me acuerdo de las galletas de caramelo salado, pero estaban agotadas. Nos vemos mañana.

La garganta se me cierra un poco, como si de repente hubiera olvidado cómo se respira cuando alguien hace algo bonito por ti sin pedir nada a cambio. Abro la bolsa. Dentro hay una taza de chocolate caliente espeso, oscuro y todavía humeante, y una cajita de frittelle. Siento al instante ese nudo en el pecho. Y también en la tripa. Y, honestamente, en todos los lugares donde empieza a nacer el desastre de enamorarse otra vez. Sin planearlo. Sin permiso.

Cierro la puerta en silencio y me dejo caer en el sofá, taza en mano, envuelta en la manta como una versión invernal de mis emociones mal gestionadas. Antes de dar el primer sorbo, le hago una foto. Solo eso. Una imagen. De lo que acaba de hacer. De lo que significa que lo haya hecho. De lo que, seamos honestos, los dos sabemos aunque aún no lo hayamos dicho.

Gracias. No hacía falta, pero…
sí que hacía falta

Siempre sé lo que no hace falta,
pero sí hace falta

Buenas noches, Gia

Buenas noches, Gian

Tapo el móvil con la mano, como si eso pudiera amortiguar el efecto de sus palabras. Pero no. Ahí están. Rebotándome en el

pecho. Como el primer sorbo de chocolate caliente: dulces, inesperadas, peligrosamente intensas. Me dejan temblando. No mucho. Solo lo suficiente como para saber que estoy viva. Llena. Encendida.

Como si mi cuerpo (ese traidor idiota y esperanzado) acabara de recordar exactamente cómo se siente el calor justo antes de arder.

20

Gian

Lunes, 7 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Si tu plan maestro era desaparecer y dejarme aquí hablando solo con mi bandeja de entrada…, ¡felicidades! ¡Está funcionando a la perfección! Pero me temo que, si sigues sin dar señales de vida, voy a tener que asumir una de estas dos cosas:

a) Has sido secuestrada por elfos sindicalizados.

b) Me estás ghosteando con más dedicación que Netflix cancela series buenas.

Abrazo virtual,

Gian

Mi *nonna* solía decir que el amor verdadero solo llega una vez. Y lo hacía con la autoridad de quien ha sobrevivido a dos guerras, a tres partos sin epidural y al hecho de que su vecino cantara «Por ti volaré» a todo pulmón cada mañana desde 1995.

Según ella, si tenías suerte, lo reconocías a tiempo. Y si no…,

bueno, te pasabas el resto de tu vida midiendo todo con la vara torcida de aquel recuerdo: besos que no sabían igual, silencios que no abrigaban tanto y manos que no encajaban del todo.

También aseguraba que, si lo perdías, si lo rompías o lo dejabas escapar, no volvía. O al menos no con la misma cara. Ni con la misma voz. Ni con la misma risa que te hacía olvidarte de que estabas vivo en un mundo que, seamos honestos, la mayoría de las veces tenía menos gracia que una sopa sin sal.

—*L'amore vero, Gianino, non fa rumore. Ma resta* —decía con las pinzas de tender entre los dientes y el sol del Adriático transformando su pelo en hilos de oro viejo. Y lo hacía en voz baja. No sé si por pudor o porque hasta los secretos se volvían más soportables en la intimidad—. *Io ho amato tuo nonno*. Solo a él.

Ella había amado a mi abuelo desde los quince años. Punto. Fin. Caso cerrado. Y yo la creía. Porque él murió joven, lo suficiente para que su recuerdo no tuviera arrugas ni reproches. Y ella vivió cincuenta años más, con el anillo puesto y el corazón cerrado a cal y canto. Como si dentro no hubiera espacio para un segundo intento. Como si no hicieran falta segundas temporadas cuando la primera había sido un clásico.

Yo solía pensar que exageraba. Que era cosa de generación. De romanticismo vintage, como las postales bordadas o los pañuelos con iniciales. Pero ahora… Ahora no estoy tan seguro. Ahora me pregunto si tenía razón.

Recuerdo que una tarde, hace ya muchos años, mi *nonna* me regaló una historia de esas que se te quedan pegadas al pecho como el olor a salsa de tomate en la ropa. Estaba cosiendo, y me miró con sus ojos de saberlo todo.

—¿Conoces a Paolo y Francesca?

Yo tenía diez años. Mi universo se limitaba a los cromos de

fútbol, los dibujos animados y el turrón de chocolate. Pero a ella le daba igual.

—Él era el hermano del esposo de ella —continuó, ya sin esperar respuesta—. Y se enamoraron. ¡Dios mío, cómo se amaron!

Lo dijo con una pasión que me dio hasta miedo. Porque, si mi abuela —metro y medio de galletas de mantequilla y rezos a la Virgen María— hablaba del amor como si fuera dinamita, entonces tal vez lo era.

—Pero, en aquellos tiempos —siguió, mordiéndose las palabras como si le dolieran—, el amor no era libre. Y los mataron. Juntos. Dante los puso en el Infierno, claro. En el círculo de los lujuriosos. Pero escucha esto, tesoro: él escribió que ni en el castigo eterno se soltaron de la mano. Ni con el viento del infierno, ni con la condena, ni con el dolor. Siempre se quedaron juntos.

Se le quebró la voz. Y yo la miraba con esa solemnidad de niño que no entiende, pero intuye que está presenciando algo importante. Que hay que guardar. Que quizá sirva para más adelante.

—¿Y no te parece eso más fuerte que cualquier cielo? —susurró, con los ojos brillando como si ella también estuviera dentro de ese viento eterno—. Que ni Dios ni el miedo ni el tiempo puedan separarles. Que el amor de verdad se quede, incluso donde no hay perdón.

Entonces no entendí absolutamente nada.

Pero ahora sí.

Ahora entiendo demasiado.

Mi *nonna* no hablaba del amor como de un incendio que lo arrasa todo y luego se apaga en humo. No. Ella hablaba de lo que queda cuando el fuego ya no impresiona: las brasas que siguen ahí, tibias, persistentes, incluso bajo un montón de ceniza. De la clase de

amor que sobrevive a los silencios largos. A las despedidas mal hechas. Y yo no sé si todos tenemos derecho a vivir eso una sola vez. Tal vez hay historias que no se rompen: solo se interrumpen. No para desaparecer, sino para regresar cuando hemos aprendido a contarlas de otra forma. Cuando ya no mentimos. Cuando ya no huimos.

Hoy, con los nervios subiéndome al cuello, quiero creer que mi *nonna* tenía razón. Que el amor, si es verdadero, no se va del todo. Se esconde. Se calla. Espera a que dejes de hacer el idiota. Y entonces vuelve. Con otra canción de fondo, quizá. Pero con la misma forma de decir tu nombre.

No sé si lo mío con Gia es eso que ella llamaba amor verdadero. Pero lo sospecho. Porque, cuando la veo, no hay tregua. El cuerpo me traiciona. La voz se me rompe. Me enfado por cosas pequeñas. Me asusto por cosas grandes. Digo lo que no quiero. Me callo lo que arde. Y, sin embargo, me quedo. Siempre me quedo. Porque, aunque a veces no sepa mirarla sin que me duela lo que fuimos, sigue siendo la única casa a la que volvería con los ojos cerrados.

He intentado olvidarla. He llenado agendas. Cambiado de idioma, de ciudad, de nombre en el timbre. He contado mis pasos como si poner kilómetros de por medio fuera lo mismo que sanar. Pero no he vuelto a tocar otra piel. No he vuelto a decir «te quiero» sin que, en el fondo, fuera para ella. Me he repetido mil veces que ya no dolía. Y luego me ha bastado escuchar su nombre para que todo dentro de mí se pusiera de pie. Ninguna ausencia ha pesado tanto como la suya. Ningún silencio ha hecho tanto ruido.

Entonces me pregunto: ¿cuántas veces se puede arruinar lo que amas antes de perderlo de verdad? ¿Cuánto daño puede soportar una historia sin romperse del todo? ¿Y cómo se aprende a cuidar lo que duele precisamente porque importa?

No tengo respuestas, solo certezas pequeñas. Como esta: que esta vez quiero hacerlo bien. No perfecto. No de película. Solo bien. Desde el miedo. Desde ese lugar incómodo donde uno se quita las armaduras, pide perdón sin trampa y escucha de verdad. Y mañana no quiero un final. Quiero un comienzo. Y si ella me deja… Si todavía hay un sitio en su mesa para lo que fuimos, lo que somos y lo que podríamos ser… Voy a sentarme. Y a quedarme. Aunque me tiemble todo. Aunque me duela todo. Aunque esta sea la última oportunidad. Voy a quedarme. Para siempre.

Es en ese preciso instante, como si me hubieran estado escuchando, cuando llega un correo. Y algo en mi pecho se aprieta y se expande al mismo tiempo. Por fin la Srta. Santa Clausura ha vuelto. Y lo que estoy a punto de leer no es solo un mensaje. Es la esperanza de que todo lo que temí perder todavía puede tener un sitio. Que lo que ha esperado en silencio durante meses, quizá años, finalmente respira frente a mí otra vez.

> Querido Gian:
>
> Perdón por no haberte contestado antes. Los casos emocionales complejos requieren cierta burocracia del alma. Y a veces una simplemente necesita esperar. A que la respuesta se ordene sola en el pecho. A que el miedo se calle. A que el corazón se atreva…
>
> Pero sí: Gia ha aceptado tu cena de clausura (o de lo que sea que estemos intentando no nombrar). Confirmo su asistencia con todos los honores. Y, por supuesto, con menú personalizado. Todo está preparado. La mesa está puesta, el mantel está bien planchado y hay un sitio reservado para eso que solo se dice cuando una ya no tiene miedo de escuchar la respuesta.
>
> Solo me queda desearte suerte y darte las gracias por insistir sin empujar. Por esperar sin exigir. Por quedarte cerca cuando todo en ella pedía distancia. Por recordar que hay esperas que también son formas de amar.

Deseo para vosotros que mañana no empiece nada. Ojalá continúe todo.

Por si no volvemos a hablar: felices fiestas, Gian. Feliz Navidad.

Con cariño, y «A Mezzanotte (Christmas Song)» de Elettra Lamborghini sonando de fondo,

Srta. Santa Clausura

21

El Espíritu de la Navidad

El 8 de diciembre de 2020, yo no solo estuve en Manarola abrazando corazones vulnerables que, pobrecitos míos, se descubrían solos por primera vez en años. No. Vamos a ver, soy el Espíritu de la Navidad. En el fondo, mi verdadero cometido es acudir justo a donde hace falta. Donde el amor se queda callado, la nostalgia pesa más que un abrigo mojado y la ausencia se mastica en el aire hasta hacerlo espeso. Y creedme: aquella noche en la colina de Manarola no era el único sitio donde alguien sentía un vacío imposible de nombrar.

Así que crucé cielos cubiertos, me deslicé entre nubes densas sobre el canal de la Mancha y entré, silencioso como la brisa, en un pequeño piso de ladrillos rojos en el norte de Londres.

Allí estaba él. Gian. Sentado en el suelo, con la espalda hundida contra el sofá, como si hasta eso le pesara. A su lado había una manta arrugada que jamás llegó a usar, y sobre la mesa, una taza de té abandonada, muerta de frío, como si solo la hubiera preparado para fingir normalidad. Como si quisiera engañarse con un «estoy bien, todo bajo control».

Pero no lo estaba.

El árbol parpadeaba con luces flojas, cansadas, casi sintiendo la

misma añoranza que Gian. En sus rodillas estaba su portátil abierto, y en la pantalla, en directo, el encendido del belén de Manarola. Él lo miraba con los auriculares puestos, como si necesitara salir del mundo y regresar a él al mismo tiempo. Porque el corazón, cuando duele, hace justo eso: se esconde bajando el volumen de todo lo demás.

Pero aquí viene la parte jugosa —y sí, esto solo lo sé yo, porque soy quien soy y sé más secretos que el mismísimo Babbo Natale—: en sus auriculares no sonaban villancicos clásicos ni listas aburridas de plataformas. No. Gian escuchaba una playlist que él mismo había creado horas antes. Su refugio secreto. Una colección de canciones que no eran para cualquiera.

El título, queridos míos, no podía ser más revelador.

✨🎄 *Gia* 🎄✨.

Así, con dos emojis brillando a los lados. Porque, claro, escribir su nombre entero era demasiado arriesgado. Demasiado honesto. Como si incluso en la intimidad necesitara envolverlo en purpurina digital para amortiguar el golpe. Para que doliera un poquito menos.

Cada canción de esa lista era un recuerdo camuflado en forma de nota musical. Un compás que hablaba de ella aunque la letra no lo hiciera. Ahí estaba ese tema que sonó en su primer diciembre juntos, cuando bailaron torpemente bajo una guirnalda rebelde que se caía cada treinta segundos. También la canción italiana que Gia canturreaba inventándose las palabras, convencida de que sonaba divina (spoiler: no). Ariana Grande con su «Santa Tell Me», la banda sonora oficial de sus guerras navideñas contra la brillantina, que terminaban siempre con ellos decorando el árbol y riéndose hasta acabar con dolor de estómago.

Esas canciones eran más que música. Eran un mapa. Un idioma secreto. La única manera que Gian tenía de hablarle a Gia sin

escribirle. Porque no sabía cómo hacerlo. Cómo confesar que la extrañaba. Que se arrepentía. Que le dolía no haber dicho más, no haberse quedado. Así que recurría a lo único que le quedaba: un puñado de canciones guardadas como quien guarda cartas en un cajón que nunca se atreve a abrir.

Y yo, que lo observaba en esa soledad suya tan testaruda, entendí que a veces el amor se reconoce en lo no dicho. En lo que se guarda. En los gestos minúsculos que parecen insignificantes, pero que en realidad son gritos disfrazados. Como la forma en que alguien sigue encendiendo luces para la persona que ya no está. Y Gian lo hacía a su manera. Callado. Torpe. Dolorosamente sincero. Poniéndole su nombre a una playlist navideña. Abriendo YouTube para ver un belén encendiéndose a cientos de kilómetros. Cerrando los ojos con los auriculares apretados cuando una imagen, una canción o una simple luz le recordaban que, sí, todavía la amaba.

Le temblaba un poco la pierna izquierda. No de frío (aunque, sinceramente, el suelo de Londres tampoco ayudaba), sino de espera. De esa ansiedad contenida que solo tienen los que buscan algo… o a alguien. La cámara se paseaba por el público: turistas con gorros de lana mal puestos, niños subidos en los hombros de sus padres, parejas acurrucadas como si fueran a derretirse de amor, señoras grabando con los dedos congelados… Y Gian ahí, repasando cada rostro como quien busca una aguja en un pajar. Desesperado. Paciente. Esperando que ocurriera lo improbable: verla. A Gia. A su Gia.

Y entonces pasó. El instante. Ese que parece inventado, pero no lo es. La cámara giró hacia un banco conocido y, por un segundo, ella estaba ahí, junto a su *nonna*. Silueta reconocible a la velocidad de la luz. Porque el corazón, queridos míos, siempre reconoce primero. Mucho antes que la mente.

No dijo su nombre. No lo necesitaba. Se limitó a contener la respiración y luego a suspirar como quien descarga meses de culpa de golpe. Y le dio al botón de replay. Una, dos, tres veces. Rebobinar. Pausar. Ampliar. Buscar. Como si pudiera atravesar la pantalla y sentarse ahí mismo, junto a ellas, en ese banco en la colina de Manarola.

Y yo… Yo me senté a su lado. Invisible, sí, pero presente. Le puse la mano en el hombro (tranqui, no soy de los que dan escalofríos fantasmales), y con ese gesto le dije lo que él no quería escuchar: que no estaba solo. Que incluso en los silencios más espesos siempre hay algo, o alguien, que permanece. Que el amor es cabezón, y, aunque se tope con montañas y océanos, de vez en cuando se las apaña para encontrar un camino de vuelta a casa.

El problema es que vosotros, los humanos, a veces os olvidáis. Creéis que la Navidad es solo alegría embotellada: lucecitas en ventanas, brindis con cava barato, carcajadas alrededor de una mesa, papel de regalo arrancado con ansia y canciones que Spotify insiste en repetirte. Pero no. La Navidad también es eso que duele. Es la silla vacía que grita más que todas las ocupadas. Es el mensaje que no llega aunque mires el móvil diez veces en un minuto (sí, te estoy mirando a ti). Es ese nombre que se traga porque decirlo sería como romperse en mil pedazos. La Navidad es todo eso que recordáis. Lo que se perdió. Lo que todavía se espera. Y, sobre todo, lo que se desea con esa intensidad que da miedo, porque desear tanto es admitir que falta.

Esa noche me quedé un rato más con él. Al fin y al cabo, tengo debilidad por los corazones en carne viva. Lo acompañé mirando la pantalla, escuchando esa playlist que, aunque se empeñara en disimularlo con villancicos y coros poperos, solo repetía un nombre.

Gian tampoco lloró. Pero estaba roto. De esa forma callada y

ferozmente honesta en la que solo se rompe quien ha amado de verdad. Igual que ella. Pero —y aquí está el giro, mi parte favorita— él también estaba cambiando. Aunque no lo supiera. Aunque todavía no pudiera verlo. Porque cada herida, incluso la más profunda, es también una grieta por la que se cuela la luz. ¿Y sabéis qué tiene la Navidad de especial? Que, cuando uno se atreve a mirarla de frente (lo que fue, lo que falta, lo que escuece), también empieza a abrir hueco para lo que puede venir.

Ese 8 de diciembre, mientras las luces del belén parpadeaban en la pantalla de su portátil, algo volvió a encenderse dentro de él. No una bombilla gigante de feria ni una certeza fulminante. Pero sí una chispa. Un latido nuevo. Un hilo invisible que, incluso a cientos de kilómetros de distancia, seguía uniéndolo a ella. Y eso, queridos míos, también es la Navidad.

No solo lo que celebramos con cava y purpurina, sino lo que seguimos esperando, aunque nunca lo digamos en voz alta. Lo que soñamos, aunque vayamos de cínicos. Lo que, en el fondo, nos mantiene vivos, aunque juramos que no creemos en milagros.

22

Gia

Martes, 8 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

No sé si estoy escribiendo a una experta en cierres o a una santa patrona del «mejor solos que mal acompañados», pero necesito tu ayuda. Mi relación ha entrado oficialmente en modo villancico triste: «Y en vez de amor me trajo ansiedad… la Navidad… Lalalalala…».

He intentado hablarlo. Él ha intentado ignorarlo. Yo quiero paz, él quiere PlayStation. Así que, si aún tienes una mesa libre…, resérvame una cena de clausura, por favor. Y gracias por existir. Y por evitar que le deje una nota en el calcetín junto a los bastones de caramelo.

Fdo.: Lúcida, signo Sagitario y cero unidades de paciencia

El vestido negro no hace milagros, pero casi. Y esta noche yo necesito un maldito milagro con cremallera invisible.

Me lo pongo despacio, como si al deslizar la tela por mis caderas pudiese, de paso, reconfigurar mi estado emocional. Aunque en realidad no es más que un pedazo de satén, pero el efecto es inmediato: mis piernas parecen más largas; mi pecho, más decidido

(gracias, sujetador push-up, no sé si te quiero o si te tengo miedo), y mi dignidad…, bueno. Esa sigue secuestrada desde los mensajes que no debería haber releído a las tres de la mañana.

Me miro en el espejo. Otra vez. Quinta ronda. Giro. Giro otra vez. Me recojo el pelo. Me lo suelto. ¿Y si me hago un moño? ¿Y si me lo plancho? ¿Y si me rindo? Me observo con los ojos entrecerrados, como si eso fuese a mejorar algo. ¿Me he pasado con el eyeliner o parezco una *femme fatale* con alergia a todo lo que no sea misterioso?

—Gia. Respira.

Me lo digo a mí misma, claro. Porque no hay nadie más en el baño. Nadie humano. Solo yo, mi reflejo y el estrés, que ha venido a acompañarme, como siempre. Puntual. Insoportable. El vestido se ajusta contra mi piel y me acuerdo de que debajo llevo lencería bonita. De la cara. De la que una se pone cuando quiere fingir que está bien. O cuando sospecha que podría terminar medio desnuda en un sitio insospechado. No es que vaya a pasar, pero hay que estar preparada. Por si el universo se pone juguetón.

Cojo el abrigo, las llaves, el pintalabios, el móvil y el corazón. Aunque ese último ya está desbocado y sin cinturón de seguridad. Cierro la puerta tras de mí. Exhalo. Respiro. Lo intento. Y salgo del portal como si me hubieran dado cuerda.

—Tranquila —me susurro mientras busco el coche, con el abrigo apretado contra el pecho—. No es una cita. Es solo… ¿Qué es esto? Una reunión diplomática con tu exvida sentimental. En un belén viviente. Con cien mil lucecitas led de testigos. Y probablemente algún coro infantil cantando villancicos mientras tú finges que no quieres llorar o comértelo a besos. Nada intimidante. Para nada.

Subo al coche. Turrón y Suchard me miran desde la ventana como si estuvieran viendo el tráiler de una película de terror. Les

lanzo un beso antes de girar la llave. Y la radio decide que es el momento perfecto para apuñalarme sin previo aviso porque está sonando Eros Ramazzotti.

Otra como tú no hay…

—No me jodas, Eros. Cállate.

Cambio de emisora, pero es un error, porque entonces ahí está Laura Pausini con su «Se fue». Perfecto. Apago la radio de un manotazo y solo oigo mi respiración, demasiado rápida. Mis manos se aferran al volante y mi cerebro comienza a generar escenarios catastróficos a velocidad absurda. Así que enciendo el motor y me fuerzo a pensar en otra cosa.

Siempre me ha gustado el camino hacia Manarola. Tiene algo de serpiente perezosa y caprichosa, con sus curvas estrechas que se enroscan en la ladera como si la carretera estuviera jugando a hacerse la difícil. A un lado, el mar, brillante. Esta noche especialmente. La luna se refleja en él como si fueran amantes reencontrándose, y de pronto el agua parece un espejo emocionado. O una promesa.

Llego a la rotonda, giro hacia la SP370, y ahí está: el cartel de Manarola. Blanco, sobrio, implacable. En lo alto de la colina ya se adivinan los hierros negros: la estructura que, en cuanto caiga la noche, se convertirá en un milagro eléctrico. El belén de Mario Andreoli. Miles de bombillas. Figuras hechas con botellas de plástico, ruedas viejas, retales… Una natividad reciclada y luminosa que trepa por las terrazas del viñedo como si la esperanza tuviera piernas y quisiera escalar.

Poco a poco, el tráfico se ralentiza. Hay voluntarios con chalecos fosforitos que dirigen a los coches. Nadie se salta sus indicaciones. Nadie quiere ser la persona que arruine el encendido del belén. Sería socialmente equivalente a tirar un árbol de Navidad en mitad del

Vaticano.

Después de una guerra fría silenciosa con una señora de unos cincuenta años, consigo aparcar en el aparcamiento de siempre, justo al lado de la barrera. Me miro en el retrovisor. El eyeliner sigue donde debería. El pintalabios también. Lo que no está donde debería es mi corazón, que se ha mudado a la garganta y late con demasiada fuerza. Como si quisiera salir antes que yo. Asomarse, encontrar a Gian y susurrarle: «Mírame. Todavía soy tuyo».

Me bajo del coche con mi vestido negro y mis botas cowboy rojas de tacón. Diecisiete centímetros. No son una elección sensata para un pueblo colgado de una colina medieval, lo sé, pero justamente hoy no estoy aquí para ser sensata. Me pongo el abrigo, me ajusto la bufanda como si eso pudiera sostenerme y empiezo a bajar a pie por el túnel que lleva al centro. Hay gente por todas partes. Niños con gorros de reno. Señoras con termos llenos de *vin brulé*. Parejas con las manos entrelazadas. Y yo. Yo y mi estómago en modo centrifugadora.

La iglesia de San Lorenzo está iluminada con esa luz que no es ostentosa pero sí importante. Como si supiera que está a punto de pasar algo. La campana lo confirma en un tono de advertencia. Y entonces el banco de siempre aparece ante mí como un fantasma familiar. Ahí está. En su sitio. En el mirador. Con la barandilla un poco oxidada. Con la vista perfecta. El escenario preparado. Para el belén. Para la cuenta atrás. Para todo lo que todavía no ha pasado…, pero podría pasar.

Ahí era donde nos besábamos. Donde discutíamos por tonterías. Donde prometimos estar siempre juntos. Y donde él dejó un espacio vacío los últimos años que nadie, ni siquiera yo misma con un título universitario en Psicología, ha sabido llenar. Pero el banco sigue ahí. Y Gian también.

Lo veo antes de que él me vea, y algo dentro de mí, algo que había estado dormido, anestesiado, escondido debajo de capas de ironía y pintalabios rojo, se despereza y empieza a latir de verdad. Está sentado exactamente en el centro, con las manos en los bolsillos del abrigo y la bufanda subida hasta la nariz, escondiéndose un poco del mundo. Tiene el pelo un poco más corto, pero igual de revuelto, y esa manera tan suya de mirar a la nada: fija, callada, casi interrogativa, como si esperara que el vacío, por cortesía o por experiencia compartida, le respondiera. Como si llevara rato hablando con él en silencio.

Doy entonces el primer paso. Uno pequeño. Lo justo para oír cómo cruje la losa húmeda bajo mis botas. Y luego doy otro. Cuando por fin levanta la vista, no es solo él quien se gira hacia mí. Es como si el pueblo entero contuviera el aliento. O quizá es solo el viento que se arremolina con disimulo, o la Navidad calentándose los motores antes del gran encendido. O mis oídos, que se han convertido en una habitación cerrada donde solo resuena mi voz. O lo que queda de ella.

—Hola.

Él sonríe. Despacio. Despacio con esa sonrisa suya que me desarma, me licua, me convierte en una versión tibia y desordenada de mí misma.

—Ya pensaba que no ibas a venir —dice, casi con tranquilidad. Como si no fuera consciente de que llevo dos días preparándome para esto. Dos días, tres cambios de ropa, un ensayo de diálogo en el espejo que ha terminado con Turrón y Suchard mirándome con cara rara, y una batalla encarnizada contra todas las inseguridades que se activan cuando el pasado llama a tu puerta con cara de Gian —. Pero… aquí estás.

Alguien empieza a contar en gritos: *Dieci, nove, otto…*, y la

gente se le une, coreando en italiano. Y yo… Yo no puedo decir ni un número. Literalmente. Estoy muda. Porque mis números no están contando hacia atrás. Están contando cosas. Uno: Gian. Dos: Gian con esa bufanda ridícula que me parece preciosa y que yo le regalé. Tres: Gian con ese abrigo que le queda escandalosamente bien. Cuatro: Gian y su voz. Cinco: Gian y su olor, incluso desde aquí. Seis: Gian y su manera de estar ahí, quieto, como si eso fuera fácil. Siete: Ya basta, Gia. Céntrate.

Él se pone de pie y me cede el sitio. Así. Como si no fuera uno de los gestos más caballerosos, dulces y devastadores del universo. O como si no estuviera reescribiendo nuestra historia con algo tan simple como apartarse y ofrecerme su lugar.

—Está caliente. Y extradulce —me dice, tendiéndome un vaso de lo que sospecho que es chocolate caliente—. Como te gusta. Desde que me lo confesaste, no me he olvidado. Fue después de aquella caminata interminable en la que acabamos perdidos, empapados, tú con los pies mojados y aun así empeñada en comerte un cannoli sentada en una terraza. Y en pedir un chocolate. Con triple de azúcar. «Para compensar», dijiste. ¿Te acuerdas?

Sonrío. Primero, porque algo en mí adora que nos recuerde tan abiertamente, y segundo, porque me he equivocado: claramente está nervioso.

—Sí. Sí, claro que me acuerdo. Me acuerdo de todo. O sea…, no de todo. No soy una especie de archivo emocional con patas. Pero de eso sí. Y… no es que siempre lo tome así, ¿eh? A veces lo pido sin azúcar. O con leche vegetal. O…, bueno, depende del día. Pero ahora mismo me viene bien. Me viene muy bien. Lo caliente. Y lo dulce. Y… gracias.

Me muerdo el labio. Me obligo a no huir. Me obligo a no temblar. A quedarme. A no echar a correr aunque me tiemblen hasta las

pestañas.

Tre, due, uno…

Los fuegos estallan. Y yo también. Pero por dentro.

La colina se enciende. Explota en luces y formas. San José. La Virgen. Las ovejas. Los pastores. Un río entero de bombillas que cae en cascada por las terrazas, y todo el pueblo aplaude como si acabáramos de ganar la Champions y la lotería el mismo día. Yo miro el belén. Y sí, es precioso. Pero luego lo miro a él y me doy cuenta de que, por muy espectacular que sea la Navidad, el verdadero problema (y la verdadera magia) está sentada a mi lado, con los ojos brillando con esa mezcla exacta de nostalgia y futuro que me rompe por dentro. Y me arma también.

Nuestros muslos se tocan por accidente (o no), y en medio, la noche. La colina. Las luces. La Navidad con su escenografía deslumbrante. Y nosotros dos. Silenciosos. Con la tensión flotando como una nota alargada que nadie se atreve a soltar. Alrededor, el mundo sigue sin pedirnos permiso. Una pareja suspira detrás de nosotros. Unos niños se ríen mientras juegan con las sombras alargadas que las luces proyectan sobre el muro. Una señora grita: «¡Bomboloni calientes!», y, desde algún rincón lejano, una versión instrumental de «Tu scendi dalle stelle» flota en el aire como una postal sonora enviada desde otra vida.

—¿Lo has visto este año?

—¿El qué?

Tardo un segundo en procesar a qué se refiere, pero aun así espero a que conteste. Él no me mira. Sigue con la vista clavada en la ladera. En el belén. En todo y en nada.

—El burrito.

Y me atraviesa. Así. Sin anestesia. Me encojo un poco, por instinto. Por memoria. Por algo que no puedo nombrar y que, sin

embargo, me conoce mejor que yo misma.

—Ah. No. Hace años que no lo veo. Aunque creo que, por un momento, me ha parecido que parpadeaba algo ahí donde solía estar. Como una sombra. Una silueta entre las luces. Pero también podría haber sido mi imaginación, ¿sabes? A veces veo cosas. O quiero verlas. No lo sé. Es como cuando te quedas mirando al mar y de pronto te parece que hay una figura humana entre las olas, pero luego parpadeas y era solo espuma. Y sombras. Y mi cabeza, que a estas alturas ya es más romántica que racional…

Él no responde, pero sonríe. Y entonces se mueve. Despacio. Con una lentitud casi reverente. Como si cada gesto tuviera peso. O historia. Se gira hacia mí, mete la mano en el bolsillo interior de su abrigo y saca la cartera. Su cartera. La de cuero desgastado que lleva desde que éramos dos idiotas con sueños grandes y cero planes de respaldo. Y, de entre los billetes arrugados, los tíquets viejos y la foto de su *nonna* de joven, saca algo. Un trozo de papel doblado tantas veces que parece haber sobrevivido a más cosas que yo. Me lo tiende, sin decir una sola palabra, y yo lo cojo, con las manos que me tiemblan un poco. Con el corazón que me tiembla mucho.

Lo despliego con cuidado. Con ese cuidado exacto que se tiene con las cosas que importan. Con las que duelen. Y ahí está.

El burrito.

Nuestro burrito.

Dibujado a lápiz. Torpe. Tierno. Desproporcionado. Con orejas demasiado grandes y patitas que no encajan del todo. Hecho por la Gia de hace mil años. En una de esas tardes tontas y frías, cuando tenía miedo de que Gian hubiese dejado de verlo. De verme. Y por eso lo dibujé. Para él. Para recordárselo. Para recordarme. Y ahora está aquí. En mis manos. Arrugado. Sobreviviente. Real. Y yo no

puedo hablar. No puedo. Porque todas las palabras se me deshacen apenas intento pronunciarlas. Porque el aire se ha llenado de algo denso, como una verdad que por fin sale de donde estaba escondida. No digo nada. Solo lo miro. Él me mira a mí. Y lo entiendo todo.

Ese burrito no es solo un dibujo. No es un garabato cutre hecho con un lápiz mordisqueado y líneas toscas en un papel de libreta. No es una chorrada infantil. No es una tontería. O, bueno, sí. Sí lo es. Es una tontería. Pero es nuestra tontería. Un símbolo involuntario de todo lo que fuimos y de todo lo que no supimos decir nunca en voz alta porque teníamos miedo. O porque no sabíamos cómo. O porque hablábamos idiomas distintos, pero pensábamos que el amor bastaba para traducirnos.

Ese burrito es una especie de código secreto. Un mapa. Una brújula emocional que no apunta al norte, sino a nosotros. Es una forma de decir: aquí estuve, esto sentí, esto te di, aunque no lo dijera con palabras bonitas ni lo supiera envolver bien. Y él lo guardó. Lo ha tenido guardado todo este tiempo.

—Te lo devuelvo —dice, sin apartar los ojos de los míos—. Para que puedas volver a verlo tú ahora.

Parpadeo, porque, si no lo hiciera, creo que se me saldrían las lágrimas como en las películas dramáticas de Netflix. Gian me mira, me mira de verdad, y esta vez sus ojos buscan los míos con la calma de quien ha esperado mucho, muchísimo, y aun así, no tiene prisa. Como si supiera que este momento es delicado. Frágil. Irrepetible.

—A veces hace falta que te devuelvan lo que diste para recordar que sigue siendo tuyo.

El burrito tiembla en mi mano. O eso creo, aunque la verdad es que la que tiembla soy yo. Me tiembla el pulso. Me tiembla el pecho. Me tiembla el pasado entero que vuelve como una ola que no pide

permiso. El viento sopla desde la colina. Las luces del belén no parpadean. Pero yo sí. Por dentro.

—Gian…

No sé cómo preguntarle por qué lo guardó todo este tiempo. Por qué lo guardó cuando ya no había un nosotros. Por qué lo mantuvo doblado entre tíquets viejos y fotos familiares mientras yo pensaba que él me había borrado. Que me había apagado. Pero él lo sabe. Me lo ve en la cara. En las pestañas que tiemblan, en la boca que no acaba las frases. Y contesta antes de que me atreva.

—Sí —dice—. Todo este tiempo. Desde que me lo diste cuando eras una cría.

Se ríe. Un poco. Apenas. Como si tuviera miedo de romperme con ese sonido.

—Lo guardé por si algún día necesitaba verlo. Y… Dios sabe lo mucho que lo he necesitado estos años.

Entonces, me cubre los dedos con los suyos. Y es como si apretara no solo mi mano, sino todo lo que soy. Lo que fui. Lo que todavía no me atrevo a decirle. Me aprieta como quien dice: «Tranquila, aquí estoy, todavía estoy». Sin embargo, el vacío de todos estos años sigue en alguna parte de mí, sonando de fondo.

—¿Por qué me has pedido que venga? —pregunto. Y lo hago sin mirarlo—. O sea, no aquí aquí. Sé que esto es lo de siempre, el 8 de diciembre, nuestra tradición absurda y preciosa, ya sabes…, la que inventamos cuando aún pensábamos que podíamos con absolutamente todo. Pero no me refiero a eso. Me refiero a esto. A nosotros, Gian. Han pasado cinco años. Cinco. Y te fuiste así, sin más. Como quien apaga una luz y no vuelve. Entonces dime, por favor… ¿Por qué me has pedido que venga?

—Porque hay cosas que solo se encienden una vez al año. Y otras que, aunque parezcan apagadas, siguen ardiendo. Por dentro.

Aunque nadie las vea. Aunque uno intente olvidarlas. Y porque tenía que saber si lo nuestro aún respondía a la luz. Si aún podía encenderse. Si todavía tenía un interruptor.

Volvemos a quedarnos en silencio. Pero no es el de antes. Este es distinto. Este es el tipo de silencio que se te mete dentro cuando todo lo demás hace ruido. Tomo un sorbo de chocolate. Me quema la lengua. Bien. Perfecto. Me lo merezco. Pero también me ayuda. Me descongela. Me da calor justo donde más lo necesito: en el pecho.

No tengo respuestas. Pero tengo eso. Un sorbo. Una pausa. Un latido. Y, por primera vez desde que Gian ha vuelto a Manarola, siento que puedo respirar. Una respiración de verdad. No de las automáticas. Una de esas que duelen al entrar, pero que también te devuelven el alma al cuerpo.

—Estoy nerviosa —le aviso—. Mucho. Más que la primera vez. Más que todas las veces juntas. Y eso que hubo muchas, ¿te acuerdas? Porque claro que te acuerdas, tú no te olvidas de nada, y yo menos. No podría aunque quisiera. Y no es solo por el sitio. Ni por el belén. Ni por la fecha. Ni por el frío. Es por ti. Porque estás aquí. Así de cerca. Así de… tú. Y porque yo también estoy aquí. Y eso es mucho. Significa que me he movido. Que he dejado de huir. Que he aceptado que puede que esto me rompa otra vez. Pero he venido, Gian. He venido. Y eso… Eso tiene que contar, ¿no? Aunque me tiemblen hasta las pestañas y me esté tragando todas las palabras que no me atrevo a decir en voz alta.

—Claro que cuenta —dice, como si me leyera la duda antes de que yo la formulase. Y luego hace una pausa. Una de esas que sabes que vienen con doble intención—. También cuenta que te hayas puesto ese vestido negro. —Baja la mirada un segundo. Y me recorre. Entera. Sin tocarme. Solo con los ojos, pero lo siento como

si me acariciara la piel con la yema de los dedos, con la memoria—. El de las decisiones importantes —añade, con esa voz tenue que se me mete por la espalda y se instala entre las costillas como si fuera el calor de una chimenea—. Sigue quedándote de muerte.

Me río. O lo intento. Es ese tipo de risa que se te escapa cuando ya no sabes si estás a punto de llorar o de besar a alguien. Esa risa temblorosa, como un globo que se desinfla justo cuando estás intentando atarlo.

El belén sigue encendido. Las figuras parecen diminutas desde aquí, pero cada una está donde debe estar. Un pastor a la izquierda. Una oveja torcida a la derecha. La Virgen, san José. El burrito que no estaba, pero ya otra vez sí. Todo. En su sitio. Y yo respiro hondo.

—Entonces… —digo, sin mirarlo, pero sabiendo exactamente cuánto espacio hay entre su pierna y la mía—. ¿Nos quedamos a ver cómo se apaga?

—No —responde. Y esa palabra me pega un susto en el corazón. Pero entonces añade—: Nos quedamos a ver cómo sigue encendido.

Y lo dice así. Sin dramatismo. Sin énfasis. Sin música de fondo. Pero yo… Yo escucho fanfarrias. Porque sé exactamente lo que quiere decir. Sé lo que está escondido ahí dentro. Lo que sus palabras no dicen, pero sienten.

Lo difícil nunca ha sido encender algo.

Lo difícil siempre ha sido no dejar que se apague.

23

Gia

Martes, 8 de diciembre de 2026

Querida Sñorita Santa Clausura:

Yo le escrivo porke estoi mui apurao. Tube un error con mi mujér y eya no me kiere perdonar. Yo le pido por fabor k usted me eche una manita para ke mi mujér me perdone i buelva a kererme komo antes. Se lo ruego de korazon, no me deje solo en esta.

Su cliente ke la necesita,

Kevin

No hablamos en todo el camino hasta la Trattoria dal Billy.

Ni una palabra. Cero.

Caminamos uno al lado del otro, bajando por las callejuelas empinadas, con las luces navideñas colgando de balcón a balcón como si intentaran envolvernos a la fuerza en un espíritu festivo. Yo intento no tropezarme con las losas irregulares, o con mis pensamientos. Gian lleva las manos en los bolsillos. La bufanda le tapa medio rostro, pero no los ojos. Esos van fijos en el suelo. O en mí. O en lo que sea que no se atreve a decir. Parece que esté

contando algo. Los pasos. Los errores. Las veces que ha querido rozarme la mano y no se ha atrevido.

Entramos en Dal Billy y el calor me golpea la cara como una bofetada. Huele a mar. A tomate caliente. A ajo. A albahaca. A masa horneada. Y también, de alguna forma, a otro diciembre más simple. A uno de hace mil años. Cuando las cosas parecían fáciles. Cuando nosotros parecíamos fáciles.

El dueño, un hombre mayor que se pasa de vez en cuando para vigilar a los trabajadores, nos saluda con esa sonrisa que mezcla el «bienvenidos» con el «sabía que volveríais algún día aquí juntos». No nos pregunta nada. Solo gira sobre sus talones y nos lleva a nuestra mesa. A la de siempre. La que está en el nivel superior, cerca del ventanal. La que tiene vista directa al pueblo, a las luces, a la colina encendida, al mar que parpadea como si también recordara cosas.

—Supongo que te habrá parecido raro que le pidiera ayuda a una desconocida para esto. Pero… quería que fuera especial.

Parpadeo. Lo miro. Y durante un microsegundo se me ocurre que este podría ser el mejor momento para decirle: «Ah, no te preocupes. Si la Señorita Santa Clausura soy yo. ¡Sorpresa!». Pero no lo hago.

—Bueno, sí, un poco raro me ha parecido, para qué te voy a mentir. O sea, recibo una carta. Escrita a mano. En un sobre rojo de terciopelo que parece sacado de una boutique navideña de lujo. Con papel reciclado de alta gama y una caligrafía sublime. Firmada por una tal «Señorita Santa Clausura». —Hago comillas con los dedos y todo, como si necesitara más teatralidad—. Y encima me dice que tú le has pedido ayuda para organizar esto. Una cena. Una «cena de clausura o lo que sea». —Vuelvo a hacer comillas con los dedos—. Y, claro, ¿yo qué iba a hacer? ¿Decirte que no? ¿Mandarte a la mierda?

¿No venir? Pues claro que no. Porque, cuando una recibe una carta con su nombre dentro de un corazón dibujado en rojo, pues una va. Y se pone el vestido. Y las botas. Y el alma. Y baja hasta el fondo del belén si hace falta.

Tomo aire, exhalo y bajo la mirada al mantel, por si se me ha caído ahí la dignidad. Hay un brevísimo silencio, y entonces él se ríe. Una risa bajita. Casi muda. Como si tuviera que mantenerla escondida. Como si le hiciera gracia la forma en que me derrumbo verbalmente y, a la vez, le doliera un poco. Y yo lo miro. Y de pronto no sé si quiero abrazarlo, gritarle o pedirle que vuelva a escribirme otra carta. Tal vez todo a la vez.

—Pero —continúo, señalando con un gesto amplio la mesa, la trattoria, el vino, la vista, a nosotros— no tengo muy claro que esto sea eso. Una clausura. Ni ella lo tenía claro cuando me escribió. Porque la carta que me envió de tu parte… no sonaba a despedida. Sonaba a algo distinto. No sé a qué, exactamente, pero no a un final. No aún. Y… me gustaría que me lo dijeras tú, Gian. Sin intermediarios. Solo tú.

Él baja los ojos por un segundo. La recupera. Y entonces veo algo. Algo que tiembla detrás de su gesto tranquilo. Una grieta. Una duda. Un dolor. Se apoya en los codos y se inclina levemente hacia mí, sosteniéndome la mirada con esa firmeza suave que siempre ha tenido, como si pudiera agarrarme el alma sin tocarme la piel.

Está a punto de hablar, pero justo cuando va a soltarlo, cuando va a disparar la verdad…, yo me adelanto. Porque soy así de brillante.

—Bueno, aunque… en realidad… —empiezo, torpe, atropellada, como si mis palabras llevaran tacones muy altos—. Nada. Olvídalo.

—¿Qué?

—Nada. Que… la verdad es que yo soy…

Y no me da tiempo a confesarme y decirle cuál es mi seudónimo en el trabajo. No. Porque justo en ese momento, como dictado por el destino, la escena es interrumpida por el camarero más simpático y oportuno del universo.

—*Buonasera! Tutto bene?* —dice, con una sonrisa amplia—. Les dejo la sugerencia de hoy: *tagliatelle al polpo e gambero rosso*, muy frescos. Y después, si tienen hambre, unos calamares a la plancha que están espectaculares.

Sonrío con rigidez. Gian también. Ambos en pausa vital.

—La Señorita Santa Clausura ya nos informó de que el vino sería un Cinque Terre blanco bien frío. ¿Es correcto?

Mi estómago se hace un nudo.

—Sí, correcto —responde él.

—Perfecto. Enseguida vuelvo.

Y se va. Como si no acabara de entregarnos un espacio lleno de palabras a medio pronunciar. Dejo el tenedor sobre la servilleta; no sé si por frustración, resignación o por evitar que acabe incrustado en la mesa. Lo miro. E intento confesarme de nuevo.

—En realidad…

Pero no termino; me bloqueo. Me encojo de hombros. Bajo la mirada.

—Da igual. Ya te lo diré. Si llega el momento.

Él me observa, sonriendo. Una sonrisa pequeña, apenas un gesto. Pero ahí está. Y sí, esa sonrisa no debería dolerme. No a estas alturas. Pero duele. Porque también se parece a esperanza. Y eso siempre es peligroso.

Durante unos segundos largos, larguísimos, no hablamos. Yo miro el mar mientras escucho cómo alguien canta bajito una versión acústica de «Snowman», de Sia. Y Gian… Gian se inclina hacia mí. Con esa decisión tranquila que me desarma más que cualquier beso.

Como si por fin fuera a decirlo todo. Todo. Lo importante. Y yo… Yo dejo de respirar. Por si acaso el aire interrumpe lo que está a punto de pasar.

—Me fui a Londres porque era una oportunidad muy buena. De esas que no se presentan dos veces. Y también porque… necesitaba huir.

No lo dice como excusa. Lo dice como confesión. Como algo que ha estado encerrado mucho tiempo y por fin se atreve a salir.

—Necesitaba huir de ti, Gia. De lo que sentía por ti.

Levanto la vista. Me pilla desprevenida, aunque ya lo sabía. Aunque llevaba años intuyéndolo. Pero escucharlo así, con esa franqueza, me aprieta el corazón.

—No porque no fuera real. Joder, claro que lo era. Es lo más real que he tenido nunca. Pero entonces… era demasiado. Para mí, para los dos. Para la edad que teníamos. Tú… Tú eras casa. Y yo no sabía qué hacer con eso. —Me mira un segundo. Vuelve a bajar la vista. Como si no pudiera sostener lo que ve en mis ojos—. Con tanta certeza. Con esa calma. Con esa paz que me dabas.

Se muerde el labio. Juega con el borde de la servilleta. Se nota que lo ha ensayado. Pero también que no le está saliendo igual que en su cabeza.

—Y yo… Yo siempre he sido más de movimiento. De tirar hacia delante sin mirar atrás. De saltar antes de pensar. De inventarme excusas para no detenerme demasiado tiempo en un solo sitio. Y lo que sentía por ti no me dejaba moverme. Me anclaba. Me retenía —niega con la cabeza, se le escapa una risa triste, casi irónica—. Me aterraba.

Yo no digo nada. No puedo. Pero mis manos están heladas. Y no es por el frío.

—Y lo peor es que… me he arrepentido muchas veces. No de

haberme ido. Porque esa oportunidad… cambió mi vida. Cambió mi carrera y mi futuro. Estoy donde estoy gracias a eso. Y lo reconozco. No me arrepiento de haber apostado por mí. Pero sí me arrepiento de no haberte llevado conmigo. O de no haberte preguntado si querías venir. De no haber hecho el esfuerzo. —Sus ojos me buscan, esta vez con una mezcla de ternura, vergüenza y una sinceridad que duele—. Porque sé que habrías dicho que sí.

Y ahí, en esa frase, se me rompe algo. Porque es cierto. Lo habría hecho. Lo sabía entonces. Lo sé ahora. Lo habría seguido sin dudarlo. A Londres o a donde fuera. Porque a mí no me ataba nada, salvo él. Salvo esa certeza dulce y torpe que tenía cuando me miraba como si yo fuera todo lo que necesitaba.

—Y habría funcionado —dice, en voz más baja, como si también estuviera hablando para sí mismo—. Habría funcionado porque nos queríamos. Con esa intensidad salvaje de los amores jóvenes, pero con esa profundidad de los amores verdaderos de los que nos hablaba mi *nonna*. De los que no están terminados. Pero yo no me atreví. Tenía miedo. Tenía miedo de que dijeras que no. De que te quedaras aquí. De que intentáramos lo de la distancia y acabáramos como mis padres.

Se calla, y ahí me doy cuenta de que apenas me habló de ellos, de sus padres, en todos los años que estuvimos juntos. Y, cuando lo hacía, era como quien menciona un tema tabú al pasar, sin detenerse.

—Sé que lo sabes. Que sabías que me dolía. Y por eso nunca insististe. Porque tú siempre sabías cuándo no preguntar. Pero… Gia, mi padre se fue. Ellos tuvieron una relación a distancia durante años. Él viajaba. Ella se quedaba. Siempre esperándolo. Siempre confiando. Siempre construyendo a medias. Hasta que un día, simplemente, él dejó de volver.

Lo que está sintiendo pesa tanto que me cuesta tragar saliva a mí también.

—Yo me prometí hace muchísimo tiempo que no repetiría esa historia. Que no haría eso. Que no abandonaría al amor de mi vida. Pero al final… lo hice. Solo que al revés. Me fui antes de que doliera. Antes de tener que enfrentarme al «y si». —Se lleva los dedos al puente de la nariz—. Y he pensado en ti cada día, Gia. Cada maldito día. Aunque no te escribiera. Aunque no me atreviera a saber de ti. En cada logro. En cada proyecto. En cada paseo solo por Notting Hill con luces navideñas y escaparates brillantes. Siempre había un pensamiento que volvía: «Ojalá estuviera Gia aquí para verlo».

Mis ojos arden. Pero no lloro. Aún no.

—Por eso… —prosigue—, cuando pensé en volver a verte, cuando se me ocurrió que tal vez era el momento…, supe que no podía hacerlo como si esto fuera cualquier cosa. Como si tú fueras cualquiera. Porque no lo eres. Y nunca lo has sido. —Coge aire y lo suelta lentamente—. Si esto iba a ser un final, tenía que ser uno digno de lo que fuimos. Y, si iba a ser un principio…, necesitaba encontrar una forma de hacerlo bien. De honrarlo. —Se inclina hacia delante. Sus manos ahora están quietas. Su mirada no—. Por eso contacté con la Señorita Santa Clausura. Porque pensé que si alguien podía ayudarme a preparar una despedida que no doliera tanto, o una bienvenida que estuviera a la altura de todo lo que llevo sintiendo desde que me fui…, era ella. —Y entonces, con un gesto casi torpe pero infinitamente humano, se encoge de hombros—. No sabía si ibas a venir. No sabía si me ibas a perdonar. Pero sí sabía que si tenía una última oportunidad de hablarte de verdad, desde lo más hondo…, tenía que hacerlo bien.

Y ahí se calla. Me mira. Quieto. Esperando. Como si supiera que no puede dar un paso más hasta que yo decida mover el mundo con

uno solo. Y yo solamente puedo pensar en lo injustamente guapo que sigue siendo. En lo bien que le queda la luz cálida reflejada en la piel. En lo mucho que han cambiado sus rasgos y en lo poco que ha cambiado su efecto sobre mí. Porque sigue siendo un imán. De esos que arrastran todo lo que hay dentro sin pedir permiso. Y yo… Yo estoy atrapada. Entre lo que fuimos y lo que todavía podríamos ser. Justo en medio del campo minado. Con los latidos desacompasados, con la garganta seca y con la certeza temblorosa de que, si me acerco un poco más, ya no va a haber marcha atrás.

Me paso la lengua por los labios. No sé si es la falta de vino o las palabras que acaba de decirme. O esa mirada suya, quieta, fija, vulnerable pero firme, que me sostiene como si el resto del restaurante hubiera desaparecido.

—En realidad… —empiezo, pero no llego a terminar porque justo entonces reaparece el camarero.

Trae la botella de vino en una mano y, en la otra, dos platos que huelen a gloria bendita y que en cualquier otro momento me habrían hecho cerrar los ojos de placer. Pero ahora solo consigo apretar la mandíbula para no gritarle que se dé prisa. Que se largue. Que me deje seguir en esta escena donde lo único que quiero es lanzarme a sus brazos, a sus labios, a ese lugar donde me esperaba sin condiciones.

—Aquí tienen —dice, con una sonrisa amable, como si no estuviera interrumpiendo la escena más crucial de una historia de amor—. ¿Les sirvo el vino?

—Sí, gracias.

El camarero hace su trabajo. Descorcha la botella, sirve dos copas. Nos desea buen provecho y se va. Y el mundo por fin deja de estorbar. Me quedo mirando el vino. Solo un segundo. Después, lo miro a él.

—¿Me sigues queriendo? —pregunto.
No duda ni un puñetero segundo cuando contesta:
—Con cada puta fibra de mi corazón, cariño.

24

Gian

Martes, 8 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Voy por la decimocuarta vez que me la imagino besándome (sí, llevo la cuenta, ¿es esto un problema?). No estoy seguro de si este tipo de pensamientos infringen el reglamento de tus cenas. Pero, seamos honestos, esta no es una cena como las demás. Entonces..., joder, ¿puedo besarla ya? Solo un poquito. O mucho. Preferiblemente mucho.

Abrazo virtual,

Gian
(Extracto de un correo electrónico nunca enviado).

Soltarlo todo ha sido como arrancarme una piedra del pecho.

No una cualquiera. No. De las que llevas tanto tiempo arrastrando que ya se han hecho parte de tu anatomía. Y lo peor es que te acostumbras. A su peso. A su ruido. A cómo te aplasta el pecho cuando intentas reír de verdad. Hasta que un día la sueltas, la dejas caer y el cuerpo entero se sacude. Como si respiraras por primera vez en años sin notar un puño apretándote los pulmones

desde dentro.

Miro a Gia, tratando de descifrar su mirada. Está preciosa. Está preciosa de verdad. De una manera que me desarma y me reconstruye al mismo tiempo. Con el pelo un poco revuelto por la humedad que se ha colado desde la calle, una servilleta arrugada olvidada en el regazo, y esa mirada, esa maldita mirada del color del jade, que me atravesó el día que la conocí y no ha dejado de taladrarme desde entonces. Y qué suerte tengo.

—Sé que no basta —digo. Me sorprende el tono de mi propia voz. Más bajo. Más humano. Como si ya no tuviera energía para fingir otra cosa—. Sé que no basta con lo que te he dicho. Que no todo es tan fácil. Ni tan rápido. Ni tan limpio. Sé que decirte que te quiero no es una fórmula mágica que lo arregla todo. No lo espero. No lo pretendo.

Trago saliva. Ella baja la mirada. Pero no es un cierre. Es un pliegue. Una rendija. Una grieta por donde empieza a colarse algo. Y yo lo sé. Lo reconozco. La he perdido antes. Ahora sé cuándo aún no.

—Solo quiero escucharte —añado—. Como sea. Como te salga. Como solo tú sabes hacer.

Y entonces ocurre. Gia explota. Al principio, solo se le empañan los ojos. Un parpadeo largo. Otro más. Como si estuviera negociando con su propia vulnerabilidad en silencio. Luego, las manos. Aprieta la servilleta con más fuerza. Se le marca la tensión en los dedos. En la mandíbula. En la espalda, que ya no está tan recta como hace un segundo.

—Vale. ¿Tú sabes…? —empieza, pero se atraganta con sus propias palabras. Sacude la cabeza, como si se le hubiese hecho un nudo en la lengua y necesitara valor para deshacerlo—. ¿Sabes lo que es querer enfadarte con alguien y no poder? Porque en el

fondo…, muy en el fondo…, no quieres soltarlo del todo. ¿Sabes lo que es repetirte cada noche que ya basta? Que ya. Que lo vas a dejar ir. Que no vas a mirar más el teléfono ni rebobinar mentalmente cada conversación buscando señales que no viste a tiempo. ¿Sabes lo que es eso, Gian?

Mi nombre en su boca. Joder.

—Y, sin embargo, aquí estoy —se ríe sin reírse—. Aquí. Frente a ti. Escuchándote decir que aún me quieres. Como si eso no lo hubiese sabido siempre. Como si eso no fuera precisamente lo que más me jodía. Porque, si no me hubieras querido, todo habría sido mucho más fácil.

Y ahí me desarma. Porque tiene razón. Habría sido infinitamente más fácil si no hubiéramos sentido tanto. Pero lo hicimos. Lo hacemos. Y aquí estamos.

—Cuando te fuiste… —empieza de nuevo, más bajito—. Cuando te fuiste así, de repente, sin más, sin darme tiempo a preguntarte nada, sin una frase completa, sin un plan, sin nosotros…, me rompiste. Como si mi corazón fuera una ventana vieja y tú hubieras lanzado una piedra desde lejos. Y no hubo carta que arreglara eso. Ni excusa. Ni distancia suficiente. Porque eras tú. Tú, Gian.

Se le quiebra la voz. Solo un segundo. Pero se aguanta. Porque Gia nunca se derrumba. Gia arde. Gia sigue. Siempre.

—Eras el amor de mi vida. Desde el primer día. Desde el primer belén, cuando conocí al nieto de mi vecina y pensé, con solo seis años, que eras el niño más guapo del mundo. Desde que me preguntaste si el helado de stracciatella estaba bueno y luego te lo comiste como si fuera un milagro. Desde que me escribiste un «te quiero» en la mano porque se te había acabado la batería y no llegabas a casa a tiempo para decírmelo antes de que me acostara. Desde que me dijiste que mi risa sonaba a algo que no querías

olvidar nunca.

Yo me lo sé todo. Me acuerdo de cada detalle. Más de lo que debería.

—Y sí —continúa, atropellada—, entiendo que te diera miedo. Que fuera una oportunidad. Que tu padre. Que tus dudas. Que todo eso. Pero no me diste la opción de estar contigo. No me dejaste pelear por ti. Y eso fue lo que más dolió.

Se detiene. Solo un instante. Mira el vino como si pudiera encontrar respuestas en el fondo de la copa.

—Y ahora estás aquí. Y me dices todo eso. Y claro que una parte de mí quiere lanzarse. Porque sigo siendo yo. Y tú sigues siendo tú. Y, de alguna manera estúpida, seguimos siendo… GiGi. A pesar del tiempo. A pesar de todo. Pero otra parte…, no sé si puedo volver a confiar sin ponerle una red a todo esto.

Asiento. Me lo merezco. No tengo defensa posible.

—No vengo a pedirte que saltemos ya —susurro—. No estoy aquí para eso. No quiero que esto sea una locura más.

Ella me mira. Bueno, no solo me mira: me sostiene con los ojos. Como si quisiera comprobar si aún hay algo firme en mí donde apoyarse.

—Solo quiero saber si todavía… —continúo—, si todavía quieres seguir subiendo conmigo. Aunque sea poco a poco. Aunque nos tiemblen las piernas. Aunque esta vez no sepamos a dónde nos lleva exactamente. Porque… Joder, Gia. Han pasado cinco putos años y… siempre has sido tú. No ha habido otra.

—¿No?

—No, Gia. Nunca.

Se me hace un nudo en la garganta justo al terminar la frase. Porque lo que acabo de decir es la verdad. La más jodida. La que ha estado ahí, silenciada entre capas de orgullo, de distancia, de

excusas y de miedo. La que, hasta ahora, no me había atrevido a decir en voz alta.

Ella se queda muy quieta, como si el más mínimo movimiento pudiera romper algo invisible entre nosotros. Pero sus ojos están ardiendo.

—¿Y si ya estoy saltando?

Y eso es todo. No hay marcha atrás. No hay más «quizá». No hay más «si no fuera por…». Solo esto. Ella y yo. Aquí. Otra vez. De verdad. Y entonces lo sé. Lo sé con esa certeza antigua que te despierta por las noches y no necesita explicación.

Esta cena no es de clausura. Ni de broma.

Durante el resto de la cena, no hablamos mucho más de lo que nos separó. Y no porque no haya más que decir. Porque lo hay. Vaya si lo hay. Un océano entero de cosas no dichas, de frases a medio acabar, de preguntas que aún no han encontrado el momento para salir. Pero esta vez nos basta con estar. Con eso. Con mirarnos. Con permitirnos este respiro. Este punto en el que nadie exige explicaciones, donde lo único que importa es que seguimos aquí y que hemos vuelto a coincidir en la misma coordenada, al mismo tiempo, con la piel un poco más curtida, pero con el corazón todavía latiendo en la dirección correcta.

Las palabras, si tienen que venir, ya vendrán. Ahora hablamos de lo importante. De lo que queda después del desastre. De quiénes somos cinco años más tarde. Gia me cuenta que quiere comprarse una Vespa. Que sus perros le tiraron el árbol de Navidad y que ha aprendido a decir que no. Casi siempre. Que contrató a Lele como su asistente hace unos pocos años porque sola no daba abasto con las consultas. Me habla de sus padres, de los domingos de lluvia, de las canciones nuevas que la hacen llorar. Lo hace como si cada frase

fuera una confesión vestida de anécdota. Y yo la escucho como si no quisiera que se le acabaran las palabras. Le cuento que hay fotos que nunca subo a ningún lado. Que hay días en los que he querido dejarlo todo y desaparecer. Que me ha dado miedo volver y encontrarla cambiada. Y sí, ha cambiado. Pero no como temía. No de ese modo en el que uno se aleja. Porque Gia sigue siendo fuego, solo que ahora sabe cuándo arder y cuándo calentar las manos.

Cuando el camarero se acerca con el postre, ni siquiera nos molesta que nos interrumpa. Porque no lo habíamos pedido. Ni lo estábamos esperando. Y, sin embargo, llega. Lleva la bandeja con una delicadeza inusual, como si en lugar de un postre fuese algo sagrado. Algo que merece silencio y respeto. La coloca en el centro de la mesa con una sonrisa que no parece profesional. Es otra cosa. Complicidad. Ternura. Un poquito de magia.

—Un regalo especial —anuncia.

Gia y yo lo miramos, confundidos.

—¿De parte de la Señorita Santa Clausura? —pregunto, medio en broma.

Pero él niega. Despacio.

—No. De la señora Agnese. Que el Señor la tenga en su gloria.

Y ahí sí. Ahí se nos hiela la respiración. Porque ese nombre es una grieta directa al pecho. Una ventana que se abre de golpe al pasado. El camarero baja un poco la voz, como si estuviera revelando algo frágil. Algo que podría romperse con solo nombrarlo demasiado alto.

—Dejó por escrito que, si algún día vosotros dos volvíais a estar aquí cenando juntos, teníamos que traeros este postre.

Hace una pausa. No larga, pero lo suficiente como para que el aire entre nosotros se vuelva más espeso. Lo vemos rebuscar algo en el bolsillo de su delantal. Lo hace con cuidado. Como si ya

supiera que lo que está a punto de entregar no es cualquier cosa. Y, mientras el corazón me bombea a una velocidad vertiginosa, lo veo sacar un sobre pequeño. Marfil. Con dos palabras escritas a mano, en una caligrafía temblorosa y redonda que no necesita firma: GIGI.

—Y también esto —dice, y nos lo tiende sin añadir nada más. Como si entendiera que las palabras ahora serían demasiado. Que lo que hay dentro del sobre ya lo dice todo—. Agnese lo dejó pagado por adelantado. Con propina incluida. El señor Billy lo sabía. Siempre está atento a quién entra por la puerta.

Gia se lleva una mano al pecho. Un gesto suave. Instintivo. Como si necesitara comprobar que el corazón sigue ahí, latiendo. Yo alargo la mano hacia el sobre, pero lo hago con una lentitud casi reverencial, como si me costara tocar algo que parece venir de otra vida.

Nos miramos sin decir ninguna palabra, con los ojos abiertos de par en par, como si acabáramos de ser arrastrados a otro tiempo, a otra versión de nosotros. A una donde aún éramos inocentes, donde aún no sabíamos lo que era perder. Y entonces bajamos la vista al plato y vemos una crostata de albaricoque como la de nuestra infancia. Tan simple. Tan nuestra. Tan increíblemente imposible.

Esa que ya no hacen. Esa que solo preparaban en invierno, cuando éramos niños, y veníamos con mi *nonna* cada domingo sin excepción. Esa que conocíamos de memoria: la masa quebrada con el punto exacto de mantequilla, el relleno de fruta con trocitos que se pegaban al paladar, las tiras cruzadas por encima que se rompían si las tocabas antes de tiempo. Esa que comíamos con los dedos pegajosos y los dientes llenos de migas. Esa por la que peleábamos día sí y día también, porque a ambos nos gustaba la esquina más crujiente y la parte del centro, la que se derretía. Esa que no probábamos desde que la señora Elisabetta, la pastelera que la

hacía, se jubiló hacía… ¿cuánto? ¿Mil años? ¿Una vida?

Gia se lleva una mano a la boca y se ríe. Pero es una risa tan bajita, tan frágil, que duele un poco oírla. Tiene los ojos brillando. Y no solo por la sorpresa.

—Esto no puede ser verdad —susurra. Su voz no viene de sus labios. Viene de otro sitio. De algún rincón profundo del pecho—. Creía que ya no la hacían.

—Yo también.

Me escucho y no reconozco mi voz. Suena a alguien que está haciendo todo lo posible por no romperse. Pero nos rompemos igual. Ella primero. Luego yo. Sin estridencias. Sin palabras. Solo lágrimas calladas que caen como cae este momento: despacio, sin pedir permiso, con una ternura que desarma. Porque hay regalos que no se esperan. Regalos que, al parecer, se hacen desde el cielo. Y hay personas que no se van nunca del todo. Y mi *nonna* es de esas.

Nos quedamos ahí, los dos, mirando la crostata como si fuera un mapa del tesoro. Como si alguien hubiera dejado en ese plato un pedazo de nuestra historia. Un fragmento del pasado envuelto en azúcar, esperando el momento exacto para reaparecer. Y entonces lo entiendo. El amor de verdad no desaparece. Solo cambia de forma. Se transforma en gestos. En rituales. En sabores que creías perdidos. Y esta noche… Esta noche ha vuelto.

—¿Lo abro? —pregunto, aún sosteniendo el sobre entre los dedos. Me tiemblan un poco, como si supiera que lo que está dentro pesa más de lo que parece. Gia asiente en silencio—. Ven, acércate.

Sin decir nada más, mueve su silla hasta colocarla a mi lado. Y entonces lo hago. Con manos torpes. Con el corazón encogido. La abro. Y leo la carta. Gia lo hace conmigo.

Hay cosas que una *nonna* sabe. Y una de ellas (quizá la

más importante) es reconocer cuándo dos corazones están hechos para encontrarse. Aunque se pierdan. Aunque se equivoquen. Aunque se hagan daño. Aunque la vida los zarandee como a dos hojas en el viento. Porque, cuando el amor es de verdad, encuentra el camino de vuelta. Siempre.

Y si estáis leyendo esto es porque tenía razón. Porque estáis en la mesa de siempre. Porque el destino ha hecho su trabajo. Y porque, de alguna forma, yo también.

Os voy a contar una historia:

Dice una vieja leyenda oriental que hay un hilo rojo que une a las personas destinadas a encontrarse. Un hilo invisible atado al meñique que puede tensarse, enredarse, estirarse hasta parecer que se rompe… Pero nunca lo hace. Porque está hecho de lo que está hecho el amor verdadero: de fe, de paciencia, de ternura, de memoria…

Yo vi ese hilo por primera vez, titilante, un 8 de diciembre. Vosotros erais muy pequeños, pero os mirasteis como se miran las personas que todavía no entienden lo que sienten, pero ya lo sienten todo. Fue un gesto. Una risa. Un poco de azúcar en la nariz. Algo sutil.

Pero el día que lo vi de verdad, con toda la claridad del mundo, estabais sentados justo aquí. Con las manos llenas de migas, la boca manchada de azúcar y comiendo una crostata de albaricoque como esta. Y supe, sin duda alguna, que pasara lo que pasase, teníais ese hilo indestructible. Y que volveríais.

Por eso dejé esto preparado. Quería que el reencuentro, pese a las verdades que conlleva, pese a que remueve viejas heridas, os supiera a casa. Y que fuese dulce. Que llevara el sabor de lo que fuisteis y el olor de lo que aún podéis ser.

También por eso os dejo este pequeño regalo. Para recordaros que el amor se cuida con los mismos ingredientes que una buena crostata: con tiempo, con paciencia, con mimo y con una pizca de locura también.

No tengáis prisa, *amore miei*. No dejéis que el orgullo pese más que la risa. Tened hambre solo de lo importante: de miraros sin miedo, de escucharos de verdad, de volver a empezar las veces que haga falta. A vuestra manera. A lo grande.

Yo os cuido siempre, desde donde estoy. A cada paso. En cada duda. En cada pequeño milagro disfrazado de casualidad. Y os quiero con todo el alma. Con todo lo que fui. Con todo lo que soy, aún aquí, aunque ya no me veáis. Y con todo lo que siempre seré para vosotros: vuestro refugio, vuestra raíz, vuestro hogar aunque estéis lejos… Vuestra *nonna*.

Porque, aunque el cuerpo se vaya, el amor se queda. Y ese, mis tesoros, no tiene fecha de caducidad. Ni el mío ni el vuestro.

Besos desde el cielo,

La *nonna* Agnese

Gia ya está llorando. Yo también. Y, por una vez, no hace falta fingir otra cosa. Nos damos la mano. Nos miramos. Y ahí, en ese instante suspendido, ya no hay heridas ni reproches. Solo dos niños grandes, recordando a qué sabía la felicidad cuando era domingo y tenían toda la crostata por delante.

—Si lo dice la *nonna*… —empieza ella, con la voz tomada pero la mirada limpia.

—… hay que hacerle caso —termino yo, sonriendo.

—¿Te acuerdas cuando nos peleábamos por la esquina más quemada?

—Me acuerdo de que tú mordías primero y preguntabas después —le contesto, cogiendo la cuchara con una sonrisa torcida—. Aunque eras muy diplomática: siempre me dejabas las migas.

—Porque te quería —dice, como si fuera lo más obvio del mundo. Y luego añade—: Y porque sabía que tú ibas a decir que no querías… y al final te la ibas a comer entera.

La miro. Me acuerdo. Me lo creo. Tiene ese brillo en los ojos. Ese que siempre ha sido suyo. El que mezcla desafío, ternura y algo más. Algo eléctrico. Algo que me hace tragar saliva.

—¿Ves? Diplomacia y manipulación emocional. Lo tuyo siempre ha sido una combinación peligrosa, Gia.

—¿Y lo tuyo?

—¿Lo mío? Lo mío fue enamorarme de ti sin remedio, cariño.

No lo pienso demasiado. Solo sale. Como tantas cosas esta noche. Tomo una cucharada de crostata, la levanto despacio y la sostengo en el aire, temblorosa, como si esa cucharada pesara más que todo lo que llevamos encima. Me inclino un poco hacia ella. Se la acerco. Gia me mira, primero divertida, luego… no tanto. Sus ojos se oscurecen. Se muerde el labio. Traga saliva. Abre la boca. Y yo me quedo ahí, inmóvil, sujetando la cuchara justo delante de sus labios. Mirándola. Demasiado embobado. Demasiado consciente de cada centímetro entre nosotros. Su respiración. La mía. El calor entre nuestras rodillas. Lo que no decimos. Lo que está a punto de romperse.

—¿Vas a dármela o vas a seguir mirándome los labios como si quisieras besarme?

Sonrío ampliamente.

—Es que quiero besarte.

Ella se ríe, pero ya no es una risa limpia. Es una risa que tiembla. Una que dice «yo también» sin decirlo. Entonces se mueve con rapidez y muerde la crostata. Y cierra los ojos. Como si acabara de volver a casa.

—Dios… —susurra, con la boca medio llena—. Sabe igual. ¿Cómo es posible?

—Porque es un regalo del cielo —susurro y, como si no pudiera evitarlo, busco su mano bajo la mesa. Encuentro su meñique. Lo enrosco con el mío. Despacio. Con intención—. Como esto.

Ella baja la mirada a nuestros dedos entrelazados.

—¿El supuesto hilo rojo?

—No digas «supuesto». No te pega en absoluto.

—Vale. El hilo rojo —se corrige, y luego, en voz baja, como quien teme romper algo frágil, añade—: Quizá sea lo mismo que el burrito…

—Joder, estoy seguro de que sí.

Y lo estoy. De verdad. Sin tener que explicarlo.

Como si el amor fuera exactamente esto: el sabor de la crostata, el roce de los meñiques y todo lo que aún no hemos dicho, pero que ya estamos dispuestos a volver a probar.

Un vértigo suave, un salto sin miedo.

El presentimiento de que no habrá un después que sepa más cierto que este ahora.

25

Gian

Martes, 8 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

A la mierda. Voy a besarla.

Abrazo virtual,

Gian
(Extracto de un correo electrónico nunca enviado).

Después de comernos la crostata como cuando éramos críos —con los dedos, sin vergüenza, y peleando por la esquina más quemadita como si no hubieran pasado quince años y varios desastres emocionales entre medias—, salimos del restaurante con pasos torpes. No por el vino, sino por esa clase de embriaguez que solo da el pasado cuando te mira a los ojos y te dice: «He vuelto, ¿te acuerdas de mí?».

Caminamos en silencio, aunque en realidad no lo es. Más bien es como si el universo entero contuviera el aliento. Y entonces lo hago. Primero solo con los dedos. Luego, más fuerte. Como si me agarrara al único sitio donde he sentido alguna vez que puedo quedarme. Gia

se detiene y se gira hacia mí, con los ojos abiertos como si acabara de encontrarse a sí misma. O a mí.

—¿Sabes que de pequeña pensaba que si me dabas la mano ya no me ibas a soltar nunca? O sea, no es una metáfora, lo pensaba de verdad. Lo dije en voz alta y todo. A tu *nonna*. Bueno, a nuestra *nonna*, porque ya está bien de fingir que no era de los dos, ¿no? En fin, ella me miró con esa cara suya como de «ay, criaturita», y me dijo que tú eras un cabezón, pero que, cuando querías, querías de verdad. Y, claro, yo tenía ocho años y pensé: «Pues ya está, aquí me quedo». Y luego crecimos, porque la gente crece, y se estira, y se complica, y se llena de teorías y miedos y culpas y de cosas que no salen en los libros. Y tú te fuiste. Y yo me quedé. Y ahora estamos aquí, cogidos de la mano como si no hubiera pasado absolutamente nada, pero ha pasado todo, y no sé muy bien qué se supone que tengo que hacer con esto.

Se queda sin aire. Literalmente. Tiene la boca entreabierta, los ojos brillantes, las mejillas coloradas por el frío o por el pánico o por lo que acaba de soltar sin respirar. Parece un pez fuera del agua. Uno que acaba de darse cuenta de que ha saltado y no sabe si va a aterrizar en la pecera o en el suelo.

—Mira —le digo—. Te juro que adoro tu voz. Lo sabes, ¿verdad? Podría estar escuchándote hablar sin respirar durante horas. Días. Toda la vida, si me dejas. Pero… ¿Puedo besarte de una vez?

—¿Qué?

Pega un brinco. Y yo me río.

—Eso. Que si puedo. Porque tú me estás hablando, y yo solo puedo pensar en tus labios. En cómo se te fruncen cuando hablas por los codos. En si todavía sabes a diciembre. Porque te juro que me acuerdo. Y me estoy muriendo por comprobarlo.

—¿Eso era una frase romántica? ¿O un intento desesperado de

poesía navideña?

—Eso era un aviso, Gia —digo, y ya estoy rodeándole la cintura con las manos y atrayéndola a mí—. Porque, como sigas hablando, te voy a besar con las palabras todavía en la boca.

—Eso no tiene ningún sentido, Gian.

—Tú tampoco —respondo, bajando la voz mientras le rozo la mejilla con los nudillos—. Y aun así… no me canso de ti.

Ella traga saliva. Se le escapa un temblor.

—Solo un beso —susurro—. Uno.

—¿Solo uno?

—Bueno… Uno con comillas. Uno que tal vez incluya una mano en tu cuello. O en tu espalda. O donde tú me dejes. Pero técnicamente sigue siendo uno.

—Vuelve a suplicar. Me ha gustado cómo sonaba.

Yo sonrío. Me acerco tanto que noto cómo el vaho de su respiración se mezcla con el mío.

—Por favor.

—Otra vez.

—Por favor.

—Una más.

—Por favor, Gia.

Y ella sonríe. Esa sonrisa. La que tenía cuando ganaba en las cartas. La que escondía detrás de una taza de chocolate caliente. La que usaba cuando sabía que me tenía exactamente donde quería.

—Vale —susurra—. Bésame, Gian. Tienes mi permi…

No la dejo acabar.

La beso y el universo entero, por un momento, se calla. De verdad, se calla. No hay viento. Ni pasos. Solo ella. Y sí, sigue sabiendo a diciembre. A panetone caliente. A nervios acumulados bajo capas y capas de cosas que se sienten y no se cuentan. A

crostata de albaricoque mal cortada y a ganas antiguas que siguen aquí, latiendo. Sabe a todo lo que fue y a todo lo que todavía puede ser. A todo lo que me juré que ya no iba a sentir y, joder, qué equivocado estaba.

La beso como quien vuelve a casa. Como quien lleva demasiado tiempo perdido. Como quien sobrevive a una tormenta, se arrastra hasta la orilla y por fin se deja caer. Y lo mejor es que ella me besa de vuelta. Sin miedo. Sin reservas. Con todas las palabras que no supo decir. Con las que yo no le dejé. Con las que se le quedaron atragantadas en la garganta el día en que le rompí el mundo por la mitad.

Es como abrir una ventana después de meses respirando humo. Y por una vez… no hay miedo. Ni rencor. Ni futuro que duela ni pasado que interrumpa. Solo su boca. Y la mía. Encajando. Reconociéndose. Reclamándose.

Cuando me separo apenas unos centímetros, ella apoya la frente en mi pecho. Sus manos aún no me sueltan. Sus dedos se aferran a mi abrigo como si le doliera soltarme.

—¿Y ahora qué? —musita, con los labios aún demasiado cerca. Con las ganas bailando en el aire entre nosotros, rozándonos los huesos.

—Ahora —respondo, bajando la voz, rozándole la mejilla con la nariz—, te dejo que hables todo lo que quieras, cariño.

—¿Aunque sea de teorías conspiranoicas sobre el turrón?

—Especialmente si es de eso.

—¿Y si vuelvo a hablar sin parar y me pongo insoportable? Porque, te aviso, es lo que va a pasar.

—Entonces… —le murmuro contra la piel, bajando ya hacia su cuello— te volveré a besar. Con más ganas si cabe.

—¿Y si te vuelvo a dejar sin palabras?

—Gia —le digo, y mi voz ya no es voz, es deseo—. Siempre lo haces. Siempre me dejas sin palabras.

—Pero…

No me contengo. La vuelvo a besar. Pero esta vez no hay espacio para la ternura contenida. Esta vez no la beso con calma. Esta vez no pienso. Esta vez no mido. La beso con todo. Con el cuerpo entero. Con los años sin ella.

Gia jadea contra mi boca, como si no esperara esta versión de mí. Como si no recordara lo mucho que puedo arder cuando dejo de tener miedo. Y me responde. Dios, cómo me responde. Como si cada centímetro de su piel me estuviera buscando a ciegas. Y entonces la espalda de Gia choca contra la pared más cercana. Porque la he empujado. Porque tenía que hacerlo. No fuerte. Pero sí urgente. Como quien lleva demasiado tiempo aguantándose.

Ella jadea, sorprendida, y luego suelta una risa suave, temblorosa, que me atraviesa.

—¿Estás… empotrándome contra una pared como cuando éramos unos adolescentes salidos? —dice, medio sin aire, con las mejillas rojas, los labios hinchados y los ojos brillantes de algo que ya no es solo emoción.

—Sí, porque todavía lo somos. Y estoy besándote —respondo, apretándome más a ella, porque ahora ya no hay abrigos, ni frío, ni espacio lógico—. Estoy besándote como si se me fuera la vida en ello. Como si no me hubiese dado cuenta hace años de que no quiero besar a nadie más. Nunca.

—Mierda.

—Eso. Justo eso —respondo, y le muerdo el labio inferior. Despacio. Apenas. Lo justo para arrancarle un suspiro que se enreda entre nosotros como si también tuviera ganas de quedarse.

Una de mis manos le sujeta la cara, firme, como si pudiera

sostenerle el pensamiento. La otra baja lentamente hasta su cintura, y luego más. Se curva por detrás de su espalda, y tiro de ella hacia mí. Se arquea. Dios. Se arquea como si su cuerpo estuviera hecho para encajar en el mío. Como si lo recordara mejor que su cabeza. Como si llevara años esperándome.

—Voy a derretirme aquí mismo —murmura. Su voz es un hilo. Sus piernas tiemblan—. Esto es una locura. Tú eres una locura. Y yo… ¿Estoy temblando? Sí, joder, estoy temblando. Y si me da un infarto aquí mismo lo vas a tener que explicar tú. Porque esto no es normal, Gian. Lo de tu lengua no es normal. ¿Has estado dando clases? ¿Has practicado con cítricos? Porque besas muchísimo mejor que…

—Gia.

—¿Mmm?

La beso de nuevo. Pero esta vez no hay frenos. Esta vez no hay un después. Esta vez es con la boca abierta, con hambre, con todo lo que no nos hemos dicho nunca. Esta vez la beso como si fuera la última noche del mundo. Y Gia me besa de vuelta, como si supiera que esta vez sí. Que esta vez nos vamos a quedar.

Y, joder, ahora sí que ha llegado la Navidad.

Caminamos por el mercadillo navideño de Manarola, rodeados de ese aire salado que sube desde el puerto y se mezcla con el olor a mandarina, canela y vino caliente. El pueblo parece un belén plegado y olvidado dentro de una postal. Todo es cuerdas de luces parpadeantes, balcones con estrellas brillantes y casetas que resisten el sueño como soldados navideños al borde de la rendición. Gia camina a mi lado. Pegada. Como si no acabáramos de comernos la boca hace quince minutos contra una pared. Como si su cuerpo no supiera exactamente cómo alinearse con el mío. Y yo, que soy

débil, me giro para mirarla.

Ella lo nota y sonríe. Y es esa maldita sonrisa ladeada que debería estar penada por la ley. Esa sonrisa que convierte mi deseo en un asunto estatal. Y, por supuesto, me dejo llevar. Me acerco a un puestecito.

—Solo para calentarnos las manos —digo, y pido un *vin brulé* con toda la dignidad de un hombre en combustión.

—Sí, porque otras cosas ya van calientes… —murmura ella por lo bajo, sin mirarme, con ese tono de maldad dulce y educada que me mata desde que tenía diez años y su lengua comenzó a afilarse.

El vendedor me alarga dos vasos de papel. El vino huele a naranja, canela y anís, y también a problemas. A decisiones que se toman con el cuerpo y no con la cabeza.

En la caseta de al lado, una señora está friendo frittelle y envolviéndolas en servilletas con arbolitos.

—Un cartoccio frittelle, ragazzi?

Yo no sé decir que no a los carbohidratos. Ni a las tradiciones. Ni a nada que me dé la excusa de seguir aquí, al lado de Gia, unas cuantas horas más. Así que compro uno. Gia me roba la primera. Se deja migas en el abrigo y yo se las quito con la dedicación de un arqueólogo restaurando una escultura renacentista. Lento. Preciso. Reverente. Sensual, no voy a mentir.

—¿Estás intentando limpiarme o tocarme?

—Estoy intentando que la Unesco declare tu comisura izquierda Patrimonio de la Humanidad.

Ella rueda los ojos, pero no se aparta. Y yo, que no soy idiota, tomo nota. A la izquierda se abre un pasaje hacia el puerto, una curva descendente que parece el final de un cuento de Navidad. Por un segundo, todo se ralentiza. El murmullo del mar llega como un suspiro constante. La brisa se lleva el olor a dulce y deja el salitre. Y

Gia se gira, con la bufanda a medio anudar, las mejillas rojas por el frío y los ojos encendidos por algo que no es solo el vino caliente.

—¿Sabes qué es lo peor de ti? —dice de repente.

—¿Mi nulo sentido del humor para contar chistes? ¿Mi falta de autocontrol cuando se trata de ti? ¿Mi fascinación por tu comisura izquierda…?

—No. Es que haces que todo parezca una película. Pero de las buenas. De esas que te hacen creer que quizá, solo quizá, podrías tener un final feliz.

Me trago el último sorbo de vino. Y de orgullo.

—¿Y eso desde cuándo es malo?

—Bueno, no es malo, pero sí es… peligroso —dice, y sonríe de medio lado. Otra vez. Esa condenada sonrisa—. Porque yo siempre lloro al final de las películas.

Me acerco un poco más. Lo justo para que nuestros brazos se rocen. Lo justo para que sepa que estoy aquí. Que no me voy a ir.

—Esta vez no, Gia.

Gia me mira. No dice nada. Pero sus ojos… Sus ojos me besan, como siempre, antes que sus labios. Y yo, otra vez, estoy perdido.

Bajamos por la pendiente. Las piedras húmedas brillan como si alguien hubiera barnizado la calle entera. En la colina sigue el belén, aunque apagado ya hace unas horas. Solo queda un contorno fantasma recortado contra la ladera. Lo observo en silencio, quizá más rato del que debería, pero es que… Cómo lo he echado de menos. Al belén. A Manarola. A la magia que solo se siente aquí. A mi corazón, que por fin late como debería.

—Si te quedas mirándolo así, seguro que te adoptan de figurita —dice Gia, con las manos en los bolsillos del abrigo—. Gian, el pastor despistado. Con aire sexy y expresión de que se le ha quemado el pan.

—Si me adoptan, pido estar contigo en el establo. Así te puedo calentar los… sentimientos.

—Tus sentimientos necesitan una correa, Giancarlo. Y un adiestrador profesional.

Nos reímos mientras seguimos subiendo por las escaleras que llevan a la plaza de la iglesia, siguiendo inconscientemente el tour por el pueblo que hacíamos cada año, evitando la hora de volver a casa.

La Chiesa di San Lorenzo se alza ante nosotros como si también quisiera formar parte de la conversación. Su rosetón de mármol blanco parece una flor, o una rueda, o un reloj antiguo que nos da permiso para perder la noción del tiempo. Me detengo un segundo. La piedra clara brilla con siglos encima. Las cabezas talladas de leones, hombres y ángeles parecen testigos de todo lo que nunca se dice y aun así se siente.

Nos sentamos un momento en el borde de la fuente. Gia cruza las piernas. Yo me inclino hacia ella.

—¿Sabes qué es lo peor de ti? —le digo yo ahora, mirándola a los labios.

—Mi dramatismo. Mi cabezonería. Que soy una enfadica. Bastante desordenada. Adicta al azúcar…

—No. Que me vuelves mejor persona… —miro la iglesia mientras hablo— y, sin duda, peor santo.

—Afortunadamente nadie te canonizará —responde, sin pestañear, con esa sonrisa traviesa que trata de esconder—. Aunque admito que hueles a clavo y a vino de forma muy… tolerable.

—¿«Tolerable» es tu nueva palabra para «irresistible»?

—«Tolerable» es mi nueva palabra para «no te beso otra vez porque el señor de ahí nos está mirando con cara de que va a llamar a los carabinieri».

Miro en su dirección, y sí, hay un señor, y sí, nos está mirando con esa expresión entre juicio y curiosidad que solo los italianos de más de sesenta pueden perfeccionar.

Me levanto con calma, me acerco a un puesto que está a punto de cerrar y compro una botellita de Sciacchetrà, ese vino ámbar que aquí se trata como si fuera alquimia líquida. El vendedor me guiña un ojo.

—*Per la notte fredda*.

«Y para el desastre dulce de ser yo cuando estoy con ella», pienso, pero solo asiento.

Cuando regreso a su lado, Gia se ha vuelto a meter las manos en los bolsillos y me mira con esa mezcla entre sospecha y diversión que me pone en alerta hormonal.

—¿Plan? —pregunta, como hacía cada año.

—Llevarte a Punta Bonfiglio. Sentarnos en un banco. Beber un sorbito microscópico de este elixir… —contesto, también como hacía cada año. Pero este, en cambio, añado—: Y negociar condiciones.

—¿Condiciones?

—Sí. Yo te caliento las manos. Tú me concedes… tres besos. Uno didáctico, uno de repaso, uno por si suspendo.

Ella resopla.

—Eres insoportable.

—Y, sin embargo… —me acerco, le aliso un mechón que se le ha escapado de la bufanda y dejo que mi dedo roce la curva de su oreja—, aquí estás.

—Estoy porque si me iba sola se me rompía un tacón de la bota y moría dramáticamente en las escaleras. Estoy porque tú tienes una cara que debería estar prohibida después de las nueve de la noche. Estoy porque me haces reír y enfadar en la misma frase. Estoy porque, por alguna razón ilógica que aún estoy intentando estudiar

con rigor científico, cada vez que me miras así… —traga saliva— se me olvida que he estado cabreada, se me olvida que esto es un desastre, se me olvida que llevo lencería endemoniadamente incómoda, y también se me olvida cómo respirar, y eso, Gian, no es sano, porque si me muero aquí te va a tocar hacerme el boca a boca y eso sería una catástrofe emocional y una pérdida de dignidad irreversible, y además…

—Gia.

—¿Sí?

Dejo que mi voz baje una octava, y su cuerpo lo nota antes que sus oídos.

—El vino. El banco. Los besos. ¿Aceptas? ¿O prefieres seguir detallando tu ropa interior en voz alta? Porque ahora no voy a poder sacármela de la cabeza. Y menos si es la que creo que es…

—No —dice, cruzándose de brazos, con esa expresión de indignación absolutamente falsa que me provoca ganas de besarla contra la pared más cercana—. Renové esa clase de ropa interior después de que te fueras. Más que nada porque la mayoría estaba rota. Por bruto.

Suelto una carcajada.

—¿Tú sabes la fuerza de voluntad que requiere desabrocharte un sujetador con una mano y al mismo tiempo no desmayarme de placer?

Ella entrecierra los ojos. Pero sonríe. Esa sonrisa lenta, traicionera, que solo le sale cuando está debatiéndose entre gritarme o… empotrarme.

—Acepto. Pero quiero cláusulas. Y derechos de revisión.

—Te ofrezco garantías ilimitadas. Besos sin fecha de caducidad. Calor a demanda…

—Dios mío —suspira, llevándose una mano a la frente—. Esto va

a acabar fatal.

—O maravillosamente.

El camino a Punta Bonfiglio es una línea de deseo contenido. Las piedras húmedas. El aire salado. El parque con columpios que chirrían con el viento como si supieran lo que va a pasar. Y abajo, el mar golpea las rocas con esa insistencia que me recuerda demasiado a mí mismo. Todo respira en silencio. Y nosotros también.

Milagrosamente, no hay nadie a estas horas. Así que nos sentamos, y ella se saca los guantes y me tiende las manos.

—Están heladas.

—Dámelas.

Sonrío al tomarlas. Están exactamente igual que hace años. Son finas, huesudas, electrificadas. Le soplo en los nudillos. Luego los froto entre las mías como si pudiera volver a darle calor desde dentro.

—Tus manos son muy grandes —susurra.

—Proporcionales. Todo en mí es proporcional, aunque eso ya lo sabes.

—¡Qué hombre! —resopla, pero ya está sonriendo. No puede evitarlo.

Le acerco el vaso, ella lo prueba y cierra los ojos. Miel, pasas, sol en diciembre… Me dan ganas de pedirle que lo beba cada día para poder verle esa mueca de placer de nuevo. Yo bebo después, del mismo borde. Porque sí. Porque la vida enseña cosas importantes. Como que a veces los besos vienen disfrazados de vino compartido.

—Entonces, las condiciones… —digo, bajando la voz—. Tres besos. Ya acordados. Pero añado una cláusula más: si el tercero supera el estándar, y, créeme, lo hará, obtengo el derecho a pasear contigo y con tus perros mañana por la mañana. Café en mano. Focaccia. Como dos jubilados.

—¿Y si no supera el estándar?

—Imposible. Has visto mis habilidades.

No aguanto más. Me inclino y la beso. No como antes. No con hambre. Sino con algo más lento. Más paciente. Como si la besara con todo el tiempo del mundo. Como si cada roce fuera una promesa que pienso cumplir. Y ella me responde con una firmeza que me desarma. Una mano en mi nuca. La otra en mi abrigo.

Cuando nos separamos, todo se detiene. Como si el mundo, literalmente, necesitara un segundo para reiniciar.

—Este ha sido el didáctico —susurro, con los labios aun rozando los suyos.

—Me temo que acabas de aprobar por los pelos.

—Ni de coña. Ha sido, como mínimo, un nueve.

Y entonces me besa ella. Con precisión quirúrgica. Con hambre elegante. Con esa seguridad brutal de quien sabe exactamente lo que quiere y cómo lo quiere. El beso de repaso no repasa. El beso de repaso arrasa. Tiene risa, comisura, un «te jodes» suave y sexy que me deja sin palabras. Y, si el parque tuviera público, ahora mismo estarían de pie, aplaudiendo con lágrimas en los ojos.

—¿Estándar? —pregunta ella, desafiante.

Yo solo asiento. Porque mis palabras están ocupadas intentando volver a la tierra firme. Le rozo la mejilla con la nariz. Ese gesto estúpido, torpe, que a ella inexplicablemente le encanta. Y entonces llega el tercero. O debería. Porque lo que pasa a continuación no puede llamarse «beso». No con esa palabra tan corta. Tan inocente.

Me inclino. Le tomo la cara con ambas manos, la siento arder bajo mis dedos, y la beso. Pero no con ternura. No esta vez. La beso con los dientes, con la lengua, con los últimos restos de paciencia que aún no le había regalado. La beso como si pudiera memorizarla con la boca. Como si pudiera tatuarme su sabor detrás del paladar.

Ella gime. Bajito. Una nota gutural que me estremece el esternón. Su cuerpo se tensa y luego se curva hacia mí. Sus manos, primero en mi abrigo, suben por mi pecho, por mi cuello, hasta enredarse en mi pelo como si no pudiera evitarlo. Y yo no puedo evitarlo. La atraigo un poco más hacia mí, hasta que sus rodillas rozan las mías y el mar allá abajo parece agitarse solo para acompañarnos.

El beso se vuelve lento. Después urgente otra vez. Después una mezcla de las dos cosas: el vaivén exacto que convierte a alguien en adicción. La siento respirar contra mi lengua. La siento arder contra mi pecho. Y juro por todo lo sagrado que, si este beso dura tres segundos más, me la echo al hombro y acabamos en casa de algún vecino sin techo. Pero me separo. Solo por responsabilidad civil.

Y porque ya he ganado. Todo.

Ella se queda un momento con los labios entreabiertos, los ojos semicerrados, la respiración en desorden.

—Has ganado la cláusula —dice, respirando contra mi boca.

—Lo sabía. Soy un negociador nato. Debería dedicarme a ello.

—Deberías dedicarte a no estar tan encantado de conocerte.

—Estoy encantado de conocerte a ti. Conmigo ya he convivido bastante.

Apoya la cabeza en mi hombro, y el mundo por fin se calla.

Abajo, el agua se rompe y se repara. Como nosotros. Mi abrigo, héroe anónimo de la noche, sigue cumpliendo su misión de contención pública, y guardo la botellita casi llena, porque la ética me lo exige. Me quedo así, con ella apoyada en mí, mirando hacia la ladera donde el belén parecerá otra vez un sueño encendido mañana, puntualmente temprano, cuando aún nos queden migas en los bolsillos y una cantidad indecente de besos por inventar.

Al cabo de un rato, nuestros pasos nos llevan, como antaño, hasta la casa de mi *nonna*. Sin hablarlo. Sin decidirlo. Simplemente…

vamos. Como si el cuerpo supiera lo que la cabeza aún no se ha atrevido a formular. Como si los pies caminaran solos, movidos por esa brújula invisible que se activa en diciembre, cuando el corazón recuerda mejor que la memoria.

Cruzamos la última curva en silencio. La calle está vacía, iluminada por faroles tenues que tiñen la piedra de un dorado antiguo. Y allí está. La fachada sigue igual. Las contraventanas verdes, la reja de hierro forjado con un par de rizos oxidados, la losa blanca con el número 8, firme y obstinada.

Nos detenemos frente a ella. No decimos nada, pero el silencio lo llena todo. Y en ese silencio cabe ella. Y los diciembres con panetone. Y el árbol que poníamos en la esquina del salón, con las luces que parpadeaban como si supieran escuchar villancicos.

Gia suelta un suspiro que no quiere serlo. Me aprieta la mano. Y, cuando la miro, tiene los ojos húmedos. Pero no llora. Solo… siente. Como si el recuerdo de todas las Navidades anteriores estuviera pasando por ella como un tren lento.

—Está igual —dice, por fin—. Hasta la grieta esa, ¿ves? La que parecía una constelación.

—Donde escondía el sobre con dinero para que yo te comprara algo «decente» para Navidad, sin que mi madre se enterara, porque con lo que me daba ella no era suficiente.

—¿El que usaste para comprarme las botas más horteras del mercado?

—Por ejemplo. Pero es que eran rosas y con purpurina.

—Me las puse tres años seguidos. Hasta que se me quedaron pequeñas. Y es hora de admitirlo: ni siquiera me gustaban. Bueno, mentira. Me gustaban solo porque tú las habías elegido para mí —sonríe.

El viento pasa entre nosotros como si también viniera a

despedirse.

—¿Quién vive aquí ahora? —pregunta en voz baja.

—Unos amigos de la familia. Mi madre la vendió a principios de año. Dijeron que la reformarían, pero no han tocado nada.

—¿Te molesta estar aquí? —pregunta—. Al no ser ya… suya.

—Siempre será suya —murmuro—. Pero no. Al revés. Es como… Como cuando hueles algo y, de golpe, te acuerdas de quién eras cuando todo era más bonito.

—¿Y a qué huele?

—A sopa —respondo sin dudar—. A caldo hirviendo con apio y romero. A mandarinas que pelábamos en la mesa del comedor. A mantas con olor a suavizante caro.

—Y a turrón —añade.

—A leña.

—A chocolate caliente.

—Y a… ella.

Gia asiente y cierra los ojos solo un segundo. Como si bastara con hacer eso para traerla de vuelta. No como era al final, sino como era en sus mejores inviernos: la voz fuerte, el delantal con dibujos de galletas de jengibre, las manos que todo lo curaban.

—Si alguna vez tengo una casa que huela a algo…, quiero que huela a diciembre. A Navidad. A esto. A sopa y a turrón y a las cosas que no hacen falta decir para saber que estás a salvo.

Me trago las palabras que podría decirle. Porque ninguna estaría a la altura. Solo me inclino y la beso en la sien. Despacio. Con todo el peso de lo que sentimos y no se dice. Porque hay frases que no necesitan respuesta. Solo quedarse a vivir dentro del pecho de quien las escucha y convertirse en hogar.

Y, joder, aunque no tenga ni idea, ella ya huele a Navidad.

Siempre lo ha hecho.

Como si el mismo diciembre se hubiese mudado a su piel.

26

El Espíritu de la Navidad

Mmm. ¿Lo habéis olido alguna vez?

Ese olor a leña ardiendo, focaccia recién sacada del horno y un tufillo sutil pero inconfundible a drama romántico a fuego lento.

Así olía Manarola el 8 de diciembre de 2022.

Yo, por supuesto, estaba allí. Siempre estaba. Al fin y al cabo, queridos míos, soy ese que merodea en las esquinas de los recuerdos, el que colecciona suspiros y cenas que terminan en un «tenemos que hablar». El que sabe que el amor, cuando no se dice, a veces grita con luces de colores.

Ese año el belén volvió a encenderse. Las mismas figuritas luminosas. Las mismas ventanas abiertas. El mismo murmullo contenido en los balcones, como si todo el pueblo estuviera conteniendo la respiración… Y, aun así, faltaba algo. Bueno, más bien, alguien.

Gian seguía sin estar. Se había marchado con una maleta medio vacía y un corazón completamente lleno. (¿Te suena? Porque yo, que me paseo por las Navidades de medio mundo, te aseguro que ese es el pack completo del que ama hasta que le duele y cree que irse va a doler menos. Y no, ni hablar). Y al otro lado del silencio y del

tiempo estaba Gia.

Esa noche no fueron al mirador. Gia y la *nonna* Agnese lo vieron desde el salón, arropadas con una manta que olía a inviernos pasados. Los escalones de piedra que serpenteaban hasta lo alto del pueblo ya eran demasiado para las piernas de Agnese. Ellas ya no subían más la colina. El corazón, sí, siempre. Pero las piernas no.

Así que Florella —voz dulce, manos pacientes y una tolerancia admirable hacia los villancicos— les preparó dos tazas de chocolate caliente con canela, vainilla y una pizca de consuelo. Era la mujer que, desde hacía unos meses, se encargaba del cuidado de Agnese.

Desde esa ventana, el belén parecía un milagro colgando de la montaña. Una constelación humilde tejida con bombillas recicladas y fe en bajito. Como si Dios hubiera dicho: «¿Y si en vez de ángeles mandamos lucecitas y dejamos que se quieran a su manera?».

Mis chicas favoritas en el mundo no hablaron. Y sin embargo lo dijeron todo. Porque hay silencios que lo explican mejor que cualquier conversación. Porque hay miradas que ya lo han vivido todo y solo están ahí para que tú también llegues.

Gia entonces no lo sabía, pero Agnese sí.

Esa sería su última Navidad.

Su último belén.

Pero no había tristeza en su mirada. Solo esa paz suave, ese «ya está todo bien» que llevan las personas que han amado lo suficiente, perdido lo justo y entendido que la vida no se explica: se vive.

—Me gustaría darle las gracias a Mario. A Mario Andreoli. A ese ferroviario jubilado. A ese soñador. Al poeta de bombillas —susurró Agnese de pronto, con esa voz suya que parecía venir directo del corazón y de algún lugar donde todavía nevaba en blanco y negro—. Por crear algo así. Por hacer magia. Por darnos un lugar seguro y

precioso al que volver todos los años. Por hacernos soñar.

—A mí también —respondió Gia, bajito, como si le doliera un poco decirlo en pasado.

Y entonces pasó lo que pasaba cada año. Lo que había pasado desde que Gia era más pequeña y tenía las rodillas llenas de raspones y la cabeza llena de preguntas: Agnese empezó a contar la historia. No cualquier historia, no. Su favorita. La que GiGi sabía de memoria, pero pedían igual, como si al escucharla se les colocaran todos los huesos del alma.

—Mario empezó hace más de cuarenta años —dijo Agnese, con una sonrisita torcida que tenía más luz que todo el belén junto—. Su padre estaba enfermo, y él le prometió que haría algo hermoso por Navidad. Algo que pudiera verse desde cualquier rincón del pueblo. Así que subió a la colina con cables, tubos y unos interruptores que daban más miedo que confianza… y empezó a construir figuras. —(Una locura preciosa, vamos)—. La primera fue una cruz. Luego vinieron los pastores, las ovejas, la Virgen María, san José y el Niño… Y cada año añadía una luz nueva, como quien pone una estrella más en el cielo. No por fama. No por dinero. Solo por… amor.

Se quedó callada un segundo, como si estuviera oliendo el recuerdo. Luego añadió:

—Porque el amor, cuando es verdadero, ilumina incluso la oscuridad, querida Gia.

(A mí se me puso la piel de gallina. Literalmente. Y eso que soy incorpóreo).

Gia miró hacia fuera. Y, por un instante que casi dolía, creyó ver entre las luces a aquel hombre: manos grandes, espalda curvada, ojos encendidos como quien tiene un pacto silencioso con la esperanza. Se movía entre ángeles y estrellas como si fuera parte del milagro que había construido.

Agnese suspiró. No añadió nada más. Como si el resto de la historia se le hubiese escapado entre los dedos. Pero no hacía falta. Hay cuentos que no necesitan final porque viven en los silencios. En los gestos. En las personas que los recuerdan con el pecho lleno y los ojos medio cerrados. Y sí, Mario Andreoli seguía allí. En cada bombilla encendida, en cada pastor con cara de susto, en cada niño que señalaba el belén diciendo: «¡Mira!». Y también en cada mujer que, como Gia, sabía mirar no solo con los ojos, sino con eso que late un poco más lento cuando uno está a punto de romperse y, sin embargo, decide quedarse.

Entonces, Agnese habló otra vez.

—Volverá.

Y no, no lo dijo como quien lanza una moneda al aire y espera que caiga de canto. Lo dijo como quien ya lo ha visto.

Gia no preguntó a quién se refería. No hacía falta. Porque, cuando se ha querido con el alma (de esa manera tonta, terca y con todas las luces encendidas), hay nombres que ya no necesitan pronunciarse. Se entienden con la piel. Se respiran.

Agnese cerró los ojos. No de cansancio. De paz. Como si viera más con los párpados bajados que abiertos. Y, aun así, sus labios se movieron para dejar escapar palabras suaves, lentas, como cosidas a mano.

—Y, cuando lo haga —dijo—, no será el mismo. Será más valiente. Y tú también lo serás, Gianna mía. Porque el amor… El amor no se pierde. Solo espera. Es paciente como el mar. Sabio como el tiempo. Solo aguarda a que estemos listos para vivirlo mejor.

Gia volvió a guardar silencio. A veces, cuando el alma está muy llena, solo puede hablar con los brazos. Y fue así como la abrazó: con los ojos cerrados, el corazón abierto y un temblor nuevo bajo la

piel. La rodeó como si ese gesto pudiera sujetar el momento, anclarlo a la vida, impedirle marcharse. Y no podía, pero lo intentó igual. Porque cuando uno quiere, siempre intenta cosas imposibles. Como detener el tiempo. O no llorar con una taza de chocolate entre las manos.

No lo sabía entonces, pero aquellas palabras iban a quedársele cosidas al alma. Como un bordado invisible. De esos que no se deshacen ni con los inviernos ni con las ausencias. Como el eco suave de una promesa que el tiempo (terco como él solo) acabaría cumpliendo por ellas.

Porque, queridos míos, así es el amor que se entrega en Navidad: no se va. Se queda a vivir en los rincones donde la memoria respira. Y cuando uno menos lo espera… vuelve. Con otra forma. Con el mismo corazón. Más valiente. Más verdad. Porque el amor… El amor tiene muchas formas. Pero la más pura es esa que se sostiene incluso en la ausencia. La que no pide promesas. La que no exige que te quedes todos los días, pero te recuerda cada día por si decides volver. La que aguarda. La que perdura.

Y esa noche, aunque faltara Gian, aunque el cuerpo de Agnese empezara a decir adiós en voz bajita, el amor estaba ahí. Tendido entre luces y recuerdos. Sostenido por la esperanza y por el tacto tembloroso de una mano envejecida posándose sobre otra más joven. Como si con eso bastara. Y, sorpresa: bastaba.

No hubo fuegos artificiales. Ni milagros evidentes. Solo dos mujeres mirando un belén desde una ventana. Una con una mirada que ya sabía. Otra con un corazón que estaba empezando a aprender. Y, sin saberlo, estaban honrando al amor como solo se honra lo que ya ha empezado a doler. Porque sí: a veces el dolor no viene a rompernos. Viene a enseñarnos dónde está lo importante. Y esa noche, en Manarola, entre luces, silencio y chocolate, el amor

fue más real que nunca.

Y dejadme que os cuente un secreto. Una de esas pequeñas cosas que no salen en las fotos ni se mencionan en los brindis, pero que cambian el curso de las historias. Esa noche, cuando Gia volvió a casa con las mejillas aún calientes y el corazón latiendo raro (como cuando uno recuerda y desea al mismo tiempo), alguien más estaba en movimiento por Manarola. No eran las olas. No eran las luces del pesebre. Era Florella. La cuidadora de Agnese. Salió sin hacer ruido, con una bolsa en la mano y la expresión concentrada de quien lleva algo que pesa más de lo que parece. Dentro había una carta y la receta secreta de la famosa crostata de albaricoque de la señora Elisabetta, que se la confió a Agnese por amor al amor. (Y también porque estaba harta de que su nuera no la supiera hacer bien, pero eso ya es otra historia). Pero lo verdaderamente valioso no era el dulce. Era el gesto. La intención. El cariño silencioso que se esconde en los detalles. Porque Agnese… Agnese lo había preparado todo. Ella sabía que ese sería su último 8 de diciembre en Manarola, y también que el tiempo no siempre da segundas oportunidades. Así que tejió la suya. A escondidas. Con mermelada, papel de carta y fe en que el hilo rojo todavía podía sorprenderle.

Lo hizo sin decir nada. Sin pedir permiso. Como quien deja un farol encendido en mitad de la noche por si alguien, en medio de la oscuridad, decide volver a casa. No buscaba aplausos. Ni gratitud. Solo quería darles un empujón suave. De esos que no se notan hasta que uno ya ha dado el paso.

Porque a veces, queridos míos, el último regalo de Navidad no viene envuelto en papel brillante. Viene en forma de oportunidad. De encuentro. De coraje para dejarse querer.

Y esa noche, sin que nadie lo supiera, alguien encendió una luz más en Manarola. Y creedme cuando os digo que esa luz no estaba

hecha de bombillas.

Estaba hecha de amor.

27

El Espíritu de la Navidad

Sí, soy yo otra vez.

Lo sé, lo sé: qué pesado, diréis. Pero qué queréis que os diga: ser el centro de atención es parte del paquete cuando uno es una leyenda con estrellitas en el currículum. Y hoy, queridos míos, os traigo una de mis historias favoritas. Una que huele a destino, a magia antigua y (no me preguntéis por qué) a un poco de licor de amaretto: la leyenda del hilo rojo.

¿Os suena? Es esa historia preciosa que se cuenta bajito, como si el universo pudiera escuchar. La han usado en películas de llorar bonito, en sobremesas entre amigas con el corazón medio en obras y en mensajes de texto a las tres de la mañana con un «yo creo que estamos conectados» que huele a drama y a posibilidad.

Pero el origen, el origen de verdad, es tan antiguo que ni Google lo tiene claro. Algunos dicen que empezó en China, hace siglos. Otros que nació antes de que existieran los siglos. Lo que sí sabemos es esto: había un señor llamado Yuè Xià Lǎorén (o, para los amigos, el viejo bajo la luna). Este buen hombre no necesitaba Tinder, ni swipear a la derecha, ni filtrar por altura, signo del zodiaco o nivel de trauma emocional. No. Él tenía algo mucho más efectivo:

una cuerda de seda roja. Invisible, por supuesto, pues el amor verdadero nunca hace una entrada dramática.

Cada noche, el viejo bajaba a la Tierra, se paseaba bajo la luna llena con toda la calma del que sabe lo que hace y…, ¡zas!, ataba los tobillos de dos personas destinadas a encontrarse. No importaba si vivían a mil kilómetros de distancia, si habían nacido en siglos distintos o si uno era sagitario y el otro piscis. Si el hilo estaba atado, ¡boom!, estaban destinados.

Con el tiempo, la historia se fue de erasmus por el mundo. En Japón, por ejemplo, el hilo rojo cambió de ubicación. Allí creen que se ata al dedo meñique. Sí, ese que usamos para hacer promesas secretas. Y tiene todo el sentido, ¿no? El meñique es discreto. No presume. Como el amor de verdad. Ese que no hace ruido, pero, cuando llega, lo cambia todo.

El hilo, según dicen los que lo han sentido tirar (y no, no me refiero a una media que aprieta), es rojo. Rojo como el amor. Rojo como la sangre que se te sube a las mejillas cuando ves a esa persona y tu cerebro decide que lo de respirar es opcional. Rojo como la Navidad.

Ese hilo…, ay, ese hilo. Puede enredarse. Y vaya si se enreda. Se vuelve un nudo imposible. Se confunde con otros. Se tensa. Duele. Parece que se ha roto. Que lo hemos cortado a tijeretazo limpio después de una discusión de esas que hacen historia. Pero no, queridos míos. El hilo rojo jamás se rompe.

Puede dormirse. Esperar. Años. Décadas. Puede cruzar océanos, saltar mudanzas, resistir silencios largos como cenas de Nochebuena sin postre. Sobrevive a cartas que nunca se enviaron, a los «estoy bien» que querían decir «ven a buscarme», a mensajes que se escriben y se borran porque «mejor no molestar». Pero sigue ahí. Fino, testarudo, rebelde. Y tira. Con delicadeza, con paciencia, con la

insistencia pasivo-agresiva del destino. Porque ese hilo tiene memoria. Tiene fe. Y, sobre todo, tiene un propósito que ni el mismísimo Babbo Natale podría envolver con lazo sin emocionarse un poco.

Y yo, que he visto más tejados, chimeneas y cartas sin remitente que cualquier terapeuta de pareja, os lo juro por mi barba invisible: el hilo existe. Y madre mía la guerra que da. Pero cuando por fin se tensa del todo… Cuando ya no hay más excusas, ni dudas, ni miedo, ni ese «ya no somos los mismos» que suena a excusa barata… Entonces ese hilo no une solo dos personas. Une dos tiempos. Dos vidas. Dos historias que, por razones que ni los dioses tienen claras, tenían que encontrarse.

Es una suerte que lo hagan. Aunque tarden. Aunque duela. Aunque lleguen con las etiquetas arrugadas y el corazón lleno de reparaciones DIY. Porque es ese tipo de amor que no se pierde. Solo se retrasa. Y este 8 de diciembre —el de 2026, para quienes llevan la cuenta como yo llevo el gorro con lucecitas— he sido testigo de algo grande. Algo tan grande que se me han empañado las gafas de estrella fugaz.

He visto al hilo rojo dejar de tirar. Por fin. Después de años, de kilómetros, de silencios y de mensajes no enviados, por fin ha dejado de tensarse como si estuviera jugando al tira y afloja con el universo. Y lo ha hecho en ellos. En Gia y Gian.

Ay, mis adorados testarudos. Ay, mis GiGi. Si supierais las veces que he querido sacudirlos como bolas de nieve y gritar: «¡Que estáis hechos el uno para el otro, insensatos navideños!».

Os cuento una, solo por diversión cósmica: verano de 2024. Roma. Piazza Navona. Calor. Gente. Caos. Gia pedía un *gelato* de pistacho con Lele, lista para clausurar una relación que hacía tiempo que pedía la jubilación. Gian salía justo en ese momento de una

librería. Él giró la cabeza. Ella estornudó. Se perdieron. Fin de la historia.

Mentira.

El hilo rojo chilló como si lo hubieran pisado. Tiró. Se hizo un nudo. Se puso tan fosforito que parecía una guirnalda en modo desesperación. Pero ellos, ciegos como renos sin la nariz de Rudolph, siguieron con sus vidas.

Y esa no fue la única vez. El hilo lo intentó todo: casualidades sospechosas, canciones en el momento justo, sueños repetidos, llamadas equivocadas… Pero no ocurrió nada.

Hasta hoy.

Porque hoy es diferente. Hoy algo se ha alineado: los planetas, el corazón de Gia, el coraje de Gian y mi agenda navideña (que no es poca cosa). Hoy el hilo no tiene que tirar más. Hoy solo brilla. Y con brillo empieza todo.

Después de las palabras dichas, y de las no dichas también (que a veces pesan más), de la crostata de albaricoque que sabía a infancia, a perdón, a hogar, y de unos besos que, os lo juro por todas las luces del árbol, hicieron suspirar hasta al *caganer* del belén… GiGi caminaron. Cuesta abajo. Por las callejuelas de Manarola. Como si el mundo por fin ya no pesara tanto. Como si los inviernos ya no dolieran. Como si todo lo que no fue ya no importara.

Gian le cogió la mano. Gia no se la soltó. Y pasearon. Sin prisa. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Porque lo tenían.

Porque cuando se ama de verdad, aunque llegues tarde, aunque llegues roto, aunque llegues con miedo…, siempre hay tiempo.

Y el hilo rojo… Ay, queridos míos. Esa noche no solo brillaba. Ardía.

28

Gia

Miércoles, 9 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Necesito una cena de clausura YA. Antes de que me haga cantar otro villancico a dúo. Yo… lo amo. O lo amaba. O tal vez era la calefacción, no lo sé. El caso es que no puedo seguir conviviendo con mi novio como si fuéramos los protagonistas de una sitcom navideña con síndrome de negación crónica.

Organíceme la clausura, por favor, porque todavía duerme en mi lado de la cama. Y ronca a ritmo de «All I Want for Christmas Is You». Es EXTREMADAMENTE URGENTE.

Con desesperación festiva,

Luciano Colombo

Vale, estoy borracha.

De vino, sí. Porque después de que nos sentáramos en el suelo, helándonos el culo contra la fachada de la casa de la *nonna*, Gian ha ido encadenando vasos de Sciacchetrà como cromos de la liga y yo he dicho que sí a todos sin preguntar ni una sola vez qué

celebrábamos. Pero lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Celebrábamos esto. Lo nuestro. Lo de hoy. Lo de haber llegado hasta aquí, en diciembre, con las luces colgando de cada ventana como si la Navidad se hubiera vuelto loca de amor y mis manos heladas metidas hasta el fondo de sus bolsillos.

Pero también estoy borracha de emoción. Y de besos. Sobre todo de los últimos. Porque han sido los mejores de mi vida, y eso que Gian tiene un historial de dejarme sin oxígeno cada vez que me roza los labios. Pero, después de cinco años, ha habido una evolución, un perfeccionamiento, como si hubiera estado entrenando solo para besarme mejor.

Y ahora hemos vuelto a pasear por el mercadillo pasadas las doce de la noche. Un martes. Bueno, en teoría ya es miércoles, pero vamos a fingir que seguimos en modo festivo porque, sinceramente, ¿quién cierra un mercadillo navideño mientras dos personas que se quieren están teniendo su momento de comedia romántica con final de película? Pues eso: nadie.

Así que aquí estamos. Yo, con los mofletes ardiendo y los pies congelados. Y Gian, caminando a mi lado como si no existiera el tiempo ni el frío. Él. Con su sonrisa torcida, sus manos grandes y esa forma de mirarme como si el resto del mundo se le hubiera vuelto irrelevante desde el momento en que puso sus ojos en mí hace unas horas. Y yo, evidentemente, no tengo ni la más mínima intención de dejar de seguirle.

—Quizá deberíamos irnos a la cama. Parece que todo el pueblo ya lo ha hecho.

Lo digo aunque no tengo ni una pizca de sueño. Lo que tengo es una rave de mariposas montada bajo el esternón. Y, por si fuera poco, están coreografiadas. Perfectamente sincronizadas para hacerme perder el equilibrio en el momento justo. Que suele

coincidir con cualquier frase que él diga bajando la voz medio tono.

—¿Quieres que vayamos a mi casa?

Sus dedos aprietan ligeramente los míos porque él también lo ha notado: acaba de cambiar la presión atmosférica entre nosotros sin intervención meteorológica.

—Podrías quedarte a dormir —añade, en voz baja. Como si no le importara. Pero le importa. Mucho. Muchísimo—. Si quieres.

—Sí, podría…

—Tengo calefacción. Sábanas limpias. Una cafetera vintage…

—¿Y qué más? ¿Panetone artesanal con denominación de origen?

—Sí, y mermelada de naranja amarga. Sé que, por alguna razón que no he logrado comprender nunca, te encanta esa aberración.

Lo dice despacio, como si supiera perfectamente que ese detalle, el de tener en su casa mi mermelada favorita (la cual él odia, por cierto), me derrite más que sus besos. Que ya es decir. Y sí. Lo hace.

Me detengo un segundo y me giro hacia él, con los labios entreabiertos. Gian clava sus ojos en los míos, y la tensión es tan espesa que podrías untarla en una tostada.

—Me encantaría, pero… no puedo. No puedo dejar solos a Turrón y a Suchard. Seguramente ya me odian bastante por haber salido esta noche. Si no vuelvo, se comerán el sofá y luego redactarán una denuncia formal por abandono emocional y negligencia afectiva grave.

Gian suelta una carcajada suave que se cuela por todas mis grietas.

—¿Tienes idea de lo mucho que me gustas cuando hablas de tus perros?

—¿Y tú tienes idea de lo difícil que es decirte que no cuando hablas de sábanas limpias y mermelada?

Él da un paso más cerca. Muy sutil. Muy lento.

—Te acompaño entonces.

—No hace falta. He venido en coche.

—Me apetece. Yo he venido andando, así que puedo ir contigo.

—Pero entonces tendrías que quedarte… —le advierto, fingiendo gravedad, aunque mi pulso está en modo fuegos artificiales.

Él me lanza una sonrisa lenta, ladeada, que directamente me convierte en papilla. Me dan ganas de suspirar, gritar, arrancarme la ropa y firmar un contrato de convivencia todo a la vez. Así que, por si no ha entendido la magnitud del asunto, añado:

—¿Aunque implique subir escaleras? ¿Y saludar a una vecina medio rara que siempre sale a regar a la una de la madrugada con una regadera de Miércoles Addams? ¿Y recoger una caca de Turrón en la entrada, porque fijo que se ha vengado de mi ausencia dejándome un regalo estratégicamente situado frente a la alfombrilla?

—Especialmente por eso.

Y, sin esperarlo, me besa de nuevo. Así, sin avisar. Despacito. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si cada milímetro de distancia que recorre hasta llegar a mi boca fuera una promesa. Apoya suavemente las manos en mis mejillas, con esa dulzura firme que me hace cerrar los ojos antes incluso de sentir sus labios. Y entonces me besa de verdad. Con hambre contenida. Con precisión. Con una ternura feroz que no entiendo cómo puede convivir con lo erótico que es este beso. Su boca es fuego, decisión, deseo. Su lengua roza la mía como una caricia lenta, como si quisiera memorizar cada rincón, cada línea, cada temblor. Me besa como si supiera que es un punto de no retorno. Como si entendiera que esto, justo esto, es lo que llevaba años esperando.

Sí. Definitivamente estoy borracha. De vino. De él. De ganas de

que esto no acabe nunca.

—¿Me vas a hacer suplicar, cariño? —susurra junto a mi oreja, y su voz me provoca microinfartos cerebrales perfectamente sincronizados. Uno por palabra. Uno por cada sílaba arrastrada con esa maldita seguridad suya.

—Sí.

Gian sonríe, y esa sonrisa… Esa sonrisa podría desnudarme más rápido que sus manos.

—Por favor, déjame acompañarte a casa.

—¿Y…?

—Y, por lo que más quieras —se inclina más, rozando apenas mi mandíbula con su nariz—, déjame quedarme.

Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que quema. Y hay algo en su forma de sostenerme la mirada, de no moverse, de esperar… que hace que me tiemble todo por dentro.

—Ahora de rodillas —le ordeno, y mi voz me sorprende incluso a mí: firme, grave, empapada de ganas.

Él deja escapar una risa baja, que vibra como un trueno contenido.

—Ay, cariño… —dice con descaro, sin apartar la vista—, si me dejas, estoy más que dispuesto a arrodillarme por ti. Aquí mismo. Y no solo por respeto. También por pura adoración. Por hambre. Por todo lo que llevo aguantándome años. Pero creo que mañana saldríamos en todas las noticias por escándalo público.

—¿Y? Tal vez les haga falta un poco de esperanza navideña.

Él se ríe muy bajo. Pero no es una risa graciosa. Es oscura. Prometedora. El tipo de risa que avisa.

—Gia… —susurra, acercándose más, sus labios ya peligrosamente cerca de mi oído—, no tienes ni idea de lo que estás insinuando. Si me arrodillo, no va a ser para suplicarte. Ni para rezar.

Trago saliva. Muy despacio.

—Entonces hazlo —respondo—. Pero no aquí.

Sus ojos me recorren con esa intensidad suya que parece arrancarme capas. Me mira como si ya lo estuviera haciendo con la boca. Como si ya lo supiera todo. Él no se mueve. Yo tampoco. El aire entre nosotros es un campo eléctrico.

—¿En tu casa?

—En mi casa.

—¿Y puedo quedarme después?

—Si haces bien tu trabajo…

Su sonrisa se curva como si le hubiera tocado la lotería. Y entonces me besa otra vez. Y otra. Y otra. Y cada beso es distinto. Uno suave. Otro más urgente. El tercero, ya no lo sé. Porque, para entonces, ya me tiene pegada a la primera pared que ha encontrado, respirando contra mi cuello, como si quedarse no fuera suficiente. Como si rendirse a mí fuera solo el principio. Y me besa con urgencia. Con intención. Como si acabara de recordar que tiene derecho legítimo sobre mi boca y estuviera dispuesto a ejercerlo en plena vía pública.

Mis dedos se enredan en su cuello. El beso se vuelve más profundo. Más lento. Más sucio y dulce a la vez. Me muerde el labio inferior y se separa justo cuando yo estoy a punto de declararme y proponerle matrimonio, convivencia y una hipoteca conjunta. Me deja sin aire. Literal y emocionalmente.

—Guau.

—Lo sé —dice, sin ninguna humildad.

Cabrón.

Sin decir nada más, retomamos los pasos, como si todo eso no acabara de pasar. Como si no tuviéramos los labios enrojecidos y el pulso en modo montaña rusa otra vez. Como si fuéramos personas

normales y no dos adultos funcionales al borde de un colapso sexual.

—¿Y el coche?

—Allí —señalo, con un gesto que podría indicar la dirección del coche o una constelación del hemisferio norte.

Mientras nos vamos acercando miro las llaves con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Solo estoy eligiendo con cuál de estas dos llaves idénticas abrir mi coche. Pero ninguna funciona si las pones al revés. Maldita física cuántica automovilística.

—¿Te has planteado que quizá estás demasiado borracha para conducir?

—No estoy borracha. Estoy… cálida. De espíritu.

—Y de reflejos.

Lo ignoro, entro en el coche y arranco con toda la dignidad que puedo reunir. Gian sube de copiloto, ajusta el asiento y pone villancicos italianos en la radio, pero baja el volumen lo suficiente para que solo sea música de fondo. Y empieza a canturrear. Mal. Fatal. Delirantemente mal. Pero lo hace como si Pavarotti le debiera algo.

—¿Sabes que este es mi primer coche?

—¿Y sigue vivo?

—Tiene más vidas que Turrón. Y créeme, eso es mucho decir. Ese perro se ha caído de la cama tres veces, se ha atragantado con una bola de Navidad dos, y una vez intentó comerse una pila. De botón.

Gian se ríe. Y yo, en ese momento, juro que no me importa nada más que este trayecto. Esta risa. Este coche viejo, estas curvas imposibles y este copiloto que huele desesperadamente a algo que

hacía tiempo que no olía. A hogar, quizá.

El trayecto es corto. Demasiado corto. Pero sí lo suficiente para que tu cerebro —si eres yo, y lamentablemente lo soy— decida sabotearte con una intensidad olímpica.

¿Y si esto es un error? ¿Y si mañana nos arrepentimos? ¿Y si ve mi pijama de pingüinos y se da cuenta de que no está preparado para este nivel de compromiso? ¿Y si Turrón le gruñe? ¿Y si Suchard se sube a su chaqueta nueva, le deja el olor impregnado de hogar canino en pleno diciembre y Gian nunca me vuelve a llamar porque ha desarrollado una alergia rara?

—Te estás mordiendo el labio.

—No, qué va.

Aparco. Más o menos recto. En… un ángulo comprometido. Y luego respiro hondo. Cuento hasta tres. Me quedo en el asiento como si fuera a declararme culpable de algo muy serio.

—¿Lista?

—¿Para qué?

—Para presentarme oficialmente a tus hijos peludos —responde con esa voz baja que me hace querer abandonarme a mis peores impulsos—. Aunque ya compartimos calle y baba. Pero no es lo mismo. Esta vez será formal.

—Vale, pero pórtate bien —le advierto, subiendo el tono como si yo fuera la adulta responsable en esta situación, lo cual es discutible —. No los mires raro. No les hables en diminutivos. Y no les des galletas si no te lo piden con la mirada.

—¿Y cómo sé si me lo piden con la mirada?

—Créeme, lo sabrás. Es como un hechizo. O un tipo muy específico de chantaje emocional canino.

Subimos las escaleras en silencio. Por suerte, no nos cruzamos con la vecina regadora de medianoche. Y entonces, al llegar a mi

rellano: clic clic clic. Uñas contra el suelo. Una carrera desatada. Un golpe seco, probablemente de Suchard contra la puerta. El preludio de la catástrofe.

—Prepárate.

Abro la puerta y Turrón, que tiene alma de cabra montesa, se lanza como un proyectil con dirección exacta hacia mis piernas, y luego hacia las de Gian. Ladra. Rebota. Se enreda. Lame. Todo a la vez. Un espectáculo multisensorial en cuatro patas. Suchard, en cambio, camina con la dignidad de un mayordomo que acaba de decidir si se te permite la entrada o no. Me saluda moviendo la cola, y luego se detiene frente a Gian. Lo observa. Lo huele. Y, finalmente, le ofrece la pata como si fueran a firmar un tratado de paz bajo la supervisión de las Naciones Unidas.

—Estos son mis chicos.

—Hola, chicos —responde Gian, agachándose como si no midiera metro noventa y no tuviera vértebras. Se pone a su altura con una naturalidad pasmosa.

Turrón le lame la oreja con entusiasmo. Suchard le inspecciona los bolsillos con interés. Yo contengo la respiración, como si estuviera viendo una entrevista de trabajo sin posibilidad de repetir.

—Te están evaluando —le susurro.

—¿Y…?

—Suchard, sin duda, te ha aprobado —digo en cuanto el susodicho le da un cabezazo afectuoso en el muslo y se sube al sofá sin más drama—. Turrón aún se lo está pensando. Puede que no te robe un zapato esta noche. Si tienes suerte.

Gian se ríe. Se incorpora. Me mira. Y entonces me lanza una de esas preguntas que parecen inocentes, pero te desarman desde dentro.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú ya me has aprobado?

Me quedo en silencio. Estoy a punto de decirle que sí. Que claro. Que cómo no. Que ya no hay vuelta atrás. Pero justo entonces Suchard se enrosca en su manta favorita con un suspiro exagerado, y Turrón empieza a dar vueltas por el pasillo con mi pantufla en la boca como si fuera un trofeo, y yo… simplemente me río. Porque sí. Porque este caos es mío. Porque este desastre tiene nombre y patas. Y porque Gian no parece querer salir corriendo.

—Bienvenido a mi hogar. Sé que no es gran cosa, pero al menos tiene techo, paredes, y la cisterna funciona, que ya es más de lo que ofrecía mi anterior piso. Bueno, no era mi piso exactamente, lo compartía con una pareja de veganos nudistas que meditaban en el salón. A las seis de la mañana. En tanga. Ellos, no yo, obviamente. Aunque una vez se me ocurrió unirme, pero llevaba pijama de ositos y fue… raro. —Me muerdo el labio—. En fin. Que este es mío. O sea, no mío, porque una parte la pagaron mis padres, otra, el banco, y otra, el karma por todas las buenas acciones que he hecho en la vida, como no empujar por las escaleras a mi ex. No a ti, al otro. Pero lo importante es que aquí mando yo. Y los perros. Y a veces la caldera, cuando decide hacer huelga…

Me cruzo de brazos, no tanto por hacerme la interesante, sino porque estoy bastante segura de que, si no me agarro a algo, voy a desmayarme. O a lanzarme sobre él. O ambas.

Gian me mira como si acabara de decirle que soy la reencarnación de la diosa del hogar. Sonríe despacio, con esa calma que tiene cuando quiere hacerme arder.

—Es el sitio más acogedor en el que he estado nunca.

Lo dice como si lo pensara de verdad. Como si este desastre adorable de mantas desparejadas, velas a medio derretir y cojines

navideños le pareciera… perfecto. Y está demasiado cerca. Porque huele demasiado bien. Porque me está mirando con esos ojos como si no le importara que haya hablado sin parar durante minuto y medio. O como si eso fuera precisamente lo que más le gusta.

—Eh… ¿Quieres algo de beber? —pregunto, dando un paso hacia atrás, como si eso fuera a solucionar la temperatura ambiente.

—Creo que ya hemos bebido demasiado. Pero da igual. ¿Qué tienes?

—Eh… Vino. Blanco, tinto, rosado, una botella medio empezada de algo que traje de una cata a ciegas con la famosa sumiller americana Leigh Sailor, y que está que te cagas de bueno… Ah, y también tengo cerveza, zumo de naranja y… agua del grifo con cal. Mucha cal.

—¿Y tú qué vas a tomar?

—¿Yo? Probablemente una decisión de la que me arrepienta. Pero mientras tanto vino blanco. Frío.

Camino hacia la cocina, pero no llego. Porque él me sigue. Porque está justo detrás. Porque me roza la espalda con la mano al pasar, como si nada. Como si fuera casual. Pero no es casual. No cuando me giro y lo tengo a un palmo. No cuando me mira la boca como si le apeteciera más que el vino. No cuando yo dejo de respirar por un segundo.

—Esto es… peligroso, Gian.

—¿Y desde cuándo eso te ha echado para atrás, cariño?

No respondo. Porque no puedo. Porque no quiero. Porque si abro la boca ahora mismo, o le confieso que llevo cinco años soñando con esta escena, o se la arranco a mordiscos. Así que simplemente lo miro. Lo miro como si pudiera hacerle entender todo con los ojos. Y, sorprendentemente, parece que funciona porque traga saliva, da un paso más cerca, como si eso fuera posible, y su respiración roza mi

clavícula.

—Quizá vaya siendo hora de que te enseñe mi habitación… —suelto.

Gian sonríe. Ese tipo de sonrisa que no se ve, se siente. En el estómago. En las piernas. Entre ellas.

—Estoy deseando verla.

Camino delante de él, sintiendo su mirada como un calor detrás de las rodillas. Abro la puerta con una teatralidad innecesaria, como si fuera la gran final de un concurso, y ahí está: cama grande, edredón rojo de peluche, luz tenue y ese caos organizado que solo yo entiendo.

Gian entra, echa un vistazo y se queda quieto. Inspira hondo, como si el aire de mi casa le supiera a algo que había olvidado querer. Y entonces no se mueve. Ni un paso más. Yo parpadeo.

—¿Qué pasa? ¿Te ha entrado el síndrome de Stendhal con mis cojines de Rollandi Arredamenti? ¿Te ha hablado la lamparita? ¿O me he dejado algún tanga usado por el suelo?

Nada. Ni una ceja levantada. Solo esa intensidad suya, clavada en algo que no alcanzo a ver.

—Dímelo ya —insisto, cruzándome de brazos—. ¿Qué? ¿Te has dado cuenta de que soy la mujer de tu vida justo al ver mi librería? ¿O es que te ha dado un brote espiritual y estás teniendo una epifanía con mi alfombra de Natuzzi?

Él camina hasta la estantería, esa que tengo repleta de ediciones especiales de mis libros favoritos, y coge una cosa entre los dedos. Se gira hacia mí con los ojos entrecerrados, como si no se creyera lo que está viendo.

—¿Todavía lo tienes?

Yo dejo de respirar, porque entre sus dedos está esa entrada de cine que él mismo fabricó con cartulina blanca, rotulador rojo y todo

su entusiasmo, durante aquel encierro infernal en plena pandemia del COVID-19. Escribió con su letra torcida: «Cine íntimo. Sábado. 21.30. Solo dos asientos. Una única proyección. Solo para enamorados». Y yo me acuerdo cada día de ese momento. Me acuerdo perfectamente. Me acuerdo del sofá arrastrado hasta el centro del salón, de las velas, del bol enorme de golosinas y del proyector que pidió prestado a su vecino para ver *One-Way to Tomorrow* como si fuera una *première* exclusiva. Me acuerdo del beso que me dio cuando acabó la película. Me acuerdo de pensar: «Con este hombre, hasta una pandemia tiene sentido».

Fue un par de semanas antes de que se marchara.

—No sé de qué hablas —miento.

—Gia…

—La tenía guardada, ¿vale? Primero en un cajón. Luego en un libro. Luego en otro cajón. Luego en otro libro. Durante mucho tiempo. Hasta que me harté de hacerme la fuerte y la puse ahí. Cerca. No para recordarte, sino… por lo que sentí esa noche. Lo guardé como quien guarda algo que no sabe si volverá a vivir. Como si con ese papel pudiera convencerme de que no me lo había inventado. Para… Bueno, ya sabes. Para no olvidarme de cómo se siente querer a alguien así. Y que te quieran de la misma forma.

Gian deja la entrada sobre el estante con lentitud. La acaricia con los dedos. Como si de pronto entendiera que esto no era solo una relación. Era una vida entera que nunca acabó del todo. Y entonces me mira, y ni siquiera me da tiempo a interpretar esa mirada. Porque ya me está besando. Y Dios, me besa como si este beso fuera la forma más física de decir: «Todavía estás aquí. Todavía eres tú».

Me coge la cara con ambas manos, firme, como si necesitara anclarme. Como si tuviera miedo de que me evaporase si no me

sujeta bien. Y luego me arrastra hacia atrás, sin dejar de besarme, hasta que mi espalda choca contra la pared con un leve golpe seco. Sus labios buscan los míos con hambre. Con ternura. Con desesperación controlada. Me besa como si quisiera recorrer todos los años que no estuvimos, minuto a minuto, con la boca.

Y yo respondo igual. Le rodeo el cuello, me pego a su cuerpo, le muerdo el labio sin querer porque ya no sé gestionar todo esto. El temblor. La presión entre las piernas. La necesidad. Siento su lengua rozar la mía con una mezcla perfecta de urgencia y precisión. Siento nuestras respiraciones volverse una, desordenadas, aceleradas, como si el oxígeno también se hubiera puesto nervioso. Sus manos bajan por mi espalda, como si cada vértebra fuera un dato perdido que necesitara memorizar de nuevo. Me toca con ese cuidado voraz de quien no sabe si va a tener otra oportunidad. Y, a la vez, con la seguridad de quien ya ha decidido que no va a dejar que esto se le escape.

Cada beso es una pregunta. Cada caricia, una respuesta. Cada roce, un juramento silencioso. Y ahí, en medio de mi habitación, con una entrada propia y un recuerdo real respirando en la estantería, lo entiendo. Esto no es una repetición. No es una escena que ya vivimos. Esto es otra cosa. Más honda. Más caliente. Más peligrosa.

Esto es un estreno.

Y los dos estamos en primera fila.

29

Gian

Miércoles, 9 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

La he besado, y en ese instante me he dado cuenta de que Gia es mi milagro de Navidad. Te prometo que no pienso soltarla. Ni aunque lo intente.

Abrazo virtual,

Gian
(Extracto de un correo nunca enviado).

La llevo hasta la cama sin dejar de besarla.

No lo pienso. No lo planeo. Solo actúo, como si sus labios me hubieran reactivado después de años en pausa. Como si de repente todo mi cuerpo recordara lo que era tenerla cerca. Tocarla. Olerla. Escuchar ese sonido que hace cuando le muerdo el labio inferior, como si estuviera conteniéndose para no lanzarse a por mí. Y no quiero que se contenga. Quiero que se deshaga. Conmigo. Para mí.

La tumbo con cuidado, pero con hambre. Como si tuviera miedo de romperla y al mismo tiempo miedo de romperme yo si no la tengo entera. Me coloco sobre ella, pero no peso, no aplasto: rodeo.

Rodeo con el cuerpo, con los brazos, con los ojos. Y la miro. Dios, cómo la miro. Es preciosa. Tiene la boca roja, húmeda, hinchada de tanto beso, las mejillas encendidas y el pecho subiendo y bajando como si corriera un maratón de sensaciones que no sabe si va a ganar o a perder. Y esa expresión en los ojos… No es deseo. Es algo peor. Es confianza. Esa confianza brutal que solo se tiene con alguien a quien se ama tanto.

Me muevo despacio, sin romper el contacto con su mirada, y me agacho para quitarle las botas. Y entonces la veo. La estrella. Justo debajo de la media, tatuada en el tobillo. Esa estrella de la que Lele me habló. Su norte. Su recordatorio silencioso de que, incluso en la oscuridad, siempre hay una dirección. Trago saliva. Me tiembla el pulso.

—Dime que no me estoy equivocando —susurro, sin saber si se lo pido a ella o a mí—. Dime que deseas esto tanto como yo. Porque si no… pararé. Cogeré toda mi maldita fuerza de voluntad y pararé, cariño.

—No te estás equivocando.

Le meto una mano por debajo de ese vestido negro que le queda tan bien y dejo que mis dedos exploren el calor de su muslo. Su piel es suave, cálida y viva bajo mi palma. Me inclino y le beso el hombro. Luego el cuello, despacio, justo donde empieza a temblar. Después, la clavícula. Esa línea perfecta que siempre quise enmarcar con la boca. Le chupo la piel ahí, suave pero firme. Solo lo justo para que sepa que me acuerdo. Que sé. Que todavía sé lo que le gusta.

Ella arquea la espalda, me ofrece el cuerpo sin decir una palabra, pero habla igual. Suspira. Me agarra del pelo con fuerza, y ese gesto lo dice todo. «Más. No pares. Tócame ya». Y lo hago. Pero a mi manera; muy despacio. Porque, si vamos a quemarnos, que sea beso a beso. Y piel a piel.

Le paso la mano por el muslo como si fuera un mapa que solo yo supiera leer. Me detengo en la curva de su cadera, en la parte baja del vientre, en ese lugar que está en mi lista de favoritos. Ella gime, pero se muerde los labios para que no sea demasiado alto. La miro desde arriba, con la respiración entrecortada, y me maravilla verla así: fuerte, nerviosa, desatada y preciosa.

—No te cortes, por favor. Llevo cinco años sin oírte gritar mi nombre, cariño.

—Gian… —responde, y mi nombre en sus labios ya es una orden.

Entonces la toco de verdad. Deslizo los dedos por encima de su ropa interior y la siento húmeda. Ardiendo. Preparada. Receptiva. De repente, jadea y se aprieta contra mi mano, como si ya no pudiera seguir fingiendo que esto no es lo que quiere. Y yo tampoco puedo.

—Te gusta, ¿a que sí? Eso es lo bueno de conocerte tanto, cariño. Sé exactamente cómo te gusta. Lo descubrimos juntos.

Eso parece excitarla todavía más, porque atrapa mis labios entre los dientes y succiona un poco, lo justo para hacerme gemir a mí también.

—Si sabes lo que me gusta…, ¿por qué seguimos vestidos todavía?

Sonrío de oreja a oreja mientras deslizo las manos por su espalda, buscando el principio de la cremallera. Dios, este maldito vestido. Mi vestido favorito…, aunque nunca haya sido mío. Se lo he quitado tantas veces que ya ni lo pienso, mis dedos van solos, bajando el cierre despacio, como quien desenvuelve un regalo muy caro. Muy esperado. Muy prohibido.

Cuando la cremallera llega a su final, la miro. Un segundo. Solo uno. El suficiente para confirmar que ella también se acuerda. Que esa electricidad entre nosotros no es nostalgia: es memoria táctil.

Porque su cuerpo reacciona antes que ella. Se le eriza la piel, se le tensan los hombros, y respira como si la estuvieran tocando el puñetero alma.

—Este maldito vestido debería estar prohibido —murmuro contra su cuello con los labios apenas rozando la piel mientras deslizo la tela por sus brazos, centímetro a centímetro, hasta que la prenda se rinde y resbala hasta el suelo.

Aprovecho también para quitarle las medias, pero no me apresuro. Dios, no. Voy bajándolas despacio, con una lentitud que no es inocente. Mis labios dejan un rastro húmedo de besos por su muslo, su rodilla, su pantorrilla. Cada centímetro que descubro es una tortura. Una provocación. Un milagro. Y, cuando por fin se queda solo en ropa interior, me cuesta respirar. Casi me dejo caer de rodillas. Esta vez no por juego, sino porque es demasiado. Joder.

Su cuerpo ha cambiado. Claro que sí. Cinco años dejan huella. Pero no esperaba esto. No esperaba esta versión más… todo. Más mujer. Más carne. Más curvas que desafían cualquier intento de control. Más deseo en forma humana. Más peligrosa. Más jodidamente hermosa. La miro como si acabara de encontrar un mapa antiguo y secreto. Y empiezo a recorrerlo con las manos, despacio. No como si fueranueva, sino como si fuera sagrada. Reconozco la piel, pero hay cosas que han cambiado. Relieves nuevos. Texturas más suaves. Firmezas más redondas. Más calor. Más hambre. Trago saliva.

Mis manos suben por encima de su ropa interior. La siento temblar. Tensarse. Humedecerse más bajo mis dedos. Y entonces ella, impaciente, temblorosa, encendida como yo, me mira como si fuera a devorarme. Y se lanza a por mi cinturón. Con una urgencia que no admite treguas. Con unas ganas que me desarman. Con las manos torpes y el pulso roto. Y, en ese momento, lo único que me

importa en el puto universo es esto: que no se detenga. Que me quite todo. Y que no nos salvemos de nada.

—¿Quieres ayudarme con esto? —le digo en voz baja, casi jadeando ya, porque estoy tan duro, tan rígido, que me duele. La tela aprieta, roza, castiga. Y su sola presencia no ayuda. Mierda, no ayuda en nada.

—No me hagas preguntas estúpidas.

Se acerca, pero, en lugar de ir directa al cinturón, me agarra por el borde de la camiseta con los dedos tensos, como si necesitara una pausa antes de tocarme más.

—Espera —susurra—. Quiero verte. Entero.

Levanto los brazos sin pensar, obediente, con la sonrisa más imbécil del planeta pegada a la cara. Y dejo que me la quite. Despacito. Tirando de la tela con cuidado, como si estuviera desenvolviendo algo frágil. Sus dedos me rozan al pasar por mis costillas, y ese simple roce me enciende hasta el espinazo.

Cuando me observa al completo sin camiseta, se queda quieta. Inmóvil. La mirada clavada en mi antebrazo izquierdo. Y entonces lo ve.

—¿Te has hecho un tatuaje?

Sonrío ampliamente.

—Sí.

—Son… ¿Son mis botas? O sea, no mis botas mías, sino… las botas. Las que llevo siempre. Las cowboy. Las que decías que parecían sacadas de un wéstern italiano. Esas que me pongo hasta para ir al súper. Esas que una vez se me rompieron y casi lloras más tú que yo. ¿Esas botas?

Asiento, sin poder parar de mirarla.

—Me lo hice una noche de borrachera. El tatuador me dijo que el antebrazo izquierdo era el lugar donde se llevaban las cosas

importantes. Y tú… Tú siempre llevabas ese tipo de botas como si dijeran «o me aguantas o te apartas». Como si fueran una declaración de intenciones. Y… no pude resistirme.

—Gian…—susurra, y se lleva una mano a la boca.

—No sabía cómo dejarte atrás, así que me tatué.

Intento bromear, quitarle importancia, pero Gia tiene los ojos brillantes, húmedos. Y eso me jode. No quiero que esto la rompa. No quiero que piense. No ahora.

—Gian… Madre mía.

—No es nada, cariño.

—Te equivocas. Es…

No termina la frase. No necesita hacerlo. En vez de hablar, me besa. Lento. Tan jodidamente lento que me duele la piel. Me roza la cara, el pecho, la tinta de mi tatuaje como si me leyera en braille. Como si el dibujo hablara más claro que yo. Y luego sí, va a por el cinturón. Y el botón. Y, cuando baja la cremallera, lo hace con tanta urgencia que parece que se le fuera la vida en ello. Se me escapa un suspiro largo e involuntario. Intento quitarme el pantalón, pero tengo la coordinación de un adolescente borracho y completamente empalmado.

Gia se ríe mientras me ayuda con esas manos. Sus malditas manos. Las que conocen mi cuerpo mejor que nadie. Las que me han reconstruido más veces de las que puedo contar. Las que saben dónde tocar. Y lo hacen. Sin miedo. Con hambre. Como si el tiempo perdido se pudiera recuperar con las yemas de los dedos. Y, joder, si alguien puede lograrlo es ella.

Me tumbo sobre ella, piel contra piel. Calor contra calor. Y entonces me echo ligeramente hacia atrás, entre sus piernas, y la miro a los ojos. Su pelo desordenado sobre la almohada, la boca entreabierta, el pecho subiendo y bajando con urgencia, y esa

mirada… Esa mirada que me haría rogar si se lo propusiera.

—Abre las piernas para mí, cariño —le susurro, y lo hace sin apartar los ojos de los míos.

Pasa algo cuando lo hace. Algo silencioso. Como si se rompiera una barrera invisible. Deslizo una mano entre sus muslos, con calma, con la precisión de quien ha estado esperando este momento demasiado tiempo. Rozo su centro por encima de la tela. Está mojada. Está empapada.

—Joder, Gia…

—¿Qué?

—Estás a punto de hacerme perder la cabeza.

—Ya era hora —susurra, y levanta ligeramente las caderas para apretar más mi mano contra ella—. Gian. Por favor.

—Créeme, cariño. No necesitas suplicar.

Le retiro la ropa interior a un lado, sin quitársela aún. Me gusta tenerla medio vestida. Me gusta la tensión entre el descontrol y el orden. Me gusta verla rendirse poco a poco. Y entonces la toco de verdad. Deslizo los dedos por sus labios, húmedos y cálidos, y luego los separo con cuidado. Me centro en su clítoris, lo acaricio con presión suave pero firme, en círculos lentos, estudiando cada una de sus reacciones. La forma en que se le abre la boca. Cómo se le tensan los muslos. Cómo empieza a jadear bajito, con esa mezcla de placer y rabia contenida…

—Dios… Gian…

—Dime, cariño —le susurro, bajando la cabeza para besarle el pecho mientras sigo estimulándola.

—Por lo que más quieras, no te detengas. No pares. No pienses.

—No pienso hacerlo. No pienso dejarte ir otra vez.

La penetro con un dedo, luego con dos, con ritmo suave pero constante. Sus caderas se mueven contra mi mano. La tengo al

borde. Temblando. A punto de explotar.

—¿Recuerdas cómo te gustaba esto? —le susurro, mirándola desde abajo mientras mi pulgar sigue en su clítoris y mis dedos se mueven dentro de ella con un ritmo que conozco como si fuera música que nunca dejé de tocar.

Ella asiente, pero le tiembla todo. La boca, las pestañas, la respiración. Como si fuera demasiado, como si fuese exactamente eso lo que necesitaba desde hace cinco malditos años.

—Es en lo que pienso… siempre.

—¿Siempre?

Estoy tan al límite que, si ella me dice una sola cosa más, me corro en los putos calzoncillos como un idiota.

—Siempre que me… toco —confiesa con una mezcla de vergüenza y desafío, mirándome como si acabara de abrirme las puertas del puto paraíso—. En que son tus dedos, no los míos. En lo que me decías. En cómo me mirabas cuando sabías que ibas a conseguirme un orgasmo solo… con tu mano.

Me tiembla el pulso.

—¿Sí, cariño? —gruño, bajando un poco el ritmo, solo para hacerla sentir más y torturarla un poco—. ¿Y qué más piensas?

—En tu lengua —jadea—. En lo que hacías con ella…, en cómo tardabas horas, como si estuvieras empeñado en que me desmayara de placer.

Por todos los dioses.

Me echo hacia delante. La beso con rabia. Con devoción. Siento sus piernas apretarse más fuerte alrededor de mis dedos. Su espalda se arquea, su boca se abre en un grito silencioso.

Por todos los jodidos dioses.

—Voy a hacer tu fantasía realidad —murmuro contra su cuello—. Te lo prometo. Te he prometido que iba a arrodillarme.

—¿Sí?

—Sí —respondo, bajando poco a poco, dejándole besos húmedos desde su cuello hasta la parte baja de su abdomen, marcando cada centímetro como si fuera territorio sagrado—. Sí, joder. Y tanto que sí. Y te vas a correr para mí, cariño.

Le separo las piernas con suavidad y decisión. La miro un segundo, solo para ver cómo respira, cómo tiembla, cómo se abre para mí sin reservas. Le quito la ropa interior despacio, con la boca, tirando con los dientes mientras la oigo gemir impaciente. Y entonces la pruebo. Le paso la lengua entre los labios, lento, largo, saboreándola como si fuera la primera vez. Como si llevara cinco años soñando exactamente con este sabor, este calor, esta forma de perderme. La noto estremecerse, soltar un gemido agudo que me hace estar todavía más duro, como si eso fuera posible, y entonces me concentro. En su clítoris. En el ritmo. En su respiración.

Empiezo a lamerla con devoción. Círculos lentos, luego más rápidos. A veces chupo, a veces solo la acaricio con la punta de la lengua, otras me hundo más abajo para que suelte ese sonidito, ese jadeo áspero y desesperado que me dice que está a punto. Le meto los dedos con cuidado, con el ángulo que sé que le vuelve loca, y la lengua no se detiene. Ella se arquea, se aprieta contra mi boca, me agarra del pelo con fuerza. Me deja claro que no pare. Que siga. Que la destruya.

Y entonces pasa. Su cuerpo se tensa, se curva, se rinde. Tiembla con fuerza. Gime mi nombre con la voz rota, como si al decirlo se le escapara el alma. Siento sus paredes contraer mis dedos con una intensidad tan real, tan íntima, tan suya que casi me deja sin respiración. Y ahí, viéndola correrse bajo mi lengua, tan preciosa, tan salvaje, tan mía…, me corro yo también. No hay forma elegante de decirlo. Me corro. En los calzoncillos. Como un capullo. Como un

crío que se descubre. Sin rozarme. Sin tocarme. Solo por ella.

—Dios… —murmuro, con la frente apoyada en su pecho, jadeando como si acabara de correr una maratón bajo el sol de agosto.

—¿Te has…?

—¿Corrido en los calzoncillos como cuando tenía doce años? Sí, cariño.

Sonrío al verla sorprendida.

—Perdón. Lo siento. No… No me tengas en cuenta esta patética eyaculación precoz y espontánea.

Ella se ríe. Jadeando, sudada, con la cara aún roja de placer. Pero se ríe. Abre los ojos y me acaricia la nuca como si acabara de salvarle la vida.

—¿Estás bromeando?

—No.

—¿Te has corrido solo por verme a mí?

Asiento con la cara aún enterrada entre sus pechos, medio avergonzado, medio orgulloso.

—Y por oírte. No le quites mérito a ese ruidito que haces con la garganta —sonrío, y luego me incorporo un poco para mirarla—. Supongo que era de esperar. Llevaba cinco años sin acostarme con nadie.

—¿Qué? —Abre mucho los ojos—. ¿En serio?

—Sí. No he estado con nadie más, Gia.

Ella me aparta la cara con suavidad, me obliga a mirarla.

—¿Estás diciendo que…?

—Estoy diciendo que después de ti todo me sabía a nada —susurro, con la voz aún áspera—. Y lo intenté, ¿vale? Te juro que lo intenté. Pero ninguna eras tú. Ninguna me miraba como tú. Ninguna me tocaba así. Con ninguna pasé de la primera cita. Ni de los

preliminares.

Ella me mira y, por un instante, se queda tan quieta que parece que el tiempo se ha detenido entre nosotros. Tiene los labios entreabiertos, los ojos brillantes, y juro que veo la sombra de una lágrima formarse. Pero no llora. No, Gia no llora. Ella traga saliva y me lanza la mirada más honesta que he visto en años.

—Yo no puedo decirte lo mismo, Gian.

—Lo sé. Tampoco quería que me esperaras. No tenías por qué. Seguro que has tenido tus historias…, pero ¿acaso importa? A mí no —respondo, y me acerco para rozar su mejilla con el dorso de la mano—. Esto. Esto de ahora. Tu cuerpo sobre el mío. Esta habitación. Nosotros. Esto es lo que verdaderamente importa.

Ella parpadea como si intentara procesar cada palabra. Y luego sonríe. Esa sonrisa suya de medio lado, la que me hacía perder el hilo de cualquier conversación. Se incorpora un poco, apoyando las manos en mi pecho, y me clava esa mirada suya que nunca ha sabido ser inocente.

—Entonces desnúdate, Gian. Porque no pienso dejar que esto se quede aquí.

—Gia…

—No me digas que no te apetece.

—Me apetece. Créeme. Claro que me apetece. Estoy medio muerto de ganas por sentir esa boca tuya… —Le acaricio la mandíbula con el pulgar, desciendo hasta su clavícula. La veo inclinarse, decidida, empezando a bajar por mi pecho con besos lentos, con intención—. Pero…

—¿Pero?

—Pero hoy solo quiero sentirte. Entera. Completa.

Ella se detiene, me mira como si le acabara de soltar la frase más sexy del planeta.

—¿Así que me devoras como si me hubieras echado de menos cada día de estos últimos cinco años y luego te crees que no voy a querer devolverte el favor?

Me río, ronco, todavía con su sabor en la boca.

—Es que te he echado de menos cada día de estos últimos cinco años, cariño. No podía hacerlo de otra manera —susurro contra sus labios, y la beso. Una, dos, tres veces. Como si el tiempo pudiera comprimirse en esos segundos—. Y no, no necesito que me devuelvas el favor. Te necesito a ti.

—Joder, Gian… Ven aquí.

Su voz es una mezcla perfecta de urgencia y ternura. Y entonces ocurre algo que se siente casi sagrado: ella se incorpora, se arrodilla sobre mí y se desliza despacio, sin romper el contacto visual. Yo me quito los calzoncillos, sin dejar de mirarla, sin dejar de pensar que es la mujer más jodidamente hermosa que he visto en mi vida.

Gia se deshace de la lencería con un movimiento lento, medido, casi simbólico. Y, cuando la deja caer junto a la cama, me lanza esa sonrisa suya que siempre me ha vuelto loco. Y ya estoy completamente duro de nuevo, porque se arrastra debajo de mí, deslizándose como si su piel supiera exactamente dónde tocar. Me rodea con las piernas y me roza con la mano. Al sentirme, suelta un gemido ronco, verdadero. No hay artificio. No hay juego.

—Tú tampoco te has olvidado de cómo me gusta, ¿eh? —gruño, con la voz rota.

—No. Nunca he dejado de imaginarlo. Nunca he dejado de imaginarte a ti.

Mi cuerpo se tensa. Joder. Esa frase me atraviesa como una descarga. Me quema, me desarma, me empuja.

—Tengo un condón en la cartera.

Ella me agarra el rostro con ambas manos, firme, urgente, y me

mira a los ojos como si fuera a tatuarme una confesión en la pupila.

—No hace falta —dice—. Estoy limpia. Y estoy tomando anticonceptivos.

Y eso… Eso me rompe por dentro. Porque no es solo deseo. Es decisión. Es entrega. Es ella. Totalmente. Cuando por fin me deslizo dentro, despacio, con una lentitud casi reverente, lo hago sintiéndolo todo. Cada milímetro. Cada latido. Cada parte de mí que llevaba años buscándola así. Y ella se aferra a mis hombros. Sus uñas se clavan en mi piel y sus piernas me aprietan con fuerza, como si su cuerpo también supiera hablar. Y lo que dice es claro: «No te vayas. Quédate. Hazme tuya».

—Gian… —jadea, cerrando los ojos, perdida—. No pares. Quédate ahí, y no pares.

—No pienso hacerlo, cariño. Nunca.

Nos movemos como si nuestros cuerpos recordaran lo que nuestras cabezas han intentado olvidar. Con cada embestida lenta, profunda, siento cómo ella se rinde, cómo yo me pierdo. La beso entre suspiros, en las comisuras de la boca, en la garganta, en el hueco de su clavícula.

—Eres tan jodidamente perfecta, Gia —murmuro contra la piel húmeda de su cuello—. No sabes las veces que he soñado con esto. Contigo así de nuevo. Sobre mí. Yo dentro de ti…

—Dímelo —jadea, con la voz rota—. Dímelo todo.

—No ha habido nadie más, cariño. Solo tú me haces sentir esto. Solo tú eres para mí…

Ella se muerde el labio, y sus caderas se mueven con una cadencia lenta, profunda, experta. Más hambre. Más urgencia. Me está cabalgando como si quisiera borrar todos los años en los que no pudimos tocarnos, como si su cuerpo tuviera que memorizar el mío desde cero. Pero no. No hay nada que recordar. Porque nunca nos

olvidamos. Sus pechos rebotan suaves con cada movimiento, y yo los rodeo con las manos, subo hasta su rostro, la acaricio como si no supiera por dónde empezar a venerarla.

—Entonces dame eso. Dámelo todo, Gian. Todo.

Y se lo doy. Dios, y tanto que se lo doy. Le entrego cada centímetro de mí. Me aferro a sus caderas, y la ayudo a moverse más rápido, más profundo. Cada vez que me recibe hasta el fondo, sus músculos se tensan, su respiración se entrecorta, sus gemidos me empapan los oídos como un hechizo.

—Mírame —le ordeno, ronco, sudado, al borde—. No apartes la mirada. Quiero verte cuando vuelvas a correrte para mí.

Y ella obedece. Me mira con los ojos tan abiertos, tan vulnerables y fieros, tan llenos de todo lo que fuimos y de todo lo que todavía podemos ser que siento que me atraviesa. Y entonces se rompe. Con un gemido ahogado que me sacude hasta los huesos. Con un espasmo que la arquea sobre mí, con la boca entreabierta, el cuello tenso, el cuerpo entregado. El placer le estalla dentro como un relámpago lento, y yo la sostengo mientras tiembla. Mientras su alma se derrama sin decir una sola palabra. Y verla así, tan mía, tan real, tan jodidamente viva, me hace venirme dentro de ella. Fuerte. Entero. Con un gemido que no sé si es deseo, promesa o rendición. O todo a la vez.

La agarro con ambas manos, con fuerza, con necesidad. Como si pudiera anclarme en su cuerpo. Como si no quisiera volver a salir nunca más. Y me quedo ahí. Dentro. Pegado. Sintiendo cómo su corazón golpea contra el mío. Cómo su respiración me choca en el cuello. Cómo su olor ya es parte del aire que respiro. Cómo su piel me envuelve, me calma, me quema.

Permanecemos así durante minutos que parecen horas. Empapados de sudor, de gemidos nuevos y antiguos. Temblando.

Callados. Pero por fin completos.

Y, en ese silencio, lo sé.

No es solo que haya vuelto a ella. Es que ella siempre fue el lugar.

Y esta vez no pienso irme a ninguna parte.

30

El Espíritu de la Navidad

La Navidad, queridos míos, tiene una habilidad especial para aparecer justo cuando menos te lo esperas. Y no, no me refiero al Black Friday ni a los anuncios de colonias con gente semidesnuda abrazando renos (aunque, admitámoslo, también tienen su encanto). La Navidad es, en esencia, tramposa. Una ladrona profesional de corazones distraídos. Se mete donde escuece y donde cura. Y vosotros los humanos, que lleváis todo el año entrenando para haceros los fuertes, caéis. Como caen los copos: sin prisa, sin freno y directitos al suelo.

Pero no os culpéis. Este es mi territorio. No soy yo quien empuja… Aunque vale, a veces un poquito, lo admito. Pero la mayoría de las veces lo hace el champán barato de la cena de empresa. O ese mensajito que no ibas a mandar, pero mandas. O el recuerdo de una mano en la espalda que, curiosamente, sigue quemando aunque hayan pasado años y mil Navidades.

Yo solo soy un soplo. Como quien acerca los labios a una vela y pide un deseo sin decirlo. Y entonces ocurre. Las excusas se deshacen como mantequilla caliente sobre panetone. Las miradas se detienen un segundo más de la cuenta. Los corazones…, bueno, los

corazones hacen lo que mejor saben hacer en diciembre: ponerse ridículamente vulnerables.

Y ahí, queridos míos, empieza la magia de verdad. No esa falsa de las películas donde todo se arregla con una nevada artificial. No. La otra. La que duele un poco porque es real. La que aparece cuando alguien se atreve a confiar otra vez. A decir: «Me la juego, pero contigo». Y sí, lo sé. Hay ausencias que ni yo puedo maquillar con luces. Hay abrazos que no volverán y sillas que este año seguirán vacías. Pero también hay otras cosas que regresan. Cosas que creías clausuradas, perdidas y olvidadas.

Como ese hilo rojo. Sí, ese. El que llevaba años enredado entre excusas, silencios y miedo. El que parecía tan enmarañado que daba pereza siquiera mirarlo. Y que de pronto… ¡zas! Se desenreda. Y conecta justo donde debía. Y arde. Y brilla más que el árbol de Rockefeller.

Ay, estos humanos… Siempre a un paso de desenredarlo todo y a medio suspiro de volverlo a liar. Porque sí: una sola verdad dicha a tiempo puede romper el hielo. Pero también puede mantenerlo intacto si decides callarla. Y ya sabéis lo que pasa cuando se acumulan los inviernos, ¿no? Que no florece nada.

Y atención, que esto va para ti, querida humana de ojos verdes con seudónimo de superheroína navideña, yo he visto de todo. Parejas que se lo dicen todo desde el minuto uno y acaban comiendo polvorones juntas cada diciembre. Y otras que esconden las migas debajo del mantel hasta que, un día, todo huele a rancio.

No voy a señalar a nadie (Gia), ni a recordar a quién llevas días mandando cartas sin atreverte a decir «soy yo» (Gian). Pero sí voy a decir esto: no esperes a enero. Dile la verdad ahora. Con el árbol aún encendido, con el turrón blando sobre la mesa y con Mariah dándolo todo de fondo si quieres. Pero cuéntale la verdad. Toda.

Porque las historias que importan no se construyen con secretos, querida mía. Se construyen con verdad. Con imperfección. Con miedo, sí, pero también sin máscaras. Sin cláusulas de protección navideña. Porque, cuando el amor vuelve, se merece una respuesta clara. Y tú te la mereces aún más.

Así que, venga, pongámonos todos muy festivos, muy dramáticos e ilusionados. Cerremos los ojos. Y pidamos juntos:

Que nuestra querida Señorita Santa Clausura… clausure el secreto.

Que abra el corazón.

Y que por fin diga su nombre en voz alta.

31

Gia

Jueves, 10 de diciembre de 2026

Querida Señorita Santa Clausura:

Llevo tres semanas conviviendo con mi ex. Rompimos de mutuo acuerdo, pero ninguno de los dos podía largarse del piso aún. El plan era ser adultos civilizados maduritos emocionalmente. Y, bueno, JA. Porque él me pide que le planche la camisa para sus citas, me deja pósits pasivo-agresivos sobre mi llanto nocturno, y ayer me pidió ayuda para envolver los regalos de Navidad... ¡PARA SU NUEVA NOVIA!

Necesito una cena de clausura urgentemente. No me importa el menú, con que alguien grite «¡SE ACABÓ ESTA MIERDA!» mientras suena una campanita, me doy por satisfecha.

Gracias eternas,

Alessa S. M.

Hay resacas que una se gana a pulso.

Esta, la que estoy sufriendo ahora, es una de esas. Pero no hablo de la que te da el alcohol, sino de la emocional, hormonal y absolutamente satisfactoria que deja un maratón de sexo del bueno

y confesiones sin filtros con tu ex que ahora es… ¿tu ex-casi-novio? ¿Una versión 2.0? ¿Un amante? ¿Una historia pendiente en edición de coleccionista?

En fin. Lo que sea. La cuestión es que ayer decidí tomarme todo el día libre, aprovechando que no tenía ninguna cena de clausura programa para esa noche, y no hicimos nada productivo salvo desnudarnos mutuamente y ponernos al día en todos los aspectos. Y sí, en ese orden.

Pasamos todo el santo día en mi casa, en mi sofá. Hablando. Comiendo. Riéndonos. Acostándonos. Tocándonos con esa urgencia dulce que solo tienen los que llevan cinco años sin hacerlo y una eternidad soñando con ello. Volvimos a abrir la herida y a hablar de todo, pero esta vez más largo y tendido. De lo que pasó. De lo que dolió. De lo que cada uno pensó que el otro pensaba mientras en realidad el otro pensaba otra cosa totalmente opuesta (nota mental: la comunicación es la hostia de sexy). Y, por supuesto, volvió a quedarse a dormir. Porque, después de todo lo que nos habíamos dicho, mandarlo a su casa habría sido tan absurdo como ponerle una bufanda a un limonero.

Y esta mañana… Bueno, digamos que esta mañana está siendo, sin exagerar, de las que deberían estudiarse en los libros de historia. Capítulo uno: «Cómo empezar bien el día sin necesidad de un buen café». Y diría algo como: el sol de diciembre entrando por la ventana, una manta estratégicamente enredada entre tobillos, jadeos, suspiros, piel contra piel y una sinfonía de orgasmos tan bien orquestada que cualquier compositor se sentiría insultado. Y, por supuesto, risas. Muchas. Tantas que sospecho que en algún momento hemos despertado a todo el vecindario y que alguien, probablemente de mi propio edificio, ya ha puesto en marcha el grupo de WhatsApp de la comunidad para quejarse del ruido. Pero,

en serio, no me puede importar menos, porque estoy… feliz. Feliz y cachonda, que no es poco decir.

Me revuelvo entre las sábanas como si el colchón fuera una nube, todavía completamente desnuda y con esa clase de felicidad ridícula que solo ocurre cuando un italiano sexy te dedica la mañana entera con las manos, la boca y la determinación de alguien que ha venido a deshacer años de sequía sexual. Y lo está consiguiendo. Vaya que si lo está consiguiendo.

Me incorporo con la intención de arrastrarme hasta el baño antes de que se me quede la cara permanentemente feliz. Turrón y Suchard están apostados en el umbral de la puerta como dos miembros de la policía del decoro perruno, mirándonos como si acabaran de ver algo que preferirían borrar para siempre de su memoria. Sus ojos están tan abiertos que parecen bolas de nieve. Literalmente. Turrón tiene cara de estar reconsiderando todas sus decisiones vitales desde que lo adopté. Está horrorizado. Suchard, en cambio, muestra esa mirada de «otra vez no, por el amor de las galletas para perros», como si su paciencia estuviera colgando de un hilo.

—Creo que acabamos de traumatizar a mis perros.

—Pues ya pueden ir acostumbrándose —responde él, sin moverse de donde está, tumbado boca abajo, con una mano aún apoyada en mi muslo como si me reclamara por derecho ancestral—. Esta vez no pienso irme a ninguna parte.

Me besa el hombro con una sonrisa descarada. Una de esas que deberían venir con advertencias de seguridad. O al menos con anticonceptivos. Y, de repente, todo me golpea en el corazoncito: la luz, el calor, su voz, su piel, y ese «esta vez no pienso irme a ninguna parte» dicho con tanta calma y convicción que me dan ganas de llorar y reír, y hacerle un desayuno con forma de corazón.

Porque esta vez parece de verdad. Esta vez yo tampoco pienso dejar que se vaya. Ni aunque me lo pida educadamente. Ni aunque los perros le gruñan. Ni aunque el universo me mande señales contradictorias en forma de exes reapareciendo o cosas que se rompen solas. Nada. Tengo cero intenciones de sabotear esto. Me declaro oficialmente en huelga de miedos.

Así que dejo de pensar. Porque cuando alguien te mira así, como si fueras la Navidad en versión humana, es muy fácil olvidarse de que esto todavía da un poco de miedo. Es fácil dejarse llevar, aunque sea solo por un día más. O dos. O diez. O todos los que vengan, siempre que me los pida con esa voz, con esa caricia lenta detrás de la rodilla, y con esa forma de besarme que mezcla ternura y pecado en proporciones imposiblemente perfectas. Y, ya que estamos, si además consigue hacerme reír entre gemidos…, pues nada, entregada a la causa. Que pase lo que tenga que pasar.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta de repente, mientras yo me enrosco en la sábana como un kebab humano recién hecho.

—¿Jueves?

—Diez de diciembre, cariño.

—Diez de… —repito, frunciendo el ceño, intentando activar las neuronas dormidas hasta que, de pronto, la ficha cae con todo su peso—. ¡Ay! ¿Todavía te acuerdas?

Él me mira como si acabara de insultarle gravemente.

—¿Cómo que si me acuerdo? Era el día oficial del Ceppo di Natale en Villa Agnese. Una de nuestras tantas tradiciones. Nuestra cosa. La he mantenido todo este tiempo.

—¿En Londres?

Asiente despacio.

—Sí. Compraba cosas y lo montaba con alguna película navideña de fondo, fingiendo que lo hacía contigo.

Me lo dice sin dramatismo, como si fuera una verdad tan simple como que el panetone lleva pasas aunque uno no las quiera. Y, aun así, me atraviesa.

—Tienes pinta de haber hecho verdaderas obras de arte —me río bajito—. Déjame adivinar: un ceppo minimalista, todo blanco y dorado, con velas a juego y chocolatinas compradas en Harrods.

—Más bien uno de emergencia con mandarinas tristes del Tesco y una vela de cumpleaños que encontré en un cajón. Pero lo intentaba. Y siempre pedía el mismo deseo.

—¿El mismo?

—Sí. —Se pasa la mano por el pelo, nervioso—. Que algún día volviéramos a hacerlo juntos.

Y sonrío. Sonrío como si acabaran de decirme que este año la Navidad dura todo el año y viene con banda sonora de Mariah Carey las veinticuatro horas. Como si tuviera ocho años otra vez y me acabaran de prometer que sí, que hoy sí se puede desayunar panetone con nocilla sin que venga un adulto a arruinar la fiesta con fibra.

El Ceppo di Natale era, como bien ha dicho él, una de nuestras muchas tradiciones. Una cosa solo nuestra. Gian y yo empezamos a hacerlo cuando teníamos seis y nueve años, y creíamos que el mundo era un sitio lógico y cálido y que los adultos sabían lo que hacían. Consistía en coger un trozo de leña y convertirlo en un pequeño altar navideño. La forrábamos con papel dorado, le poníamos ramas de pino, alguna figurita que sobraba del belén, chocolatinas robadas de la despensa, mandarinas, velitas de cumpleaños recicladas, frutos secos con cáscara y cualquier otra cosa que encontráramos con potencial mágico. Y, al final, pedíamos un deseo. Uno solo. Pero importante. Nada de «quiero una bici» o «que el Milan gane la liga». No. Deseos de verdad. De esos que no

se pueden envolver. De esos que, si se cumplen, te descolocan el alma y te recolocan la vida.

—¿Tú lo has seguido haciendo?

—Sí. Cada año. Aunque sola. Bueno, no sola exactamente… —Desvío la mirada hacia Turrón, que está intentando meterse entero en la funda de un cojín. Asoma solo el culo y una pata trasera. Una estampa—. Ellos supervisaban el proceso, por supuesto.

Se incorpora un poco, y con la yema de los dedos me acaricia la espalda en círculos lentos. Su voz baja un tono, como si se tratara de una confesión:

—Vale, pues…, si hoy también puedes tomarte el día libre, podemos hacerlo juntos. Como antes. Como siempre. Solo que… con mejor gusto decorativo.

—¿Cómo de mejor?

—Ya no somos niños, cariño. Tenemos tarjetas de crédito —se ríe —. Podemos mejorar la producción. Quiero que sea tan épico que lo pongan en los escaparates de Florencia. O que venga la alcaldesa de Riomaggiore a hacernos una foto para el Instagram oficial de las tradiciones.

—¿Y si mejoramos tanto que acabamos fundando una secta del Ceppo? —le sigo la broma—. Ya me veo dando entrevistas: «Todo empezó con un tronco y unas mandarinas».

—Pues que así sea. Pero esta vez lo hacemos juntos. Sin excusas.

—Me gusta cómo suena eso.

Él asiente mientras sus dedos siguen dibujando círculos distraídos en mi espalda.

—Entonces prepárate, porque pienso darte la mejor Navidad de tu vida. Y ya sabes que, cuando me lo propongo, me paso de ambicioso…

—Eso me preocupa —bromeo, aunque ya estoy perdida.

—No lo hagas. —Se acerca más, hasta que su nariz roza la mía —. Esta vez no quiero perfección. Solo quiero… esto.

Y me besa. Un beso lento, de esos que parecen tener todo el tiempo del mundo. Un beso que sabe a promesas, a risas compartidas y a panetone recién horneado. Me río contra sus labios. Gian siempre ha sido así: si existe la mínima posibilidad de convertir una tradición artesanal, íntima y discreta en una competición a muerte con Leonardo da Vinci, lo hará. Con planos, presupuesto y estrategia de marketing incluidos. Y lo peor es que yo siempre le sigo el juego. A veces hasta antes de que él lo proponga, como si mis ganas de verle desbordar entusiasmo fueran más fuertes que el sentido común.

Alrededor de media hora más tarde, y después de pedirle como mil favores a Lele y prometerle un aumento de sueldo que probablemente arruine mis finanzas, estamos en la cocina. Yo llevo puesta su camiseta, que me llega hasta medio muslo, y él va en calzoncillos, con el pelo revuelto y la actitud de un chef motivado por dos fuerzas imparables: el amor y la cafeína. El resultado: un desayuno que podría alimentar cómodamente a una familia durante semanas. Panetone (porque es tradición y punto), huevos revueltos (porque él necesita proteínas para mantener, y cito textualmente, «este cuerpo serrano»), tostadas con aguacate (porque de repente somos gente saludable), mermelada de naranja amarga (por antojo), café (por supervivencia) y, por algún motivo inexplicable, tres tipos distintos de queso que no pegan con nada.

—¿Dónde vamos a buscar las cosas? —pregunto entre sorbo y sorbo de café.

—A la mercería de la señora Clementina. ¿Sigue viva?

—Viva, cabreada y con más cintas de colores que nunca. Juraría

que ahora también vende lentejuelas y cascabeles. Y purpurina de contrabando, porque la han prohibido.

—Perfecto. Luego podemos ir también al vivero de Corniglia, el que está subiendo hacia San Bernardino.

—Y a la tienda de productos a granel de Manarola. La de la señora que pone los precios como si las almendras fueran de oro macizo.

—Exactamente. Y quiero luces. Muchas luces. Tipo aeropuerto internacional. Que los aviones intenten aterrizar aquí, ¿me explico? Y vamos a necesitar planos. Y un taladro.

Suelto una carcajada. Claro. Gian en estado puro: convertir un trozo de leña y unas mandarinas en un proyecto arquitectónico digno de la Unesco.

—Y mucha paciencia, por lo que veo.

Me quedo mirándolo. Así. En calzoncillos, con el pelo despeinado, hablando de taladros y ceppos navideños como si fuera lo más normal del mundo. Como si los últimos cinco años no hubieran sido un océano entre nosotros. Como si nunca se hubiera ido. Y por un instante me quedo suspendida en esa imagen: Gian en mi cocina, oliendo a café y a algo que se parece peligrosamente a esperanza.

—Estás disfrutando demasiado con esto —le digo, mientras le paso un plato.

—Pues sí. Es la primera vez en años que no siento que estoy improvisando la Navidad.

Me apoyo en la encimera y, mientras lo miro embobada, pienso que estamos reconstruyendo una tradición, sí, pero también nos estamos reconstruyendo a nosotros mismos. Pedacito a pedacito. Y me parece perfecto.

—Debería escribirle a la Señorita Santa Clausura —dice de

repente, y el corazón se me acelera—. Para darle las gracias.

Ah.

Ah, claro.

La culpa me cae encima como una manta demasiado pesada.

Debería decírselo. Debería sentarme frente a él, mirarlo a esos ojos que ahora mismo brillan como si la Navidad fuese un deporte de contacto, y confesar: «Ah, sí, mira, sorpresa: soy yo».

Pero entonces pienso en esto. En cómo me mira. En cómo su voz se ha vuelto más suave conmigo. En cómo estamos avanzando sin prisas, sin máscaras (bueno, salvo la mía, técnicamente). Y me entra el pánico. Porque si lo sabe… Si lo sabe, tal vez se sienta manipulado. Y no quiero fastidiarlo. No quiero romper esto cuando por fin parece… real.

Me aclaro la garganta, fingiendo una serenidad que no tengo ni en oferta.

—Sí, claro, deberías escribirle. Totalmente. Las gracias son importantes. La gratitud fortalece el carácter. Y el sistema inmunológico, creo. Además, nunca sabes cuándo una entidad navideña con complejo mesiánico necesita validación emocional. Es básico. Científico. Prácticamente un servicio público. —Estoy hablando demasiado. Lo sé. Pero no puedo evitarlo—. Quiero decir —añado, gesticulando con la cuchara como si estuviera defendiendo una tesis doctoral titulada «Impacto socioemocional de los milagros» con membrete festivo—, que si alguien te ayudó, aunque sea anónimamente y con estética de Papá Noel corporativo, lo mínimo es un correo bonito.

«Cállate, Gia. Cállate ya».

—Luego lo haré —me responde—. Y, si consigo su dirección, le mandaré también unos bombones.

Claro. Perfecto. Bombones.

—Qué detalle —consigo decir, con una sonrisa que espero que no parezca la de una delincuente primeriza—. Seguro que le gustan. A todo el mundo le gustan los bombones. Son… universales. Como la culpa. Digo, como la Navidad.

Por favor, que la tierra me trague envuelta en papel dorado.

Él asiente, tranquilo, ajeno al huracán logístico-moral que se está formando en mi cabeza. Y yo lo miro y pienso que, si le digo la verdad, tal vez rompa algo frágil y precioso. Pero, si no se la digo…, estoy construyendo esto sobre una omisión con envoltorio festivo.

Comienza a tararear algo, sin darse cuenta, y, por un segundo, la culpa deja de apretarme el pecho. Se diluye. Se queda en pausa. Y entonces me acuerdo de cuando éramos niños y creíamos que con un deseo bien pedido se podía arreglar cualquier cosa: un examen, un corazón roto, una pelea… Y tal vez no estábamos tan equivocados. Tal vez, si uno lo pide de verdad, con las manos manchadas de chocolate y la cara iluminada por luces absurdas, el universo escucha.

—¿Qué deseo vas a pedir este año? —pregunto.

Gian levanta la vista y achina los ojos, sonriendo.

—No te lo puedo decir. Si lo digo, no se cumple.

—Eso es trampa —protesto, como cuando teníamos diez años.

—No. —Se acerca, me atrapa la barbilla con suavidad, y su voz se vuelve casi un susurro—. Eso es fe, cariño.

Y entonces lo entiendo: esta vez no se trata solo de desear. Se trata de quedarse. De sostener. De volver a empezar sin miedo. Y pienso que, si hay una manera de volver a empezar, una manera de hacer que el pasado pese menos y el futuro no dé tanto miedo…, probablemente tenga forma de tronco de leña, olor a pino y luces absurdas.

Y un deseo.

El nuestro.

32

Gian

Jueves, 10 de diciembre de 2025

Querida Señorita Santa Clausura:

Igual pensarás que soy un pesado. O un romántico terminal. Igual estás en modo pijama polar y ya no das abasto con tanto espíritu navideño, pero tenía que escribirte. Porque estoy feliz. Feliz en modo «me dan ganas de abrazar farolas y declararle mi amor a un reno». Porque GiGi ha vuelto. Hemos vuelto. Así que, si mañana exploto de alegría y dejo una silueta de hombre enamorado en la nieve..., ya sabes por qué fue.

Simplemente... gracias. Por todo.

Abrazo virtual,

Gian

El Ceppo di Natale parece completamente inofensivo hasta que lo montas con la mujer que te vuelve loco. Entonces deja de ser decoración y se convierte en una trampa emocional con base de madera y ramas de abeto. O en un instrumento de tortura física, según desde qué ángulo te agaches.

—¿Estás seguro de que lo estás montando bien? —me pregunta

Gia desde el suelo, con las piernas cruzadas y una figura de san José entre los dedos, como si estuviera sopesando su idoneidad moral y legal para la custodia del Niño Jesús.

—Soy abogado. Si he sobrevivido a procesos civiles de tres años con procuradores que no sabían usar el teléfono, puedo con esto.

Lo digo con tono convincente, pero tengo la misma seguridad que un hombre desnudo en mitad de una ventisca. Que es, más o menos, como me siento ahora mismo viéndola ahí, tan guapa con su pijama, el pelo recogido de cualquier forma y ese brillo en los ojos que solo le aparece cuando está feliz. Y saber que yo tengo algo que ver con esa felicidad…, eso es dinamita directa al pecho.

—Pues el ángel está del revés —dice, y me lanza una de esas sonrisas suyas que deberían estar prohibidas en al menos tres jurisdicciones y penadas con cadena perpetua si uno tiene la libido mínimamente funcional—. Y el buey.

Me acerco a corregirlo, y lo hago sabiendo exactamente lo que estoy haciendo. Mi mano roza su cintura. Suavemente. Un gesto que, en teoría, no significa nada. Pero se tensa. No se aparta. Y yo noto cómo cambia su respiración. Se vuelve más lenta. Más densa. Me nota. Nos notamos. Siempre ha sido así. Desde el principio. Como una corriente eléctrica que solo se intensifica si fingimos que no está.

—¿Dónde va el pastor con la oveja al hombro? —pregunta ella, en un intento de mantener la voz estable mientras sostiene la figura en alto.

—Depende. ¿La oveja está afiliada al sindicato o va por libre? —respondo, acercándome otro centímetro más. Ya estamos peligrosamente cerca, y el ceppo, las velas, el Niño y el ángel al revés podrían prenderse fuego por combustión espontánea, que yo no me movería.

—¿Siempre haces chistes con referencias jurídicas cuando estás nervioso?

—Solo cuando estoy peligrosamente cerca de una mujer en pijama que huele a vainilla y me mira como si quisiera besarme.

Se le escapa el aire por la nariz. No es una risa. Es algo más íntimo. Como si se le encendiera algo por dentro y no supiera muy bien qué hacer con ello. No dice nada. Simplemente, me sostiene la mirada y sonríe. Una sonrisa lenta. Inesperada. De esas que empiezan en los labios…, pero se le escapan por todo el cuerpo.

—Me gusta el ceppo —susurra—. Pero me gustas más tú cuando estás así.

—¿Así cómo?

—En modo Gian al cien por cien.

No sé exactamente qué quiere decir con eso, pero el tono con que lo dice… Me dan ganas de arrodillarme. O de empotrarla contra la pared más cercana. O ambas cosas, en ese orden. Porque si así es como me ve, si así soy con ella… Joder. Si ella supiera que, cuando me mira de esa manera, ya huele a Navidad, se le borrarían todas las puñeteras dudas.

No puedo contenerme más, así que la beso. Lento, al principio. Jugando. Probándola otra vez, como si aún hiciera falta redescubrirnos. Pero no hace falta. Ya está todo ahí. La curva exacta de su boca, el temblor leve en sus dedos cuando los enredo con los míos y el pequeño sonido que hace cuando la beso un poco más fuerte. Esa especie de suspiro entrecortado que me ha perseguido durante años, incluso en sueños.

Gia se acerca más, se me pega al pecho como si no quisiera separarse, como si su cuerpo dijera lo que todavía no se atreve a decir en voz alta. Y yo la rodeo con los brazos, apretándola un poco más, marcando territorio con la piel, con el aliento, con la lengua,

que ahora le acaricia el labio inferior con suavidad, de esa forma que sé que le vuelve loca. Y me tiembla hasta el puto esternón al oírla gemir.

Cuando nos separamos, una de las estrellas del ceppo se le ha quedado enganchada en el pelo, y un mechón alborotado se le ha soltado del moño y le cae por la sien. Tiene los labios brillantes, el pecho subiendo y bajando por la respiración incontrolada, y esos ojos que siempre me han hecho sentir como si el mundo se detuviera un segundo para verla a ella. Solo a ella. Y yo, que me he creído muchas cosas —abogado competente, hombre racional, tipo con autocontrol—, tengo que morderme la lengua para no declararme ahí mismo. Para no soltarle que ella es toda mi vida, y que lo ha sido desde que su madre le pidió a mi *nonna* que la llevara al belén, hace ya una eternidad.

—¿Entonces el Niño no va todavía? —susurra, sin moverse de mi lado.

—Todavía no —le digo, rozándole la mejilla con los nudillos, como si necesitara comprobar que sigue ahí, que esto es real—. Lo que va ahora es otro beso, que me he quedado con ganas de más.

Y se lo doy. Más profundo esta vez. Más posesivo. Más carnal. Más nuestro. Gia me lo devuelve con una intensidad que me deja medio muerto y medio renacido a la vez. Mi mano le acaricia la nuca. Ella me aprieta la camiseta. Y, por un momento, no hay salón, ni ceppo, ni Navidad, ni Turrón y Suchard mirándonos pasmados. Solo estamos nosotros. Nosotros y nuestros cuerpos. Nosotros y nuestro idioma.

Me alejo de ella a la fuerza, como quien sale de un sueño demasiado bueno. La respiración de ambos está completamente fuera de control, y justo cuando estoy a punto de mandarlo todo a la mierda y volver a besarla, se oye el sonido rítmico y decidido de

unas uñas sobre el parquet. Turrón se acerca a nosotros trotando mientras gruñe, y Suchard lo sigue con su andar de señor respetable que me hace sonreír. Lo mira todo como si el salón le perteneciera y nosotros fuéramos los intrusos.

Gia se gira, divertida, y yo aprovecho para sacar lo que he escondido debajo del sofá nada más llegar.

—¿Y esto qué es? —pregunta, entrecerrando los ojos al ver las bolsas.

—Regalos. Para tus abogados de cuatro patas —respondo, levantando los paquetes envueltos en papel de renos.

—¿Les has comprado regalos a mis perros?

—Pues claro. ¿Qué clase de psicópata no les compra algo a los miembros más sensatos de esta casa?

—Pero… ¿cuándo? Hemos ido a comprar juntos y no te he visto coger nada para ellos. Y, además…, ¡aún quedan unos cuantos días para Navidad!

—Cuando me has dejado en mi casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Los tenía allí. Los compré hace días. Exactamente después de que Lele me bañara con su copa y me aconsejara, a su retorcida manera, sobre cómo actuar contigo.

Ella parpadea, pero no dice nada. Turrón ya está intentando abrir su paquete con el morro, feliz como una perdiz. Suchard observa todo con su habitual escepticismo esnob, como si esperara una cláusula de confidencialidad antes de aceptar su regalo.

—Son peluches con forma de galleta y un sonido infernal que probablemente odiarás antes de mañana —explico, agachándome para romperles el papel—. Y unas galletas para perros que me han jurado que son lo mejor del mercado. También tienen un jersey navideño con forro interior para Navidad. Pero no se lo digas. Todavía creen en Babbo Natale.

Ella se ríe, pero no es una risa cualquiera. Es esa risa que le sube desde el estómago, que le arruga los ojos, que le estalla en la cara como si no supiera qué hacer con tanta emoción de golpe. Y ahí está. Ahí está la grieta.

—Giancarlo Di Laurentis —dice, entre risas—, ¿estás intentando sobornarme con regalos para mis perros?

—No. Estoy intentando ganármelos a ellos primero. Tú eres mucho más complicada.

Gia me mira de nuevo, y por primera vez desde que volví a verla no lo hace con dudas. Ni con miedo. Me mira como quien se acuerda. De mí. De nosotros. De lo que éramos. De lo que inevitablemente todavía somos. Y lo sé porque sus ojos están más suaves, como si se le hubiera aflojado algo por dentro.

—Gian.

—¿Gia?

—Esto me jode un poco, que lo sepas.

—¿El qué?

—Pues… ¡que me guste tanto todo esto! Tú. Aquí. En mi salón. Montando el ceppo como hacíamos siempre. Haciendo feliz a mis perros. Besándome como si me recordaras por dentro. ¡Ya me conoces, me acostumbro demasiado rápido!

Me acerco otra vez, muy despacio. Suchard ya se ha tumbado encima de su nuevo peluche como si fuera un trono. Turrón lleva una galleta en la boca. Todo está exactamente donde tiene que estar.

—Puedes acostumbrarte tranquila —le susurro—. Porque no pienso irme a ninguna parte, cariño. Ya no.

Me mira con los ojos muy abiertos, y pasan dos segundos exactos. Dos. Uno para que sus pupilas se dilaten. Otro para que su cuerpo entero se tense como una cuerda afinada demasiado. Lo

noto en sus hombros. En cómo baja la mirada. En la forma automática, casi inconsciente, en que se aparta un mechón de pelo de la cara que, claramente, no le estorba. Y la conozco tan bien todavía que sé lo que viene a continuación. Me preparo con una sonrisa.

Metralleta Gia.

Una de mis versiones favoritas de la chica de mis sueños.

—Oye… A ver, una cosa —empieza, sin respirar apenas—. Porque… está muy bien todo esto, pero yo…, o sea, ¿te vas a quedar en Manarola solo unos meses? ¿O piensas quedarte más tiempo? ¿O esto es una especie de *Gian Navidad Experience 2026*, edición limitada? Necesito saberlo, ¿vale? Porque tengo un corazón y un sistema inmunológico que ya no toleran relaciones con fecha de caducidad. Y tú estás aquí como si nunca te hubieras ido, y yo estoy así —gesticula con las manos como si imitara una gelatina con ansiedad—, y tú estás así —me señala como si acabara de prender fuego a un hospital—, y… Y si tú te vas otra vez, Gian… Yo esta vez no sé si voy a poder. No sé qué haré. Yo…

Me acerco y le cojo las manos. Están frías. Temblorosas. Y no sé si soy yo o ella, pero tiemblo también.

—Gia.

—¿Qué?

—Para empezar, no debí irme nunca. O sí, pero no sin ti.

Se queda quieta. Muy quieta. Como si se le hubiera apagado el sistema operativo de golpe. Respira mal. Demasiado poco. Demasiado rápido. Como si no supiera si quedarse o salir corriendo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me equivoqué. Que Londres fue un parche. Una excusa. Que lo intenté, sí, pero que no funcionó. Porque mi casa… no estaba allí. Estaba aquí.

—¿En Manarola?

—No, cariño. En ti.

Y entonces sí. Se rompe. No en llanto. No en palabras. Se rompe en ese gesto mínimo que solo los que la conocemos somos capaces de apreciar. En la forma en que se lanza a mí sin pensarlo, sin respirar, como si se acabara el tiempo, y me abraza. Me abraza tan fuerte que casi me tumba. Me entierra la cara en el cuello, y su cuerpo entero se pega al mío como si no quisiera que ni una sola molécula de oxígeno se nos colara entre medias. Me agarra como si yo fuera el único lugar del mundo donde quisiera estar. Y ojalá.

—Gian…

—Ya lo sé, cariño. Lo sé.

—Es que… Maldita sea, qué bonito. Así desarmas a cualquiera.

—Ahora ya sabes lo que se siente —susurro, sonriendo contra su pelo.

Sus brazos siguen aferrados a mi cuello, como si no quisiera soltarme por nada, pero noto cómo empieza a inquietarse. No en plan «Me quiero ir», sino en plan «Me vas a besar otra vez y se me va a olvidar hablar hasta febrero». Y entonces se incorpora apenas. Se queda encima de mí. Con las rodillas a cada lado de mis piernas. El calor de su cuerpo sobre el mío, la respiración compartida. El caos perfecto, si me preguntan a mí.

—Vale, un momento. Porque esto es importante, y yo necesito oírtelo decir alto y claro. ¿Te quedas… te quedas? ¿No te vas a ir otra vez?

—Gia…

—No, no, nada de Gia —me corta, agitando las manos como si intentara detener una avalancha—. Porque luego me haces esas cosas con la voz y las manos y la boca, y se me cae el sistema operativo. Y yo necesito saberlo antes de que sigas, porque te

conozco, y en cuanto me beses otra vez voy a perder el juicio, y luego será tarde y acabaré montando una relación como quien monta un mueble sin instrucciones. Y yo ya no estoy para eso, Gian, no estoy para otra historia bonita que se disuelve. Porque te juro que, si me haces eso otra vez…, te entierro en el belén. Y no en plan figurita. En plan homicidio.

La estoy mirando con la boca medio abierta. Es preciosa. Está enfadada, está nerviosa, está hecha un lío. Y aun así… no se me ha bajado de encima. Tiene las mejillas encendidas, el pelo hecho un desastre, y en su voz hay una gota de miedo que me atraviesa como una herida abierta.

—¿Te quedas? —insiste, sin apartarse—. ¿O te irás otra vez cuando todo se complique? Porque se va a complicar. ¡Las relaciones son así! Complicadas…

La cojo de la cintura, apoyo la frente contra la suya, cierro los ojos solo un segundo y le digo lo único que merece la pena decir:

—Me quedo. Para siempre, si me dejas.

La intensidad con la que me mira no es de película navideña. No es de esas escenas con nieve perfecta y música de piano melancólica. No. Es de las que preceden a un terremoto. A una confesión. A un incendio. Porque hay emoción, vértigo y algo más. Algo que se le escapa por la respiración, por la piel, por la forma en que se muerde el labio inferior como si no quisiera sentir tanto, pero no pudiera evitarlo.

—¿Y si te doy una segunda oportunidad…? Una de verdad. Una que no solo implique sexo y lo que sea que estemos haciendo ahora… ¿Vas a saber qué hacer con ella?

—Sí. Pero si no también me dejo enseñar. Por ti. Por quien haga falta.

La paso una mano lenta por la espalda, bajo la camiseta de

pijama. Su piel está tan caliente que casi me quema. Y la atraigo más. Ahora estamos cuerpo contra cuerpo. Pecho con pecho. Boca con boca. Todo en ella me roza. Me llama. Me derriba. Sus pupilas están dilatadas. Su respiración es errática. Y la mía también. Porque sé que esta pregunta no es pequeña. Que su «¿te quedas?» no habla solo de coordenadas geográficas.

—Gia —le digo, con voz ronca, con todo lo que soy metido en una sola frase—, si tú me dejas quedarme, te juro que no me pienso ir a ninguna parte. Ni con una orden judicial. Ni con una grúa. Ni aunque me lo pida el mismísimo papa, maldita sea.

Y ahí ya no hay más palabras. Ella se lanza, yo la recibo y el mundo se apaga. Nos besamos como si acabáramos de firmar el contrato más importante de nuestra vida. Lento, al principio. Urgente, después. Nos agarramos como si estuviéramos intentando memorizar el cuerpo del otro con las manos, con la boca, con los huesos. Mi mano sube bajo su camiseta. Su piel está ardiendo. La recorro con los dedos como si buscara un mapa que ya me sé de memoria. Ella gime muy bajito, apenas un sonido, pero me atraviesa. Me arranca el control. Me hace querer todo y más, y mucho más. Su cadera se mueve contra la mía. Despacio. Inconsciente. Letal. Y entonces, con la boca aún pegada a la mía, susurra:

—Esto… Esto no parece muy navideño.

Me río, con el corazón en llamas.

—Sí lo es —le digo, rozándole los labios con los míos—. Esto es totalmente navideño, cariño. Esto eres tú siendo el milagro que pedí. El regalo que pido cada año.

Ella cierra los ojos, y se le escapa el aire como si acabara de saltar al vacío. Y entonces me besa otra vez. Pero ya no con duda, sino con la decisión de quien se lanza sabiendo que puede doler, que

puede romper, pero que también puede salvar. Y mientras se lo devuelvo, con toda el alma que me queda, pienso que esto es el principio. Porque hay besos que son repetición. Costumbre. Inercia. Y hay otros, como este, que son una promesa.

33

El Espíritu de la Navidad

A veces los recuerdos más pequeñitos son los que terminan provocando incendios de nivel cinco en la memoria. Y aquel 10 de diciembre (allá por 2006) la cocina de la *nonna* Agnese estaba a punto de entrar en combustión emocional.

Olía a canela, a mandarinas recién peladas y a ese vino caliente que ningún niño debería probar jamás (pero que a mí, por ser espíritu y tener inmunidad diplomática sobrenatural, me venía de maravilla para entrar en calor). Y, desde que fueron al encendido del belén un par de noches antes, la *nonna* Agnese no paraba de insistir en que Gia fuera a pasar la tarde a su casa.

Ese día, la niña llevaba un vestidito verde de cuento, de esos que parecen decir: «Soy la ternura en persona, pero también te puedo ganar en una pelea de bolas de nieve si me lo propongo». Y los calcetines…, ay, los calcetines. Rebeldes. Obstinados. Con vocación de escapistas. Se le deslizaban pierna abajo como si tuvieran el objetivo de lograr que acabara descalza en pleno diciembre.

Gian, por su parte, había entrado en modo panadero sexy. Afirmó, muy seguro de sí mismo, que sabía amasar un panetone. Spoiler: no le creyó ni el gato del vecino. Pero su nivel de convicción

fue tan alto que acabó convenciendo al resto de dejarlo intentarlo. Y ahí lo teníais, entre harina voladora y cucharas agitadas como si fueran espadas medievales. Cuando la batalla terminó, parecía una versión adolescente del fantasma Casper, pero con orejas manchadas de masa. Monísimo, eso sí. Muy de calendario de Adviento.

En medio de la mesa de la cocina reposaba el Ceppo di Natale. Ese tronco sagrado que la *nonna* hacía traer cada diciembre con más solemnidad que un papa entrando en la Capilla Sixtina. Estaba todavía desnudo (el tronco, no Gian, aunque ya llegaremos a eso). Sin lazos. Sin ramas. Sin magia todavía. Pero estaba a punto de convertirse en el centro de todo. En ese tipo de ritual navideño que nunca sale perfecto (porque siempre hay alguien que se quema el dedo con la vela o se come los adornos de mazapán antes de tiempo), pero que funciona igual, porque lo que importa no es el lazo recto, sino el corazón torcido de emoción.

La *nonna* Agnese los miraba desde la mecedora, con esa mezcla de sabiduría ancestral y ternura que solo las abuelas italianas dominan. Sabía que no importa si el lazo se tuerce o si las ramitas de pino parecen pelos de unicornio electrocutado. Lo que bendecía ese ceppo no eran los adornos, sino las risas a su alrededor, las manitas manchadas que lo tocaban y ese murmullo infantil que sonaba como una canción que los años jamás se atreven a olvidar.

—Tira fuerte o se suelta —dijo Gian, con la cara concentrada y las cejas fruncidas como si estuviera desactivando una bomba y no atando una cinta.

—¡Ay, que me aplastas los dedos! —protestó Gia, aunque se le escapó una risa bajita. Porque en el fondo, muy en el fondo (o no tanto), le gustaba eso de compartir el nudo con él.

—Si quieres que dure, hay que hacerlo bien.

—Pues hazlo tú, señor cinta profesional.

—No, los dos juntos. Mira, te enseño.

Y fue ahí cuando sus manos —las de ella, pequeñas y un pelín torpes; las de él, decididas pero con cero sentido del espacio personal— se enredaron en una coreografía navideña que parecía sacada de una comedia romántica muy mal coreografiada y deliciosamente adorable.

La cinta, por cierto, tenía más actitud que una adolescente con un móvil nuevo. Se resistía. Se retorcía. Y juraría que una vez incluso bufó. Pero, entre tirones, suspiros y una cantidad nada disimulada de risitas nerviosas, consiguieron un lazo que no ganaría ningún concurso de decoración, pero quedaría primero en la categoría de «cosas hechas con amor y un poquito de torpeza compartida».

Y ahí lo supe. Bueno, la *nonna* también. Pero yo lo supe primero (ventajas de ser un espíritu omnipresente con ojo clínico para el romance precoz). Lo supimos en el roce de dedos, en el «aparta, que estás demasiado cerca» que en realidad quería decir «no te vayas muy lejos», en ese «isssh, no digas nada o la *nonna* pensará que somos un desastre!» que ya empezaba a sonar a idioma privado. Uno de esos que no necesitan traducción porque se entienden con una mirada torcida, un codazo cómplice o una carcajada contenida a medias.

Y, justo cuando el ceppo quedó vestido (bueno, «vestido» es una forma optimista de decir «cubierto con adornos puestos al tuntún, pero con cariño»), llegó el momento estrella: el ritual del deseo. La *nonna* Agnese, que llevaba más Navidades encima que bolas tenía el árbol, dejó a un lado su labor de bordado y carraspeó como quien está a punto de leer una sentencia importante.

—Recordad, *bambini* —dijo, alzando un dedo cubierto de anillos que tintineaban como campanillas—, nada de pedir tonterías. Ni

coches de juguete ni vestidos de lentejuelas. Esos deseos son para Babbo Natale. Aquí se piden cosas que llenan el alma. Cosas que hagan que el corazón se agrande. Que el tiempo no pueda borrar.

El silencio que siguió fue casi solemne. Casi. Porque a Gian ya le temblaban las cejas de contener la risa. No porque no entendiera la seriedad del momento, sino porque su cara no sabía estar seria mucho rato. Pero, aun así, los dos captaron el mensaje. Y entonces empezó el ritual.

Os voy a confesar algo (pero, sssh, que esto no lo sabe ni el duende que se cuela en las listas de regalos): tengo licencia oficial, vitalicia y mágica para espiar deseos. Así es. Los más íntimos. Los que no se dicen en voz alta. Los que se lanzan al aire como papelitos invisibles, flotando despacito entre las luces y el olor a galletas, esperando a que el universo tenga un huequito libre en su agenda (justo entre «aurora boreal» y «milagro inesperado») para concederlos.

Gian fue el primero. Cerró los ojos con cara de concentración máxima, sujetando el ceppo como si estuviera en medio de una batalla épica contra la falta de espíritu navideño. Nadie supo lo que pidió. Nadie…, excepto yo. Pero no lo voy a contar todavía. ¿Qué clase de narrador sería si os estropeara la sorpresa antes de tiempo? Os lo digo: uno malísimo. Y yo tengo reputación que mantener. Incluso llevo gorro brillante.

Luego fue Gia. Con sus calcetines oficialmente derrotados por la ley de la gravedad y el vestido verde convertido en campo de batalla del pandoro. Cerró los ojos con tanta fuerza que casi se le frunció el alma. Juntó las manitas, apretó los labios y pidió algo. Algo tan puro, tan honesto, tan desarmante… que incluso yo, que me trago deseos como turrones en enero, tuve que hacerme el digno y fingir que se me había metido un copo de nieve en el ojo.

Cuando terminaron, Gian la miró con ese brillo en los ojos que solo los niños y los personajes principales de comedias románticas saben sostener sin parecer intensos. Y susurró, muy serio:

—Si lo dices en voz alta, no se cumple.

—No lo voy a decir, tonto.

—Yo tampoco, tonta.

Y rieron. Y esa risa… Esa risa no fue una risa cualquiera. Fue limpia. Chispeante. Una de esas que suenan como campanillas en medio de un invierno silencioso. De las que no se olvidan aunque pasen los años y aunque cambien los calendarios. De esas que se te quedan pegadas en algún lugar entre el esternón y el recuerdo.

La *nonna*, que entendía de silencios tanto como de sopas calientes, aplaudió despacito. Con esas manos arrugadas pero suaves que parecían hechas para dar consuelo incluso cuando no hacía falta. Y, con una voz que no necesitaba micrófono para ser solemne, dijo:

—¡El ceppo está bendecido! Que dure todo el año, *bambini*.

Lo dijo como quien lanza un hechizo. Y puede que no tuviera varita, pero sí tenía poder. Porque hay palabras que no flotan en el aire. Se clavan en la memoria. Y ahí hacen sus propios milagros.

Esa fue la primera Navidad de GiGi. La primera que pasaron juntos. Un ceppo decorado con más ilusión que criterio estético, y dos niños conspirando contra el universo como si fueran espías secretos con misión navideña, riéndose bajito, como si acabaran de descubrir un tesoro enterrado debajo del mantel de la *nonna*. Y yo, el Espíritu de la Navidad, tomando nota mental (y emocional) en mi libreta invisible de «momentos que hay que volver a contar cuando llegue el *plot twist* romántico».

Porque, veréis, los deseos de los niños no desaparecen. No se pierden. No se diluyen con el paso del tiempo como si fueran copos

en la lengua. Se quedan. Se esconden. Maduran bajo la superficie como semillas dormidas bajo la nieve, esperando el momento justo para brotar. El momento perfecto. Ese que llega cuando ya casi has dejado de creer. Y si son deseos en diciembre… Bueno, digamos que me pertenecen a mí, y yo guardo esas palabras pequeñas como quien guarda cartas en un cajón secreto. Con la certeza de que algún día, ese día, volverán a abrirse y tendrán sentido.

Y sus deseos, queridos míos, eran deseos de película navideña con presupuesto de Hollywood. No eran fuegos artificiales ni unicornios sobre arcoíris. Eran más humildes. Más honestos. Más reales. Y por eso tenían tanta fuerza.

Gian, con esa seriedad suya de niño que juega a ser adulto, había deseado pasar más tiempo en casa de la *nonna*. Que en realidad era una forma un poco encubierta de pedir más tiempo con Gia.

Y Gia, con sus calcetines caídos y el corazón hecho promesa, deseó que Gian nunca dejara de ser su amigo.

¿Y sabéis qué fue lo mejor?

Que el tiempo, con todas sus vueltas raras y sus trucos, puede hacer lo que quiera: separarlos, enredarlos, hacer que se equivoquen, que duden, que se alejen sin querer. Pero hay algo que no sabe hacer, y es deshacer un deseo verdadero.

Y menos uno pedido en diciembre.

34

Gia

Viernes, 11 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

A mis setenta años, le confieso el secreto peor guardado del barrio: no me casé por amor, sino porque mis padres pensaron que «ese muchacho tan formal» sería un buen marido. Y… digamos que me habría ido mejor con una planta.

Medio siglo después, sigo compartiendo techo con un hombre que solo sabe hablar del tiempo y de si el gazpacho lleva pepino o no. No lo odio (todavía), pero tampoco lo aguanto. Es como tener un compañero de piso que nunca se muda.

Por eso ahora (que es todo muy moderno y una puede divorciarse sin que la miren raro) necesito una clausura oficial y un certificado que diga algo como «Señora, ya ha cumplido la penitencia, váyase en paz».

Atentamente,

Berna

Estoy en la pequeña cocina de la oficina peleándome con la cafetera de cápsulas mientras trato de despegarme las pestañas, que se han

aliado en un abrazo de pereza y rímel seco. Porque lo que necesito no es café, sino una intervención divina. O por lo menos una ducha larga y una semana más entre este viernes y el próximo. O a Lele abriendo la puerta de golpe y atravesándola como si le fuera la vida en ello. Eso también me sirve.

—Antes de que te pongas de rodillas a pedirme perdón con lágrimas en los ojos y las manos juntas… Sí, te perdono —declara, sin respirar, sin saludar, y tirando su bolso sobre el sofá como si no tuviera su preciado iPad dentro—. Sé que has estado ocupada teniendo sexo. Sexo del bueno. Sexo de reconciliación. Sexo de reencuentro. Lo respeto. Pero una amiga que te cuenta que va a tener su propia cena de clausura y luego no recibe ni un «¿qué tal fue?», pues…, *amore*, eso se tiene que hablar.

Mierda.

Se me había olvidado completamente. Soy una pésima persona. Un desastre navideño con patas. El Grinch de la amistad, con ojeras incluidas.

—Ay, Dios mío. Lele, lo siento… —empiezo, pero ella me lanza una mirada y levanta la mano.

—Sssh. No te lo tengo en cuenta. Porque, cuando hay sexo del bueno, las prioridades se reordenan. Pero al menos yo, que soy una santa con tacones, vengo a contártelo en persona.

Se deja caer en el sofá como si protagonizara un anuncio de colonia de lujo, cruza las piernas y me clava la mirada con esa mezcla de juicio y ternura que solo ella sabe dosificar.

—Lele, en serio. Lo siento. Tienes todo el derecho del mundo si necesitas gritarme, pegarme una buena bofetada o…, no sé, lo que quieras. De hecho, deberías hacerlo. Porque soy una amiga horrible y no pienso tratar de justificarme con nada. ¡Tú literalmente dejaste de follar para responder una llamada mía!

—Sí, bueno, pero yo no estaba follando con el amor de mi vida. Tú sí. Por eso te perdono.

Dejo el café en la mesa, ya sin esperanza de que me despierte más que la culpa.

—Bueno, digas lo que digas, encontraré la forma de compensártelo. Ahora, dime. ¿Y tu cena? ¿Cómo fue?

—Fue… —Se lleva una mano al pecho, mira al techo y espera, como si el adjetivo fuera a descender del cielo—. Hum… Un evento. Hubo discurso. Hubo lágrimas. Enzo creyó que era nuestro aniversario… Y vale, puede que lo fuera. Soy inoportuna hasta para dejarlo.

—¡Ay, no! ¿De verdad?

—De verdad —asiente con una sonrisita medio triste y a la vez medio divertida, si eso es posible—. Lo dejé ir como quien suelta un globo al cielo: con palabras bonitas, referencias sacadas de una cuenta de frases de Instagram y un postre con tanto azúcar que casi olvida que estaba rompiendo con él.

—¿Y Mattia…?

Lele inclina la cabeza, como si acabara de prenderle fuego a algo solo por el gusto de verlo arder.

—Anoche recibió una contestación a su mensaje. Breve. Conciso. Poético. —Hace una pausa dramática, como si lo fuera a recitar en verso—. Decía: «Hola».

Me echo a reír.

—¿Eso es todo?

—Por supuesto. El misterio es la base del romance. Y ahora… —me señala con un dedo acusador y perfectamente manicurado— quiero que me ayudes a planificar la segunda parte de mi ataque estratégico de seducción. Pero solo después de que me confirmes que el sexo con Gian sigue siendo, como mínimo, tan espectacular

como el recuerdo colectivo que guardamos todas tus amigas. Y que me des todos los detalles, maldita sea. ¡TODOS! Porque lo único que he recibido de ti es un «todo MUY OK. Se queda a dormir en casa. Ya te contaré». Pero pinta bien —me imita—. ¡¿Pinta bien?! Gia, ¿me estás tomando el pelo? No puedes soltarme eso y hacer bomba de humo. ¡Me he pasado dos noches en vela imaginándome escenarios!

—Estás hablando como yo —sonrío, levantando las manos en señal de paz—. Y sí, te lo voy a contar todo. Prometido. Pero antes… estábamos hablando de ti, Lele. No cambies de tema como si no fuera importante. Siempre lo haces. Y quiero saber cómo estás de verdad. Porque creo que, aunque dejar a alguien es, por lo menos, un poco más fácil que que te dejen, debe de doler también.

—Estoy bien —dice, tan rápido que me hace sospechar. Pero luego se encoge de hombros, sincera—. Me he dado cuenta de que solo estaba con Enzo porque era un diez en la cama. Cero sentimientos. Cero drama. Me dio más pena nuestra rutina que él. Es que… —Alza una ceja, como si fuera a confesar que ha matado a alguien y lo ha enterrado debajo del árbol de Navidad—. Vale, está feo decirlo, pero no estoy dolida. Nada. Estoy como… con esa emoción tonta de esperar que el otro me conteste. ¿Sabes ese cosquilleo de refrescar el móvil aunque sepas que no hay ninguna notificación? Estoy como una adolescente esperando la carta de Hogwarts, pero versión buenorro misterioso que me mira como si supiera algo que yo no.

Me río, porque Lele es así: cuando se engancha a una expectativa, se le borra el mundo, y ya puede estar cayéndose el Vaticano, que ella seguiría refrescando WhatsApp.

—Y ahora volvamos a lo importante, señorita bomba de humo —me dice, clavándome la mirada—. Cuéntamelo todo. ¿Cómo fue? ¿Qué pasó? ¿Hubo fuegos artificiales o solo bengalas? ¿La

reconciliación fue tierna, épica o de esas que te dejan el pelo como si hubieras salido en un videoclip de Shakira versión 2006?

—Hubo de todo. Fue… bonito. Intenso. Vamos a volver a intentarlo.

—¿Está aquí para quedarse

—Sí, eso dice.

—Entonces ahora viene lo más complicado.

—¿El qué?

—Hacer que dure.

Y ahí está. Lo dice así, sin anestesia. Y, por primera vez desde que ha entrado en mi oficina, se queda en silencio. Nada de rimas, nada de frases motivacionales con olor a canela. Solo eso: una verdad vestida de diciembre. Y yo, con la taza en la mano y con las emociones un poco arrugadas como papel de regalo mal doblado, no sé si reír o lanzarme a abrazarla con toda la fuerza que no estoy usando para mantener la compostura. Así que hago lo único que sé hacer cuando algo me sacude: niego con la cabeza y me río nerviosa.

—No. Lo más complicado no es hacer que dure. Lo más complicado es contarle que yo soy la Señorita Santa Clausura.

Lele parpadea. Procesa. Se le frunce el entrecejo.

—¿Perdona? ¿Que eso es lo más complicado? ¡Gia, por favor! Llevo años trabajando contigo. Te he visto organizar cenas de ruptura con más dignidad que muchas bodas. ¡Has devuelto alianzas con copas de champán y has escondido condones en las flores! Si fuera yo, le diría: «Cariño, mi trabajo es cerrar historias con estilo…, pero contigo he hecho una excepción. ¿Lo pillas?» —Hace comillas con los dedos—. Y, si no lo pilla, es que es cortito de miras.

—Lele, no es tan fácil.

—¿Y por qué no? A ver, no le vas a confesar que tienes una

doble vida como traficante de órganos. Eres la misma terapeuta que dejó aquí hace cinco años, pero con un nuevo estilo de trabajo. Tu *alter ego* viste de rojo, regala cierres sanadores y escribe e-mails cursis. ¡Es adorable! ¡Le va a encantar!

—No sé cómo va a reaccionar si se entera de que se ha estado mandando correos conmigo todo este tiempo y que yo no le he dicho nada. ¡Porque todavía sigue escribiendo! ¡Cada día! ¡Y cuenta lo feliz que está! ¡Es tan mono que me explota el corazón! —Me echo las manos a la cara—. Y no sé, Lele. Creo que se va a enfadar un montón. Gian siempre ha valorado muchísimo la sinceridad. Y yo… Yo no quiero que se enfade.

Lele entrecierra los ojos como si pudiera oler la inseguridad desde el otro lado de la mesa.

—Bueno, pues tienes que decírselo. Y más ahora, que volvéis a estar juntos. Algún día querrá venir contigo al trabajo y, *amore*, aunque sigas teniendo la misma oficina que hace años, ahora hay un cartel precioso en la puerta con el nombre de la empresa. Se acabará enterando.

—Lo sé. Hoy ha querido acompañarme y le he tenido que poner una excusa. Me ha dejado en la panadería de la esquina porque «tenía encargado el desayuno». —Hago comillas—. Y era mentira, obviamente. ¡Y no quiero mentir! ¡Nunca antes le he mentido! Y empezar de nuevo con mentiras no es lo que quiero. Así ninguna relación sale bien. ¡Soy terapeuta, por el amor de Dios!

—Pues plantéalo como algo inspirador. —Se encoge de hombros —. Le dices: «Mira, yo ayudo a la gente a cerrar capítulos…, pero contigo quiero escribir uno nuevo». ¡Pum! ¡Marketing emocional! Y entonces se lo sueltas. Algo como «Sorpresa, he sido yo todo este tiempo. ¡No me odies, porfa, que sigo queriendo comerme tu mazapán!».

Me río, pero niego con la cabeza.

—Esto no es una campaña de marketing, Lele. Es mi vida.

—Gia, todo en esta vida es marketing si lo cuentas bien. Y si lo cuentas en diciembre, con chocolate caliente…, es casi poesía.

Resoplo, le doy un trago a mi café y dejo que el vapor me empañe las dudas. Porque, en el fondo, sé que tiene razón. Lele no distingue entre branding y existencia. Y quizá, solo quizá…, eso la hace ver las cosas con más claridad que yo.

—Vale, pero lo más complicado sigue siendo decírselo.

—Y lo segundo más complicado es que dure —suelta, como quien firma un contrato en letra dorada—. Pero tranquila, yo confío en vosotros. ¡GiGi al poder!

35

Gian

Viernes, 11 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Sí, me encanta estar en tu bandeja de entrada. Pero esta vez solo quiero pedirte tu dirección, que quiero hacerte llegar un regalo de agradecimiento.

Abrazo virtual,

Gian

Qué tal ha ido la mañana?

Bien, pero tengo que contarte una cosa

Hum… Suena serio

Es lo de que comes panetone para desayunar en julio? Porque eso ya lo sé

No. Es… más serio

Más serio que el crimen de comer panetone fuera de temporada? Imposible

Gian. En serio. Es sobre mí

Todo sobre ti me interesa. Especialmente si incluye lencería roja

No, eso no es

Bueno, un poco sí. Pero no

Me estás confundiendo, y eso me excita un poco

Puedes dejar de distraerme?

Yo también

Tú también qué?

Yo también te echo de menos

Ven a dormir a mi casa esta noche, por favor

Y tráete a los perros. No acepto un «sí» sin Turrón y Suchard

Me estás cambiando de tema

No. Estoy subiendo la temperatura del tema

Esto es una táctica para que me olvide de lo que iba a decir?

Funciona?

Francamente, sí

Perfecto. Te espero a las ocho. Cena, vino, chimenea. Y yo sin camiseta

Muy sutil lo tuyo…

No intento ser sutil, cariño
Intento que vengas

Pues voy. Pero que sepas que mañana igual te suelto mi gran secreto

Mañana puedes soltarme lo que quieras

Incluido el cinturón de los vaqueros

36

Gia

Sábado, 12 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Me presento con las mejores credenciales: Ludovica Bertinelli me ha hablado de sus servicios con un entusiasmo que roza lo escandaloso. Y, como podrá imaginar, una mujer en mi situación necesita ciertos recursos profesionales.

Verá, estoy casada (por poco tiempo, gracias al cielo) con Francesco Landini. Un hombre que, a falta de virtudes, ha desarrollado un talento asombroso para coleccionar amantes, preferiblemente dentro del círculo familiar. Sí, ha leído usted bien: su última adquisición resulta ser su hermanastra. ¡La creatividad del hombre no conoce límites! Por esa razón quiero gastar, con todo el estilo que me caracteriza, la fortuna de mi todavía esposo en algo que lo fastidie hasta la médula. He pensado que nada lo incomodaría más que una cena cuidadosamente orquestada en un lugar público, con suficientes testigos como para que Italia entera lo recuerde por décadas. Un escenario idóneo donde yo pueda desplegar, como postre, las deliciosas fotografías de su pecado capital.

Todo deberá llevarse a cabo en Milán, ciudad en la que resido y el escenario ideal para que la caída en desgracia de Francesco sea lo más pública posible. No se preocupe por los traslados: por supuesto, correría yo con todos los

gastos de su viaje, con las comodidades que una dama de su prestigio merece. Y, en cuanto al alojamiento, nada de medias tintas: la suite presidencial del hotel más caro de la ciudad la espera, con vistas al Duomo y champán a discreción. Y, si además pudiera hacerme un hueco antes de Navidad, le garantizo que su cuenta bancaria recibirá un regalo muy satisfactorio. Considérelo un pequeño aguinaldo de mi parte.

Le agradezco de antemano su discreción, su malicia bien administrada y su eficacia legendaria. Estoy convencida de que juntas conseguiremos que las Navidades de Francesco Landini sean las más amargas de su vida.

Con mis mejores deseos (y esperando respuesta inmediata),

Giovanna Landini
(aunque Landini solo de manera transitoria)

—Hay que mover como sea la cena de Vittoria R. para después de Navidad. Busca cualquier excusa. Algo como que el restaurante nos ha vetado ese día y hay que cambiarlo. ¡Porque el 23 de diciembre tenemos que irnos sí o sí de viaje a Milán! Madre mía, si ya adoraba a Ludovica, después de esto, la adoro mucho más —parlotea Lele al otro lado del teléfono, hablando a la velocidad de un reno con prisa—. Además, si le dices a Giovanna que necesitamos estar en Manarola para la cena de Nochebuena, seguro que nos prepara un jeg privado. ¡Pero, madre mía, Gia! ¡Tenemos que hacer lo que sea!

Me aprieto el puente de la nariz con los dedos, intentando recordar por qué alguna vez pensé que Lele era una influencia calmada en mi vida.

—¿Un «jeg»?

—¡Jet! ¡He querido decir jet! Perdón. Llevo una semana durmiendo cuatro horas diarias. ¿Te he dicho que mi vecina ha

puesto un belén con efectos especiales y sonido? ¡El Niño Jesús llora cada vez que alguien pasa por delante del portal! Anoche soñé que tenía que amamantarlo yo. Estoy fatal.

Me echo a reír. No puedo evitarlo.

—Te estás desmoronando —murmuro, revisando mi agenda digital—. Vale, intento mover lo de Vittoria. Pero no prometo nada.

—¡Haz magia! ¡Haz lo tuyo! —suena dramática—. De todos modos, si no funciona el veto del restaurante, siempre puedes decir que el chef se ha fracturado la cadera intentando abrir una ostra. ¡O que ha estallado una guerra de croquetas! ¡Algo dramático y navideño!

—Ya veremos. Tú tranquila, ya se me ocurrirá. Por lo pronto, ya le he dicho que sí a Giovanna. Tengo una videollamada programada con ella para esta tarde —digo, y el sonido del timbre me hace sobresaltarme—. Oye, Lele, tengo que colgar. Ha llegado Mariola Albertolli.

Antes de cada cena de clausura, siempre hay una primera reunión. Un contacto inicial. Una conversación cara a cara en mi despacho con café caliente, luces suaves y a veces una bandeja de turrones para suavizar lo que viene. Es el momento en que la clienta me cuenta su historia y yo intento leer entre líneas, averiguar si lo que busca es realmente un final o una excusa para intentarlo una vez más. Porque no, no organizo cenas por capricho. De hecho, he cancelado muchas cuando he visto que aún quedaba algo que salvar. A veces lo que parece una clausura es solo una pausa mal gestionada. Y mi trabajo, por muy festivo que suene, también consiste en saber cuándo cerrar y cuándo decir: «Espera, todavía no».

—Vale, luego me cuentas qué tal. ¿Mariola es la que siempre vuelve con su ex? ¿Qué tipo de historia tiene? No me acuerdo.

—Navideña, claro. Todas lo son en diciembre.

—¿Con cuernos o sin cuernos?

—Eso lo sabré en cinco minutos. Te llamo luego.

—¡Hazme un resumen de si hay esperanza o no! ¡Ya sabes que vivo para eso!

Cuelgo justo cuando llaman suavemente a la puerta de la oficina, y abro rápido con mi mejor sonrisa preparada.

—Adelante —digo, recolocándome el jersey rojo con renos.

La puerta se abre despacio y aparece una mujer de unos treinta, elegante, contenida, con una cartera bajo el brazo y cara de no haber dormido bien.

—¿Señorita Santa Clausura? —pregunta.

—En persona. Pasa, por favor.

Ella entra con esa media sonrisa de persona que finge tenerlo todo clarísimo cuando en realidad está a un villancico de mandar un «¿vienes?» que arruine su dignidad. Mira alrededor, se sienta, acepta el café y lo sujeta como si fuera una decisión importante. Que lo es.

Le cuesta arrancar, pero, cuando lo hace, lo vomita todo: tres años de ruptura impecablemente desordenada. Cada diciembre, el universo hace match entre sus soledades. Mensajes tontos, recuerdos estratégicos, nostalgia con filtro cálido… y, ¡zas!, recaída. No porque él sea un villano de telenovela, sino porque hubo amor. Mucho. Y aún queda cariño. Pero también silencios, descuidos y esa manía tan romántica de no hablar de lo que importa.

Me cuenta que quiere cerrarlo, pero también admite que hay una parte de ella que sigue pensando que, si se quitaran el decorado navideño y el orgullo, quizá podrían haberse querido mejor.

Me pregunta si creo en las segundas oportunidades. Y yo, que soy muy valiente cuando la historia no es la mía, le digo que sí. Pero no las de «volvamos porque es diciembre y estoy sensible», sino las

de «hemos aprendido algo y vamos a hacerlo distinto». Las que implican hablar. De verdad.

Al final, en vez de una cena de clausura, le propongo una conversación incómoda con supervisión incluida. Ver si hay algo nuevo que construir. Y, si no lo hay, entonces sí: cierre digno, sin recaídas con panetone. Mariola se marcha con una sonrisa frágil pero real. Con esperanza. Y yo me quedo recogiendo tazas como si no acabara de darme un discurso a mí misma.

Porque es facilísimo decirle a otra persona que, si quiere reconstruir algo, tiene que haber verdad. Facilísimo. Lo difícil es aplicarlo cuando el implicado se llama Gian, tiene un talento sobrenatural para dejarme sin oxígeno (metafórica y no tan metafóricamente), me chupa la energía como si fuera un vampiro neófito de *Crepúsculo* (pero en el buen sentido) y además pone *Love Actually* en el momento exacto en que estoy a punto de confesar algo importante. Porque sabe que es nuestra película favorita. De todos los tiempos. En toda la historia del cine. Y, además, una no confiesa secretos vitales mientras Hugh Grant baila por Downing Street. Hay reglas universales y esa es una de ellas.

Además, estoy cagada de miedo. Pero miedo nivel prémium. Porque, claro, una cosa es aconsejar a Mariola con voz templada y mirada sabia, y otra muy distinta es pensar en la cara de Gian cuando descubra que he sido yo. Yo. Todo este tiempo.

La cuestión es esta: creo en las segundas oportunidades. Muchísimo. Me gano la vida diciendo que el amor, si se hace con verdad, merece otra ronda. Pero la verdad no es un concepto precioso para colgar en Instagram con luces cálidas. La verdad es una bomba con temporizador. Y el temporizador lo tengo yo.

Así que sí. Voy a contárselo. Y puede que me rompa el corazón. O puede que sea el principio real de nuestra segunda oportunidad.

Pero si algo he aprendido hoy es esto: peor que perder a alguien es no darle la oportunidad de elegirte con la verdad en la mano.

Y esta vez elijo dejar de ser la Señorita Santa Clausura.

Esta vez elijo ser Gia.

37

Gian

Sábado, 12 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

¿Debería tomarme tu silencio como una despedida? Porque prefiero pensar que estás de vacaciones, pero en tu página web pone que trabajáis todos los días del año. O quizá estás hasta arriba de cenas de clausura. No sé. Da igual, solo quiero darte las gracias otra vez. ¡Y enviarte un regalo!

Abrazo virtual,

Gian

—Buenos días, señor Collins.

Respiro hondo antes de continuar. Siempre me ayuda a sonar más seguro, aunque por dentro tenga un nudo en el estómago del tamaño de un panetone industrial.

Estoy solo en una pequeña sala de reuniones de la sede del bufete Collins en La Spezia. Mi amigo Ángelo, que es abogado en esta misma oficina, me ha hecho el favor de cederme un rincón tranquilo con conexión decente. «Si el jefe te cuelga, al menos que no sea por mala cobertura», me ha dicho con una media sonrisa.

—No digas más. ¿Has decidido quedarte en Manarola?

La voz de Joseph Collins es directa, como siempre, pero no suena enfadada. Aún.

—He decidido quedarme en Manarola —confirmo, sin titubeos.

Lo oigo respirar, muy despacio. Puedo imaginarlo sentado en su despacho en Londres, probablemente frunciendo el ceño, con una taza de té en la mano y el *Times* doblado al lado del teclado. Debe de estar pensando que acabo de pedirle abrir una nueva sede en Marte. Aprovecho ese segundo de tregua.

—Sé que suena… impulsivo —añado—. Pero he estado pensando mucho en esto. Y sé que parece una locura, dejar atrás la oficina de Londres, el equipo, la trayectoria que he construido. Lo sé. Créame. Pero también sé que, cuando me fui de aquí, perdí algo valioso. No a nivel corporativo ni financiero, señor Collins. A nivel personal. Perdí algo… que todavía me duele. Y, ahora que tengo la oportunidad de recuperarlo, no quiero volver a cometer el mismo error.

Lo escucho moverse al otro lado de la línea, quizá cruzándose de brazos o apoyándose en el respaldo de su silla.

—Todo lo que necesito está aquí —añado, más bajo—. Y cuando digo «todo» me refiero a la mujer de mi vida.

Me sorprende lo fácil que es decirlo en voz alta. Supongo que, cuando es verdad, lo complicado sería callárselo.

—Así que… —continúo, tomando aire—, si fuera posible, me gustaría solicitar un traslado oficial a la sede de La Spezia. Hay una vacante abierta en el departamento de Derecho Mercantil, lo he comprobado. Y tengo referencias internas, Ángelo Esposito puede hablar por mí. Pero, si decide que esto es incompatible con el rumbo del bufete o que no es el momento…, lo entenderé. Y, si no es mucha molestia, ¿sería posible que me facilitara una carta de recomendación?

Entonces llega. Ese suspiro largo, casi teatral, que lleva la marca registrada de un jefe que ha tenido que lidiar con dramas mucho mayores que el mío.

—Oye, Giancarlo —dice, y su tono ha cambiado. Ahora es más suave, más humano—. En realidad mi nombre no es Joseph Collins.

—¿Perdone?

—Me llamo José Martínez. Me mudé a Londres por amor hace veinte años. Adopté el apellido de mi esposa inglesa. Sonaba mejor en las tarjetas de presentación, ya sabes. Así que… entiendo perfectamente lo que estás pasando.

Cierro los ojos y apoyo la frente en la mano. Lo juro: si esto fuera una película, ahora sonaría un villancico suave de fondo y entraría nieve por la ventana.

—Por supuesto que aprobaré tu traslado a La Spezia —continúa —. Ya he hablado con el responsable de la sede. Me ha llamado esta mañana para preguntarme si eras «ese Gian». Le he dicho que sí, que el mismo que sacó matrícula en Derecho Penal y que siempre robaba los últimos bollos del desayuno del bufet.

Suelto una risa floja.

—Considéralo tu regalo de Navidad —añade, con una sonrisa que se intuye incluso desde la distancia.

—Muchas gracias, señor… Martínez. No sabe cuánto significa esto para mí.

—Lo sé, Gian. Lo sé —suspira—. No quiero perderte. Eres uno de los mejores abogados que tengo. La Spezia será tu nuevo hogar, aunque cuento con que vendrás cuando necesite de tus servicios por aquí.

—Por supuesto.

—Entonces, por mí está todo hablado. Pongo en marcha el papeleo. Tú… quédate allí y recupera al amor de tu vida —dice, y

hace una pausa tan larga que por un momento creo que se ha olvidado terminar la llamada—. Giancarlo, la vida no tiene sentido sin amor. El dinero no lo tiene. De nada te serviría ser el hombre más rico del mundo sin nadie al lado que te quiera. Así que… eso. Estoy orgulloso.

Trago saliva. Me quedo en silencio. Es una de esas frases que te llegan tarde, como el eco de algo que no sabías que necesitabas escuchar.

—Gracias, jefe.

—Y, por favor —añade, con un deje de humor—, no le digas a nadie lo del apellido. Lo de «José Martínez» lo sabe mi mujer y, ahora, tú. No me arruines la leyenda.

Sonrío, y tras despedirnos cuelgo. Me quedo mirando el teléfono durante unos segundos, como si el aparato en sí acabara de concederme un deseo. Y, en cierto modo, lo ha hecho. Me levanto y salgo de la pequeña sala de reuniones. Ángelo está esperándome apoyado contra una columna, con su chaqueta de tweed a medio abrochar y cara de haberlo escuchado todo.

—¿Y bien? —pregunta, aunque su sonrisa ya lo delata.

—Aceptado. Me quedo.

—Joder, por fin alguien sensato en esta oficina. Ya era hora —dice mientras me da una palmada en el hombro—. Avisa a tu chica. Seguro que aún está cruzando los dedos.

Me alejo unos pasos y saco el móvil con una sonrisa. Dudo, porque ¿qué se escribe cuando por fin el mundo vuelve a su sitio? Abro WhatsApp. Busco su nombre.

Confirmado. Me quedo. Traslado aprobado

Tenemos que celebrarlo, cariño

Y se me ocurre una excusa perfecta: mi cumpleaños

Llevo años sin mi regalo favorito

Ella tarda menos de un minuto en responder:

Panetone con pepitas de chocolate?

O hablas de ese whisky que no compartías con nadie?

Sonrío. Me apoyo contra la pared. Escribo:

Hablo de ese regalo que grita, araña, muerde… Y no necesita envoltorio

Y de la carta, por supuesto

Si estás insinuando lo que creo que estás insinuando, estás en lo cierto. Pero tendrás que venir a buscarlo. Y ganártelo

Me río en voz baja. No sé si es la tensión, o las ganas, o ese puto vértigo delicioso que solo aparece cuando sabes que estás a

punto de hacer algo muy muy bueno.

Dame una hora. Llevas falda o vestido?

Vestido. Pero sin ropa interior.
Por ahorrar tiempo, ya sabes

Cierro los ojos un momento y siento cómo todo —el miedo, la culpa, la duda, Londres, la distancia, el pasado— empieza a quedarse atrás. Porque, por primera vez en mucho tiempo, todo está exactamente donde debería estar.

Incluido yo.

Con ella.

38

El Espíritu de la Navidad

Dicen que cumplir años en diciembre es como tener al universo conspirando a tu favor con lentejuelas, una copa de prosecco y villancicos de fondo. Y sí, lo sé: suena como el tipo de frase que viene estampada en una taza con purpurina que alguien te regala sin envoltorio ni contexto y que acabas usando de maceta. Pero en este caso… es verdad.

No es solo por los regalos dobles (cumpleaños y Navidad, un *win-win* de manual). Ni por las luces parpadeantes que convierten cada calle en un filtro de Instagram. Ni siquiera por esa teoría no aprobada por la comunidad científica, pero respaldada por mí, de que en diciembre todo puede pasar. Incluso lo que has estado deseando en secreto desde hace años.

El verdadero privilegio de nacer en diciembre es que entras en el mundo cuando todo ya parece un poco más dispuesto a creer en la magia. Así que, cuando Gian llegó al planeta Tierra un 15 de diciembre, os juro por mis campanitas que lo anoté con subrayador mental en mi cuaderno invisible. (Sí, tengo un cuaderno. Rojo. Con purpurina. Con separadores de estrellas y pestañas con olor a galleta de jengibre. ¿Qué esperabais? ¿Un éxcel? ¡Por favor!). Y escribí:

«Este niño tiene cara de problema. Del bueno. El que te hace creer en los imposibles. Tendrá un pacto especial con la magia».

Y cumplí mi promesa.

Porque Gian creció sabiendo que sus cumpleaños no eran como los de los demás. Nunca le tocó un pastel aburrido ni una vela que se apagara antes de soplar. En su caso, siempre había árboles vestidos como para ir a una gala, guirnaldas colgando torcidas y nieve falsa que acababa en sus zapatos y en sitios que nadie debería mencionar en un relato navideño.

Pero lo que hacía de su cumpleaños un evento extraordinario no era el decorado de película, ni los coros de abuelas entonando villancicos desafinados desde el balcón, ni ese olor a castañas asadas mezclado con calcetines chamuscados. Era ella. Gia.

La niña con trenzas despeinadas, voz de mando y mirada que decía «voy a desmontarte la vida, Gian, y te va a encantar» mucho antes de que ninguno de los dos supiera deletrear la palabra «enamorarse». La que llegaba siempre tarde a su fiesta, pero nunca demasiado tarde para ser su regalo favorito. La que creció con él, a veces al lado, a veces enfrente, a veces (pocas, pero intensas) encima. Y, si estáis esperando una historia con guantes blancos, lo siento. La magia no siempre es limpia. A veces viene con manos frías, ojos brillantes y esa forma exacta de sonreír que desarma hasta al Espíritu de la Navidad. (Que no soy de piedra. Aunque lo parezca. Especialmente cuando hay temperaturas bajo cero).

Así que sí. Gian nació en diciembre. Pero el verdadero milagro fue que Gia lo hiciera tambalear desde entonces.

Cada 15 de diciembre, ella aparecía con dos cosas entre las manos: un regalo, envuelto de forma tan torpe que parecía haber perdido una batalla a muerte contra un rollo de celo, y una carta. Siempre. Siempre una carta.

Ay, las cartas… Si los humanos supieseis el poder que tienen esas hojas arrugadas, con tinta corrida y letras que se tambalean porque la niña las escribió tumbada, en equilibrio precario, sobre la cama… Bueno, el mundo sería otra cosa. Pero no. Vosotros preferís los wasaps sin signos de puntuación y con emojis de berenjena. (Que a veces funcionan, sí. Pero no conmueven. Y no huelen a vainilla).

Cada año, Gia le daba una carta diferente. Cuando tenía seis años, por ejemplo, escribió: «Feliz cumpleaños. Que te den mucho pastel. Pero guárdame un trozo, que yo también quiero. Y gracias por ser mi amigo». (Sí, muy práctica. Prioridades claras: pastel > afecto > protocolo).

A los ocho se puso melosa: «No crezcas demasiado rápido, que me vas a dejar atrás. Y eres mi persona favorita». (Y sí, ya repartía títulos con más entusiasmo que Dumbledore un 1 de septiembre).

Y a los diez: «Gracias por cuidarme siempre. Te quiero mucho». Sin rodeos. Sin adornos. Como una declaración de intenciones con la franqueza de quien todavía no ha aprendido a esconder lo que siente.

Gian, por supuesto, las guardaba como quien esconde tesoros. No las dejaba en un cajón al lado de entradas de cine y envoltorios de chicle. No. Las doblaba con cuidado quirúrgico y las escondía entre libros, en cajas de galletas vacías, en rincones donde el polvo ni se atrevía a entrar. Como si fueran contraseñas para entrar a un club privado donde solo existían ellos dos.

Y después venía el final del ritual. El beso.

El primer año, fue torpe. Como una mariposa que se estrella contra un cristal. El siguiente, más seguro. Más largo. Más… interesante. Y así, una tradición que nació sin plan, pero que se convirtió en brújula. En campanada interna. En algo más fuerte que

todos mis villancicos juntos.

Y creedme, queridos míos: por mucho que me encante colgar luces, lo verdaderamente mágico de diciembre no lo hago yo. La magia real vive ahí: en una carta arrugada, en un regalo que parece haber sobrevivido a un apocalipsis navideño y en un beso que se da como si fuera secreto y sagrado al mismo tiempo. Y esa historia, os lo prometo por mi trineo personalizado, apenas estaba empezando.

Así, año tras año, llegamos al número dieciocho. Dieciocho. Un número que suena a carnet de conducir, a vértigo, a «me independizo, pero sigo llevando la ropa sucia a casa de mi madre». Una edad con efectos secundarios imprevisibles.

Gia, con sus quince años, estaba en esa frontera difusa donde aún recuerdas cómo era jugar a princesas, pero ya te da por mirar bocas ajenas y preguntarte qué se sentirá al besar sin huir después. Y lo miraba. Ay, cómo lo miraba. Como quien mira un mapa estelar que aún no sabe leer, pero al que ya le ha encontrado su constelación favorita. Con ojos de «quiero» pero también de «todavía no». Con un fuego travieso que ni todo mi polvo de estrellas podía igualar.

Ese día, la casa de la *nonna* Agnese era una sinfonía de abrazos torpes, chistes malos, risas compartidas y brindis hechos con vasos de plástico que sobrevivían al filo del colapso estructural. Yo, desde mi palco etéreo con butacas de nubes y turrón de cortesía, me dedicaba a lanzar pequeñas sacudidas de magia entre canapé y canapé. Pero Gia… Gia no iba a dejar que una noche así se le escapara sin cumplir con su ritual. Esperó. El momento perfecto. Cuando Gian se reía demasiado por un chiste pésimo de Luca. Cuando la *nonna* regañaba a alguien por usar la cuchara del tiramisú para servir la lasaña.

Y entonces, cuando todos los invitados estaban demasiado

ocupados intentando robar la última galleta con forma de renos, lo arrastró. Literalmente. Al rincón de siempre. Al balcón de la habitación de la *nonna* Agnese. Su lugar secreto. Desde allí, se veía el belén iluminado en la colina. Y, por alguna razón, las estrellas parecían brillar justo un poquito más.

Allí descubrió su regalo. Una jersey. Uno parecido al que Gian había visto en un escaparate durante semanas. Uno que había fingido no querer. El que había mirado con la resignación de quien sabe que no va a caer del cielo… Y Gia, bueno… Gia hizo que cayera. Porque lo había tejido ella. Con ayuda de la *nonna*. Y sí, era algo precioso, pero Gian, aun así, esperaba algo con más ganas. La carta.

La carta esta vez era distinta. Nada de folios escolares ni manchas de pegamento con purpurina. Papel grueso, color marfil, con aroma tenue a vainilla y tinta fresca. Doblado con precisión matemática. Elegante. Casi adulto. Pero con la misma esencia de siempre: su voz. Su cuidado. Su amor. Ese tipo de carta que no se lee una sola vez. Se memoriza. Se guarda. Se relee a escondidas, en noches de dudas y silencios largos.

Ella se la entregó con una seriedad que contrastaba deliciosamente con sus quince años de travesura y descaro. Gian no pudo evitar una sonrisa torcida, esa que mezcla ternura, complicidad y un toque de incredulidad ante la perfección del momento.

—¿Otra carta, Gia? —bromeó.

—Obvio —dijo, alzando la barbilla con orgullo, como si estuviera sosteniendo un trofeo de los Juegos Olímpicos del cariño—. Es tradición. Y las tradiciones no se rompen, aunque te creas demasiado mayor para seguirlas.

Gian abrió la carta despacio, con esa mezcla de impaciencia y reverencia que solo se reserva para los tesoros que parecen demasiado grandes para caber en la mano. Sus dedos temblaban

apenas un poco, no por miedo, sino por esa expectación que nace cuando algo está a punto de tocarte el corazón y cambiarte un poquito para siempre. Sus ojos recorrieron cada línea, absorbiendo palabras que brillaban como luces de bengala encendidas dentro de su pecho. Y, aunque por decoro (y por el sagrado código del Espíritu de la Navidad) no puedo revelar lo que decía la carta, sí puedo contaros lo que sentí yo: un calor que se expandía entre ellos, más fuerte que todas las luces del árbol, más brillante que mil bolas de cristal y más persistente que el aroma de galletas recién horneadas. Ese calor tenía nombre: cercanía, complicidad y algo que los humanos llamáis… «cosas del corazón».

Cuando Gian levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Gia, todo el ruido del cumpleaños, los vasos de plástico, los gritos de los amigos y las luces competidoras se desvanecieron como copos de nieve derritiéndose al sol.

—Y ahora, el beso —dijo Gian con una naturalidad que solo aparece cuando has deseado algo demasiado tiempo para hablar de ello sin parecer ridículo.

—Uy, eso no hace falta. Seguro que me pinchas con esa pelusilla de barba que tienes… —contestó ella, roja como un tomate.

—Es tradición, Gia. Y las tradiciones no se rompen, aunque te creas demasiado mayor para seguirlas —la imitó, con una sonrisa traviesa.

Gia se la devolvió, pero la suya era capaz de iluminar un pueblo entero. Luego se inclinó y le besó la mejilla. Pero no fue un beso rápido, rutinario. No. Duró muchísimo más. O al menos eso le pareció a Gian, cuyo corazón galopaba como si hubiera tomado demasiado café. Porque, por primera vez en años, nuestro chico sintió todo con más intensidad: la brisa fría acariciando su rostro, el belén encendido frente a ellos, el aroma tenue a vainilla de la carta y

la certeza de que aquello era mucho más que un ritual.

Qué forma tan humana y, al mismo tiempo, tan mágica de decir: «Las tradiciones crecen con nosotros. Y este es el inicio de algo nuevo», ¿no creéis? Porque allí estaban, en el balcón de la *nonna* Agnese, con un beso que contenía años de costumbre y minutos de descubrimiento.

Os confesaré un secreto: los momentos más mágicos de la Navidad no requieren nieve real ni regalos caros, solo dos personas que saben que algunas tradiciones (aunque pequeñitas) son demasiado importantes para abandonarlas. Y no, no puedo contaros más. Pero os aseguro que Gian jamás tiraría esa carta. Ni esa sensación.

Porque las cartas, queridos míos, son papel. Y el papel guarda huellas del alma.

Y, aunque ellos no lo sabían todavía, esa noche algo cambió para siempre. No mucho. No de golpe. Pero lo bastante firme como para que el beso supiera a todo, menos a infancia.

39

Gia

Domingo, 13 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Navidad está a la vuelta de la esquina, con sus luces y sus trineos, y yo tengo más cuernos que los renos de Babbo Natale en desfile.

Solicito una cena de clausura para brindar y decirle (incluso con cornamenta) que le perdono sin rencores, pero que su regalo de la Befana será irse a freír turrones muy muy lejos.

Atentamente,

Aurelia

—¿Ya has escrito mi carta de cumpleaños?

Su voz me llega desde la almohada de al lado, ronca, pegajosa de sueño, con ese borde suave que solo aparece cuando se despierta con la cara aún medio enterrada en las sábanas… y en mí. Lleva esa media sonrisa que es su superpoder: la que aparece cuando sabe que me ha leído el pensamiento antes de que yo lo haya tenido del todo claro. Cosa que, sinceramente, debería ser

ilegal. O al menos anticonstitucional. Porque estar enamorada de alguien tan condenadamente intuitivo tiene que violar algún tipo de ley de protección mental.

—No.

—¿No? —bufa, y sé que su ceja se arquea aunque no lo vea. Conozco su tono. Él me conoce el alma y yo le conozco la cara cuando cree tener razón—. Sabes que es mi regalo favorito desde siempre, ¿verdad?

—Lo sé. Por eso. Tengo años de cosas que contarte. Y no sé si quiero regalártelas así… tan fácil.

Él suspira. Pero no es uno de esos suspiros resignados, no. Es uno de esos que hacen que tiemble la cama. Que mueven las sábanas como si fueran mar. Que anuncian peligro y deseo con la misma cadencia. Luego se gira y me busca con el cuerpo, como si le costara estar lejos de mi piel, aunque sea solo un centímetro. Apoya la mejilla en mi hombro desnudo y pregunta:

—¿Así tan fácil?

Se ríe, y esa risa baja que siempre llega desde algún lugar entre su pecho y mis piernas. Esa frecuencia concreta que ha aprendido a usar con precisión quirúrgica.

—Exacto. Tú tardaste cinco años en volver. Yo tengo derecho a hacerme la difícil durante al menos el mismo tiempo.

—¿Cinco años? —gime dramáticamente—. ¡Eso es muchísimo!

—¿Ah, sí? ¿No me digas? ¡Vaya! ¡No lo sabía!

—¿Y no puedo intentar reducir ese tiempo?

Ahí me doy la vuelta. Error de novata. O jugada maestra, depende de cómo se mida el valor de arriesgarse cuando una está a medio centímetro del hombre que te conoce tan bien que podría desmontarte con un suspiro. Y, por desgracia, ni siquiera hay un suspiro entre nosotros. Solo una sábana. Y las mil decisiones que

todavía no hemos tenido el valor de tomar en voz alta. Las mismas que ahora nos abrigan. Las mismas que arden.

La habitación huele a vainilla, a sexo reciente y a un chocolate caliente que alguien (yo) dejó a medias anoche en la mesita, justo antes de dejar de resistirse. Lo huelo y me odio un poco por ser tan predecible. Y lo deseo un poco más por ser tan malditamente él.

Lo miro. Él me mira. Nos leemos como si no hubieran pasado los años, pero al mismo tiempo como si hubiesen pasado todos encima de mi pecho. Hoy sus ojos no están ni tristes ni eufóricos. Están enfocados. Como si alguien hubiera ajustado el zoom y se hubiese dicho: «Vamos a ver qué hay exactamente aquí, dentro de ella». Y yo no sé sobrevivir a esa mirada. Nunca he sabido. Lo mío no es resistir. Lo mío es caer. Con las rodillas, con el corazón, con la piel entera.

—Sí, claro que puedes.

—¿Y si lo hago…? —Su voz es un murmullo, pero su dedo no. Ese dedo que empieza en mi clavícula y baja, lento, con una dirección perfectamente elegida, hacia el epicentro del caos que me habita. El nudo de mariposas que me había prometido que esta vez no iba a despertar—. ¿Me escribirás la carta para este cumpleaños?

—No lo sé. Quizá… necesito la excusa perfecta.

—¿Como cuál?

—Como que me beses, por ejemplo.

Lo suelto con la calma impostada de quien pregunta por las instrucciones del árbol de Navidad: como si no tuviera una lista mental perfectamente detallada de consecuencias, ramificaciones y zonas inflamables. Como si no supiera que un beso suyo puede ser el equivalente emocional de enchufar las luces mal enrolladas mientras pisas agua.

Gian, sorprendentemente, se queda quieto. Ni un parpadeo. Ni

un amague. Solo esa mirada intensa, clavada en mí, como si acabara de lanzar una ecuación para resolver y estuviera esperando el resultado en mi cuerpo.

—Gia.

—¿Sí? —respondo, y mi «sí» sale menos como una respuesta y más como una rendición susurrada.

—Tú vete pensando qué quieres contarme en la carta —dice, y se incorpora con esa elasticidad lenta que tienen los hombres peligrosos cuando saben exactamente lo que están haciendo—, que yo voy a enseñarte a escribir otro tipo de cosas…

Contengo el aliento un único segundo, pero acabo soltando una carcajada que me vibra en la garganta. No puedo evitarlo.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso!

—¡Eh! —protesta, con la voz ofendida pero los ojos encantados —. Así no hay manera de ser romántico. ¡Me saboteas el momento!

—No es sabotaje —digo, riendo otra vez—. Es defensa personal.

Y, antes de poder decir otra cosa, ya lo tengo encima, intentando hacerme reír a base de cosquillas. La buena noticia: no tengo. Soy inmune. Una estatua. Un roble. Un bloque de mármol sexy. La mala noticia: él lo sabe, y no le importa en absoluto.

Se inclina sobre mí, su torso caliente contra el mío, esa sonrisa suya ya peligrosamente cerca.

—Pareces un perrito ansioso por desenterrar un hueso — murmuro, entre jadeo y burla.

—Ah, cariño… Créeme —susurra, bajando peligrosamente la cabeza hacia mi cuello—, lo voy a encontrar. Todavía me acuerdo del sitio exacto entre el cuello y la clavícula donde sí tienes cosquillas.

Su aliento choca contra mi piel, y mierda. Ahí está. La descarga. Ese instante en el que mi cuerpo recuerda cosas que mi cerebro fingía haber olvidado. Ese lugar entre el cuello y la clavícula donde,

sí, tengo cosquillas. Pero no de las que te hacen reír. De las que te hacen cerrar los ojos, abrir las piernas y perder el apellido.

—Vale… Me rindo —bufo.

—No, preciosa. Me rindo yo.

Y lo dice tan bajito, tan cerca, tan carnal que el aire se pone denso de repente. Se acerca como si besarme fuera un ritual sagrado. Como si la prisa fuera un pecado. Su mano se desliza por mi cintura hasta encontrar esa curva que solo él sabe leer con devoción, me acerca con una presión tan mínima como intencionada, y de pronto mi cuerpo entero recuerda que, en efecto, haga lo que haga, siempre pertenecerá al suyo.

No se lo piensa más. Me besa. Sus labios tocan los míos con ganas, y yo… Yo no respondo. Porque mi cuerpo ya lo ha hecho por mí. Mi espalda se curva hacia él, mis dedos se enredan por instinto en su nuca, y el beso se vuelve algo más. Algo caliente. Algo inevitable. Algo que no admite marcha atrás. Y entonces ocurre eso que pasa solo cuando es él. Cuando es Gian. Todo lo demás desaparece.

Su lengua roza la mía en una invitación lenta, y la lentitud se vuelve su arma. Porque no hay nada más peligroso que un hombre que sabe saborearte. Que no tiene prisa. Que entiende que un beso puede ser una declaración de intenciones si se toma el tiempo justo. Y, justo cuando creo que voy a explotar, se aparta apenas. Milímetros. Lo justo para dejarme flotando.

—Gian…

—¿Sí, cariño?

—Mmm… Nada. Solo… era…

—¿Un gemido? —interrumpe, y pone esa maldita sonrisa entre torcida y divertida que adoro—. Lo sé, preciosa. Es mi forma favorita de escuchar mi nombre en tu boca.

Se separa un poco más, pero no lo suficiente. Solo lo justo para mirarme desde arriba con esa expresión que mezcla ternura feroz y lujuria contenida. Como si me tuviera ya medio abierta y aun así quisiera esperar un poco más. Provocar. Probar. Jugar.

—Tranquila —susurra, y su pulgar roza mi labio inferior con una suavidad que debería estar penada por ley—. Estoy decidido a que empieces mi carta de cumpleaños con algo tipo «Querido Gian, ni se te ocurra volver a irte. Tu lengua entre mis piernas me hace sentir de maravilla…».

Me guiña un ojo, como si no supiera exactamente lo que está haciendo. Y lo peor es que sabe que sí. Que, como siempre, va a conseguir lo que quiere.

Porque lo que quiere… soy yo.

Y qué afortunada soy.

40

Gian

Domingo, 13 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

¿Debería preocuparme?

Dame señales de vida o llamaré a los *carabinieri*. Y no es broma. A lo mejor a algún ex resentido se le ha ido la pinza y ha ido a por ti. No me juzgues, tengo una novia dramática y la cosa se pega. (¡Sí, he dicho novia!).

Abrazo virtual,

Gian

En realidad, no hay absolutamente nada productivo en ver a una mujer buscar su ropa interior como si toda su vida dependiera de encontrarla. Pero aquí estoy. Reclinado en la cama, apoyado en un codo, observándola como si estuviera estudiando una obra de arte… o también un incendio. Difícil decir la diferencia cuando estás viendo a Gia caminar semidesnuda por su habitación, con una calma que bordea casi lo indecente.

Lleva puesta mi camiseta. Y, aunque sea un cliché, me encanta.

Le queda enorme. Y perfecta. Le cae justo a medio muslo, cubriendo lo justo, dejando ver lo necesario. Y sí, «necesario» es una palabra muy subjetiva en este contexto.

—¿Seguro que no la has escondido?

—¿Tus bragas?

—Mis bragas favoritas.

—Qué concepto tan relativo. Ayer tus favoritas eran las verdes. Ahora mismo son las que no llevas puestas. Curioso.

Se gira con una ceja arqueada y una mirada que combina incredulidad, amenaza y deseo con una precisión quirúrgica.

—Eres un idiota.

—Y tú estás preciosa hasta cabreada —murmuro, y no miento. Me la comería viva. Cabreada, riéndose, llorando, dormida. Siempre.

—¿Sabes qué? Al final sí voy a escribirte la carta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y va a empezar con «Querido imbécil, devuélveme mi ropa interior, que he quedado con mi madre a comer».

—Y va a acabar con «No pienso devolverte la camiseta», ¿verdad?

Cuando llega hasta el borde de la cama, me mira como si tuviera una lista mental de cosas que no debería hacer. Y yo rezo en silencio para que no siga ninguna. Pero entonces sonríe. Se muerde el labio, como si estuviera saboreando algo que aún no ha probado del todo, y, por un instante, por un solo y jodido segundo, tengo que recordarme que esto es real. Que no estoy soñando. Que no es un recuerdo atrapado en el mes más cruel del calendario. Que Gia está aquí. Conmigo. Y no hay ninguna fecha de caducidad a la vista.

—O me las das o le explicas tú a mi madre qué has estado haciendo para que llegue tarde. Estoy segura de que a una mujer que todavía está resentida contigo le parecerá fascinante que no me

dejes salir de la cama.

—Hum. Me arriesgaré. Ya va siendo hora de enfrentarme a la ira de Arabella Bellini. Aunque me da que su furia se manifestará con un abrazo largo y un pequeño y simbólico pellizco en las costillas.

—Gian…

—Gia…

—Las bragas. Ya.

—Es que estás tan preciosa con el culo al aire… Si me dejaras, te haría una foto y la enmarcaría.

Ella alza una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde la pondrías?

—En todas las habitaciones de mi casa. Así, mire donde mire, ahí estarás tú, con esa expresión de «te odio un poquito, pero no tanto como para dejar de acostarme contigo».

—Ya. Pues a mi madre no le haría gracia entrar en tu casa y encontrarse un retrato artístico del culo de su hija. Ya sabes que es una puñetera monja en todo lo que respecta a mi modestia.

—No vas a ceder, ¿eh?

—Necesito las bragas, Gian. No puedo salir así. Ni contigo mirándome como si fueras a escribirle una oda a mi culo.

—Técnicamente, ni siquiera son las que vas a ponerte. Podrías regalármelas. Un souvenir. Un recuerdo íntimo.

Ella entrecierra los ojos.

—No me jodas que ahora eres de esos pervertidos que compran ropa interior usada por internet para… olerla. Porque eso ya no es sexy, eso… da yuyu.

Me muerdo el labio inferior, sin poder evitar la sonrisa.

—¿Y si lo fuera qué?

—¡Gian! —Me lanza una mirada mitad escándalo, mitad carcajada contenida, y me dan ganas de volver a meterla en la cama

solo para verla perder otra vez el hilo de lo que estaba diciendo.

—Vale, vale. —Levanto las manos, rendido—. Están en la lámpara.

Ella frunce el ceño. Luego levanta la mirada… y sí. Ahí están. Colgando de la bombilla como si fueran parte de una decoración navideña atrevida que el mismísimo Espíritu de la Navidad habría aprobado.

Gia chasquea la lengua. Luego agarra una almohada y me la lanza directo al pecho. Impacto directo. Y, antes de que pueda devolvérsela, se pone de puntillas, salta, y atrapa la prenda del crimen. La camiseta sube. El muslo se tensa. Y mis pensamientos se hunden por debajo del nivel de lo legalmente permisible a estas horas de la mañana.

—¡Voy a ducharme! —anuncia, alejándose por el pasillo, sin molestarse en cubrirse, como si no supiera exactamente lo que eso me provoca. Gira apenas el rostro y añade—: Y no. No estás invitado.

Me lleva dos segundos recuperar la voz.

—¿Y si me cuelo de todas formas?

—Entonces tú le explicas a mi madre por qué ha tenido que esperar a su hija media hora más mientras te dedicabas a… interrumpirle la higiene personal.

—Gia, por si no ha quedado claro, tu madre no me asusta.

—¡Pues a mi padre!

—Vale, eso ya es más serio —me río.

—Dales de comer a Turrón y Suchard —murmura, resignada, mientras la escucho cerrar la puerta del baño—. ¡Llevan una hora esperando el desayuno, y, si los haces esperar más, voy a dejar que te muerdan los tobillos hasta el día de Año Nuevo!

Un segundo después, el sonido del agua golpeando los azulejos

inunda el apartamento como una promesa. La ducha empieza a correr y, con ella, mi imaginación. Estoy a punto de moverme (aunque no con demasiadas ganas) cuando su voz se eleva por encima del rugido cálido del agua:

—¡Gian!

—Dime —respondo desde el pasillo, con media sonrisa ya instalada en la cara.

—Llevo días queriendo contarte una cosa…

Se queda callada. No sé si por pudor o porque sabe exactamente el efecto que tiene en mí esa pausa cargada de intención.

Camino hacia la cocina, donde los dos gremlins peludos de cuatro patas me miran como si hubieran estado a punto de llamar a Protección Animal. Me agacho para acariciar a Turrón mientras lleno los cuencos, y no puedo evitar sonreír. La conozco. Sé que está esperando el momento exacto para soltarlo. Porque sí, Gia no dice cosas importantes en voz baja. Las lanza como fuegos artificiales: cuando puede ver cómo iluminan el cielo.

—¿Y por qué no lo has hecho? —pregunto, mientras los perros devoran su comida como si no los hubieran alimentado desde hace años.

—Porque eres un depravado sexual que se toma cualquier cosa, ¡literalmente cualquier cosa!, como una invitación a mi cama —responde entre exasperada y divertida.

Me echo a reír. Porque, en fin, tiene razón. Y, además, ¿qué clase de monstruo sería si no aprovechara cada oportunidad para hacerle el amor como si fuera el último día de vida en la Tierra?

—La cena de mañana sigue en pie, ¿no? —añade, más bajo esta vez. Casi como si no quisiera sonar ilusionada. Casi.

—Claro que sí. Ya he reservado.

—¿Dónde?

—Sorpresa.

—¿Me tengo que vestir elegante o sexy?

—Ambas —respondo, apoyándome contra la encimera, con los brazos cruzados y la mente ya en martes. Ya en ella. En su vestido. En sus piernas cruzadas bajo la mesa y en la mirada que me lanza cuando sabe que me está provocando—. Pero si solo puedes elegir una…

—¿Sí?

—Sin bragas, por favor.

Silencio. Un segundo. Dos. Y entonces, su carcajada. Musical. Escandalosa. Esa que le arranca todo el aire de los pulmones y convierte mi pecho en una casa donde siempre quiero quedarme a vivir.

—Estás fatal —dice entre risas, y creo que en el fondo le gusta. Que no haya filtro. Que no me contenga. Que la desee así, sin pudor, como si fuera incapaz de no hacerlo.

—Y tú estás… mojada —respondo sin pensar, sin medir, sin frenos.

Silencio de nuevo. Pero esta vez es otro tipo de silencio. Más cargado. Más denso. Más…

—Gian… —Su voz ha cambiado. Ya no se ríe. Ahora suena a advertencia. O a rendición. O a ambas cosas.

—¿Sí?

—Me temo que vas a tener que escribirte tú la carta de cumpleaños.

—¿Por qué?

—Porque no voy a poder sostener ni un puñetero bolígrafo después de lo que voy a dejar que me hagas.

Se le escapa una risa baja. Burlona. Peligrosamente segura de sí misma. Aprieto la mandíbula.

—Te encanta hacer esto —murmuro.

—¿Hacer qué?

—Provocarme y luego fingir que no sabes exactamente lo que estás haciendo.

Su silencio sonríe. Lo noto incluso sin verla. El agua sigue cayendo al otro lado de la puerta, pero ya no es el sonido lo que me quema por dentro. Es su promesa. Es su voz. Es ella.

Y ahí lo sé.

Este año mi cumpleaños va a ser inolvidable. Y no por el regalo. Ni por la cena. Sino porque esa mujer, esa que entró en mi vida como un incendio y lo volvió todo hogar, ha decidido que va a temblar entre mis manos. Y que no necesitará escribir nada para que yo lo recuerde para siempre.

41

El Espíritu de la Navidad

Seamos sinceros, criaturillas de mi corazón: los cumpleaños están sobrevalorados. Sí, sí, ya sé que hay tarta, velas, gente que canta mal y fotos bonitas rodeado de tus personas favoritas, pero en el fondo… son trampas. Trampas emocionales envueltas en papel brillante y chantaje afectivo.

Ahora, ojo, que no todo es drama: los cumpleaños pueden ser gloriosos. Pero solo (SOLO) si la persona adecuada los celebra contigo. Ya sabéis quién. Esa que te regala lo que no se compra. Atención. Amor. Permanencia.

¿Y qué pasa cuando te falta eso?

Pues pasa Gian.

Pasa Londres.

Y pasan unos cumpleaños tan deprimentes que deberían venir con su propio paraguas emocional incorporado.

Porque, claro, cuando nuestro chico decidió exiliarse voluntariamente al Reino del Té Aguado (léase: «Voy a hacerme el maduro y romper antes de que me rompan a mí»), todo era emoción, avena y frases como «Quiero reinventarme». Y sí, se reinventó. En un hombre guapo, brillante, exitoso… y absolutamente

imbécil en todo lo que de verdad importaba.

Cuando llegó su primer cumpleaños lejos, se puso una camisa blanca, se echó colonia cara y se dijo frente al espejo: «No pasa nada si este año no llega la carta». Y spoiler: pasó. Pasó muchísimo. Porque, aunque lo intentara con todas sus fuerzas, él no era el dueño de su corazón. Ya hacía muchísimo tiempo que no.

Gian no lo sabía, pero yo sí: llevaba diecisiete años recibiendo lo mismo cada 15 de diciembre. Un jersey tejido a medias por su *nonna* y por unas manos pequeñas con uñas pintadas de rojo. Una carta escrita con boli de purpurina y corazones en las esquinas. Y un beso. Que empezó siendo en la mejilla, pero en los últimos años…, ya sabéis.

Así que sí. Gian esperó. No de forma consciente, claro. Él no fue al buzón con cara de cachorro abandonado, no. Fue más sutil. Fue moderno. Abrió el correo. Revisó WhatsApp con la delicadeza de quien se toca una herida para ver si todavía duele. Entró en Instagram «por casualidad». Publicó una foto de su tarta miserable (comprada en Tesco, textura de zapato mojado), esperando, tal vez, que ella reaccionara. Que le pusiera un corazoncito. Un comentario. Algo. Pero no. Nada.

Todo el mundo le llamó. O le escribió. Pero ella no. Y no queréis saber cómo dolió.

Porque, claro, Gian sabía que se lo merecía. La había dejado como un cobarde: una maleta, un vuelo y ni una explicación decente. Había huido antes de que pudiera preguntarle por qué. Y, aun así —porque el ser humano es idiota cuando ama—, había guardado un rincón minúsculo, ridículo, casi microscópico de esperanza. La esperanza de que ella fuera mejor que él. De que le escribiera igual. Aunque fuera para odiarlo. Pero que le escribiera.

—¡Feliz cumpleaños, tesoro! —le había dicho Agnese esa

mañana desde su cocina, probablemente rodeada de raviolis—. Espero que hagas algo especial hoy, aunque estés en esa ciudad donde la pasta sabe a castigo divino.

—Gracias, *nonna*… —respondió él, tragándose un nudo del tamaño de una lasaña—. Esta noche saldré. Será una buena noche.

—Seguro que sí. ¿Cómo estás?

Gian no le contó la verdad, pero sí se pasó más de media hora al teléfono hablándole de Londres. Agnese, muy digna, intentó no criticar cada cosa que decía, pero la mujer, aunque lo tratara de disimular con todas sus fuerzas, también estaba resentida con su forma de irse.

—¿Por qué no me haces la pregunta que llevas queriendo hacer desde que has descolgado el teléfono? —le preguntó ella, con la voz de quien ya lo sabe todo, antes de que la llamada terminara.

Él no dijo nada. Pero Agnese respondió igual.

—¡Serás cabezón! —bufó—. Gia está bien. Mejor que tú, seguro. Y sí, todavía viene a verme cada tarde. Me ayuda con las plantas, me esconde las pastillas porque dice que me da por tomarme de más y eso me hace hablar mucho. ¡Como si eso fuera malo! Y me cuenta cosas bonitas. Cosas que tú ya no sabes, claro.

Él cerró los ojos.

—Y no —añadió, como si le leyera el pensamiento—. No va a escribirte. Ni a llamarte. Está haciendo algo que me dijo que se llamaba… ¿Cómo era? Ah, sí: «contacto cero». Una especie de meditación, o castigo carmelita, no sé. Pero parece que le va bien.

Eso fue un ¡zasca! monumental nivel abuela. Un zasca con amor, eso sí. Pero zasca, al fin y al cabo.

—Entonces… ¿ya no me quiere? —preguntó él, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

Al otro lado del teléfono, la *nonna* suspiró. Y después de unos

segundos, con ese silencio que solo las abuelas saben llenar de magia, dijo:

—Ay, Gian. Uno no deja de querer así como así. El amor no se guarda en un cajón y se olvida, como los calcetines desparejados. El amor… a veces se esconde. Se asusta. Pero, cuando es de verdad, siempre encuentra el camino de vuelta.

Gian tragó saliva.

—Y tú, tesoro mío —continuó ella, más bajito—, deja de esperar milagros con los brazos cruzados. Si quieres que vuelva, ve tú a buscarlo. Haz tú el camino. Que no todo se soluciona con una camiseta planchada y una sonrisa de anuncio. A veces hay que decir lo que nunca se ha dicho. Aunque dé miedo. Aunque duela.

Hubo una pausa dramática. Gian no sabía qué hacer con todo eso que ella le había dicho.

—Gracias, *nonna* —susurró él, con la voz áspera de quien tiene el corazón apretado.

—¿Gracias por qué?

—Por seguir creyendo en mí.

Ella soltó una risita.

—No seas tonto. No creo en ti, tesoro. Creo en GiGi. Que es mucho mejor.

Y, con eso, colgó. Así, sin más. Como si no acabara de salvarle el alma con un teléfono fijo y una taza de una bebida probablemente dulce.

Esa noche, después de pasar todo el día esperando algo que sabía que no iba a llegar, Gian fue a una fiesta en Shoreditch con una copa de gin-tonic en la mano y una sonrisa que olía a mentira y a colonia cara. Flirteó con una chica con botas cowboy (todos sabemos por qué), bailó, se rio y fingió. Y cuando volvió a casa, borracho y solo, hizo lo que todos hacemos cuando la fachada se

cae a pedazos: buscó la caja.

Sí. La caja. La que escondía en el armario. La que llevaba diecisiete años acumulando cartas, papelitos doblados y pruebas de que alguien, alguna vez, lo había querido como era.

Gian se tumbó en la cama y las leyó todas. Desde la primera, escrita con caligrafía infantil y dibujitos de corazones con gorro de cumpleaños, hasta la última, donde un «te quiero» cerraba el párrafo con una flechita apuntando a una estrella.

Y se rio. Y lloró un poco. Y así, uno detrás de otro, pasaron los cumpleaños. Cada año con un poco menos de esperanza. Cada diciembre más lleno de «no pasa nada» y menos de «tal vez este año sí».

Porque, queridos míos, los cumpleaños sin Gia eran como champán sin burbujas. O como Londres sin paraguas: sabes que va a llover. Te mojas igual. Y acabas maldiciendo el momento exacto en que pensaste que podrías vivir sin un poco de sol manarolés.

Y ese beso que no llegó…

Esa carta que no fue escrita (o sí, pero no enviada)…

Ese «feliz cumpleaños, cariño» que no sonó…

Eso, queridos míos, no lo curan ni la distancia, ni el tiempo, ni el gin-tonic más caro de toda Inglaterra.

Y mirad que lo intentó, ¿eh? Pero hay cosas que no se celebran sin la persona adecuada. Y Gian lo supo esa noche, con una tarta incomible, una camisa arrugada y el corazón hecho pedacitos dentro de una caja.

42

Gia

Lunes, 14 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Acudo a ti porque mi relación ha llegado a niveles de surrealismo que ni Dalí en pijama. El sujeto en cuestión colecciona bolas del árbol y les da nombre de exnovias, canta villancicos al revés para invocar al espíritu del Grinch y, en vez de besar bajo el muérdago, se dedica a regar cactus con champán.

Con estos antecedentes, ruego que me ayude a clausurar esta relación. Declaro cerrada la temporada romántica y archivado en los sótanos del Polo Norte el expediente sentimental n.º 2025/2026: «El caso del cactus borracho y los villancicos satánicos».
Atentamente,

Nora M.

Mañana es el cumpleaños de Gian, pero, como mi agenda en diciembre está más apretada que los vaqueros de todo el mundo después de Navidad, hemos decidido celebrarlo hoy con una cena. Así, de paso, mañana se despierta en mi cama, con su regalo de cumpleaños ya desempaquetado. Literal y figuradamente.

Como toda novia emocionalmente equilibrada y cero obsesiva en vísperas del cumpleaños del hombre que le gusta más que las crostatas de albaricoque (y eso es decir mucho), he dedicado las últimas tres horas a prepararme. Tres horas enteras. Y todo para enfundarme en un vestido marrón chocolate que desafía las leyes de la física, el sentido común y… la ropa interior. Porque no, no llevo bragas. Y no porque fuera uno de los absurdos deseos de Gian, sino porque con este vestido tan ceñido son incompatibles. Y han tenido… diferencias irreconciliables.

Siempre he dicho que la idea del senderismo me parece lo más. La ropa técnica que te hace sentir como una superheroína del fitness, los selfis con gafas de sol mirando al horizonte y esa sensación (totalmente ficticia) de que estás en comunión con la naturaleza. Pero en la práctica… lo detesto. Odio sudar. Odio que me tiren los gemelos. Y odio la humedad en zonas donde no debería haber humedad jamás, ni siquiera en condiciones extremas.

Pero, si ahora mismo alguien me dijera que tengo que escalar una montaña entera, descalza, a pleno sol y con una mochila llena de piedras solo para volver a ver a Gian con esa camisa rosa que lleva esta noche…, lo haría. Me tragaría cada queja. Sonreiría. Me pondría calcetines de compresión sin protestar. Bueno, vale, protestaría un poco. A lo mejor mucho. Pero subiría esa montaña. Porque, madre mía, la camisa. Y, madre mía, la espalda que hay debajo. Y, madre mía, la cara que se me va a quedar si se la quita delante de mí sin previo aviso.

Mangas remangadas hasta los antebrazos, cuello desabrochado con ese botón que, si tuviera conciencia, sabría perfectamente que está ahí solo para torturarme, y luego todo él. El pelo ligeramente revuelto por la brisa marina, la mandíbula afilada como para cortar focaccia y esa actitud tan sexy que me tiene al borde de la

combustión espontánea. Y lo peor de todo: lo sabe. Porque me ha pillado mirándole el pecho al menos cinco veces desde que hemos llegado al restaurante Belforte, en Vernazza. Cinco. Que yo sepa. Aunque probablemente han sido siete. O nueve. Puede que haya perdido la cuenta porque tengo las neuronas tan fritas como las anchoas que nos han servido de aperitivo.

—¿Estás bien? —me pregunta, ladeando la cabeza como si no supiera perfectamente que me ha cazado, de nuevo, con la mirada anclada justo entre su clavícula y el tercer botón de la camisa.

—¿Eh? Sí. No. O sea, sí. Solo estaba mirando… el mar.

—El mar está a tu izquierda.

—Tengo visión periférica. Muy desarrollada.

Gian se ríe de forma grave, íntima y casi peligrosa. El tipo de risa que me hace querer cometer actos ilegales en una ciudad que es Patrimonio de la Humanidad.

Estamos sentados en una mesa para dos, en una terraza con calefacción que parece suspendida en el aire. La barandilla es tan baja que, si me inclino un poco, puedo ver las olas rompiendo contra las rocas, justo debajo. El cielo está en ese tono azul profundo que anuncia el final del día, con un toque de nostalgia. Y yo estoy en ese punto de la noche en el que o me lanzo sobre él o me lanzo a pedir postre. Ambas opciones tienen mérito.

Hemos cenado pescado fresco, bebido vino blanco de la zona y compartido una focaccia que no estaba tan buena como la de su *nonna*, pero que he defendido como si fuera la última focaccia del mundo. Porque estoy enamorada. Y porque Gian ha hecho ese gesto de relamerse el pulgar tras coger un trozo, y desde entonces tengo el cerebro fundido como un queso al horno. Y lo peor es que debería estar ya acostumbrada a él. Pero qué va. Ni un poquito.

—¿Quieres postre?

Claro que quiero postre. Quiero azúcar. Quiero chocolate. Pero sobre todo quiero su cara entre mis muslos.

Me humedezco los labios, fingiendo que estoy pensándolo. Que necesito valorar opciones, cuando en realidad la única opción viable ahora mismo sería deslizarme por debajo de la mesa y agradecerle personalmente la camisa rosa pastel.

—¿Hay algo con chocolate?

Pongo la voz un poco más baja de lo necesario. No demasiado. Solo… lo justo. Como quien se arriesga a tocar una llama con la yema del dedo para ver si quema. Y él reacciona. Oh, vaya si lo hace. Y con esa mirada suya. Esa que empieza en mis ojos, se detiene medio segundo en mi boca, se desliza por mi escote sin disimulo, y luego desciende, lento, hasta mis piernas cruzadas bajo la mesa.

—¿Te apetece algo… dulce?

Vale. Confirmado. Estoy cien por cien segura de que no estamos hablando de comida.

—¿A ti no?

—Yo siempre quiero postre.

Entre su voz grave, el calor que sube por mi piel y ese botón desabrochado de su camisa que no ha parado de insultarme toda la noche, estoy a punto de dejarle elegir por mí, solo para verle meterse una cucharada en la boca. Y lamerla. Y repetirlo.

Una brisa marina levanta un mechón de mi pelo y él se estira para apartármelo de la cara. El roce de sus dedos en mi mejilla es tan suave que me estremezco. Literalmente. Se me eriza la piel desde la nuca hasta los tobillos, y él lo nota. Claro que lo nota. Porque le cambia la expresión. De divertido a… hambriento.

—Gia…

—¿Mmm?

—Te estás poniendo roja.

—Es el vino.

—No hemos bebido nada desde hace media hora.

Me encojo de hombros, derrotada.

—Vale… Entonces es que estoy pensando en ti. Desnudo.

Él se echa a reír y da una carcajada de hombre que sabe perfectamente el efecto que produce en mí y que no tiene ninguna prisa por dejar de provocarlo.

Se inclina hacia mí, apoyando los codos en la mesa. Su boca se acerca a la mía. Mucho. Demasiado. No llega a tocarme, pero puedo oler su aliento, sentir su calor e imaginar cosas que no deberían pensarse con tanto detalle en una terraza llena de gente.

—¿Y qué estoy haciendo en tu cabeza, exactamente?

—Es un secreto.

—Mmm… —murmura, y casi, casi, roza mi boca con la suya.

Nos quedamos así. A centímetros. Suspendidos en esa línea fina que separa el «quiero besarte» del «voy a hacerlo». La tensión entre nosotros late. Literalmente. La siento en el pecho. En el estómago. Entre las piernas. Es como un tambor de guerra. Y entonces, como caído del cielo o del infierno, aparece el camarero. Con la carta de postres.

—¿Algo de postre?

Gian no aparta la mirada de mí. Yo tampoco aparto la mía de él. La carta de postres podría estar ardiendo en ese momento y nadie lo notaría.

—¿Quieres elegirlo tú?

—¿Y si lo compartimos? —respondo, con las mejillas en llamas.

—Sí.

El postre llega y, honestamente, estoy preparada para muchas cosas esta noche: gestos románticos, miradas que me dejen sin

respiración, la posibilidad de cometer actos censurables bajo la protección simbólica de un mantel… Pero no estaba preparada para esto. Un *tortino al cioccolato* con helado de vainilla. Clásico. Nada rompedor. Pero… Ay. Dios. Mío.

Lo sirven en un plato caliente, todavía humeante. El centro, como mandan los dioses del cacao, está líquido. Cuando el calor del bizcocho se encuentra con el frío del helado, una pequeña nube de vapor se eleva. Y no sé si es el contraste de temperaturas o el hecho de que tengo las defensas ya rendidas, pero algo dentro de mí empieza a derretirse incluso antes de probarlo.

Gian coge la cuchara. Recoge la primera porción con una lentitud que no tiene absolutamente nada de inocente. Y sin decir una palabra me la ofrece.

—¿Por qué te gusta tanto darme de comer?

—Por las caras que pones.

Le sostengo la mirada, sonriendo. Abro la boca lentamente, como si esto fuera algo sagrado, y él desliza la cuchara entre mis labios con una precisión demasiado… sexy. El sabor estalla en mi lengua: intenso, dulce, caliente. El helado se mezcla con el chocolate y es glorioso. Pero no es el postre lo que me deja sin palabras. Es él. Es la forma en que me está mirando mientras lo saboreo.

—¿Cómo está?

—Bueno.

—¿Solo bueno?

—Buenísimo.

—¿Más que yo?

—Por supuesto —contesto, fingiendo total indiferencia mientras deseo arrancarle la camisa con los dientes.

—Mentirosa…

Nos echamos a reír los dos, y durante unos segundos el mundo

se hace pequeño. Cómplice. Seguro. Como si la vida no tuviera forma de entrar a estropear esto. Como si nada malo pudiera tocarme mientras él me mira así.

Terminamos el postre entre cucharadas y risas. Cada vez más cerca. Cada vez más sueltos. Cada vez más peligrosamente al borde. Cuando el camarero aparece con la cuenta, Gian intenta pagar, con ese gesto masculino y tradicional tan suyo. Pero no le dejo. Le planto la mano sobre la suya.

—Hoy invito yo. Es tu cena de cumpleaños. No empieces a pelearte conmigo por el romanticismo.

—Lo mío no es romanticismo, cariño. Es puro ego.

—Ah, bueno. Entonces sí. Paga tú —bromeo.

Pero pago yo. Porque quiero. Porque puedo. Porque soy una mujer independiente que quiere llevarse a la cama a su renovado novio esta noche con la conciencia tranquila.

Nos levantamos y bajamos los escalones de piedra del restaurante. Él va delante. Yo detrás. Y no porque sea caballeroso, sino porque yo he insistido. Porque hay cosas que una mujer no debería perderse. Y el culo de Gian en esos pantalones de traje oscuros ajustados está, objetivamente, entre las mejores vistas de la Riviera italiana.

Salimos a la calle estrecha, empedrada, flanqueada por faroles tenues. Estoy a punto de tomarle la mano. De decirle que lo quiero. Que no solo deseo llegar a casa, sino volverme loca en casa con él. Que tengo una carta guardada desde hace días, un regalo escondido en el asiento del coche y un beso en la garganta que lleva pidiendo permiso desde que se puso esa maldita camisa rosa. Estoy a punto de hacer eso.

Pero entonces lo veo.

Primero, solo es una silueta tambaleante en medio del callejón. Y

luego, una voz. Una voz masculina. Borracha. Esa clase de tono arrastrado que cree sonar encantador, pero que huele a cerveza caliente, a ego vencido y a decisiones mal tomadas.

—¡Bombón! ¿Tienes fuego?

Levanto la vista y frunzo un poco el ceño. Ante mí hay un hombre alto, con la camisa desabrochada al completo y el pelo revuelto repeinado hacia atrás. Un hombre alto que, por desgracia, conozco a la perfección. Tan a la perfección que mi ruptura con él fue uno de los desencadenantes de la fundación de Santa Clausura, S.r.L.

Nicola lleva un vaso de cristal con algo dorado dentro en la mano y una sonrisa torcida que me da náuseas instantáneas. Le lanzo una mirada rápida. Automática. De «no me interesa, quítate del medio». Y voy a esquivarlo porque no tengo ni tiempo ni ganas de lidiar con su versión borracha. Pero entonces se detiene. Me mira bien. Frunce el ceño. Inclina la cabeza como si necesitara enfocar. Y, en ese instante, lo sé. Sé exactamente lo que va a pasar.

—Hostia… Espera —balbucea, dando un paso más—. ¡Gianna!

Mi cuerpo entero se tensa. Se congela. Se encoge. Me falta el aire por un segundo y el corazón me late en la garganta.

—No puede ser… —dice, y se ríe como si el universo acabara de hacerle el mejor chiste de su vida—. Gianna. *Fucking.* Bellini.

Gian se gira, alerta. Me mira. Luego lo mira a él. Y yo solo quiero desaparecer. Evaporarme. Derretirme en la piedra húmeda de Vernazza y que nadie me vuelva a encontrar nunca. Porque presentarle a tu ex a tu novio es una de esas cosas que deberían estar prohibidas.

—No tengo fuego —respondo, seca.

—No, no, si no quiero fuego —dice, tambaleándose un poco mientras me examina como si acabara de encontrarse una exótica

especie en peligro de extinción—. Lo que quiero es mirarte un rato, porque…, joder, ¿tú has salido de una revista? ¿O del infierno directamente?

Quiero gritar.

—Joder, qué cosas. ¿Tres años, no? —sigue él, con esa voz pastosa que siempre usaba cuando intentaba sonar seductor, pero que ahora solo huele a whisky barato y arrepentimiento mal disimulado—. Estás igual. No. Mejor. Dios, estás increíble…

Me obligo a respirar. Contar hasta tres. Morderme la lengua hasta hacerme sangre si hace falta.

—Buenas noches, Nicola —digo, con la voz más plana, más neutra, más anti-sex appeal que soy capaz de producir. Tonito de consulta médica de lunes a las ocho.

—¿Y este? —pregunta, con un movimiento de cabeza tan torpe como ofensivo, señalando a Gian como si no fuera una persona, sino un objeto decorativo que le desconcierta—. ¿Tu nuevo novio? ¿Tu siguiente paciente? ¿O debería decir… víctima?

Gian da un paso hacia mí. No dice nada. Solo me roza la espalda con la mano. Un roce sutil, firme. Protector. Un «estoy aquí» silencioso. Y justo ahí es cuando Nicola lo capta de verdad. La cercanía. La conexión. Y sonríe. Y sé que va a decir algo estúpido. Algo venenoso. Algo que no tiene derecho a decir, pero que va a hacerlo igualmente. Así que me adelanto.

—Nicola, este es Gian, mi novio. —Me giro para mirarlo a los ojos—. Gian, este es… Nicola. Mi ex.

—Ah, tu novio —dice él, como si la palabra le hiciera cosquillas en la lengua—. Qué formal suena. ¿Estáis en la fase de los domingos llenos de sexo, o ya habéis pasado a la de mirar alquileres?

—Nicola —le advierto.

—Lo digo con cariño, ¿eh? Que me alegro. En serio. —Levanta

las manos, sonriente—. Siempre fuiste de relaciones intensas. Muy… teatrales.

Gian se ríe por la nariz. Seca, breve. No dice nada, pero lo noto. Cómo se tensa. Cómo sus dedos en mi espalda ahora ya no me acarician: se apoyan. Y Nicola sigue.

—¿Y tú, Gian, te dedicas a esto también? ¿A la dramaturgia emocional? ¿O solo has tenido la suerte de que no le dé por mandarte una carta críptica de «esta noche hablamos» y luego una cena con velitas y un discurso?

Me da un espasmo en el estómago. Como un latigazo. Como si alguien acabara de poner la canción del final antes de que la obra terminara.

Gian entrecierra los ojos.

—¿Perdón?

—Solo digo que tienes pinta de tipo serio. No pareces uno de esos a los que les gustan los fuegos artificiales, ¿no? Aunque, claro…, algo tendrás, para que ella esté así de… entregada.

Me arde la cara. Literalmente. Me hierve la sangre y me duele el cuello de la tensión que estoy acumulando para no soltarle una patada en la espinilla.

—Nicola. Ya basta.

—Vale, vale —dice, encogiéndose de hombros—. Ya paro. Qué carácter, Bellini. Siempre tan intensa. Tan de todo o nada. Me encantaba eso de ti.

Levanta la copa, que ya está vacía, y le da un sorbo teatral, como si estuviera brindando por una versión distorsionada de nosotros que solo existe en su cabeza.

—Bueno… —añade, bajando la voz como si de pronto estuviéramos solos—. Me encantaba casi tanto como ese sonidito que hacías al correrte con mi cara entre tus piernas. Ah… Eso sí que

era música para mis oídos.

El mundo entero se congela. Mi estómago se pliega en dos. Mis mejillas se encienden. No de pudor. De furia. De asco. Pero, antes de que yo pueda mover un solo músculo de mi cuerpo, Gian ya ha dado un paso al frente.

—Tío —dice, con una calma tensa que da más miedo que un grito—. Ten mucho cuidado con cómo te diriges a ella. Porque sí, tengo cara de tipo serio. Y las hostias también las doy en serio.

El aire se corta. La amenaza queda flotando, densa, como una nube antes del trueno. Nicola se ríe. Una risa seca. Vacía. Como si la usara para tapar lo patético que es.

—Relájate, joder. Si luego conocí a una rubia despampanante y Gia se me olvidó enseguida. Los polvos eran una pasada, no voy a mentirte, pero es que con la rubia…

Le clavo la mirada. Me hierve la sangre. Ya no hay piel que me contenga la rabia.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Y dónde está ella ahora? —pregunto, envenenando cada palabra—. Porque, sinceramente, Nicola, me estás dando mucha pena. Un lunes de diciembre, borracho, vagando por las calles sin rumbo. Es demasiado bajo hasta para ti.

Y entonces su sonrisa se desvanece. No se desmorona, no. Se afila. Se transforma. Justo en ese instante, me lanza una mirada distinta. No divertida. No nostálgica. Sino afilada.

—¿Este ya sabe lo de tus cenas de cierre? ¿O todavía no sabe que está con la famosísima Señorita Santa Clausura en persona?

Algo se rompe en mi pecho, y Gian se queda inmóvil. Me mira. Y quizá por primera vez en toda la noche no me mira con deseo. Ni con ternura. Ni con esa chispa en los ojos que me hace sentir invencible. Me mira como si no me reconociera del todo. Como si acabara de ver un nombre nuevo grabado en mi frente.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, hombre —dice Nicola, alzando las manos con fingida inocencia—. Solo que me hace gracia verte con ella. Fue muy profesional, ¿sabes? Cuando montó todo ese numerito de ruptura. Una cena de clausura. Velitas. Discurso. Me mandó incluso una carta. Una puta carta. Pero, claro, había que inaugurar el negocio, ¿no?

Siento el ardor subir desde el pecho hasta las mejillas. La piel me arde. La garganta también. Y el alma… El alma directamente chisporrotea. Quiero gritar. Quiero llorar. Quiero correr. Pero sobre todo quiero que Gian diga algo. Que me mire de verdad. Que me escuche. Que no crea a este imbécil sin escucharme a mí primero.

—Gia… —empieza Gian, pero la palabra queda colgada entre nosotros.

Lo agarro de la mano para tirar de él y alejarnos de Nicola todo lo posible. Y sí, mientras lo hago le saco el dedo corazón a mi ex con toda la dignidad que soy capaz de conseguir.

—Vale. Vale. Ya está —digo de golpe, atropelladamente, adelantándome un paso como si pudiera tapar a Nicola con mi cuerpo—. Mira, Gian, yo te lo iba a contar. Te lo juro. Iba a hacerlo esta noche. O mañana. Porque lo sé, lo sé, es importante, y no quería que lo supieras así, no por él, no así de mal… —hablo rápido, cada palabra se me escapa como si alguien hubiera soltado los frenos—. Solo que no sabía cómo. Porque tú empezaste con lo del postre y el brindis, y luego me miraste así, como si el mundo fuera bonito otra vez, y estaba esperando el momento perfecto, pero, claro, el momento perfecto no existe, porque siempre pasa algo, siempre se mete alguien donde no debe y…

Respiro hondo. Gian sigue sin hablar. Me mira. Sus ojos son una mezcla de asombro, desconcierto y una punzada de… ¿dolor?

Sigo hablando.

—Y sí, este es Nicola. Mi ex. Un idiota con carnet. Y no, no le dejé con una cena de clausura, porque en realidad fue él quien me dejó a mí. Por otra. Por otra, Gian. Así que nada de lo que diga deberías tomarlo como verdad absoluta, porque este tío vive en un universo alternativo donde todo le sale bien y nunca se equivoca.

El corazón me late en la garganta como un tambor de guerra. Y hay silencio. Pero no de paz. Uno denso. Pesado. Lleno de cosas no dichas. Gian me mira. Yo lo miro. Y siento que estoy en una cuerda floja a diez metros del suelo. Sin red. Sin red y sin alas. Miro a Gian como si le estuviera entregando mi corazón entre las manos. Él me mira. Ya no hay confusión. Ahora hay algo más profundo. Algo que duele. Sus ojos ya no brillan como antes. Ahora arden. Pero no con deseo.

—¿Es verdad? —pregunta, bajito, en apenas un susurro.

Y no sé si es por su tono, o por la mirada que me lanza, una mezcla de incredulidad y algo que se parece demasiado a la decepción, pero no me sale la voz. Nada. Solo asiento. Una vez. Un milímetro. Y es suficiente. Lo ve. Y entonces da un paso atrás. Pequeño pero devastador. Como si necesitara espacio. Como si el aire entre nosotros se hubiera vuelto irrespirable. Como si yo fuera otra persona. Una desconocida. O peor aún: alguien que nunca fue de verdad. Y de repente… me sale todo. De golpe. Sin filtro. Sin control. Como un disparo tras otro.

—¡Odiaba el despacho! —exclamo—. ¡Lo odiaba! Odiaba el desamor, los silencios, los «ya no te quiero igual» dichos entre culpas mal digeridas. Y, cuando me dejó por otra, fue la excusa perfecta. ¡Perfecta! Porque dolía, claro que dolía, pero al mismo tiempo… me dio una libertad brutal. Dolor y creatividad, ¿sabes? Una mezcla rarísima. Y de ahí, entre insomnios y vino tinto barato…, nació Santa

Clausura.

Gian me mira, pero no dice nada. Solo respira. Y eso… Eso me pone aún más nerviosa. Así que sigo. Y sigo. Y sigo.

—Es un proyecto terapéutico. Bueno, medio terapéutico y medio simbólico. Yo doy cierre. Cierre real. Cenas. Palabras. Cartas. ¡Discurso incluido! Cierro relaciones que ya están muertas. Las entierro con dignidad. Y rechazo los casos que aún tienen solución. ¡No soy una rompedora profesional! ¡No arruino parejas! Solo ayudo a quienes ya están rotos y no saben cómo decir adiós sin hacerse trizas. Ayudo a que el adiós sea tan bonito como el principio… para que no haya rencor.

Mis manos vuelan en el aire, mi voz se acelera. Siento que estoy corriendo por dentro. Una carrera contra el reloj de su silencio.

—Y me va genial. Me va de puta madre, de hecho. Soy famosa. Soy la leche en mi trabajo. Y no lo digo por chulear, sino porque… Porque de verdad lo logré. Algo bueno salió de esa mierda de relación. Y de repente… De repente recibo un correo. Un correo tuyo. Del amor de mi vida. El que me dejó cinco años atrás. ¡Pidiendo una cena de clausura conmigo misma!

Se me quiebra la voz. Pero sigo. Me obligo.

—Fue un cortocircuito. Un choque. Un «¿esto es una broma?» mezclado con un «¿y si…?». Estaba dolida. Muchísimo. Pero también tenía curiosidad. Tenía preguntas sin cerrar. Y quise ver qué sentía. Quise saber si podía… vernos otra vez sin romperme.

Gian baja un poco la mirada, pero no da señales de acercarse. No habla. Y eso me duele.

—Mi identidad no es secreta, por cierto. No soy una superheroína enmascarada. ¡Voy en persona a las cenas! Pero no me gusta salir en fotos, no doy entrevistas, no salgo en TikTok. Me escondo, sí. Pero no miento. No era un secreto con mala intención.

Solo… es que no me gusta el foco.

Me llevo una mano al pecho. Me falta aire. Pero las palabras siguen saliendo como una cascada que no sé frenar.

—Y me estoy desviando, lo sé. Perdón. El caso es que sí, yo soy la Señorita Santa Clausura. Yo monté ese proyecto. Yo lo convertí en algo más que una huida. En algo útil. Algo que ayudara. Que cerrara heridas sin abrir nuevas. Pero lo hice después de que él me dejase. No como venganza. Lo hice porque necesitaba algo que me diera sentido cuando tú ya no estabas…

Trago saliva. Los ojos me escuecen. Pero no lloro. Aún no.

—Y lo siento. Lo siento por no habértelo dicho. Por no encontrar el momento. Por haber esperado. Por…. todo.

Me sigue el silencio. Un silencio como filo. Como si las palabras hubieran sido lanzadas al vacío y se estuviesen desangrando solas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta Gian entonces, sin mirarme.

Pero no espera respuesta. Ya está caminando calle abajo.

—¡Gian, espera!

Pero no frena. No vuelve. Y yo… me quedo ahí. Tiritando por dentro. Con el corazón hecho trizas.

Trato de respirar. Una. Dos veces. Pero el aire no entra. O entra mal. Como si tuviera una piedra atascada en la garganta. Doy un paso hacia delante. Después otro. Y entonces se me doblan las rodillas. No me caigo del todo, pero me desplomo contra una pared. El frío del muro se me pega a la espalda y ahí me quedo. Sentada. Tiesa. Como una estatua mal colocada. Los ojos se me llenan de lágrimas que vienen sin aviso, y el agua salada empieza a caer por mis mejillas sin control. Y lo peor es que no sé si lloro por Gian. O por mí. O por todo lo que he intentado sostener con las manos temblorosas de alguien que lleva años fingiendo que no le duele.

Respiro hondo. O trato de hacerlo.

Y ahí, sentada en el suelo, con las piernas recogidas, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, me doy cuenta de que ni siquiera me había dado cuenta de cuánto apostaba por él. Por esto. Por nosotros. Hasta ahora. Hasta que todo se ha derrumbado sin que pudiera detenerlo.

43

Gian

Domingo, 14 de diciembre de 2025

Querida Srta. Santa Clausura:

¿O debería decir mejor… querida Gia?

Solo quiero saber el porqué.

Gian
(Extracto de un correo nunca enviado).

¿Sabes ese instante exacto en el que todo se congela?

No hablo de frío literal. Hablo de ese clic interno. El momento exacto en el que todo se detiene, como cuando conduces de noche, a toda velocidad, y de repente un ciervo se cruza en mitad de la carretera. No hay tiempo para pensar. Solo tienes medio segundo para decidir si frenas, giras o te estrellas.

Pues eso siento ahora, solo que el ciervo es el exnovio borracho de la mujer con la que creía estar empezando, de nuevo, algo real. Y yo no voy conduciendo. A mí me han atropellado.

Me dejo caer en el primer bordillo que veo. No muy lejos de ella. Pero lo suficiente. Su voz se ha quedado clavada detrás de mi oreja.

Y sus ojos empañados. Y ese gesto que hizo con la mano cuando dijo «sí, soy yo». No la escucho venir a buscarme y no sé si eso me alivia o me destroza un poco más. Solo sé que tenía que salir de ahí. Respirar algo que no oliera a salitre, a azúcar, a ella y… a mentira.

La «famosa Señorita Santa Clausura».

Me lo repito en bucle como si decirlo una y otra vez pudiera hacerlo menos absurdo. Menos doloroso. Porque es ella. La mujer que me escribía con esos ojos que parecían entenderlo todo. La que escuchaba mis historias como si fueran importantes. La que, a pesar de todo, ha sido la valiente. La que ha vuelto a arriesgar el corazón con alguien que ya se lo rompió una vez. La que, al parecer, lleva años organizando cenas de ruptura para otros, triunfando en lo suyo. Y maldita sea, me explotaría el pecho de orgullo si no me sintiera tan… engañado. Y confuso. Porque yo también le he abierto mi corazón. Cinco años tarde, pero lo he hecho. Y ahora siento como si alguien lo estuviera apretando entre sus manos con saña.

Empiezo a reírme. Es una risa corta. Hueca. Porque, si no me río, grito. O doy la vuelta y subo a buscarla. A preguntarle cómo pudo no decirme nada. Cómo se sentaba frente a mí sabiendo todo lo que yo había hablado de ella, con ella, sin saber que era ella. Las luces de Vernazza parpadean como si también quisieran disimular que todo esto es una jodida tragedia. El suelo empedrado parece tambalearse bajo mis pies. Me duele algo en el pecho. No de forma poética. Literalmente. Me duele, como si las palabras que no dije se hubieran clavado por dentro.

No sé cuántos minutos pasan hasta que vuelvo a oír su voz, pero sé que han sido los suficientes como para que ella haya intentado recomponerse.

—Gian. Por favor…

Su voz me atraviesa, pero no me giro para mirarla. No puedo.

Estoy demasiado lleno de algo que no sé si es rabia, tristeza o una decepción tan pura que me agujerea por dentro. De repente, escucho sus pasos. Se coloca a mi lado, con su respiración agitada y el abrigo mal cerrado. Y me mira… con esa mirada. Grande. Vulnerable. Culposa. Una mirada tan bonita que quisiera odiarla. Pero no puedo. Y eso me jode todavía más.

—Déjame explicártelo.

—¿Qué parte? ¿La parte en la que decidiste no decirme quién eres? ¿O la parte en la que me leías fingiendo que no hablaba de ti?

Se le rompe algo en la cara. Literalmente. Se le cae la expresión. Como si alguien le hubiera vaciado el aire.

Bienvenida al club, Señorita Santa Clausura.

—No lo hice con mala intención.

Y ahí está. La frase. La reina de todas las excusas.

—Ah, claro. Siempre empiezan así las mejores mentiras, ¿no? «No fue con mala intención». «Iba a contártelo». «No encontré el momento»…

Ella traga saliva. Parece temblar. Como si le temblara el alma. Y no sé si quiero abrazarla o gritarle. No sé si estoy más cerca de perdonarla o de salir corriendo.

—Gian…

—¿Sabes lo importante que fue para mí escribir ese primer correo? ¿Abrirme de esa forma? ¿Pedir esa cena? Pedirte esa cena sin saber que eras tú.

Su boca se abre. La cierra. Intenta decir algo. Pero no hay nada que decir.

—Yo hablaba contigo como si fueras…, no sé, mi terapeuta. Como si fueras alguien que podía ayudarme a entender todo lo que no entendía. Como si fueras alguien neutral. Seguro. Ajeno. Y tú… Tú ya lo sabías. Tú ya sabías quién era yo.

Gia aprieta los labios. Mira al suelo. Sus botas cowboy tocan una hoja seca, y la hoja cruje. Y ese sonido, mínimo, absurdo, me parece más ruidoso que todo lo que no me está diciendo. Y yo debería callarme. Debería girarme y marcharme como hacen los adultos funcionales y emocionalmente responsables. Pero no. Yo no soy eso. Yo soy un idiota enamorado. Así que me quedo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Mi voz se quiebra un poco, pero lo disfrazo de rabia—. Desde el principio. Desde el minuto uno. Desde aquel primer puto correo que me contestaste como si fueras una jodida elfa del Polo Norte.

Ella alza la vista. Y está herida. Lo veo. Le duele. Pero a mí también.

—No es tan sencillo, Gian.

—Ah, pues yo lo veo sencillísimo, Gianna.

Ella parpadea, y su gesto cambia.

—¡Nada de Gianna! —explota de pronto—. ¡Te fuiste! ¡Tú te fuiste! ¡Y yo rehíce mi vida! Rehíce mi jodida vida, como pude. Sin ti. Y entonces, un día cualquiera, sin previo aviso, recibo una carta en el correo profesional de mi empresa. ¡Una carta tuya! Contándome nuestra historia. ¡La nuestra! ¿Cómo se supone que tenía que reaccionar? ¡Ponte en mi lugar, Gian!

—¿Cómo crees que me he sentido yo? —la interrumpo, alzando la voz por primera vez—. ¿Tú crees que fue fácil para mí escribir esa carta? ¿Recordarlo todo? ¿Volver a abrir esa puerta? ¿Pedir una cena de clausura sin saber que la persona que estaba al otro lado eras tú? ¡Pedir una maldita cena de clausura para hacer las cosas bien contigo, cuando obviamente no quería clausurar una mierda!

—¡Pero no abriste solo esa puerta! ¡También abriste la mía sin permiso! ¡Y no puedes ser así de egoísta! ¡No solo te dolía a ti! —suelta ella, desesperada—. Y sé que yo no he hecho las cosas bien.

¡Lo sé! Tendría que habértelo dicho, y quería hacerlo, pero… Tú también podrías…, no sé. Haberme escrito antes, habérmelo dicho cara a cara, haber…

—¿Cara a cara? ¡Gia! ¡Por el amor de Dios! —Doy un paso hacia ella—. Podrías haberme contestado al primer correo algo como «Hola, Gian. Sé que estarás confundido, pero soy yo. Soy Gia». ¡Así! ¡Con esas palabras! ¡No era tan difícil! Pero decidiste callártelo. Decidiste… seguirme el juego. ¡Decidiste mentirme! ¿En serio pensaste que empezar con una mentira era mejor? ¿De verdad creíste que el silencio era una solución?

—¡Esa misma pregunta podría hacértela yo a ti! ¿De verdad creíste que el silencio era una solución, Giancarlo? ¡No puedes ser tan hipócrita!

Me río. Esa risa amarga, torcida, que no tiene nada de divertida.

—¡Por Dios, Gia, eres terapeuta! ¡Tú más que nadie deberías saber lo importante que es la sinceridad! Tú. No yo. ¡Tú!

Ella se queda muy quieta. Durante un segundo pienso que va a gritar otra vez. Pero no. Inspira despacio. Como si estuviera contando hasta diez. Como si estuviese evitando decir algo que sabe que nos va a doler a los dos. Y, cuando habla, su voz ya no tiembla. Y eso, de alguna forma, es peor.

—Sí. Soy terapeuta. Y precisamente por eso sé que la sinceridad también necesita seguridad, Gian. Y tiempo. Y confianza. Tres cosas que tú rompiste cuando desapareciste de mi vida sin una sola explicación. Y no puedes aparecer de repente, reabrir una historia que dejaste hecha pedazos y luego exigirme que sea completamente transparente desde el primer minuto —niega con la cabeza—. Eso no es sinceridad. Eso es querer controlar el ritmo de la conversación.

Aprieta los labios, conteniéndose.

—¿Sabes qué hace la gente cuando alguien que la abandonó

vuelve a su vida de golpe? —La pregunta queda suspendida entre nosotros—. Se protege.

Su voz ya no es rabia. Es algo peor. Es cansancio.

—Yo necesitaba saber quién eras ahora. Necesitaba saber si seguías siendo el mismo chico que se fue sin mirar atrás… o si el hombre que me escribía esas cartas era alguien en quien podía confiar otra vez. Así que sí. Tendría que habértelo dicho antes. Y te he pedido perdón por eso. Pero lo que no voy a aceptar es que vengas ahora a darme lecciones de sinceridad.

Por un segundo, casi cedo. Casi me acerco. Le toco la cara. Le digo que no importa. Que ya está. Porque, en el fondo, sé que tiene razón en muchas cosas. Sé que no puedo aparecer y exigir respuestas perfectas. Sé que el miedo también pesa. Pero que algo sea verdad no lo hace menos doloroso. No borra la sensación de haber estado hablando con ella durante semanas sin saber que era ella. No borra la rabia. Ni el vértigo que siento ahora mismo en el pecho. Y lo peor es que, si me quedo aquí un minuto más, voy a ceder. Voy a perdonarla. Voy a tocarla. Voy a olvidar por qué estaba enfadado. Y todavía no estoy listo para eso.

—Necesito irme —digo.

Empiezo a caminar de nuevo. Dejo atrás sus ojos llenos de lágrimas. Sus labios apretados. Su silencio. Camino un par de calles. No pienso. Solo ando. Y entonces me paro en seco. Porque Gia no puede volver sola a casa. Estamos en Vernazza. Es tarde. Hace frío. No hay nadie por la calle. El último tren a Corniglia pasó hace media hora. Y no pienso dejar que la mujer a la que amo vuelva sola. No con los ojos así.

Doy la vuelta y, cuando la alcanzo, veo que está sentada en el mismo bordillo en el que yo estaba hace unos minutos. Tiene las rodillas recogidas contra el pecho, se abraza como si sus brazos

pudieran protegerla del mundo, de sí misma o de mí. Cuando me ve, no dice nada. Ni siquiera se limpia las lágrimas. Solo se pone en pie.

—Vamos. Te llevo a casa.

El camino de vuelta al coche es un desfile silencioso de farolas amarillas, gatos callejeros y nudos en la garganta. Ella camina a mi lado, medio paso por detrás, como si supiera que ya no estamos exactamente en el mismo sitio. Y yo me debato entre querer abrazarla y querer no sentir nada.

Llegamos al coche, se mete en el asiento del copiloto sin decir nada y yo cierro mi puerta, enciendo el motor y arranco. Vernazza desaparece por el retrovisor. También las luces. También la versión de esta noche de nosotros. Y el silencio dentro del coche es tenso, ocupa el espacio como si fuera un tercero en discordia.

Gia sigue llorando en silencio. Solo son lágrimas que bajan despacio por sus mejillas mientras mira por la ventanilla como si fuera estuviera ocurriendo una vida paralela. Y yo la odio un poco por eso. Porque sé con una certeza desgarradora que si me tocara el brazo con esos dedos frágiles que conozco de memoria, si me mirara con esos ojos enormes y me pidiera que me quedara…, lo haría. Lo haría sin pensarlo. Pero no pienso volver a saltar al vacío sin saber dónde está el suelo antes. Así que no digo nada. Y ella tampoco.

El trayecto hasta Corniglia se me hace eterno. Cuando aparco, salimos sin hablarnos. La acompaño hasta su puerta y, mientras se endereza, me fijo en sus manos enredadas entre sí como si necesitaran sostenerse.

—¿Entras y lo hablamos? —pregunta, clavándome los ojos.

Yo quiero decir que sí. Que claro. Que hablemos. Que no quiero dormir con esta sensación de haber perdido algo que aún no era mío, pero casi. Pero me muerdo la lengua. Me obligo a quedarme quieto. A pensar en lo que necesito yo. En lo que necesito procesar.

—Hoy no, Gia.

Asiente muy despacio, como si ya lo supiera. Se da la vuelta, entra en casa y yo regreso al coche con el corazón hecho polvo.

Es entonces cuando veo una bolsa de papel marrón olvidada en el asiento del copiloto. No muy grande. Y no necesito mirar dentro para saber que es su regalo; que me ha dejado algo pensado con tiempo. Con cariño. Con dolor, incluso. Lo que sí alcanzo a ver, sin querer, es que dentro hay seis sobres blancos. Seis cartas. Todas iguales. Todas con mi nombre. Cinco esperando ser leídas desde hace años. Una nueva para este.

Y solo falta una cosa.

El beso.

44

El Espíritu de la Navidad

Ah…, las segundas oportunidades.

Ese cóctel explosivo entre «ojalá esta vez sí» y «¿estoy siendo ridícula?» cuya respuesta es «sí». Pero también (y esto lo digo con una ceja levantada y una copa de prosecco en la mano) probablemente vale la pena. Porque las segundas oportunidades no se presentan con bengalas ni banda sonora de fondo. No. Llegan tímidas, despeinadas, medio tambaleándose como un reno con jet lag. Y exigen mucho más que nostalgia y un par de gifs de perritos con gorrito de Santa. Exigen mirar al otro de frente. Con todas sus metidas de pata, sus silencios cobardes, sus errores con nombre y apellidos. Y decidir si esta vez vale más lo que podría ser que lo que ya fue.

¿Complicado? Como montar un mueble sueco sin instrucciones y con tres copas de champán encima. ¿Doloroso? A veces. ¿Sexy? Bueno, depende de cómo te pongas a hablar de vulnerabilidad. A mí me da un no sé qué que qué sé yo. Porque, claro, sostener la decepción sin lanzársela al otro como una bola de nieve con hielo dentro… no es precisamente lo que uno sueña cuando piensa en las fiestas. Ni tampoco aceptar que el amor no siempre llega en una

caja nueva con papel brillante. A veces viene con cicatrices. Con historias. Con heridas que ya no sangran, pero todavía escuecen si te las tocan sin cuidado.

Pero, ¡ay, la Navidad! Ese fenómeno descarado y romántico que insiste en darle otra oportunidad a lo que parece roto. Que agarra los restos de un «ya fue» y los pega con paciencia, con ternura, con ese amor valiente que no necesita instrucciones porque ya se equivocó antes. Y mientras tú estás ahí, haciéndote la dura y comiéndote el turrón como si no te importara, ella (la Navidad, no el turrón) te susurra que la confianza vale más que cualquier principio con fuegos artificiales. Porque sin confianza… lo único que queda bajo el árbol es papel arrugado y la amarga sensación de que «esto ya lo viví».

Y ahora viene lo jugoso. Lo incómodo. Lo real.

La verdad.

Sí, esa palabra que nadie quiere sacar a relucir entre brindis y villancicos porque puede estropearlo todo. Pero sin ella, queridos míos, el amor no es más que un muñeco de nieve en pleno agosto. Se derrite. Y deja un charco que no hay alfombra que oculte.

¿Y sabéis qué es lo más irónico de todo? A veces hace falta una mentirijilla (una tonta, una de esas que no duelen, pero que pican) para recordarnos lo mucho que importa la verdad. O un ex borracho que aparece en la cena de cumpleaños con más verdades que filtros. O una torpeza monumental justo después del postre (gracias, destino) que te hace recordar que perder el equilibrio no siempre es el final. A veces es el primer paso para flotar.

Porque cuando alguien vuelve, cuando, en lugar de irse sin mirar atrás, se detiene y dice: «¿Podemos hablar?», y tú, en lugar de lanzarle una estrella de papel al entrecejo, dices simplemente: «Hoy no»…, ese «hoy no» no es un portazo. Es una pausa. Una grieta por

donde puede colarse algo nuevo. Una rendija para reconstruir sobre lo aprendido, con más verdad, más valor, y ese tipo de amor que ya no se esconde ni huye. Y, si eso no es un milagro navideño…, entonces que baje Dios, se quite los zapatos, se sirva panetone y me diga en la cara que me he pasado de cursi. Y que me equivoco.

Pero ya os digo yo que eso no va a pasar.

No necesito pruebas, queridos míos.

La Navidad y yo lo sabemos de sobra.

45

Gia

Martes, 15 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Le escribo porque siento que mi relación necesita un lacito final, y nadie mejor que usted para ponerlo. No es que no la quiera, pero ya es como un polvorón en agosto: está ahí, ocupa espacio y no hay manera de tragárselo sin agua.

Así que le pido que clausure oficialmente esta relación antes de que la Befana se lleve también mi dignidad.

Atentamente,

Un clausurado voluntario

No he pegado ojo.

Literalmente. Nada. Cero. *Niente. Null.*

Me he pasado la noche entera en bucle: mirando el techo, abrazada a Turrón con una mano y a Suchard con la otra, como si fueran los únicos que todavía me quieren. Y quizá lo sean. No me han juzgado, no me han gritado, no se han alejado de mí con esa

mirada rota que se clava como un puñal en el estómago. Solo han estado ahí. Respirando fuerte, roncando y soltando babas en mi almohada. Y yo…, bueno. Yo he estado en mi cabeza. Ese lugar tan acogedor últimamente, lleno de frases que no dije a tiempo y decisiones estúpidas tomadas con la brillante lógica de «ya lo hablaré cuando sea el momento». Y el momento nunca lo es. Nunca llega.

Esto es una mierda. No sé qué esperaba. ¿Que se lo tomara bien? ¿Que me dijera: «Vaya, qué *plot twist* tan emocionante, cariño, muchas gracias por esta revelación impactante, ¿desayunamos mañana chocolate caliente?».

Hoy es su cumpleaños. ¿Le he regalado algo? Sí, aunque no sé ni siquiera si lo habrá abierto. ¿Le he escrito una carta? Por supuesto. Igual que hice como una estúpida estos últimos años el día de su cumpleaños. Y se las he dado todas. Pero… ¿y el beso? No. Y siempre era lo más especial. ¿Me voy a quedar aquí, bajo las sábanas, oliendo a perro y a culpa? Pues sí, de momento sí.

Me arde el pecho. Tengo esa sensación de que he perdido algo que ni siquiera me ha dado tiempo a disfrutar del todo. Como si la historia acabara justo cuando estaba empezando a confiar. A creer que esto podía ser real. Que él era real. Que nosotros…

Uf. *Stop.*

No puedo seguir por ahí. Odio a la gente que se compadece de sí misma, y no quiero ser esa persona. Respiro hondo. Turrón se mueve y me da con una pata en la cara. No lo culpo. Yo también me abofetearía si pudiera. Estoy hecha un desastre. No he sabido cómo gestionar esto. No lo supe entonces, y sin duda no lo sé ahora. Me levanto de la cama y me arrastro hasta la cocina a por café. Mientras la cafetera hace su ruidito, yo miro el móvil. Pantalla en blanco. Sin notificaciones (salvo una de Lele, que me dice que me quiere a las

cinco en Monterosso para la cena de clausura que tenemos programada para hoy). Sin un «buenos días». Sin nada.

Es su cumpleaños y no le he dicho ni «felicidades». Dejo el móvil. Lo vuelvo a coger. Lo lanzo al sofá. Turrón me mira como si dijera: «¿Eres tonta o qué te pasa?». El corazón me va a mil. Me sudan las manos. ¿Le escribo? ¿No le escribo? ¿Y si no me contesta?

A la mierda. No puedo quedarme callada. No hoy. No cuando me muero por hablar con él. Por arreglarlo. Por abrazarlo. Por decirle que quiero hacerlo bien. Que estoy dispuesta a ser valiente ahora, aunque sea tarde. Abro WhatsApp. Pulso en su nombre. Miro la conversación. Veo el «en línea» desaparecer y volver como una tortura china. Respiro. Tecleo.

Sé que esto llega en el peor momento, y que probablemente no tengas ganas de hablar conmigo. Pero es tu cumpleaños, y… no quiero perder esto. No quiero perderte de nuevo

Quiero hablar contigo. Cuando te sientas preparado para hacerlo, me avisas. Yo voy a estar aquí. Esperando. Sin presionar. Sin exigencias. Solo… queriéndote bien

Porque te quiero, Gian. Espero que lo sepas

Feliz cumpleaños

Lo releo. Mil veces. Cada vez más insegura. ¿Es demasiado?

¿Demasiado poco? ¿Debería haber añadido una foto nuestra? ¿Una canción de Taylor Swift? ¿Una navideña? No lo pienso más. Lo envío, y al instante me siento como si acabara de desnudarme en mitad de la calle. Vuelvo al sofá. Me dejo caer como un saco de errores sentimentales. Turrón salta encima de mí. Suchard me lame la cara. Yo me dejo hacer. Pasan cinco minutos. Diez. Veinte. Y entonces me llega la notificación. Un solo mensaje.

Vale. Y gracias

Me quedo helada. Me quedo flotando. Me quedo en pausa. Porque no es mucho. De hecho, es casi nada. Pero es algo. Y, cuando una está en ruinas, un «vale» puede ser el primer ladrillo para volver a construir. O simplemente otra forma educada de mantener la distancia.

Me abrazo a mis perros y, por primera vez en horas, respiro. Con cuidado. Como si cualquier esperanza pudiera romperse si inspiro demasiado fuerte.

Estoy sentada en una terraza de Monterosso al Mare, con vistas al mar, una copa de vino blanco en la mano y una croqueta de ansiedad en el estómago. Todo el casco antiguo parece salido de un catálogo de viajes de ensueño. Las fachadas están desgastadas de forma artística, los farolillos emiten una luz cálida, y hay ese aroma a sal, limones y mariscos que debería relajarme…, pero no.

Monterosso tiene ese encanto viejo de los pueblos que se aferran a su belleza sin tener que gritarla. Las callejuelas estrechas, las contraventanas verdes desportilladas, la ropa tendida entre balcones. Y luego está la playa, justo al final de la calle, con las olas rompiendo suavemente como si el Mediterráneo supiera que hoy no

es día de gritar. Pero nada me tranquiliza. Porque, aunque todo es precioso, yo estoy en guerra conmigo misma.

—¿Estás mirando al mar como si esperases ver una señal divina o estás teniendo un episodio de disociación silenciosa? —pregunta Lele, que cruza las piernas como si fuera una espía rusa infiltrada en una boda italiana.

—No lo sé. Tal vez ambas.

—Ah. Genial. Yo también suelo entrar en trance hipnótico cuando me mandan un «vale». Es una respuesta muy estable emocionalmente. Transmite mucha esperanza. Te juro que, si algún día me caso, quiero que en los votos diga eso: «Vale. Te acepto. Vale».

—Para mí significa más de lo que parece, ¿vale?

—¿Vale? ¡¿Otra vez?! ¡La palabra maldita! —exclama, haciendo el gesto de una cruz con los cubiertos—. Ya está, esto se está convirtiendo en una secta pasivo-agresiva. Mira, yo te quiero mucho, pero, si ese mensaje fuera un plato, sería una tostada sin mantequilla. Un espagueti sin sal. Un calzoncillo sin elástico.

No puedo evitar sonreír. Lele siempre hace eso. Siempre llega con su humor y arranca el peso del pecho a base de sarcasmo. Me ayuda. Aunque me vuelva loca.

—Solo… necesitaba saber que no me odia. Que hay un mínimo espacio para hablar. Ya está —suspiro—. ¿Sabes qué es lo peor? Que es su cumpleaños. Y yo estoy aquí, contigo, tomando burrata con pesto, como si nada.

—¡Eh! ¿Cómo que «como si nada»? Estás conmigo, que soy la mejor compañía posible. Y encima estamos en un restaurante que huele a gloria bendita, rodeadas de luces colgantes, al lado de una mesa de canadienses que se están declarando su amor a gritos y una camarera que claramente odia su vida. Esto es cine. ¡Y

acabamos de clausurar otra relación con éxito! Anímate, anda.

—Es que… Tenía que haberle dicho la verdad antes. Haber confiado más en él. En lo que somos.

Lele se inclina hacia mí y me clava la mirada. Tiene esa habilidad inquietante de ponerse seria justo cuando necesito que alguien me diga lo que no quiero escuchar.

—Gia. Mira. Eres una dramática de manual, pero no una persona horrible. Cometiste un error, sí. Pero ¿sabes qué? A veces no decimos las cosas porque nos da miedo perder lo poco bueno que tenemos. Y ahora lo importante no es castigarte. Lo importante es qué haces con esto. Si decides quedarte en modo mártir llorando a la orilla del mar o si te subes las bragas emocionales y luchas por lo que quieres.

—¿Subirme las bragas emocionales?

—Literal o figurado, como prefieras. Pero vamos a ver: ¿lo quieres?

—Claro que sí.

—¿Y crees que él te quiere?

—Sí… Bueno…, eso creo. Ojalá. No sé.

—Pues ahí lo tienes. No es tan complicado. Es una conversación difícil, no el fin del mundo.

Sonrío un poco mientras acerco la mano para apretar la suya.

—Gracias.

—De nada. Estoy para lo que haga falta: darte consejos, hacerte reír y pedir un tiramisú mientras tú decides si vas a escribirle otra vez o no.

—¿Crees que debería hacerlo?

—Creo que deberías esperarte un poco. Que el «vale» respire. Y luego, cuando lo veas, lo mires a los ojos, sin esconderte, y le digas: «Mira, lo hice mal. Y tú también, ¿eh?, que no eres un santo. Pero

ahora… quiero hacerlo bien contigo». Y, si no le tiembla el labio, sabrás que todavía hay esperanza.

Lele agarra su copa y la levanta.

—Así que brindemos, *amore*.

—¿Por qué?

—Por los errores. Porque a veces son la única forma de llegar al lugar correcto.

46

Gian

Martes, 15 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura Gia:

Yo... No. No puedo. No sé qué decirte.

Gian
(Extracto de un correo nunca enviado).

Cumplir años nunca me ha hecho demasiada ilusión.

La gente asume que es un día para celebrar, darte abrazos que no has pedido y recibir llamadas de personas que ni recuerdas haber conocido. Pero para mí siempre ha sido otro número en la lista de cosas que no controlo: un calendario que avanza sin pedirme permiso, pasteles demasiado dulces que no me apetecen, globos que se desinflan enseguida y una parada obligatoria en la que me miro al espejo y evalúo si me parezco, aunque sea de lejos, al tipo que imaginé que sería a esta edad. Y no. Ni de coña.

Sin embargo, aquí estoy. Otra vez. Sentado a la mesa del comedor de mi madre, con un plato de pasta frente a mí, pan caliente, ensalada y una copa de vino que no he tocado desde que

me la sirvió. Todo huele a infancia, todo tiene ese aire de perfección doméstica que debería reconfortarme y resultarme acogedor. Pero tengo una presión sorda en el pecho. Como si algo estuviera fuera de lugar. Como si yo estuviese fuera de lugar. Es la sensación de que debería sentirme feliz aquí, pero solo siento que no puedo concentrarme en nada.

Mi madre charla como siempre. Yo asiento, murmuro monosílabos y finjo sonrisas. Pero no estoy aquí. No del todo. Estoy allá arriba. En mi antigua habitación. O, más bien, con lo que hay encima de mi cama: la bolsa que Gia se dejó en mi coche. Con seis sobres. Seis puñeteras cartas. Y un regalo.

Han sido cinco cumpleaños sin ella. Seis, si contamos el de hoy. Y, aun así, siempre ha estado ahí. En mi cabeza y en las cartas que me escribió aun estando separados y sin hablarnos. Pero no las he leído todavía. No me he atrevido. Aunque están ahí. Y, cada vez que cierro los ojos, las veo. Como si ardieran en la oscuridad detrás de mis párpados.

—Gian, cariño. —Mi madre interrumpe el zumbido mental en el que me encontraba—. ¿Por qué no subes a echarte una siesta? Tienes cara de no haber dormido nada.

Eso es porque no he dormido nada. Me he pasado toda la noche recordando todas las veces que Gia firmó una carta como la Srta. Santa Clausura, y yo nunca supe que era ella. Porque su voz todavía me resuena en la cabeza, leyéndome frases que ahora no sé si fueron sinceras o nacieron del miedo. Porque me mintió… al ocultarme su identidad, justo ahora que he vuelto. Y, aun así, durante cinco años siguió escribiéndome, cuidando de mí desde la distancia, manteniendo viva nuestra conexión sin que yo lo supiera. No puedo ignorar eso. No puedo dejar de valorar lo que hizo.

—Sí. Voy a tumbarme un rato.

Subo las escaleras como si me dirigiera al matadero. Cuando llego arriba, me detengo frente a la puerta de mi cuarto. Mi madre nunca lo ha cambiado. Ni un centímetro. Sigue habiendo pósters de bandas que hace siglos que no escucho, una maqueta del Big Ben sin terminar en el escritorio y una lámpara de lava nunca funcionó del todo bien. Es como si una parte de mí se hubiera quedado aquí, congelada en el tiempo. La parte que no sabía mucho del amor.

Entro, cierro la puerta y permanezco mirando la maldita bolsa. Porque dentro está ella. O al menos las versiones de Gia que han existido sin mí durante estos seis años. Me siento en la cama y deslizo la bolsa hacia mí. La abro despacio, como si pudiera explotar. Los sobres están apilados. Tomo el primero. Tiene escrito «15 de diciembre de 2021, Manarola» en la solapa. El primer cumpleaños lejos de ella.

Querido Gian:

No sé si vas a leer esto alguna vez. De hecho, estoy bastante segura de que no. Pero necesitaba escribirlo. O tal vez (y esto me cuesta más admitirlo) necesitaba escribirte. Porque no sé hacer otra cosa hoy. No sé pasar el día de tu cumpleaños como si no significara nada.

Me he despertado con esa sensación rara en el cuerpo, ¿sabes? Como cuando aún estás un poco dormido y durante un par de segundos no recuerdas que algo te falta, hasta que ocurre. Hasta que el hueco vuelve a doler. Y lo he sentido. La falta de ti.

Por eso no podía no escribirte. No podía no decirte que hoy, como cada 15 de diciembre, he pensado en ti. No sé si estás celebrándolo. No sé si alguien te ha hecho un regalo, o si has pedido algo al soplar las velas. Pero, si lo has hecho, espero que hayas pedido algo bonito. Espero que alguien te haya

abrazado. Espero que, aunque sea un segundo, hayas sentido que el mundo es menos duro de lo que parece. Y si no... Si estás solo, si estás triste, si por algún milagro me echas de menos..., entonces quiero que sepas que yo también. Que no te escribo porque quiera remover cosas. Ni porque crea que esto va a arreglarnos. Te escribo porque no hacerlo me habría dolido más. Porque hoy cumples años. Y no estás aquí.

Feliz cumpleaños, Gian. Este año no hay regalo. Pero te mando el beso hasta Londres igualmente. Uno de esos que no se gastan ni con el tiempo ni con los silencios.

Con todo lo que aún no sé cómo soltar,

Gia

La doblo con manos torpes, porque Gia escribe como vive: sin filtros. Y yo la leo como siempre la he mirado: con hambre. Con esa necesidad de entenderla del todo, de saber qué siente en cada palabra no dicha. Y lo peor es que sí la entiendo. Porque yo también pasé ese día sintiendo que me faltaba algo. Y era ella.

Miro el resto de los sobres. Tomo el segundo. El del año siguiente. 2022. Mi cumpleaños número veinticinco. Y de nuevo, ahí está ella. En tinta. En papel. En carne viva.

Querido Gian:

Hoy me he levantado pensando en ti, como cada 15 de diciembre desde que te fuiste. Y no es un pensamiento dulce ni fácil: es un hueco que se siente en el pecho, como si hubiera un lugar exacto que solo tú sabes ocupar.

Hay algo extraño en cumplir años lejos de quienes queremos. Es como soplar velas sin pedir deseos, como abrir un regalo y descubrir que falta lo que

realmente importa. Y sí, faltas tú.

Este año he aprendido a seguir con mi vida sin ti, aunque no del todo. He reído más de lo que esperaba, he conocido lugares que no pensé visitar y he hecho cosas que me asustan un poco y otras que me gustan demasiado. Pero, Gian…, incluso en medio de eso, todavía hay un hueco que nadie más logra tocar. Y eso duele, pero también me recuerda lo que fue real.

Feliz cumpleaños. Espero que encuentres un instante que te haga sonreír de verdad. Y, si lo haces…, recuerda que alguien en algún lugar todavía se acuerda de ti como si nada hubiera cambiado.

Un beso a Londres,

Gia

Siento un pinchazo en el esternón, como si la carta me hubiera atravesado sin avisar. Saber que, incluso dos años después de rompernos, Gia me miraba con los mismos ojos… me duele.

Cojo el siguiente sobre. 2023. Veintiséis. Una edad que no se me ha quedado especialmente grabada por nada, salvo por el hecho de que empecé a beber martini solo. Y por esta carta que no sabía que existía hasta ahora.

Rasgo el sobre. Despliego el papel. Su letra. Otra vez.

Querido Gian:

No debería estar escribiéndote esto. Lo sé. No porque haya una norma que lo prohíba. Sino porque…, bueno. Tengo novio. Sí. Ya lo sé. Impactante giro argumental de los acontecimientos. Tú ahora haces una mueca irónica, yo me río sola mientras escribo esto, y voilà, aquí estamos otra vez, en este extraño lugar en el que solo nos encontramos en papel.

Se llama Nicola. Es bastante majo. Menos cuando se emborracha con sus amigos. Ahí no lo soporto. Empieza a gritarle a la tele y se pone existencial con el reguetón. Y, por supuesto, no tiene ni idea de lo que hago cada 15 de diciembre. Porque no es 15 de diciembre sin escribirte. Sin pensarte. Y eso es lo que me jode. Que sigas apareciendo. Que sigas aquí a pesar de todo. A pesar de Nicola. A pesar de mí.

He intentado ser otra sin ti y, honestamente, no me gusta tanto quien soy cuando tú no estás. No lo digo por ser dramática. Ni por hacerme la interesante. Lo digo porque es verdad. Contigo yo era más valiente. Más divertida. Más yo. Sin ti, me cuesta el doble dormirme. El triple reírme con ganas. Y, cuando algo bueno pasa, mi primer impulso sigue siendo contártelo. Aunque no lo haga.

No sé si sigues en Londres. No sé si me has olvidado. O si a veces, muy de vez en cuando, aún te acuerdas de mí. Pero por si sí, por si aún hay un rinconcito donde quede un poco de nosotros: feliz cumpleaños, Gian. Aún te deseo lo mejor. A veces incluso imagino que es conmigo.

Un beso a Londres. O dondequiera que estés.

Gia

Es peor que si me hubiese dicho que se iba a casar. Peor que si no me hubiese escrito. Porque todavía me quería. Y sin embargo estaba con otro. Y yo ahora tengo esa sensación asquerosa de haber llegado tarde a mi propia historia. Me aprieto el puente de la nariz. Cierro los ojos. Inhalo como si el oxígeno fuera a arreglar algo. Pero no arregla nada. Nada. Porque Nicola existió. Y yo no estuve. Y ella siguió. Aunque no le guste cómo es sin mí. Aunque aún me pensara cada diciembre. Aunque siguiera escribiéndome en secreto. Y, si eso

no es amor, entonces no sé qué cojones es.

Mi mano va sola. Ni lo pienso. Ni respiro. Solo agarro el siguiente sobre. 2024.

Querido Gian:

Antes de nada, aviso: me he cortado el pelo. Mucho. No te asustes si un día nos cruzamos por la calle y no me reconoces. Soy yo. Solo que con menos melena y las mismas botas cowboy de siempre.

Sigo en Manarola. Sigo tomando café con seis cucharadas de azúcar. Y sigo durmiendo en el mismo lado de la cama. Sí, ese. Aunque ya no haya nadie en el otro.

Hoy cumples veintisiete. Y no sé por qué me sigue importando tanto. Lo intento. De verdad. Intento fingir que no me acuerdo. Me doy paseos, me regalo libros de thriller, me compro pasteles absurdamente caros y hago listas de cosas por las que debería estar agradecida. Y aun así... Joder. Me faltas tú.

Te echo de menos. Cada segundo de cada día. A veces te echo de menos porque veo algo que te habría hecho reír. O porque paso por delante de un sitio y me acuerdo de cómo me cogías la mano por la calle como si el mundo fuera demasiado grande y yo demasiado pequeña. A veces te echo de menos porque me siento valiente, y me acuerdo de que tú siempre me decías que lo era. Y otras... Otras simplemente porque sí. Porque no he dejado de quererte. Aunque no te lo diga. Aunque no se lo diga a nadie. Aunque te hayas ido a un lugar tan lejos que ya no sé si eres el mismo.

Y aun así, cada año, vuelvo a escribirte. Como si escribir fuera la única manera que tengo de no olvidarme de ti. De mí contigo.

Espero que hoy alguien te abrace. De esos abrazos largos, sin prisas. De los que duran más de tres segundos y se quedan pegados en la piel. Y si no...

Ojalá pienses que, en algún rincón de este planeta, hay una recién estrenada pelicorta con botas cowboy que sigue pensando que el mundo es mejor si tú estás en él.

Feliz cumpleaños, Gian. Un año más, mando un beso por la ventana que espero que cruce el océano y te llegue. Siempre el más especial.

Gia

Me tapo la cara con la carta.

«Te echo de menos cada segundo de cada día».

Eso no se dice en vano. Eso se dice cuando te duele. Cuando no hay un solo puto rincón del cuerpo que no tenga su nombre escrito. Y yo tengo el corazón en carne viva.

Tardo más en coger esta carta. La miro desde la cama como si fuera un animal que no quiero espantar. 2025.

Querido Gian:

No es 15 de diciembre si no te escribo una carta.

Sigo en Manarola. Pero ya no me parece el mismo sitio. Tal vez porque yo ya no soy la misma. O tal vez porque tú no estás. Este año me he acordado de tu *nonna*. Mucho. No sé por qué. O sí lo sé, pero me da miedo decirlo. Siempre fue mi *nonna* también. Y sé que la echas de menos. Sé que la sigues buscando en los domingos, en los mejores platos de pasta, en las manos de las señoras mayores que caminan despacio. Lo sé porque yo también. Ojalá pudiera devolvértela. Ojalá pudiera devolverte muchas cosas. Pero lo único que puedo hacer hoy es esto. Escribirte. Desearte un feliz cumpleaños. Y recordarte algunas cosas que espero que no hayas cambiado: eres más fuerte de lo que piensas. Más noble de lo que admites. Más generoso de lo que permites que se

vea. Y que hay alguien, en algún rincón del mundo (vale, en Manarola), que sigue pensando que el planeta tiene más sentido con personas como tú dentro. No sé si estás solo. No sé si estás enamorado. No sé si has dejado de pensar en mí. Pero si alguna vez te encuentras perdido, si alguna vez no sabes qué camino coger…, elige siempre el que te haga feliz. Aunque no sea hacia mí.

Hoy cumples veintiocho. Y aunque no lo celebre contigo, aunque no lo sepas, aunque esta carta probablemente siga escondida en algún cajón de mi piso en Corniglia (porque sí, vivo aquí), sigo creyendo que fuiste lo mejor que me pasó.

Mando otro beso más a Londres. Sé que sigues allí. Tu madre, cuando no se da cuenta, me habla de ti.

Con cariño,

Gia

Me quedo sentado en la cama. Carta en la mano. Silencio en el pecho. Ahora solo queda una carta más. La de este año. La que escribió para mí hace unos días, fingiendo que no sabía que la veía. Y no sé si estoy listo para leerla.

47

El Espíritu de la Navidad

Ningún corazón que aprendió a amar en diciembre se queda roto para siempre. ¿Puede agrietarse? Claro. ¿Encerrarse con una manta, un litro de chocolate caliente y la firme convicción de que el amor es una estafa? Ay, sí. También. Incluso puede llorar en silencio mientras suena Joni Mitchell, como Emma Thompson en esa escena de *Love Actually* que todos fingimos superar y nadie ha superado.

Pero romperse del todo…, eso no.

Porque diciembre tiene truquitos bajo la manga, promesas envueltas en papel de regalo, una colección privada de milagros que no caducan y una manera bastante descarada de colarse bajo la piel cuando menos te lo esperas. Porque sí, lo que se aprende amando en diciembre se queda grabado.

¿No me creéis?

Esperad.

La paciencia es una virtud.

Y yo, queridos míos, tengo siglos de práctica (y los carteles de Andrew Lincoln enmarcados, por si acaso).

48

Gia

Miércoles, 16 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Le escribo porque mi relación ya parece una guirnalda de hace tres Navidades: enredada, con bombillas fundidas y polvo. No niego que hubo luz, pero ahora solo quedan el cable pelado y un par de chispazos peligrosos.

Quiero solicitarle formalmente una cena de clausura para archivar mi relación junto con los adornos rotos. Confío en su magia burocrática para sellar este trámite con el mismo entusiasmo con el que un reno estampa la pezuña sobre la nieve fresca.

Con espíritu navideño,

Giovanni Ferrero

Si existe una religión oficial de las chicas que sobreviven al siglo XXI a base de sarcasmo y helado de pistacho, yo ya he encontrado a mi profeta: America Bianco di Stefano. Una influencer siciliana, estudiante de Filología, con un blog que debería llevar etiquetas de advertencia tipo «Peligroso para la autoestima, pero terapéutico

como un litro de Aperol Spritz». Y acaba de publicar una nueva entrada.

Hoy, como si el universo me estuviera tomando el pelo, escribe sobre el desamor. Lo sé porque el título es «Cuando Cupido se equivoca de objetivo y te dispara en el riñón». Y yo, obviamente, me lanzo de cabeza.

Querida lectora que probablemente tiene una playlist titulada «Canciones tristes»:

Lo siento. Si estás leyendo esto, seguramente tu corazoncito, al igual que el mío, acaba de ser hecho papilla en una trituradora emocional marca «Relaciones Humanas con "Onvres" Princesos». Y, como buena siciliana que soy, voy a darte el pésame como se debe: con un plato de pasta y la certeza de que ningún hombre vale más que una carbonara bien hecha.

Vamos a hablar claro, que estamos en confianza: el desamor es como una intoxicación alimentaria. Primero, te comes algo que en apariencia parecía delicioso (hola, exnovio con sonrisa Vitaldent). Luego, llega la fase de negación: no puede ser, seguro que estoy bien. Al rato, empiezas a sentir retortijones en lugares que ni sabías que tenías. Y, finalmente, lo expulsas todo en una cagada de lágrimas, llamadas a tu mejor amiga y publicaciones en redes sociales que dentro de tres meses querrás borrar, te lo aseguro.

Así que, como buena amiga tuya que soy, te dejo aquí mis últimas reflexiones:

1. No eres un helado derretido.
   Aunque sientas que te estás desmoronando más rápido que un cono en agosto, créeme, el helado se puede volver a congelar. El corazón también. Aunque quede un poco más duro y con cristales de hielo.
2. La dignidad es como el rímel *waterproof*.
   Crees que aguantará cualquier cosa, pero basta una lágrima traicionera para descubrir que ahora pareces un mapache. Consejo: llora con orgullo. Los mapaches son criaturas adorables.

3. La venganza no es dulce, es indigesta.
   Sí, podrías publicar en Instagram una foto tuya con tu mejor vestido y escribir algo como «Nueva etapa» con emojis de fuego. Hazlo, si quieres, pero recuerda: tu ex probablemente lo verá y pensará: «Ah, ahí está, resentida, todavía intentando llamar mi atención…». (La verdadera venganza, amiga mía, es olvidarlo tan fuerte que ni recuerdes su segundo apellido).
4. Todo pasa.
   Incluso ese dolor que ahora te hace sentir como si un elefante hubiera decidido sentarse sobre tu esternón un día será un recuerdo borroso.

Y, si por esas cosas del destino resulta que te habías topado con uno de los buenos (sí, de esos ejemplares en vías de extinción que, entre otras cosas, no huyen al escuchar la palabra «compromiso», saben la diferencia entre fregar y pasar un trapo por encima y te escuchan sin mirar el móvil cada dos segundos), entonces, amiga…, piénsatelo dos veces. Porque a esos se les puede llamar hombres sin comillas ni faltas de ortografía irónicas, y no es que broten como setas después de la lluvia.

No te digo que te arrastres (dignidad ante todo, recuerda el punto número dos), pero sí que, si de verdad vale la pena, luches un poco por él. No lo tires todo al contenedor del drama solo por orgullo. La vida no es una comedia romántica de Netflix donde siempre aparece otro chico ideal al final del segundo acto. A veces lo bueno se nos cruza solamente una vez.

Así que, resumidamente: si era un imbécil, celébralo como si hubieras huido de un incendio. Pero, si era uno de esos raros tesoros humanos que te hacen reír hasta que te duele la tripa, te apoyan incluso cuando tomas decisiones horribles y, encima, saben preparar un café decente…, no seas tonta. Haz lo posible por recuperarlo.

Por último, te dejo un mantra que puedes repetirte mientras comes pizza en pijama para autocompadecerte: «No he perdido un amor, he recuperado mi libertad».

Ah, y, si te sientes especialmente dramática, no pasa nada. Recuerda que

Shakespeare escribió tragedias peores y ninguna de sus heroínas tenía Netflix.

Con cariño,

America

Cierro la pestaña del blog, pero sus palabras siguen rebotando dentro de mi cabeza. «Si era un imbécil, celébralo. Pero, si era uno de los buenos…, haz lo posible por recuperarlo». Y tengo la sensación de que la influencer siciliana acaba de leer mi expediente sentimental completo y ha dictado sentencia. Porque, seamos honestas: Gian no es un imbécil. Si acaso, un idiota encantador. Un idiota que sabe cómo hacerme reír cuando yo tengo ganas de lanzarme por la ventana, que conoce de memoria mi pedido en la pizzería y que, por alguna razón cósmica que jamás entenderé, parece ver algo en mí que ni yo veo muchas veces.

Suspiro, apoyo la frente en el portátil y me digo que esto es una pésima idea. Pero mi mano ya está buscando el móvil como si tuviera autonomía propia, como si supiera mejor que yo lo que necesito hacer.

Abro la conversación. La leo. Vacía. Silenciosa. Tan llena de cosas que no se han dicho que duele. Escribo, borro. Escribo, borro. Y, al final, lo envío.

Insistiré las veces que hagan falta

Por favor, ¿podemos hablar?

Pulso «enviar». Y ahí está. Un mensaje diminuto, ridículamente corto, que me deja con la sensación de haber saltado sin paracaídas

desde un rascacielos emocional.

Apago la pantalla y me quedo quieta, escuchando el silencio, como si en cualquier segundo fuera a sonar el teléfono, o a colapsar el mundo, o a llegar el Apocalipsis zombi exactamente como en *The Walking Dead*.

Lo peor es que ninguna de esas cosas ocurre.

49

Gian

Miércoles, 16 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Gia:

....

Gian

(Extracto de un correo nunca enviado).

El reloj del despacho marca las siete y media de la tarde y todavía no hemos pasado de la tercera cláusula del contrato. Perfecto. El infierno legal debe de parecerse bastante a esto: un mar interminable de papeles, términos en latín que ya ni los jueces recuerdan y Ángelo haciendo chistes malos para mantenerme despierto.

—Si vuelves a decir *mutatis mutandis* con ese tono de sabelotodo, como si el latín fuera tu lengua materna y lo hablaras perfectamente, te juro que te empujo por la ventana —le gruño, sin despegar la vista de las hojas.

—Admítelo, Gian, sin mí serías un abogado gris.

—Hoy lo soy. No estoy de humor.

Cojo el móvil, desbloqueo la pantalla con el pulgar y vuelvo a leer por decimoquinta vez los mensajes de Gia.

«Insistiré las veces que hagan falta». «Por favor, ¿podemos hablar?».

Lo bloqueo y lo dejo caer en la mesa con un suspiro.

—¿Todo bien? —pregunta Ángelo.

—Sí, todo perfecto.

Es mentira, por supuesto. Nada es perfecto. Pero me fuerzo por olvidarme de ella mientras la reunión sigue, aunque yo ya no estoy del todo allí. Las palabras se convierten en ruido blanco, las cláusulas, en un galimatías que ni en mis peores días, y lo único que veo es la notificación en mi pantalla, como una puerta que no me atrevo a abrir.

Cuando unas pocas horas después cierro el despacho y conduzco hacia casa, mientras las farolas se suceden sobre el asfalto como puntos de luz cansados, intento convencerme de que mañana será más fácil. Que siempre hay un mañana para contestar.

Entro en casa y me dejo caer en el sofá sin quitarme la chaqueta. El silencio me recibe con la familiaridad de un viejo enemigo: cómodo, sí, pero áspero. Sobre la mesa está la última de sus cartas. El sobre blanco con un «15 de diciembre de 2026» escrito con su caligrafía. No quiero abrirla y, a la vez, me muero por hacerlo. Como si el papel pudiera perder fuerza si yo finjo no verlo, y arreglarlo todo si lo leo.

Pero ahora, después de su insistencia, el sobre parece brillar con una luz propia. Una invitación. O una condena. Lo tomo entre las manos. Dudo. Trago saliva. Y, al final, lo abro.

Querido Gian:

Hoy cumples veintinueve (¡vejestorio!), y, aunque sé que lo último que

quieres es que te recuerde la edad en letras negras sobre un papel blanco, aquí estoy yo, fiel a la tradición.

No sé si lo sabes (supongo que no, porque nunca las recibiste), pero no he faltado a un solo cumpleaños. Todos los años, sin excepción, te he mandado un beso a Londres y te he escrito. Sí. Incluso cuando no hablábamos. Incluso cuando me prometí que no volvería a pensar en ti. El ritual se repetía: un sobre, unas palabras y la certeza absurda de que nunca llegarían a tus manos. Supongo que era mi manera de no perderte del todo. O de no perderme a mí misma por completo.

Ahora estás aquí otra vez, en carne y hueso, y de repente tengo la oportunidad (y el miedo) de darte esta carta (y todas las demás, si me atrevo) sabiendo que vas a leerla. Y me tiemblan los dedos. Porque nunca había sido tan consciente de lo mucho que me importas.

Tu regreso, después de tanto tiempo, ha sido como un terremoto. Yo iba por la vida convencida de que estaba bien, de que había aprendido a vivir sin ti. Y entonces apareciste y descubrí que lo que yo llamaba «estar bien» no era más que un vacío elegante y bien decorado, pero vacío al fin y al cabo. Nada me ha llenado en todo este tiempo como lo hacía tu risa. Ninguna voz ha sonado como la tuya cuando decías mi nombre. Nadie ha tenido la paciencia, ni la ternura, ni la capacidad de verme entera, incluso en mis peores días. Y me duele admitirlo, pero es la verdad: había estado sobreviviendo, no viviendo. Y lo entendí solo cuando volviste.

Sé que pensarás que exagero, que el tiempo distorsiona las cosas. Pero no. Ni la distancia ni el tiempo han borrado nada. De hecho, lo han subrayado. He descubierto que no hay sustitutos para ti, Gian.

Quizá estas palabras suenen desesperadas. Puede. Tal vez lo sean. Pero lo que me da más miedo que la desesperación es la idea de quedarme callada y

no decirte lo que siento. Porque lo que siento es grande. Es lo bastante grande como para sobrevivir a cinco años de distancia y silencio. Es lo bastante grande como para sobrevivir a toda una vida.

Lo que quiero que quede grabado en este papel es simple: me haces feliz. Me haces sentir viva de una manera que había olvidado, como si me hubiesen devuelto colores que no sabía que echaba de menos. No te imaginas lo que significa para mí volver a escribirte esta carta sabiendo que esta vez sí vas a leerla. Que no es un secreto guardado en un cajón, sino un regalo que puedo poner en tus manos. Es diferente. Es mejor. Somos nosotros.

Hay cosas de mí que todavía no sabes, pese a ser la persona que mejor me conoce en el mundo (aunque Lele se atrevería a discutirlo, y probablemente me tiraría un cojín a la cabeza mientras lo hace). Secretos que aún me guardo y que espero poder contarte cuando tenga el valor suficiente. Pero lo más importante ya lo sabes: estoy enamorada de ti. De nuevo. Todavía. Siempre. GiGi ha vuelto para quedarse. Y espero que para no volver a irse jamás. Sigo queriendo ese futuro que un día soñamos juntos.

Feliz cumpleaños, Gian. Esta vez por fin te escribo con la certeza de que vas a recibir cada palabra. Que vas a estar aquí para leerlas. Y eso, créeme, es el mejor regalo de cumpleaños que yo puedo tener.

Te ama,

Gia

P. D.: El beso ya no tengo que mandarlo. Por fin puedo dártelo.

Las palabras me golpean una a una, como si cada línea estuviera diseñada para recordarme todo lo que ahora me duele.

«Me haces feliz».

Trago saliva y cierro los ojos. Lo peor no es la nostalgia. Lo peor es esa parte de la carta en la que confiesa que aún guarda secretos, que hay rincones de sí misma que no me ha mostrado. Y ahora sé a ciencia cierta que uno de esos rincones es el que nos ha estallado en la cara.

Doblo el papel despacio, con un cuidado absurdo, como si pudiera romperse con un simple gesto. Lo apoyo sobre la mesa, pero mis manos siguen cerradas en puños, porque la verdad es que cada palabra que ella ha escrito para celebrar mis veintinueve años no hace más que recordarme lo que he perdido.

La miro durante un largo rato, como si pudiera encontrar en los bordes de la tinta alguna respuesta que no está escrita. Y después reparo en el regalo que todavía no he sacado de la bolsa. Tiene un envoltorio sencillo, papel kraft con un lazo rojo torpemente anudado. Muy Gia.

Lo abro con cuidado, deshago el nudo como si estuviera tocando algo frágil, casi sagrado. Dentro, doblado con precisión, hay un jersey navideño. Y, encima, una tarjeta.

«Este es el último jersey que tu *nonna* y yo cosimos juntas, sin saber siquiera si llegaría el día de dártelo. Pero sí. Ha llegado. Elegimos el burrito porque, ese año, no estaba en el belén, y nos pareció injusto. Así que lo pusimos aquí. Para que no faltara. Para que estuviera contigo. Para que, aunque fuera solo en forma de lana y puntadas torcidas, te acompañara. Como yo, siempre que me dejes».

Lo saco con cuidado. Lo huelo. Y, de pronto, estoy en la cocina de mi *nonna*, con olor a romero, a café recién hecho y a esa mezcla inexplicable de hogar y nostalgia. Es de lana gruesa, verde oscuro, con un burrito en el centro y un cuello torcido que parece gritar con la voz de Gia: «Sí, soy adorablemente imperfecto, ¿algún

problema?».

Paso los dedos por la lana irregular, y ahí está: el nudo en la garganta. Visualizo a Gia, enredada en ovillos, resoplando porque se le escapan los puntos, mientras mi *nonna* le da órdenes como si estuvieran en plena campaña militar.

Me lo acerco al pecho. Cierro los ojos. Y entonces lo entiendo. No es solo un jersey. Es un pedazo de memoria. Un puente de lana entre lo que fuimos y lo que…, joder, lo que no sé si todavía podríamos volver a ser.

El aire pesa. La carta y el jersey están ahí, mirándome sin mirarme, susurrándome lo mismo: «Esto es real. Esto eres tú. Esto sois vosotros». Y yo, que me creía blindado, me descubro deseando, con una intensidad francamente alarmante, que me la sude todo lo demás. Porque tal vez, solo tal vez…, todavía podemos serlo.

50

El Espíritu de la Navidad

Dejadme contaros un secretito navideño.

Hace muchos inviernos, en uno de esos fríos que te obligan a abrazarte a la taza de chocolate caliente, una niña de seis años decidió que su primer gran amigo merecía un regalo. El problema era evidente: su bolsillo estaba tan vacío que hasta el eco le pedía monedas prestadas. Y ya sabéis cómo son los niños: sinceros hasta la brutalidad.

—Señora Agnese, Gian me ha invitado a su cumpleaños…, pero no tengo dinero para comprarle un regalo —dijo Gia, con esa mezcla de orgullo y pánico que solo los seis años pueden perfeccionar.

Todavía no la llamaba *nonna*. Apenas la conocía. Pero Agnese, que era un alma sabia y ligeramente traviesa que hacía que hasta los elfos se sonrojaran, la miró y sonrió como solo las abuelas saben hacerlo.

—¿Dinero? ¿Quién necesita dinero cuando tiene dos manos y un corazón? —dijo, con ese brillo en los ojos que te hace sospechar que sabe más de magia que cualquier Espíritu de la Navidad—. Hagámosle un jersey, y de paso te enseño a tejer.

Y así empezó todo. Mientras el viento aullaba fuera, Gia aprendió

que los regalos de verdad no se compran: se tejen. Literalmente. Cada punto de lana era un «me gusta ser tu amiga» silencioso, y cada hilo, un deseo de felicidad para ese niño que no sospechaba el tsunami de amor que estaba por caerle encima.

El primer jersey fue un desastre glorioso: los renos parecían ovejas confundidas y el cuello se enroscaba como si quisiera escapar. Pero Gian lo recibió con una sonrisa bien amplia. Y eso bastó.

Desde entonces, cada año, Gia y la *nonna* Agnese añadían un jersey más a la colección. Uno por cada cumpleaños, uno por cada año que Gia recordaba con amor y un poquito de malicia cómo comenzó todo. Algunos tenían duendes, otros, copos de nieve, y otros más eran tan intensamente coloridos que podrían cegar a un reno de un vistazo. Pero todos compartían lo mismo: amor puro, sincero, del que te hace reír y llorar a la vez, y de ese que solo los niños (y luego los adultos que se niegan a olvidar) saben dar.

Incluso el último. Incluso ese que Gia tejió con el corazón hecho trizas y la *nonna* Agnese con artrosis en los dedos. Incluso ese que terminaron juntas en silencio, con la ausencia de él bailando entre los hilos, convirtiendo cada punto en un susurro de nostalgia, esperanza y un amor que se negaba a desaparecer.

Y yo, que soy un experto en regalos, las observaba desde mi rincón etéreo, pensando en que hay obsequios que ninguna tienda podría vender. Porque esos jerséis tenían calor, y no hablo solo del de la lana recién tejida. Hablo del calor que brota de un corazón que da sin esperar nada a cambio.

Al fin y al cabo, queridos míos, la Navidad siempre encuentra la manera de volver a unir los hilos.

51

Gia

Jueves, 17 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Le informo de que necesito cerrar mi relación con carácter ultranavideño de urgencia. No porque me falten ganas de amar, sino porque mi pareja decidió financiar los regalos enredándose, sin previo aviso, con el abuelo de su mejor amigo. Sí, con el *nonno*. Y todo por dinero. Resulta que el anciano paga en efectivo.

Así que, por favor, clausúreme oficialmente esta historia antes de que termine cantando villancicos en la ventana de una residencia de ancianos.

Con gratitud,

Lorenzo L.

Si me hubieran dicho hace un año que mi ritual poscena de clausura exitosa sería sentarme en el sofá con Lele a ver *Love Actually* por enésima vez en este diciembre, con botes de helado entre las piernas y mantas hasta las orejas, probablemente me habría reído en su cara. Y luego les habría pedido unirme, claro. Porque resulta que nada cura el cansancio acumulado de montar una cena para dos

personas (más tres gatos disfrazados de renos) como un litro de helado, una comedia romántica y mi mejor amiga comentando cada escena como si estuviera narrando una final del Mundial.

—Te juro que, si un día alguien me canta «All I Want for Christmas Is You» delante de todo un colegio, me caso en ese mismo instante. Aunque sea un desconocido. Aunque cante como el culo. Aunque sea alérgico al gluten y yo esté vestida de *cupcake*. Me da igual.

Me río. Es un sonido flojito, casi de rendición. En la tele, Karen (la pobre Emma Thompson) está llorando en su habitación mientras suena Joni Mitchell. Lele hace una pausa dramática, se pone la mano en el corazón y dice:

—Esta parte debería estar prohibida por la OMS. Cada año me arranca el alma por los lagrimales.

—¿Y entonces por qué la ves siempre?

—Porque soy masoquista. Como tú.

No puedo contradecirla. Lo cierto es que *Love Actually* es mi película de consuelo. Mi chaleco salvavidas. Mi manta de seguridad. Mi excusa para llorar con dignidad. Me sé los diálogos de memoria. Qué canción suena en cada escena. Total, solo la he visto unas mil trescientas veces. O cuatro mil.

—Oye… —empiezo mientras Mark aparece en pantalla—. ¿Tú crees que eso funcionaría en la vida real? Lo de los carteles. Lo que hace él. ¿Tú crees que eso puede cambiar algo?

Lele traga un bocado gigantesco de helado y se queda pensativa. Mucho. Sospechosamente mucho.

—¿Quieres que sea sincera o quieres que sea tu mejor amiga?

—¿Ambas?

—Pues… es una grandísima gilipollez.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Es la escena más legendaria del

cine romántico!

—Es muy bonito, sí. Y muy cinematográfico. Y Andrew Lincoln tiene cara de perrito abandonado, que ayuda. Pero en la vida real eso sería incomodísimo. Imagínatelo: tú estás en casa, tan tranquila, y aparece un tío con una cartulina diciéndote que te ama en silencio desde hace años. ¡Yo le cierro la puerta en la cara!

—¡Pero ella sonríe! ¡Y le da un beso! —protesto.

—Porque Juliet no duerme con un moño y una camiseta sudada como tú y como yo.

Doy un suspiro largo por no decirle que no estoy nada de acuerdo. En la pantalla, Mark se va calle abajo, orgulloso y derrotado al mismo tiempo. Juliet cierra la puerta. La música sube. Fin de la escena. Y entonces… me da. El clic. La epifanía. El momentazo cinematográfico en el que la protagonista se incorpora de golpe, con una cucharada de helado aún en la boca y los ojos muy abiertos, porque se le acaba de ocurrir algo que cambiará el curso de su historia.

—¡Lo tengo!

Lele da un salto como si hubiera sonado una alarma estatal y Turrón nos ladra por el susto. Suchard, en cambio, sigue dormido en su cama como si nada.

—¿El qué? ¡¿Qué tienes?! ¡¿Pulgas?! ¡No me digas que estos dos te han pegado las pulgas!

—¡Ellos no tienen pulgas! —protesto, y luego añado—: Lo tengo claro. Sé lo que voy a hacer.

—No sé si quiero que me lo cuentes. Nunca eres muy razonable cuando ves *Love Actually* y te empapas de amor surrealista.

—Voy a hacer lo de la peli. Voy a hacer lo de Mark, Lele. Con los carteles. Pero en versión GiGi.

Lele me observa como si acabara de decir que me voy a casar

con uno de los renos del Babbo Natale.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente. Voy a ir a su casa. Me voy a plantar allí con una bufanda, carteles enormes, y voy a decirle, palabra por palabra, lo que dice Mark. «Para mí, tú eres perfecto. Y mi corazón te ama. En silencio. Completamente. Desde hace tiempo».

—¡Pero Mark lo dice porque no puede tenerla!

—Yo no puedo no tenerlo —le respondo. Y, madre mía, suena tan melodramático que casi me aplaudo.

Lele niega con la cabeza.

—Esto va a salir tan mal…

—O tan bien —le respondo, ya en pie—. Si algo hemos aprendido en esta vida, Lele, es que el amor se recupera con grandes gestos. Y a Gian le encanta esta escena. Probablemente le haga gracia y le ablande un poco el corazón.

—O crea que se te ha ido la maldita pinza y pida una orden de alejamiento.

Me detengo un segundo. Vuelvo a mirar la pantalla, donde la película sigue, donde el amor (aunque sea caótico y ridículo) siempre gana.

—¿Tú crees que va a pensar que estoy loca?

—Sin duda —dice Lele—. Pero eres tú. Te conoce. Así que, pensándolo bien…, no tienes nada que perder.

No acabo la película. Salgo corriendo hacia mi habitación, dispuesta a recortar letras de revistas, escribir frases que den vergüenza ajena y, por primera vez en mucho tiempo, decir lo que siento sin filtros, sin excusas, sin esperar a que sea «el momento perfecto». Porque si algo me ha enseñado *Love Actually* (además de que el karaoke romántico debería ser obligatorio por ley) es que el amor de verdad, el que aprieta el pecho y desordena la cabeza, no

espera. No se esconde. No se calla.

Y yo, sinceramente, nunca he sabido callarme.

52

Gian

Jueves, 17 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

He leído tus cartas.

Gian
(Extracto de un correo nunca enviado).

Estoy en pijama. Y no uno digno. El pantalón está tan cedido que podría usarlo de saco de dormir, y la camiseta es una de esas que sobrevivió a la adolescencia por razones puramente sentimentales. Tengo un tazón de chocolate en una mano y el mando en la otra, zapeo entre partidos de fútbol como si eso fuera a revelarme el sentido de la vida.

Es entonces cuando suena el timbre.

Me levanto a regañadientes, con la taza aún en la mano, y me asomo al telefonillo. Y ahí está. Ella. Gia. Bueno. Su cara, al menos. La cámara es en blanco y negro, pero da igual. Reconocería su expresión incluso pixelada. Tiene una sonrisa nerviosa. Lleva gorro, bufanda y en los brazos… ¿un radiocasete?

Abro la puerta aún sin procesar del todo.

—¿Gia?

Ella levanta un dedo, en señal de que no hable. Luego pulsa un botón del radiocasete y empieza a sonar «Baby Please Come Home», de Mariah Carey. Y lo sé antes siquiera de que pueda seguir escuchando más. Es una lista de reproducción. Mi lista. La nuestra. La de ella.

Ya estoy sonriendo. No sé por qué. Pero sonrío. Gia rebusca en una carpeta enorme y saca el primer cartel. Letras escritas a mano, algunas torcidas, otras decoradas con purpurina. La veo temblar. De frío o de nervios. O ambas.

Di: cantantes de villancicos. (Sí, aunque estés solo).

Frunzo los labios para no reírme. Maldita sea. ¿De verdad está haciendo esto?

—Cantantes de villancicos —digo en voz alta, aun sabiendo que nadie me ha preguntado quién toca a estas horas salvo yo mismo.

Siguiente cartel:

El año que viene, con suerte…

Pasa al siguiente:

Estaré con uno de estos chicos.

Y entonces aparecen fotos pegadas con celo y malicia. Damon Salvatore. Alessandro Borghi. Un modelo italiano con el que ha estado obsesionada la mayor parte de su vida…

Pasa el siguiente cartel:

Pero, por ahora, déjame decirte…

Y el siguiente:

Sin esperanza, ni otros fines…

Y el siguiente:

Simplemente porque es Navidad…

Y el siguiente:

(Y en Navidad se dice la verdad).

Y el siguiente:

Para mí, tú eres perfecto.

Y el siguiente:

Y mi corazón desolado siempre te amará.

Y el siguiente:

Hasta que te veas así…

Hay una foto de una momia. Una auténtica. No un disfraz. Una momia egipcia. Su humor, claro. Su locura. Su forma exacta de hacerme sonreír incluso cuando estoy completamente desarmado.

Feliz Navidad.

No puedo evitarlo. Me sale solo, en un susurro:

—Feliz Navidad.

Como en la película. Como Mark. Pero esta vez soy Juliet. O algo así.

Gia deja caer la carpeta y empieza a sacar más carteles. Los suyos. Los que no vienen del guion de su película favorita. Los que vienen de ella.

No soy Andrew Lincoln, pero tengo rotuladores, cero sentido del ridículo y unas ganas tontas de un gran gesto de amor.

La música sigue. Entra otra canción. «Let It Snow! Let It Snow! Let It Snow!». Y yo estoy paralizado. Congelado entre el asombro y el amor más ridículamente gigante que haya sentido nunca.

Podría haber llamado. O escrito. O enviado una paloma mensajera.

Pasa al siguiente cartel:

Bueno, en realidad, lo he hecho todo. Menos lo de la paloma.

Me muerdo el labio. Asiento.

Pero esto es algo muy nosotros. O muy yo. Tú ya me entiendes.

Asiento otra vez. No puedo evitarlo. Me está desmontando con carteles y canciones.

Mañana me voy a Milán. Tengo una cena de clausura muy importante.

Y otro cartel más:

No es una excusa. Es solo para decirte que…

Cambia el cartel. Este viene en negrita. Con purpurina dorada.

Tienes espacio. Tómalo.

Y otro.

No quiero agobiarte. Solo decirte que lo último que quería era hacerte daño.

La veo tragar saliva. Las manos le tiemblan un poco más. El siguiente cartel tarda en salir. Cuando lo hace, algo en mí se cae, se rompe y se recompone en una nueva forma.

Y también quería decirte esto…

Letras rojas, grandes.

Para mí, tú eres perfecto. Y mi corazón desolado siempre te amará.

Y entonces lo entiendo. De verdad. Que no está aquí para cambiar nada. Que no exige. Que no reclama. Solo quiere que lo sepa.

Saca otro cartel más.

Si quieres, hablamos cuando vuelva. Y si no… también estará bien.

Último cartel. Está escrito en azul y con una letra más temblorosa. Como el corazón.

Solo quería que supieras que te amo. Y que siempre lo haré.

Gia apaga la música. Pone los pulgares en alto, justo como hace Mark en la peli. Sonríe. No dice nada. Y comienza a recoger sus cosas. Se gira. Empieza a alejarse. Y yo estoy ahí, de pie, con la boca entreabierta.

¿Qué coño se dice después de esto?

Nada.

Solo se puede hacer una cosa.

Salgo de casa. Camino hacia ella. Gia se detiene, pero no se gira. Como si no supiera si quedarse o seguir andando. Y entonces la toco. Y la beso. Allí mismo, en la puerta de mi casa, en pleno diciembre, a las tantas de la noche, con la música aún resonando en mi cabeza y el caos maravilloso de Gia latiéndome en el pecho. La beso como si no supiera hacer otra cosa. Como si mis labios pudieran decir todo lo que me he callado. Todo lo que duele. Todo lo que quiero. No decimos nada. Solo eso. Solo el beso. Y, cuando nos separamos, me mira y me sonríe, y suelta un susurro que solo yo podría oír. También como Mark en la peli.

—Basta. Ya basta.

Y se va, dejándome ahí con el corazón absolutamente vuelto del revés, y con la certeza de que acabo de vivir el gesto más loco, inesperado, ridículo y hermoso que nadie ha hecho jamás por mí.

53

El Espíritu de la Navidad

El amor, queridos míos, no siempre llega con un coro angelical en la puerta ni con Hugh Grant bailando torpemente por los pasillos del número 10 de Downing Street. No. A veces el amor es más torpe, más ridículo, más… británico en los noventa con tarjetas tamaño cartón pluma.

Os lo digo yo, que llevo siglos observando esto de cerca: el amor a veces consiste en plantarte frente a la casa del hombre que te quita el sueño, con un radiocasete prestado, letras hechas con rotulador que se emborronan en cuanto cae la primera gota de nieve, y la esperanza de que alguien no te denuncie por alteración del orden público. Sí, exactamente como en *Love Actually*. Y sí, con el mismo nivel de vergüenza.

El amor consiste en estar como una cabra. Y bendita cabra. Porque todo el mundo habla del amor sensato, el que encaja en agendas y que jamás haría lo que hizo Colin Firth cuando se lanzó a aprender portugués solo para declararse con un acento horroroso pero adorable. Pero del otro, del amor que no sabe conducir, pero acelera igual, del que se lanza sin red, con las rodillas temblando, sabiendo que quizá la caída duela como un demonio…, de ese se

habla poco. Y, creedme, ese es el bueno.

En eso, Gia es maestra. Ella no ama con medias tintas. Ama con playlists que incluyen villancicos irónicos y canciones imposibles de quitar de la cabeza (sí, «Christmas Is All Around» también). Ama con miedo, pero se lanza igual, incluso cuando no sabe si la puerta se abrirá o si Gian la mirará con cara de Alan Rickman a punto de comprar un collar sospechoso. Y Gian…, bueno. Gian es ese espécimen masculino diseñado para resistirse. Para analizar todo como si le pagaran por fruncir el ceño. Pero también es el tipo de hombre que, cuando alguien se lanza de cabeza por él, no puede evitar lanzarse detrás. Aunque esté en pijama de cuadros. Aunque no entienda nada. Aunque termine besándola en la calle como si fuera la escena final en el aeropuerto, con todos aplaudiendo en sus cabezas.

No os equivoquéis: esta no es una historia perfecta. Es un caos con luces parpadeantes y bolas de Navidad cayéndose del árbol. Es equivocarse, meter la pata hasta el fondo y luego intentar recomponerlo como se pueda. Es… la de dos personas que se empeñan en no rendirse: ni cuando duele ni cuando parece que ya no quedan cartas que jugar. Porque el amor no siempre es armonía. A veces es ruido. Mensajes en visto. Citas canceladas. Puertas cerradas y luego abiertas de nuevo. A veces el amor es presentarte sin saber si te están esperando. Es hacer el ridículo a plena conciencia, con frío en las mejillas y el corazón en combustión espontánea.

Y ahí estaba Gia, con los mofletes colorados y los ojos brillantes de puro pánico, alejándose calle abajo tras haber dejado su alma en carteles. Y ahí estaba Gian, con la boca entreabierta, a punto de rendirse, corriendo porque no puede dejar que se le escape. Y entonces ocurrió. Ese beso. Y yo, que he visto besos de todos los

siglos y todos los estilos, todavía me derrito con estos. Porque este no es un beso cualquiera: es una disculpa, una promesa, un rendirse con estilo. Es la propia Navidad recordándonos que lo más cuerdo que podemos hacer es volvernos locos por amor.

Así que, si alguna vez os tienta la idea de declararos con carteles, besar sin garantías o amar sin seguridades, hacedlo. Poneos esa bufanda ridícula con renos, tragaos el miedo con polvorones y saltad. La vida ya es bastante sensata el resto del año.

En Navidad está permitido estar exactamente como una cabra.

Sobre todo si es por amor.

54

Gia

Viernes, 18 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Declaro mi relación oficialmente terminada. Todo se torció cuando descubrí que mi pareja alquilaba mi belén gigante para rodar un reality con enanos disfrazados de camellos. Los Reyes Magos ya no traían oro, incienso y mirra, sino cerveza barata, apuestas ilegales y un pavo relleno de marihuana. Yo intenté comprenderlo, incluso participé en un ensayo, pero acabé vestida de Virgen María mientras me perseguía un Niño Jesús cuarentón con la picha volando. Y fue… demasiado.

Clausúremelo, por favor, antes de que acabe actuando como figurante en el pesebre de Manarola.

Atentamente,

Alessandra De Santis

Dicen que la mejor venganza se sirve fría, pero Giovanna Landini prefiere servirla con champán francés, langosta al azafrán y una selección de testigos cuidadosamente posicionados para garantizar su viralidad.

—Esto es mejor que un reality —comenta Lele, recostada en uno de los sofás de terciopelo del Armani Hotel Milano—. Si esto fuera un capítulo de *The Crown*, sería el episodio navideño especial. Con traición, escándalo y mucha joyería de lujo.

Tiene razón. No hay mejor escenario que este: suite presidencial, vistas al Duomo iluminado, moqueta que parece diseñada para pisarla con tacones de Louboutin (aunque yo vaya descalza con calcetines peludos de renos) y una nevera que tiene más botellas de prosecco que agua mineral.

Giovanna Landini, futura exesposa de un hombre con más infidelidades que neuronas activas, quiere una cena de clausura elegante y una venganza social *deluxe*, todo en uno. En Milán. Antes de Nochebuena. Porque, cuando eres rica, poderosa y estás despechada, no tienes tiempo que perder. Y nosotras tampoco.

—¿Ya has confirmado el restaurante? —pregunto, desde la cama. Tengo una mascarilla en la cara y el portátil sobre las piernas.

—Claro. En el Cracco, como ella quería. Salón privado, decoración floral personalizada y la reserva está a nombre de «Landini: última cena». El maître se rio.

—Normal —sonrío.

—Mañana tenemos que ir a ver el salón por si quiere algo más de mármol, drama y digestivos a veinticinco euros. Me ha escrito para decirnos que nos recogerá un coche a las diez.

Vuelvo a concentrarme en el éxcel infernal donde estoy gestionando la lista de invitados. Solo la selección de los fotógrafos «discretos pero letales» me ha llevado una hora. Giovanna quiere que parezca una cena casual, pero que cada gesto, cada brindis y cada plato servido sea una coreografía de venganza emocional milimétrica. Hasta me ha dado indicaciones del segundo exacto de la noche donde los músicos tienen que parar de tocar. En seco. Para

que todo el mundo contenga la respiración.

—¿Qué has pensado para las fotos del adulterio? —me pregunta.

—Quiere que lleguen con el postre. En un sobre lacrado. Con la cuenta.

—Dios, qué mujer. Me dan ganas de aplaudir y pedirle matrimonio yo. ¿Van con sello de cera y todo?

—Y papel con filigrana, como si fueran invitaciones a Hogwarts. Te juro que solo falta que salten chispas y una voz diga: «Bienvenido a tu divorcio, cortesía del suflé de chocolate».

—*Iconic* —dice, haciendo una castañeta con los dedos. Luego deja el iPad a un lado y se me queda mirando—. ¿Te ha dicho algo Gian?

Mi mandíbula hace lo posible por parecer relajada, pero dudo de que la esté engañando. Me encojo un poco. Lo justo para que no parezca que me estoy encogiendo del todo. Porque la verdad es que esta noche, por más elegante, quirúrgica y espectacular que sea la venganza que estamos orquestando, mi cabeza está en otra parte.

—No. Todavía no.

Lele asiente con una seriedad inesperada y se acomoda mejor en el sillón, cruzando las piernas como si se preparara para una reunión del consejo de administración del corazón roto.

—¿Y el beso?

Ahí sí la miro directamente, porque… el beso sigue ahí. Pegado a mi boca, como un caramelo que no se disuelve. Pegado a mi pecho, como un imán. Pegado a mis costillas, como una canción que no se va. El beso de la puerta. El que no esperaba. El que no supe si fue un comienzo, un simple «yo también» o si solo me siguió el juego e imitó lo que pasaba en la película.

—Me ha dado esperanza —admito, bajito—. No sé si debería, pero me la ha dado. No dijo nada, pero… a veces no hace falta. A lo

mejor el beso era la respuesta. No sé. —Me froto la cara con las manos—. Y antes de que digas nada: sí, lo sé. La parte en la que lo beso y luego desaparezco sin dejarle hablar suena exactamente tan mal como parece. Como si fuera la villana de una comedia romántica barata. Pero puedo defenderme. —Levanto un dedo—. Uno: tú y yo teníamos que coger un vuelo. Literalmente. Con puertas que se cierran y azafatas que te miran como si fueras un delito contra la aviación civil si llegas tarde. —Levanto un segundo dedo—. Y dos: necesitaba… preparación psicológica. Ya sabes, ese pequeño detalle de darme tiempo para aceptar con dignidad que quizá fuera a decirme que no. Y darle tiempo a él también para pensarlo bien, por si acaso. Así que sí. Hui antes de que pudiera responder. ¿Cobarde? Probablemente. ¿Estrategia de supervivencia emocional de una mujer que ya ha hecho suficientes ridículos románticos para llenar tres temporadas de reality? También. —Suspiro—. Pero aun así… me dio esperanza.

Lele hace un ruidito de asentimiento que parece más propio de una terapeuta que de alguien que cinco minutos antes estaba viendo vídeos de novias resentidas en TikTok.

—Bueno, no estuve presente, pero es que fue un beso, Gia. Un beso de los que cambian cosas. Seguro.

—¿Y si no cambia nada?

—Entonces, al menos te has llevado un último beso. Uno bueno. Uno de esos que, cuando tienes ochenta años y estás regando geranios en bata, todavía recuerdas y dices: «Ay, aquel idiota…».

Me río, pero se me aprieta el estómago.

—A lo mejor está esperando a que vuelvas. O a lo mejor no sabe qué decir. O a lo mejor está como tú, en una suite de hotel, mirando el móvil cada tres minutos y sin saber si escribirte o seguir fingiendo que no le importas —añade.

—¿Tú crees?

—Yo creo que, si vuelve a verte en persona, se le olvida hasta cómo se llama. Y probablemente a ti también.

—No sé yo. Le dije «Basta. Ya basta» después del beso. Como en la peli. Me lo tomé muy en serio.

Abre mucho los ojos.

—¿Le dijiste «basta»?

—Con voz de cervatillo asmático. Y luego me fui caminando rápido, como si tuviera prisa.

Lele suelta una carcajada.

—Dios mío, qué escena tan… rara. Y mona. ¿Lo grabó alguien? ¿Había cámaras de seguridad? ¡Necesito material para cuando hagamos el documental!

—Voy a fingir que no has dicho eso.

—Bueno, lo importante de todo esto es que besaste al amor de tu vida. Lo demás son detalles.

—Presunto amor de mi vida —corrijo—. Está en proceso de validación. En revisión técnica.

—Ya. Y tú en proceso de negación. Mira, puedes seguir llenando celdas de un éxcel, pero te conozco. Se te nota en las orejas.

—¿En las orejas?

—Se te ponen rojas cuando estás enamorada. Lo descubrí en 2010 cuando Gian te cogió la mano en ese parque de atracciones.

Sonrío sin poder evitarlo.

—No sé, Lele. ¿Y si me estoy equivocando? ¿Y si me estoy agarrando a un beso porque no sé soltarlo?

—¿Y si no? ¿Y si era exactamente lo que parecía?

Me muerdo el labio.

—¿Y si me vuelve a romper el corazón?

—Entonces me avisas. Primero para cargármelo. El tráfico de

órganos está muy bien pagado. Y luego para que recojamos los trozos del suelo juntas, como siempre.

Le lanzo un cojín con una sonrisa en los labios.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Aunque estoy insoportable. Es la temporada. Me vuelvo sabia de más en diciembre. Como una galleta de la fortuna con personalidad.

—Con mucha personalidad.

—Y con una suite en el mejor hotel de Milán. —Me guiña un ojo.

—Sí, y unas ganas enormes de meterte en mi vida.

—¿Para qué son las mejores amigas si no es para meterse hasta el fondo y opinar sin que nadie se lo pida?

—Para hacerme sentir menos sola cuando tengo miedo, por ejemplo.

—Eso también. Pero sobre todo para opinar. Es mi deporte olímpico.

Me río mientras miro el móvil. Nada. No hay mensajes. Ningún «oye, lo he estado pensando…». Ningún «te echo de menos». Nada de «te espero en Nochebuena para hablar…». Pero tampoco hay arrepentimiento. Porque hice lo que sentía. Y eso, a mis veintiséis años, ya es un milagro.

—Bueno —dice Lele, levantándose—. ¿Vamos a seguir organizando una cena que arruine un matrimonio millonario o vas a seguir suspirando por algo que no puedes controlar todavía?

—Sip.

—¿«Sip» significa «sí a lo primero» o «sí a lo segundo»?

—Sí al éxcel.

—Bien. Esta va a ser nuestra mejor cena, Señorita Santa Clausura. Te lo prometo.

Resoplo.

—No me llames así. Ya me ha traído demasiados problemas.

—Y demasiados éxitos. No lo olvides.

Volvemos al éxcel. A la logística. A la lista de reproducción. A las flores (solo blancas, con ramas de abeto y cero purpurina, porque Giovanna ha especificado que no quiere parecer una «influencer que se ha caído dentro de un árbol de Navidad»). A la música. Volvemos al plan.

Pero mi cabeza no.

Mi cabeza sigue en otra puerta. En otro momento. En otra mirada.

En ese instante después del beso, justo antes de separarnos, cuando por un segundo pensé que Gian iba a decir algo. Algo. Lo que fuera. Pero no lo dijo. Bueno. En realidad… no le di tiempo a decirlo. Porque me fui.

Y ahora mi cerebro —dramático, insistente y claramente enemigo de mi paz mental— no deja de preguntarse qué habría pasado si me hubiera quedado un segundo más.

Si hubiese dicho algo.

O si lo dirá la próxima vez.

55

Gian

Viernes, 18 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Para mí tú también eres perfecta.

Abrazo virtual,

Gian
(Extracto de un correo nunca enviado).

Llevo horas mirando la pantalla. Horas. Literalmente. He escrito tres correos, dos mensajes de voz, una nota de móvil y un poema. Un jodido poema. Que no rima. Que es ridículo. Que no leerá jamás.

Lo he borrado todo porque no sé cómo empezar. Porque no sé cómo no parecer un idiota. Porque, pese a todo lo que siento, todavía estoy dolido. Y porque me ha dejado sin un manual de instrucciones.

Tengo ojeras que podrían solicitar la nacionalidad. La luz del portátil ya no me ilumina la cara, me la juzga. Son las diez y pico de la noche y todo huele a futuro, a desvelo, a nostalgia y al perfume que dejó en mi sofá.

Escribo cosas como «Gracias por venir. Por hacer eso. Por ser tan tú. No tienes idea de lo que significó para mí. Te he pensado cada minuto desde entonces. Sigo sin saber cómo sentirme. Todavía duele la desconfianza…». Pero lo borro todo. Otra vez. Porque no quiero sonar frío. Pero tampoco quiero abrirme del todo. Aún no. Aún no puedo. Y ella, lo quiera o no, se merece algo entero, no a medias. Pero, joder, ¿cómo se hace eso cuando una parte de ti todavía se resiste?

Me dolió que no confiara en mí. Que no me dijera quién era. Que me dejara creer una versión de ella sin terminar. Y sin embargo… no hay una sola hora desde que se fue en la que no me haya acordado de su voz. De su forma de mirar cuando está a punto de hacer una locura. De su risa, que me desarma, de cómo mueve las manos cuando habla como una metralleta. De cómo dijo «te amo» con un cartel y no con la voz, porque probablemente sabía que no podría soportarlo de otra manera.

Es un puto torbellino y me ha dejado hecho polvo. Pero también… También me ha enseñado algo. Que a veces hay que hacer el ridículo por amor. Que a veces el gesto más tonto es el más valiente. Que a veces alguien que te duele puede ser quien te cura.

Me paso los dedos por el pelo. Me levanto. Camino por el salón a oscuras. Miro el móvil. No hay nada nuevo. Ni ella. Ni yo. Ni el valor que me falta. Abro WhatsApp. Empiezo a escribir. Parpadeo. Me quedo ahí, congelado. Lo borro. Cierro el portátil y me dejo caer en el sofá.

56

El Espíritu de la Navidad

Una de las cosas más absurdamente adorables del amor (y sí, también de las más navideñas) es su manía de esconderse en cosas ridículamente específicas. Un mensaje que no borras. Una canción que antes te daba igual y ahora te rompe. O un jersey.

Sí, un jersey.

Pero no uno cualquiera. Uno tejido a cuatro manos. Costuras torcidas. Una manga más larga que la otra. Un botón rojo salvando un punto rebelde. Objetivamente feo. Emocionalmente perfecto.

Gian lleva días durmiendo con él. No por el frío. Por ella.

Porque el amor, cuando se rompe, cuando se complica, cuando se queda a medias, tiene esa costumbre tan humana de quedarse atrapado en las cosas. En la lana. En el olor. En la memoria de unas manos que ya no están ahí.

Así que él duerme abrazado a ese jersey horrible. Como si fuera un abrazo mal tejido. Y, entre nosotros, queridos míos…, lo es.

La Navidad tiene esa magia extraña: te hace abrazar lo que no sabes decir.

Así que si estáis ahí fuera, un poco rotos y un poco valientes…, poneos un jersey. Uno que huela a alguien. Uno que pique un poco.

Que abrace mejor que muchas personas.

Y si además es Navidad… Bueno. Ya sabéis lo que pienso.

Cualquier cosa puede pasar.

57

Gia

Sábado, 19 de diciembre de 2026

Eh, Srta. Santa Clausura:

Mira, que ya no aguanto más. La pava me ha tangao el aguinaldo pa pillarse unas botas de marca que al final eran falsas, del mercadillo. Y encima me dice que las ha comprao por inversión, que van a subir de precio como el bitcoin. ¡Qué dices, colega!

Yo no soy Babbo Natale pa ir regalando billetes así, ¿sabes? Si me va a poner los cuernos, al menos que sea con alguien que tenga coche, no con un notas que vende camisetas falsas de fútbol en la esquina.

Así que corta esto ya, tronca. Clausúralo, quémalo, lo que sea..., pero sácame de aquí antes de que acabe cantando villancicos con la peña de la gasolinera.

Firmado,

Marco el Chispas

Milán huele a lujo. No de ese que brilla, no. Sino del que susurra precios y escupe estilo. Cada calle tiene un escaparate que podría

pagar el alquiler de mi piso durante un año entero. Cada señora que pasa lleva un abrigo que podría tener más valor que mi coche. Y yo, que pensaba que vestirme de negro ya me hacía sofisticada, me siento de repente como si llevara puesto un disfraz de italiana promedio.

—Aquí es donde vengo cuando quiero recordar que tengo poder adquisitivo y que el karma trabaja a tiempo completo —dice Giovanna, con una voz suave mientras pasa su mano enguantada por el escaparate de Prada—. La venganza, queridas, no se improvisa. Se diseña. Como la alta costura.

Nos guiña un ojo. El abrigo que lleva puesto probablemente vale más que la casa de mis padres. Lele y yo vamos detrás de ella como dos perritos falderos porque, aquí, la única con poder real es ella. Y lo sabe. Lo usa. Y lo lleva con la elegancia de quien ya ha llorado lo suficiente como para saber cuándo reírse de todo.

—Que la cena sea finalmente el día 23 me parece sublime —anuncia, con una sonrisa—. Pensándolo bien, no quería pasar Nochebuena casada. Prefiero brindar ya con la libertad legal en la copa y el acta de divorcio como servilleta.

—Pragmática hasta en Navidad —dice Lele.

—No os imagináis la satisfacción que me da —continúa Giovanna —. Llevo años fingiendo cenas perfectas con un hombre que se ha acostado con media provincia de Como y toda su familia, por lo visto. Así que esta al menos será auténtica. Con un postre inolvidable.

La miro de reojo.

—¿Ya tienes el sobre con las fotos?

—Sí. Muchas copias. Para los invitados, para él y para la prensa.

Lele suelta una carcajada. Yo hago como que me sorprende, pero en realidad la admiro. Mucho. Y un poco la temo. Pero sobre

todo la admiro.

Giovanna nos guía por via Montenapoleone. Cada paso que damos se escucha como si estuviéramos pisando una alfombra roja invisible. Entramos en una tienda solo para «ver un pañuelo de Hermès», y salimos quince minutos después con un bolso Kelly exclusivo de color rojo y piel de cocodrilo.

—¿Queréis un café? —pregunta mientras dobla hacia la Galleria Vittorio Emanuele II con la naturalidad de una milanesa de nacimiento.

Asentimos. Porque si algo hemos aprendido en estas pocas horas es que no se le dice que no a Giovanna Landini. Nunca. Ni siquiera al prosecco a las diez de la mañana.

Nos sentamos en una terraza con mantas suaves, calefactores encendidos y vistas a un Milán que late como un villancico elegante con estribillo de bolsos caros. En las mesas de alrededor se oyen risas de mujeres con pintalabios perfecto, el tintineo de cucharillas en el cristal y ese murmullo chic que solo las ciudades con desfiles de moda por calendario pueden sostener.

En cuanto nos sirven, Giovanna se cruza las piernas con precisión de pasarela, deja la taza de café sobre el platito con una delicadeza ensayada y nos dedica una media sonrisa afilada como cuchillo de mantequilla cara.

—¿Y vosotras? ¿Algún Francesco en el armario? ¿O… en la cama?

Lele ni se inmuta. Se recoloca la bufanda, sopla su café y responde con la seguridad de alguien que ha decidido que la ironía es su religión.

—Yo solo tengo algún que otro trauma con nombre de ex y cara de actor de serie turca. Aunque, ojo, estoy a puntito de conocer al amor de mi vida. Es un presentimiento. Me ha salido en dos

horóscopos y en una lectura de tarot en TikTok.

—¿Y tú, Gia?

Me tenso. Qué pregunta tan sencilla y peligrosa al mismo tiempo. Giro la cucharilla dentro de la taza como si ahí fuera a encontrar una respuesta que suene menos patética que la verdad.

—Digamos que estoy en una especie de paréntesis.

—Ah. El famoso «estamos en pausa, pero aún me late cuando respiro».

—Sí. Ese mismo.

Giovanna asiente con lentitud. Como quien ya ha leído ese capítulo en su vida, subrayado con lágrimas y tachado con rabia. Como quien luego se puso pintalabios rojo y siguió andando.

—¿Y qué ha hecho, si se puede saber?

—No ha hecho nada. Bueno, se fue durante cinco años y luego volvió. Pero… fue lo que no me dijo. Y lo que yo no supe cómo contarle a tiempo. Pero luego…, bueno, me besó. Y no he dejado de pensar en eso.

—¿Y tú quieres que vuelva?

—Sí. Por supuesto.

Giovanna deja la taza, se estira un poco el cuello del abrigo de *cashmere* y me mira como si estuviera a punto de decirme algo que podría cambiarme la vida.

—Escúchame bien, cariño. Porque esto te lo dice alguien que ha pasado por el infierno, por boutiques carísimas y por tres cenas con suegras que llevaban visón hasta en julio. Si un hombre te besa con verdad, no lo olvides. Y, si tú aún estás temblando por ese beso…, entonces dile lo que sientes. Mil veces si hace falta.

—¿Aunque él no diga nada?

—Querida —responde con una sonrisa que es mitad consuelo, mitad advertencia—, los hombres que merecen la pena a veces

tardan en encontrar las palabras. Pero, si se las das tú primero, sabrán qué hacer con ellas. O al menos sabrán qué no hacer con ellas. Que ya es algo.

—O sabrán perderlas —murmuro, mirando mi taza.

—Pues, si las pierden, no pasa nada —interviene Lele, que se estira para coger otra galleta con forma de estrella—. Porque tú las tendrás. Y sabrás que las dijiste. Que lo diste todo. Que no te quedaste con el nudo. Eso también es amor propio. Amor valiente. Del bueno.

—Y, si no funciona —añade Giovanna—, al menos tú tendrás la certeza de que lo intentaste. Y siempre puedes vengarte con canapés. Créeme, funciona.

—Sí, lo sé bien —me río.

—Y tanto —asiente Lele—. Eres la puñetera Señorita Santa Clausura. Si no te hace bien, si no te hace crecer, si no te hace reír…, lo cierras. Lo archivas. Le pones un lacito rojo y lo despides con una copa de prosecco en alto.

—Yo te mandaré la botella —añade Giovanna, como si fuera lo más lógico del mundo.

—Y yo las copas. De esas gordas, tipo boda italiana —dice Lele —. Y luego te robo el móvil para instalarte Tinder, pero eso ya lo negociaremos más tarde.

Me río. Un poco. Pero también me emociono. Porque, en medio de las bolsas de diseñador, las galletas navideñas y el eco de los tacones en la galería, me doy cuenta de algo que me golpea con suavidad, pero sin piedad: Giovanna Landini puede haberse casado con un idiota…, pero eso no quita que sea una de las mujeres más sabias y valientes que conozco. Y que Lele, con su sarcasmo letal y su corazón de oro envuelto en papel de regalo *glitter*, es mi hogar portátil.

—¿Lo vas a hacer? —pregunta Lele, en voz baja.

—¿El qué?

—Decírselo. Escribirle. Llamarle. Mandarle un meme con un subtexto emocional peligrosamente obvio. Algo.

—No lo sé.

—Bueno, haz lo que quieras. Pero, si te arriesgas, hazlo de verdad. Nada de medias tintas. Que estamos en Navidad —añade Giovanna—. Y, por si acaso decides llamarlo…, recuerda lo más importante: proyecta la voz, no llores y, por el amor de Mariah Carey, no le supliques otra vez. Al final se acostumbran y ya no hay quien los aguante.

58

Gian

Sábado, 19 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura (querida Gia):

Hoy he visto a tu madre paseando a Turrón y a Suchard. Iban dando saltitos como dos peluches con pilas nuevas, y ella me ha preguntado si podía quedarme con ellos un rato mientras hacía la compra. Obviamente he dicho que sí. No porque me parezca bien que los use como cebo emocional (aunque, lo admito, funciona), sino porque..., bueno, son ellos. Y son tuyos.

Durante esa media hora, he recordado cosas. Cómo les hablas. Cómo los miras cuando crees que nadie te ve. Cómo les explicas con una paciencia absurda que no pueden comerse las servilletas de papel. Y, por alguna razón, también he pensado en esa vez que me dijiste que Suchard tiene más empatía que muchos adultos. (Tenías razón, por cierto. Me ha mirado como si supiera que estaba hecho un lío).

Y sí, ya lo sé, esto suena cursi. Pero estar con ellos me ha hecho sentir cerca de ti. No sé cómo explicarlo sin sonar como un personaje secundario de una comedia romántica de Netflix, pero ahí va: hay algo en ti que se queda. En las costumbres, en las manías, en los perros. En mí. Echo de menos cosas que no sabía que podía echar de menos. Cómo dices mi nombre cuando estás enfadada. Cómo suena tu risa cuando intentas no reírte (y fallas)...

Echo de menos tu forma de cuidar, de mirar, de estar.

No te escribo para pedirte nada. Solo quería decirte que me encantaría que habláramos cuando vuelvas. No para discutir. No para sacar trapos sucios. Solo para… intentar entendernos un poco mejor. Sé que hubo cosas que no supe manejar, y otras que (ahora lo veo) debería haber aceptado sin tantos miedos. Sí, me sentí dolido. Y confundido. Y a ratos como si hubieras estado jugando conmigo. Pero sé que no fue así. Sé que no eres esa persona. Aun así, mi cabeza se fue por libre, y mi corazón no supo ponerle límites. Supongo que eso es lo que pasa cuando alguien te importa demasiado.

Gia, todo esto no cambia lo que siento por ti. Si acaso, lo explica. Lo confirma. Lo sostiene, incluso cuando no debería. Solo quiero que sepas que aquí estoy, con mis errores, con mis dudas y con esta certeza: te quiero. Mucho. Siempre. Y me importa cada detalle de tu vida, incluso el más pequeño, y por eso me duele no haber sabido reaccionar mejor.

Abrazo virtual (pero deseando dártelo de verdad),

Gian

Esta vez sí le envío el correo a la Señorita Santa Clausura.

59

El Espíritu de la Navidad

No voy a mentiros: pocas cosas me hacen más feliz que ver a un adulto serio, terco, emocionalmente constipado y guapísimo perder toda la dignidad delante de dos bolas de pelo con nombre de postre navideño. Literalmente.

Gian, hablándole a Turrón y Suchard como si fueran sus terapeutas personales. Y ellos ahí, en modo esfinge navideña, mirándolo con esos ojitos de «sabemos cosas que tú aún no sabes, humano ingenuo». Una escena digna de anuncio de galletas. O de mi carrete celestial de momentos favoritos del año.

Y la cosa se pone mejor, queridos míos. Porque resulta que el señor autocontrol emocional escribió una carta. Con solemnidad. Con las comas bien puestas. Como si estuviera redactando la Constitución de su corazón roto. Y… ¿adiviináis qué? La carta llegó. A Gia. A la mismísima Señorita Santa Clausura, que finge ser una especie de viuda emocional embutida en su corsé de hielo, cuando en realidad es…, bueno, una romántica sin remedio. Una *groupie* del amor. Una adoradora secreta de las segundas oportunidades que huelen a canela y arrepentimiento.

Y, claro, yo, que lo sé todo, estoy encantado con este giro del

destino digno de *fanfic* navideño nivel experto. Las cartas se están moviendo. Literalmente. Como si tuvieran GPS y supiersen exactamente a qué buzón volver. Y, mientras tanto, yo ya he colgado el muérdago. Sí. En ese sitio. El que sé que van a cruzar los dos sin querer. (O muy queriendo, si me hacen caso por una vez en la vida).

Porque la Nochebuena se acerca, queridos míos. Y os voy a confesar un secreto: las Nochebuenas tienen memoria. Recuerdan los abrazos que no se dieron. Las canciones que se cantaron fatal, pero juntos. Las promesas que aún están esperando. Y, sobre todo, recuerdan eso que los humanos intentáis enterrar con vino caliente: lo que todavía sentís.

Así que… preparaos. Porque en nada, Gia va a volver. Gian la va a ver. Y yo…, bueno. Yo estaré muy ocupado asegurándome de que ningún corazón orgulloso se me escurra esta vez entre los villancicos, el panetone y las miradas que duran más de cinco segundos.

¿Ha dolido un poco todo esto? Sí. ¿Va a brillar como un árbol con todas sus luces? También. Y os prometo una cosa: esta vez la Navidad no piensa quedarse de brazos cruzados. Y yo tampoco.

60

Gia

Domingo, 20 de diciembre de 2026

Estimada Srta. Santa Clausura:

Me veo en la imperiosa necesidad de rogarle la extinción inmediata de mi noviazgo con la señorita Elisabeth. La dama ha cometido la osadía de servirme, en una cena supuestamente romántica, un risotto elaborado con arroz de grano largo. Y, como comprenderá, semejante herejía culinaria atenta no solo contra la tradición italiana, sino contra mi delicado sistema digestivo.

Solicito, pues, que procedan al archivo definitivo de esta relación, que lo sellen con lacre y que lo custodien bajo llave junto con las reliquias de los amores indignos.

Firmado,

Don Carlo Moretti

—¡Me ha escrito!

Se me cae un ravioli. Literalmente. Un ravioli entero. Relleno de espinacas, ricotta y una cucharada generosa de ansiedad cocida al punto. Rebota en la encimera de mármol con un sonidito húmedo y

termina su viaje a los pies del segundo chef del Cracco, que frunce el ceño con el mismo nivel de horror con el que imagino que reaccionaría si le sirvieran un risotto con nata.

Lele ahoga un grito. Giovanna suelta una carcajada que no sé cómo demonios hace para que suene elegante.

—¿Quién te ha escrito para reaccionar así? ¿La Virgen María? —pregunta el chef.

Me agacho para recoger el ravioli de la vergüenza, como si fuera mi dignidad en formato pasta.

—¡Gian!

—¿Doy por hecho que Gian es tu especie de paréntesis? —pregunta Giovanna.

—Sí, sí —respondo, incorporándome y dejándome caer en el taburete más cercano—. El mismo.

El chef, que hasta hace cinco segundos parecía más interesado en que no se le pasara la reducción de vino tinto, se gira con una cucharita de plata en la mano y un brillo de «me apunto a este culebrón» en los ojos.

—Me encantan los dramas amorosos.

—Este lo disfrutarías de lo lindo, créeme —le dice Lele.

Yo solo suspiro. Como una adolescente. Como una señora. Como una persona que lleva semanas esperando algo. Una señal. Una frase. Un gesto. Cualquier cosa que no fuera silencio. Y ahora… Ahora ha llegado.

Lele me arrebata el móvil sin pedir permiso. Ni lo intenta. Lo hace con la naturalidad con la que una hermana mayor entra a tu cuarto a cotillear tu diario.

—«He visto a tu madre», bla, bla, bla… «Estar con ellos me ha hecho sentir cerca de ti…». Vale, eso ha sido precioso —apunta, con voz aguda de «esto es una novela y yo quiero capítulos diarios»—.

«Me encantaría que hablásemos cuando vuelvas», bla, bla, bla… ¡Tía, qué mono!

—¿Qué más dice? —pregunta Giovanna.

—Léelo tú misma. —Y le pasa el móvil.

Giovanna lo lee todo. En voz alta. Y, cuando termina, el chef carraspea. Las tres giramos la cabeza como si acabara de aparecer Babbo Natale en bata de chef.

—Lo que se cocina a fuego lento tiene más sabor. —Prueba su salsa con el mismo cuidado con el que yo leería otro mensaje de Gian—. Pero, si no le pones sal en el momento justo, se convierte en una masa insípida de arrepentimientos.

Silencio. Santo silencio. Giovanna suelta un «uf» con voz ronca de mujer rica que ha vivido varias vidas y una ópera. Lele parpadea como si necesitara procesar lo que acaba de oír. Y yo… Yo solo pienso que el chef del Cracco acaba de resumir mi vida sentimental en una metáfora de cocina. Aplausos lentos. Internos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Lele, devolviéndome el móvil.

—Contar los días hasta Nochebuena. Obviamente.

—Qué tensión, cariño —suspira Giovanna, reclinándose sobre la mesa—. Esto es como esperar el final de temporada de tu propia vida amorosa. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

—Al menos estás monísima mientras te consumes por dentro —añade Lele, dándome un toquecito en el hombro con la manga de su blazer.

—Gracias a ti también. Estoy intentando convertir la ansiedad en colágeno.

El chef vuelve a girarse con una cuchara en alto, como si estuviera a punto de bendecirnos.

—Si sabes que te importa, no la cagues otra vez —suelta, sin

más.

Así. Con esa crudeza elegante que solo pueden permitirse los chefs con estrella Michelin y vida amorosa superada.

—No pienso hacerlo.

Y lo digo en serio. Porque si hay algo que tengo claro es que no voy a volver a esconderme detrás de excusas o silencios.

—Eso está mucho mejor —asiente, y da una palmada—. Y ahora, el postre.

Nos sirve tres platos, cada uno colocado con una precisión que parece diseñada por arquitectos suizos. El postre es, según Giovanna, uno de los clásicos del Cracco: *uovo soffice, caramello e mandorla*. Parece un huevo, pero al romperlo se abre una cascada tibia de caramelo con almendra tostada y crema suave como suspiros bien batidos.

—Vale. —Lele cierra los ojos al probarlo—. Estoy llorando por dentro.

—Yo estoy llorando por dentro y por fuera. —Me llevo la cucharita a la boca como si fuera una catarsis comestible.

Giovanna no dice nada. Solo hace un gesto afirmativo con la mano.

Y por un momento, mientras el caramelo se derrite en mi lengua y el corazón se me aprieta un poco más de la cuenta, pienso que Gian no me ha cerrado la puerta. Que todavía está ahí, abierta. Entreabierta, más bien. Y que solo tengo que esperar. Aguantar. Contar los días. Porque a veces el amor no llega cuando tú quieres, sino cuando estás lista para no volver a joderlo todo.

Y esta vez —me lo juro mientras saboreo el último bocado— voy a llegar a tiempo.

Aunque me cueste cada maldita hora de espera hasta Nochebuena.

61

Gian

Domingo, 20 de diciembre de 2026

Querido Gian:

Tengo tantas cosas que decirte que no sé si empezar pidiéndote perdón o contándote que he probado un postre en el restaurante Cracco de Milán que, si lo llego a descubrir antes, igual me habría ahorrado todo este drama emocional. Pero bueno. Aquí estoy. Contestando a tu correo como una adulta funcional que ha aprendido por las malas que no se puede esconder la verdad debajo de la alfombra.

Gracias por escribir. No te imaginas cuánto lo necesitaba. No cargué el móvil anoche, así que tu mensaje me ha llegado en mitad de una cocina llena de chefs, trufas y expectativas. Y, aun así, ha sido lo más importante que me ha pasado en el día. Lo he leído. Lo he releído. Se me ha caído un ravioli. Y me he pasado los siguientes minutos sintiéndome en una de esas películas en las que la protagonista no se merece el perdón..., pero lo intenta igual.

Porque quiero intentarlo, Gian. Con todo. Con la verdad por delante. Con todas las meteduras de pata sobre la mesa. Con lo torpe que soy emocionalmente cuando me asusto y con lo mucho que te echo de menos incluso cuando estoy rodeada de gente, luces navideñas y planes bonitos. Sobre todo entonces. No sabes lo que daría por poder plantarme ahora

mismo en Manarola, llamar a tu puerta y decirte todo esto en persona. Pero no puedo. Y, si te soy sincera, nunca en mi vida he deseado tanto que llegue una fecha.

Sobre lo que dices..., lo entiendo. Cada palabra. Me duele que te sintieras engañado. Me parte el alma que pensaras que me burlaba de ti, cuando la realidad es que yo era la primera que no sabía ni cómo explicarme sin estropearlo todo. Supongo que lo logré: lo estropeé igual, solo que en silencio.

Y ahora que me has abierto una puerta quiero cruzarla. Quiero hablar contigo. Entendernos mejor. Decir las cosas de frente. Escucharte sin miedo. Pedirte perdón con todas las letras. Y sí, por si te lo estás preguntando, yo también me acuerdo de ti todo el rato. De tus gestos, de tus silencios, de cómo me mirabas cuando todavía no había estropicios de por medio.

Nos vemos en Nochebuena. Y esta vez, te lo prometo, sin trampas, sin disfraces y sin omisiones. Solo yo. Y todo lo que siento por ti. (Que es mucho. Y real. Y tuyo).

Con cariño y «Bianco Natale» sonando en la recepción del hotel,

Srta. Santa Clausura. Gia

Joder, sí.
Esa es mi chica.

62

Gia

Lunes, 21 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Le escribe Giuseppa, quien todavía cree en el amor, aunque el corazón se le haya vuelto pesado. Porque él, en Navidad, me ha dejado el alma vacía. Prometió pasar la Nochebuena conmigo, con mi familia, pero finalmente no va a venir. Ha preferido quedarse jugando a la Play con sus amigos, como un *ragazzino* que no ha crecido nunca. Y eso no es amor, señorita, es egoísmo. El amor se demuestra en los detalles, en estar presente, en brindar juntos aunque la botella sea humilde. Y él ha elegido estar lejos.

Por eso les pido, con toda la firmeza y la tristeza que me caben en el pecho, que clausuren esta historia. Porque yo necesito un hombre, no un niño grande con mando a distancia en la mano.

Atentamente,

G. B.

Estoy en la cama. Técnicamente. Lo que hago en realidad es dar vueltas, revisar mentalmente todas las formas en las que puedo provocar a un hombre por WhatsApp sin arruinarlo todo. O

arruinándolo justo lo suficiente como para que quiera venir a buscarme en Nochebuena con una maleta y cero intenciones de discutir.

Le mando una foto que me he hecho hace unos minutos en el espejo del baño. Salgo casi entera. Tengo la clavícula y el hombro al descubierto, porque mi camiseta de pijama (que, casualidad, es una camiseta suya que le birlé) se ha resbalado estratégicamente. Y… no llevo pantalones. Nada que Instagram habría censurado, pero tampoco inocente. Lo justo.

Probablemente estarás buscando tu camiseta

La tengo yo

Sorpresa!

Cinco segundos después, aparece el doble check azul.

Voy a necesitar la ubicación exacta del hotel, el número de habitación y una explicación muy convincente de por qué estás haciendo esto

Sonrío triunfal.

Te echo de menos

Y echo de menos hablar contigo

De alguna forma teníamos que dejar a u

lado los correos, que están muy bien también, no digo que no, pero esto es… más eficaz

Y te he dicho ya que te echo de menos?

Dos veces. Ninguna ha sido suficiente

Quieres que te lo diga otra vez?

No

Quiero que me lo susurres

Desde muy muy cerca además

Con mi camiseta puesta. Y nada más

La respiración se me para un segundo. Así. Sin más.

Estás suponiendo muchas cosas

Que llevo puesta tu camiseta todavía

Que no tengo nada más debajo…

No estoy suponiendo nada. Te conozco.

Sé cómo te pones cuando te apetece provocarme. Sé exactamente cómo te queda esa camiseta. Y estoy dispuesto a apostar que te la has puesto justo después de ducharte

Lo peor es que tiene razón.

Sigo esperando que me lo pidas por favor.

Las chicas que secuestran camisetas ajenas necesitan ser tratadas con educación

Por favor

Tan fácil era?

Sí

Quieres jugar, Gia?

Pues juguemos

Te toca mover ficha. Yo he empezado

Ay, cariño. Si empiezo a decirte todo lo que quiero hacerte, ya no vas a poder dormir

Me arriesgaré

Tres puntitos. Él está escribiendo. Yo estoy dejando de respirar.

De repente, para de escribir.

De repente, llamada entrante.

De repente, creo que voy a morirme.

Me quedo mirando el móvil. Durante dos segundos no hago nada. En el tercero, contesto.

—¿Gia?

Su voz. Grave. Íntima. Tan baja que parece que la esté respirando, no escuchando. Como si no estuviera al otro lado del teléfono, sino detrás de mí. Justo detrás. Con la boca en mi cuello.

—¿Sexo telefónico? ¿En 2026? —respondo, con una media sonrisa que me traiciona.

Estoy intentando sonar ligera. Desenfadada. Y no hay nada ligero en cómo estoy respirando. Estoy desnuda bajo la camiseta. Y, de repente, eso no es un detalle. Es un detalle importantísimo. Como si mi cuerpo acabara de darse cuenta de que él lo está imaginando.

—Me da igual en qué año estemos —dice, sin reírse. En serio. Con ese tono que tiene cuando ya ha cruzado una línea y no piensa retroceder—. Has empezado tú, Gia. Y ahora no puedo dejar de imaginarte.

Trago saliva. El calor me sube en espiral desde el estómago hasta el cuello. Hasta las orejas. Hasta el sitio exacto donde su voz parece querer tocarme.

—¿Y qué estás imaginando, exactamente?

Mi voz suena más grave de lo normal. Como si también se estuviera desnudando.

—Que entras en mi habitación con esa camiseta. Solo eso. Sin

sujetador. Sin bragas. Con el pelo húmedo y esa forma tuya de mirarme…

Cierro los ojos. Y sonrío. Porque sé qué cara pone él cuando dice algo así. Sé cómo levantaría las cejas. Sé cómo se le entornan los ojos. Sé qué parte de su voz se oscurece cuando empieza a desearme sin filtros.

—¿Y qué harías?

No estoy segura de querer saberlo. Pero lo deseo. Con esa clase de deseo que no pide permiso, solo espacio.

—Te acercaría a la pared —dice sin pausa, sin dudas. Como si ya estuviera viéndolo—. Te levantaría la camiseta. Solo un poco. No necesito ver todo. Ya me lo sé de memoria. Te mordería el cuello, suave, lento. Con las manos en tus muslos. Te quiero así. Temblando. Apoyada en mí. Diciendo mi nombre sin darte cuenta.

Respiro hondo. Mi mano libre se posa en mi cintura, como si pudiera sostener algo de lo que siento. Pero no hay dónde apoyarse. Porque todo está ardiendo.

—Gian…

—¿Sí?

—Da igual todo lo que tengamos que decirnos, ¿verdad? —Mi voz se rompe en susurro—. Esto… Esto no le hace daño a nadie.

Silencio. El tipo de silencio que se cuela por debajo de la piel.

—No. Y si supieras lo que me estás haciendo ahora mismo, Gia…

—Dímelo —le exijo, en un susurro que ya no disimula nada—. Dímelo todo.

—Me estoy tocando. Pensando en ti. En cómo te moverías encima. En cómo sonarías si te mordiera justo ahí… —Su respiración se acelera al otro lado, y juro que puedo sentirla en mi oído—. En cómo gemirías si te abriera las piernas con la rodilla y te dijera que no pares.

Un jadeo. Mío. Que no reconozco. Pero tampoco me importa. Porque no soy la de siempre. No esta noche. No con su voz así.

—Gian… Mi mano ya no está solo en la cintura.

—Tócate —susurra—. Tócate conmigo.

—Sí —respondo. Sin pensar. Sin respirar.

—Bien. Despacio. Como si fuera yo. Quiero que termines diciendo mi nombre.

No sé quién de los dos está más cerca del límite. No sé si ya lo hemos cruzado. O si estamos justo en ese borde suspendido, temblando. Pero sé esto: me arde la piel. Él me escucha. Yo le escucho. Y en medio de todo lo que aún no nos hemos dicho… Esto, ahora, es lo único que importa.

63

Gian

Lunes, 21 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

Gia es muchísimas cosas. Apasionada, lista, testaruda, cabezota… y, por supuesto, la jugadora más temible al juego de provocarme que he conocido en mi vida. Cada mirada, cada mensaje, cada susurro telefónico es como si tuviera un manual secreto que solo ella conoce y que me deja completamente fuera de control.

Acabo de correrme con ella al teléfono. Sí, exactamente así. Y sí, mientras escribo esto, todavía me tiemblan las manos. Y sí, estoy tratando de no coger un puto vuelo a Milán esta noche mismo. Porque, joder…, ya está todo perdonado. Ya no hay excusas. Ya no hay malentendidos. No quiero perder más tiempo. No quiero esperar hasta Nochebuena. Quiero tenerla para mí. Siempre.

Cada minuto que paso lejos de ella me parece un insulto a todo lo que siento. Y mientras contengo el impulso de subir al primer avión, me repito una y otra vez: Gia es mía. Mía, con todos sus secretos, sus caprichos, su risa y ese modo de mirarme que me hace olvidar hasta cómo se escribe la palabra «paciencia». Porque después de todo esto no hay vuelta atrás.

Y lo peor (y lo mejor) de todo es que quiero que lo sepa. Quiero que lo

sienta. Que sienta mi hambre, mi obsesión, mi necesidad. Porque esto no es solo deseo. Esto es algo mucho más grande. Algo que no pienso dejar escapar otra vez.

Gia, prepárate. Porque, cuando llegues a Manarola, no habrá distancia, ni correos, ni palabras a medias que nos detengan.

Solo nosotros.

Abrazo virtual,

Gian

64

El Espíritu de la Navidad

Navidad. Esa época en la que todo el mundo cree que se trata de luces, villancicos y dulces. Y no. O no solo. Porque, si hay suficiente electricidad en el ambiente (y en ciertas habitaciones de hotel en Milán con sábanas de alto gramaje y calefacción centralizada), la Navidad, queridos míos, puede convertirse en la temporada con la mayor concentración de tensión sexual por centímetro cuadrado desde la invención del muérdago. Y, si no me creéis, permitidme presentaros al caso clínico más reciente: GiGi. Alias: «Esto-no-es-lo-que-parece» y «Pero-vamos-a-hacer-que-lo-sea».

Él: un hombre que normalmente tiene más autocontrol que un monje tibetano en huelga de orgasmos. Ella: una mujer con la clara intención de ser buena, pero con un talento prodigioso para la provocación navideña de alto voltaje. ¿Resultado? Han pasado de correos formales con puntos y comas a llamadas tan intensas que hicieron que un par de renos del Polo Norte pidieran baja por agotamiento emocional.

Porque Navidad no es solo dar y recibir regalos. Navidad también es reavivar lo que creías apagado, morderte los labios para no decir «te deseo» demasiado pronto, jugar con las pausas largas y

entender que a veces el verdadero milagro no viene en una caja, sino en un mensaje a las 2.47 de la madrugada que empieza con «¿estás despierta?» y termina con una camiseta estratégicamente olvidada en el respaldo de una silla.

Y lo mejor de todo, queridos míos, es que a veces esa pasión no se apaga con las luces de enero. No se esfuma con los descuentos de rebajas ni con el táper de canelones que te da la *nonna*. Se queda. Flotando. Como aroma de panetone recién hecho, sí… Pero infinitamente más peligroso. Y mucho mucho más adictivo.

Así que si vosotros, inocentes criaturas, aún pensáis que la Navidad es solo nieve, villancicos y calcetines con renos… es que nunca habéis vivido una Nochebuena con Gia y Gian.

Y, francamente, eso es algo que deberíais plantearos añadir a vuestra lista de deseos.

65

El Espíritu de la Navidad

Martes, 22 de diciembre de 2026

El 22 de diciembre de 2026 ocurrió algo precioso. Y ligeramente indecente. Pero precioso igual. Porque el amor tiene formas muy creativas de manifestarse.

Ese día, por ejemplo, el amor llegó en forma de paquete urgente a un hotel de Milán. Pequeño. Discreto. Con remitente italiano.

Dentro había un vibrador.

Sí, queridos míos. No me miréis así. La Navidad es una época de generosidad.

Gia abrió el paquete con la curiosidad peligrosa de alguien que conoce demasiado bien al remitente. Lo sostuvo un momento en la mano. Lo observó como si fuera una pieza de arte contemporáneo titulada «Las malas decisiones sentimentales de mi vida, volumen II». Y entonces hizo lo que cualquier mujer con carácter, curiosidad y una relación complicada con su novio haría.

Lo probó.

Mientras tanto, a unos doscientos kilómetros, Gian entraba en su despacho con Ángelo detrás, preparándose para una tarde de abogados, contratos y frases larguísimas que nadie entiende, pero

todo el mundo finge entender.

Estaba convencido de que Gia tardaría en responder. Que lo haría esperar. Que lo castigaría un poco. Dos minutos después, su móvil vibró. Y permitidme deciros algo: pocas cosas en este mundo cambian tan rápido el ritmo cardiaco de un hombre como ese tipo de notificación.

De hecho, estoy generoso. Comprobadlo vosotros mismos:

Paquete recibido. Y probado

¿Veredicto?

Me gusta más la tuya

Controla esa lengua, cariño. Estoy trabajando

Si supieras lo que sé hacer con la lengua…

Dos días y estaré allí, Gian. Para hablar

Sí, para hablar. Claro. Mañana tienes esa cena tan importante, ¿verdad?

Importantísima. Estamos hablando de la alta sociedad milanesa. Me van a pagar un pastizal

Me alegro de que te vaya tan bien

¿No odias a Santa Clausura?

¿Odiarla? Pienso que es una genialidad. Estoy deseando que me cuentes toda la historia

¿De verdad?

De verdad. Tan de verdad como que estoy empalmado delante de mi nuevo jefe

¿Te acuerdas de la vecina de tu madre? ¿Esa a la que no le gustaba ducharse y desde la puerta de su casa se olía el hedor a moho, queso fétido y pis de gato? Pues piensa en ella. Desnuda

Joder, menudo bajonazo. Se me ha arrugado tanto que parece un pulgar

De nada

Y así, queridos míos, terminó uno de los intercambios más eficaces en la historia de las erecciones interrumpidas por intervención estratégica femenina.

La Navidad está llena de milagros. Algunos traen paz. Otros

traen besos bajo el muérdago. Y otros, como este, consisten simplemente en un paquete inesperado, un poco de provocación… y una mujer que sabe exactamente cuándo subir la temperatura y cuándo bajarla de golpe. Y, si me preguntáis a mí, todo esto encaja perfectamente con el espíritu de estas fechas. Al fin y al cabo, la Navidad siempre ha sido una época de entregas especiales.

Ahora bien…

Veo vuestras caras desde aquí arriba. Esa mezcla entre escándalo, diversión y «por favor, sigue contando el chisme». Y creedme: lo entiendo. Pero yo no estoy aquí solo para el salseo. También estoy aquí para culturizaros un poco, queridos míos. Porque si algo he aprendido en todos estos siglos observando a los humanos es que os encanta besaros bajo el muérdago…, pero muy poca gente sabe por qué demonios empezó esa costumbre navideña.

Así que, ahora que tengo vuestra atención, acercaos, acomodad ese jersey feo, servíos otro vaso de vino caliente y prestad atención. Porque voy a ponerme histórico.

Empecemos por lo básico: el muérdago no es ese duende sexy que aparece en las pelis y se planta en el marco de la puerta en plan «¡Sorpresa, beso obligatorio!». No, queridos. El muérdago es una planta parásita. Hemiparásita, si nos ponemos técnicos. Se posa sobre otros árboles y les chupa la vida. Tiene unas bayas blancas que parecen minilunas, sí, pero su nombre viene de una mezcla etimológica entre «rama» y «excremento». Porque las semillas las transportan los pajaritos, y no precisamente en una cestita navideña. Romántico no es. Pero es que la ciencia rara vez lo es.

Ahora, pongámonos solemnes: los druidas celtas lo adoraban. Lo cortaban con hoces doradas. Lo usaban en rituales de fertilidad con resultados inciertos, pero mucho entusiasmo. Luego llegaron los

nórdicos, con sus traumas divinos y su drama de ópera noruega. ¿Conocéis a Baldur? Dios brillante, guapo, con *vibes* de protagonista de saga romántica mitológica. Un día empieza a soñar con su muerte. Su madre, Frigg, intenta protegerlo haciendo prometer a todo el universo que no le harán daño. Pero se olvida del muérdago. Porque (ja, inocente de ella) «¿qué daño puede hacer un arbustito?». (Spoiler: mucho).

Loki, el señor del caos con el eyeliner más afilado del Valhalla, construye un arma con muérdago. Baldur muere. Tragedia. Dolor. Lágrimas. Frigg, devastada, decide que ese arbusto asesino debe reconvertirse. Nada de odio. Nada de guerra. Desde ahora, el muérdago será símbolo de besos. De reconciliación. De amor. Sí, lo mató, y ahora lo besan. El *plot twist* emocional más navideño de la historia. Y, a partir de ahí, la cosa solo mejora. El muérdago se convierte en un signo de tregua. Si te cruzas con alguien bajo él, te besas. Y punto.

Luego llega Inglaterra, siglo XVIII. Y los ingleses, con su elegancia emocional pasivo-agresiva, lo convierten en excusa oficial para robar besos con ruido de cascabeles de fondo. Y, como siempre hace falta un poco de orden, crean una regla: por cada beso, se arranca una baya. Cuando se acaban las bayas, se acaban los besos. (El equivalente romántico a «cerrado por inventario», vamos).

Mi normativa personal: los besos bajo el muérdago solo cuentan el 24 de diciembre. Una fecha. Una noche. Una chispa. Porque, si lo dejas abierto todo diciembre, se convierte en un festival de besos *low cost* con cero magia. Pero, si lo reservas para ese momento perfecto…, ay, queridos míos, se convierte en leyenda.

Y ahora que ya estáis un poco más culturizados, podéis volver tranquilamente a vuestros dramas románticos. Pero recordad: si esta Nochebuena veis una ramita colgando del dintel, no frunzáis la nariz

ni pongáis los ojos en blanco. Estáis participando en una tradición que mezcla ciencia, mitología, fertilidad, sangre, drama, reconciliación… y un poquito de descaro navideño con lengua.

Besad.

Con intención.

Que el beso merezca la última baya.

Y, si no hay beso…, que haya al menos una mirada de esas que derriten el Polo Norte.

Buon Natale, cari miei.

66

Gia

Miércoles, 23 de diciembre de 2026

Dear Miss Santa Clausura:

I write to you from the breathtaking Cinque Terre, where the sea sparkles and the air smells of lemon and salt, a place where love should feel effortless… and yet, here I am, heart heavy. My girlfriend, whom I once trusted entirely, has suggested engaging in… a ménage à trois. I must confess, this proposal has shattered the delicate trust I placed in her. What was once a bond of intimacy now feels precarious, and I can no longer convince myself that her intentions align with mine.

I am here, ostensibly for a serene Christmas by the Ligurian coast, but in truth, I seek the courage to close this chapter.

I request, therefore, that you assist me in formally terminating this relationship before the festive celebrations descend in full glory. Let it be done discreetly, elegantly, and without further emotional casualties.

Yours faithfully,

Lady Beatrice Harrington

Mi primer propósito de año nuevo va a ser apuntarme a una

academia de inglés. A una buena, con profesores nativos y todo eso. Porque, sinceramente, ni con mi B1 he logrado descifrar el correo de lady Beatrice Harrington sin recurrir a Google Translate, intuición femenina y una pizca de desesperación.

Mi segundo propósito es aún más ambicioso: hacerme tan obscenamente rica que pueda cenar en restaurantes como el Cracco todos los fines de semana. Vestida de gala, con copa de champán en la mano y una sonrisa de satisfacción en la cara. Porque sí, estoy cenando aquí. Rodeada de mármol, arte y un nivel de opulencia que haría llorar de envidia a cualquier influencer de Dubái.

Estoy sentada en la misma mesa que Giovanna y su próximamente exmarido. Lo cual, ya de por sí, tiene cierto morbo, pero se vuelve aún más interesante cuando te cuento que, por primera vez en toda mi trayectoria, no estoy detrás de la cortina organizando luces, flores y el discurso final. Esta vez soy comensal. Invitada. Y, aunque Lele y yo normalmente evitamos a toda costa participar en nuestras cenas, Giovanna ha insistido tanto que habría sido de mala educación decir que no. Especialmente cuando esta viene con entrantes de estrella Michelin y un plan secreto para humillar en público a su marido infiel durante el postre.

Así que aquí estoy. En el corazón palpitante de Milán, con un vestido que me aprieta justo lo suficiente como para recordarme que hoy voy a disfrutar (y a cobrar miles de euros), en una mesa larga, elegantemente decorada, compartiendo cubiertos y tensiones con varios miembros de la familia de ambos. Incluida ella. La hermanastra. Esa misma con la que Francesco tuvo la brillante idea de enredarse.

Los presentes tienen todos una mezcla entre incomodidad, curiosidad y expectación. Y lo más surrealista de todo es que la única que parece disfrutar de la velada, además de Lele y yo, es

Giovanna. Giovanna, con su moño de bailarina, su vestido rojo de pura venganza y esa sonrisa de mujer que sabe que tiene un as bajo la manga. O, en su caso, una serie de fotos comprometedoras que piensa sacar justo cuando sirvan el tiramisú.

La velada comienza con una sucesión de miniobras de arte comestibles que llegan a la mesa como si fueran joyas en una subasta. Y cada bocado es perfecto. Tan perfecto que me da rabia no poder disfrutarlo sin estar pendiente de cuándo va a estallar el escándalo. Porque la tensión en el ambiente podría cortarse con un cuchillo de mantequilla. O, mejor dicho, con uno de esos cuchillos de plata que hay en la mesa y que no sé para qué sirven, pero me da miedo usarlos mal y quedar como una ignorante.

Para añadirle una capa más de drama millonario, en una esquina del salón hay un cuarteto de cuerdas tocando piezas clásicas. En directo. Violines, viola y violonchelo. En estos momentos están interpretando una versión delicadísima de *Clair de Lune*, y te juro que, si Giovanna sacara una daga del bolso y la clavara en el plato de Francesco, no desentonaría en absoluto.

Al final, con el tiramisú, presentado en un platito de porcelana tan bonito que me entran ganas de metérmelo en el bolso, llega también la artillería pesada. Un camarero con guantes blancos aparece con una bandeja. Pero no lleva postres extra. Ni *petit fours*. Lleva sobres. Uno para cada comensal. Como si fueran tarjetas de agradecimiento, pero en versión «te voy a destrozar la reputación delante de toda nuestra familia». Y justo entonces, Giovanna, siempre tan divina, tan glacialmente compuesta, coge su tenedor y hace sonar suavemente el borde de su copa de vino.

Clin, clin, clin.

Todas las conversaciones cesan. Los cubiertos se quedan a medio camino entre plato y boca, e incluso los músicos se miran

entre sí, preparados para parar de tocar bruscamente y hacer más intenso el momento.

Giovanna inclina un poco la cabeza, sonríe y, con la voz más dulce del mundo, suelta:

—Francesco, mi amor, ¿te acuerdas de la vez que te confundiste de cama y acabaste en la de tu hermanastra?

Se hace el silencio. Ese tipo de silencio incómodo en el que hasta los camareros se congelan y fingen reorganizar las servilletas como si les fuera la vida en ello. Francesco se atraganta con su vino. La hermanastra, sentada justo enfrente de mí, parpadea como si le hubieran lanzado un flash a la cara. Y yo me acabo de beber medio vaso de agua de un trago, porque en este momento el vino me parece una decisión de alto riesgo.

—Ay —añade Giovanna, girando su copa con una elegancia asesina—, qué tiempos. Menos mal que la memoria del iPhone es infinita. ¿Verdad, tesoro?

Francesco intenta sonreír. Pero es como ver a un gato mojado intentando hacerse el interesante.

—Giovanna…, mi amor…, no estarás hablando en serio.

—¿Yo? —responde ella, con fingida sorpresa—. Claro que sí. No interrumpiría un tiramisú como este por una broma. Tengo límites, ¿sabes? Podéis abrir los sobres.

Ras. Ese es el sonido de veinte personas abriendo papel satinado a la vez. Y lo que hay dentro…, bueno. Las fotografías. Una selección impecable de imágenes en las que Francesco aparece con su hermanastra. En varias posiciones. Ninguna de ellas legalmente recomendable si compartes un árbol genealógico. Una de las fotos tiene como telón de fondo un cuadro que reconozco del pasillo de casa de Giovanna, y en otra está el pañuelo de su madre (sí, el que la pobre señora lleva en estos momentos) haciendo de esposas.

—¡No es lo que parece!

—¿Ah, no? —replica Giovanna con la ceja levantada—. ¿Entonces no estás tú, con el pañuelo favorito de mi madre, y con tu hermanastra, en mi cama?

Francesco hace lo que cualquier hombre pillado con las manos en la lencería ajena haría: las levanta como si se rindiera ante la evidencia. Y, en ese momento exacto, el mismo camarero que había traído los sobres vuelve a aparecer con otra carpeta. La deja frente a Francesco. Con una reverencia discreta.

—La cuenta, señor —dice—. Y… el paquete de documentos legales, cortesía de la señora Giovanna.

Francesco abre la carpeta. Saca las hojas. El divorcio. Listo para firmar. Con bolígrafo incluido. Y, sin decir ni una palabra más, se levanta, empuja la silla, tira la servilleta al plato y se va, atravesando el comedor del Cracco igual que si fuera la pasarela de la vergüenza. La hermanastra sale detrás, y las puertas se abren con un susurro elegante y se cierran tras ellos como si hasta el local quisiera sacarlos de su sistema. Y luego hay más silencio hasta que los músicos, retomando su función como si nada, comienzan a tocar una versión instrumental de «I Will Survive».

Giovanna se acomoda en su silla y me sonríe orgullosa mientras toma otro sorbo de vino.

—Misión cumplida, querida.

Yo solo puedo levantar la copa y brindar por ella. Por la planificación. Por la ejecución. Por todo.

—Me encanta mi trabajo —suelta Lele, antes de unirse al brindis.

67

Gian

Miércoles, 23 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

¿Podemos adelantar lo de la lencería roja de Año Nuevo a Nochebuena?

Siempre te ha quedado de muerte.

Abrazo virtual,

Gian

La trattoria está casi vacía. El tipo de sitio donde las luces son lo bastante tenues como para perdonar tus ojeras, la música suena a volumen de confesionario y los camareros no te juzgan si estás con la tercera cerveza sin haber tocado los entrantes. Un lugar perfecto para hablar de mujeres imposibles y decisiones que arruinan vidas. O las salvan.

Ángelo está enfrente, girando su copa de vino como si esperara que dentro apareciera una respuesta. Yo estoy en ese punto del día en el que el cansancio se mezcla con los pensamientos que has estado empujando mentalmente durante horas, hasta que se cansan

de esperar y te atropellan todos a la vez.

—¿Le escribiste? —pregunta, con esa media sonrisa suya que parece inocente, pero no lo es—. Qué calladito te lo tenías.

Sus cejas están algo arqueadas, su copa medio vacía y su paciencia completamente a mi servicio. Como siempre.

—Sí. Es… una historia larga.

—Las que merecen la pena siempre lo son —dice, sin pestañear.

—Pues prepárate para la versión resumida: le escribí sobre Gia. Y… resultó que ella era Gia.

Ángelo me mira. Parpadea. Y luego suelta un silbido bajo mientras se recuesta en la silla.

—¿Me estás vacilando?

—Ojalá. Le mandé un montón de correos sin saber que era ella. Luego hubo una cena de reconciliación. Magia. Nos arreglamos. Todo parecía bien. Hasta que en mi cumpleaños apareció su ex, un gilipollas, y lo soltó como quien dice que va a llover.

—Joder…

—Sí. Joder. Fue como si todo se me cayera de las manos. Me enfadé. Me… dolió. Sentí que me lo había ocultado a propósito, que me había… traicionado. Supongo que no era tanto por lo que hizo, sino por lo que me removió. Y luego, para variar, me sentí culpable por estar enfadado. Porque…, joder, es Gia. Ella no hace las cosas para hacer daño.

Ángelo asiente. No me interrumpe. Solo me mira, con esa cara suya de psicólogo emocional no titulado pero altamente efectivo.

—Ella trató de explicármelo. Me pidió perdón, con esa forma suya de hacerlo sin suplicar. Me contó por qué lo ocultó, por qué tuvo miedo de decirme la verdad. Y yo… no quise escucharla. Tenía el ego demasiado herido. Pero ahora… —me llevo las manos al pelo, agotado—, ahora es como si todo tuviera sentido. Ya ni me importa.

—¿Y entonces? —dice él, con suavidad.

—Entonces… nada. Se fue a Milán a una de sus cenas. Voy a verla mañana.

Ángelo se inclina un poco hacia mí.

—¿Y qué esperas encontrar?

—A ella —respondo, seguro—. A la Gia de siempre. La que me descoloca con una sola frase. La que me escribe cosas que me ponen duro en medio de una junta de abogados. La que me rompe y me recompone sin darse cuenta. La que no quiero volver a perder.

Ángelo me mira con esa intensidad silenciosa que solo tienen los amigos de verdad. Él me ha visto en todas mis versiones: la decente, la desastre, la orgullosa, la enamorada. Y entonces, sin florituras, sin dramatismo, sin fuegos artificiales, dice:

—Pues… dúchate. Con agua caliente. Lávate bien el pelo, por Dios. Y ponte esa camisa roja que te hace parecer menos imbécil de lo que eres.

—Eh… Vale —respondo, medio riendo.

—Y lleva condones —añade, levantando su copa—. Por si la conversación se pone… productiva.

Levanto la mía.

—Eres un imbécil.

—Pero… —prosigue, ignorándome—. Hagas lo que hagas, no la pierdas, tío. No pierdas al amor de tu vida.

Y yo solo puedo asentir. Porque, cuando has tenido a Gia entre los brazos, no hay un solo universo en el que perderla te parezca una opción.

68

Gia

Jueves, 24 de diciembre de 2026

Dear Miss Santa Clausura:

It appears you've been praying where you shouldn't have, as I've discovered your past correspondence with my girlfriend, Beatrice. I must say I don't appreciate surprises of this kind. One might expect discretion, or at least subtlety, but apparently, I was mistaken. I find it both amusing and insulting that Bea assumes I would quietly accept her decisions about us.

I therefore request that you do not take our case. I myself will make this closure as effective as her audacity was unfortunate. No further correspondence is required, unless it is to confirm that this matter is definitely closed.

Very truly yours,

Miss Cordelia Ashford

Hemos llegado hace unas horas desde Milán y, sinceramente, aún tengo el culo cuadrado por el viaje. Pero también tengo la piel hidratada, gracias al lujoso aire acondicionado del jet privado de Giovanna, y una vista panorámica de Cinque Terre que me hubiese

gustado fotografiar si no tuviera el móvil sin batería. El avión nos ha dejado en un aeródromo ridículamente pequeño, y desde ahí un taxi nos ha traído hasta la oficina.

Hoy es Nochebuena. La Vigilia. En Italia, eso significa una sola cosa: pescado. Nada de carne, por decreto eclesiástico y por amor a las tradiciones culinarias que implican bacalao, almejas, calamares y todo lo que haya tenido branquias alguna vez. La famosa cena de los siete peces. Una mezcla de superstición, fe y colesterol del bueno.

Después de recoger a mis hijos perrunos de casa de mi madre (que me ha dejado claro que no soy tan buena madre como ella), he ido a dejar las maletas a Corniglia, me he pegado una ducha de esas que te reconcilian con la existencia, y he aterrizado aquí, en la oficina, con la firme intención de aprovechar estas horas de calma para trabajar. Porque sí, es 24 de diciembre, pero la Señorita Santa Clausura no puede cogerse vacaciones antes de tiempo.

Estoy tratando de descifrar el correo de miss Cordelia Ashford cuando Lele entra con su ya mítico jersey de renos (ese que su madre le obliga a ponerse cada Nochebuena porque, «si no hay ropa ridícula, no hay bendición») y una taza de chocolate caliente que tiene encima tanta nata que podría clasificarse como postre con sombrero.

—Gia, escúchame una cosa —anuncia sin siquiera saludar, y se deja caer en el sofá como si le hubieran disparado con una bala de turrón—. El amor está en todas partes. Solo hay que saber mirar.

Levanto una ceja, sin apartar los ojos del portátil.

—¿Vas a seguir soltando frases profundas o piensas decirme qué quieres?

—No, en serio. Si lo buscas, tengo la corazonada de que descubrirás que el amor, en realidad, está por todas partes. Lo dijo… Shakespeare, creo.

Parpadeo lentamente. ¿Me está vacilando? ¿Estoy teniendo una alucinación inducida por los vapores del chocolate con nata? ¿Se le ha ido la pinza y no me he dado cuenta hasta ahora?

—Lele. Esa frase no la dijo Shakespeare.

—¿Y? —responde, encogiéndose de hombros con toda la tranquilidad de quien jamás ha tenido razón, pero ha salido impune —. ¿Acaso no es la Navidad el momento ideal para creérselo todo un poquito? Incluso las frases mal atribuidas.

—Ay, Lele. Cállate, por favor.

—Vale, pero lo dijo Shakespeare.

—¡Que no lo dijo Shakespeare!

Ella sonríe con la satisfacción de una niña que ha escondido una rana en la mochila de su hermano. Se relame la nata del borde de la taza, me lanza una mirada cómplice y baja la voz.

—Bueno, vale, no lo dijo Shakespeare. Y, bueno, vale, te diré lo que quiero. Necesito que me hagas un favorcito. Pequeño. Pequeñín. Mis padres han encargado el postre para esta noche en la Trattoria dal Billy. Tendría que ir sobre las siete a recogerlo, pero no puedo.

—¿Y me lo pides así? ¿Después de citar mal *Love Actually* y hacerme pensar que has perdido lo poco que te quedaba de juicio?

—Sí. Porfa. Gracias, preciosa. Te adoro.

Suspiro. Porque es Nochebuena, porque su jersey es objetivamente feo y porque, aunque no me lo merezca, soy una buena persona.

—Vale, vale. Pero deja de decir tonterías de una vez. Me estás preocupando. Quizá deberías ir dejando el chocolate. Tiene efectos secundarios.

—Gracias, *amore*. *Sei un angelo.*

A las siete en punto (que en mi idioma significa las siete y cuarto y

con el abrigo mal abrochado) llego a la Trattoria dal Billy, con el móvil en una mano y una bolsa de tela en la otra. Me reciben con una sonrisa, olor a salsa casera y música de Andrea Bocelli de fondo.

El pedido de Lele está listo. Tres bandejas perfectamente empaquetadas con postres que huelen a gloria celestial: un tronco de Navidad de chocolate, unos cannoli de ricotta y algo que parece ilegalmente bueno y que Lele ha llamado «sorpresa *semifredda*».

—*Buona Vigilia*, Gianna —me dice el chef con una sonrisa.

—Igualmente, Roberto.

Cargo con todo, doy las gracias, intento no llorar de emoción por el olor a vainilla y mantequilla, y me dirijo hacia la puerta, dispuesta a volver al mundo exterior. Tengo que pasar por casa de Lele a dejarle el pedido, y luego seguir rumbo a la cena familiar con mis padres y mis tíos de Castel Gandolfo, que vendrán con más regalos de los necesarios, cotilleos romanos y muchas preguntas sobre por qué sigo soltera y si de verdad me pagan por ser una «rompe relaciones». Y pienso enseñarles la transferencia generosísima que me hizo anoche Giovanna como respuesta.

Estoy cruzando la puerta cuando la magia navideña decide hacer acto de presencia. Porque, justo cuando la empujo para salir, entra Gian. Y, como si el día de por sí no fuera demasiado dramático, me choco con él. Pecho con pecho. Cara con cara. Olor a colonia masculina elegante y sexy con olor a postre navideño. Y mis manos, con las tres cajas apiladas, tiemblan.

—Perdón —decimos los dos a la vez.

Levanto la vista. Y ahí está. Con el pelo algo despeinado por el viento, la bufanda gris de siempre y una expresión en la cara que mezcla una sonrisa sospechosa y algo más. Algo que reconozco. Porque yo también lo estoy sintiendo.

Nos quedamos los dos parados en la puerta. Yo con las bandejas

en la mano, él con la suya todavía en el pomo, y ese silencio repentino que hace que de pronto todo el mundo parezca haberse metido dentro de las casas.

Sobre nosotros, está el muérdago. Una sola baya. Solitaria. Blanca. Como si fuera el comodín de una película romántica navideña. Como si el universo tuviera un presupuesto limitado para milagros y dijera: «Bueno, venga, una bolita para estos dos pesados. Os doy una última oportunidad, no la fastidiéis».

Él la ve. Yo la veo. La vemos. Y nos miramos.

—Oh.

—Oh —me imita, y está sonriendo.

—Hola.

—Hola —dice él, con la voz un poco más grave que la última vez. O quizá es que hace frío y todo suena distinto.

Se me revuelve el estómago. Porque no estaba preparada. Porque no me había mentalizado todavía. Porque no me he pintado los labios ni he ensayado el discurso ingenioso que quería soltarle antes de abalanzarme sobre él.

Levanto las bandejas como si fueran pruebas forenses de… algo. No sé de qué. No sé qué estoy haciendo.

—Estoy traficando con repostería de lujo. Encargo navideño. Misión *semifredda*. Entrega especial a Lele Claus.

—Ya veo.

Nos quedamos ahí, en medio de la puerta, interrumpiendo el flujo natural de los clientes, que ahora tienen que maniobrar entre nosotros como si fuéramos estatuas vivientes. Nadie dice nada sobre el muérdago. Pero todos lo miran. Y yo también. Y él también. Y lo sé. Y él lo sabe. Y el universo, ese sádico que se divierte con mi vida sentimental, también lo sabe. Y como soy yo, y estoy nerviosa, y tengo una larga y documentada historia de decir estupideces cuando

me da ansiedad, empiezo a hablar.

—Aunque técnicamente no estoy traficando porque esto no es ilegal. O eso creo. Quiero decir, sería ilegal si estuviera revendiendo los postres en el mercado negro, pero no, solo los estoy transportando, como una especie de elfo pastelero de la Navidad. Y además huele todo tan bien que, si tú me dijeras ahora mismo que quieres comerte uno aquí en la acera, yo te diría que sí, aunque sería raro. Un poco. Bastante. En plan ¿quién se besa bajo el muérdago con olor a cannoli de ricotta? ¡Aunque no es que vayamos a besarnos! O sea, no lo he dicho por eso. Lo he dicho como ejemplo. No porque quiera. Quiero decir, no porque tú quieras. O sea. No sé. ¡Ay, Dios!

Me paro. Me detengo. Porque estoy a punto de decir la palabra «feromonas» y eso sería ya irreversible. Y entonces él me mira. Pero me mira bien. Con esa mezcla de paciencia y peligro, como si me estuviera escuchando y al mismo tiempo estuviese planeando algo que haría sonrojar a las monjas del convento de Volastra. Y da un paso más cerca, apenas un palmo, pero suficiente como para que yo lo sienta todo. Su olor. Su cuerpo. Su intención…

—Estamos debajo de la última baya del muérdago, cariño. Sería un crimen no besarnos.

Mis rodillas se convierten en mantequilla fundida. Mi cerebro lanza una alerta general que si existiera realmente diría algo como «¡Alerta roja! ¡Sistema central caótico! ¡Reiniciar emociones ya!» Y mi boca, que no sabe cuándo callarse, intenta contraatacar.

—Bueno, técnicamente no es la última, última. O sea, seguro que hay más muérdagos en Manarola con bayas, en las puertas de casas o colgando en iglesias o…

Pero él ya ha dejado las palabras atrás. Inclina la cabeza. Y baja la mirada a mis labios. Y yo dejo de hablar. O al menos lo intento.

Porque Gian, ese Gian que me rompió el corazón y que me lo volvió a coser con hilo rojo y descaro, se inclina un poco más. Y el frío, las cajas, la gente entrando y saliendo de la trattoria, todo lo demás… desaparece. Solo estamos él, yo y esa baya solitaria que, francamente, brilla más que todas las luces del belén.

Y, antes de que sea capaz de reaccionar, me besa.

Despacio, al principio. Como si estuviera esperando que yo decidiera si sí o si no. Como si se acordara de cada uno de los sitios en los que nos habíamos roto y eligiera, con cuidado, dónde volver a empezar. Y yo no pienso. No razono. Solo sé que dejo las cajas sobre el banco de madera junto a la entrada, que libero mi mano izquierda y que mis dedos se enredan en su bufanda, acercándolo más.

El beso se vuelve más profundo, más urgente, como si la Navidad no empezara oficialmente hasta que sus labios tocaran los míos. Mi corazón va tan rápido que creo que ha abandonado el cuerpo, y él se inclina un poco más, una mano en mi cintura, la otra apoyada junto a mi cabeza, contra el marco de la puerta. Como si quisiera protegerme de todo lo demás. Como si el mundo no tuviera derecho a interrumpirnos todavía.

Todo en mí vibra. El pecho, la piel, el recuerdo de él. Y lo que es peor: las ganas. Ganas de quedarme así para siempre. Ganas de confiar. Ganas de que no sea solo un beso bajo un muérdago barato, sino algo más. Algo que no se dice con la boca, sino con la intención.

Cuando nos separamos, lo hacemos despacio. Como si quitáramos una tirita. Como si no quisiéramos romper el hilo invisible que aún nos une. Nos miramos. Él aún tiene la mano en mi cintura. Yo aún tengo la respiración secuestrada.

—Vamos, Señorita Santa Clausura —dice, sonriendo—. Te

acompaño a casa.

69

Gian

Jueves, 24 de diciembre de 2026

Querida Srta. Santa Clausura:

A partir de esta Navidad, nuestras familias no deberían comer por separado nunca más. Y sabes lo que eso significa, ¿verdad? Que estás atrapada conmigo para siempre, cariño. Y no pienso soltarte jamás.

Abrazo de oso,

Gian

Acompañarla es lo más natural del mundo. Como si el beso no hubiera dejado dudas. Como si después de tantas vueltas, tanto ruido mental, tanto miedo, nuestros silencios hubieran aprendido por fin a hablar en el mismo idioma. El nuestro.

Gia camina a mi lado, con las cajas de postres agarradas como si fueran lo único estable en este universo inestable. El viento le alborota el pelo de una forma que me cuesta no tocar. Lo dejo estar. Apenas.

No dice nada, pero lo está diciendo todo con el cuerpo. Lo noto en la manera en que se muerde el labio inferior sin darse cuenta, en

cómo aprieta los dedos sobre el cartón con un poco más de fuerza de la necesaria, en cómo gira la cabeza cada pocos pasos para asegurarse de que sigo ahí. Como si no se fiara del todo de que esto esté ocurriendo. Y yo la entiendo. Vaya si la entiendo. Porque tengo el mismo miedo.

Así que no digo nada. Dejo que hable el silencio. Que el deseo se cocine a fuego lento, como los ragús de su madre, como los inviernos de Manarola, como las segundas oportunidades. Nos detenemos frente a la casa de la madre de Lele. Gia toca el timbre y, en menos de cinco segundos, la puerta se abre con un estruendo y aparece Lele disfrazada de reno psicodélico, agitando los brazos como si acabáramos de salvar la Navidad.

—¡Gracias, gracias, gracias! —grita, con teatralidad—. ¡Os debo la vida! ¡Os donaré un riñón si lo necesitáis! ¡O los dos! ¡Adiós!

Y, antes de que podamos responder o asimilar el tsunami de entusiasmo, cierra la puerta de golpe. El silencio vuelve. Pero no es incómodo. Es expectante. Gia se queda quieta, con las manos por fin vacías. Las observa como si no supiera qué hacer con ellas. Y entonces me mira. Esa clase de mirada que no sabe si reír o llorar, que se aferra al presente porque el pasado pesa y el futuro asusta.

—Estaba compinchada, ¿verdad?

—Compinchadísima —respondo, sin adornos.

Ella suelta una risa que le sacude los hombros, esa mezcla de incredulidad y cariño resignado que solo se reserva a las mejores amigas. Niega con la cabeza.

—¿Vamos a mi casa? Aunque te advierto que está toda mi familia y… no sé si será un poco raro.

—Vamos a la mía —le digo, bajando la voz solo un poco. Lo suficiente para que suene íntimo—. Necesito hablar contigo antes de que entres en la jungla navideña de Castel Gandolfo.

Ella me estudia por un segundo, sonríe y asiente. Y caminamos. Mi casa está a tres calles, y las luces navideñas parpadean por todo el barrio como si fueran latidos. Cuando entramos, Gia se quita el abrigo sin que se lo pida. Lo cuelga. Se queda ahí, en medio del salón, con el jersey un poco demasiado ajustado y las mejillas encendidas por el viento. O por mí. O por los dos.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro, con las luces del árbol encendidas y el reloj marcando algo más que el tiempo. Marca un después. Un «¿y ahora qué?». Ella toma aire, como si estuviera a punto de lanzarse a una piscina de palabras. Pero me adelanto.

—No hace falta que me lo expliques de nuevo —le digo, suave.

Gia frunce el ceño, confusa, pero no me interrumpe.

—No hace falta que me digas que no querías hacerme daño. Lo sé. Siempre lo he sabido.

—Yo…

—Escúchame —le pido, acercándome un poco más. Lo justo para que pueda sentir mi calor, pero no tanto como para tocarla. Aún no —. Todo lo que pasó, todo lo que callamos, todo lo que no supimos hacer mejor… nos jodió, sí. Pero también nos ha enseñado.

Ella contiene la respiración. Yo no.

—Hemos aprendido que las verdades hay que decirlas a tiempo, Gia. Que el silencio puede herir más que un grito. Que el amor no basta si no lo cuidamos. Y que una segunda oportunidad no es volver al punto de partida, es empezar desde un lugar nuevo. Uno donde ya sabemos lo que duele. Y, aun así, decidimos quedarnos.

La distancia entre nosotros ya no es distancia. Es un umbral.

—Yo no quería perderte —susurra ella.

—Y yo no quería volver a encontrarte solo para tener que dejarte otra vez.

Silencio. De esos que erizan la piel. De esos que solo existen

cuando hay algo más que deseo. Cuando hay historia. Cuando hay ganas. Entonces ella se ríe. Apenas. Como para romper la tensión. Como para no llorar.

—Eres un cursi de los que ya no quedan.

—Y tú tienes miedo, cariño.

—Sí, un poco.

—Bien. Porque yo también.

Doy un paso más. Ya no hay espacio entre nosotros. Siento su respiración contra mi cuello. Su pecho rozando el mío. Su perfume, ese que me recuerda a finales felices que aún no han pasado.

—Quererse bien —le digo— no significa no equivocarse. Significa aprender a hacerlo mejor. Juntos. Aprender a perdonarnos. A decir la verdad incluso cuando da miedo. A mirarnos a los ojos y decidir que el amor no es un premio, es un trabajo de dos.

Ella no se mueve. Pero la tensión lo dice todo. Está ahí. En sus hombros tensos, en el leve temblor de sus labios, en cómo sus pupilas bajan a mi boca.

—¿Y si volvemos a cagarla?

—Entonces lo hablamos y lo arreglamos. Juntos.

Gia alza la mano, despacio, como si temiera romper algo, y me roza el cuello con la yema de los dedos. Es un gesto minúsculo. Pero me recorre la columna como una descarga eléctrica.

—Quiero construir algo contigo —dice, apenas audible—. Pero no desde la culpa. Lo quiero desde la verdad. Desde ahora. Desde este beso.

Y entonces me besa. Ella. La valiente. No hay muérdago esta vez. No hay excusas. No hay nada entre nosotros, salvo todo lo que sentimos. Su cuerpo se pega al mío con una confianza que me desarma. Su boca me busca como si el tiempo no hubiera pasado. Como si nunca se hubiera ido. Mis manos la rodean con una certeza

feroz. Como si por fin hubiese vuelto a casa.

El beso es distinto. No es despedida. No es disculpa. Es promesa. Es ancla. Es fuego. Y, cuando se rompe, lo hace con un suspiro. El de ella. El de mi Gia. Su aliento roza mis labios como una confesión muda, y nos quedamos así, tan cerca que, si uno respira, el otro lo siente. Tan cerca que el mundo se reduce a esto. A nosotros.

—¿Acaso tienes idea de lo que significas para mí, Giancarlo Di Laurentis? —susurra, con la voz rota, dulce, valiente. Como si preguntarlo la hiciera vulnerable. Como si no supiera que acaba de volverse la dueña de todas mis certezas.

—Sí —respondo. Y lo digo como si acabara de abrir el mejor regalo del mundo. Porque lo he hecho. Porque es ella. Porque es ahora—. Porque tú también lo eres para mí, Gianna Bellini.

Fuera suena un villancico. Uno de esos lentos, ridículamente melosos, tan perfectamente navideños que casi parecen una broma cósmica. Gia sonríe. Yo me enamoro un poco más. Como si eso fuera posible.

—Feliz Navidad, Gian.

—Feliz Navidad, Gia.

Pero no nos movemos. No todavía. Hay una chispa entre nosotros. No se ha ido. Nunca se fue. Es el eco del beso, el calor retenido en la piel, el deseo apenas contenido que flota en el aire como electricidad estática, esperando un roce, un gesto, una decisión. Y entonces ella lo hace. Se acerca un poco más. Solo un poco, pero lo suficiente para que su cuerpo roce el mío. Para que el latido entre mis costillas se dispare como si no entendiera que esto es real. Que ella está aquí. Que hemos sobrevivido a diciembre, al pasado, a nosotros mismos.

Gia me mira con esa mezcla de ternura y peligro que solo ella

sabe manejar. Me recorre con los ojos como si estuviera memorizando el mapa de un lugar al que siempre ha querido volver. Y, cuando habla, su voz es apenas un murmullo, pero tiene la fuerza de una tormenta.

—Llevo días esperando que llegue Nochebuena. Esperando… esto.

No dice más. No hace falta. Porque «esto» es su cuerpo contra el mío, su boca todavía húmeda por el beso, mis manos que tiemblan por no recorrerla ya. «Esto» es el deseo contenido, el amor aprendido, la certeza nueva. «Esto» es futuro. Con ella. Con nosotros.

—Créeme, yo también. Y, si sigues mirándome así, Gia, voy a tener que besarte otra vez. Y no pienso parar. Tu familia puede esperar.

Ella sonríe. Esa sonrisa suya. Esa que viene de muy dentro. Esa que me jodió la vida y ahora me la está salvando.

—¿Y quién dice que quiero que pares?

Y entonces, como si hubiéramos estado aguantando la respiración desde hace meses, la tensión explota en algo más. Mis labios encuentran los suyos, y esta vez no hay espacio para la contención. No hay pausa. No hay miedo. Solo el presente. Sus dedos se enredan en mi camisa, mis manos bajan por su espalda hasta que noto cómo se arquea contra mí. Es calor y piel y necesidad envuelta en jersey de lana. Es una danza antigua que nuestros cuerpos recuerdan mejor que nosotros. Es ella, de nuevo, y yo, por fin.

Y en algún momento (no sé si entre su risa jadeante o el tirón impaciente con el que me desabrocha el primer botón) lo entiendo. Este es el final. El final de todas las excusas. El final de la espera. El final donde, por una vez, el beso no significa adiós, sino casa. Donde

el amor no se pide permiso, se elige. Una y otra vez.

Ella me empuja hacia el sofá sin romper el contacto. Se sienta sobre mí con una facilidad peligrosa, como si siempre hubiera sido su sitio. Mis manos en sus caderas. Su boca en mi cuello. Su voz, apenas un susurro contra mi oído:

—Solo una cosa, antes de que me quites el jersey.

—Dime.

—Tú tampoco llevas nada debajo, ¿verdad?

Me río. Santo cielo, me río como un idiota enamorado.

—Gia…

—¿Sí?

—Cierra la puerta con llave. Esto va para largo.

Y, mientras el villancico de la calle cambia a otro aún más cursi (uno con campanitas y todo, porque el universo es así de cruel y de exacto), ella me besa de nuevo. Y el mundo por fin se detiene en el lugar exacto donde siempre debió empezar.

Con ella. Conmigo. Con un «te quedas» que no hace falta decir porque ya lo estamos haciendo.

70

El Espíritu de la Navidad

Nochebuena.

Esa velada gloriosamente absurda en la que los humanos decidís vestiros como si fuerais a cantar en el *Mamma Mia! Navidad Edition*, patrocinado por Swarovski y con dirección artística de vuestra amiga la del eyeliner permanente. Todo eso para… comer. Comer mucho. Comer hasta perder la dignidad, el botón del pantalón y la capacidad de distinguir entre amor verdadero y resaca de polvorón. Y sí, también para fingir (con una convicción que hasta a mí me impresiona) que el turrón duro no es un arma letal. Spoiler navideño: lo es. Lo ha sido siempre. Ni siquiera la magia puede con eso. Pero bueno, yo os quiero igual.

En casa de los Di Laurentis, ese caos encantador se sentía como siempre: luces de colores compitiendo con el árbol por ver quién brillaba más, salsa de tomate casera haciendo burbujitas desde las profundidades de la cocina (el sonido oficial de la felicidad, por si os lo preguntabais) y el inminente enfrentamiento madre-hijo por el debate más italiano de todos los tiempos: ¿panetone o pandoro? (Yo llevo siglos recopilando estadísticas y aún no tengo un ganador claro. Solo muchos carbohidratos).

Pero esa Nochebuena… tenía algo distinto.

Algo que no salía de ningún horno ni se compraba en ninguna tienda de barrio con dependientes disfrazados de elfo. Había un ingrediente secreto flotando en el aire. Un algo. Un todo. Una especie de regalo disfrazado de casualidad. Y no cualquier regalo. Uno que llevaba años escondido en el fondo de un cajón, envuelto en papel de copos de nieve claramente de otra era y con un lazo tan torcido que solo podía ser obra de la *nonna* Agnese, patrona universal del «si no se abre solo, está bien envuelto».

Al final de la noche, cuando la casa entera ya olía a canela, nostalgia y sobremesa larga, solo quedaban ellos dos. Gian y su madre. Ella se levantó con esa solemnidad que solo saca para bodas, funerales o para cuando alguien osa recalentar los espaguetis en el microondas, caminó despacio y colocó una cajita frente a él, como quien deja sobre la mesa una bomba de relojería vestida de papel navideño.

—Es de parte de tu *nonna* —dijo ella, con una sonrisa tan suave que dolía. De esas que esconden más verdades que un brindis con lágrimas—. Me pidió que te lo diera en la Navidad en la que volvieras a encontrarte con Gia.

Y en ese momento, os lo juro por mis alas cubiertas de purpurina, sentí un escalofrío en todo mi ser. Uno de esos buenos. Uno de esos que te dicen: «Ay, esto va a ser precioso».

Ah, Agnese. Qué mujer. Qué leyenda. Qué estratega emocional. La adoro. La adoramos. Lo sé. En vida aseguraba, sin pestañear, que Babbo Natale hacía parada técnica en su casa antes que en ninguna otra porque en otra vida había sido su elfo personal. Y lo decía con tanta seguridad que nadie se atrevía a contradecirla. Ni siquiera yo, y eso que técnicamente soy su jefe.

Gian abrió la caja. Sus dedos temblaban, pero no por el frío. No

por el vino. Temblaban como tiemblan los valientes cuando están a punto de recordar algo que nunca olvidaron del todo.

Dentro, queridos míos, había dos anillos.

Pequeños, dorados, preciosos, brillantes como si supieran perfectamente que su momento había llegado. Llevaban un grabado casi invisible: «GiGi». Dos sílabas. Un universo. Y una nota. Dobladita con esa torpeza que solo tienen las cartas escritas con demasiado amor para el espacio disponible. La letra era firme, decidida. La letra de una mujer que nunca dudó al escribir las verdades importantes.

Ojalá hubiera podido verlo. Y ojalá sea en Navidad.

Y sí. Ahí ya se me empañaron las luces. Las internas. Las externas. Todas. Porque eso era más que una frase. Era un deseo hecho profecía. Una bendición camuflada de despedida. Una mano tendida desde otro diciembre. Porque Agnese sabía tan bien como yo que la vida rara vez ofrece segundas oportunidades. Pero, cuando lo hace, hay que lanzarse. Sin red. Con el corazón primero.

La mesa se quedó en silencio. De ese bonito. De ese que no incomoda, sino que arropa. Como si todo el aire se hubiera convertido en una mantita tejida con esperanza y olor a clavo. Y ahí estaba. Lo que yo llevo siglos intentando que recordéis: que amar (en todas sus formas, colores, tamaños y tropiezos) es el milagro más fiable de diciembre.

Aunque no pienso decírselo así a Gian ni a Gia, por supuesto. No soy ese tipo de espíritu. Yo prefiero jugar sucio. Soplarles un poco de escarcha en la nariz. Empujarles a brindar demasiado fuerte. Dejar caer, disimuladamente, una canción cursi justo cuando sus manos están demasiado cerca.

Porque incluso cuando la salsa se pasa de cocción, incluso

cuando uno jura que jamás volverá a abrir el corazón, incluso cuando se cree que la magia no es más que un filtro de Instagram…, ahí está la Navidad. Riéndose bajito. Guiñando un ojo. Y diciendo: «¿Me extrañabais?».

Y, si la *nonna* Agnese me está escuchando ahora (que lo está, tiene pase VIP), solo quiero decirle dos cosas:

1. El paquete llegó a tiempo.

2. Tu plan ha funcionado.

Porque, queridos míos, pocas cosas son tan deliciosamente navideñas como una segunda oportunidad. Y pocas cosas tan irresistibles como volver a creer.

Al final y al cabo, eso es la Navidad.

La promesa de que siempre, siempre, se puede volver a empezar.

71

Babbo Natale

Viernes, 25 de diciembre de 2026

¡Ho, ho, ho!

Sí, ya sé lo que estáis pensando. Que soy predecible. Que si el «ho, ho, ho», que si el traje rojo, que si los renos con nombre de snack azucarado… Pero ¿qué queréis que os diga? Es mi línea estrella, mi marca registrada, la frase por la que cobro regalías en todos los anuncios de turrón. Algunos tenemos una imagen que mantener. Aunque, entre nosotros, empiezo a sospechar que los humanos solo me queréis por mis regalos… Ejem.

Pero tranquilos, no he venido a quejarme. Esta noche no vengo a hablar de mí ni de mis renos. Esta noche vengo a hablaros de algo mucho más interesante. Algo que tiene poco de trineos y mucho de magia verdadera: la Navidad con GiGi.

Porque sí, queridos míos, os confirmo lo que ya sospechabais. Yo lo veo todo. Bueno, todo lo navideño. Que nadie se asuste: no soy un espía, ni tengo cámaras ocultas, ni me meto en vuestros wasaps (aunque alguna vez me haya tentado, lo admito. Sobre todo cuando hay stickers de perros con gorros de Papá Noel. Esos me pueden).

Pero, en lo que a Gia y Gian respecta, os diré esto: esta noche,

después de un día lleno de abrazos, brindis, postales mal cortadas, debates encendidos sobre si llamar a sus futuros perros Polvorón y Mazapán o seguir con la tradición y bautizarlos como Ferrero y Rocher…, la cosa acabó como mandan los cánones. Con una manta demasiado pequeña, un bol de palomitas dulces sospechosamente lleno y una película que provocó más peleas que la última cena familiar de los Bellini.

Gia, por supuesto, quería comedia romántica. Gian, en su fase testosterona navideña, proponía acción, explosiones y probablemente Bruce Willis colgado de una guirnalda. Y los perros…, bueno, los perros ladraron justo cuando alguien mencionó *La dama y el vagabundo*. Supongo que el tema del espagueti compartido sigue siendo delicado.

Total, que el mando a distancia pasó por más manos que una bandeja de canapés, hasta que el destino (o quizá una pequeña intervención mágica cortesía de vuestro querido servidor) decidió que lo suyo era volver a ver *Love Actually*. Por centésima trigésima octava vez. (Sí, llevo la cuenta. Soy así de meticuloso).

Y ahí están. Luces del árbol titilando como si intentaran ligarse a la luna. Olor a chocolate caliente, mezcla de canela y algo quemado. Turrón persiguiéndose el rabo. Suchard roncando sobre la alfombra como si le hubieran leído un cuento. Y ellos dos, demasiado cerca en un sofá demasiado pequeño. Coincidencia, dicen. Yo digo: arquitectura emocional navideña estratégica.

Y, mientras ellos fingen ver la peli y no mirarse, yo me quedo ahí, flotando como quien no quiere la cosa, observando la escena. Porque en ese silencio lleno de cosquillas, en ese roce accidental de manos, está la esencia de la Navidad. No en los regalos que ya se abrieron (sí, hubo unas nuevas botas cowboy para Gia). No en las copas que tintinearon. Está aquí: en este momento pequeñito,

cálido, imperfecto. Donde dos personas que pensaban haberlo perdido todo, descubren que todavía pueden encontrarse.

El amor, ya sabéis, es raro. Es esa cosa cabezota que se va, que se esconde, que se disfraza de casualidad. A veces se toma su tiempo. A veces necesita una playlist de villancicos y una manta de sofá para animarse a volver. Pero cuando lo hace…, ay, queridos míos. Cuando lo hace, ni yo puedo resistirme.

La *nonna* Agnese lo sabía. Siempre lo supo. Ella tuvo uno de esos amores que no se apagan. Que ni el tiempo, ni la distancia, ni la ausencia logran enterrar. Uno que se queda, como las lucecitas del árbol que siguen parpadeando aunque cierres los ojos. Y al verlos ahí, riéndose bajito, compartiendo un bol de palomitas medio frío y mirándose como si fueran los únicos habitantes del planeta, yo sé que ese amor no se ha perdido. Solo estaba esperando la Navidad adecuada para volver a encontrar el camino.

Porque eso es lo que hacemos en esta época: recordamos. Que los milagros existen. Que la esperanza huele dulce. Que hay regalos que no caben bajo un árbol, pero sí en un sofá minúsculo. Y que el amor (el de verdad, el que no se rinde ni se enfría) es el único regalo que nunca pasa de moda.

Y sí, este año, llegó justo a tiempo.

¡Ho, ho, ho! ¡Feliz Navidad!

72

La nonna Agnese

Miércoles, 6 de enero de 2027

Buongiorno, mis tesoros.

¿Pensabais que me había ido sin más, así como así, dejando este mundo sin robaros un último capítulo? No, *figli miei*. Las personas que han amado mucho no se marchan del todo. Solo cambian de lugar. Y yo sigo aquí, de otra manera, con el corazón lleno de vosotros y las manos (aunque ya no podáis verlas) todavía tibias de tanto abrazo dado.

Soy Agnese. Vuestra *nonna*. La que siempre decía que un buen risotto necesita paciencia, que las discusiones se arreglan mejor con un plato caliente delante y que los besos, cuando llegan tarde, suelen ser los que más duran.

Es verdad que ya no camino por las habitaciones con mis bufandas largas ni hago ruido en la cocina al amanecer, pero el amor no se queda encerrado en un cuerpo. El amor aprende otros caminos. Se queda en las recetas que recordáis de memoria, en las mantas que abrigan demasiado, en las casas que huelen a familia aunque hayan pasado muchos inviernos.

Y también se queda en las historias.

Este año he visto algo hermoso. He visto a mis dos criaturas preferidas (Gia y Gian, por si había alguna clase de duda) encontrarse de nuevo. Después de toda esa danza de «sí, pero no, pero quizá», finalmente han hecho lo que cualquier alma sensata haría cuando encuentra su otra mitad: dejarse de tonterías y abrazarse como si el mundo fuera a acabarse esa misma noche. Y, cuando dos personas hacen eso y dejan de esconder el corazón, el mundo, aunque nadie lo note, se vuelve un poco más cálido.

Y, claro, cuando el amor se celebra de verdad, una no puede quedarse callada. Así que he bajado un momentito del cielo (tranquilos, he pedido permiso, los de arriba son unos románticos empedernidos) para contaros una pequeña historia de magia antigua y besos nuevos.

En Italia hay una noche tranquila y antigua que llega justo después de la Navidad. La noche del 5 de enero. La víspera de la Epifanía. Esa noche, dicen, sobre los tejados pasa volando una mujer vieja y sabia a la que llamamos la Befana. No es una bruja mala, como cuentan los cuentos para asustar a los niños. Es una mujer que conoce la vida. Una mujer que un día se cruzó con los Reyes Magos cuando buscaban al Niño. Le pidieron que los acompañara, pero ella estaba ocupada con las pequeñas tareas del hogar. Cuando quiso ir tras ellos, ya era tarde. Y desde entonces cada año sale a buscarlos. Y, mientras los busca, deja dulces a los niños buenos y carbón a los que todavía están aprendiendo a ser mejores.

En mi casa esa noche siempre era especial. Preparábamos una pequeña mesa junto a la chimenea: un vaso de vino, un poco de chocolate caliente, unas mandarinas que perfumaban

toda la habitación. Nos sentábamos juntos, envueltos en mantas y en historias. Pero en realidad no esperábamos a la Befana. Esperábamos algo más sencillo y más importante: el milagro de seguir juntos. De seguir queriéndonos, incluso en los silencios.

Este año, desde mi balcón celestial (con una vista preciosa, se ve hasta Manarola), vi a Gia y a Gian mirarse. Vi cómo sus manos se buscaban incluso cuando estaban a un paso. Vi esa ternura que aparece cuando dos personas se reconocen después de mucho tiempo. Y os juro por mi receta de *caponata* que esa mirada fue más mágica que cualquier regalo envuelto en papel dorado.

Cuando llegó la mañana del 6 de enero, con el cielo despeinado de emociones, encontraron algo en sus calcetines. No diré qué (la magia necesita su misterio), pero lo que importa es lo que pensaron al verlo: Gian pensó en Gia. Y Gia, en Gian. Como si el destino, después de tantas vueltas, hubiera decidido guiarlos de nuevo hacia el mismo hogar.

Porque eso es el hogar, mis tesoros.

No son las paredes. Son los sabores que recuerdas sin razón, las manos que te recogen cuando te caes, los silencios que no incomodan. Y los besos robados junto al fuego, claro. Que una puede ser abuela, pero no ciega.

La Befana no trae solo dulces o carbón. Trae oportunidades. Segundas ocasiones. A veces terceras. Porque sabe algo que la vida enseña tarde: los corazones que llegan despacio también merecen llegar bien.

Y ese 6 de enero, mientras Gia y Gian reían juntos, compartiendo pequeños regalos y miradas que valen más que mil palabras, comprendí que habían encontrado algo que

muchos buscan durante toda una vida: el camino de regreso el uno al otro.

Así funcionan los milagros verdaderos.

No hacen ruido. Caben en una taza de chocolate caliente. O en una sonrisa al despertar.

Por eso quiero deciros algo antes de irme.

Si alguna noche veis una estrella cruzar el cielo o escucháis un leve crujido junto a la ventana, no tengáis miedo. Quizá sea la Befana pasando de largo. O puede que sea yo, pasando a dejaros un beso, una bendición y una advertencia cariñosa:

Amaos sin miedo.

Reíd como si nadie mirara.

Y nunca, nunca, subestiméis el poder de un buen panetone compartido.

Desde el cielo, con amor,

AGNESE

Epílogo

El Espíritu de la Navidad

Hola, queridos, adorables y dramáticamente románticos míos.

Obviamente, no me iba a ir sin despedirme. ¡Por favor! ¿Quién os creéis que soy? ¿El fantasma de las Navidades aburridas? No. Yo soy el bueno. El que se cuela con purpurina en los brindis, el que sopla ideas locas durante los paseos bajo la nieve y el que pone música sexy cuando la tensión romántica lo pide a gritos.

Y, antes de que apaguéis las luces y guardéis el árbol en su caja (sí, esa que siempre pierde una pata), tengo una confesión que haceros. Yo puedo ver el futuro. Ya lo sé, ya lo sé: escandaloso. Pero ¿cómo creéis que consigo estar siempre en el momento justo, con el villancico perfecto y con el muérdago colocado estratégicamente? No es casualidad. Es talento. Y un poquito de magia, claro.

Así que, como regalo de despedida, os voy a contar lo que vi cuando me asomé a esa ventana brillante que me permite mirar lo que aún no ha pasado, pero ya está escrito en alguna parte del corazón.

Un año después de aquella historia ñoña (perdón, intensamente conmovedora) entre luces navideñas, cartas sinceras y besos bajo muérdago reciclado, algo precioso ocurrió.

En primer lugar, Santa Clausura, S.r.L. evolucionó. Se convirtió no solo en una empresa para clausurar cosas (relaciones, cenas, contratos con tu ex…), sino en un lugar donde también se celebraban segundas oportunidades. Las de verdad. Las que no vienen con condiciones ni asteriscos, sino con brindis, abrazos largos y postres extra.

¿Y sabéis qué más pasó?

El día más bonito del año en Manarola. El 8 de diciembre. Con el belén encendido, los fuegos artificiales en el aire y ese olor a esperanza que flota cuando sabes que algo bueno está a punto de pasar… Gian se arrodilló. Y Gia dijo que sí.

Y alrededor de un año después, el 1 de noviembre de 2028, se casaron.

—¿Pero por qué esa fecha? —preguntaron algunos.

Fácil: porque para ellos la Navidad empieza entonces. Y, si vas a prometerte para siempre, ¿qué mejor momento que justo cuando arranca la temporada oficial de la magia?

El altar estaba vestido con ramas de abeto. Las guirnaldas eran coronas nupciales. Los invitados lloraban tanto que ni el antihistamínico pudo con la alergia al pino. Gia llevaba un vestido que dejaba notar perfectamente su tripa de unos seis meses de embarazo (sí, me habéis oído bien). Y fue… perfecto. Hermoso. Casi ilegal de lo bonito.

Y ahora… Ahora las cosas se están poniendo aún más interesantes. Mientras os hablo, todavía asomado al futuro, Gia está a punto de dar a luz. ¿La fecha? 6 de enero de 2029. Día de la Befana.

¿Casualidad? ¡Venga ya! Yo no creo en esas cosas, y vosotros ya deberíais haber aprendido que aquí nada es casual. Recordad lo que decía la *nonna* Agnese (que obviamente sigue teniendo hilo directo

conmigo): «La Befana trae dulces, regalos y nuevos comienzos». Y este año no viene solo con caramelos en calcetines. Este año trae una niña. Pequeña. Brillante. Tan luminosa que da la impresión de que las estrellas le han cedido un trocito de su luz.

¿Y sabéis lo que yo sospecho? Que no ha llegado sola. Que ha sido enviada desde allá arriba por esa mujer que tejía milagros entre recetas y frases lapidarias. (Sí, hablo de la *nonna* Agnese). Estoy convencido de que pidió permiso celestial (y lo consiguió, porque nadie le dice nunca que no) para entregar el regalo más grande.

¿Y sabéis cómo la llamarán?

Venga. Lo sabéis. Lo sentís. Lo estáis gritando desde el fondo del alma.

Gigi.

Gigi Agnese Di Laurentis.

Y así, mientras las campanas de la Epifanía repiquen sin cesar y las escobas de la Befana surquen los tejados, Gia y Gian recibirán a su hija en brazos. Y os digo algo: no hay calendario más perfecto que este. Porque en esta familia la Navidad no se termina nunca. Solo se transforma. En promesas. En abrazos. En generaciones nuevas que heredan la risa, la ternura y un poco del caos encantador de sus antepasados.

Y, con eso, cierro la ventana y volvemos al presente. A este instante. A este ahora que huele a chocolate, a futuro y a promesas envueltas en papel reciclado.

Hasta la Navidad que viene, queridos míos.

Porque sí, habrá otra. Siempre la hay. Y, aunque yo ya he envuelto a GiGi con lazo rojo (un poco torcido, como le gustaría a Agnese), en algún rincón de Manarola —tal vez entre luces, tal vez entre tacones de aguja, tal vez con un gato robado…— ya hay otra historia que me guiña un ojo, esperando su turno, impaciente.

Pero tranquilos. Todo a su debido tiempo.
La magia siempre sabe esperar.
Y yo también.

Carta de la autora

Querida lectora:

Admitámoslo: si Santa Clausura existiera de verdad, probablemente tendrías un caso que enviarme. De esos que no se cerraron a tiempo o que se quedaron a medio camino entre lo que fueron y lo que claramente ya no son.

La buena noticia es que, aunque las cenas de clausura siguen siendo ficción, hay algo que sí es real: puedes escribirme.

A santaclausurasrl@gmail.com.

No prometo solucionar nada (soy buena, pero no tanto), pero sí una respuesta personalizada de la mismísima Gianna Bellini (o sea, yo misma). Y quién sabe, igual eso es justo lo que necesitas para empezar a cerrar algo… sin montar un drama innecesario.

Con cariño, y con «Last Christmas» (de Wham!) sonando de fondo,

SRTA. SANTA CLAUSURA

Agradecimientos

Dicen que escribir un libro es un acto solitario. Y, bueno, sí, técnicamente estás sola frente a un teclado, con pestañas de Google abiertas que no recuerdas haber abierto y un documento llamado «versión_final_definitiva_ahora_sí_que_sí_de_verdad.docx». Pero, incluso así, este libro existe gracias a muchas personas que han estado ahí en cada paso del camino… y también a una cantidad preocupante de helados y villancicos en bucle en pleno agosto.

A mis lectoras beta: Julia, Vero, Paola (quien, además, ilustró el mapa de Manarola en acuarela que encontraréis entre estas páginas) y Laura. Gracias por leerme cuando el manuscrito todavía era un caos organizado (siendo generosa), por mandarme audios larguísimos comentando escenas como si estuviéramos analizando el final de nuestra serie favorita, por gritarme en mayúsculas cuando algo os gustaba… y por decírmelo con cariño cuando no. Este libro es muchísimo mejor gracias a vosotras. Y también más romántico, más divertido y, sin duda, mucho más coherente.

A Gonzalo y Begoña. Gracias por creer en esta historia incluso cuando era un conjunto de escenas sueltas con más ilusión que sentido, por acompañarla, pulirla y cuidarla como si también fuera vuestra. Por las conversaciones, las sugerencias siempre acertadas y la paciencia infinita. De verdad, trabajar con vosotros es un privilegio

y una suerte enorme.

A mi familia y mis amigas, que han aprendido que cuando digo: «Estoy escribiendo», probablemente significa «No voy a salir de la habitación en las próximas tres horas, y si salgo será en busca de comida». Gracias por el apoyo incondicional, por el orgullo y por preguntar siempre cómo va el libro…, incluso cuando yo respondía con un «bien» sin ningún tipo de contexto porque ni yo misma sabía en qué punto estaba.

A mis lectoras. A quienes estáis aquí porque habéis abierto este libro y habéis decidido quedaros un rato en esta historia. Leer es un acto íntimo y precioso, y que alguien elija pasar su tiempo dentro de un mundo que salió de tu cabeza es algo que nunca dejará de parecerme mágico. Gracias por cada página leída, cada mensaje, cada emoción compartida y cada vez que habéis pensado: «Solo un capítulo más» (aunque sabemos que nunca es solo uno, sobre todo en Navidad, cuando todo invita a quedarse un ratito más bajo la manta).

A mis personajes, porque se han ganado este espacio (y bastante más):

A GiGi, por enseñarme lo poderoso que puede ser el amor cuando es valiente y lo importante que es cuidarlo incluso en los momentos en los que parece más frágil. A Lele, por aparecer sin avisar y ganarse mi corazón exactamente así, sin permiso y sin esfuerzo, como hacen las mejores cosas. A Turrón y Suchard, porque honestamente sois un sueño y probablemente responsables de más sonrisas de las que puedo contar. A Agnese, porque sé que os ha robado el corazón (a mí desde luego me lo robó primero) y porque las abuelas tienen ese superpoder inexplicable de decirte las verdades más grandes con una sonrisa, de hacerte sentir en casa en cualquier sitio y de saber exactamente lo que necesitas… incluso

antes de que tú lo sepas. Y al Espíritu de la Navidad, que se ha convertido en mi personaje favorito. Gracias por colarte en esta historia con ese caos tan tuyo, y por recordarme que la magia no siempre tiene sentido…, pero siempre merece la pena.

Y, por último, gracias a esta historia, que me ha recordado que a veces las mejores cosas empiezan con una idea pequeña, una escena suelta… y un montón de horas sin dormir, decisiones improvisadas y momentos de «bueno, ya veré cómo arreglo esto luego».

Ojalá este libro os haya hecho sonreír, suspirar, reíros en voz alta o quedaros despiertas un capítulo más de lo que pensabais. Y, sobre todo, ojalá os haya hecho sentir ese algo especial que tiene la Navidad: ese calorcito, esa magia un poco inexplicable y esas ganas de creer que a veces todo puede salir bien.

Con cariño (y «All I Want for Christmas Is You» de Mariah Carey sonando en bucle desde hace aproximadamente tres semanas, porque, efectivamente, soy así de predecible en cuanto a canciones navideñas),

SILVIA

Dicen que todo final es necesario.

Que cerrar etapas es la única forma de avanzar.

Gia es experta en terminar relaciones... Todas menos la suya.



Como fundadora de Santa Clausura, Gianna Bellini ayuda profesionalmente a aquellos **corazones rotos** que necesitan cerrar sus historias de amor sin dramas y **con la cabeza alta**. Su sistema es impecable: una cena con servilletas de tela, vino caro y ella como mediadora entre el «no te merezco» y el «es mejor así». Todo funciona como la seda hasta que un día recibe la solicitud de un **nuevo cliente** que pondrá su mundo patas arriba: su ex, **el gran amor de su vida** y el único hombre al que nunca supo decir adiós.

Entre **cartas cruzadas** y reencuentros **bajo el muérdago en Cinque Terre**, Gia se verá obligada a **enfrentarse a sus propios sentimientos**, aunque no se sienta ni mucho menos preparada para hacerlo. Porque **hay historias que no se cierran**. Solo esperan el momento perfecto para volver.

De la mano de Silvia Sáez, una de las **voces más frescas del romance actual** y autora de *La teoría de la conexión*, llega una **comedia romántica navideña** brillante y adictiva, llena de humor, **química y segundas oportunidades**. Y es que, a veces, el mayor error es haber dicho adiós demasiado pronto.

Silvia Sáez lleva toda la vida viviendo entre libros e inventando historias. Fascinada por las emociones humanas y las conexiones entre las personas, debutó con *La teoría de la conexión* (Roca, 2025). Lectora empedernida, maestra y enamorada de las tramas que hacen sentir y reír a partes iguales, regresa con *Querida Srta. Santa Clausura*, una comedia romántica navideña llena de tensión, humor y caos emocional.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Silvia Sáez
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Julia von Fraunberg
Ilustración de la cubierta: © Anastasiia Panchenko

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87905-11-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Querida Srta. Santa Clausura

Nota de la autora

0. El Espíritu de la Navidad

1. Gia

2. Gian

3. El Espíritu de la Navidad

4. Gia

5. Gian

6. El Espíritu de la Navidad

7. Gia

8. Gian

9. El Espíritu de la Navidad

10. Gia

11. Gian

12. El Espíritu de la Navidad

13. Gia

14. Gian

15. El Espíritu de la Navidad

16. Gia

17. Gian
18. El Espíritu de la Navidad
19. Gia
20. Gian
21. El Espíritu de la Navidad
22. Gia
23. Gia
24. Gian
25. Gian
26. El Espíritu de la Navidad
27. El Espíritu de la Navidad
28. Gia
29. Gian
30. El Espíritu de la Navidad
31. Gia
32. Gian
33. El Espíritu de la Navidad
34. Gia
35. Gian
36. Gia
37. Gian
38. El Espíritu de la Navidad
39. Gia
40. Gian
41. El Espíritu de la Navidad
42. Gia
43. Gian

44. El Espíritu de la Navidad
45. Gia
46. Gian
47. El Espíritu de la Navidad
48. Gia
49. Gian
50. El Espíritu de la Navidad
51. Gia
52. Gian
53. El Espíritu de la Navidad
54. Gia
55. Gian
56. El Espíritu de la Navidad
57. Gia
58. Gian
59. El Espíritu de la Navidad
60. Gia
61. Gian
62. Gia
63. Gian
64. El Espíritu de la Navidad
65. El Espíritu de la Navidad
66. Gia
67. Gian
68. Gia
69. Gian
70. El Espíritu de la Navidad

71. Babbo Natale
72. La nonna Agnese
Epílogo. El Espíritu de la Navidad
Carta de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Silvia Sáez
Créditos